

LA LLAMADA LEJANA

gordon dickson



Lectulandia

Estamos en 1990, en vísperas del primer viaje tripulado a Marte. En ese momento, Jens Wiley, subsecretario para el Desarrollo del Espacio, se entera que la expedición corre peligro debido al juego de las diversas potencias comprometidas. Sus esfuerzos para ponerse en contacto con el presidente fracasan, y la nave despegamos. A partir de ese momento, la acción transcurre a bordo y en la Tierra.

Lectulandia

Gordon R. Dickson

La llamada lejana

ePub r1.0

Titivillus 22.07.17

Título original: *The Far Call*
Gordon R. Dickson, 1978
Traducción: Jorge Luis Mustieles
Cubierta: Ortega del Río

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a las siguientes personas, que colaboraron con sus críticas y su consejo profesional sobre las numerosas ocupaciones, tecnologías y lugares que aparecen en sus páginas:

Joseph Green

Ben Bova

Keith Laumer

J. W. Shutz

Ann Cass

ClifTord D. Simak

Eugene Aubry

Clarence Morgan

Samuel Long

Mayor Jerome Ashman

Robert Asprin

John Bailey

Roger De Garis

Igor Mojenko

1

LA IMAGEN APARECIÓ de súbito en la mente de Jens Wylie, sumida en un estado de tenso agotamiento: él y los demás no eran sino una especie de estúpidas hormigas que se arrastraban sobre el monstruoso juguete de algún niño gigantesco, ambos situados mucho más allá de su comprensión. Él, junto con los otros cinco representantes diplomáticos de las seis naciones que participaban en esta expedición internacional tripulada al planeta Marte, quedaban reducidos a algo menos que insectos por el enorme vehículo al que ascendían, y que era conocido como lanzadera espacial.

Incómodamente encumbrados en el delicado caballete de la torre de despegue, que rodeaba la lanzadera con sus brazos de acero, los seis expedicionarios se arracimaban junto a la erguida y canosa figura de Bill Ward, director de lanzamiento de la expedición. Se encontraban suspendidos en una diminuta plata forma de metal, entre el cielo descubierto y el macizo y curvado casco de la misma nave. En la brillante claridad del atardecer de Florida, y aun a tan escasa distancia. Jens veía a los demás a través de sus gafas de sol como siluetas oscuras y empequeñecidas que se recortaban sobre el casco pintado de blanco de la nave, semejantes a lapas adheridas sobre el vientre de una ballena.

—En condiciones normales se puede subir aún más arriba —explicaba Bill Ward—, pero el ascensor que llega hasta la sección de mando de la nave está siendo sometido al tratamiento general de descontaminación antes del lanzamiento, mañana...

Jens no vio en quienes le rodeaban ningún entusiasmo por subir más arriba. En los rostros de varios, especialmente en las robustas y blanquecinas facciones de Walther Guenther, delegado espacial de Paneuropa. Jens pudo leer el claro sentimiento de que el tercer nivel del montacargas donde en esos momentos se encontraban ya resultaba una posición demasiado elevada. A él no le preocupaba la altura. La vasta soledad que les rodeaba, azotada por los vientos, le producía una beneficiosa sensación de alivio. La cortante brisa disipó los últimos vapores del vino que había tomado en el almuerzo, dejándole a solas con las palabras de quien iba a ser comandante de la expedición, que en aquellos momentos se refería al programa de trabajo.

—... pero, ¿qué puede hacer usted al respecto? —le acababa de preguntar Tadell Hansard.

—Puedo hablar con el Presidente —respondió sin una pausa.

Entonces se separó del resto. Por primera vez desde que aceptara ansioso su nombramiento como Subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio, Jens consideró el título como algo hueco y sin sentido. En realidad, Tad no comprendía su situación. Él podía hablar; que el Presidente le escuchara, era otro asunto. Volviendo la espalda al constante murmullo producido por Ward, así como al

descomunal vehículo, se inclinó sobre una barandilla de acero pintada de rojo para contemplar el Centro Espacial Kennedy, de la Administración Nacional del Espacio, que se extendía sobre Cabo Cañaveral.

Por debajo de él, y todo a su alrededor, el tranquilo panorama del Cabo, cubierto de verde maleza enmarañada, aplacó sus confusos pensamientos. El terreno se extendía hasta el horizonte en todas direcciones, sin más interrupción que los edificios dispersos de la NASA y los canales azules que seguían su curso hacia el lejano río Indian. A su derecha, justo en el límite del horizonte. Jens podía distinguir apenas el océano Atlántico como una línea más oscura. Casi al alcance de la mano, en comparación, se erguía el majestuoso edificio para el montaje de vehículos, capaz de alojar cuatro cohetes Apolo, cada uno de los cuales casi doblaba en longitud a la lanzadera espacial. El edificio distaba sólo seis kilómetros, y empequeñecía las demás construcciones de la zona, pues el ojo humano se negaba a admitir que pudiera existir una estructura tan descomunal, y tendía a crear la ilusión de que su tamaño era la mitad del que realmente era y de que se encontraba dos veces más cercano. Sobre sus cabezas, sólo se veían unas pocas nubes desperdigadas, tan blancas como los flancos de la nave, y alguna gaviota surcando incansable la cúpula del firmamento.

Jens se volvió de nuevo hacia sus cinco compañeros diplomáticos y vio cómo Bill Ward los conducía otra vez al ascensor que los devolvería a tierra firme. Ellos eran reales; él, no. Jens los siguió hasta la sombra verdosa del montacargas, casi tropezando con la nudosa mole de Sir Geoffrey Mayence, el delegado británico.

—¡Con cuidado! —exclamó Sir Geoffrey, sosteniendo a Jens por el codo antes de que cayera—. ¿Le molesta el calor, acaso?

—Es el sol —explicó Jens con voz apagada—. Por unos instantes, no pude ver nada.

—Tiene usted razón. Y este calor, también. Nos iría bien un trago.

La plataforma se hundió bajo sus pies, mientras Bill Ward seguía su charla interminable. La relativa oscuridad que reinaba en el pozo del montacargas proporcionó descanso a los ojos de Jens. Alinde West debería haber estado allí esa mañana, pero aún no había llegado. Por primera vez en los cuatro años transcurridos desde que la conociera, sintió anhelos de verla; más que anhelos, una desesperada necesidad. Trató de no pensar en su ausencia, para concentrarse en el lugar y el momento presentes. Abajo estaban su autocar, y el aire acondicionado, las bebidas y un teléfono. Jens sintió un espasmo de dolor en su vacío estómago.

El montacargas llegó al suelo. Salieron a la pista de aterrizaje y descendieron a pie, sudando, por una de las rampas paralelas de cemento que habían servido para llevar allí la lanzadera desde el edificio de montaje. Al pie de la rampa les esperaba el hoverbus.

La puerta delantera se abrió de par en par cuando llegaron hasta ella. Los hombres se introdujeron en el moderno vehículo, que recordaba una hogaza de pan. Su mitad superior era de vidrio ahumado, y se combaba por los lados hasta el nivel del suelo.

Ahora, el tinte grisáceo de los cristales de transparencia variable se había oscurecido tanto, en respuesta a la luz exterior, que apenas unas sombras tenues e indistintas insinuaban la presencia de los asientos, los mecánicos y el conductor.

Una vez allí, todo volvió a parecer razonable. El blanco fulgor del sol y el crudo contraste de luz y sombra en el paisaje natural quedaban amortiguados por el tono gris del cristal, que reducía la luz, directa o reflejada, hasta un nivel aceptable. El redescubrimiento de la frescura a su alrededor les pareció una bendición tecnológica.

Parpadeando para sobreponerse a la penumbra. Jens se volvió hacia una silueta uniformada que permanecía en pie a su izquierda, mientras ascendía los últimos escalones. Cuando llegó a su altura, ya había tomado una decisión.

—¿Los teléfonos, por favor?

—Al fondo, señor —le respondieron—. A la izquierda del bar.

Jens dio la vuelta y se dirigió hacia la parte trasera del autocar, mientras sus ojos se adaptaban a la luz interior. Los asientos normales en este tipo de vehículo habían sido sustituidos por pesadas butacas reclinables, que podían desplazarse a voluntad de su ocupante. La mayor parte de sus colegas diplomáticos ya habían tomado asiento. Al llegar al fondo. Jens saludó con un movimiento de cabeza al agente de seguridad que atendía tras la barra pequeña y semicircular, vestido con chaqueta blanca, y se dirigió hacia los tres videófonos dispuestos en fila sobre la pared de su izquierda. La pulida superficie del muro reflejaba su imagen: un individuo larguirucho y desgarrado, de unos treinta años, con facciones huesudas y nada llamativas, enfundado en una camisa blanca de manga corla y unos pantalones grises.

Se sentó ante el primer teléfono y apoyó la mano en los pulsadores. Su contacto era frío y vaciló por un momento. Nadie le había conferido autoridad para dirigirse al Presidente de esa forma... Suprimiendo la punzada de un sentimiento muy parecido a la cobardía, comenzó a marcar deliberadamente una llamada de larga distancia al número de la Casa Blanca que le interesaba. En el momento de pulsar el primer botón, surgió silenciosamente de la pared una pantalla insonorizadora transparente que rodeó su asiento. El último botón generó un tintineo, pero la pantalla de video permaneció inalterada ante él, con su color gris perla.

—Cifra —dijo Jens, extrayendo su codificador del bolsillo interior de su chaqueta prestada e introduciéndolo en una ranura del videófono. El tono de la nota cambió, pero la pantalla siguió vacía.

—Cifra —respondió una voz femenina, dura y precavida—. ¿Quién llama, por favor?

—Subsecretario para el Desarrollo del Espacio Jens Wylie —respondió—. Quiero hablar con Selden Rethe.

—Un momento. —Se produjo una pausa—. Lo siento, el señor Rethe no puede contestarle ahora. ¿Querrá llamar de nuevo más adelante?

—Esperaré. —Jens apoyó su frente sudorosa sobre el plástico deliciosamente fresco de la cabina, por encima del instrumento.

—Puede tardar varios minutos.

—Esperaré.

—Como usted quiera.

A esta breve conversación siguió el silencio, interrumpido por la nota oscilante que indicaba que la comunicación seguía pendiente.

Jens cerró los ojos y respiró profundamente. Éste era el tipo de situación que habría resultado muy evidente para su padre: tanto que la decisión adecuada habría destacado como si la hubieran grabado con ácido sobre el metal. Casi podía oír la voz de Horace Wylie, aconsejándole que se olvidara de todo el asunto.

—Vale más que pienses, hijo.

La voz del espíritu de su padre volvió a resonar en el fondo de la mente de Jens. Esa frase era el consejo favorito del senador para su hijo. Según el senador Wylie, Jens no se había detenido jamás a pensar. No había pensado casi ocho años antes, cuando decidió renunciar a la beca que había solicitado (la beca Charles Evans Hughes en la Facultad de Derecho de Columbia) para dedicarse al periodismo, en lugar de seguir los pasos de su padre en política. Tampoco había pensado cuando aprovechó la oportunidad de cambiar su empleo en St. Paul por otro en las oficinas del mismo periódico en Washington. Tampoco pensó, según la opinión de su padre, cuando contempló la posibilidad de dejar la oficina para embarcarse en la aventura, puramente especulativa, de escribir un libro sobre la historia del programa espacial. Entre todo lo que había hecho durante esos años, su padre sólo habría aprobado que aprovechara la amistad del Presidente con el senador, inmediatamente después de la muerte de éste, para conseguir su nombramiento de subsecretario. E incluso esto, habría dicho su padre, lo había hecho por motivos equivocados, pues Jens lo consideraba como una valiosa experiencia antes de escribir el libro y no como un paso hacia la fama y la fortuna.

No, el senador no habría aprobado lo que Jens estaba a punto de hacer. Había amado a Jens tanto como cualquier padre podría amar a su único hijo, pero Jens había advertido desde temprana edad que para el senador había algo de poco varonil en un hijo que dejaba que sus sentimientos interfirieran con sus pensamientos. El senador únicamente había intentado protestar o disuadir a Jens de algo en una sola oportunidad: cuando éste rechazó su beca para la facultad de Derecho. Entonces, por primera vez, el senador soltó la lengua y reveló muchas cosas que hasta aquel momento Jens solamente podía sospechar. Una de ellas fue el sentimiento de impotencia que había aquejado al senador tras la muerte de su esposa, cuando la educación de su hijo quedó por completo en sus manos. Otra, que el senador no sólo no comprendía la actitud de Jens hacia el mundo, sino que jamás llegaría a comprenderla. Se trataba de la misma actitud que había tenido la madre de Jens, y que Jens tenía ahora, y el senador se sentía en cierta forma marginado.

En esencia, se trataba del sentimiento de que en cualquier situación había una respuesta correcta, algo que cualquier persona que pensara correctamente liaría sin

vacilar, instintivamente. Para el senador, el instinto era algo superado por la mente consciente, que examinaba una situación, calculaba las ventajas y desventajas de todas las acciones posibles y elegía la que arrojaba el saldo más satisfactorio. Una vez realizada la elección, carecía de importancia que esta fuera instintiva, o emocional, o incluso moralmente atractiva. No era que el senador fuese un mal hombre, en ningún sentido de la palabra, pero su ética era pragmática y daba por supuesto que un mundo práctico exigía decisiones prácticas. Otras, no existían.

Jens había tenido conciencia de esto desde la muerte de su madre. Como la mayoría de los hijos, había deseado que su padre le comprendiera... incluso había deseado llegar a ser como su padre. Pero no pudo serlo, así como el senador no podía comprenderle a su vez. Y en razón de esta imposibilidad, debido a que no era capaz de justificar lo que creía, o explicarlo satisfactoriamente al senador, le quedó una despreciable opinión de sí mismo, la conciencia de su inutilidad a los ojos del senador, lo que el senador llamó un día, en un arranque, su «ligereza mental».

Nunca había sido capaz de alterar su forma de ser, como tampoco había sido capaz de justificar el hecho de que él era como era. Su padre no le había aprobado, y el espíritu de su padre no le aprobaría ahora, no aprobaría nada de lo que su hijo había realizado a partir de su nombramiento: ni el asunto de Lin, ni el otro romance de Jens, el que vivía con el espacio. El hecho de que Jens metiera deliberadamente sus narices en territorio prohibido, como lo hacía ahora, habría sublevado a su padre...

—¿Jens?

Al mismo tiempo que sonaba la voz desde el aparato, la configuración oblonga y gris perlada de la pantalla se redujo repentinamente a un punto y dejó lugar a un rostro pálido y enjuto, el rostro de un individuo pulcro, de mediana edad, vestido con un impecable traje azul de oficina y sentado en su despacho.

—Hola. Jens —dijo el secretario privado del Presidente. Selden Rethe. Sus ojos eran de un tono neutral, casi incoloros.

—Sel —comenzó Jens—, sabes que tengo un permiso especial para hablar directamente con el Presidente en caso de emergencia.

Quedó a la expectativa. Selden enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Creo que debo hablar con él ahora —prosiguió Jens—. Creo que se trata de algo que debe oír él personalmente.

Selden permaneció mudo durante otro segundo.

—No sé, ahora inmediatamente —respondió por fin. Su acento era preciso, del norte, y al igual que sus ojos, incoloro—. Está en camino hacia Filadelfia, para el homenaje en memoria de William Penn. Lo verás esta noche en la recepción, como está previsto.

—Puede que sea demasiado tarde. —Jens se detuvo para inspirar profundamente. Selden le contemplaba impasible—. Se trata de algo importante, Sel. Algo que podría hacer fracasar la expedición.

—¿Ah, sí? —dijo Selden. Sus cejas seguían enarcadas.

—Si —afirmó Jens severamente.

—¿De qué se trata. Jens?

—Creo que debería comunicárselo yo mismo.

Selden asintió pausadamente, y sus cejas descendieron.

—Bien, como te digo —respondió—, no hay manera de que puedas hablar con él antes de la recepción de esta noche en Merritt Island.

—¿Hablará conmigo entonces?

—No puedo prometerlo. —Sus facciones alargadas, bajo el cráneo con señales de calvicie incipiente, surgían de las profundidades tridimensionales de la pantalla holográfica sin ningún signo de emoción—. ¿Estás seguro de que no quieres decirme de qué se trata?

—Preferiría hablar con él. Puede ser delicado.

—Ya veo... quizá mañana por la mañana, entonces.

—Es casi el momento del lanzamiento. Será demasiado tarde.

—Lo siento. Jens —respondió Selden—. No veo qué otra cosa puedo hacer.

Jens comenzó a ceder.

—De acuerdo, pues. Te lo diré. Acabo de hablar con Tadell Hansard...

—¿Con quién? —preguntó Selden.

—Tad Hansard, el comandante de la expedición. Nuestro martenauta norteamericano. Está muy preocupado por el número de experimentos que siguen añadiendo al programa de la expedición. Todos los países han tratado de incluir en el programa la mayor cantidad posible de sus experimentos favoritos, hasta que ha quedado totalmente desbordado.

—Eso es lo que él piensa, ¿no? —comentó Selden—. ¿Qué opinan los demás?

—¿Los demás?

—Los restantes miembros de la expedición —explicó Selden con paciencia—. El paneuropeo, el japonés...

—Oh. Están de acuerdo, por supuesto.

—¿Se la han comunicado a sus respectivos gobiernos?

—No sé —contestó Jens—. ¡Por Dios. Sel! Tad sólo tuvo un momento para hablar conmigo a solas durante el almuerzo que nos ofrecieron en el edificio de operaciones y control.

—Ya veo —asintió Selden, pensativo—. Bueno. Jens, te das cuenta de que no podemos influir en las decisiones de los demás gobiernos participantes, ¿verdad?

—Pero el Presidente ha de saber lo que está sucediendo —insistió Jens—. Tad le da mucha importancia a esta cuestión. Podría acarrear serios problemas a la expedición.

Selden permaneció impasible por unos segundos.

—Lo siento —dijo finalmente—. No sé qué podría hacer en estos momentos para conseguirte una entrevista con él.

—¡Tú sabes condenadamente bien lo que puedes hacer, Sel! —Esforzándose para disminuir su tono, Jens prosiguió—: ¡Maldita sea, Sel! Estamos protegidos contra interferencias, ¿no? Estás hablando conmigo, con Jens. No me vengas con todas estas evasivas corteses y burocráticas.

—Bueno, puedo transmitir lo que acabas de decirme, claro.

—Sel, escucha —interrumpió Jens—, Quiero hablar con el Presidente en el plazo más breve posible, sobre cuestiones de emergencia. Es una solicitud oficial del Subsecretario del Ministerio de Ciencia para el Desarrollo del Espacio.

—De acuerdo —replicó Selden tranquilamente—. Por supuesto. Jens. Me ocuparé de ello inmediatamente y con todo mi interés, desde luego.

Jens fijó en él su mirada.

—Sel —dijo—, por el amor de Dios. Sel. Te repito que esto es importante.

—No te preocupes más, Jens. Entiendo tu interés, y lo aprecio, como harán todos los de por aquí. Encárgate de que el centro de recepción de mensajes para personas importantes de donde tú estás pueda localizarte en cualquier momento. Te llamaré tan pronto tenga algo que decirte. Hasta luego.

La imagen de Selden se transformó en un espectacular remolino de color que desapareció como el agua por un sumidero, hasta que solamente fue un puntúo brillante. Luego, la pantalla volvió a quedar inerte, con su color gris perla.

—Hasta luego —repuso Jens a la apagada superficie que tenía frente a su rostro.

Retiró su codificador, lo devolvió al bolsillo de la chaqueta y se dirigió hacia la parte delantera del vehículo.

Pasó junto a Sir Geoffrey, que se encontraba de pie ante la barra, sosteniendo una copa que parecía minúscula en su enorme mano.

—¿Y usted? —preguntó alzando su bebida hacia Jens.

—Ahora no. gracias —le contestó sin detenerse.

El hoverbus, como le llamaban, era un autocar que se deslizaba sobre un cojín de aire. Pocos segundos antes habían entrado en funcionamiento los chorros que lo sostenían y en esos momentos estaban alejándose de la pista de lanzamiento sobre una carretera de asfalto. Jens tomó asiento en una de tres butacas que habían sido reunidas formando un grupo aparte. A su lado se encontraba Bill Ward, que escuchaba con paciencia activa y controlada al delegado soviético para el Desarrollo del Espacio. Segei Verigin. Fragmentos de la conversación comenzaron a llegar a sus oídos.

—... su hermano —estaba diciendo Verigin—, tengo entendido que es doctor en veterinaria, ¿no es así?

—En efecto —confirmó Bill Ward—. Es profesor en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Minnesota.

Interrumpió su explicación y se puso en pie, mientras el hoverbus se detenía imperceptiblemente.

—Discúlpeme —dijo a Verigin. Luego elevó la voz de modo que pudieran oírle

en todo el vehículo—. Nos hemos detenido aquí un momento para que puedan tener una vista conjunta de la lanzadera y las instalaciones de despegue. Estamos casi a medio kilómetro, pero es lo suficientemente cerca como para que puedan apreciar todos los detalles.

Ciertamente, se hallaban cerca. La nave y las instalaciones quedaban en el lado opuesto a la butaca de Jens, pero la escasez de pasajeros le permitía mirar entre las butacas situadas frente a él sin necesidad de levantarse o moverse.

El autocar se había detenido a unos doscientos cincuenta metros de la plataforma que sostenía la nave espacial. Las dos lanzaderas que la componían podían verse desde allí como en realidad eran: un vehículo de dos fases al igual que los primitivos cohetes Saturno. A la espera de que llegase la hora del lanzamiento, la lanzadera reposaba igual que los Saturno antes que ella: en posición vertical. Sin embargo, y a diferencia de los Saturno, tenía el aspecto de una aeronave pequeña y robusta —la nave orbital— adherida al dorso de su hermana mayor, de idéntico aspecto pero tamaño muy superior, como una rémora adherida sobre un tiburón. La estructura móvil de despegue, de donde acababan de bajar, se erguía junto al doble vehículo del espacio.

—La nave orbital se elevará montada sobre la nodriza, como las ven ahora —explicaba Bill Ward a los delegados—, hasta una altura de sesenta mil metros, aproximadamente, que alcanzarán a los tres minutos del despegue. Entonces se producirá la separación... Alguien le interrumpió con una pregunta. La mente de Jens seguía ocupada en la cuestión de los experimentos, pensando que había amistades como la de la rémora y el tiburón. Por eso, no reconoció sino vagamente el sonido de la voz de Guenther y se le escapó totalmente el sentido de la pregunta.

—No, la nave nodriza aterriza como cualquier avión, deslizándose sobre su tren de aterrizaje —Bill estaba respondiendo al delegado paneuropeo—. Igual que la orbital, a su regreso. Las dos naves van pilotadas. Después de separarse de la nodriza, la nave orbital se dirige hacia la órbita de la nave de Marte...

Mirando a través de los cristales filtrantes que cubrían la mitad superior del hoverbus. Jens no podía acabar de creer en la realidad de lo que veía. A pocos centenares de metros de la pista de despegue, las dos partes de la lanzadera parecían increíblemente descomunales. Había en su aspecto algo que recordaba la engañosa magnitud del edificio de montaje, engañosa magnitud que los diplomáticos habían experimentado no mucho antes. Todas aquellas estructuras y máquinas eran excesivamente grandes, tan desmesuradas que parecían el decorado de algún cineasta sin más pretensión que asombrar al público con su película.

Jens cerró los ojos.

La verdad era, pensó, que el Hombre había entrado en una escala que superaba en mucho las pequeñas dimensiones de la realidad terrestre. Y a pesar de ello seguía habiendo gente, gente con autoridad, que aún no se había dado cuenta y seguía intentando jugar sus infantiles juegos de rutina, como si las condiciones de la Tierra,

familiares y seguras, se repitieran por doquier en el universo. En el caso de esta expedición tripulada a un planeta que podía considerarse vecino, ¿a qué distancia se hallaba realmente Marte? ¿Qué representaba una distancia de casi ochenta millones de kilómetros entre dos mundos, cuando Cocoa Beach se hallaba sólo a veinticinco kilómetros? ¿Hasta dónde se extendía la profundidad del espacio...?

Jens sintió un estremecimiento interior al imaginar fugazmente que las frías inmensidades del infinito lo rodeaban en todas las direcciones.

—Precisamente ahora acabamos de acoplar el vehículo orbital a la nave nodriza —explicaba mientras tanto Bill Ward—. Aún están realizando todas las comprobaciones antes del lanzamiento. Se trata de ir verificando una cantidad interminable de pequeños detalles...

...Mientras nuestro pequeño mundo gira alrededor de su pequeño sol, perdido en los bordes de nuestra galaxia espiral, que a su vez no es sino una entre otras muchas, algunas mayores que ella, en un universo que se extiende hacia el infinito...

Jens notó bruscamente que una mano le sostenía el antebrazo con firmeza, y vio el rostro de Verigin a pocos centímetros del suyo, observándole con una expresión preocupada en sus facciones redondas, avejentadas. De pronto, se dio cuenta de que se sentía mareado. Debía de haber estado tambaleándose.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntaba Verigin, con voz extremadamente suave—. ¿Acaso se siente enfermo?

—¿Enfermo? ¡No! —Jens se esforzó en recobrar la compostura—. Cansado... eso es todo.

—Oh, sí. Por supuesto —respondió Verigin, soltándole el brazo—. Estas actividades siempre resultan agotadoras.

Bill Ward terminó su charla y volvió a sentarse en la butaca de antes. Verigin giró casi ansiosamente hacia él, para reanudar la conversación.

—Me decía antes —le oyó comenzar Jens—, que su hermano es profesor en la Facultad de Veterinaria de esta Universidad, ¿no es así?

—Sí. Joel —explicó Bill—, Desde hace seis años.

—Estaba pensando... —continuó Verigin—. ¿Sabe usted si se ha dedicado a algún tipo de investigación sobre degeneración nerviosa en los animales? Tengo un perro en casa, un perro pequeño...

—Temo que no sabría responderle esa pregunta —le interrumpió Bill—. No suele mantenerme muy al corriente de lo que hace.

—No es nada importante, desde luego —contestó Verigin—, Ya casi ni veo al perro, en estos días, pero mi mujer... Sólo tuvimos dos hijos, ya crecidos los dos, claro. De hecho. Piotr y Feodor Asturnov fueron pilotos de pruebas juntos. No es que fueran inseparables, ya comprende, pero se conocían bien. Feodor es nuestro martenauta en esta expedición, pero Piotr... Desgraciadamente, un avión que mi hijo estaba probando se desintegró en el aire, sin que él pudiera abandonarlo.

—No lo sabía. Lo siento mucho —dijo Bill, inquieto y nervioso, pero sin perder

su postura rígida.

—Su hermana, nuestra hija, se casó y está viviendo en... bien, usted no conocería el nombre. Es una de las nuevas ciudades de Siberia. Mi esposa y este perro —lo llamamos Chupchik— pasan mucho tiempo a solas, por mis frecuentes desplazamientos. Chupchik significa mucho para nosotros.

—Ah... si —murmuró Bill, mirando más allá de la cabeza del ruso, a la carretera que los conducía hacia la pista de aterrizaje donde esperaba un aeroplano de despegue vertical para llevarlos de vuelta al hotel, en Merritt Island.

—En los últimos tiempos a Chupchik le están fallando las patas traseras. Ya no es un cachorro. Debe tener diez o doce años, diría yo —prosiguió Verigin—. Si, doce años. Cuando era joven lo atropelló un camión, pero pareció haberse recuperado muy bien. Sin embargo, de un año a esta parte, cada vez le resulta más difícil caminar.

—Es una lástima —contestó Bill—. Una verdadera lástima. ¿No le han llevado a que lo vea un veterinario?

—Por supuesto —asintió Verigin—. Pero parecen saber muy poco sobre los perros, en este sentido. Nos dicen que Chupchik está envejeciendo, y nosotros no somos veterinarios. No podemos discutir. Pero le respondían tan bien las piernas, durante todo este tiempo... Pensé que quizá si aquí alguien estuviera estudiando las afecciones de los nervios, o lo que sea que causa esta parálisis en los perros... ¿no podría ser que su hermano estuviera al corriente de algo...?

Jens vio cómo la mano izquierda de Bill Ward estrujaba el brazo de su butaca.

—Puedo enviarle unas líneas. Lo haré con gusto —dijo Bill.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Verigin—. Se lo agradecería muchísimo.

El autocar llegó por fin a la pista de aterrizaje y el avión de despegue vertical que les aguardaba allí les acogió en su interior, apenas un poco menos espacioso que el del hoverbus. Unos instantes después, el avión se elevó suavemente, como un ascensor, hasta una altura de ciento cincuenta metros y los condujo hasta la pista situada en el mismo terrado del motel Holliday Inn de Merritt Island, parcialmente ocupado por el gobierno como residencia para personas muy importantes.

Jens se dirigió hacia las escaleras, complacido por la perspectiva de poder descansar un poco y llamar al despacho. Quizás había llegado algún mensaje de Lin desde que él había salido. Mientras se acercaba a su propia suite, en el piso inmediatamente interior a la pista de aterrizaje del tejado, que estaba reservado para los delegados y subsecretarios de los seis países que cooperaban en la expedición, oyó cómo Guenther, en compañía del representante indio Ahri Ambedkar, detenía a Verigin cuando el ruso se hallaba en camino a la suite que le correspondía.

2

—¿TIENES UN MOMENTO. SERGEI? Quédate a tomar una copa con nosotros — exclamó Walther Guenther en ruso, mientras Verigin pasaba en dirección a sus aposentos.

El delegado paneuropeo dominaba bastante bien el idioma ruso aunque, evidentemente, le costaba algún esfuerzo. Verigin giró la cabeza en su dirección y se acercó a ellos, respondiendo en un alemán mucho más fluido.

—Gracias —replicó—. Es una invitación muy agradable, ahora que tenemos una o dos horas libres. —Se acomodó en uno de los mullidos y voluminosos sillones verdes que rodeaban una mesa circular en el salón.— Creo que no tenemos nada que hacer hasta la recepción con el Presidente, a las ocho, ¿no es cierto?

—Me parece que será a las nueve —contestó Ahri Ambedkar—. La llegada del presidente Fanzone ha sufrido cierto retraso y, aunque la hora oficial de la recepción sigue siendo la misma, hemos sido discretamente informados que no comenzará hasta las nueve.

Resultaba claro que el alemán del delegado indio era tan poco natural como el ruso de Guenther, de modo que Verigin volvió a cambiar de lenguaje, hablando esta vez en francés.

—No sabía yo eso —explicó.

—Acabamos de enterarnos —contestó Ambedkar en francés, con evidente alivio.

—Sí —añadió Guenther con facilidad en el mismo idioma—, el piloto del helicóptero que debe llevarnos allí nos lo ha dicho hace un momento. ¿Qué vas a tomar. Sergei?

—Coñac —contestó Verigin—, ya que hemos acabado hablando en este idioma.

Los otros dos sonrieron. «Ahri es realmente viejo», pensó Verigin, comparando sus morenas y redondeadas facciones con el rostro blanco y anguloso de Guenther, mientras éste solicitaba las bebidas por el teléfono que había sobre la mesa. «Paso la mayor parte de mi tiempo relacionándome con hombres viejos, hombres de mi edad, y olvido que la mayoría de la gente es más joven. Los viejos gobiernan el mundo, por fuerza, desde luego, ya que los jóvenes no han tenido tiempo de aprender...»

—Es un alivio poder disfrutar de un rato de descanso —intervino Guenther después de hacer el pedido. Y ya que hablamos de ello, estoy algo sorprendido de que Fanzone no nos haya hecho una visita antes de esta noche.

—Bueno, su categoría es superior a la nuestra —respondió Ambedkar.

—Políticamente, sí —prosiguió Guenther. Un cabo de las Fuerzas Aéreas, de servicio en el salón, apareció con las bebidas. La conversación se interrumpió hasta que se hubo retirado.

—Políticamente, si —repitió Guenther—. Él es el principal dirigente de una poderosa nación, y nosotros sólo somos delegados para cuestiones del espacio. —

Sonrió. Los demás también sonrieron.— No vamos a hablar ahora de antecedentes políticos, ni de los nuestros ni de los suyos.

Verigin emitió una risa ahogada, pero Ambedkar pareció interesado por el comentario.

—Así pues, ¿hay algo de cierto en esos rumores acerca de que el hampa le prestó su apoyo para que llegara a la presidencia de los Estados Unidos?

Guenther agitó una mano tan angulosa como su rostro.

—No. no. Me costaría creerlo —contestó—. Aunque tampoco importa mucho, en realidad. Estos estadounidenses son todos medio gánsters, en el fondo. Pero nunca dejan que esto se interponga en los negocios.

—Podríamos decir —intervino Verigin, mientras cataba el coñac, servido en pequeñas copas— que los Estados Unidos de América es un perro tan grande que puede mantener unas cuantas pulgas. Se sentirían muy solos si les quitaran el gansterismo.

—Sin embargo, si el gansterismo resulta ser un factor de importancia política en estos momentos —dijo Ambedkar—, y especialmente con relación a esta misión internacional...

—Creo que podemos desdeñar un factor como éste —replicó Guenther—. Son los elementos evidentes en los procesos mentales de Fanzone los que vale la pena considerar. El acuerdo privado fue que no se presentaría en el momento del lanzamiento para no romper el equilibrio unitario de las naciones. Ahora se produce un accidente que le hace llegar tarde a la recepción de hoy. Me preguntaba, simplemente, si no podría producirse otro accidente de este tipo que le retuviera aquí hasta que despegue la lanzadera.

—Lo dudo mucho —contestó Verigin.

—Quizás estés en lo cierto —concedió Guenther—. Tal vez sea únicamente mi tendencia natural a especular sobre las alteraciones del programa. Lo innegable es que ha colocado a Wylie aquí con nosotros.

Se detuvo para dejar su copa sobre la mesa de café que les separaba, inclinándose para hacerlo. Las miradas de Verigin y Ambedkar se cruzaron sobre su cabeza.

—No sé a dónde quieres ir a parar. Walther —dijo Verigin—. Todos sabemos que la posición de Wylie es bastante distinta de la nuestra, tanto por su experiencia como por su situación. ¿Se ha producido algún cambio? ¿Está haciendo algo que no sepamos?

—Oh, nada que yo sepa —contestó Guenther, elevando su vista hacia ambos—. Quizás estoy preocupándome sin ningún motivo.

Ambedkar miró otra vez a Verigin con aire interrogativo.

—¿Qué piensas tú, Sergei?

—Siempre hay motivos para preocuparse, es verdad —asintió Verigin—, y sobre todo cuando se trata de los norteamericanos. De todas las estructuras capitalistas —y no os ofendáis, amigos—, la mente norteamericana es la más centrada en sí misma y,

por lo tanto, la más impredecible. Pero me cuesta creer que un presidente norteamericano —vaciló ligeramente—, o su representante, arriesgue la imagen de su país en ningún acto evidente de menosprecio hacia los representantes de otras naciones amigas.

—Pero quizá deberíamos tener en cuenta la posibilidad —añadió Guenther.

—Por supuesto —asintió Verigin—, Es preciso que la tengamos en cuenta.

Jens que había aplazado momentáneamente su intención de descansar, se hallaba en su propia suite, al final del pasillo que venía del salón, conferenciando otra vez con Selden Rethel a través de un circuito cifrado.

—Mira —decía Jens con paciencia—, si no puede hablar conmigo, pídele al menos que hable con Tad durante la recepción.

—Se lo diré, naturalmente —contestó Selden—. Pero esta recepción se hace exclusivamente de cara al público. Creo que ya debes saberlo. Lo último que puede hacer un Presidente en un caso como este es dar la impresión de que anda con secretos contigo o con el astronauta norteamericano.

—¡Martenaute, Sel, maldita sea! —interrumpió Jens—. Están orgullosos de su nombre: martenautes. ¿Por qué la gente no puede entenderlo? Son los únicos que hay.

—Como prefieras, Jens. Martenautes, entonces.

—Mira —insistió Jens—. Esto afecta a todos aquellos relacionados con la expedición, a todos los países, a todos los martenautes. No se trata sólo de Tad. Si pudieras explicarle al Presidente que Tad sabe lo que dice cuando se queja de la sobrecarga del programa de trabajo, especialmente en el periodo inicial...

—Hay una razón para eso —explicó Selden—. La expedición a Marte alcanzará su máximo valor periodístico durante las nueve primeras semanas. Por eso los representantes de cada nación permaneceréis ahí todo este tiempo. Por eso también es cuando más falta hará que los martenautes informen que han realizado el experimento que solicitaba Hamamuri, o Nagasaki, o el experimento que propuso Müller, de la Universidad de Bonn, y...

—De acuerdo, de acuerdo —concedió Jens, controlando el tono de su voz—. El problema es que la tripulación tiene que atender a demasiadas cosas y no dispone del tiempo suficiente. Lo que preocupa a Tad es, ¿qué pasará si una vez llegan allí deben prescindir de algún experimento, o si alguna prueba sale mal por intentar ir demasiado deprisa? Todo lo que él quiere es que el Presidente hable con los delegados de los otros países, ya que a estas alturas es el único que puede hacerlo, y les convenza para que todos acepten suprimir uno o dos experimentos de su lista. Es mucho más peligroso dejarlos partir tal como están las cosas que enfrentarse con el problema ahora.

—Esto es lo que tú opinas, naturalmente —contestó Selden con tranquilidad—. Además, si está tan seguro de que va a ser así, ¿por qué no se encarga él mismo de establecer una lista de prioridades para el programa, mientras se dirigen allí?

—¡Pero, hombre! —exclamó Jens, contemplando con fijeza la imagen de Selden

que le ofrecía la pantalla—. ¡Pero, hombre! Cuando necesitas un chivo expiatorio no tienes problemas, ¿verdad? Te basta con gritar su nombre, grado, número de serie y esperar que dé tres pasos al frente. Tad es un martenaute. Todos ellos son martenautes, ¡no políticos!

Durante varios segundos. Selden le devolvió la mirada sin responder. Cuando finalmente lo hizo, había una nueva frialdad en sus palabras.

—Todos tenemos un trabajo que hacer. Incluso yo —contestó—. Como he dicho antes, transmitiré al Presidente cuanto acabas de decirme. Es todo lo que puedo hacer, informarle. De todas formas, yo en tu lugar no tendría muchas esperanzas de que ocurra algo.

—Por supuesto —asintió Jens.

—De acuerdo, pues. No hay más que hablar —Selden interrumpió la comunicación.

Jens se dejó caer pesadamente en la silla que había junto a su cama. Se sentía sin fuerzas y algo mareado, como si hubiera acabado de recibir un golpe en la boca del estómago. El teléfono sonó de nuevo. Con gesto automático, accionó el interruptor y en la pantalla apareció un rostro femenino, ovalado, con ojos castaños bajo una cabellera también de color castaño.

—¡Hola! —saludó cariñosamente—. Si dejaras el teléfono colgado cinco minutos, quizás podría llamarte alguien.

Un súbito sentimiento de alivio y gratitud, que surgía de lo más profundo de su ser, le hizo olvidar su depresión.

—¡Tin! —exclamó satisfecho—, ¿Dónde estás?

—Aquí. En la planta baja, quiero decir —contestó Alinde West—. Quería subir y darte una sorpresa, pero es evidente que estás rodeado por una muralla de agentes de seguridad. Le dije a uno de ellos que era tu esposa legal, pero no se impresionó en absoluto. Ahora mismo está mirando cómo te llamo desde el corredor.

—¿Quién es? —preguntó Jens—. ¿Gervais? ¿Negro, de edad madura? ¿Un individuo esbelto y algo rígido, con aspecto de senador romano?

—Un senador muy ceñudo, en todo caso.

—Deja que le hable yo.

Se produjo un corto silencio, hasta que la figura del agente Albert Gervais, del departamento de seguridad, llenó la pantalla.

—Lo siento si he retenido a quien no debía —comenzó Gervais, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. Dijo que era esposa de usted y, según nuestros ficheros, no está usted casado.

—No exactamente, no —explicó Jens—, pero es una amiga de muchísimo tiempo y ya ha recibido permiso de la Casa Blanca para acompañarme en otras ocasiones. Si llama a la oficina de Selden Rethe, estoy seguro de que le darán su autorización para que suba a visitarme.

—Un momento, señor Wylie —la pantalla quedó vacía, aunque no se cortó la

comunicación. Jens permaneció esperando durante varios minutos, pensando que Gervais podía haber dejado la pantalla a Lin mientras hacía las necesarias comprobaciones. Finalmente, apareció de nuevo Gervais.

—Correcto, señor. Existen precedentes de autorización por la Casa Blanca. Hemos renovado esta autorización para las próximas veinticuatro horas. Si la desea para más tiempo, debe llamarles usted mismo.

—Muchas gracias —contestó Jens—, así lo haré.

Sintió una gran comprensión hacia un profesional como Gervais. La visita de Lin representaba una complicación, así como un aumento de trabajo para los encargados de proteger a los delegados internacionales. Instintivamente, añadió:

—Le prometo que subirá directamente a mi suite y saldrá directamente de ella. Además, le informaré tan pronto como salga de la zona restringida.

—Gracias, señor Wylie —respondió Gervais, sin mostrar más signos de emoción ahora de los que había mostrado antes—. Me encargaré de que la acompañen hasta usted ahora mismo.

Uno de los agentes, un joven musculoso y rubio, con acento de Nueva Inglaterra, que Jens había visto anteriormente pero cuyo nombre no conocía, guio a Lin hasta la suite. Resultaba maravilloso tenerla de nuevo entre los brazos: una grácil y vibrante figura femenina, de miembros finos y músculos firmes, bronceada, vestida de verde y con el acompañamiento apenas insinuado de un perfume discreto y limpio.

—Al no tener noticias tuyas esta mañana creí que no ibas a venir nunca —comenzó Jens tras el saludo inicial—, ¿Qué prefieres hacer primero?

—Sentarme y tomar una copa —respondió—. Todos los vuelos en primera clase estaban reservados, y he tenido que venir en clase turista con veinticinco kilos de material de grabación y transcripción en el regazo, durante todo el viaje.

Mientras atravesaba la habitación y se acomodaba en una de las butacas. Jens comenzó a preparar dos whiskies escoceses con hielo en el pequeño bar de la suite.

—¿Cómo ha sido que no has llegado esta mañana?

Le acercó su vaso y tomó asiento en el sofá junto a su butaca.

—Gracias. La revista pensó que podía aprovechar el tiempo, así que en lugar de estar aquí de vacaciones me han encargado un artículo sobre las esposas de los martenautas; cómo han aceptado sus familias la idea de que van a permanecer tres años en el espacio exterior y esas cosas...

—No hay muchas esposas a las que puedas entrevistar —indicó Jens—. Feodor Asturnov es viudo. Tanto Anoshi Wantanabe como el paneuropeo Bern Callieux tienen esposa, pero han preferido quedarse en sus casas con los niños y no asistirán al lanzamiento. Bapti Lal Bose, el indio, no está casado. Así que solamente te queda la esposa de Dirk Welles y la de Tadell Hansard.

—Tú las conoces, ¿no? —preguntó Lin.

Jens asintió con un gesto.

—Creo que Wendy Hansard te va a gustar —dijo—. Se parece un poco a ti. Es el

tipo de mujer con quien podría casarse un astronauta. A la esposa de Dirk. Penanine, o Penny como él la llama, no la conozco tan bien. De todas formas, parece agradable. Una chica joven y gordita, con más aspecto inglés que Dirk. Es rubia.

—¿Puedes ayudarme a conseguir una entrevista con ellas para mañana? —preguntó Lin.

—Puedo intentarlo. No creo que haya muchos problemas, después del lanzamiento. Antes, desde luego, sería imposible. Mira —dejó de hablar mientras llevaba nuevas bebidas hasta la mesa: y se acomodó, dirigiéndose hacia ella—, esta noche tenemos una recepción con el Presidente, y no hay manera de que puedas acompañarme, pero si le parece que puedes esperar aquí, yo volveré sobre las once...

Lin se levantó bruscamente y, dejando la bebida a un lado, se abalanzó sobre él en el sofá.

—¡Idiota! —exclamó, rodeándolo cariñosamente con los brazos y atrayéndolo junto a sí—. ¡Claro que estaré esperándote cuando vuelvas! ¿Por qué otra cosa crees que me las arreglé para llegar hasta aquí?

—No sabía siquiera si ibas a venir o no —murmuró Jens, con un peculiar sentimiento, cálido y alegre, en su interior.

Hila retiró sus brazos, pero no se alejó de él.

—No empecemos ahora con eso —respondió—. Te dije que estaría aquí para el despegue, y aquí estoy.

—Ya lo sé —admitió—, y no podrías haber llegado en un momento en que lo apreciara más.

Hila le miró fijamente.

—Me ha parecido que estabas disgustado por algo —dijo—. ¿De qué se trata?

Jens sacudió la cabeza.

—Oh, es sólo este trabajo.

—¿Qué sucede con este trabajo? —preguntó ella.

—Bien —comenzó Jens, cansadamente—, la expedición a Marte es una cosa: la política internacional que lleva detrás, otra muy distinta. Te sería imposible creerlo.

—Inténtalo.

—Todas las naciones que participan están enzarzadas unas contra otras, intentando conseguir la mayor parte de la publicidad, el mayor protagonismo y, por encima de todo, el máximo posible del tiempo de los martonautas para sus propios experimentos. Esto último, sobre todo.

—¿Te refieres a los experimentos científicos que van a realizar durante el viaje?

—Exactamente —respondió Jens—. El resultado final de todo ello es que los martonautas están sobrecargados de trabajo. Tienen que hacer demasiadas cosas. En teoría, naturalmente, es todo posible: pero sólo hace falta que algo no vaya según lo previsto, como una pequeña enfermedad, por ejemplo, para que todo el trabajo se les venga encima. Y comprenderás que en una expedición como esta, que carece de precedente, por fuerza deberá su cederles algo que interfiera con lo programado.

—¿Qué es lo que falla, entonces? —Inquirió Lin—. ¿Acaso los gobiernos implicados no se dan cuenta? ¿Por qué no se reúnen y llegan a un acuerdo sobre un programa experimental razonable?

Jens rió amargamente.

—Los gobiernos implicados son incapaces de ponerse de acuerdo en nada —respondió—. En primer lugar, todos los demás forman un bando contra los Estados Unidos.

—¿Todos los demás?

—Desde luego. ¿Cuál de ellos es capaz de usar la Técnica de Dirección Compartida con tanto provecho como nosotros? Nosotros somos la única nación donde puede funcionar. O, mejor dicho, es una técnica tan adaptada a nuestro sistema que daría igual si funcionara exclusivamente para nosotros.

—De acuerdo —concedió Lin—, pero se supone que colaboran con nosotros, al menos en esta expedición, ¿no?

—La cooperación es de cara a las relaciones públicas solamente —dijo Jens—. También para nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que los Estados Unidos son los que van a obtener mayor provecho publicitario de este vuelo. ¿Por qué piensas que lo hacemos, si no? En la tripulación participamos con un solo miembro, como los demás países: pero nuestro gobierno, aun así, puede hacer notar que la mayor parte de lo que va a ir a Marte, excepto la tripulación, se debe a la industria o a la tecnología norteamericana.

—Me parece un truco publicitario bastante caro —objetó Lin.

—Tal vez, pero lo necesitamos —dijo Jens, frunciendo el entrecejo—. Verás, esta técnica de la dirección compartida da un poco de impresión de ser un regalo especial de Dios a su pueblo favorito, los Estados Unidos de América. Es necesario que esa impresión desaparezca: tal y como están las cosas, nuestra imagen es demasiado opulenta. Nosotros somos los que tenemos más fábricas en el espacio para producir las piezas que hacen funcionar la red de comunicaciones entre computadoras. Sin la industria que teníamos ya en un comienzo, nunca habiéramos podido estructurar una red como esa en poco menos de tres años, con una terminal en cada mesa de despacho del país. Sin una organización del comercio y la industria basada en los consejos de administración, la posibilidad de disponer de la persona más adecuada en el momento en que hace falta no hubiera servido de nada.

—Tal vez —contemporizó Lin.

—¡Sin duda alguna! —exclamó Jens—. Esto es lo que nadie parece comprender, maldita sea. Dime Lin, sin este flujo de información computada y sin la optimización que representó en la capacidad decisoria, ¿se hubiera cuadruplicado acaso nuestro producto nacional bruto de la noche a la mañana, del modo en que lo ha hecho? ¡No es ninguna casualidad que nuestra eficacia supere la de cualquier otro! Pero, si lo miras desde el punto de vista de uno de estos países con alto nivel de vida pero escasa

industria, se trata del rico que se enriquece más a costa de los otros. Y el papel de esta expedición no es sino servir de pararrayos y desviar parte de la amargura de los que ven así las cosas.

—De acuerdo —Lin cambió de postura, mirando más resueltamente a Jens—. Pero, ¿qué tiene todo esto que ver con la sobrecarga del programa de experimentos? y, sobre todo, ¿qué tiene que ver contigo personalmente?

—Los martenautes están preocupados, y parece que soy el único en escucharlos —murmuró Jens—. Han acudido a quien han podido para que se limitara el programa de trabajos. Hoy, durante el almuerzo. Tad Hansard me ha pasado el encargo.

—¿Por qué a ti? —preguntó Lin—. No es asunto tuyo.

—Pero puedo hablar con el Presidente... quizá —Jens sacudió la cabeza—. Aunque, hasta ahora, no he tenido demasiado éxito. He intentado convencer a Selden Rethe para que me dejara llegar hasta Fanzone.

—¿Y no has podido?

—Oh, puedo hablar con Selden Rethe, desde luego, pero todo lo que hace es buscar razones para que el Presidente no pueda verme.

Jens alargó el brazo hacia su bebida, distraídamente, y lo volvió a retirar sin levantar la copa de la mesa donde se hallaba.

—Sin embargo. Fanzone debe estar presente en la recepción diplomática de esta noche y espero encontrar una ocasión para hablarle, con o sin permiso. Los martenautes estarán allí también. De eso se trata. Los delegados nacionales ofrecen un homenaje a los martenautes y Fanzone realizará una, en teoría, visita sorpresa.

—Sigo sin entenderte —respondió Lin—. ¿Por qué has de tener problemas para hablar con el Presidente? Tú eres la persona que él designó, ¿no es cierto?

—¡Oh, por supuesto! —dijo Jens con algo de tristeza—. Pero soy un hombre de paja.

Hila le miró a los ojos y de pronto, Jens se encontró explicándole toda la historia.

—Eso es lo que soy —dijo agriamente—. No te equivocaste en mucho. Lin, cuando me dijiste al aceptar el nombramiento que solamente sería un representante simbólico. No lamento haberlo aceptado, no es eso. Este empleo seguirá valiendo su peso en oro cuando me dedique seriamente a escribir el libro. Pero la verdad es que, como el control del despegue y de la expedición se realiza desde aquí, en Merritt Island, en este país, ser el delegado nacional de los Estados Unidos de América carece de significado. En esta expedición, el auténtico delegado norteamericano es el mismo Presidente. Yo estoy aquí como un espantapájaros, para completar un número y parecer inofensivo. Sobre todo, parecer inofensivo. Deberías ver los otros delegados. Son viejos y duros luchadores, los mejores políticos que sus países pudieron enviar. Comparado con ellos, yo soy un cordero entre lobos.

Lin comenzó a reír y luego se contuvo. Dejó la copa sobre la mesa y lo rodeó con sus brazos, consoladoramente.

—Lo siento —murmuró—. No he querido ofenderte, pero me ha parecido

gracioso que tú seas un corderito entre lobos. ¿Son lobos todos ellos. Jens?

—Sí. Bueno —contestó Jens—. Sir Geoffrey Mayance no es tan malo. En realidad, es un anciano muy agradable. Pero es tan agudo como cualquiera de los otros, o quizá más.

—Entonces —prosiguió Lin—, si todos ellos están juntos frente a los Estados Unidos, tal vez podrían ponerse también de acuerdo para reducir el programa de experimentos.

—La cosa no es tan sencilla —explicó—. También hay divisiones y facciones entre ellos. En el fondo, cada nación va a lo suyo, lo único que hace posible esta expedición es que todos los países tienen intereses en la industria espacial.

—Bien, quizá los demás no tengan tantas fábricas en el espacio como nosotros —admitió Lin—, pero disponen de un sistema que les va tan bien como la técnica de la dirección compartida a nosotros o, al menos, es lo que se dice, ¿no? ¿Qué nombre le dan? La Teoría de la Producción Aumentativa, creo. ¿No pueden ponerse de acuerdo a partir de ahí?

—No lo creo. Propaganda aparte, es muy bonita la idea de instalar un fragmento de fábrica en cada hogar, utilizando el mismo sistema de comunicación entre computadoras que usamos nosotros para la dirección compartida. Pero los países que lo intentan no disponen de una estructura comercial como la nuestra que les sirva de base, y conseguirla les va a costar entre cinco y diez años de preparación, antes de que su sistema realmente funcione. Por supuesto, cuando lo consigan —Jens sonrió—, todas esas naciones de elevada población como India o China tal vez, nos borrarán de la superficie de la tierra. Por ahora, sin embargo, somos los únicos que conseguimos cuadruplicar el PNB cada año, y quizá lleguemos a adelantarnos tanto que cuando ellos...

Se interrumpió bruscamente, intentando evadirse del problema siquiera fuese por unos momentos. Desvió la mirada hacia Lin y, de pronto, se dio cuenta de que no quería seguir hablando.

—Pero, ¿por qué estamos aquí perdiendo el tiempo en hablar de todo esto?

Ella le devolvió la sonrisa.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Eso me pregunto —contestó—. Tú tampoco lo sabes, así que ¿por qué no dejar el tema? Ya comienza a ser hora de pasar a cuestiones más importantes.

3

UNA CARA ALARGADA, con profundas entradas en el negro cabello, contemplaba a Albert Gervais desde la pantalla del videófono.

—Acabo de enterarme —estaba diciendo—, que dejaste pasar una persona llamada Alinde West hasta la suite de Jens Wylie, en el piso de los delegados nacionales.

Gervais devolvió la mirada. Amory Hammond y él hablan sido compañeros de promoción, pero Hammond había estado destinado en las Fuerzas Aéreas durante dos años, y las recomendaciones que las Fuerzas Aéreas dieron de él le habían empujado hacia arriba en el escalafón. Había sido llamado a Washington de nuevo, y desde allí se encargaba de la sección de Gervais.

—Lo comprobé. Estaba autorizada.

—Sí, ya lo sé. Albert —contestó Hammond—. Pero no es pariente ni nada: solo una compañera de cama o algo así.

—Lo comprobé en la Casa Blanca —repitió Gervais—. Dieron el visto bueno. Ya ha recibido autorización para estar con él en otras ocasiones.

—Ya lo sé, ya lo sé —Hammond desvió la mirada de la pantalla y, tras una pausa, la dirigió otra vez allí—. Pero lo que no sabes es que es una periodista. Trabaja para el *New World*. Es una revista femenina de mucha tirada, bastante mañosa.

—Me imagino que en la Casa Blanca ya deben de saberlo.

—¡Por supuesto que lo saben! —respondió Hammond—. Y no les preocupa. Pero somos nosotros los que hacemos el trabajo. Si algo va mal, la culpa será para nosotros.

—No veo qué puede ir mal —contestó Gervais—. Además, ¿qué querías que hiciera? Una vez le dieron la autorización, yo no podía impedir que subiera.

—Concedido —dijo Hammond—. Pero no me gusta nada. Si se produce algún escándalo... Estas revistas femeninas son peores que ninguna otra, cuando se trata de escándalos.

Por un segundo. Gervais permaneció mirando a la pantalla.

—Te lo vuelvo a decir —comenzó pausadamente—. ¿Qué quieres que haga?

—Bueno, vigílala bien, por amor de Dios —contestó Hammond—. Consigue que se vaya, como sea.

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¿No se te ocurre ninguna forma? —la cara de Hammond se contrajo.

—No —respondió Gervais—. No se me ocurre.

—Albert —insistió Hammond—. Albert, no estás colaborando.

Gervais no se alteró ni contestó nada. Ni una línea de su rostro se movió. Permaneció quieto como una estatua.

En la pantalla. Hammond desvió la mirada súbitamente y encendió un cigarrillo.

Luego, dejó caer la mano que lo sostenía sobre el despacho. El cigarrillo encendido temblaba ligeramente entre sus dedos.

—Lo siento —murmuró, desviando otra vez la vista—. He dicho algo un poco brusco. No iba en serio. Albert.

Gervais no respondió.

—¡Escucha! —dijo Hammond mirándole una vez más desde la pantalla—. Lo siento mucho. Perdí la cabeza. Tú no sabes a qué tensiones estamos sometidos aquí. Vendré con vosotros tan pronto como pueda despejar un poco la mesa de mi oficina. Pero tú sabes que siempre puede hacerse algo.

—No —insistió Gervais—. No sé qué quieres decir.

—¡De acuerdo! —Hammond aplastó el cigarrillo—. De acuerdo. Estoy de acuerdo. No hubiera debido ponerme brusco. Ha sido culpa mía pero, ¡maldita sea! si esta mujer, quienquiera que sea, acaba escribiendo algo desagradable para esa revista en que trabaja, nuestras cabezas estarán en la picota, las de todos nosotros.

Gervais esperó.

—¿Harás lo que puedas, verdad? —preguntó Hammond finalmente.

—Desde luego —respondió Gervais.

—Muy bien, de acuerdo entonces. Me quitas una preocupación de encima.

Hammond cortó la comunicación.

Gervais permaneció contemplando la muerta superficie de la pantalla durante un largo instante. Luego, se recostó en su silla e hizo una profunda inspiración. No había desliz que no contara: no era posible traspasar la línea equivocadamente, por un solo segundo, para retroceder luego y no volver a atravesarla nunca más. Una vez traspasada, la línea se movía en la dirección del paso: la siguiente transgresión iba un poco más lejos, y así sucesivamente. Cualquiera que pisara una sola vez la raya, aunque fuera accidentalmente, debía esperar respuesta.

Hammond, como cualquier otro, había comprendido bien esta lección, en otros tiempos. Pero Hammond siempre había sido débil, y ahora las Fuerzas Aéreas lo habían estropeado, además, convirtiéndolo en peligroso. Gervais se acarició la barbilla pensativamente, y comenzó a reflexionar.

Jens fue volviendo gradualmente a sus sentidos, sin llegar a darse plena cuenta del momento en que despertó del todo. Sobre la gran cama de hotel, Lin yacía durmiendo a su lado.

El tranquilizante más antiguo del mundo había ejercido su efecto, y se sintió con la mente clara y tranquila por primera vez en varios días. El agotamiento general, debido a la excitación y a la fuerte tensión social que estaba viviendo, seguía aún con él, pero su cerco se había relajado. La nube de vapor emocional que le envolvía se había disuelto y sus pensamientos tenían de nuevo el claro frescor de lo práctico.

Echado en la cama, sin necesidad de levantarse todavía para vestirse antes de la cena diplomática, se encontró por fin en condiciones de reflexionar imparcialmente

sobre la situación en que se hallaba involucrado: la situación creada por la expedición tripulada al planeta Marte y por todo lo que ésta representaba.

Era como permanecer en la cumbre de una montaña, mirando el paisaje que se extendía alrededor de su falda. La montaña en sí la constituía el hecho mismo de la expedición, el esfuerzo por alcanzar Marte, toda la teoría de la colaboración entre seis naciones. Pero el paisaje llano que se extendía hasta el horizonte desde la base de la montaña estaba dividido en distintos territorios, reinos especiales, cada uno de ellos relacionado con la expedición de una u otra forma y viendo solamente un aspecto de la montaña en sí.

Tampoco los que estaban en la montaña podían verla en su totalidad. Sólo desde la misma cumbre, desde su pico más elevado, donde se encontraban los martonautas, alguna persona de la NASA y sí, posiblemente él mismo, sólo desde allí podía verse todo el territorio, la montaña y los terrenos circundantes a la vez.

Jens miró entonces los territorios desde la cima de la montaña, imaginándolos como si estuviesen señalados con distintos colores, al igual que los países en un mapa. ¿Cuántos colores hacían falta, tres o cinco? De cualquier forma, había un número finito de colores que permitía pintar un mapa sin que jamás limitaran dos zonas del mismo color. Una cuestión de topología. Los colores que él veía entonces eran cinco pues había, en efecto, cinco principales grupos de gente relacionada con la expedición, cinco territorios humanos diferentes.

Uno de ellos lo componía la montaña en sí misma, formada por los martonautas, la NASA, la expedición real. De los cuatro restantes, que nacían a los pies de la montaña, uno pertenecía a los diplomáticos y los políticos. Otro territorio era el de los técnicos, las empresas de ingeniería y todos los que también contribuían a la construcción de la nave y a todo cuanto fuera físicamente necesario para realizar la expedición. El tercero correspondía a la gente, al público que afectaba: toda la comunidad local, incluyendo las esposas e hijos de los tripulantes, que conectaba con la expedición en un sentido humano. Finalmente, había el territorio al que aún pertenecía la mitad de su ser: el territorio de los periodistas y su público, los hombres y mujeres en las calles del mundo ante quienes los primeros debían responder.

En realidad, ahora que se detenía a pensar en ello, lo que le colocaba en la cima de la montaña, junto con los martonautas y pocas personas más, era el hecho de que él no pertenecía por entero a ninguno de aquellos grupos, sino parcialmente a todos ellos. Parte de él seguía siendo periodista. Por su presente ocupación, era también político o diplomático. Además, tal vez por simpatía, se sentía un martonauta, en una especie de deseo fantástico que jamás llegaría a cumplirse: y, al mismo tiempo, era uno de los hombres que permanecían en la calle observando y alguien que había dedicado años al estudio de la tecnología y la estructura mundial que habían dado origen o al menos, posibilitado el proyecto.

Lo que estaba sucediendo en aquellos momentos, lo que iba a suceder el siguiente día en el despegue, y los días y meses que vendrían después, no se reducía al curvo

viaje que la expedición realizaría a través del espacio hasta llegar a su cita con Marte casi diez meses después. Sería eso, sí, pero también la interacción de los distintos territorios que quedaban en tierra, participando de una u otra forma: desde el campesino del tercer mundo que extendía sus brazos hacia cualquier cosa a su alcance que le hiciera partícipe, aun imaginariamente, de las riquezas que abundaban en regiones más favorecidas de la tierra: hasta los hombres y mujeres atrapados en los engranajes políticos de las comunidades humanas más poderosas, gente que se hallaba en la cima, controlando la maquinaria pero sin poder escapar a ella.

No, no podía ser así. Los distintos territorios se superponían e influenciaban, formando complejos diseños que llegaban a confundirse. En el fondo de su mente surgió el recuerdo de un tapiz medieval que había visto en cierta ocasión en un castillo en el sur de Francia. El tapiz cubría toda una pared y mostraba profusión de escenas de la vida rural, la nobleza, animales salvajes y criaturas mitológicas. Por encima de todo ello destacaban las mayores fantasías del firmamento, junto con la gran rueda del Zodíaco. Las manos que tejieron aquel tapiz, muertas desde hacía siglos, habían intentado reproducir la magnificencia de la creación, así como el papel del hombre en ella, en una asombrosa superficie de tejido.

Conforme este recuerdo iba tomando consistencia, en su mente se iba formando la imagen de un tapiz en el que cada individuo, incluso él mismo, no eran sino hilos sueltos. La comparación le sedujo. Pudo ver cómo todos los actos humanos se iban tejiendo y entretejiendo, componiendo un impresionante tapiz. El fondo estaba formado por incontables hilos como el suyo propio, invisibles por sí solos pero todos necesarios. Los hilos más brillantes se entrelazaban diestramente, creando los elementos básicos del diseño. Esos hilos más brillantes podían equipararse a los conductores de hombres, los políticos, los misioneros, los técnicos, incluso gente como el mismo Jens, Lin, hasta Gervais, el agente de seguridad y otros muchos como él, que atestaban Merritt Island y el Cabo. Y sin embargo, ninguno de ellos pasaba de ser un simple hilo, fuera cual fuera su color y su posición. Todos carecían de sentido, excepto cuando estaban entretejidos con otros hilos, en un esfuerzo por romper la cáscara de huevo que representaba la atmósfera terrestre.

El choque entre las imágenes mentales de tapices y cáscaras de huevo bastó para apartarlo momentáneamente de su introspección. La imagen de la Tierra como un huevo, de donde debía surgir la raza humana hacia el espacio, era poderosa y muy real. Pero no le atraía tanto como la imagen del gigantesco tapiz, que brotó nuevamente en su imaginación. Era real, ciertamente, y estaba allí, extendiéndose hacia la eternidad y el infinito. En esos momentos, le parecía como si estuviera flotando por delante y por encima de él. Lo estudió nuevamente, hasta encontrar el hilo llamado Jens Wylie, y creyó verlo en su lugar del tapiz, fuerte y claro, avanzando hacia un objetivo determinado, mezclándose con los demás hilos a su alrededor. Con este pensamiento en la cabeza, medio imaginando y medio soñando, persiguiendo su rastro en el diseño general, cayó dormido.

CATORCE PISOS MÁS ABAJO, al nivel de la calle, el cavernoso interior del salón bar se encontraba casi incómodamente frío. Un hombre de cabellos negros, que apenas superaba los treinta años y respondía al nombre de Malcolm Schroeder, se dirigió hacia la barra escasamente visible, con las manos extendidas ligeramente ante él, en previsión de posibles obstáculos. Por fin la alcanzó, acomodándose en un taburete.

—¿Qué va a tomar?

La mujer que atendía tras la barra tenía, como él, poco más de treinta años y un aspecto nada desagradable, aunque tal vez era excesivamente delgada. Su cabello, castaño oscuro, era muy corto y formaba apretados rizos sobre la frente y el cuello. Vestía un conjunto de verano color burdeos, ceñido alrededor del busto, aunque la falda era amplia y corta. Para Malcolm, criado en Filadelfia, su voz tenía apenas un leve acento sureño. Tras ella, Malcolm contempló las hileras de botellas suavemente iluminadas, que ocultaban la superficie de un espejo.

—Un Tom Collins —respondió. Luego recordó que aún no era el fin de semana y se corrigió—. No. Cerveza. ¿Tiene Schlitz?

—Claro que tenemos.

La camarera se alejó. Sus ojos comenzaban a adaptarse a la penumbra. No era tan delgada como había pensado, después de todo. En el otro extremo del salón, un hombre corpulento, de animadas facciones y cabello marrón rizado, sobre los cuarenta años de edad, se apoyó en la barra.

—¡Enfermera! —gritó, con voz fingidamente débil—, ¡Por favor, enfermera!

—Gracias —dijo Malcolm, sonriendo a la camarera que le traía la cerveza—. Parece que tiene un paciente desesperado, ¿no?

—Oh, es uno de esos periodistas. Se llama Barney no-sé-qué.

—Enfermera...

—¿Periodista? —preguntó Malcolm vivamente, aunque ya sabía a qué se refería. Tal vez la mujer quería únicamente demostrar que no estaba dispuesta a salir corriendo a la primera llamada, pero Malcolm pensó que preferiría permanecer un poco más de tiempo con él.

—Sí, ya sabe —contestó ella—. El Centro de Prensa está al otro lado de la calle.

—¡Oh! —comentó Malcolm, aún sonriendo a pesar de que era evidente que ella se marchaba ya. La camarera le devolvió la sonrisa y se apartó.

—¿Otro Martini con hielo?

—Malcolm oyó cómo se dirigía al hombre llamado Barney.

No debía ser muy difícil llegar a conocerla, pensó Malcolm mirándola. Volvió a sonreír al reflexionar sobre su propia situación. Tenía todo un mes de libertad por delante, mientras se adaptaba al nuevo empleo y buscaba una casa conveniente. Myrt no había quedado muy satisfecha pero, como él se había apresurado a señalar, la

elección de la casa era una cuestión importante, nada que pudiera hacerse precipitadamente. Sobre todo, pensó mientras miraba otra vez la figura de la camarera, si se procuraba no buscar demasiado. Lástima que nunca hubiera sabido moverse rápido con las mujeres. Cada vez que lo había intentado había acabado haciendo el ridículo. De cualquier forma, se dijo, era mejor técnica sonreír y esperar. Después de todo, tenía una hermosa sonrisa. Era bastante alto y su figura era buena: esbelto y sin ninguna cana. No. era mejor sonreír y esperar sentado. Gritar «enfermera»... bueno, quizás a algunos les diera resultado.

Bebió su cerveza a pequeños sorbos, para hacerla durar. Entre tanto, el periodista había vuelto a llamar a la enfermera y estaban los dos hablando y riendo. Quizá la dirección le exigía que tratara bien a los periodistas, por la publicidad o algo así...

Continuó pensando. El problema era el dinero...

Tal vez si enviara un telegrama a su banco, o. mejor, una conferencia telefónica, y les dijera que necesitaba efectivo por algo relacionado con la búsqueda de la nueva casa... Podrían retirarlo de la cuenta de ahorros, mandarle una transferencia y Myrt nunca lo sabría. No. no debía pensar tales idioteces. Por supuesto que lo sabría, a final de mes, cuando hiciera el ingreso de costumbre. Además, quizás el banco no querría... Después de todo, iban a dejar la zona y con seguridad cambiaría a otro banco, una vez hubiera comprado la casa y se hubiera establecido en el nuevo empleo. Hasta era posible que se pusieran en contacto con Myrt para comprobar su llamada. Eso sí que sería bonito.

La camarera regresó. En la barra sólo quedaban otros cuatro clientes, hombres todos. Comenzó a cortar rodajas de limón junto al pequeño fregadero que había detrás de la barra, no muy lejos de Malcolm.

—¿Le dan mucho trabajo estos lanzamientos? —preguntó, con toda la simpatía que pudo poner en su voz.

—Ahora no va mal del todo. Más adelante... pero yo termino a las cuatro. Desde las cinco hasta la hora del cierre, esto es un manicomio.

Las cuatro de la tarde.

—Ya me la imagino, todo el tiempo con fulanos como aquel de allí, gritando «¡enfermera!»

Ella rió.

—No es tan desagradable. Algunos periodistas si se ponen pesados, pero no él. Es sólo el lanzamiento, ya sabe. Todo el mundo cree que es algo muy importante: y lo es, por supuesto.

—Yo también creo que es algo muy importante —dijo Malcolm con presteza—. Cuando era joven fabricaba cohetes a escala. Incluso habíamos formado un club. Me han ofrecido un empleo en Orlando y me dije que debía acercarme por aquí y ver el despegue. No pensé que todas las habitaciones de hotel estarían reservadas. Bueno, qué más da...

—Hay mucha gente que piensa que es algo muy importante.

Acabó con un limón y comenzó otro, el último de los que había separado para cortar.

—¿Usted no?

—Dentro de dos o tres días todo el mundo se habrá ido. ¿Y cuándo será el próximo lanzamiento? ¿Dentro de seis meses? ¿Un año, tal vez? Creíamos que el programa espacial atraería todo tipo de industrias y negocios, pero fíjese en todos esos edificios comerciales vacíos.

—Bueno, sí. Pero yo suponía que la gente de por aquí estaban todos a favor.

—Nadie está en contra. Es sólo que no representa el premio gordo que habíamos imaginado, eso es todo. y, ¿qué puede hacer la gente corriente como nosotros? Nada. Hemos de conformarnos con el mundo que nos dan.

—Ya sé de qué me habla... —Malcolm empezó a responder, pero ella ya había terminado el último limón y estaba colocando el plato con las rodajas de un estante, junto a las aceitunas, guindas, almendras y demás. Al girarse, el movimiento hizo que el vestido se tensara sobre su flanco. Al seguir el movimiento con sus ojos se dio cuenta, con algo de sorpresa, de que el periodista había marchado, al igual que los demás. En aquellos momentos estaban a solas en el bar, cosa extraña en un día tan atareado.

Esa era su oportunidad. Sintió latir su corazón. «Adelante», pensó, «no seas cobarde...»

—Lástima que usted no sea uno de esos periodistas —comenzó ella, volviéndose hacia él mientras se enjugaba las manos en una toalla—. Podría publicar lo que le estoy diciendo. Aunque no lo haría, claro. Exceptuando a Barney, ese que estaba ahí hace un momento, lo único que hacen los demás es sentarse aquí a beber. Lo único que envían a sus periódicos es el material que les preparan los de la NASA en el edificio de ahí enfrente.

«Demasiado tarde», pensó. Bien, quizás a la larga fuera preferible así. Le dedicó su mejor sonrisa.

—Usted ya lo sabía, ¿no? —preguntaba ella—. Ni siquiera escriben sus propios artículos. Los de la NASA lo hacen por ellos. Podría contarles unas cuantas verdades para que las publicaran, pero no les interesa en absoluto.

—Apuesto que si puede —respondió Malcolm.

—¿Sabía que el nivel de desempleo aquí en Brevard County ha crecido en un doce por ciento? Es casi el triple de la media nacional. No vemos mucho dinero, por aquí. Y desde aquí se van a la Luna, y a Marte, y a sitios que hace veinte años nadie había oído nombrar. De acuerdo, que lo hagan. Pueden hacerlo, si es eso lo que quieren: pero al menos podrían encontrar algo de trabajo para la gente de aquí, y dejar algo de dinero en los comercios locales. Podrían hacerlo, si quisieran.

—Los de Washington siempre hacen así las cosas —asintió Malcolm—. En Filadelfia, donde yo vivo...

—Un momento, por favor.

La mujer del bar se retiró para servir a un hombre alto y encorvado, de piel muy bronceada, que acababa de entrar. Para disgusto de Malcolm, comenzó a hablar con él, sin regresar a su lado. El bar se estaba llenando de nuevo, y pronto volvió a estar ocupada.

Malcolm se fijó en la botella de cerveza, que aún no estaba completamente vacía. Vertió el contenido en su vaso, con gran cuidado. Podía atraer la atención de la camarera pidiéndole otra cerveza, pero sería inútil. Había demasiada gente. Y el dinero era verdaderamente un problema. Apuró el vaso y se puso en pie. Ella no estaba mirando en su dirección: ni siquiera se daría cuenta de que se iba.

Salió a la calle. En el exterior, el día parecía más caluroso, y el sol era tan cruel como la vida en general. No era cierto que no hubiera podido encontrar habitación. Los buenos moteles, como el Holliday Inn, estaban ocupados desde hacía meses; pero los establecimientos más pequeños, sin servicio nacional de reserva, no habían tenido tanta suerte. Él había encontrado una cabaña en un motel que apenas tenía cinco, detrás de una estación de servicio, a diez kilómetros por la carretera de Orlando. Y hasta tenía aire acondicionado. Pero era poco más que una pequeña caja de cemento, con una sola luz junto a la cama. De todas formas, eso le permitía comprar unas cervezas y un libro de bolsillo, con lo que pasaba el tiempo sin excesivo gasto. Tal vez mereciese la pena volver al bar hacia las cuatro menos cuarto, cuando la camarera terminara su turno. Todo era posible.

CASI AL MISMO TIEMPO que Malcolm Schroeder cargaba dos cajas de seis cervezas Schlitz cada una en su automóvil, un modelo de tres años antes. James Brille se preparaba para abandonar el domicilio de la camarera con quien Malcolm había estado hablando. Su nombre era Aletha Shrubbs, y Jim llevaba ocho días viviendo con ella, desde que la había conocido durante su primera noche en Merritt Island.

La cita con Willy Fesser había sido concertada para las dos de la tarde, por lo que Jim supuso que no se trataría de ninguna comida. En consecuencia, acababa de terminar un bocadillo de embutido y una cerveza y estaba aseándose en la cocina de Aletha. Observó que la bolsa de la basura estaba casi llena. Oprimió el pedal que levantaba la tapa del cubo, retiró la bolsa llena y colocó la nueva. El papel marrón crujió agradablemente mientras lo desplegaba para que cubriese el interior del cubo. Por un instante, las letras ER GOOD FOOD llamaron su atención, antes de quedar ocultas contra la pared del recipiente metálico. También las letras le parecieron agradables. Le gustaba ocuparse de las tareas domésticas. Una vez hubo terminado, dejó caer otra vez la tapadera del cubo y asió la bolsa llena. Mientras la llevaba hasta los dos contenedores de basura que había junto a un sauce, al otro lado de la calzada, saludó a la señora Wocjek, vecina de Aletha, que estaba extendiendo una enorme manguera verde por el jardín.

—¿Hace falta mucha agua? —preguntó, señalando con un ademán la superficie de brillante césped.

—Da igual —contestó la señora Wocjek—, es gratis.

—¿Gratis?

Depositó la bolsa de la basura en un contenedor aún poco lleno y ajustó firmemente su tapa de metal. Luego regresó hacia la señora Wocjek, que en esos momentos abría un grifo en el extremo de una cañería que parecía salir directamente del suelo del jardín.

—¿No se lo ha contado Aletha? —preguntó la señora Wocjek—. Hay agua por todas partes. Basta con perforar y poner un grifo.

Jim quedó agradablemente sorprendido. Contempló el césped con aprobación, y luego volvió su mirada a la mujer. Sara Wocjek debía tener unos seis años más que Aletha: corpulenta, aunque no gorda, era casi tan alta como Jim, y su mandíbula era fuerte y pronunciada. A Jim le gustó. De hecho le solía gustar la gente. Por eso había llegado a estar en buenos términos con casi todos los vecinos, aún en tan pocos días. La zona era una especie de barrio dormitorio para gente que trabajaba en Merritt Island, con casas que debían costar unos cuarenta mil dólares, aunque probablemente en un principio no hubieran costado más que una quinta parte de esa suma. Durante el día, la población estaba compuesta casi exclusivamente por mujeres y niños.

—¿Va hay suficiente presión para que suba? —preguntó Jim.

—Véalo —respondió la señora Wocjek.

Él asintió.

—¿Ha encontrado trabajo? —preguntó ella a su vez.

—He de ver a una persona hoy.

—¿Es un buen empleo?

—Aún no lo sé —respondió el hombre— nunca se sabe, las ventas. No me enteraré hasta que hable con quienquiera que sea esa persona.

—Si lo consigue, y es un buen empleo, avísenos por teléfono. Harry y yo podemos salir con ustedes dos a celebrarlo.

—Aletha sí que va a celebrarlo. Ya llevo varios días viviendo a su costa.

—No lo crea —respondió la señora Wocjek—. Para una persona tan joven como Aletha no es nada fácil superar un divorcio. Ojalá sus familiares vinieran de visita más a menudo.

—Quizá vengan pronto, después de todo —dijo Jim. Sus miradas francas y animadas, se cruzaron. Era evidente que ella no creía que fuera primo de Aletha, pero como le caía bien la pareja, no le concedía la menor importancia.

—Bueno, tengo que irme ya —dijo Jim finalmente—. Les tendré al corriente de lo que suceda.

—Si, por favor.

Dio media vuelta, se dirigió de nuevo hacia la casa, cerró las dos puertas y se enfundó la chaqueta del traje. Volvió el cuello de la camisa amarilla deportiva sobre las solapas de la chaqueta marrón, y comprobó su aspecto general. A fin de cuentas, no envejecía con demasiada rapidez. Sus facciones todavía eran ovaladas, y su cabello seguía oscuro, por más que comenzara a escasear. Además, la chaqueta comenzaba a quedarle algo ajustada, aunque los pantalones eran bastante amplios y cómodos, después que Aletha... no, había sido Betty Rawls quien los había ensanchado, el mes anterior en Houston. Se sonrió a través del espejo, para ver los resultados. Estaba bien: no haría llorar a ningún niño, al menos por un tiempo. No estaba mal para haber cumplido ya cuarenta y dos años.

Se dirigió hacia su coche de alquiler, sintiendo un auténtico pesar por tener que irse. Tal vez no volviera nunca. Le hubiera gustado cortar la hierba antes de marchar, pero eso hubiera sido ir demasiado lejos. Cada vez que hacía algo por el estilo, una parte de su ser quedaba atrás.

La señora Wocjek había regresado al interior de su casa, y no se veía a ninguno de los demás vecinos. Hizo girar el Gremlin por Larch Avenue, saliendo de Laburnum, y se encaminó hacia la carretera.

Se dirigía al extremo opuesto de Merritt Island. Tardó unos veinte minutos en llegar, por una sinuosa carretera asfaltada de dos carriles. Un macizo pórtico estucado, con la palabra «Kelly» en caracteres de hierro forjado, enmarcaba una estrecha pista de asfalto que se perdía en un tupido bosque de pinos cubiertos de musgo. Desde la carretera no podía verse qué había bajo los pinos. La pista estaba

cortada por una barrera levadiza. Jim detuvo el automóvil, salió de él y, al no ver a nadie, volvió a entrar e hizo sonar la bocina.

En seguida apareció un hombre robusto y de edad madura, con camisa blanca, gorra de policía y pantalones verde oliva. Al cinto llevaba un revólver de cañón corto. Se dirigió hacia el coche, surgiendo de entre los árboles.

—Hola —preguntó, más que dijo, mientras se inclinaba hacia la ventanilla del conductor.

—Me llamo Brigham. William Brigham —explicó Jim—. Tengo entendido que me están esperando.

—¿Señor Brigham? Oh, sí, señor, por supuesto —el guardia se irguió—. Siga recto adelante. Podrá aparcar el coche al final, junto a los garajes.

—Gracias —contestó Jim. Esperó a que el hombre alzara la barrera y puso el coche en marcha. Más allá del bosquecillo de pinos había un huerto de naranjos, con un aspecto algo descuidado. Más adelante volvía a haber pinos, igualmente cubiertos de musgo. Por fin, tras una serie de curvas, llegó a un punto en que la carretera separaba un extenso jardín de césped recién cortado y una mansión de ladrillos color gris pardo. Una amplia escalinata llevaba desde la carretera hasta el porche con columnas. Más lejos, se veía un grupo de pequeñas cabañas que rodeaba un extenso círculo de asfalto donde se encontraban aparcados varios coches, más modernos que el suyo.

El parque, observó mientras pasaba frente a la casa, no era tan llano como había creído en un principio. Había una elevación de considerable tamaño y, medio oculta por la misma, a la altura del lugar donde estaban aparcados los vehículos, descubrió una piscina rectangular de grandes dimensiones, rodeada por unas cuantas sillas y mesas con parasol. Dos de estas sillas las ocupaban un hombre y una mujer, ocupados en lo que parecía ser un montón de papeles.

Una de las cabañas, observó Jim, tenía levantada su ancha puerta. En el interior había varios coches más. Jim dejó el que conducía junto a uno de los aparcados en la plazoleta y se detuvo a mirar alrededor. No había nadie que pudiera indicarle dónde ir, y le pareció que los de la piscina le estaban observando atentamente.

Caminó hacia ellos. La pareja resultó estar compuesta por un joven de corto cabello negro, que sostenía una pluma y una libreta, y una mujer mayor, de unos sesenta años, alta y encorvada pero con buen aspecto. Su cabello era de un tono rojizo, y la bata amarilla que vestía contrastaba con el intenso bronceado de sus facciones angulosas.

—Hola, querido —saludó con voz ronca, casi de barítono, cuando Jim llegó hasta ellos—. Y, ¿quién eres tú, si puede saberse?

—Bill Brigham —respondió Jim—. He venido a hablar con Willy Fesser.

—¡Oh. Willyyy! —exclamó la mujer, arrastrando la última sílaba del nombre. Se volvió hacia el joven—. Querido, ¿dónde está Willy?

El joven frunció el entrecejo.

—En la biblioteca, supongo —respondió. Acercó una hoja de papel a la mujer y explicó—. Es el presupuesto de los comestibles y bebidas para la fiesta después del lanzamiento.

La mujer tomó el papel y lo sostuvo a buena distancia de sus ojos.

—Es muy caro —murmuró.

—Hice lo que pude.

—Ya lo sé, querido —se interrumpió, dirigiendo la mirada a Jim de nuevo—. ¿No lo ha oído? ¡En la biblioteca!

Agitó la mano que tenía libre, señalando hacia el edificio. Jim dio la vuelta y se fue.

La puerta principal, cuando llegó a ella, no estaba cerrada, sino abierta de par en par. Pasó a un salón recibidor de techo muy alto, con una amplia escalinata en el extremo opuesto. Espaciadas a intervalos por ambos lados del salón se veían pesadas puertas de roble, todas cerradas. Una de ellas se abrió y aparecieron dos hombres morenos y esbeltos, ambos vestidos igual con camisa blanca de manga corta y planchadísimos pantalones blancos, que discutían en español. Pasaron junto a Jim sin lijarse en él, dirigiéndose hacia el otro extremo del salón, donde un pasillo desaparecía bajo las imponentes escaleras.

—Hey —llamó Jim—, ¿dónde está la biblioteca?

Se detuvieron a mirarle, estudiando su traje, hasta que uno de ellos señaló la tercera puerta desde la entrada.

—Es allí, señor.

—Gracias.

—No hay de qué.

Jim se dirigió hacia la puerta señalada y golpeó con los nudillos, sin obtener ninguna respuesta. Abrió y se introdujo, en una habitación espaciosa y repleta de volúmenes, con sofás y butacas dispuestos aparentemente al azar. Willy Fesser estaba en el rincón opuesto, sentado en un sillón color ciruela junto a una ventana baja, con un lápiz y una libreta en sus manos. Jim caminó hacia él.

—Hola —saludó.

—Siéntese —masculló Willy, indicando un sillón igual al suyo. Su voz había adquirido cierto matiz centroeuropeo, desde la vez anterior que Jim lo había visto.

Jim tomó asiento. Se fijó en que Willy comenzaba a dar señales de estar envejeciendo. No debía tener más de cuatro o cinco años más que Jim, pero había ganado mucho más peso que él durante los nueve meses que llevaban sin verse. Vestía un traje cruzado de color azul marino, tan ajustado que formaba arrugas. Era lógico, pensó Jim: a Willy le gustaba comer bien, y Europa estaba llena de buenos restaurantes. Pero los kilos ganados eran blandos y fofos, y el rostro de Willy era más ojeroso que rollizo, los escasos cabellos grises desperdigados sobre su cráneo no parecían merecer la molestia de un peinado.

—¿Tiene algún motivo concreto para encontrarse aquí, en esta zona? —preguntó

Willy.

—Estoy buscando un empleo de vendedor, desde luego —contesto Jim.

—¿Dejó aquel trabajo que tenía en Denver, de venta de maquinaria agrícola?

—¿Qué piensa? —replica Jim—. ¿Qué iba a dejar algún cabo suelto? Además, puedo volver allí siempre que quiera.

—Vale más que no lo haga —aconsejó Willy—. Es mejor que no vaya directamente allí, cuando esto acabe. Búsquese un lugar, en la costa este, por ejemplo, y quédese quieto durante medio año, más o menos. Muy bien, de ahora en adelante, hablaremos únicamente por teléfono.

Arrancó una hoja de la libreta y la tendió a Jim.

De acuerdo —asintió Jim, echando una ojeada a la nota antes de guardarla en el bolsillo—. Aprenderé el número y destruiré el papel. Pero, ¿dónde puedo encontrarle si lo necesito con urgencia? ¿Aquí?

—No tiene por qué saber dónde voy a estar.

—Infiernos, no —respondió Jim—. Suceden cosas. Sabe eso tan bien como yo.

—Está bien. —Willy contemplaba el exterior por la ventana. Jim, mirando a su vez, vio la piscina, a la mujer con voz de barítono y el hombre de pelo negro. En esos momentos también había otra figura, vestida de blanco, que les acababa de servir una bandeja con vasos.

—Está bien —repitió Willy—. Aquí. Pero la duquesa no sabe nada de nada. Acuérdesse bien. Además, es verdad.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó Jim—. Todo el mundo sabe que alquila su casa a cualquiera del negocio.

—De acuerdo, es útil —respondió Willy—. No se preocupe por lo demás. Debe existir un lugar abierto, donde se pueda hablar, y ella lo consigue con esas fiestas que da. Limítese a seguir las reglas.

—No parece que le haga falta el dinero.

—No intente nunca adivinar quién necesita dinero —advirtió Willy—. Usted lo necesita, y eso es todo lo que me interesa. Ahora le explicaré qué debe hacer. El representante federal en este asunto de la expedición es el subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio. Su nombre es Jens Wylie. Debe usted enterarse de los informes que da a su propia gente. Se aloja en el Holliday Inn, con los demás representantes diplomáticos. Los tres pisos superiores son para ellos exclusivamente.

Willy se detuvo y se inclinó en su asiento para extraer una llave del bolsillo derecho del pantalón. Se la dio a Jim.

—Datos, material —explicó—. Está todo en consigna en la terminal de autobuses. Busque el armario que corresponde a esta llave. Cuatrocientos a la semana.

—No me venga ahora con ésas —contestó Jim—. Habíamos hablado de quinientos. Por eso me fui de Denver.

—Lo siento —dijo Willy, encogiéndose de hombros casi imperceptiblemente—. Resulta que son cuatrocientos, después de todo.

Jim se puso en pie.

—Creo que volveré a mi empleo —anunció.

Atravesó la sala sin decir nada más. Cuando llegó a la puerta. Willy permanecía imperturbable. Seguía sentado en el sillón, escribiendo de nuevo. Jim volvió a dar vuelta, regresó y se acomodó en el sillón de antes.

—Váyase a la mierda. Usted gana.

—Muy bien —respondió Willy, sin levantar la mirada—. No pierda esa llave. Es un duplicado. Cada viernes, después de medianoche, encontrará allí su dinero. Y tenga cuidado con un agente de seguridad llamado Albert Gervais, en el motel. Es más brillante que la mayoría de ellos.

—De acuerdo. —Jim volvió a ponerse en pie. Tras una pausa, preguntó—: ¿Ningún anticipo?

—Encontrará algún dinero para gastos en la consigna, con el resto del material.

Jim asintió con un gesto, dio la vuelta y se retiró. En el exterior, la duquesa y su secretario social, o lo que fuera, seguían sentados junto a la piscina. Jim puso el motor en marcha y atravesó lentamente el bosquecillo de naranjos y el pórtico monumental, intentando asimilar el hecho de que todo estuviera ya decidido.

Como acostumbraba a sucederle cada vez que comenzaba un trabajo, sintió una ligera sensación de náusea en el estómago, una especie de asombro porque su vida hubiese tomado ese camino. Lo que le preocupaba era el aspecto ilegal de lo que debía hacer. Dios sabía que eran puras tonterías, inevitables si andaba Willy en el asunto. Jim nunca había participado en nada de importancia, y estaba seguro de que no lo haría jamás. La gente como él existía solamente para obtener una información rutinaria que la gente como Willy vendía a otros que la necesitaban para justificarse ante otra gente, más arriba todavía. Aunque se les quería dar un aire de misterio, no eran sino puras tonterías. Cada vez que terminaba uno de estos encargos. Jim se juraba que era el último. No había ningún peligro... casi. Las cosas podían torcerse, y él podía ser sacrificado para que alguien pudiera seguir manteniendo las apariencias, si no por otra cosa. Lo que iba a hacer era técnicamente ilegal... y la cárcel acabaría con él. No es que no fuera duro, a su manera. Podía arreglárselas solo en la mayoría de los casos. Pero en su interior, sabía que era demasiado acomodadizo, y en una prisión federal se darían cuenta pronto.

Todos sus problemas se debían al hecho de que, no sabía por qué, era incapaz de conservar el dinero. La venta había resultado ser una profesión decepcionante. Era lo suficientemente bueno para conseguir unos ingresos estables, aunque reducidos, pero no lo bastante para enriquecerse. Había llegado a un punto en que apenas lograba mantenerse. Fue entonces cuando Willy se dirigió a él por primera vez, hacía ya media docena de años. En aquella época. Jim vendía componentes electrónicos: ahora, procuraba vender cualquier otra cosa, excepto aquélla. La primera vez que

trabajó para Willy fue solamente para ver si era capaz de hacerlo. Luego fue por el dinero. No es que se tratara de grandes cantidades, pero si era más de lo que conseguía vendiendo. Una pequeña cantidad cada vez. Lo bastante para el momento, pero no lo suficiente para servir de punto de partida a ninguno de sus proyectos. De esta forma, cuando Willy se ponía otra vez en contacto con él, meses después, volvía a estar en bancarrota, dispuesto a intentarlo de nuevo. Su esperanza era que por una vez fuera a lo grande, que pudiera tomar su dinero e invertirlo en algo que le rindiera cinco veces más. Pero ya lo había intentado, y lo único que logró fue perder el dinero, todas las veces. Valía más vivir bien mientras duraba la paga. De esa forma, al menos conseguía bonitos recuerdos.

Pero. Cristo, algo de dinero... dinero de verdad. No es que fuera un criminal, y los caminos de la delincuencia le estaban cerrados. Lo que hacía para Willy eran sólo tonterías. Pero. Cristo, si pudiera conseguir dinero. Se preguntó cuánto recibiría Willy por transmitir al siguiente escalón la información que obtenía de gente como Jim. Se preguntó cuánto tendría la duquesa, después de treinta años de moverse por el mundo dirigiendo un mercadillo ambulante al que acudían todos los pequeños traficantes de la policía internacional. Lo suficiente, por supuesto, para alquilar aquella finca durante el lanzamiento, y dar fiestas.

O quizá también estuvieran los dos tan en bancarrota, a su nivel, como estaba el mismo Jim. De todas formas, aún seguían estando por encima suyo, y los envidió por eso.

Condujo de vuelta al centro de Merritt Island. Podía permanecer con Aletha un poco más. Una cosa sabía de cierto: Willy no estaba viviendo en la finca. Quizá tuviera una habitación allí, pero su auténtica madriguera estaría en otra parte. Willy había mentido en eso. Después de todos aquellos años. Jim sabía cuándo el otro mentía. Willy era un zorro demasiado viejo para explicar a nadie dónde tenía sus cuarteles. Su primer cuidado era hacia sí mismo. Eso quería decir que no había muchas posibilidades de que pudiera localizarlo de inmediato, en el caso de que las cosas se pusieran mal. Si sucedía algo. Jim quedaría expuesto a todas las miradas, mientras Willy se escurría discreta mente en la sombra.

Bien, qué diablos, lo único que podía hacer ahora era jugar la mano que le habían servido.

Tan pronto como el Gremlin de Jim se perdió de vista. Willy se acercó al teléfono que había sobre una mesa de la biblioteca y llamó un taxi. Cuarenta y cinco minutos más tarde, estaba sentado junto a un teléfono público en el vestíbulo con aire acondicionado del motel donde se alojaba bajo el nombre de Robert K. Larsen. Dejó caer una moneda en la ranura, marcó un número y esperó que atendieran la llamada.

—Hola —saludó una voz masculina. No era la de Walther Guenther, pero Willy lo pasó por alto. Si el diplomático paneuropeo no estaba escuchando la conversación en esos momentos, sin duda la oiría en pocos minutos.

—Hola —respondió Willy—, Soy Alan Grover, de la oficina de empleos Overseer. Quería decirles que ya les he enviado el jardinero que necesitan. Inmediatamente se pondrá al trabajo.

—Lo siento —contestó la voz del otro extremo—. Debe haberse equivocado de número.

La línea se cortó con un chasquido. Satisfecho. Willy dejó el asiento y se dirigió hacia el bar.

—Un Martini, por favor —pidió al camarero—. Con Tanqueray y una corteza de limón.

Cuando le sirvieron la bebida, la sorbió con gratitud. Un par de copas y luego a cenar. Una buena cena, aunque fuera demasiado pronto. Una pequeña celebración. El engranaje estaba ya en marcha. Se había asegurado de que Guenther le pagase de su propio dinero. Un asunto privado. Eso podía significar que se trataba de una jugada del representante paneuropeo para conseguir un beneficio político personal, de vuelta en su país. Una pequeña inversión para averiguar si ese Wylie, con toda su inexperiencia, podía cometer algún error que Guenther pudiera utilizar: o quizá la esperanza de descubrir que Wylie no era el monigote político que a primera vista parecía.

Esto ponía las cosas muy cómodas para Willy. Siempre era mejor trabajar para individuos que para organizaciones. No era tan difícil cortar todos los cabos, si hacía falta, y además quedaba en posibilidad a largo plazo dar con alguna información que pudiera resultar valiosa más adelante.

De cualquier forma, se merecía una buena cena... sin contar con el hecho de que si esperaba a más tarde, a la hora normal, tendría que dar una propina desorbitada sólo para conseguir mesa.

6

POCO ANTES DE LAS NUEVE de la noche, los martonautas y sus invitados personales fueron conducidos en un avión de despegue vertical desde el edificio de operaciones y control hasta la azotea del Holliday Inn. La recepción tenía lugar en un comedor privado en el piso noveno. Los invitados llegaban allí desde el terrado mediante ascensores directos, al cuidado de agentes de seguridad. Los representantes diplomáticos habían llegado poco antes, y el presidente Fanzone hizo su aparición menos de diez minutos después. Jens buscó la mirada de Selden Rethel que, en su calidad de secretario privado, marchaba unos pasos detrás del fornido Fanzone. Selden sacudió brevemente la cabeza.

Jens sintió un escalofrío. Si eso significaba que el Presidente había resuelto ya en su contra, sin excusa ni explicación alguna... Por un segundo contempló la posibilidad de dimitir. Luego recobró el sentido común. Lejos de dimitir, sabía que estaba dispuesto a luchar con uñas y dientes por su cargo, si alguien intentaba arrebatárselo. No había ninguna necesidad de recordarle que, en su papel de periodista convertido en diplomático, tan sólo era un tigre de papel: pero la expedición a Marte representaba todo aquello en que siempre había creído, y deseaba participar en ella.

Ahora, sin embargo, el ambiente de la recepción le parecía absurdo y deprimente. Había prescindido de la cena, para poder pasar más tiempo con Lin, pues su compañía le parecía lo bastante sólida y real. Pero ahora, con una copa de champagne en su interior, que le había subido directamente del estómago a la cabeza, volvía a encontrarse en el terreno movedizo de la política. De pie en una esquina del salón, con su segunda copa en la mano, sufrió una momentánea desorientación que le hizo sentirse como un personaje de una mala comedia. Los demás asistentes parecían estar entregados a una danza ritual de sociedad, haciendo los gestos convenidos, pronunciando las frases convenidas y murmurando las respuestas convenidas.

Entre todos ellos, afortunadamente, alcanzó a ver a Wendy y Tad Hansard, y el mundo volvió a parecer real. Como le había dicho a Lin, ella y Wendy eran muy parecidas físicamente. La presencia de esta última convertía a los monigotes de cartón que llenaban la sala en personas de carne y hueso. Volviendo de su involuntaria incursión en el mundo de la fantasía, surgió una idea en su mente. Se movió a través de la habitación y habló discretamente al oído de Tad.

—¿Tienes un segundo?

Tad, cuyo anguloso y bronceado rostro aún lucía la sonrisa que había dedicado a la esposa del general de aviación con quien acababa de hablar, se ladeó ligeramente para quedar frente a Jens. Juntos se separaron un paso de los otros, y una vez más Jens encontró extraño que el hombre que iba a dirigir la expedición a Marte fuera media cabeza más bajo que él.

—¿De qué se trata? —preguntó Tad.

—Aún no he conseguido hablar con el Presidente respecto al programa de experimentos —explicó Jens—. ¿Por qué no intentas hablar tú con él directamente?

Tad sonrió de modo poco afable.

—No sé cómo hablar a un presidente —confesó, con un suave acento sureño en su voz—. ¿Cómo se hace?

—Háblale igual que hablarías a cualquier otra persona.

—Está bien —asintió Tad—. Pero no tengas muchas esperanzas. En la escuela no me distinguí nunca por mi retórica.

—No se trata de retórica —insistió Jens—. Tú conoces tu trabajo. Tú eres el astronauta, quiero decir, el martonauta. El que sabe. Dile las cosas como son.

—No tengo nada que perder. Lo intentaré. —Su voz se hizo más gangosa.— Pero tengo la impresión de que no va a dar resultado.

Aunque parecía hablar en tono ligero, la piel alrededor de sus ojos estaba tensa. Tad regresó junto a Wendy y la esposa del general, mientras Jens comenzaba a deambular por el salón en busca del grupo en que se hallaba Selden Rethel. Cuando por fin lo encontró, permaneció con ellos, con la esperanza de quedar a solas con Selden siquiera un solo minuto. Pero cuando el grupo se redujo a cuatro. Selden se excusó y se marchó tan bruscamente que Jens no pudo seguirle sin que resultara evidente que aquello era precisamente su intención.

A partir de aquel momento no perdió de vista a Selden, e intentó llegar hasta él en otras dos ocasiones. Resultaba claro, sin embargo, que Selden estaba decidido a no dejarse atrapar en ninguna situación en que Jens pudiera hablar con él en privado. Más adelante, en cambio, pudo ver cómo Fanzone y Tad conversaban unos instantes a solas. Tad decía algo, y el Presidente escuchaba y asentía.

La recepción terminó a las diez y media con un buffet frío. Jens se sorprendió devorando como un muerto de hambre, hasta darse cuenta de que, efectivamente eso es lo que era. Con algo de alimento en su interior, el coraje y el optimismo volvieron a él. Comenzó a pensar en distintas formas, todas ellas descabelladas, de forzar una entrevista con Fanzone cuando notó un ligero toque en el hombro. Dio media vuelta, sin abandonar su plato y tenedor, para encontrarse con el rostro de Selden fijo en él.

—Si pasas a la habitación contigua sin llamar la atención —es taba diciendo—, te concederé unos minutos, cuando todos hayan marchado.

Sin esperar respuesta, dio la vuelta y se fue. Jens terminó la comida que le quedaba en el plato mecánicamente, sintiendo nacer en su interior una salvaje determinación y una nueva esperanza. Fanzone había asentido a las palabras de Tad. Tal vez el astronauta le había convencido, y quería hablar con Jens para que éste lo corroborara. Todavía podían vencer, después de todo.

Jens se aferró a esa esperanza, aunque sin mucho entusiasmo. Las estadísticas de los últimos cinco años sobre la situación del planeta le habían convencido de la necesidad de explorar el espacio. Era increíble que nadie se diera cuenta de que

cualquier accidente. a estas alturas de la expedición, podía retrasar la conquista del espacio hasta que fuera demasiado tarde. Siempre hay que luchar contra la ceguera, pensó. Todos quieren seguir sus ocupaciones egoístamente, como si no sucediera nada, mientras la casa arde por los cuatro costados.

Hizo lo que Selden le había indicado. Veinte minutos después, los últimos sonidos de la recepción fueron desvaneciéndose.

Acto seguido. Paul Fanzone y Selden penetraron en la habitación donde Jens estaba esperando, sentado en la única butaca. Selden cerró la puerta con cuidado, mientras Jens se ponía en pie automáticamente.

Fanzone ignoró la butaca. Permaneció erguido, en el centro de la habitación, mientras Jens se acercaba a él, de forma que cuando éste se detuvo, quedaron frente a frente como dos luchadores en el cuadrilátero.

—Le agradezco mucho que me conceda unos minutos, señor —comenzó Jens—. No sabría decirle...

—No me dé las gracias —interrumpió Fanzone—. No tiene por qué.

Lo atezado de su piel, que conseguía disimular cualquier síntoma de cansancio frente a las "cámaras de televisión, no lograba el mismo efecto en esa habitación suavemente iluminada, a pocos pasos de distancia de Jens. El rostro de Fanzone se había hundido ligeramente, en los seis meses transcurridos desde la última vez que Jens le había visto para aceptar el cargo de subsecretario. En las comisuras de los labios y debajo de los ojos se habían formado pequeñas bolsas de carne. Si antes había parecido casi tan alto como Jens, ahora daba la impresión de ser más bajo. Sus hombros de jugador de rugby eran redondeados y macizos, comprimiendo su cuello y dando a su cabeza, de ojos despiertos e interrogativos, el aspecto de una tortuga. Para ser un hombre de cincuenta años, estaba bien conservado, pero no tanto como hacía seis meses.

Jens lo contempló con su antiguo sentimiento mixto de respeto y simpatía. Debido a la antigua amistad de Fanzone con el senador Wylie. Jens conocía a aquel hombre que había llegado a presidente desde que tenía trece años de edad. No había nadie a quien Jens hubiera admirado más en los diez últimos años. El senador Wylie había llegado a ser gobernador del Estado, con ayuda de su fortuna y de una familia que le ayudó a conseguir casi todo lo que quiso. Fanzone se había levantado desde la mediocridad más total hasta su situación actual contando únicamente con su fe en sí mismo y en lo que quería hacer.

—El Presidente —explicó Selden, que se había unido a los otros dos atravesando silenciosamente la alfombra que cubría la habitación— no tiene más que un minuto. Jens. Se suponía que esta visita era tan sólo de cortesía.

—Ya sabe eso. Sel —contestó Fanzone. Se dirigió a Jens, abruptamente—. Tú estás aquí en representación mía. Eso significa que tu papel es repetir mis palabras y pensar según mis pensamientos. No eres ningún tipo de enlace independiente entre los astronautas y yo.

—También comprendo eso, señor —respondió Jens—. Pero la expedición a Marte tiene, por sí misma, un interés especial para los Estados Unidos. Por eso pensé que usted querría...

Le interrumpió un suspiro cansado de Fanzone. El Presidente se apartó de Jens y tomó asiento en la butaca, indicando a Jens con un gesto que se acomodara en una silla. Jens se sentó.

—Mira Jens —comenzó a explicar Fanzone, inclinándose hacia delante en su asiento—. Tú no eres ningún diplomático marrullero. No eres ningún político. Tenía muchos para elegir, si hubiera querido uno en este cargo. Las demás naciones enviaron delegados con mucha experiencia. ¿Sabes por qué escogí un aficionado como tú, un antiguo periodista?

—Tenía entendido que fue porque usted quería una persona que conociera bien la prensa y pudiera trabajar con ellos...

—Sí, también por eso —prosiguió Fanzone—. Pero éste es un aspecto adicional. La principal razón fue que mi representante debía ser un aficionado tan evidente que ninguno de los demás delegados necesitara preocuparse por él.

Por unos segundos, sostuvo la mirada de Jens.

—Creí que ya lo sabías —dijo finalmente—. Si no es así y te molesta que te lo diga, Jens, trataré de tranquilizarte. No digo que no puedas encargarte del trabajo, sino sólo que eres un ingenuo aficionado entre profesionales. Y te hemos puesto aquí deliberadamente para que los profesionales sepan que no necesitan competir contigo... ni conmigo.

—Sí, señor —respondió Jens—. Estaba al corriente, y no me molesta. Nunca me ha molestado.

—Yo contaba con que darías algún pequeño traspiés —continuó Fanzone—. Hasta quería que lo hicieras, sólo para tranquilizar a gente como Mayence y Verigin, para que pudieran estar seguros de que no eres un lobo disfrazado de cordero. Quería que estuviesen seguros de que el Presidente de los Estados Unidos iba a permanecer ausente de la escena, y de que no necesitaban preocuparse en absoluto del subsecretario de los Estados Unidos. Pero, ¿sabes por qué lo quería así?

—No, señor —contestó Jens, pues era evidente que Fanzone esperaba esa respuesta.

—¡Pues claro que no lo sabes! Y no lo sabes porque eres un norteamericano. Eres como todos los demás. Encuentras lógicos todos los aspectos norteamericanos de esta expedición, como si se tratara de un derecho natural, como si el espacio fuera propiedad nuestra. Pero si hubieras nacido en Rusia o en Paneuropa, o en uno de los demás países participantes, lo comprenderías en un segundo. Más que cualquier otro jefe de los gobiernos involucrados, yo debo permanecer al margen: hay que evitar dar la impresión de que intento dirigir las cosas.

—Puedo comprenderlo, señor, pero... —Jens se detuvo, pues el presidente Fanzone se había puesto en pie y se dirigía hacia la puerta.

—Díselo tú. Sel —dijo el Presidente—, y asegúrate de que lo entiende.

Desapareció a través de la puerta.

Jens se volvió hacia Selden Rether, sintiendo un vacío en su interior que no se colmaba con el alimento ingerido. Selden no se había movido del lugar que ocupó al entrar en la habitación.

—El problema es. Jens —explicó Selden—, que tú sólo ves un fragmento de la situación.

—Lo que yo veo es la vida de seis personas —contestó Jens—, veo que la expedición puede fracasar, si comienza de esta forma. ¡Por Dios. Sel! ¿No te das cuenta de que podríamos llegar a ese extremo?

—La expedición en si no es más que un fragmento de la situación —insistió Selden fríamente, sin alterar el tono de su voz—. Ya has oído al Presidente: debemos permanecer al margen y evitar dar la impresión de que queremos dirigir la misión. Lo esencial es que todo tenga buen aspecto.

Jens le miró fijamente unos instantes.

—No puedes querer decir eso —articuló—, que el aspecto es lo principal.

—Por supuesto que quiero decir eso.

—Hablas... —comenzó Jens, para encontrar que su garganta se había secado. Tragó saliva y comenzó de nuevo—. Hablas como si solamente existiera la política.

—En cierta forma, así es. —Selden seguía en pie, observándole—. Se trata de política internacional, desde luego, que es muy distinta a la política de las tiras cómicas, o a la de los discursos electorales, o a la de las comedias que ridiculizan los sucesos de Washington. Tal vez pienses que la expedición es algo grande. Jens...

—Eso creo —replicó Jens.

—Bien, pues estás equivocado —contestó Selden—. Lo realmente importante es concertar alianzas aquí en la Tierra, de modo que la gente pueda trabajar de acuerdo por la supervivencia. Ya sé que suena muy bien, todo eso de que necesitamos estudiar el sol desde el espacio, para conseguir la energía de fusión antes de que hayamos terminado el combustible, y todo lo demás. Pero los únicos que se interesan en esto son unos cuantos intelectuales y científicos. La mayor parte de la gente no quiere oír hablar sobre ninguna crisis de energía hasta que se queden sin luz ni combustible para el fuego.

—Mira —dijo Jens—, ya sé de qué estás hablando. Sel. He estado viviendo en Washington unos diez años, ¿recuerdas? Pero a estas alturas, es demasiado tarde para jugar a la política, aunque sea a la política internacional.

—No —replicó Selden—. Bajo cualquier circunstancia, hemos de ser prácticos. Hemos de tratar, por ejemplo, con la mujer que no se interesa por la contaminación hasta que la comida que compra envenena a sus hijos; o hasta que llega al supermercado y no encuentra comida de ninguna clase. No me digas que hay una gran mayoría de gente, en todo el mundo, que no tiene supermercados, porque no estoy hablando de esto. Lo que digo es que la mayoría de las personas comparten una

cierta actitud. Quieren respuestas prácticas, porque su primer impulso, tras intentar ignorar los problemas, es dar media vuelta y disparar sobre el primero que pueden considerar culpable. Los martenautas y la gente como tú, Jens, podéis permitir os tener estrellas en los ojos; pero el resto de nosotros debe ser cabezón y realista.

—Pero, ¡maldita sea! Estoy siendo cabezón y realista —contestó Jens—. La expedición es lo que debe conseguir esa colaboración de la que antes hablabas.

—Eso es lo que esperamos, si —asintió Selden—, Pero, en realidad, no hay nada que tú o yo podamos hacer para que la expedición sea un éxito. Eso depende de la tripulación. Nuestra tarea está aquí abajo, en casa, y no es fácil. Sucede que todos los gobiernos que cooperan en este intento se hallan bajo grandes presiones, económicas o de otros tipos, en sus propias naciones. Si hubiéramos sido capaces de elegir el momento ideal para el despegue, las cosas hubieran podido ser mucho más fáciles, políticamente. Pero debemos ceñirnos a un período limitado de tiempo para hacerlo, porque así lo dicen los científicos y los ingenieros...

—Quieres decir porque el momento correcto para el lanzamiento solamente se da cuando la Tierra, Marte y Venus se hallan alineados —interrumpió Jens—. No eches ahora la culpa a los científicos y los ingenieros.

—Dilo de la forma que prefieras —concedió Selden—, Estoy tratando de explicártelo. Jens, pero me lo pones muy difícil. El hecho es que este lanzamiento se da en un momento muy poco favorable, a nivel internacional. El aterrizaje en Marte no le va a reportar beneficios inmediatos a nadie. Pero es una oportunidad de demostrar el papel que podemos jugar en la cooperación internacional, y puede conducir a nuevos acuerdos, a un nuevo orden mundial que, a su vez, quizá permita reducir el presupuesto de defensa, lo que significaría beneficios para todos a medio plazo.

—¿Y luego? ¿Qué va a suceder a largo plazo? —Jens se detuvo. Era inútil discutir con Selden. Estaba desperdiciando su aliento y poniendo en peligro el cargo que aún le interesaba.

—Siempre habrá crisis, naturalmente —decía Selden—, y les haremos frente cuando se produzcan. Esa es la cruz con que deben cargar los gobiernos. Por supuesto, a todos nos gusta sonar con el futuro lejano, pero algunos debemos vivir en el presente. y tú estás entre éstos. Jens. En estos momentos, la realidad es que el Presidente no puede dar la impresión de que aprovecha el poder de los Estados Unidos para influir sobre los demás participantes respecto a una cuestión de menor envergadura como ésta del programa.

Jens permaneció callado, vacío de palabras.

—Él cree, en serio, que tú eres la persona indicada para este trabajo. Jens —volvió a comenzar Selden—. Yo también lo creo. Pero él necesita saber que comprendes las auténticas prioridades. Yo diría que las has comprendido, pero quiero poder informarle con total certeza de que es así. ¿Puedo hacerlo?

Así se resumía la situación. Todo el mundo, literalmente, se lavaba las manos del

problema de la sobrecarga de trabajo. El mensaje para Jens era claro: haz lo mismo o devuelve tus papeles. ¡No! Había un gusto amargo en su boca. No renunciaría al cargo de ninguna forma, aunque eso le obligara a tragarse su orgullo. De acuerdo, pensó Jens inexorablemente. De acuerdo.

—Claro que puedes —contestó, obligándose a permanecer tranquilo—. Me excedí, solicitando una entrevista con él por una cuestión así. Ahora lo comprendo.

—Entonces no hay ningún problema —decidió Selden.

Comenzó a dirigirse hacia la puerta de la habitación.

—No vayas a pensar que hiciste mal preocupándote así por la Expedición, Jens —añadió—. Es sólo que tal sugerencia no puede salir de nosotros. ¿Lo ves ahora?

—Claramente —contestó. La comida que había tomado le ardía en el estómago.

—Muy bien. No hay nada malo en señalar un problema. Se trata de que lo resuelva la gente apropiada, en el momento adecuado. Eso es todo.

—Por supuesto.

Jens comenzó a andar también hacia la puerta, y Selden le dejó que se acercara hasta su altura, después de pasar por el vacío salón, con sus múltiples mesas cubiertas de restos de pastel, fruta y copas de champagne vacías.

—Sabes. Jens —explicó Selden, mientras llegaban a la puerta principal de la suite—, el Presidente confía en ti. Esa es la auténtica razón de que te pusiera aquí. Necesitaba una persona que pudiera actuar sin tener que recibir instrucciones obvias a cada momento y, como te conoce desde pequeño, está seguro de que eso es lo que harás. Sabe que tus impulsos son de fiar, ¿comprendes?

—Naturalmente —respondió Jens.

Pensó en aquel hombre, al que conocía desde que su propio padre ocupara la oficina del gobernador, en St. Paul, cuando Fanzone era el nuevo fiscal general del Estado. Si Fanzone había estado en contacto con Jens el tiempo suficiente para conocerlo bien, también Jens había estado en contacto con Fanzone lo suficiente para conocer sus intenciones. Jens había estado siempre convencido que Fanzone sentía una dedicación sincera, la dedicación de una persona que está dispuesta a entregar su vida por una causa. Pero eso era cuando miraba a Fanzone desde cierta distancia. Ahora estaban juntos en la trinchera, lo bastante cerca para que cada uno pudiera oler el sudor del otro.

—Al mismo tiempo —continuaba Selden—, como jefe ejecutivo. Fanzone debe hacer lo que las circunstancias exijan, y necesita gente que le siga sin vacilar. No tiene tiempo de explicar cada uno de sus actos y decisiones a los que trabajamos para él.

—No —concedió Jens.

Selden cerró la puerta a sus espaldas y salieron al corredor, immaculado e inmensamente frío por el aire acondicionado.

BARNEY WINSTROM, jefe del equipo de cámaras de la estación Southwest Cable TV NetWork, regresó a Merritt Island tras revisar los cables eléctricos que salían del camión aparcado bajo la tribuna de prensa. Tras una pequeña búsqueda encontró aparcamiento en el motel. Era el Holliday Inn, justo enfrente del Centro de Prensa y, como todos los moteles pertenecientes a una cadena nacional, los días antes de un lanzamiento se llenaba a rebosar. La única razón de que Barney y su equipo se pudieran alojar allí era que la emisora Southwest Network tenía un contacto en la localidad. Incluso seis meses antes, todas las habitaciones estaban reservadas técnicamente.

Salió del vehículo y, entrando en el motel, comprobó su reloj. Pasaba un poco de las diez. Se dirigió al salón bar y buscó un asiento en la barra. Otra vez tuvo suerte. Casi todos los huéspedes debían estar intentando que les sirviesen algo en el abarrotado comedor. Dentro de una hora habría una muralla humana en torno a la barra, pero en esos momentos quedaban media docena de taburetes vacíos.

La camarera del turno de noche era unos diez años más joven que Aletha Shrubbs.

—¡Enfermera! —gritó Barney cuando se aproximó a él—. Mi medicina, por favor, enfermera.

La camarera rió, mientras pasaba de largo para servir la bebida que llevaba en las manos, y luego regresó para prepararle un martini con hielo.

—¿No se cansa nunca? —preguntó al servírselo.

—¿De mi medicina? Pues claro que me canso —contestó Barney—, pero sé que es buena para mí y la tomo de todas formas.

Hila volvió a reír. Era una chica pequeña, rubia y bastante bonita, aunque no lo suficiente para conseguir un empleo mejor por esa causa. Se reía igual que si tuviera dieciséis años, pensó Barney de pronto, recordando la risa de Jessa. Ahora debía tener dieciocho, pero hacía ya tres años que no la veía, desde que Wilma se había ido con los dos niños a vivir a España.

—Siga bebiendo a este ritmo y ya verá qué bien le sienta.

—Nunca —respondió Barney volviendo al presente. Le guiñó solemnemente un ojo a la muchacha—. Solamente lo que el doctor me receta.

La camarera se marchó para atender a otro cliente. Había un hombre, con una chaqueta de paño verde, que la ayudaba a servir, pero Barney observó que ella se encargaba de las tres cuartas partes de los clientes de la barra, además de preparar los pedidos de las camareras que atendían las mesas.

Probó el Martini, que sabía igual que todos los martinis, e intentó verse reflejado entre las botellas que escondían el espejo tras la barra. Pudo ver un fragmento de cabello castaño y rizado, y una incipiente papada, nada más. Sin embargo, su vista se estaba adaptando a la oscuridad del salón, y dio una mirada alrededor suyo. Después

del hombre que ocupaba el taburete de su izquierda había un lugar vacío: más allá: sus ojos se cruzaron con los de una mujer morena que aún no había cumplido los treinta años, correctamente vestida y con un buen cuerpo, aunque de expresión algo fría.

Una prostituta, pensó Barney automáticamente. Ella apartó su mirada abruptamente, como si hubiese pronunciado la palabra en voz alta. Barney observó a los demás clientes del bar, pero no logró hallar ninguna cara conocida, ningún otro periodista.

Un martini comenzaba a extender sus relajantes dedos por su interior. Más tranquilo, percibió el penetrante olor de sudor que emitía el hombre de su izquierda. Se fijó en él y vio que su vecino, un hombre delgado y de cabello negro, de unos treinta años, vestido con un traje gris, hacía rodar su botella vacía de Schlitz entre las palmas de las manos, lanzando ocasionales miradas de reojo hacia el lugar que ocupaba la mujer morena.

Esto entristeció a Barney, pues le hizo pensar que en otro tiempo le hubiera irritado. Si el idiota la quería, se hubiera dicho Barney, ¿por qué no se acercaba y se lo decía? De esa forma hubiera reaccionado si hubiera visto esta escena cuando aún no tenía treinta años. Ahora era más sabio. Había superado la timidez cuando estaba en décimo grado en la escuela, pero ahora, casi treinta años después, se daba cuenta de que la mayoría de hombres y mujeres del mundo no lo conseguían nunca. Fue como un recordatorio de su propio envejecimiento, y aquello le entristeció.

Bien, bien...

Casi no quedaba ya martini en su copa. Tomó la aceituna, para comerla antes de pedir otro, y notó un golpe en su hombro derecho. Dio media vuelta.

—¡Jens, viejo bastardo! —saludó con alegría, volviendo a dejar la aceituna en la copa. En un tono más bajo, prosiguió—: ¿Quién le ha dejado salir de la jaula? ¿Acaso no sabes que vosotros los diplomáticos no podéis pasear sin escolta?

Se estrecharon las manos.

—Nadie se preocupa por lo que hago en mis horas libres —explicó Jens—. Mira. Barney, uno de tus ingenieros me ha dicho que tal vez estuvieras aquí, si no estabas en el Centro de Prensa. ¿Puedes dedicarme un minuto?

—Infiernos, tengo toda la noche —contestó Barney—. Espera un segundo.

Se volvió hacia el sudoroso individuo de su izquierda.

—Perdóneme —dijo en voz alta, respirando en el oído del tipo—, ¿le importarla correrse un asiento para que pueda hablar con mi amigo, que acaba de llegar?

—¿Cómo? Oh, sí, claro —el otro le miró sobresaltado y con sospecha—. No me importa en absoluto, está muy bien.

Cambió de lugar. Medio sonriendo. Barney le observó durante un segundo.

—Siéntate. Jens —invitó, volviendo otra vez la cabeza—. ¿Qué vas a tomar? ¡Enfermera!

—Cualquier cosa —respondió Jens. La camarera se acercaba tras la barra.

—Enfermera —dijo Barney—, más medicina para mí, y una dosis de lo mismo para mi amigo.

—¡Por Dios, no! Lo siento, Barney —se excusó Jens—. Es una buena idea, pero vengo de una cena oficial y me han inundado de champagne. Que sea un escocés con agua.

—Un escocés con agua, una medicina —repitió la camarera, retirándose.

—Qué manos tan suaves —murmuró Barney, viéndola marchar. Se volvió de nuevo hacia Jens—. ¿Qué sucede? ¿Has decidido tomarte libre el resto de la noche?

—¿Tiene una cerilla? —La mujer morena se dirigió con voz rasposa al nervioso individuo de cabello negro, que comenzó a hurgar en sus bolsillos.

—No del todo —contestó Jens—. Quiero pedirte un favor. Hay una chica llamada Lin West a quien me gustaría que llevaras mañana en el camión hasta la tribuna de prensa.

—El camión ya está allí, y con todas las conexiones —explicó Barney—, Por eso estoy aquí. Pero hay otras ruedas. ¿Tiene pase de prensa o debemos meterla de tapadillo?

—No te preocupes por eso. Trabaja con la revista *New World* y va a hacer un artículo sobre las esposas de los martonautas.

—Podemos llevarla en la furgoneta —accedió Barney—, pero hemos de salir de aquí a las nueve de la mañana, así que será mejor que no se duerma. Dile cuáles son nuestras habitaciones aquí en el motel. Puede llamar a cualquiera de las tres puertas.

—Gracias, Barney. —Engulló apresuradamente su bebida.

—Tranquilízate —aconsejó el periodista—. Siéntate a charlar un poco. ¿No te he dicho nunca que es malo beber deprisa? Los únicos que beben deprisa son los aficionados que temen que se les acabe la bebida antes que la sed. Más adelante te das cuenta de que siempre hay alguien que está dispuesto a invitarte a una copa. Lo difícil es que te inviten a comer. Siéntate y cuéntame cómo van las cosas. ¿Qué tal se está allí arriba, donde el aire es fino y tan caro?

Jens dejó que su peso se acomodara contra el respaldo del taburete, que se apretaba contra la parte inferior de su columna de modo casi agradable.

—Es algo grande, por participar en esta expedición —respondió—. De veras que lo es, Barney.

—Te creo —comentó Barney, girándose para saludar a la camarera, que se acercaba con otra ronda de bebidas—. Justo a tiempo. Me estaba llegando un ataque.

—Claro, claro —contestó ella con tolerancia.

Barney se quedó mirando cómo se alejaba.

—Te creo —repitió finalmente—. Pero lo que te he preguntado es qué le parece el olor de los puros de Fanzone.

—En realidad no estoy tan cerca de él como para oler sus cigarros —respondió Jens—. Solamente he estado en la Casa Blanca en dos ocasiones: una cuando me contrataron, y luego otra vez.

—Pero ves al individuo.

—Ocasionalmente, cuando viene por aquí. Por lo general, tan sólo estoy en contacto con el Departamento de Estado o con Selden Rethe, y casi siempre por teléfono.

—¿Rethe? —se extrañó Barney, tomando su martini—. Es un mentecato hijo de puta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Jens, mirándole a la cara—. ¿Qué te ha hecho Sel?

—Nada —contestó Barney—. Nunca les dejo que se acerquen lo suficiente para hacerme algo. No me gustan los mentecatos hijos de puta.

Bebió un poco más de martini.

—Hijos de puta, bueno —prosiguió, en tono de chanza—. Mentecatos hijos de puta, nunca.

Había dicho más de lo que pretendía, pero pensó que podía confiar en que Jens no divulgaría sus palabras. Este, discretamente, cambió el tema de la conversación.

—A veces es difícil decidir quién dirige el espectáculo —explicó Jens lentamente—. Ese es el único problema de un trabajo como éste.

—No debería ser muy difícil —contestó Barney. Sólo hay un patrón que dirige el espectáculo. Sólo ha habido uno desde que comenzó el mundo. El público en general. Jens sacudió la cabeza.

—Yo también pensaba así —insistió—. Pero ahora sé que no es verdad. El público está demasiado lejos del poder. Los que dirigen las cosas son un reducido puñado de gente. El problema es saber cuál de ellos está al mando en un momento dado.

—Tonterías —denegó Barney—. Estos personajes que dices llegan a tirar de los hilos durante un cierto tiempo, pero las cosas funcionan o no. Si lo hacen, pueden quedarse un poco más y seguir tirando. Si las cosas no van bien, el público se los come para desayunar. No me importa si es una democracia, una república, un soviét, una comuna o lo que tú quieras. Cuando las cosas van mal, los demás se comen los jefes para desayunar.

Permaneció un segundo en silencio.

—Los lobos también lo hacen —añadió—, cuando no encuentran caza. Es un instinto que tenemos los animales.

—Dime —preguntó Jens—, por lo que tú sabes, ¿cómo responde el público a esta expedición a Marte?

—Es una perita en dulce —respondió—. Un circo. Les encanta.

—No. Barney. Ya sabes a qué me refiero.

—De acuerdo —contestó—. Tres cuartas partes de la población mundial no han oído hablar de la expedición, o si han oído están demasiado ocupados en sobrevivir para preocuparse. Del otro cuarto, un diez por ciento está en contra, porque le parece un derroche de dinero, o de esfuerzo, o porque es algo que el hombre no debía hacer,

y un quince por ciento se siente atraído por la idea. De éstos, menos de un cinco por ciento tienen una comprensión cabal de lo que sucede. Desde luego, incluso un cinco por ciento sigue representando centenares de millones de personas; también es cierto que de este cinco por ciento salen tus personajes dirigentes, y el noventa y nueve por ciento de los que rigen la economía y toda la maquinaria.

Jens sacudió la cabeza, pero no respondió.

—¡Diablos. Jens! —insistió Barney—. ¿Qué pretendes? Ya sé que tú piensas que toda esta cuestión del espacio es un paso necesario. y quizá yo también opine lo mismo. Pero lo que nosotros sintamos u opinemos no importa, porque no va a salir bien. Van a estropearlo todo. Puedes estar seguro.

—No por fuerza —arguyó Jens.

—¡Si, por fuerza! Las cosas de este tipo siempre acaban mal. Tiene que ser así, porque la maquinaria que debe hacerlo funcionar está siempre desencajada, por alguna parte. Siempre hay tuercas que se agarrotan y cables que se doblan, y al final la máquina acaba devorando lo que en principio debía producir. ¿Has visto alguna vez un camello...?

—Ya sé —interrumpió Jens—. Un camello es un caballo diseñado por un comité.

—¡Muy cierto! —dijo Barney—. Y un comité no es nada, en comparación con cualquier gobierno. No hablemos de seis gobiernos trabajando juntos.

—Tal vez tengas razón —concedió Jens—. Pero no tiene por qué salir siempre mal. Quizás en esta ocasión valga la pena y vaya todo bien.

—No, no irá bien —insistió Barney, sacudiendo la cabeza—. Es imposible. Te estás engañando. Jens. Te estás buscando una patada en la boca cuando todo se vaya por el sumidero.

Dejó de hablar, terminó su bebida y, buscando la atención de la camarera, levantó un dedo.

—Mira lo que has hecho —dijo en tono de reproche—. Ya has conseguido que me ponga a hablar en serio.

—Tal vez tengas razón —repitió Jens—. Bien, yo fui quien hizo la pregunta.

—Sí, lo hiciste —contestó Barney—. Supongo que no hace daño ponerse serio de vez en cuando, siempre que no se convierta en una costumbre. Gracias, enfermera. Y otro escocés con agua para mi amigo.

—No. gracias —respondió Jens apurando su vaso—. Tengo que marcharme.

—Muy bien —asintió Barney—. Podemos vernos una tarde, después del lanzamiento, y hablamos un poco más.

—Me gustaría. En realidad, me encantaría poder hacerlo ahora mismo.

—¿Te espera alguien? —preguntó Barney, sin poderse contener.

—Podríamos decirlo así —respondió Jens, sonriendo cansadamente.

Se levantó de su asiento.

—Gracias por el trago. Barney —añadió—. Y por la seriedad. Nos veremos antes de mucho.

—Que te vaya bien —saludó Barney, viendo cómo salía del bar.

Desde luego que había alguien esperándole, pensó Barney. Sería esa tal Lin West, sin duda alguna, y nadie que lo mereciera más. ¿Qué le sucedía últimamente, que no podía mantener la boca cerrada? No podían ser los martinis, después de tantos años. Lo extraño era que había sabido que no debía preguntarlo antes de abrir la boca, y aun así había seguido adelante y lo había dicho. Se delataba, se delataba...

Era aquel fragmento de poesía que había recordado, lo que le había impedido contenerse: las tristes palabras que habían surgido en su mente en el momento en que Jens habló de irse. Casi las había pronunciado en voz alta pero, gracias a Dios, si había podido contener eso. Repitió los versos para sí, la estrofa de *Himno de MacAndrew*, de Kipling:

*No hay nadie para mí en ningún puerto,
vaya veloz o lento.
Desde que Elsie Campbell marchó a Ti,
Señor, treinta años hace ya...*

No es que Wilma hubiera marchado a ningún Señor. Se había limitado a irse a Reno con las chicas, y luego a Seattle, y luego a España... bien, lo mismo daba. En una época más poética que este siglo veinte, quizá hubiera tenido cabida otro mal poeta. Las cosas hubieran podido ser distintas para él, en ese caso. Tal vez.

Infiernos, acabaría llorando. Intentó recuperar su ánimo.

—¿Más medicina? —preguntó la camarera, deteniéndose frente a él. El bar estaba abarrotado en esos momentos, y en su labio superior brillaba una gota de sudor. Era muy amable al preguntar.

—No. gracias, enfermera —contestó—. Ya he tomado mi dosis. Pero gracias, de todas formas.

La chica se retiró. La contempló mientras se iba. Era agradable bromear un rato con ella: pero él no buscaba nada más. No esa noche, por lo menos. Y además, era demasiado joven. Se levantó del taburete.

Subirla a las habitaciones y dejaría que los ingenieros desahogaran en él todos sus problemas con las cámaras, el material y todo lo que debían hacer al día siguiente. Sería otro tipo de medicina.

Sentado frente a una mesa de oficina bajo las brillantes luces de la habitación reservada en la planta baja del motel para los servicios de seguridad. Albert Gervais había colocado ordenadamente frente a sí dos hojas de cartón que había recortado de una caja, un rollo de cinta adhesiva, una grapadora y un pesado sobre de papel marrón. Junto al codo tenía una pequeña bolsa de papel verde con el emblema de los tres planetas de la expedición a Marte impreso en blanco.

Asió la bolsa y la vació sobre el escritorio. Contenía dos abrecartas idénticos, de

unos veinte centímetros de largo, con un mango de plástico negro. En una de las caras del mango estaban las palabras *Kennedy Space Center*, en plata, y en la otra, la silueta de la lanzadera, también en plata.

Tomó uno de los abrecartas y lo aseguró sobre una de las hojas de cartón con unos pedazos de cinta adhesiva. Sus largos y oscuros dedos se movían con delicadeza y precisión. Cuando el abrecartas quedó firmemente sujeto, colocó la segunda hoja de cartón encima de la primera y las cosió con grapas siguiendo los cuatro bordes. Entonces apartó la grapadora, extrajo una estilizada estilográfica de plata del bolsillo interior de su chaqueta y escribió sobre la superficie de cartón:

Ronny:

Un recuerdo de la expedición a Marte, para que lo guardes.

Tu padre que te quiere

Armó la nota, deslizó los cartones que envolvían el abrecartas dentro del sobre marrón, lo cerró, lo franqueó con sellos que había en un cajón del escritorio y lo dirigió a su propio apartado de correos, en New Orleans. A continuación, tomó el segundo abrecartas y lo sostuvo un segundo pensativamente, hasta que decidió guardarlo sin envolver en un bolsillo de la chaqueta. Estaba devolviendo a su lugar la cinta adhesiva y la grapadora cuando Kilmartin Brawley, uno de los agentes del turno de noche, entró en la oficina.

—Creía que ya no estaba aquí —dijo Brawley, con vago acento del Maine.

Gervais terminó de arreglar el escritorio y se volvió hacia la maciza silueta de aquel joven, de quien debería librarse pronto.

—Tenía algo que hacer antes de irme —explicó—. ¿Cómo va todo?

—Tranquilo. ¿Quiere echar un vistazo?

—No —Gervais negó con la cabeza—. Están todos dentro, ¿no?

—Sí —contestó Brawley—, excepto Wylie.

—¿Wylie? —Gervais permaneció en silencio unos instantes, totalmente inmóvil, pensando, con las manos apoyadas sobre la mesa—. Ve a ver si ha llegado mientras estábamos aquí hablando.

—No puede ser. Acabo de entrar del corredor y...

—Ve a ver.

Brawley salió, para regresar menos de un minuto después.

—Debe haber entrado en el segundo que he estado fuera. Ahora está arriba en su suite, con esa muñeca.

—Si tienen autorización, no son muñecas —corrigió Gervais—. ¿Dio alguna explicación respecto a dónde iba?

—No dijo nada, por supuesto.

—Sí. —Gervais se puso en pie—. Volveré a las ocho de la mañana. Desde ahora,

pregúntale adonde va cada vez que salga. y, Kil...

—¿Que?

—Deja tranquilos a los jovencitos del lugar. Guárdate las diversiones para cuando estés en Washington de permiso.

Brawley le devolvió la mirada desde el extremo opuesto de la habitación. Era un joven corpulento, de rostro infantil y animoso pero, en esos momentos, ligeramente hundido.

—¿Qué insinúa? —respondió—. Ya sabe que estoy casado.

—Sí, ya me lo habías dicho —prosiguió Gervais—. También sé que importancia que le dais al matrimonio, vosotros los de la acera de enfrente, tanto al auténtico como a vuestra versión. Además, esa es otra cuestión, y harías bien en no mencionarla mucho por aquí.

—Le digo que no tiene por qué preocuparse.

—Vale más que no —advirtió Gervais, sin excitarse—. La próxima vez que me llame la policía local para hablarme de invertidos medio muertos en mitad de un callejón, voy a servirles tu cabeza en bandeja. Ya me he ocupado de arreglarlo todo para que podamos prescindir tranquilamente de ti en cualquier momento. Y a buen entendedor...

Se puso de pie y salió, tarareando para sí, casi inaudiblemente. Ya fuera del motel, en la siguiente calle, se detuvo en un buzón para enviar el abrecartas. Continuó hasta un restaurante rápido, mirando hacia la zona de aparcamiento que lo rodeaba. Había cola, por lo que debió esperar unos minutos antes de que la azafata pudiera atenderle.

—¿Cuántos van?

—Dos —respondió.

Le condujo hasta uno de los reservados y, al volverse, vio que estaba solo.

—Creí que había dicho dos.

—Estoy citado con otra persona —explicó Gervais—. Aparecerá en cualquier momento.

—Bien, no sé... —vaciló la cantarera—. Las personas solas deben ir a la barra.

—Aparecerá en cualquier momento.

—Bien... De acuerdo.

La azafata se retiró. Gervais se acomodó en un asiento, y una camarera adolescente le trajo la carta.

—Té helado —pidió, mientras la ojeaba—, Y las almejas fritas del menú. ¿La sopa de pescado está incluida?

—No. es aparte —respondió la camarera.

—Bueno, la tomaré de todas formas. Ah. y otra cosa —dijo Gervais—. Estoy esperando a una persona, que vendrá en uno o dos minutos, pero ¿querría traerme el té helado y la sopa ahora mismo?

—Desde luego —contestó la joven, retirándose.

Una vez a solas, Gervais tomó su agenda, la hojeó y se levantó para dirigirse a un

teléfono público que había en la pared opuesta del restaurante. Introdujo una moneda y marcó.

—Telefonista —sonó una voz.

—Quiero hacer una llamada a cargo del destinatario, por favor —explicó—. De número a número. Me llamo Jackson.

—Un momento.

Tras una breve pausa se oyó un tintineo, pero la pantalla siguió vacía.

—Larga distancia —dijo la telefonista—. Tengo una llamada para este número del señor Jackson.

—Pásela, por favor. Hola —saludó una voz masculina.

—Soy yo. ¿De quién puedes disponer inmediatamente, que esté ahora en casa, en Merritt Island. Florida?

Hubo una pequeña espera. Luego, habló de nuevo la misma voz.

—Prueba el cuatro seis ocho, tres cuatro siete dos.

La línea se cortó. Gervais recogió la moneda de cinco centavos que le había devuelto la telefonista y la utilizó para marcar el número que acababan de darle.

El teléfono sonó varias veces. Por fin, atendieron la llamada, aunque la pantalla permaneció muda y vacía unos cuantos segundos, hasta que un hombre con voz de tenor saludó interrogativamente.

—¿Si?

—Soy Jackson —informó Gervais—. Estoy en un sitio llamado The Island Kitchen. Venga aquí tan deprisa como pueda.

—Yo... —la voz se perdió en un balbuceo—. Cómo...

—Cuando llegue, dígame a la azafata que le está esperando un amigo, en un reservado para dos.

Gervais cortó la comunicación y regresó al reservado. Estaba acabando de comer cuando la azafata condujo hasta allí a un negro delgado y de aspecto nervioso, de más de cuarenta años de edad. Se retiró y el hombre se introdujo en el compartimiento, rente a Gervais.

—¿Tiene coche? —preguntó Gervais, apurando los restos de sopa.

—Furgoneta.

—Está bien. Hay un lugar, en las afueras de Merritt Island, al que llaman la hacienda Kelly. ¿Lo conoce?

—Todo el mundo conoce ese lugar.

—Bien —Gervais lo estudió durante un momento—. Quiero fotos de todos los que entren y salgan de ese lugar en los próximos días. Hágalas usted por mí.

—Un momento, cómo voy...

—Consiga una cámara. Procure no hacerles las fotos allí mismo, si puede evitarlo. Sígales hasta otro sitio, pero no muy lejos. Gervais contempló al otro con aire pensativo.

—Busque alguien que las revele al momento. Luego, cada día a las seis, lleva las

fotos al Holliday Inn en un sobre que diga Jackson, y deja el sobre en recepción. Eso es todo. ¿Ha entendido? ¿Alguna pregunta?

—Bien... —el hombre le miró durante un largo instante—. ¿Qué voy a sacar yo?

—¿Qué va a sacar? —Gervais sonrió ligeramente y se inclinó sobre la mesa—. Si hace un buen trabajo, yo daré un buen informe de usted a ciertas personas en Willermore y tal vez no hará falta que vuelva allí si atraviesa un poco la línea. ¿Qué esperaba?

El hombre delgado tragó saliva.

—No podré ir a trabajar. Y luego está la gasolina...

—Pues no vaya a trabajar —contestó Gervais, sin perder la sonrisa—, y busque el dinero de la gasolina. Mañana por la mañana estará allí, ¿o no?

El otro volvió a tragar saliva, tragó saliva por tercera vez y, finalmente, asintió con un gesto.

—Muy bien —aprobó Gervais. Le tendió la carta a través de la mesa y sugirió—: Pida algo y cómaselo. Vale más que no se exceda, porque esto también lo paga usted.

Salió del reservado, tomó su cuenta y se dirigió hacia la puerta. Tras pagar, salió al caluroso aire de la noche. Al entrar en el coche, pensó con cierta satisfacción en las ruedas que acababa de poner en movimiento. No creía que sucediera nada importante en la mansión Kelly, pero algo habría que pudiera usar. Y cualquier cosa que obtuviera sería un comienzo, un primer paso en sus propósitos. Siempre estaba sucediendo algo, y cuando ese algo se conocía, siempre se podía utilizar en algún propósito.

WENDY HANSARD SE DESPERTÓ sin que lo advirtiera Tad, que continuaba durmiendo tranquilamente a su lado, y permaneció acostada estudiando la poco familiar oscuridad de su alojamiento en el edificio de operaciones y control, recordando algo que le había dicho su abuela: *Debe gustarte que haya bultos en tu cama, o no la hubieras hecho de esta forma.*

Wendy había vuelto a hacer la cama, después de esas palabras. Y la había hecho sin bultos. Pero las palabras habían calado en su interior, y ahora volvían a su mente. Le debía gustar la vida que llevaba, o no la hubiera hecho de esa forma.

Ciertamente, no había nada que Tad le hubiera ocultado deliberadamente sobre sí mismo, o sobre lo que iba a representar estar casada con él. Entonces ya sabía cómo era, y le gustaba así. Tom, que iba por los trece años, sería, igual que su padre, un abnegado aventurero. Pero un aventurero con un objetivo, Cassy, más joven que Tom, era también más equilibrada. No era tan propensa a arriesgarlo todo por un impulso fuerte. Y el pequeño Jimmy sería diferente de todos, de su padre y de sus hermanos mayores. Era más sensible y precavido, más introvertido en sus relaciones con la vida.

Quizá la terrible determinación que había en su padre acabaría por surgir también en él. Pero, por el momento, a los seis años, no daba ninguna muestra de ello. El hecho de que Wendy apreciara ahora la profundidad que alcanzaba esta determinación indicaba lo mucho que había madurado en los quince años transcurridos desde que contrajo matrimonio con Tad. Aunque supo de ella desde el primer momento, no había llegado a darse cuenta de su magnitud. Debía de ser así, por supuesto, pues era algo localmente extraño a su propia naturaleza. Ella podía entregarse a las cosas que le interesaban directamente. Pero la dedicación total de Tad a una idea abstracta, el instinto casi suicida de darlo todo por una causa que era parte integrante de su propia naturaleza, y que jamás lo sería de la de ella, era algo que a pesar de sus esfuerzos podía comprender, pero no aceptar.

Despierta con sus pensamientos, dejó que siguieran la dirección que quisieran tomar. En los últimos meses, había habido una cierta zona oscura en su mente, una sombra cuya presencia se había negado a admitir. Pero cada vez quedaba menos tiempo, y era imposible ignorarla ya más. En aquellos momentos se resolvió a enfrentarse directamente con ella, y el mismo enfrentamiento le ocasionó una cierta sensación de alivio.

Desde que conocía a Tad, éste había participado en muchas misiones peligrosas, especialmente en su época de piloto de pruebas. Las había superado, y comprendía claramente que en cualquiera de tales ocasiones podía suceder un accidente. De pronto, podía terminar todo, todos los años pasados con Tad, todos los hijos que habían tenido. Podía suceder tan bruscamente como aquel incendio en una misión de

entrenamiento del primer Apolo, cuando tres astronautas como Tad murieron en pocos segundos. Podía estallar de forma tan impredecible e inevitable como el depósito de oxígeno a presión que casi mató a los hombres del Apolo XIII, a mitad de camino entre la Tierra y la Luna.

Pero estaba dispuesta a aceptar tales golpes del destino. Lo que enfrentaba ahora por primera vez era algo mucho más difícil de admitir. Era algo que no estaba segura de poder soportar. No era el pensamiento de que un accidente mortal podía llevarse a Tad para siempre, sino que Tad, el hombre que estaba durmiendo a su lado, el padre de sus hijos, era capaz, siguiendo su terrible impulso de entregarse, de elegir la muerte de modo frío y deliberado, en el nombre de una causa abstracta como esa ansia por el espacio que le arrastraba.

En aquellos instantes tenía que aceptarlo, porque ya no era sólo en Tad que lo veía. El mismo rasgo de carácter era evidente en todos los martonautas. En cierta forma, componían una raza aparte. Antes no opinaba eso de Tad, se había negado a hacerlo hasta que la expedición a Marte le había obligado a reconocerlo durante los seis últimos meses. Hasta aquel momento, se había aferrado a la idea de que lo que veía en todos ellos era función de las similitudes de sus carreras: casi todos ellos habían sido pilotos, sus complexiones físicas eran las más adecuadas para el espacio... Esas y otras cosas, en la cultura determinada que eran los Estados Unidos, los hacían semejar en cierta forma que Wendy intuía pero no se atrevía a nombrar.

Finalmente, la expedición a Marte se convirtió en algo real, y no pudo seguir engañándose por más tiempo. No importaba de dónde vinieran, qué lengua hablaran o cuáles fueran sus historias personales. Todos eran astronautas, lo que significaba que diferían de los demás en una forma sutil pero innegable. Todos ellos tenían algo que no podía tener nadie más: la auténtica posibilidad de ir a donde nadie más podía llegar: y esta posibilidad los había sustraído a la norma común de la Humanidad. Únicamente ellos eran distintos. Su escala de valores no era la misma que utilizaban los demás, y sus motivos para actuar eran distintos. Aunque todos eran aparentemente francos, normales y corrientes, la verdad era muy otra. Se habían entregado a algo que nadie había hecho antes, y las cosas que parecían importantes para el resto de la Humanidad no les concernían apenas. Se hallaban completamente absortos en su propio sueño especial. Su mirada se dirigía al exterior; siempre lo haría. En esos momentos lo comprendía todo... y conocía por fin a Tad.

Este nuevo conocimiento era seguro. Si se daba la adecuada combinación de circunstancias, la respuesta de Tad era totalmente previsible. En un momento así, no pensaría en ella ni en los niños: o si pensaba, el pensamiento no bastaría para disuadirle de su propio sacrificio. La crueldad de tal decisión, el robo que representaba para ella y los niños, eso era lo que había estado tratando de mantener lejos de su mente desde que supo que Tad no sería un mero participante en la expedición sino el comandante de la misma, porque las responsabilidades de este cargo aumentaban las posibilidades de que se produjera una situación —como la que

Wendy temía.

Tad iba a abandonarla. La había abandonado ya, para no volver jamás. Quedaba abandonada con los niños, y carecía de la suficiente fe en su propio valor, ahora que estaba definitiva e irrevocablemente sola.

Permaneció acostada en la oscuridad, con los ojos secos y fijos en las sombras del cielorraso, sintiendo el conocimiento que tenía en su interior como si fuera un fragmento de algo cortante, afilado, pesado, extraño a su naturaleza y, al mismo tiempo, inevitable. Al cabo de cierto tiempo, Tad se agitó junto a ella, murmurando unas palabras que el sueño distorsionó hasta convertir en irreconocibles, y tendió los brazos en su dirección.

Wendy se volvió para contemplarlo, y vio un rostro borroso en la penumbra. Súbitamente, el pesar que la atormentaba desapareció. No se había evaporado: sin duda, volvería más tarde. Pero, por el momento, había desaparecido. Automáticamente, se estrechó contra él.

Aletha Shrubbs se despertó sedienta un poco después de medianoche, debido al vino que había bebido en el hogar de los Wocjek al volver de la cena. Se levantó sin perturbar a Jim y se envolvió en su bata verde. Ya en la cocina, llenó un vaso alto con agua fría del grifo, apurándolo de una sola vez. Luego, preparó la tetera y la puso a hervir.

Mientras el agua se calentaba, tomó asiento en una silla junto a la mesa de la cocina. Sólo preparaba té en circunstancias poco corrientes, cuando despertaba en la mitad de la noche o se encontraba sola una mañana de domingo. Por lo general, solía tomar café, pero, en su familia, el té había sido siempre una especie de medicina o de símbolo: algo para conciliar el sueño: algo para momentos íntimos de tranquilidad privada, tras haber cerrado todas las puertas y sacado el gato a pasar la noche fuera.

Permaneció sentada esperando que hirviera el agua, sin pensar. Tras unos minutos, surgieron nubecillas de vapor por el pico de la tetera y, poco después, sonó la primera nota suave del silbato que llevaba incorporado. Se puso en pie y retiró el utensilio del luego antes de que el silbido pudiera llegar a despertar a Jim.

Aletha colocó una bolsita de té en una taza, la llenó hasta el borde y se dirigió a la sala de estar, donde encendió la lámpara que había junto a un sillón verde y se acomodó en sus mullidos cojines, ligeramente ahuecados.

Seguía sin pensar en nada. Había paz en su interior, y quería conservarla tanto tiempo como pudiera. En esos momentos, el mundo era tal y como debería ser. Estaba a solas, pero no sola. Podía sentir la presencia de Jim bajo su techo, reconfortante como un fuego encendido en el hogar, y al mismo tiempo, sin que él lo supiera, se encontraba a solas en su propio mundo.

Estudió la habitación, suavemente iluminada por la lámpara. La alfombra, los cuadros de la pared, los muebles: todo le pertenecía, todo era familiar. Se arropó en la habitación, como si fuera una cálida prenda de abrigo, y comenzó a sorber el ardiente

té.

Sintiéndose abrigada y protegida, tanto por la hora como el ambiente que le rodeaba, empezó por fin a pensar. Sus pensamientos, sin embargo, eran fluidos y calmados, sin ningún dolor o apresuramiento.

No se había querido engañar respecto a Jim. Además, ya era lo bastante mayor como para no creer en sus propios sueños. Había aprendido a aceptar las cosas buenas de la vida de la misma forma que había aprendido a vivir con las malas. Cuando las cosas se ponían mal, esperaba que terminasen. Luego, cuando iban bien, se permitía disfrutarlas sin reservas, evitando contaminarlas con el amargo sabor del mal que podía suceder más tarde.

Sentada en su sillón, imaginó a Jim tal como debía estar en esos momentos, durmiendo en la cama. Le producía un placer especial imaginarle de esa forma, pues sabía que si quería podía ir a la alcoba y encontrarlo allí. Estaría durmiendo tranquilamente, vestido con un pijama demasiado pequeño para él, lo bastante pequeño para que la chaqueta se hubiera arremangado sobre el torso, descubriendo su estómago. La visión del estómago conmovía a Aletha con mayor fuerza que cualquier otro rasgo de él. Sentía el impulso de acariciarlo, de la misma forma que podría acariciar las nalgas de un bebé. Nunca, desde que lo había conocido, se había atrevido a hacerlo, por temor a que despertara. Sin embargo, esperaba que un día ella estaría allí cuando Jim tuviera que levantarse de todas formas, y entonces podría ceder a su impulso con la conciencia clara. Es decir, si se queda el tiempo suficiente para que pudiera tener la oportunidad. Aletha conocía a Jim por lo que éste era, de modo que conocía también la inutilidad de cualquier intento de retenerle una vez él hubiera decidido marchar. Era demasiado bueno, sobre todo en la cama, para que pudiera durar mucho. Era un hombre que había conocido a demasiadas mujeres para ser de los que se comprometen. Por lo demás, sería también inútil que ella intentara seguirle. Aletha había visto hombres como él en otras ocasiones sabía que carecía de importancia si eran ellos los que hacían que su vida fuera tal como era o si eran sus vidas las que les convertían en el tipo de personas que eran. Lo único cierto era que al final, siempre partían y el resultado era el mismo: cualquiera que tuviera algo que ver con ellos, quedaba abandonado.

Aletha era del tipo de gente que sabía que carecían de control, una de esas personas que, en lugar de dominar la vida, se dejaban dominar por ella. Lo sabía y no solía quejarse de ello, pero en momentos como ése, cuando pensaba en la posibilidad de amar algo o a alguien como Jim, su propia indefensión le parecía ajusta y la sentía como un agudo dolor físico.

¿Por qué designios la gente como ella no tenía derecho a labrarse su propia felicidad? Comenzaba a sentir el dolor en su interior, pero lo rechazó resueltamente. Ya habría tiempo sobrado para sufrir, se dijo amargamente. Entre tanto, era mejor que disfrutara mientras pudiera.

Lin West tampoco dormía, entregada a sus pensamientos.

Jens había regresado a la habitación del motel. Ella creía que tendría ganas de hacer el amor de nuevo, pero sólo había realizado uno o dos movimientos hacia ella, torpes y casi reflejos, antes de caer en un profundo sueño, vencido por el cansancio. Conociendo a Jens. Lin sabía que cuando despertara a la mañana siguiente se sentiría como un idiota, creyendo que la había decepcionado o, incluso, ofendido. Pero, en realidad, no le había importado. No le importaba que se durmiera de tal forma. Jens no había llegado a comprender que en ciertos momentos, le bastaba con que estuviera allí. No es que no existieran también otras cosas, pero Jens lo veía todo desde su propia perspectiva y daba por supuesto que ella debía estar decepcionada, pues él lo hubiera estado.

En ocasiones. Lin se detenía a pensar en los propósitos de Jens con respecto a ella. Era un problema saber cómo debía manejarle. En una época había sopesado seriamente la posibilidad de no compartir su vida permanentemente con ningún hombre en particular. Pero aún en esos días, aprobaba el matrimonio y deseaba tener hijos, más de uno. Había sido hija única y, a pesar de los beneficios que representaba la capacidad de los padres de concentrarse en una sola persona, no le cabía la menor duda de que era mejor, hasta más sano, tener más de un hijo. Dos, tal vez tres. No más de tres, desde luego, excepto en casos extraordinarios. Esta opinión no se debía a simple preocupación por su parte respecto al acuciante problema de la superpoblación, sino que pensaba que demasiadas personas en el mismo hogar ahogarían el individualismo. Quería que sus hijos crecieran fuertes e independientes, al igual que ella misma. Podía dar gracias a sus padres por eso...

De cualquier forma, pensó entonces, siempre habría un punto al que jamás renunciaría: estar más próxima a sus hijos de lo que sus padres habían estado a ella. Naturalmente, la habían amado, y habían intentado también ser sus amigos. Sin embargo, ambos eran demasiados respetuosos de la vida interior del otro para ser verdaderamente íntimos, entre sí o con ella. En realidad, eran demasiado formalistas, una pareja que se adaptaba sin llegar a encajar. Lin había sido consciente del alivio que les representó su partida a Princeton, cuando alcanzó la edad suficiente.

Esa fue la mejor época de su vida. La recordaba como una especie de maravilloso torbellino. Algún día se dedicaría otra vez a la pintura. Tenía algo que decir con sus formas y sus colores, y algún día lo diría. Sus padres habían respetado su arte, aprobando que se dedicara al mismo, pero nunca habían sabido lo que era amar algo de forma tan intensa como ella amaba su pintura. Si, algún día se dedicaría otra vez a pintar. Entre tanto, había otras cosas que debían hacerse.

Por fortuna, se había dado cuenta de ello tempranamente. Recordó los ocho meses infructuosos que había pasado en Nueva York, intentando abrirse camino como artista ilustradora. La suerte le había deparado la oportunidad de obtener un empleo en la redacción de Walthon Publishing. No es que ambicionara conseguir un empleo fijo de

redactora, pero cuatro meses de ese trabajo le habían hecho darse cuenta de lo que realmente le convenía. Había sido lo bastante decidida para comenzar a escribir por su cuenta algunos artículos que vendía luego a revistas como *New World*.

Al cabo de diez meses, tuvo la oportunidad de pasar a formar parte de la plantilla del *New World*, gracias al doble respaldo que le prestaba su experiencia editorial y el éxito que comenzaba a cosechar como escritora. Desde entonces, su camino había estado siempre abierto.

Su intuición no había fallado. Los que ascendían rápido eran los que dominaban más de una especialidad. Ella estaba en el departamento editorial, para empezar, pero, dado que sabía también escribir (y, para su sorpresa, la escritura estaba resultando ser su capacidad más comercializable) y tenía un *cum laude* de Princeton en arte, estaba en condiciones de tratar con el departamento artístico de *New World*. Al cabo de dos años, se convirtió en escritora de plantilla y, durante los seis últimos meses, había comenzado a sugerir sus propios trabajos. Dos o tres años más, y estaría entre los cabezas de serie de la revista. Después de eso, pensaba obtener un cargo editorial de alto nivel en el *New World* u otra revista semejante, y mantenerlo durante varios años. Más adelante, habiéndose demostrado su valía, se retiraría para escribir libros de ensayo y reportaje hasta conseguir una renta segura. Entonces podría volver a dedicarse a la pintura y a ver crecer sus hijos.

Era un programa muy ambicioso, pero ya había demostrado, a si misma por lo menos, que tenía el talento y el empuje necesarios para convertirlo en realidad. La única pregunta era, ¿cómo iba a tomárselo Jens? Lin estaba segura de querer que él pasara a integrarse en su programa. Le quería mucho, lo bastante para renunciar a parte de sus ambiciones por él. Pero no le parecía bien que ninguno de los dos debiera renunciar a sus deseos por el otro.

No era justo, aunque no acabara almacenando rencor contra él por haber tenido que limitar su propia vida para incluirla en ella.

Y, por cierto, valía la pena incluirla. También él tenía no sólo talento como escritor y periodista, sino una cierta intuición que le conducía al centro donde sucedían las cosas. Pero el impulso, eso era distinto. Era casi siete años mayor que ella y, a la edad que ella tenía entonces, tan sólo había sido un mediocre empleado en las oficinas de Washington del periódico de su ciudad natal. Su principal problema era que no parecía querer lo suficiente o, al menos, no parecía querer lo suficiente para él. Había rechazado el ingreso en una facultad de Derecho para dedicarse al periodismo. Y no se trataba de una matrícula cualquiera, sino acogido a una beca de la fundación Charles Evans Hughes en Columbia, creada especialmente para estudiantes aventajados, con interés particular en aquellos con dificultades económicas y raciales. Naturalmente, siendo hijo del senador, hubiera sido una beca sin ayuda monetaria, pero era el tipo de reto que Jens, con su espíritu de cruzado, hubiera podido superar. Y qué brillo hubiera añadido a su historial más adelante, cuando acabó dedicándose a la política.

Jens le había contado todo eso, y a duras penas había podido creerlo. Si hubiera decidido aceptar el ingreso en la escuela de leyes, tal como pensaba cuando lo solicitó, toda su vida hubiera quedado resuelta ante él como de un solo trazo. No se podía dudar de su capacidad de terminar la carrera. Hubiera obtenido buenas notas con facilidad, consiguiendo un puesto en una firma establecida, unida a su padre con profundos lazos de amistad. Tras unos cuantos años de práctica, hubiera podido dedicarse a la política, carrera que le abría de par en par la experiencia y la presencia de su padre. Tal vez pudiera conseguir algo todavía, considerando su cargo actual como un punto de partida. Sin embargo, del mismo modo que había despreciado todas las ofertas razonables que la vida le había propuesto, parecía decidido a seguir rechazándolo todo, excepto aquella tendencia fantástica que lo impulsaba a participar en el programa espacial. No era que estuviese falto de la capacidad de trabajar por algo, de querer algo; por esta expedición a Marte, de la que era obvio que estaba enamorado, podía llegar a cometer un asesinato a sangre fría. Pero siempre era por algo ajeno a sí mismo.

Este era su problema. No estaba firmemente asentado en la realidad; no sabía dominar las cuestiones prácticas. A Lin le gustaba sentirse necesaria, pero creía que él la necesitaba demasiado. No debería ser capaz de abandonar tan fácilmente todas sus relaciones prácticas con el mundo en manos de otra persona, Y lo peor de todo era...

De repente, y para su sorpresa, las pestañas de Lin se inundaron de lágrimas, y las sombras del cielo raso se hicieron borrosas. Algo se había roto en su interior. No era justo. Jens podía obtener de ella lo que quisiera. En cualquier momento que lo deseara, podía penetrar en su interior y tocarla... podía tocarla... y Lin haría lo que él le pidiese. Y Jens ni siquiera lo sabía. Frente a tan gran poder, ella no tenía más defensa que ocultarle su vulnerabilidad. Pero, ¿qué clase de estúpido ciego era él, si no lo veía por sí mismo?

Y, decididamente, no era justo. No había derecho a que pudiera llegar tan fácilmente a su interior y apoderarse de su vida como si se tratara de un pájaro pequeño e indefenso en una mano grande y callosa, con el corazón palpitante por la excitación y el temor. Tal vez habría derecho si las cosas fueran al revés de como eran, si ella pudiera confiar en él para el aspecto práctico de la vida, la ambición. Era intolerable que Jens no conociera su propio poder, aunque ella vivía con el perpetuo temor de que un día lo descubriera.

La emoción se fue desvaneciendo, hasta que estuvo nuevamente calmada. Siguió mirando el cielo raso, esta vez con los ojos secos. Todo iba bien. Él no tenía ni idea acerca de su poder, y aún les quedaba mucho tiempo. Podían suceder muchas cosas. Tal vez, si el resultado de su trabajo actual era satisfactorio, más adelante tendría oportunidad de enfrentarse a una tarea que le exigiera responsabilidades ciertas e importantes. Quizás entonces se mostrara a la altura de la ocasión y se hiciera más responsable y digno de confianza. Era capaz, si se lo proponía...

DELBERT ANTHONY TERRENCE despertó bruscamente en la oscuridad, por una llamada telefónica.

—¡Acababa de pegar los ojos! —gritó furiosamente al invisible aparato.

El teléfono siguió sonando.

—¿No vas a responder? —preguntó la voz, de Jonie Westrum.

—¿Y qué alternativa tengo, si no? —Tanteó en la oscuridad, sobre la poco familiar mesita de noche junto al gran lecho del motel, hasta dar con el teléfono y tomar el auricular.

—¡Diga!

—¿Del?

—Sí.

—Soy Al Murgatroyd. Mira, ya sé que es tarde para llamar...

—¿Tarde? ¡Son las...! —Del se incorporó, sin apartar el teléfono de su oído, mientras alzaba la muñeca izquierda hasta la altura de los ojos. Las cifras fosforescentes del reloj brillaron a pocos centímetros de distancia de su rostro—. ¡Dios mío! ¡Son las tres menos cuarto!

—Ya lo sé, pero he de hablar contigo. Acabamos de comprobar otra vez el sistema guía del contacto láser...

—¿Ahora? Pero. Al, por amor de Dios, ¿por qué tenéis que hacer otra comprobación ahora?

—Porque decidí que quería hacerla, maldita sea. Y creo que será mejor que nos veamos para hablar de los resultados.

Bruscamente, se formó un centro de intenso frío debajo mismo del esternón de Del.

—¿Fuera de las tolerancias?

—No exactamente, pero...

—Entonces, maldita sea. Al...

—Lo siento Del —en el otro extremo, la voz pareció retroceder un paso y afianzarse de nuevo—, pero quiero hablar contigo, ahora mismo.

De acuerdo. Al. Naturalmente. ¿Dónde estás?

—Te llamo desde una cabina a mitad de camino entre el centro espacial y la ciudad. Mira, hay un restaurante llamado *The Happy Pig* que está abierto las veinticuatro horas. Podemos vernos allí.

—¿Un restaurante nocturno? Vamos, Al, ¿qué diablos te pasa? ¿Por qué no nos vemos en tu casa, si has de volver a Merritt Island de todas formas?

—Porque mi casa está plagada de parientes y amigos de mis hijos que han venido a ver el lanzamiento —la voz de Al tenía un matiz de amargura—. Allí no hay sitio ni para estar de pie, así que no digamos para sentarse y hablar. ¿Sabes dónde está *The*

Happy Pig?

—Sí, lo sé.

—Nos vemos allí, pues, dentro de media hora.

—Muy bien.

—Muy bien. Siento haberte despertado, pero no podía hacer otra cosa.

—No te preocupes, Al. Es parte de mi trabajo. —Del intentó suavizar su tono. Era altamente improbable que Al hubiera encontrado algo de qué preocuparse, pero...—
Te veré dentro de media hora.

— De acuerdo.

Al cortó la comunicación. Del devolvió el auricular a su puesto y tanteó hasta encontrar el interruptor de la lamparilla de noche. La habitación del motel cobró vida en torno suyo. Jonie estaba apoyada sobre un codo, frente a él, cubierta tan sólo hasta la cintura por las sábanas que se habían deslizado de sus hombros desnudos. El cabello castaño que enmarcaba sus facciones menudas y redondeadas parecía más oscuro de lo normal, debido a la repentina claridad amarillenta. Del notó una sensación de remordimiento agitarse en él. Debía cuidar de no desahogarse en Jonie. La había conocido ocho meses antes, cuando había sufrido una violenta reacción a una picadura de abeja y Al le había llevado al hospital de Brevard County. Ella era la enfermera de servicio y desde entonces habían llegado a conocerse lo suficiente para que Del supiera que era muy fácil herirla.

—Es un asunto de trabajo —dijo, tan suavemente como pudo—. Tengo que irme.

—¿Ahora?

Por el cambio que sufrió su expresión. Del advirtió que ya había olvidado su respuesta brusca y estaba pensando en la situación de Del. que se veía obligado a dejar una cama cálida y un cuerpo aún más cálido para volver a su trabajo, a tal hora de la noche. Sintió un pequeño arranque de profundo cariño hacia ella. Tal y como estaba ahora, era algo digno de verse. Era una de esas chicas provincianas que se casaban nada más terminar sus estudios secundarios con algún tipo joven que no sabía apreciarlas. Los momentos esporádicos que Del pasaba con ella, durante sus frecuentes visitas al Cabo, la habían hecho florecer.

—Para eso me paga Laserkind —explicó—. El representante de una fábrica ha de tener contentos los ingenieros locales, aunque eso signifique salir de la cama a las tres de la madrugada.

Mientras hablaba, había salido de la cama y estaba vistiéndose.

—¿De qué se trata?

—La guía del lasercom.

—Oh, es cierto que estuviste preocupado por eso antes, ¿no?

—¡No, maldita sea! —estalló—. ¡Preocupado, no!

Se produjo un lapso de silencio mientras terminaba de vestirse.

—¿Volverás más tarde? —preguntó la joven.

—¿Quién sabe? —masculló, luchando con la camisa—. Si me tiene más de una

hora hablando, ya no valdrá la pena. Sería llegar aquí, dar media vuelta y volver a salir.

Jonie le miró hasta que comenzó a marchar.

—Dile que estás muy cansado —sugirió, cuando alcanzaba ya la puerta. Del sonrió, a pesar del deprimido estado de ánimo que le embargaba.

—Bastante cansado estará él también —gruñó—. No sé por qué, pero tengo la impresión de que no serviría de nada decírselo, y menos esta mañana en especial. Hasta la vista, preciosa.

Instintivamente, ella se cubrió hasta la barbilla y permaneció acostada, mirándole sobre el borde de la sábana.

—Hasta la vista —respondió Del. Volvió a reír y salió al exterior, comenzando a sentirse casi despierto.

Mientras descendía en el vacío ascensor, que producía un murmullo suave, vio su propio rostro, bajo la oscura mancha del cabello, en una franja del espejo dispuesta verticalmente sobre una pared. Le estaba haciendo falta un afeitado, y no era fácil que se le presentara la ocasión de conseguirlo, tal como venía el día. Bien, tampoco sería el único en lucir barba de veinticuatro horas, el día del lanzamiento.

The Happy Pig, una vez dentro de la zona de aparcamiento, tenía aspecto ajetreado, como un islote de resplandor tras las amplias paredes de cristal policromo de que estaban dotados casi todos los establecimientos de aquel tipo que se habían construido en los últimos cinco años. Con el firmamento totalmente a oscuras, el interior podía verse con absoluta transparencia: camareras apresuradas y una muchedumbre que colmaba los reservados y los asientos de la barra.

La noche antes de un lanzamiento en Merritt Island, la multitud se agitaba incansable. La mayor parte de los visitantes no tenían más acomodo que su propio vehículo, aparcado en algún punto de la carretera desde donde esperaban poder contemplar el lanzamiento, a través de unos veinte kilómetros de océano.

Pasó al interior y comenzó a buscar a Al, encontrándolo por fin en un reservado, solo. O bien Al conocía alguno de los empleados, o había engrasado la mano de alguien para que le dejara ocupar él solo un compartimiento. Más probable lo primero, pensó. Al no era famoso por sus propinas.

Del buscó la mirada del otro, saludó agitando la mano y se encaminó hacia él. Al estaba sentado, encorvado sobre una taza de café, que se había servido él mismo de un recipiente de plástico verde, con tapadera. Su camisa blanca de cuello abierto se le adhería sobre los hombros debido a la transpiración, a pesar de que el lugar disponía de aire acondicionado. Tenía profundamente marcadas las arrugas de la cara. Era un individuo corpulento y bonachón, de cabellos rojizos que comenzaban a volverse grises y manos anchas y callosas. Medía unos cinco centímetros más que Del, con su buen metro ochenta, y vivía en el Cabo desde la época del antiguo proyecto Vanguard.

Sobre la mesa, frente al asiento que correspondía a Del, había un juego de

cubiertos y una taza limpia, todo ello pulcramente dispuesto sobre una servilleta de papel. Del tomó la jarra de café y llenó su taza.

—Tienes cara de sueño, tú también —dijo, fijándose en Al.

Al agitó la cabeza como si el comentario fuera un zumbido de mosca junto a su oído.

—Escucha —explicó. La amargura de su voz era más patente al hablar a escasa distancia de lo que Del había apreciado por teléfono—. Lamento haber tenido que despertarte. Intenté localizarte antes, pero me dijeron que estabas fuera, que habías ido a Orlando.

—Sí, es verdad —asintió Del—. Tenía una entrevista con uno de los que se cuidan de las relaciones públicas de Disney World. Olvidémoslo. Ya estoy preparado para comenzar otra jornada. Lo único que sucede es que los sitios como éste me destrozan los nervios, la noche antes de un lanzamiento. Ya estoy bastante excitado sin todos estos ruidos, luces y ajetreo.

Lanzó una ojeada a su alrededor. Efectivamente, era cierto. Los locales de ese tipo eran un asalto a sus nervios, en el mejor de los casos. Volvió a fijar la vista en Al y se las arregló para sonreír.

—Lástima que esos invitados tuyos nos hayan echado fuera —comentó—. Al menos, en tu casa podríamos poner los pies encima de la mesa y estar cómodos.

—Mis dos mayores han traído unas seis personas con las que ni Cissy ni yo contábamos —explicó Al—. Si no fuese por ellos, habiéramos podido usar la sala de estar.

—Cada lanzamiento atrae más público —confirmó Del. Agitó la cabeza en dirección a una camarera que se acercaba a ellos blandiendo una carta—. No voy a comer nada. ¿Y tú, Al?

—No. No, gracias —Al se volvió también hacia la camarera—. Café sólo. Rhoda, para los dos.

—Y algo de leche para mí, por favor —añadió Del.

—Muy bien. No hace falta que os deis prisa —dijo la camarera—. ¿Me escuchas, Al? Os quedáis sentados y os tomáis vuestro café.

—Gracias —dijo Al. La mujer se retiró.

—¿Amigos de la escuela? —preguntó Del, añadiendo azúcar a su café. A pesar de la leche y el azúcar, estaba seguro de que el café sabría a cenizas frías, a esa hora de la madrugada.

—¿Rhoda, dices? ¡Ah, le refieres a la pandilla que han traído Tib y Moira para ver el lanzamiento! Naturalmente, hombre, ¿qué otra cosa podía ser? Menos mal que los dos pequeños estudian aquí todavía, si no Cissy y yo estaríamos locos a estas horas. Mira, Del, ya te he dicho que siento haberte despertado, pero preciso que les des un vistazo a estos números.

Tomó un maletín del asiento contiguo y extrajo un fajo de computadora impresas, que tendió a Del.

Del comenzó a examinarlo. Le costó un esfuerzo casi físico alcanzar el grado necesario de concentración para interpretar datos que tenía ante sus ojos. Al parecer, habían realizado una prueba rutinaria para verificar el correcto funcionamiento del equipo que mantenía la dirección del rayo láser que ambas naves debían utilizar para sus comunicaciones. Rhoda, la camarera, llegó con dos pequeñas tazas que contenían crema de leche, y Del vertió el contenido de ambas en su café. La prueba, necesariamente, se había realizado por control de radio desde el centro de comunicaciones, en el Cabo, pues no había nadie en las dos naves de la expedición que esperaban en órbita hasta que los martenautas las ocuparan al día siguiente.

La vaga preocupación que anidaba al fondo de la mente de Del comenzó a evaporarse, a medida que iba repasando las distintas hojas.

En su lugar quedó finalmente una chispa de cólera. No había nada mal. Nada en absoluto.

Al era ingeniero jefe del grupo encargado de seleccionar el equipo de las naves y, como tal, el primero en sugerir la adopción del sistema de comunicaciones por láser. El sistema en sí era el producto favorito de Laserkind, fruto de sus propias investigaciones. Nadie más tenía nada parecido, y había habido cierta controversia entre los ingenieros de la NASA sobre la conveniencia de utilizarlo como sistema principal de comunicaciones o de considerarlo como un complemento de la radio. Pero la falta de interferencias era tan claramente superior con el sistema láser que Al había quedado convencido, y había convencido a su vez al resto del grupo. Ahora que el lanzamiento era inminente. Al estaba preocupado por su decisión anterior.

Era característico de un funcionario técnico con cuatro hijos y veintitantos años de residencia en el Cabo, pensó Del estudiando al hombre que tenía frente a sí. Atrapado por su empleo, su familia y su comunidad, Al había olvidado cómo admitir un riesgo razonable. Eran cosas como ésta las que disuadían a Del de casarse cuando alguien como Jonie comenzaba a hablarle de matrimonio. ¿Cómo podía una persona tomar decisiones por su cuenta si su alma estaba repartida entre media docena de seres? Imaginándose a sí mismo en una encerrona de esta clase. Del comprendió que era lógico despertar al representante de una empresa a las dos y media de la noche porque tenía dos hijos en la universidad, dos que irían más adelante y no estaba seguro de haber tomado la decisión correcta dos años antes.

Al mismo tiempo que pensaba en todo ello. Del intentaba reprimir la ira acumulada en su interior. Podía ser perfectamente cierto que Al estuviera preocupado debido a sus problemas personales pero, aun así, seguía siendo el responsable del material instalado a bordo para el lanzamiento y la expedición, y tenía derecho a realizar las pruebas que quisiera, y a despertar a todos los técnicos de servicio que le vinieran en gana.

—No veo nada mal —comentó finalmente con precaución, dejando caer los papeles sobre la mesa.

—Es la tercera vez esta semana que comprobamos el sistema y cada vez nos da

una desviación mayor —explicó Al, secamente.

—¿Desviación? —Del volvió a tomar el fajo de papeles y repasó las cifras, sabiendo esta vez lo que iba a encontrar—. El ajuste de sintonía fina fue de doce segundos de arco, nada más. Totalmente por debajo de los límites.

—¡Es demasiado, maldita sea! —estalló Al—. Cinco segundos sería lo apropiado. Cuando hacíamos las pruebas en tierra nos daba cinco segundos. Ahora que el equipo está instalado y en órbita oscila entre ocho y doce. ¿Por qué?

—Por Dios. Al —comenzó Del, tratando de conseguir que su voz sonara razonable, hasta divertida—. Podría deberse a dieciocho docenas de pequeñas causas; es una desviación mínima. ¿No ves que están en órbita? Hasta la interferencia de radio...

—¡Mínima! —Al se encogió de hombros, inclinándose sobre su taza de café—. Es el doble de la que nos gustaría. ¡Más del doble!

—¡Y es apenas más de la mitad de la tolerancia admitida! —replicó Del, sintiendo desaparecer su enojo, después de todo. Se aferró a los últimos restos de él —: ¡Lo que tú querrías es sólo el veinticinco por ciento de lo permitido! Como funcionaba así al principio, crees que es el tope máximo. Tranquilízate. Al. Vas a ponerte enfermo por algo que está perfectamente bien.

—No sé qué decirte —contestó Al, cansadamente—. Te digo que no me gusta.

—Mira —insistió Del—, sabes cómo funciona el sistema. Si decidiera estropearse, no comenzaría a hacerlo con un incremento despreciable en las exigencias de sintonía fina, como ahora.

—No lo sé —murmuró Al, con la vista fija en sus cifras.

—Pues bien, yo sí lo sé —le tranquilizó Del—. Créeme, Al, si hubiera algún motivo de preocupación con el sistema de guía, yo sería el primero en dar la alarma; pero no lo hay. No puede haberlo. y menos con estos últimos datos. Todo lo que indican es que el sistema está funcionando como debe hacerlo. Te das perfecta cuenta, lo mismo que yo, ¿no es verdad?

Al suspiró con pesadez. Tomó su taza de café, volvió a dejarla y la apartó de sí. Se frotó los ojos con los nudillos.

—No me gusta —insistió—. Es desviación, y no me gusta.

—Al... —Del habló con toda la suavidad que pudo—. Sabes lo que estás haciendo ahora, ¿no? Claro que lo sabes. No es tu primer lanzamiento. Ya sabes que todos encontramos algo de qué preocuparnos en el último momento. Estás demasiado excitado, ese es el problema. Estás excitado, no paras de darle vueltas a la misma idea, vez tras vez, tenga o no sentido. Lo que necesitas es un buen sueño. Dime, ¿aún te queda un sitio en la cama, en esa casa donde vives?

Al emitió una risa cortada.

—Más vale que haya una —respondió—. Si Cissy ha dejado que los chicos la convencieran para cederle a alguien nuestro dormitorio, voy a echar a unos cuantos invitados a patadas.

—Bien, entonces, ¿por qué no vuelves allí y duermes un poco, mientras puedas? —volvió a preguntar Del—. Sólo te quedan unas horas antes de volver al edificio de operaciones. No las desperdicias bebiendo café e intentando convencerme de que el sistema de guía tiene fallos que tú y yo sabemos que no tiene.

Al se pasó la mano por la cara nuevamente, esta vez sobre su boca y su barbilla.

—Muy bien —asintió—. De acuerdo.

Volvió a guardar las hojas en el maletín y se puso en pie, ya fuera del compartimiento.

—Buenas noches.

—Buenos días —dijo Del.

Al rió otra vez sin alegría.

—Es verdad —respondió—. Buenos días.

Dio la vuelta y se alejó. Del se puso en pie a su vez e intentó localizar a la camarera. Estaba unas mesas más a lo lejos, y pasó un momento antes de que pudiera atenderle.

—La cuenta, por favor.

Recibió la cuenta, pagó en caja y salió a la cálida y silenciosa quietud que precedía el amanecer. Pensó en volver al motel, con rabiosa intensidad. Maldición, maldición, maldición, maldición. Los problemas siempre surgían a las horas más improbables. Pero, en realidad, no había motivo de preocupación. Era cierto que se habían producido dificultades con el sistema de guía, al principio de la investigación, en los laboratorios de la costa oeste. No hubiera debido gritarle a Jonie cuando ella lo mencionó. Sin embargo, aquellas dificultades habían sido superadas mucho tiempo atrás. No, no eran más que fantasmas que el mucho café y poco sueño creaban en la mente de Al.

Volviendo a Al, las ideas de Del cambiaron de rumbo. Al era un viejo conocido, casi un viejo amigo. Pero el primer deber de Del era hacia Laserkind. Si Al se comportaba irracionalmente y comenzaba a hacer comentarios sobre la escasa fiabilidad del lasercom, quizá sería mejor que Del diera aviso de esta posibilidad a la oficina central, de modo que pudieran comenzar a preparar los argumentos de defensa, tanto sobre el sistema como sobre la relación de Al con la empresa.

De hecho, cuanto más pensaba Del en ello, más juicioso le parecía. Resolvió llamar a Downey tan pronto llegara al hotel. Allá, en la costa oeste, sería poco más de medianoche y Jack Shamey, el inmediato superior de Del, probablemente acabaría de meterse entre las sábanas. Del sonrió, pensando que la sesión con Al quizá no resultara una pérdida completa, después de todo. Por lo menos, tendría la posibilidad de transmitir la experiencia de ser sacado de la cama con la amenaza de malas noticias. El viejo Jack disfrutaría de ello casi tanto como había disfrutado Del.

TAD Y WENDY HANSARD yacían sobre el lecho, en los aposentos reservados para Tad en el edificio de operaciones y control. La luna, casi a punto de ocultarse, iluminaba el interior de la habitación lo suficiente para que pudieran ver, recortando la musculosa silueta de Tad junto a la suave forma de Wendy. Estaban ambos recostados sobre la espalda, el uno junto al otro, contemplando los rayos de luna reflejados en el cielorraso y conversando, con ocasionales intervalos de silencio.

—¿Cuánto tiempo más podré quedarme? —preguntó Wendy.

Tad giró la cabeza y consultó el despertador que había junto a la cabecera.

—Cuarenta minutos —respondió. Tras uno de los silencios esporádicos, añadió —: Al infierno con los horarios. Tú te que-das. ¿Qué me pueden hacer? ¿Despedirme?

—No —decidió ella. Extendió el brazo, sin mirar, y rozó con la punta de sus dedos la piel desnuda de Tad—. Va a ser un día muy largo, y no creo que tengas muchas oportunidades de recuperar el sueño atrasado en las dos primeras semanas. Ellos tienen razón: es mejor que me vaya.

Se produjo una nueva pausa. Wendy retiró su mano del brazo de Tad.

—Jimmy es el único que no llega a comprenderlo —comentó—. Los dos mayores, al menos, se hacen una idea.

—¿Idea? —preguntó él—. ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo es Marte?

—No —respondió Wendy—. Sobre el tiempo que vas a estar fuera. Tom y Cassy lo comprenden un poco: sólo un poco, desde luego, porque tres años es casi toda una vida, para ellos. Pero pueden hacer comparaciones. Tom estará en su primer año de universidad, cuando vuelvas. Cassy habrá comenzado sus estudios secundarios. Pero Jimmy... tres años es la mitad del tiempo que lleva en la tierra.

—Nuestro pequeño Jimmy —murmuró Tad, casi para sí—. Tal vez no hubiésemos debido tenerlo, con tanta diferencia de edades entre él y sus hermanos.

Advirtió, sin verlo, que Wendy negaba con un gesto de su cabeza.

—Me hizo feliz —explicó.

—Y a mí —admitió Tad—. Supongo que lo hemos malcriado.

—Me alegro, si lo hemos hecho. Ahora tendrá que pasar tres años sin verte. Tom y Cassy te tuvieron cerca cuando eran de su edad.

Tras otro lapso de silencio. Tad prosiguió:

—Naturalmente —dijo—, pero lo importante es siempre el ahora.

Permanecieron acostados, bajo el brillo de los últimos rayos de luna, y las manecillas del reloj junto a su cama siguieron avanzando, mientras el eterno instante del ahora abría implacable su camino hacia el futuro.

A unos veinte metros de distancia, en sus aposentos, el cosmonauta Feodor Aleksandrovilch Asturnov soñaba con su fallecida esposa e hijos. En la penumbra,

sus facciones finas y regulares parecían el relieve de una moneda antigua.

Habían salido a comer al campo. Habían instalado los enseres sobre un talud herboso que descendía suavemente hasta un río cercano, ancho y muy poco profundo, que reflejaba el sol de mediodía. Mariya tenía miedo de que Vanya, poco más que un bebé entonces, se aproximara demasiado al río y cayera al agua. Él intentó tranquilizarla, pero luego marchó con los tres niños mayores a buscar setas en un bosquecillo no muy lejano. Sin saber cómo, se separaron y cuando volvió al prado en su busca, los encontró a los cinco. Mariya y todos los niños: Pavlushka, Kostya, Iliusha... hasta el más pequeño, todos caminando en el interior de la corriente.

Advirtió de inmediato que Vanya, como Mariya había sentido, había caído al río y que su esposa y los niños estaban intentando rescatarlo.

—¡No temáis! —les gritó Fedya, corriendo hacia el río—. ¡No es hondo! ¡No es hondo!

Sin embargo, la corriente pareció arrastrarlos uno a uno, ante sus ojos espantados. Uno a uno, todos parecieron ser atraídos hacia ocultas profundidades. Vio sus cabezas surgiendo por un instante de las aguas, la espuma cerrándose y luego, nada. Mientras, él corría y corría hacia la corriente.

La angustia y terror del sueño le hicieron despertar. Por un instante abrió los ojos en la extraña habitación del edificio de operaciones y control, y se sintió perdido. Enseguida, sin embargo, recordó dónde se hallaba y por qué. También recordaba que Mariya y los niños llevaban más de dos años muertos.

—Así es —se dijo—, y fue un accidente ferroviario, no un río. Sorprendentemente, esta corrección realizada por su mente consciente pareció tranquilizarle. Las imágenes del río y las cabezas arrastradas por la corriente comenzaron a desvanecerse rápidamente. Feodor cambió de postura bajo la sábana y cerró de nuevo sus ojos. Al poco tiempo volvía a dormir profundamente, soñando que había sido elegido comandante en jefe de la expedición a Marte debido a un cambio de última hora en los planes. Sin embargo, debía rellenar varios cuestionarios con preguntas relativas a la competencia de los restantes martenautes. Escribió con rapidez, aunque de forma clara, deleitándose en expresar sus elevados merecimientos y su excelente opinión personal sobre todos ellos.

Sir Geoffrey Mayence, un anciano anguloso de casi dos metros de altura, ministro delegado de Su Graciosa Majestad para cuestiones del desarrollo del espacio, yacía totalmente despierto en su cama de hotel, en Merritt Island. No había conseguido conciliar el sueño en ningún momento y en su cerebro se repetían una y otra vez las palabras que había pronunciado durante el almuerzo con los martenautes en el edificio de operaciones y control, antes de visitar la lanzadera. Se trataba, nada más, de un comentario sobre las carreras campo a través. Al recordarlas, sus palabras le parecían necias y egoístas., ¿Por qué había comenzado a hablar de carreras campo a través, un viejo inútil como él? Un hombre debería ser capaz de aprender a no

ponerse en ridículo, con los años.

Por supuesto, era una reacción exagerada al desafío implícito de los jóvenes martenautas. Su mera presencia en la habitación había bastado para hacerle alardear de su propio pasado atlético. ¡Cómo debían haber reído para sus adentros! Sobre todo. Dirk Welles, el martenauta británico.

Sir Geoffrey permanecía inmóvil, con su alargado armazón de huesos tendido diagonalmente sobre la cama de matrimonio, pensando en los somníferos que guardaba en la maleta. Insomnio. Otra debilidad de la vejez. *Oh, no, Señor...*

Yacía rígido, mientras los lentos engranajes de las horas de hierro iban abriéndose camino en la oscuridad hasta que, por fin, comenzó a aparecer la luz tras los bordes de los pesados cortinajes que defendían su habitación de la aurora.

Lin cambió de postura para contemplar a Jens, bajo la escasa luz que la fachada iluminada del hotel lanzaba a través de los visillos. En su interior despertó una sensación de inmensa ternura. La respiración de Jens ya no era tan agitada. El sueño ejercía su efecto reparador, y su rostro reflejaba la calma.

Era un rostro feo y huesudo, pero atractivo. Lin tendió su mano hacia él y, con mucha suavidad, retiró un pliegue de la sábana que le cubría la boca. Tenía una hermosa barbilla, decidió. Sería interesante bosquejarla. Pensó que algún día lo dibujaría durmiendo, como en aquellos momentos. No era exactamente una barbilla partida, pero se veía claramente un hoyuelo que la dividía en cierta forma. Se preguntó si Jens alcanzaba a comprender lo importante que era para ella el dibujo. Luego, con una especie de extraño vértigo, se le ocurrió que tal vez fuera eso mismo lo que él esperaba que ella comprendiera respecto a la expedición a Marte... Trató de suprimir esa ocurrencia.

De repente, advirtió el tictac del reloj que había junto a la cama. Miró hacia él y vio que señalaba las cinco y diez. Jens había decidido levantarse a las cinco, pero ella había detenido el despertador en cuanto él comenzó a dormir, pues veía su agotamiento y sabía que ella podía despertar a cualquier hora que quisiera sin necesidad de reloj.

Era una lástima, tener que despertarle. Pero si no lo hacía pronto, se molestaría. En realidad, también ella debería levantarse en seguida. Tenía sólo tres días para realizar todas las entrevistas y volver a Nueva York. Es decir, a menos que decidiera tomarse algunos días de vacaciones, después de todo. De hecho, había advertido en la oficina acerca de esta posibilidad antes de marcharse, pero había preferido que Jens creyera que debía volver a los tres días, por si acaso surgía algún motivo que...

Si, decididamente, ya era hora de despertarle.

Con una gran suavidad y cariño, se inclinó sobre él, de forma tan gradual que cuando finalmente sus labios se posaron en su mejilla dormida, el toque fue tan ligero como el de una mariposa. Al sentirlo. Jens se agitó ligeramente, pero no despertó. Lin alzó de nuevo la cabeza y tomó una esquina de la sábana, doblada de modo que

formaba una pequeña punta, para azotarle cariñosamente la punta de la nariz.

Jens arrugó la nariz, resopló y se agitó. Una mano surgió de entre las sábanas para frotar la nariz, con torpeza y somnolencia. Por fin, sus ojos se abrieron.

—¡Arriba y a ellos! —cantó Lin con vigor—. ¡Es hora de moverse, compadre! ¡Ya es de día en el pantano!

En el exterior, el sol surgía sobre el horizonte del océano, y el aire comenzaba a calentarse rápidamente. Por todo Merritt Island, y hacia el norte, los aparatos de aire acondicionado, como el que había bajo la ventana de la suite de Jens, el de la vivienda de Aletha Shrubbs y el instalado en el tejado del edificio de operaciones y control, aumentaron su murmullo, por el esfuerzo que el nuevo día comenzaba ya a exigirles. El tiempo no se detenía, y las cosas seguían su marcha.

La hora oficial del lanzamiento era las once de la mañana. Los martonautas fueron avisados telefónicamente a las cinco y media. Tad apartó las sábanas y se incorporó. Quince minutos después, bien afeitado ya que no completamente despierto, se reunía con los otros cinco para el último examen médico de rutina, llevando dos cajitas blancas que contenían muestras de sus heces fecales y orina en ayunas.

No sentía muchas ganas de hablar, esa mañana. Al atravesar las puertas de la clínica temió tener que enfrentarse a la charla matutina de los otros, pero también ellos estaban más silenciosos de lo normal. Incluso Bapti Lal Bose, que solía mostrarse siempre alegre, tenía una expresión seria.

Se levantaron, se echaron, volvieron a levantarse y corrieron, soportándolo todo con paciencia para que los instrumentos médicos pudieran analizar sus reacciones. Dieron muestras de su sangre, que les fueron extraídas de la yema de los dedos y de los antebrazos, contemplaron a escasos centímetros de distancia los ojos de los doctores que pinchaban sus cuerpos y, finalmente, les dejaron vestirse y tomar el desayuno.

El zumo de naranja, los huevos revueltos y el jamón le parecieron buenos a Tad, pero sólo pudo comer una pequeña cantidad.

—¿Has dormido bien? —preguntó a Fedya, que ocupaba el lugar frente a él en la mesa.

—Yo diría que sí —respondió. La ligera sonrisa que acompañó sus primeras palabras desapareció—. Te vi ayer, en la recepción, hablando con vuestro Presidente.

—Es verdad —confirmó Tad—, pero no esperes que se produzca ningún cambio.

—Comprendo —contestó Fedya. Hablaban ambos en inglés, que era el idioma que iba a hablarse durante la expedición. De hecho, venían hablando en inglés desde el comienzo de los entrenamientos conjuntos, casi nueve meses antes. Por primera vez durante todo este tiempo, Tad se preguntó si Fedya seguiría pareciendo igual de taciturno si hablara su propio idioma. Le hubiera gustado saber si, de haber estado hablando en ruso, hubiera contestado tan sólo «comprendo».

—Lo lamento —añadió Tad—, pero hice lo que pude. Me parece que no piensan aligerar el programa, después de todo.

—Aún podemos declararnos en huelga —propuso Bapti Lal Bose, que ya había recobrado su habitual entusiasmo—. Una untada, por ejemplo. Podemos poner los Fénix Uno y Dos en órbita y quedarnos allí sentados, dando vueltas a la Tierra, hasta que acepten negociar.

—Muy bien, Bap —intervino Dirk Welles—. Declarémonos en huelga. Encárgate tú mismo de la organización y demás detalles.

—¡Yo me encargaré de todo! —Bap se golpeó el pecho—. Todos los rompehuelgas serán lanzados al espacio sin traje.

Fedya volvía a lucir su sonrisa tranquila, después de oír hablar a Bap, pero ahora denegó con la cabeza.

—No podemos permitirnos perder ni siquiera un rompehuelgas —arguyó. El comentario era jocoso, pero su expresión era seria de nuevo.

—Al menos, no podéis permitirnos perder éste en concreto —insistió Bern Callieux, señalándose a sí mismo—, si consideramos vuestra profunda ignorancia de la geología.

El joven martenauta paneuropeo, de facciones redondas, tenía una voz tan suave y sus incursiones en el campo del humor eran tan escasas que los otros cinco permanecieron un segundo mirándole, sin llegar a comprender. A continuación, una carcajada general sacudió la mesa. Todos ellos habían tenido que asistir, durante interminables horas de clase, a un curso sobre identificación de minerales.

—Cuando lleguemos a Marte —amenazó Anoshi Wantanabe, el martenauta, japonés—, te lanzaré a la cabeza la primera roca que encuentre. Bern.

Después de eso, la conversación sostenida en la mesa del desayuno tomó derroteros más parecidos a los de otras mañanas, no tan especiales.

Jens, ya vestido y completamente despejado gracias a la ducha, el afeitado y los demás hábitos matinales, estaba sentado en una butaca, bebiendo el café que le habían servido en la habitación. Lin seguía en la cama, contemplándole desde la almohada.

—¿Café? —preguntó Jens.

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres uno de estos bollos?

—Ahora no —contestó ella—. Los he pedido para ti.

—A mí tampoco me apetecen, tan temprano. Y menos una mañana como la de hoy. Ya tomaré algo por el camino. —Terminó su café y apartó la taza.— Escucha, les he dicho a unas personas que tenías un pase de prensa. Lo has recogido ya, ¿verdad? Supongo que la revista te conseguiría uno.

—Sí —respondió Lin.

—Yo debo permanecer en la tribuna de personajes importantes —prosiguió Jens—, pero ayer tuve ocasión de hablar con un conocido. ¿Sabes quién es Barney

Winstrom, de la Southwest NetWork? Son un grupo que emite televisión por cable.

—No lo conozco.

—Bueno. Este Barney y su equipo están alojados aquí. Si llamas a recepción te dirán en qué habitaciones. Ponte en contacto con él sobre las siete y media. Van a ir hasta las tribunas de prensa en una furgoneta, y están dispuestos a llevarte con ellos. Así no tendrás que pelearte por una plaza en los autocares de la prensa. Llegarás un poco temprano, pero la furgoneta será más cómoda. Irás mejor así que por cualquier otro sistema que yo pueda conseguir. Procuraré escabullirme de mi tribuna antes del lanzamiento y me reuniré contigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella—. No olvides concertar mis entrevistas con las esposas de Hansard y Welles.

—No lo olvido —dijo Jens, poniéndose en pie—. Y ahora... hasta la vista.

—Cuídate —pidió Lin cuando él salía.

Al salir de la suite pasó por la oficina de seguridad y solicitó un vehículo oficial con chófer, del parque que allí había a disposición de los catalogados como personas muy importantes, dirigiéndose en primer lugar al centro de prensa organizado en Merritt Island para cubrir el lanzamiento.

En el interior, el edificio estaba atestado de hombres y mujeres que lucían el distintivo anaranjado de periodista. De la zona adyacente iban saliendo autobuses repletos de gente que ya había conseguido un lugar. Jens se abrió paso a codazos por el largo corredor, hasta que llegó a una puerta junto al mostrador donde se extendían las credenciales. Penetró en una larga sala dividida por otro mostrador igualmente largo y reclamó la atención de una de las mecanógrafas que trabajaban al otro lado. La mecanógrafa se acercó hasta el mostrador. Era una joven de aspecto animoso, con cabello negro y facciones ovaladas.

—¿Está Wally Rice en su oficina, en estos momentos? —preguntó Jens—. Me llamo Jens Wylie. ¿Querría preguntarle si puedo hablar con él un momento?

La joven le miró con aire decidido, sin que el nombre le dijera nada.

—Lo siento mucho —comenzó—. El señor Rice está muy ocupado ahora y...

—Soy el subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio —explicó Jens con sosiego—, pero preferiría que no supiera que estoy aquí. Si le dice mi nombre a Wally, estoy seguro de que querrá verme. Nos conocemos desde hace años.

—Espere un momento, por favor —accedió ella. Se fue, para volver a los pocos segundos y levantar un extremo del mostrador—. Por aquí, si es tan amable.

Jens atravesó la puerta y la siguió hasta un pequeño despacho, de paredes y techo pintados de blanco, en cuyo interior le esperaba un individuo musculoso y no muy alto, de tez bronceada, en pie tras su escritorio.

—Siéntate. Wally. No te preocupes por mí —rogó Jens, mientras la chica cerraba la puerta al salir—. Sólo he venido un momento a pedirte un favor personal, para el que no quiero acudir a las altas esferas.

—Tienes buen aspecto —comentó Wally. Su acento sureño era parecido al de Tad Hansard y, por contraste con él, la voz de Jens sonaba casi cortante, con su duro acento del centro de los Estados Unidos. Ambos tomaron asiento—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero hablar con Bill Ward esta mañana, diez o quince minutos —explicó Jens—. No me asesines todavía. Ya sé que es el director del lanzamiento, pero necesito verle unos pocos minutos. Es por algo importante...

—Bien, creo que no será necesario asesinarte por esto —contestó Wally—. Podría arreglarse, si es antes del lanzamiento. Después estará demasiado ocupado con esos pájaros marcianos. ¿Por qué quieres hablar con él? ¿Es una cuestión del gobierno?

—Si... y no. Algo personal y oficial al mismo tiempo —respondió Jens—. La parte personal es el motivo de que no quiera recurrir a los canales reglamentarios. Aparte de que pasarían toda la mañana atosigándome y al final no podría verle.

—Eso es verdad —asintió Wally—. A veces les echamos una mano, cuando es algo urgente.

—Entonces, ¿no te importa que no te explique por qué quiero verle?

—Bien, no es que me importe —explicó Wally—. Pero supongo que Bill Ward querrá saber de qué se trata antes de abandonar sus instrumentos.

—Tienes razón... —concedió Jens, tristemente—. Muy bien, dile que es por un asunto de programación.

—¿Programación, nada más? —preguntó Wally.

—¿Tengo que decir algo más?

—Quizá no —asintió Wally—. No, quizá no haga falta. Ya sabe quién eres, ¿no?

—Estoy seguro de que lo sabe —respondió Jens—. Podrías mencionarlo en la conversación, si te parece que no es así. Además, tendrías que advertirle que sería mejor no darle mucha publicidad a este encuentro.

—De acuerdo. Comprendido. —Wally asió el teléfono—. ¿Dónde piensas estar? Podría tardar un poco en localizarle.

—Voy a volver al Holliday Inn, o a cualquier otro lugar donde pueda conseguir un desayuno. Luego, creo que iré a la tribuna de prensa con algo de anticipación. Allí puedo dejar dicho dónde me encuentro, es decir, si me facilitas un pase de prensa.

—Hum —murmuró Wally pensativamente, mientras volvía a colgar el teléfono—. No había pensado en eso. Tienes una credencial de personaje importante, y eso no combina muy bien con un pase de prensa.

—Una de las razones por las que fui elegido subsecretario era que el Presidente quería mi experiencia y conocimientos periodísticos —explicó Jens suavemente—. Creo que en la Casa Blanca les gustaría que yo tuviera un pase de prensa. ¿Quieres que llame a Selden Rethe ahora mismo y se lo pregunte?

Hizo ademán de dirigirse hacia el teléfono. Wally sacudió la cabeza.

—Me basta con tu palabra. De todas formas, vale más que pongamos «Oficina de Prensa de la Casa Blanca», ¿no te parece?

Wally tomó el teléfono y habló durante unos minutos.

—Bueno —exclamó al terminar la conversación telefónica—. ¿Qué es de tu vida?

Charlaron sobre cuestiones generales hasta que llegó una joven con una credencial de prensa acabada de rellenar. Jens se prendió el pase en la camisa, estrechó la mano de Wally y se marchó.

El restaurante del Holliday Inn, como Jens había previsto, estaba lleno a rebosar y los clientes debían hacer cola para conseguir una mesa. Recapacitó unos instantes. Toda la zona estaba invadida por un millón y medio de visitantes, como sucedía en cada lanzamiento. Las calles estaban atestadas de coches aparcados y, seguramente, cualquier restaurante tendría las mismas colas que el Inn. Jens cambió de idea sobre su desayuno.

—¿Ha comido usted algo? —preguntó al conductor.

—Sí, hace dos horas —contestó éste.

—Muy bien —añadió Jens—. Yo puedo pasarme sin. Lléveme a las tribunas de la prensa y quedará libre.

El conductor volvió a introducirse en el espeso tránsito de la calle. Jens miró su reloj. Eran casi las ocho y cuarto. De cualquier forma, no había tiempo para desayunar.

Las carreteras que llevaban hacia la zona del Centro Espacial Kennedy ya estaban llenas. Pronto se encontraron detrás de una furgoneta que, a su vez, seguía a un autobús de periodistas. Sin embargo, fueron avanzando a veinte kilómetros por hora hasta llegar a la entrada del Centro, donde el tráfico disminuía y era posible circular a mayor velocidad. Cuando por fin llegaron a las tribunas de prensa eran ya las nueve y veinticinco.

Jens dio las gracias a su chófer y salió del coche. Observó cómo el sedán blanco, con una insignia oficial en la puerta, daba media vuelta y se iba por donde habían llegado, y luego se dirigió, caminando sobre un puentecillo de madera, hacia el final de la tribuna.

La mitad de los asientos estaban ocupados, aunque las primeras filas estaban totalmente llenas de corresponsales con teléfonos y máquinas de escribir. Jens llegó al edificio oficial que había al extremo de la tribuna, ascendió tres peldaños y llamó a la puerta. Ésta se abrió tras un momento de espera y apareció un hombre delgado y de aspecto fatigado, en mangas de camisa.

—Soy Jens Wylie —explicó—. Espero un mensaje de Wally Rice, del centro de prensa. Dijo que se encargaría de avisarme aquí.

—Ah, sí, señor Wylie —respondió el hombre delgado—. Dijo que pasara usted sobre las diez y quizá tenga algo para entonces. ¿En qué lugar de la tribuna va a estar usted?

—No tengo asiento —dijo Jens—. ¿Por qué no me avisa por los altavoces? Aunque no por mi nombre, por favor. Pregunte por el señor West.

—Comprendido. Señor West. Tomaré nota del nombre. —El hombre regresó al

interior de su oficina, cerrando la puerta. Jens comenzó a andar hacia los asientos, pero cambió de idea y regresó por el puentecillo hacia el aparcamiento de la prensa, en busca de la furgoneta de Barney Winstrom donde debía haber venido Lin.

La encontró en la primera fila de vehículos, y llamó a su puerta. Al abrirse, un sople de aire acondicionado enfrió su frente, que ya estaba húmeda.

—¡Que entre! —rugió la voz de Barney desde la penumbra. El hombre que había abierto la puerta se apartó a un lado y Jens subió unos peldaños con alivio hacia el fresco interior.

Lin estaba sentada bebiendo una cerveza en compañía de Barney. Jens aceptó también una lata de cerveza, pero aún no había llegado a consumir la mitad cuando llegó a sus oídos el sonido de los altavoces de la tribuna.

El ruido del aire acondicionado y las paredes de la furgoneta e impidieron comprender las palabras. Pero Jens se levantó y abrió las puertas de la camioneta a tiempo de oír la repetición del mensaje.

—...Señor West, por favor, preséntese en el extremo norte de la tribuna inmediatamente —decían los altavoces—. Señor West, le están esperando en el extremo norte de la tribuna, inmediatamente.

Jens dejó su lata de cerveza y salió. En el extremo de la tribuna le esperaba un guardia uniformado, con un pase general que mostraba el emblema amarillo del edificio para el montaje de vehículos.

—Haga el favor de acompañarme, señor Wylie —dijo el hombre.

Se acomodaron en un automóvil de la NASA y se dirigieron al centro de control del lanzamiento, un edificio de cuatro pisos adosado al edificio de montaje. En su interior, un ascensor los llevó hasta el tercer piso, donde el guía de Jens lo acompañó por un corredor estrecho y corto hasta la sala desde donde se dirigía el lanzamiento.

Allí, hileras e hileras de consolas llenaban el suelo inclinado hasta la zona inferior, plana, también ocupada por gran número de mesas y armarios metálicos. Jens y su guía llegaron hasta la consola donde se encontraba Bill Ward en esos momentos, estudiando los indicadores por encima del hombro de la persona allí sentada. Luego, se volvió y cambió unas palabras con dos individuos en mangas de camisa que esperaban junto a él. Jens y el guía permanecían en silencio.

Bill terminó de hablar y se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué hay, Jens? —preguntó—. Dijiste que querías hablar conmigo, ¿no?

—Eso es.

—Muy bien, sígueme.

Salió seguido por Jens, caminando a grandes pasos. Atravesaron otra vez la puerta de la sala de lanzamiento y recorrieron el pasillo de antes en sentido inverso, hasta alcanzar otra puerta. Penetraron en una habitación de las mismas dimensiones de la sala de lanzamiento que acababan de dejar, pero vacía de consolas e instrumentos y con una pared que reducía mucho la superficie plana bajo la pendiente. En el centro de la habitación, por lo demás casi vacía, había una mesa de

conferencias y varias sillas de respaldo recto a su alrededor. Bill precedió a Jens hasta la mesa y tomó asiento en la silla de la cabecera, rígidamente erguido. Señaló a Jens la silla que había a su lado.

—Muy bien —comenzó Bill secamente, una vez Jens estuvo sentado—. ¿Qué es esa historia de programación de la que quieres hablarme?

LA MAÑANA DEL LANZAMIENTO el sol se levantó sobre un firmamento sin nubes, y Aletha Shrubbs marchó temprano a su trabajo. Iba a ser un día caluroso. Jim Brille intentó localizar a Willy Fesser en la mansión de la duquesa y le contestaron que no estaba, pero que le transmitirían su mensaje y ya llamaría él más adelante.

El teléfono sonó cinco minutos después.

—Hola —saludó Willy con el tono neutral que utilizaba cuando deseaba permanecer en el anonimato.

—Soy yo —explicó Jim—. He estado estudiando la situación. Necesitaré una habitación en el motel de Wylie, en el piso catorce y orientada hacia el oeste, sobre el patio donde está la piscina.

—¿Una habitación? —La voz de Willy recuperó su tonalidad acostumbrada—. ¿No sabe que es el día del lanzamiento? No hay una habitación libre en doscientos kilómetros.

—Es la única forma de hacerlo —insistió Jim—. No puedo montar la instalación en otro sitio. El motel está lleno de agentes del gobierno que conocen bien su trabajo. En un sitio distinto podría tener acceso al cable telefónico principal y, luego, si pudiera entrar en la habitación de ese Wylie... pero tal y como está todo, ambas cosas son imposibles.

—No sé cómo podría conseguirle una habitación.

—Hablando con la persona que está en tratos con usted. —Jim comenzó a sentirse exasperado—. ¿Tengo que explicarle su propio trabajo? En algún punto de la línea debe haber una persona con la suficiente importancia para conseguir esa habitación. Si puede ser, la prefiero en el lado que le dije, hacia el centro del edificio. He de ver al menos parte de una de las ventanas de Wylie sobre el borde de ese balcón que da toda la vuelta al motel en el ala de la torre.

La voz de Willy era ahora seca.

—Le llamaré de nuevo.

Esta vez el teléfono de Aletha tardó más de media hora en sonar otra vez.

—Todo arreglado, ya tiene su habitación. Está reservada a nombre de Wilson Stang —anunció Willy—. Pero no me pida nada más, ¿entiende? Esta fuente se ha secado.

—No necesito nada más —contestó Jim.

Media hora más tarde, en su habitación del Holliday Inn. Jim se dirigió a la ventana y contempló el exterior. Su alojamiento no estaba hacia el centro del ala, como había esperado. Sin embargo, no tuvo ningún problema para localizar las ventanas que correspondían a la suite de Wylie, frente a él y un piso más arriba. Sólo podía ver el tercio superior de los cristales, pero le bastaba con eso.

Comenzó a moverse por la habitación. Extrajo algunas prendas de vestir de su

maleta más pequeña, colgó dos chaquetas en el armario, dejó sus enseres de afeitarse en el aseo y guardó ropa interior limpia en el cajón. Sobre una cómoda con espejo esparció algún otro artículo personal. Cuando salió de la habitación, casi dos horas más tarde, había un montón de objetos colocados como al descuido sobre una mesa junto a la ventana, como si alguien los hubiera dejado caer ahí con la intención de recogerlos luego. Un extremo del montón se apoyaba en el cristal de la ventana y, en su interior, la varilla de una unidad láser enviaba un rayo de luz invisible a través de un diminuto agujero realizado en la ventana. Este rayo rebotaba en la superficie resonante de una de las cristaleras del dormitorio de Jens. A través de otro pequeño agujero, el rayo de un segundo láser tocaba el cristal de una ventana del salón de la suite.

Jim se detuvo a contemplar con satisfacción el montón cuidadosamente preparado. Trabajar con sus manos de esa forma le producía un intenso placer. La limpieza con que lo había efectuado le proporcionó el sentimiento calmado y tranquilo de la obra bien hecha. Cualquier voz u otro sonido en esas dos habitaciones de la suite de Jens provocaría una vibración en los cristales de las ventanas. Los rayos láser podían leer esas vibraciones y transmitirlos por cable, a través de todo el montón de equipo, hasta un convertidor, de donde pasaban a ser registradas en un magnetófono que parecía desconectado, pero no lo estaba. A partir de aquel instante, no se podía pronunciar una palabra en el apartamento de Jens que no fuera grabada por este dispositivo con la misma claridad que si estuviera conectado a micrófonos clásicos instalados en las paredes de la suite.

Jim salió, cerrando la puerta con llave. Al dirigirse hacia el ascensor pasó junto a un letrero luminoso que indicaba la salida y, siguiendo el impulso del momento, comenzó a subir los escalones estrechos y pintados de verde que conducían hasta el piso superior, reservado para personajes importantes y empleados del gobierno como Jens Wylie. Jim ascendió silenciosamente los peldaños y probó la puerta de acceso al piso superior. Tal como había supuesto, estaba firmemente cerrada.

Retrocedió y volvió de nuevo a su piso, saliendo al pasillo. Cuando llegó al ascensor, estaba vacío. Deliberadamente oprimió el botón que correspondía al piso de arriba. El ascensor vaciló. Luego, la flecha roja que señalaba hacia abajo se apagó mientras se encendía la flecha blanca, señalando hacia arriba. El ascensor subió. La puerta se abrió automáticamente y Jim salió a un pequeño vestíbulo donde sólo había un joven de veintitantos años, de complexión robusta, vestido con un traje de oficina, que leía un periódico tranquilamente sentado en una de las seis butacas que llenaban el vestíbulo. Al ver a Jim se puso en pie y se dirigió hacia él.

—¿Está usted buscando a alguien? —preguntó cortésmente, con acento de Nueva Inglaterra.

Jim le sonrió.

—Curioseando, solamente —respondió—. Creía que había un restaurante en el último piso.

—No hay ninguno —explicó el joven—. Sólo habitaciones. Además, lo siento, pero este piso está reservado.

—¿Le importa que eche un vistazo, de todas formas? —insistió Jim—. Siempre me gusta conocer un motel nuevo.

—Lo siento mucho —respondió el otro—. No es posible. Usted ya me comprende, ¿no?

Avanzó hacia el ascensor, a espaldas de Jim, y oprimió el botón de llamada.

—Oh, desde luego —contestó Jim—. ¿No puede decirme siquiera quién está en este piso?

—Lo siento mucho —denegó el joven, sonriendo. Jim le devolvió la sonrisa. El ascensor llegó y se abrieron las puertas.

—Bueno, gracias de todas formas —saludó Jim, entrando en el ascensor.

En ese momento apareció una figura femenina por el pasillo que conducía al vestíbulo.

—¡Un momento, por favor!

Era joven, y su voz sonaba fuerte y animada. Se acercó al ascensor con pasos largos y rápidos, y penetró en su interior.

—Gracias —dijo imparcialmente a Jim y al joven en traje de oficina que mantenían abierta una puerta del ascensor cada uno.

—A su servicio, señora —respondió el joven, soltando su puerta. Jim hizo lo mismo. El ascensor comenzó a bajar.

Los ojos de la joven se cruzaron con los de Jim. Este se dio cuenta de que era al menos tan alta como él, con cabello castaño, rostro ovalado y las facciones abiertas y competentes de una mujer que nunca había sido golpeada ni por los sucesos de su propia vida ni por los límites impuestos por su posición en la sociedad. Le dedicó una sonrisa. Ella no sonrió, pero su mirada lo estudió con tanta franqueza como había hecho él. No pertenecía a su territorio, pensó Jim. Con alguien como Aletha siempre sentía una comunicación inmediata, pero esta chica salía de un sitio distinto. Aun así, seguía siendo una mujer atractiva y le gustó, como le habían gustado casi todas las mujeres que había encontrado. Pudo sentir su reacción frente a él. Era distinta, pero paralela. No pertenecía al tipo de mujeres a las que causaba una fuerte impresión, pero podía gustarle, a pesar de la edad y de las demás diferencias entre los dos. En otras circunstancias, podrían haber llegado a ser buenos amigos.

Mientras pensaba todo esto, el ascensor llegó a la planta baja. Las puertas se abrieron y Jim se hizo a un lado para dejarla pasar. Al salir al vestíbulo detrás de ella, desapareció su bienestar y se contrajeron los músculos de su estómago. Junto al mostrador de recepción había un hombre contemplándole, un negro con traje de oficina color gris oscuro, alto, robusto, con poco menos o poco más de cuarenta años. Jim advirtió la calidad del vigilante con la misma rapidez que reconocía siempre a alguien con ganas de pelea en su época de bebedor de cerveza. Ese individuo era uno de los agentes de seguridad del gobierno, y no uno cualquiera, sino uno francamente

bueno. Su forma de estudiar el vestíbulo le daba un aire de responsabilidad. Parecía gustarle su trabajo. Su rostro estaba perfectamente inmóvil, a excepción de los ojos, que no se apartaban de Jim mientras éste atravesaba el vestíbulo en pos de la joven. Era evidente que el guardia de arriba había dado aviso, y este sargento de seguridad o lo que fuera había decidido comprobar por sí mismo si Jim era un turista inocente... u otra cosa.

La mujer que había bajado en el ascensor con él le llevaba ya media docena de pasos de ventaja. Jim se apresuró y llegó a su altura junto a la entrada del restaurante. Le dirigió la palabra, sin que los ojos que lo estudiaban se apartasen de él.

—¿Está pensando en tomar un desayuno? —preguntó.

Ella se volvió hacia él. Por primera vez, se dibujó una pequeña sonrisa en las comisuras de su boca.

—Café —explicó—. En la barra. Sola.

—Bien, bien —contestó Jim suavemente—. Que disfrute un buen día.

—Eso pienso hacer. —La mujer le dio la espalda y atravesó la puerta de cristal con cortinas blancas que conducía al restaurante.

Jim giró también y marchó hacia la puerta principal, quedando de perfil frente al hombre que le miraba, intentando presentar una expresión decepcionada y ligeramente airada. Esperaba ser la viva imagen de un vendedor de paso en la ciudad y en busca de mujer, que hubiera sido rechazado. Por fin, llegó a la puerta principal y salió a la calle.

El Gremlin estaba allí, esperándole. Lo puso en marcha y se mezcló con el tránsito. En su interior. Jim sentía una especie de desasosiego, como un deseo de volver al bar donde Aletha estaría trabajando. Pero ahora que ese agente de seguridad le había visto. el bar estaba prohibido para él, al menos mientras estuviera allí Aletha, que podía identificarle por un nombre distinto al que constaba en su ficha de registro.

LA FRANQUEZA CON QUE BILL le hizo la pregunta tomó a Jens por sorpresa. Durante los últimos días había pasado demasiado tiempo entre políticos, con toda su palabrería, y había olvidado este sector de la maquinaria y los técnicos, el sector del más y el menos, del día y la noche, del «conectado» y «desconectado». De repente, la tensión acumulada en estos días, junto a la falta de desayuno y la media lata de cerveza en su estómago vacío, resultó demasiado para él e hizo que toda la situación pareciera irreal. Contempló la habitación donde se hallaban, extraña, vacía, con el suelo inclinado, y se sintió propenso a creer que era alguna especie de escenario preparado especialmente para confundirle. Mientras miraba la habitación, incluso, ésta pareció oscilar y moverse como si estuviera en la casa de las sorpresas en algún parque de atracciones.

—¡Cuidado! —Sintió una fuerte presión en su antebrazo, y se dio cuenta de que Bill Ward le sostenía erguido en su silla y estaba hablándole—. ¿Qué sucede, Jens? ¿Estás bien?

Jens parpadeó, consiguiendo mantener el control de la habitación, de sus ojos y de sí mismo una vez más. Se enderezó en su asiento.

—Sí —respondió, sorprendido por la sequedad de su propia voz—. No he desayunado esta mañana, y quizá no haya sido muy buena idea.

—Estás muy pálido —advirtió Bill—. Vale más que descanses un momento. Voy a buscarte algo.

—No, no, me encuentro bien... —Pero Bill ya se había marchado—. ¡Agua nada más! —gritó Jens a sus espaldas. Tras uno o dos minutos regresó Bill con un vaso de papel lleno de agua.

—Quizá tenga gusto a café —explicó Bill, tomando asiento de nuevo—. No tenemos vasos. He tenido que sacarlo de la máquina de café y vaciarlo, para llenarlo con agua. ¿Cómo estás ahora?

—Bien —contestó Jens. El agua fluyó por su garganta como un dedo frío que le hizo recobrar su dominio. Dejó el vaso en la mesa—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es esta habitación?

—Es una de las salas de lanzamiento —dijo Bill—, En principio había cuatro, pero una no se ha utilizado nunca. Sigues estando muy pálido. ¿Seguro que te encuentras bien?

Jens asintió con un gesto de cabeza.

—Me preguntabas qué programación era esa de la que quería hablarte. Es el programa de experimentos de la expedición.

—¿Eso? —La expresión de Bill se endureció—. ¿Tú?

—Ya sé que oficialmente no es asunto mío —concedió Jens—. Pero Tad me dijo que los martenautas creen que el programa está demasiado cargado. Quería que se lo

dijera al Presidente. Ya lo he hecho. También conseguí que Tad hablara con él, pero no ha servido de nada. Por eso quería hablar contigo.

Bill permaneció en silencio unos instantes.

—¿Por qué yo? —preguntó con voz sin expresión.

—Es la política —comenzó Jens. La habitación amenazó con volver a oscilar, pero su determinación la obligó a mantenerse sólida y real—. Todos los países que participan quieren el máximo de tiempo de la expedición que puedan conseguir, y se resiente su orgullo nacional si se les pide que reduzcan su parte del programa. Parece ser que el Presidente, es más, que todos ellos creen que el público de cada una de las naciones no está dispuesto a consentir que se reduzcan los experimentos. Es el índice que les sirve para medir su participación en el viaje.

—Comprendo —asintió Bill Ward—. Lo que quiero saber es, ¿por qué vienes a decírmelo a mí?

—Tú eres el director de lanzamiento.

—Correcto.

—Bien —prosiguió Jens—, tú eres una de las personas que van a poner a esos hombres ahí arriba. Si el programa de trabajo es demasiado extenso durante las seis primeras semanas, o el tiempo que sea, tú tienes que estar al corriente, ¿no? Si hay algo capaz de poner la expedición y sus vidas en peligro, estoy seguro de que querrás corregirlo...

—Más despacio —interrumpió Bill.

Jens dejó de hablar. Durante un segundo, ambos permanecieron en silencio, en la apacible tranquilidad de la habitación vacía.

—¿Qué pretendes que hagamos? —preguntó Bill finalmente.

—Podríais organizar un alboroto —prosiguió Jens, pero sin la agresividad que había en su voz un momento antes—. Si los martenautas os dicen que tienen demasiado trabajo, o que están demasiado cansados, podéis decirles que prescindan de parte del trabajo experimental, ¿verdad?

—Es el director de la expedición quien debe decir eso —explicó Bill tensamente—. Cuando los martenautas se quejen, si lo hacen, ordenará una revisión de la situación y tomará las medidas correctivas que parezcan aconsejables.

—Yo no conozco al director de la expedición —insistió Jens—. Tú sí lo conoces. Si tú se lo dijeras, ¿no ordenarla una reducción? Tanto tú como él debéis saber igual de bien que Tad y los demás que verdaderamente están sobrecargados.

Bill se echó hacia atrás en su asiento. Rígidamente erguido, su cabeza quedaba por encima de la de Jens. Lanzó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Debo volver a la sala de lanzamiento —advirtió—. Lo siento, no podría ayudarte aunque creyera que tienes razón. No podría aunque quisiera. No soy la persona indicada, Jens.

—¿Quieres hacerme creer eso? —preguntó Jens, mientras Bill comenzaba a levantarse.

Bill se detuvo. Por un instante, se inclinó sobre Jens como una nube cargada de electricidad. Luego, se relajó y volvió a enderezarse.

—Deja que te diga algo —comenzó, sentándose de nuevo—. No tengo por qué explicarte esto, ni cualquier otra cosa, pero voy a hacerlo. ¿Sabes qué es lo que lleva a esos hombres al espacio? El esfuerzo de otros hombres y mujeres. Y estos otros hombres y mujeres tienen que comer. Tienen que pagar los plazos de la hipoteca y alimentar a sus familias. Ha de haber una nómina, y los astronautas no dan dinero inmediato como una caja registradora. Lo que hacen es producir beneficios a largo plazo que un elevado porcentaje de la población ni siquiera puede relacionar con su viaje.

—Ya lo sabía —contestó Jens.

—¿Lo sabías? —insistió Bill—, ¿Lo sabías por experiencia propia? ¿Te han propuesto alguna vez una reducción de una cuarta parte de tu sueldo, o incluso más, en un momento en que debías comprar zapatos a los niños y pagar la factura del dentista? ¿Has tenido que elegir entre eso o dejar tu empleo? No se trata del trabajo: la mayoría de los que están aquí trabajan todas las horas que haga falta, mucho más de lo que cubre su salario. Pero han de tener algún salario. Y ese algún salario, ese mínimo, hemos estado a punto de perderlo media docena de veces ya.

—También sabía eso —volvió a decir Jens.

—Olvida lo que crees saber —pidió Bill—, y escúchame un momento. La última vez que casi perdimos la subvención fue hace dos años. Y si la hubiéramos perdido del todo, hubiéramos perdido también todo el personal experimentado que sostiene nuestro trabajo actual. Ya perdimos muchos de ellos, tal como fueron las cosas. La gente le echa la culpa a los programas contra la pobreza, pero si no hubieran sido los programas contra la pobreza habría sido otra cosa. Una vez desaparece el impacto emocional, la gente que no sabe nada de investigación básica, que ni siquiera comprende el concepto, empieza a dejarse oír.

Y los que deberían explicárselo están demasiado ocupados atendiendo a sus propios asuntos, de modo que algo como el programa espacial se va por el sumidero, junto con toda la experiencia de la gente que le ha dedicado quince o veinte años de trabajo.

Y todo el mundo lo lamenta.

—Ahora no tienes por qué preocuparte —intervino Jens—. La mitad de la población mundial está entusiasmada con lo que estáis haciendo.

—En efecto —respondió Bill—, y si dejan de estar entusiasmados, no será por culpa nuestra. Si reducimos ese programa de experimentos mientras aún parece posible que los martenautas puedan cumplirlo sin problemas, y luego resulta que mueren algunas personas aquí, en la India o en cualquier parte, porque cierto material experimental no fue ensayado como estaba previsto... ¿qué crees que dirán los periodistas cuando comiencen a informar de esas muertes? Tú mismo eres periodista: ¿qué te parece?

Jens permaneció en silencio.

—¿Te das cuenta? —preguntó Bill, ya más calmado, mientras se ponía en pie—. Estamos en condiciones de emprender esta expedición a Marte porque la atención del público está fija otra vez en nosotros. Pero el precio de esta atención es que todo lo que hagamos será visto y recordado, y tal vez utilizado en contra nuestra en algún momento futuro, cuando la atención se desvanezca. Puedes estar bien seguro de que estudiaremos el programa experimental cuando los martonautas lo soliciten: pero antes, y en estas circunstancias, carece de sentido hacerlo.

No siguió hablando. Jens tampoco dijo nada, sentado allí sin acabar de saber qué hacer.

—Ven conmigo —pidió Bill—. Te devolveré al agente de seguridad que te acompañó aquí.

Jens se levantó pesadamente. Con la mano apoyada casi suavemente sobre el hombro de Jens. Bill le dirigió a través del piso inclinado hacia la puerta del corredor. El guardia estaba esperando a Jens junto a la puerta de la otra sala de lanzamiento. Bill lo saludó con la cabeza y desapareció.

—¿Adónde quiere ir, señor Wylie? —preguntó el guardia—. ¿A la tribuna de la prensa otra vez?

Jens se concentró un instante, tras mirar su reloj de pulsera.

—No —respondió—. No. Debería estar en la zona de personas importantes, en estos momentos. Vale más que me lleve allí lo más deprisa que pueda.

Al llegar a la zona indicada. Jens y su guía fueron dirigidos hacia la entrada del edificio de operaciones y control, donde los delegados esperaban la partida de los astronautas en el vehículo que iba a llevarlos hasta la lanzadera.

Al cabo de cierto tiempo, pensaba Tad, un traje del espacio llegaba a resultar familiar, como cualquier otra cosa. La extrañeza que producía al ponérselo por primera vez, y que los que nunca habían llevado uno, imaginaban que permanecía siempre, desaparecía en algún momento indeterminado. A la larga, acababa produciendo la misma impresión que enfundarse un uniforme de fútbol.

Por supuesto, aún seguía haciendo falta toda una hora para lograr ponérselo, incluso con abundante ayuda. Primero venía la ropa interior, con todos los sensores que debían conectarse a la epidermis en distintos puntos del cuerpo, con un adhesivo especial que no resultaba afectado ni por la transpiración. Luego venían las pruebas para asegurarse de que todos los sensores funcionaban correctamente. Después, había que entrar dentro del traje en sí y retorcerse hasta que todos los cables de los sensores quedaran conectados en los correspondientes enchufes en la parte interior del traje. Tras ello, había de comprobarse otra vez que todo estuviera en orden cuando el traje se conectaba a la salida de grabación. Por fin, podía cerrarse el traje herméticamente y caminar un poco con él, a fin de asegurarse que todo había sido hecho correctamente y no quedaba ningún cabo suelto.

Sólo entonces era posible pasar al transporte que esperaba para llevarlos a todos a

la lanzadera.

Marchando frente a los demás. Tad se dirigió por el pasillo con sus pesadas botas de suela magnética (desactivadas en aquel momento), hasta el ascensor que los conducía al nivel del suelo, saliendo al repentino fulgor de agosto en Florida. La placa visual de su casco se oscureció automáticamente y, sin lugar a dudas, el control de temperatura del traje comenzó a funcionar para mantenerle fresco, aunque no se diera cuenta de ello. En el exterior, junto al vehículo verde y de techo de cristal, esperaba un reducido grupo de personas. Se trataba de los delegados, provistos de auriculares y micrófonos que les permitían comunicarse con los martenautas. Jens estaba entre ellos, aunque algo desarreglado, como si hubiera debido apresurarse para estar allí. Tad se detuvo un segundo frente a él. Jens, observó, no tenía buen aspecto. Su rostro mostraba la expresión pesada y ausente de quien necesita un buen sueño. Sus labios se movieron.

—Buena suerte —oyó Tad a través de sus auriculares. Las palabras se confundían con las de los demás delegados, hasta resultar casi ininteligibles. Era como una antigua línea telefónica compartida que todos quisieran usar a la vez. Jens estrechó la mano de Tad, enfundada en su pesada manopla, y escrutó el oscuro cristal del casco para ver su expresión.

No había manera de sostener una conversación privada. Tad arqueó las cejas en señal de interrogación. Jens sacudió la cabeza. Tad asintió sombríamente, en señal de comprensión y, al mismo tiempo, como promesa de decisión. El gesto, sin embargo, se perdió en la flojedad del traje. No creía que Jens lo hubiera visto o interpretado correctamente.

Alguien golpeaba el hombro de Tad. Era el momento de subir al transporte. Saludó a Jens levantando su mano derecha, se giró en un solo movimiento, como debía hacerse cuando se iba con traje espacial, y penetró en el vehículo, ocupando el primer asiento a su izquierda.

Los restantes martenautas fueron entrando, pesadamente, hasta llenar la doble fila de butacas en ambos lados de la plataforma. Fedya, comandante adjunto de la expedición, ocupó el segundo asiento delantero, frente a Tad. La puerta del vehículo se cerró y éste comenzó a elevarse sobre sus chorros de aire, deslizándose hacia la nave que les esperaba.

El grupo permanecía silencioso como antes y Tad, en la intimidad de su traje, lo agradeció. Para él, el traje era como una segunda piel. Sentía la conocida presión del sistema colector de orina en la horcajadura, la presión de los zapatos en los talones, el peso del casco, los pliegues de tejido que envolvían sus hombros, brazos y muslos, el espesor adicional en la cintura y bajo los brazos: pero todo ello le producía una sensación familiar, por extraño que pudiera parecerle a otra persona. En esos momentos, dentro de sus trajes, todos los que se encontraban en el transporte habían cruzado la línea y se habían convertido en un tipo de personas distinto a todos los que les contemplaban y esperaban. Los que estaban destinados al espacio diferían de los

demás por sus acciones, así como por los motivos que les impulsaban a ellas.

Pertenecían a la Tierra, pero sus asuntos estaban en otro lugar. Eran como marineros, como pescadores de alta mar. Recordó la estatua de cobre, verdosa por el tiempo, que había visto con Wendy y los niños en Gloucester, durante unas vacaciones hacía ya varios años. Era la estatua de un pescador de Nueva Inglaterra, en pie sobre una cubierta inclinada, con una rodilla apoyada contra la cabina del timón y la vista clavada al frente, al exterior.

Él y los demás martenautas, pensó Tad, eran como marinos. Debían viajar a lugares remotos y extraños. Los auriculares del traje crepitaban casi imperceptiblemente, de forma semejante al imaginario rumor del mar que se oía al sostener un caracol marino junto al oído. Era como si todos ellos estuvieran dirigiéndose al mar. ¿Cómo decía el salmo? *Aquellos que bajan al mar en barcos, que se afanan en aguas profundas...*

Jens consiguió separarse de los demás delegados. Por fortuna, el guardia y el automóvil de la NASA seguían esperándole.

—De vuelta a la tribuna de prensa —dijo Jens, cerrando la portezuela. El vehículo enfiló la carretera desierta.

Cuando cruzaba el puente de madera que llevaba a la tribuna de prensa, los altavoces estaban anunciando que el hoverbus que transportaba a los martenautas acababa de llegar a la lanzadera. La enorme pantalla que había frente a la tribuna, de tres metros de altura por diez de ancho, mostraba una vista tridimensional, como desde una ventana, del transporte ascendiendo una pendiente de diez grados que terminaba al pie de la torre móvil de lanzamiento, donde se detuvo. Los astronautas salieron del vehículo con lentitud, debido a sus trajes, lo que les confería una cierta solemnidad, y se encaminaron al montacargas de la torre.

Mientras esto sucedía, Jens caminaba frente a la primera fila de la tribuna, esperando encontrar a Lin. Finalmente pudo verla, sentada en un extremo de la tribuna, y se dirigió hacia ella. A su lado había una silla plegable metálica de color gris donde apoyaba un brazo. Cuando él llegó hasta allí, retiró la mano.

—Siéntate —indicó—. Me ha costado mucho reservarte este asiento. —Lo contempló atentamente.— Apuesto a que no has desayunado, después de todo.

—No importa —Jens sacudió la cabeza—. Ya me recuperaré en el almuerzo. ¿Te apetecerá almorzar después del lanzamiento?

—Por supuesto —respondió Lin en tono de broma—. Siempre almuerzo después de los lanzamientos. ¿Has podido conseguirme las citas con Wendy Hansard y Penny Welles?

—Lo siento —se excusó—, aún no he tenido tiempo... —Se interrumpió. Lin estaba mirándole fijamente.

—¡No has tenido tiempo! —estalló—. ¡Te lo dije ayer por la noche y otra vez esta mañana! ¿Te das cuenta de que llevo aquí veinticuatro horas y, por lo que concierne a

la revista, aún no he hecho nada?

—De veras que lo siento —explicó Jens—, pero, de todas formas, no es posible que las veas hasta más tarde...

—¿Y si no puedo verlas esta tarde? ¿Qué sucederá si no consigo verlas porque se han ido a cualquier parte? —Lin se enfurecía por momentos—. ¿Acaso crees que sólo he venido aquí de vacaciones?

—Haré lo que pueda tan pronto como pueda —prometió él—. Ahora estarán en la tribuna de personalidades viendo el lanzamiento, como todo el mundo. No hay manera de que pueda verlas hasta más tarde. Tan pronto como sea posible, lo haré.

Lin se agitó en su asiento, con la mirada fija ante sí, por encima de las hileras de cabezas, en dirección a la pantalla de video.

Él la miró por un momento, intentando averiguar cuál sería su respuesta, pero ella no dijo nada, por lo que Jens miró a su vez la pantalla. Los martonautas subían de dos en dos en el ascensor de la nave y se dirigían a la escotilla de entrada a la nave a través de una pasarela, siete pisos sobre el nivel de la pista de lanzamiento. Jens se sintió vacío: una cáscara humana, interiormente desposeída de cualquier coraje y energía: un observador sudoroso y abotargado arrastrado por las corrientes con las que había intentado enfrentarse en vano. El estallido de cólera de Lin había eliminado cualquier ilusión que hubiera podido sentir de apoyo y comprensión hacia la solitaria posición en que se encontraba.

Y, sin embargo, éste era el momento que había estado esperando: el momento en que había esperado sentir algo casi místico, al estar la mayor parte de la población mundial concentrada y participando en una acción única, como miembros de una sola familia. En realidad, y hasta cierto punto, este sentimiento existía.

El escenario estaba dispuesto. Ante ellos, más allá de las tribunas y de la barrera de cámaras de video con lentes telescópicas, manejadas por los profesionales más competentes, se extendía una llanura herbosa, limitada por el profundo canal por donde habían conducido los descomunales segmentos de los cohetes Apolo hasta el edificio de montaje. El edificio en sí quedaba más a la izquierda, todavía en perfectas condiciones y capaz de albergar hasta cuatro naves de tres fases, como los Apolo, una en cada uno de sus elevados hangares. En la otra dirección, a cinco kilómetros de la tribuna de prensa, se erguía la lanzadera sobre la pista de lanzamiento LC39.

Por encima de todo ello brillaba el sol de Florida, castigando por igual el metal, el cemento, los prados, los hombres y las mujeres. Las voces de los periodistas hablando por teléfono, o en micrófonos, o entre sí, se confundían formando un rumor semejante al de una colmena de abejas. Por encima de todo ello resonaba el sistema de altavoces, explicando lo que aparecía en la pantalla de video.

...y ahora Tad Hansard, en último lugar ya que es el comandante en jefe de la misión, sale del ascensor y sube a bordo de la lanzadera...

Tad pasó otra vez de la claridad diurna a una suave penumbra. La placa visual se

adaptó al cambio, aclarándose lo suficiente para que pudiera ver la sección de la nave en que iban a viajar. Las seis literas oscilantes que debían ocupar durante la aceleración estaban dispuestas en dos grupos de tres, uno frente al otro. La primera del lado izquierdo estaba reservada para él. Caminó hacia ella, se acomodó sobre la misma y conectó el cable umbilical de su traje al receptor montado en la pared metálica.

Era como estar sentado en el interior de un antiguo avión de carga, con las paredes redondeadas. En realidad, la lanzadera era un transporte de mercancías y sus paredes y estructura de metal carecían de adornos. El suelo bajo las literas era de plancha de acero ondulada, interrumpida únicamente por una escotilla de metal en el centro y una escalera que conducían, respectivamente, a los niveles inferiores de carga y a la sección de mando, sobre sus cabezas. También allí los pilotos y copilotos de la lanzadera estarían echados en sus propias literas, listos para despegar.

Todo lo que rodeaba a Tad, las literas, los receptores, hasta la plancha de acero, se había añadido a la configuración normal de la nave y podía retirarse con rapidez y sin esfuerzo en caso de que hiciera falta enviar un cargamento de material exclusivamente a alguno de los laboratorios espaciales que orbitaban la Tierra. Todo lo que allí había era funcional, intercambiable y no imprescindible, al igual que la misma nave, al igual que él y sus compañeros.

Anoshi y Bap estaban conversando a través de los auriculares de sus cascos, bromeando tranquilamente y en voz baja. Fedya, a su lado, no decía nada. Tampoco Tad sentía ganas de hablar. Había llegado el momento de comenzar su trabajo: ya no estaban ante los ojos del mundo, ahora debían realizar su tarea.

Frente a ellos, en el panel delantero de pared curvada, se encendió una luz roja.

—Soy Steve Janowitz, caballeros —dijo una voz junto a sus oídos—, el piloto de la lanzadera. Listos para despegar a la hora prevista, dentro de dieciocho segundos, diecisiete, dieciséis...

La tribuna de prensa estaba medio vacía. Tal como sucedía en la época de los vuelos Apolo, muchos periodistas habían abandonado su lugar para adelantarse hasta el borde del agua, a unos cien metros. Lin había preferido quedarse en la tribuna. Había oído decir que el armazón se estremecía literalmente en el momento del lanzamiento, y quería comprobarlo.

—Creo que yo también voy a bajar —había dicho Jens.

—Si —respondió ella, con cierta frialdad.

Lin le había visto alejarse lentamente, más pequeño cada vez, hasta que desapareció entre el gentío. No se bamboleaba, ni arrastraba los pies, pero a Lin le pareció que su andar tenía algo de fracasado. Sintió una punzada de remordimiento por haberle gritado en un momento que significaba tanto para él, emocionalmente. Se preguntó, no por primera vez en su vida, si habría algún demonio en su interior, algo irritable y destructivo. Enseguida reaccionó contra esta preocupación y se sintió dura

de nuevo. Jens debía aprender. Debía aprender, simplemente, que el resto del mundo no siempre estaba dispuesto a seguir el papel que él quisiera designarle. Quizá pudiera conseguirlo durante cierto tiempo, con los ojos en las estrellas y sin preocuparse de nada más, pero había gente como ella misma que debía ensuciarse las uñas para ganarse el sustento, aquí en la Tierra. En el fondo, no le importaba la cita que no le había conseguido. Ella era capaz de concertar sus propias citas cuando hiciera falta. Pero Jens debía aprender, debía aprender pues si no podrían sucederle cosas peores. Tampoco le importaba que el hecho de corregirle le hiciera sentirse desoladamente miserable, como en esos momentos. Tenía que ser así.

La sensación de pérdida comenzó a desvanecerse, sustituida por la contagiosa tensión de la multitud que iba aumentando según el corneo se aproximaba a su fin.

—...cinco —rugían los altavoces—, cuatro... tres... dos... uno... ¡Encendido!

Una corona de llamas anaranjadas surgió a los pies de la lanzadera, rodeándola por todos los lados. Durante un instante, el ingenio espacial pareció seguir inmóvil, erguido entre las llamas, hasta que comenzó a elevarse. El color de las llamas fue cambiando a blanco. Lentamente al principio, pero con mayor rapidez a cada segundo que pasaba, la lanzadera se elevó hacia el firmamento, y mientras el retumbar de un trueno gigantesco llegaba arrollador hasta la tribuna de prensa. La nave seguía incrementando su velocidad por el cielo sin nubes, hasta que por fin resultó imposible distinguirla a simple vista. Tenían razón los que le habían dicho que la tribuna se estremecía.

Al despegar la nave, la aceleración dejó sentir su pesada fuerza a Tad y los demás, aunque no tanto como en ocasiones anteriores. La lanzadera llegaba a tres gravedades, frente a diez en el despegue de los Apolo. Tad esperó hasta que la opresión que le obligaba a permanecer echado en la litera comenzó a decrecer, finalmente, cedió por completo. Su cuerpo carecía de peso y flotaba en la litera. Habían transcurrido treinta minutos, y para entonces se hallaban en órbita con la doble nave que debía llevarles a Marte y que había sido montada en el espacio, fuera de la gravedad terrestre.

—Casi el punto exacto, señores —dijo la voz del piloto en el interior de sus cascos—. Bonita salida hemos tenido. Ahora una Truena corrección...

Diez minutos después, las paredes de la lanzadera transmitieron el choque de metal contra metal, al abordar una de las naves de Marte.

—Fénix Dos —anunció el piloto.

Fedya, Dirk y Bern desconectaron sus cables umbilicales y se pusieron en pie, avanzando hacia la escotilla de entrada de la lanzadera que ahora estaba conectada mediante un tubo transbordador con la escotilla de la segunda nave de Marte.

—Y ahora, al Fénix Uno —dijo el piloto. La lanzadera rompió el contacto y se alejó.

Diez minutos más y eran Anoshi, Bap y Tad los que dejaban sus literas para

atravesar el tubo. Tras cerrar la compuerta es—.anca, se encontraron en el agradable ambiente de la cubierta de mando, de paredes blancas. Ésta era la superior de las cuatro cubiertas de que constaba el vehículo que iba a ser su hogar durante los tres años siguientes. Se aseguraron de que la compuerta estuviera efectivamente cerrada.

—Todo listo —avisó Tad al piloto de la lanzadera.

—Todo listo. Desacoplo —respondió éste.

Con un golpe que estremeció la estructura de ambas naves, la lanzadera se separó de la Fénix Uno. Los tres martenautas se dirigieron a sus literas de control y conectaron los cables umbilicales, comenzando la comprobación final.

Los segundos fueron transcurriendo hasta que llegó el momento de la partida. Se contempló la comprobación. Desde las dos naves. Tad y Fedya informaron al control de la expedición que todo estaba listo, y el control de la expedición dio comienzo al último minuto de conteo para el despegue, el auténtico lanzamiento que debía colocar ambas naves en una órbita de intersección con Marte.

—Cincuenta segundos y contando —informaron los auriculares del casco de Tad, mientras éste esperaba tendido en su litera. A su alrededor podía percibir la voluminosa forma de la Fénix Uno, con diez metros de diámetro, noventa de longitud y un poderoso propulsor en cada lado.

—Cuarenta segundos y contando...

En esos momentos sentía la nave como si no fuera más que un gigantesco traje del espacio a su alrededor. Era su nave: la nave y él eran idénticos.

—Treinta segundos, veintinueve segundos...

La Tierra no tenía importancia. La nave lo era todo. No podía volver la vista hacia el planeta que había bajo él, ni siquiera mentalmente hacia su esposa y sus hijos. En aquel momento sólo podía mirar hacia adelante, hacia el exterior, como la estatua del marino de Gloucester que escrutaba el horizonte bajo el borde de su capucha.

—Quince... catorce... trece...

Aquellos que bajan al mar en barcos, volvió a pensar, y se afanan en aguas profundas... Aquello se había escrito pensando en él y los otros cinco, tanto como para todos aquellos que habían navegado hasta perder la tierra de vista. La única diferencia era que su nave era más poderosa, y más extenso el océano que iban a surcar.

—Diez... nueve... ocho...

Pensó que el salmo debería hacer mención de aquellos que suben a las estrellas en naves, y se afanan en el espacio profundo...

—Dos... ¡uno!

Su dedo enguantado se apoyó sobre el botón de encendido. Aunque él no lo vio, grandes chorros de fuego blanco surgieron de los tres juegos de propulsores, y la aceleración le derribó sobre la litera mientras la Fénix Uno, con su nave gemela al lado, partía hacia las estrellas.

LA PRESIÓN DE LA ACELERACIÓN desapareció veintiocho más tarde, y Tad comenzó a flotar ligeramente sobre su litera. Estaba flanqueado por Anoshi y Bap, ambos igualmente sin peso. Pareció alcanzarle una ligereza que era algo más que la mera falta de gravedad: por fin, después de todo, se sentía libre y al mando.

—Fénix Uno a pilotos del propulsor Fénix Uno —llamó Tad por el micrófono de su casco—. ¿Se ha completado la maniobra?

—Propulsor Uno —respondió una voz con el acento de las llanuras del oeste—. Maniobra completada.

La sensación de libertad seguía creciendo en el pecho de Tad, quien se esforzó en reprimirla. No había tiempo para eso, ahora.

—Propulsor Dos —añadió una segunda voz—. Maniobra completada.

—Gracias, caballeros —contestó Tad. Extendió su mano enguantada y cambió el canal—. Control de expedición. Aquí Fénix Uno. Ambos propulsores han dejado de actuar.

—Entendido. Fénix Uno. —La voz del control de expedición llegó a él casi antes de que hubiera podido terminar sus palabras—. Se hallan en órbita de intersección exacta. Fénix Dos está ahí a su lado. Si quiere echarle un vistazo, la tienen a unos diez kilómetros. Deberían poder ver el reflejo del sol.

Tad giró el casco con algo de esfuerzo, para mirar por una portilla de vidrio que había a su derecha. Durante un segundo sólo pudo ver las estrellas sobre el negro fondo del espacio vacío. Entonces hubo un relámpago lento y brillante, que pareció prolongarse durante medio segundo antes de desaparecer. Un momento después, se produjo de nuevo.

—Da la impresión de que van haciendo guiñadas —comentó Tad.

—No se preocupe. Fénix Uno —contestó el control—. Fénix Dos nos informa que lo están corrigiendo con sus chorros de dirección. ¿Están preparados para despedirse de sus propulsores?

—Todo listo —respondió Tad.

—Entonces, les toca a ustedes el turno. Fénix Uno —dijo control—. Procedan a separarse de los propulsores.

—Entendido —confirmó Tad. Volvió a sintonizar la frecuencia por la que había estado hablando con los pilotos de las dos lanzaderas nucleares, adosadas una a cada lado de la Fénix Uno.

—Aquí Fénix Uno de nuevo —comenzó—. Todo listo para desacoplar. Propulsores Uno y Dos, ¿listos también?

—Propulsor Uno listo.

—Propulsor Dos listo.

Las respuestas fueron inmediatas.

—Ignición de las cargas de separación —informó Tad—. Tres, dos, uno... ¡fuego!

Al pronunciar la última palabra, su dedo enguantado oprimió el pulsador, haciendo estallar las cargas explosivas que debían separar la Fénix Uno de sus dos propulsores, fuertemente adheridos. Se oyó un fragor sordo, que a los de la Fénix Uno les pareció venir de sus espaldas, y Tad extendió la mano para activar una vista de los propulsores en su pantalla de piloto, obtenida desde un monitor instalado en la parte delantera del casco y que ahora estaba enfocado hacia atrás.

Resplandecientes bajo el sol, muy por debajo de la Fénix Uno, aparecieron los dos propulsores como si estuvieran cayendo, separándose mientras lo hacían. Algún que otro destello más lejano correspondía a fragmentos de la estructura que unía la nave con las lanzaderas propulsoras, más lejanos debido al mayor impulso que les había conferido la explosión. Los propulsores, en cambio, solamente contaban con la débil fuerza que les proporcionaban sus chorros direccionales. Ahora, ambos propulsores giraban lentamente, bajo la mirada de Tad, Bap y Anoshi, dando la espalda a la Fénix Uno.

Los propulsores habían llevado la Fénix Uno hasta su órbita de intersección con Marte, donde comenzaba su crucero de nueve meses hasta alcanzar el punto donde accionaría sus motores nucleares para situarse en órbita alrededor de Marte. Ahora destellaban en la pantalla, con un aspecto casi endeble. Era sorprendente pensar que después de la separación, y contando el combustible ya consumido, la expedición a Marte había perdido ya la mayor parte de su masa inicial, y solamente para escapar a la órbita terrestre. Tad sintió esta disminución casi como una pérdida personal.

Poco más de media hora antes, la Fénix Uno pesaba aproximadamente setecientos mil kilogramos. Ahora, después del regreso de los propulsores, ese peso había quedado reducido a doscientos setenta y cinco mil kilogramos. En cambio, cuando llegaran a Marte sólo habrían perdido unos doce mil kilogramos, más: quedarían en doscientos sesenta y tres mil kilogramos, más o menos. Esta pequeña pérdida adicional sería debida al mantenimiento de la vida, al consumo de algunos productos y al combustible que hiciera falta para alguna posible corrección de rumbo de pequeña importancia.

La voz de Bap sonaba como una nota grave por los auriculares, emitiendo un murmullo incomprensible.

—¿Qué dices, Bap? —preguntó Tad, volviendo la cabeza hacia la litera del otro.

Bap se sobresaltó. Su casco miraba hacia una de las portillas, desde donde se podía ver los propulsores en la lejanía.

—¿Cómo? Oh, lo siento —respondió—. Sólo estaba recordando algo del *Bhagavad Gita*, el *Canto Celestial*. Traducido, dice algo así como: «... Hoy hemos matado un enemigo, y mataremos al otro enemigo mañana. ¡Mira! ¿Acaso no somos señores?...»

—Hmmm —asintió Tad. La cita parecía no guardar la menor relación con la

partida de los propulsores ni con su propia situación, pero no había forma de comprender a Bap.

Debo aprender a guardar mis pensamientos para mí, pensaba Bap con cierto arrepentimiento. No vale la pena que les explique que estaba citando parte del discurso del Hombre No Celestial, según Krishna lo narra. Seguirían sin comprenderlo aunque se lo hubiera dicho. Y, sin embargo, es cierto. Parecemos grandes señores, con nuestras poderosas naves y nuestras ideas sobre la expedición, porque aún estamos cerca de la Tierra. Pero allí, junto a Marte, seremos pequeños e insignificantes. No, es inútil que intente explicarles lo que sentí o dije. Para los ingleses, todo lo que es religioso pertenece a la esfera privada de la persona.

No es que Tad sea inglés, se corrigió Bap. Pero lo es en el sentido en que yo uso la palabra. Tad es un inglés modificado, igual que Dirk, en la Fénix Dos, es un inglés sin modificar. Y los ingleses no comprenden este tipo de pensamientos. Ni los ingleses ni los anglo-americanos. ¿Podría Anoshi comprenderlo? Seguramente no: en ese sentido, también él tenía un cierto barniz inglés. Incluso yo estoy barnizado de inglés, porque soy consciente de lo que esto significa, aunque lo rechace. En verdad, todos somos iguales: Tad. Anoshi y yo.

Posiblemente sea parte de la idea. Yo amo a Tad —aunque no sexualmente, desde luego—, prosiguió Bap para sus adentros. Siempre hay que añadir esta aclaración, cuando se piensa en inglés. ¿Y por qué estoy pensando en inglés? Porque pienso en los ingleses o, mejor dicho, en cierta cualidad a la que llamo «lo inglés». No, siento un gran afecto por Tad. En otra época hubiéramos podido cabalgar juntos, con la espada al cinto, para combatir a nuestros enemigos. Y también Anoshi. No es casualidad que los tres fanfarrones hayamos acabado en la misma nave. En la Fénix Dos son otro tipo de personas, una vez se consigue prescindir de sus diferencias nacionales. Incluso Dirk, que es inglés, no es inglés en este sentido... Las palabras se confunden, me pierdo en ellas. Será mejor que deje de pensar y preste más atención al servicio...

En el exterior, los propulsores se habían orientado formando un ángulo de separación con la Fénix Uno.

—Propulsor Uno a Fénix Uno —sonaron los auriculares en los cascos de Bap. Tad y Anoshi—. Adiós, y buena suerte.

—Hasta la vista. Fénix Uno —saludó la voz del piloto del segundo propulsor—. Buena suerte a todos.

—Igualmente —respondió Tad—. Hasta la vista.

Los motores de ambos propulsores escupieron chorros de fuego brillante, aunque escasamente visible bajo el sol del espacio. Por un momento parecieron suspendidos allí, sin moverse. Luego comenzaron a disminuir de tamaño, primero despacio y más rápidamente después, hasta que dejaron de verse.

En otro lugar, fuera del alcance de su visión. Tad sabía que los dos propulsores de la Fénix Dos estarían también acelerando hacia la órbita de la Tierra, de vuelta a casa.

—Control de expedición —avisó Tad, manipulando la consola que tenía ante si—. Nuestros propulsores acaban de emprender el regreso. Estamos listos para poner la Fénix Uno en estado operativo.

—Entendido. Fénix Uno —respondió la voz del control—. Queda registrado. Procedan a pasar la Fénix Uno a estado operativo. Su próxima comunicación con nosotros será a las dieciséis cero cero, según el programa.

—Entendido. Registro —confirmó Tad—. Dieciséis cero cero. Cambio y corto, pues.

—Cambio y corto. Fénix Uno —se despidió el control de la expedición.

Tad restableció la comunicación con sus dos compañeros de tripulación.

—Adelante —dijo—, comencemos a poner esta nave en marcha.

Se incorporó sobre su litera, al mismo tiempo que los otros dos. Sin quitarse los trajes, empezaron la tarea de poner en pleno funcionamiento el vehículo donde se hallaban.

Básicamente, este trabajo consistía en activar los sistemas operativos y de mantenimiento vital de la nave que, con excepción del laboratorio médico y biológico, se encontraban en estado de almacenamiento desde hacía diecinueve días, cuando habían sido transportados a las dos naves de la expedición a Marte construidas en órbita. El más importante de estos sistemas era el que mantenía la atmósfera de nitrógeno y oxígeno en aquellas secciones de la nave donde debían vivir y trabajar sin trajes. En segundo lugar venían los sistemas de control térmico y de distribución de energía. Estos sistemas, junto con las necesarias actividades mecánicas de la nave, les permitirían vivir y trabajar a bordo de ella durante tres años, hasta que regresaran de nuevo a la órbita de la Tierra. En su imaginación, Tad veía la serie de tareas a realizar como un pelotón de soldados en posición de firmes, esperando que se les ordenara cumplir su misión.

Los tres martonautas plegaron sus literas y comenzaron a manipular las consolas de mando donde estaban situados los controles principales de todos los sistemas. Los tableros comenzaron a brillar con pequeñas luces rojas, que iban encendiéndose sucesivamente, indicando los sistemas que ya habían alcanzado un estado plenamente operativo. A continuación, todos ellos repasaron en voz alta una lista de los sistemas que acababan de activar, tanto para el registro de vuelo de la nave como para su propio conocimiento.

—... todos los sistemas activados y en orden —finalizó Tad, plegando la lista—. La Fénix Uno está plenamente activada y en estado operativo. De acuerdo, pasemos a revisar las cubiertas.

Se pusieron todos en pie y Tad abrió la marcha hacia el tubo de acceso que atravesaba por el centro las cuatro cubiertas de la nave. Sin gravedad, y vistiendo todavía sus trajes espaciales, los martonautas alcanzaron el tubo a trompicones, abrieron la puerta de entrada y se introdujeron en él. Tad seguía adelante, marchando en la dirección que sería «abajo» cuando la Fénix Uno y la Dos estuvieran unidas y

girando para obtener una gravedad artificial, hasta que llegó a la puerta de acceso a la cubierta B. Era el nivel inmediatamente inferior al A, la cubierta de mando que acababan de abandonar, y al igual que ésta consistía en una zona en forma de rosquilla, cuya pared exterior quedaba separada del casco de la nave únicamente por el aislamiento y por una red de conducciones térmicas destinadas a mantener estable la temperatura interior, a pesar de la diferencia entre el costado que recibía directamente el sol, sumamente caluroso, y el opuesto, que permanecía helado. La pared interior de la cubierta B, como las de las demás cubiertas, era el tubo de acceso.

—Por fin en casa —bromeó animadamente Anoshi, cuando salieron a la cubierta B. Y, en realidad, eso es lo que era. A diferencia de la cubierta A, que consistía en un espacio abierto donde estaban instaladas las consolas y demás instrumentos, la B estaba dividida. Tres de los espacios formados por estas divisiones correspondían a las cabinas individuales, algo más espaciosas y merecedoras de su nombre que los «compartimientos para dormir» del Skylab.

—Mirad —indicó Anoshi—, hay una placa en cada puerta. No hay peligro de que olvidemos cuál es nuestra cabina.

Tad levantó la mirada. Lo que vio no había sido incluido en los planos originales, ni en ninguna de las maquetas de la nave que había visto en la Tierra. Una solemne placa negra había sido fijada en cada puerta, como un detalle personal y casi juguete por parte de los que habían realizado los acabados del vehículo. Las placas no eran en absoluto necesarias. Ya hacía mucho tiempo que se habían puesto los tres de acuerdo sobre la adjudicación de las cabinas. Pero representaban el toque humano de decoración, una especie de regalo de despedida de los trabajadores de tierra. A pesar de sí mismo, no pudo evitar que las placas le conmovieran. Por el tono de las palabras de Anoshi comprendió que también él y, sin lugar a dudas, Bap, sentían lo mismo.

—Bien, vamos a echarles un vistazo —dijo Tad por fin, rompiendo el encanto del momento.

Cada uno entró en su propia cabina. Las suelas magnéticas de sus botas se activaban y desactivaban a cada flexión del empeine, de forma que era como si caminaran sobre el suelo de una cocina donde hubiera caído algo pegajoso. Tras comprobar las habitaciones, volvieron a reunirse y pasaron juntos a la sala de guardia.

La sala de guardia ocupaba casi un tercio de la superficie del nivel B, y era la zona que debían compartir para las comidas y distracciones.

—Voy a verificar los compartimientos de almacenamiento y desperdicios —explicó Tad—. Nos reuniremos en la cubierta C.

Atravesó la puerta que conducía al reducido espacio destinado a almacenar los artículos de consumo, y que contenía provisión inmediata de comida y bebida. Tras comprobar que todo estaba en orden, se dirigió al compartimento de manipulación de desperdicios. El utilitarismo estricto del sistema de desperdicios comprobado en el Skylab había experimentado ciertas mejoras, al menos en el aspecto. Sin embargo, era básicamente igual. Era necesario disponer de equipo biomédico para analizar los

residuos orgánicos de los tres tripulantes, aunque en la Fénix Uno esto se realizara casi exclusivamente por medios automáticos. Además, hacía falta desprenderse de un sinnúmero de objetos, desde envases de alimentos hasta herramientas o piezas estropeadas, pasando por los uniformes sucios, que resultaba más barato tirar que lavarlos en las condiciones del espacio. Afortunadamente, también había maquinaria automática que se encargaba de congelar estos desechos y de lanzarlos por un canal que conducía a una escotilla estanca en la sección sin atmósfera de la nave.

Tras verificar que también este compartimento se hallaba en buen orden. Tad bajó al nivel C donde había cuatro secciones distintas de laboratorio y taller. Anoshi y Bap estaban enfrascados en la comprobación de los instrumentos, por lo que Tad siguió solo hasta la cubierta D.

La cuarta y última cubierta estaba abarrotada de suministros e instrumentos. Gran parte del equipo debía utilizarse para los experimentos que iban a realizar en las cuatro primeras semanas de navegación hacia Marte, mientras el interés público aún siguiera pendiente de la expedición. Tad contempló ceñudamente los montones de cajas.

Las naves de la misión a Marte habían sido diseñadas, en un principio, para una tripulación de seis personas, el doble de las que llevaban. Ahora apenas quedaba lugar para tres. En parte, esta escasez de espacio se debía al incremento de la misma investigación básica: por fin las grandes naciones habían comprendido su necesidad, frente a la creciente exigencia de sus poblaciones de nuevas respuestas tecnológicas para los graves problemas naturales del aire, el agua y la tierra. Pero la principal razón de que las Fénix Uno y Dos estuvieran tan sobrecargadas de material científico y preocupaciones era la política.

Jens Wylie no había podido conseguir que se redujera la lista. Eso le dejaba sin nadie a quién recurrir, excepto él mismo. Y él se había movido en niveles bastante altos, en las últimas veinticuatro horas. De hecho, había llegado a concebir una posible manera de salvar los hombres y la expedición, pero necesitaba contar con un mínimo de ayuda: y el único que podía proporcionársela era Fedya.

Debía hablar con Fedya tan pronto como pudiera. Archivó el asunto en su mente hasta que llegara ese momento y se concentró en su tarea inmediata. Una rápida comprobación le convenció de que la cubierta D se hallaba en condiciones. Más allá de este nivel quedaba solamente el laboratorio biológico marciano, esterilizado y cerrado por el momento. La zona de la nave comprendida entre el biolaboratorio de Marte y el nivel A era conocida como «la manga de camisa». Aunque los entrenamientos y maquetas le habían familiarizado con ella. Tad no pudo evitar una opresiva sensación de aislamiento. Esas cuatro cubiertas y media constituían la zona vital de la Fénix Uno. Fuera de ella, y de su duplicado en la Fénix Dos, no había en toda la distancia que les separaba de la Tierra ningún lugar donde pudieran sobrevivir sin su traje del espacio.

Por debajo del laboratorio biológico y la zona no presurizada que lo rodeaba, sólo

quedaba una sección de cincuenta metros de longitud que albergaba un único propulsor nuclear, su motor principal, que no se pondría en funcionamiento hasta que hubieran alcanzado las cercanías de Marte y tuvieran que entrar en órbita alrededor del planeta rojo. Sobre el propulsor nuclear quedaban otros treinta y cinco metros de nave, compuestos de la zona vital más el compartimiento sin atmósfera junto al nivel A que contenía las cápsulas no tripuladas y el MAM, el Módulo de Aproximación a Marte. Anoshi, Bap y él debían pasar la mayor parte de los siguientes tres años viviendo y trabajando en menos de dieciocho metros de esos treinta y cinco.

No era una nave bonita, y escaseaba el espacio, pero les pertenecía. Le pertenecía a él, y él la haría regresar. Satisfecho, Tad dio la vuelta y comenzó a regresar por el tubo de acceso hacia la cubierta A, donde Bap y Anoshi ya estaban esperándole. El cronómetro de la cubierta A indicaba exactamente las 16.00 horas.

—La revisión de la Fénix Uno indica que todo funciona como es debido —informó Tad a Cabo Cañaveral. Le seguía pareciendo un poco insólito, a estas alturas de la expedición, que tuviera que mandar los informes a Cabo Cañaveral, en lugar de al control de misión de la NASA, en Houston. La experiencia espacial de Tad se remontaba a una época anterior a la última y más importante restricción económica, que había convertido las instalaciones de Flouston en algo puramente simbólico. En teoría, la sede de la NASA continuaba estando allí pero, en la práctica, sólo algunos administrativos y una sección de planificación seguían ocupando los escasos edificios que la NASA aún conservaba en la otrora importante instalación. El control de expedición del viaje a Marte estaría en el Centro Espacial Kennedy durante toda la duración del vuelo.

—Entendido. Registramos. Comprobación visual de la Fénix Uno, todo en orden.

—Entonces —prosiguió Tad—, a menos que se les ocurra una buena razón en contra, comenzaremos a salir de los trajes inmediatamente.

—Aún no. Esperen un momento, por favor. Fénix Uno —contestó control. Los auriculares del casco quedaron en silencio.

—Ahora —explicó Anoshi—, nos ordenarán que pasemos un guante blanco por las paredes para ver si hay polvo, antes de quitarnos el traje.

—No es por el polvo —intervino Bap—. Es por los duendes. No hay nada más peligroso que tener duendes en los sistemas de control. Tendremos que organizar turnos de guardia constantes contra los duendes...

—Muy bien, Fénix Uno —anunció el control de expedición, volviendo súbitamente a la vida—. Pueden comenzar a salir de los trajes.

—Excelente —aprobó Tad—. Registro. Comenzamos a salir de los trajes.

Quitarse un traje espacial no resultaba tan difícil como entrar en él, pero seguía siendo un proceso trabajoso y lento que, en teoría, podía llevar a cabo el ocupante por sí solo. En realidad, un par de manos que ayudaran a tirar y empujar del traje eran bien recibidas. Tad, en su calidad de comandante de la nave, tuvo el privilegio de ser el primero en despojarse de su traje, con la colaboración de sus compañeros. Una vez

libre, le tocó el turno a Anoshi, y luego a Bap.

Los trajes, inútiles por el momento, fueron a parar a un compartimiento especial y los hombres quedaron vestidos con su mono interior, diseñado para encajar en los múltiples puntos de entrada y conexiones del traje.

—Podéis continuar —indicó Tad a los otros—. Yo me encargaré del primer turno.

El reglamento exigía que uno de los tres miembros de la tripulación estuviera vestido con el mono interior y listo para enfundarse el traje espacial en cualquier momento. Los otros dos estaban autorizados para vestir sus PUC. Prendas de Uso Constante. Bap y Anoshi desaparecieron por el tubo de acceso, y Tad se acomodó en su litera de aceleración, ahora plegada en posición de mando, para informar al control de expedición que estaban preparados para iniciar las maniobras de abordaje con la Fénix Dos.

—Entendido. Lo registramos —respondió el control—. ¿Han tenido tiempo de tomar su posición?

—Lo estoy haciendo —respondió Tad, mientras enfocaba con su sextante el sol, la estrella Polar y la Tierra, captados al mismo tiempo por tres monitores situados en el exterior de la nave. Fue ajustando los instrumentos con su mano derecha, hasta que las tres líneas se cortaron en el centro de la lente. Entonces, oprimió los pulsadores de la computadora de a bordo, apartó la vista del sextante y estudió la pantalla de la computadora.

—Estamos en el sector cúbico de referencia JN 43721. Kennedy —informó Tad.

—Registrado. Sector cúbico JN 43721. ¿Cómo va su radar, Fénix Uno?

Tad miró hacia la pantalla de radar, con una línea de luz oscilante y un punto intermitente en su cuadrante superior derecho.

—Muy bien —respondió Tad—. La Fénix Dos parece estar a unos dieciséis kilómetros, tan sólo.

—Gracias. Fénix Uno. Esa cifra concuerda con nuestros datos. Manténgase a la espera de recibir su plano, marcación y distancia.

—Entendido. Quedo a la espera —confirmó Tad.

Mientras esperaba. Bap y Anoshi regresaron a la cubierta de mando.

—¿Quiere repetir? —pidió Tad, porque el ruido de su llegada le había impedido oír claramente algunas de las cifras que el control de expedición estaba empezando a recitar.

Control volvió a comenzar, dando primero a Tad el ángulo que formaba el eje longitudinal de la Fénix Uno con el plano que contenía ambas naves, y luego la marcación y la distancia de la Fénix Uno a la Fénix Dos dentro de ese plano. Tad acercó la mano a los pulsadores que controlaban los chorros de gas frío utilizados para maniobrar con la nave. Una operación de ensamblado entre dos vehículos espaciales era demasiado imprevisible para que pudiera ser confiada a cualquier computadora.

—De acuerdo, control de expedición. Registrado —confirmó—. Fénix Uno a

Fénix Dos. Si mantienen la posición, comenzaré la aproximación inmediatamente.

—Mantenemos la posición. Fénix Uno —respondió la tranquila voz de Fedya—. Adelante.

Los dedos de Tad descendieron sobre los mandos de los chorros de maniobra. Más allá de la portilla transparente que tenía a su derecha, el brillo diminuto de la Fénix Dos casi desaparecía entre el resplandor de incontables estrellas. Bajo la incesante luminosidad solar, los doscientos setenta y cinco mil kilo gramos de la Fénix Uno oscilaron, giraron y se dirigieron hacia los doscientos setenta y cinco mil kilogramos de la Fénix Dos, bajo la necesidad de entrar en contacto con un choque tan ligero que no habría abollado el parachoques de un automóvil de dos mil kilogramos, allí en la Tierra.

LAS LUCES DE TODAS LAS ESTRELLAS visibles ante ellos fueron separándose lentamente del punto al que se dirigía la Fénix Uno. Cuando llegaban a los bordes del campo visual, aumentaban su velocidad aparente, desapareciendo por el borde del hemisferio de la pantalla de visión frontal que había en la consola frente a Tad. y volvían a aparecer en la pantalla de visión posterior, dirigiéndose lentamente de nuevo hacia el punto fijo que estaba situado directamente detrás de la astronave en movimiento.

Durante los primeros minutos, la Fénix Dos no era más que un punto de luz más brillante, que aumentaba de tamaño casi imperceptiblemente. Sólo cuando la Fénix Uno estuvo a una distancia bastante próxima pareció transformarse repentinamente de un reflejo luminoso en una nave espacial. En realidad, no era más que media nave espacial lo que reflejaba la pantalla delantera, porque, debido a su posición respecto a la Fénix Uno, sólo era visible la mitad de su superficie iluminada por el sol. La otra mitad desaparecía en esa oscuridad absoluta que son las sombras en el espacio, de forma que daba la impresión de haber sido partida en dos a lo largo mediante una sierra descomunal.

Anoshi y Bap estaban sentados en sus lugares correspondientes, esperando. Sin duda, Fedya, Dirk y Bern estarían haciendo lo mismo en la Fénix Dos. No había nada que hacer a bordo de la otra nave, y bastaba una persona para encargarse del trabajo desde la Fénix Uno.

Los movimientos que realizaban los dedos de Tad sobre los controles de los chorros eran precisos, sin ninguna vacilación. Al igual que los otros cinco astronautas, había practicado esa misma maniobra, en condiciones simuladas, en infinidad de ocasiones. Naturalmente, los ensayos nunca eran iguales que la realidad. Tad sintió resbalar el sudor por el rostro y la nuca. Era tan consciente de los ochenta y cinco metros de nave que estaba manejando como podría serlo cualquier conductor que estuviera aparcando su automóvil.

Se acercaba a la Fénix Dos lentamente, extremo superior frente a extremo superior. Las acampanadas secciones delanteras, las cápsulas no tripuladas y los respectivos módulos de aproximación, que esperaban su momento en el vacío, se aproximaban cautamente como leviatanes ciegos que quisieran intercambiar un saludo. Por delante del labio circular metálico que protegía las secciones delanteras, habían dos metros de estructura de metal ligero que rodeaban la mitad de la carcasa del laboratorio de gravedad cero y el tubo de criotex que descendía desde la cubierta D de cada nave. Ambas estructuras debían absorber el impacto del choque y quedar encajadas, manteniendo unidos los dos vehículos. Su estructura conjunta debía igualmente soportar la tensión que se originaría cuando las dos naves comenzaran su rotación alrededor de ese punto común, donde quedaría la carcasa completa, para proporcionar cierto grado de gravitación a las tripulaciones.

Las naves iban aproximándose, más despacio cada vez, gracias a los chorros de freno que Tad accionaba con sus dedos. Tanto el control de la expedición como la Fénix Dos permanecían en silencio. Bap y Anoshi también estaban en silencio. Tan solo el débil susurro del sistema de aire acondicionado de la nave competía con el sonido de la voz de Tad.

—... a doce metros del punto de impacto —iba diciendo Tad en voz alta, para información del control de expedición. Su vista ya no se dirigía hacia la imagen de la Fénix Dos que aparecía en la pantalla frontal, sino hacia otra pantalla graduada que había bajo la primera y en la que se veía una representación gráfica de ambas naves aproximándose, un cuadro rojo tras otro.

—... diez metros... nueve... ocho...

La Fénix Dos parecía bajar hacia los espectadores de la pantalla delantera, como si estuviera cayendo sobre su nave gemela.

—... tres metros... dos... un metro... ¡contacto!

Un chasquido, que sonó excesivamente fuerte y prolongado, recorrió las Fénix Uno y Dos. Sin embargo, una luz roja que se había iluminado en la consola frente a Tad indicaba que las dos estructuras habían encajado correctamente y se mantenían firmes.

Tad se recostó en su asiento y emitió un suspiro de alivio.

—¿Todo bien, Fénix Dos? —preguntó.

—Todo bien —respondió la voz de Fedya.

—Fénix Uno a control de expedición —informó Tad—. Maniobra terminada. ¿Podemos enviar un hombre de cada nave al exterior, para comprobar y activar el equipo externo?

—Registramos. Maniobra terminada —confirmó control—. Antes de enviar un hombre al exterior quisiéramos comprobar de nuevo su posición, ahora que están juntos. ¿Querrá esperar un momento, por favor?

—Como gusten —respondió Tad.

El control de expedición permaneció en silencio unos minutos.

—Muy bien, Fénix Uno —dijo por fin—. No hay ninguna alteración significativa de su posición debida a la maniobra de ensamblado. Pueden mandar un tripulante fuera de cada nave y activar el equipo externo cuando ustedes quieran.

—Bien —confirmó Tad, buscando la mirada de Anoshi, a su izquierda. Éste asintió con un gesto—. Anoshi irá por la Fénix Uno.

—Dirk saldrá por la Fénix Dos —informó Fedya.

—Entendido. Registramos. Anoshi por la Fénix Uno y Dirk por la Fénix Dos —asintió el control.

Anoshi se puso en pie.

—Otra vez al traje —bromeó, mientras salía por el tubo de acceso.

Bap pulsó el botón de la banda de comunicaciones que le rodeaba la cabeza por encima de los oídos, desconectando el micrófono que un delgado y curvo brazo

metálico sostenía frente a su boca.

—Bien hecho. Tad —aprobó suavemente—. Anoshi quería ser el primero en salir. ¿Lo sabías?

—No —respondió Tad—. Además, es el primero porque él es el astrónomo. Las cámaras son cosa suya.

Pero Bap tenía razón y Tad, aunque no lo supiera, lo había sospechado.

—Naturalmente. Pero cuando vi que no te quitabas el traje interior pensé que quizá quisieras salir tú el primero.

—El reglamento dice que debe haber siempre un hombre listo para ponerse el traje espacial, tanto si hay alguien fuera como si no —respondió Tad—. Tú ya lo sabes.

—Oh, si —concedió Bap—, pero nos lo hubieras podido ordenar a uno de nosotros.

Se produjo una pausa. Tras unos cuantos minutos, reapareció Anoshi por el tubo de comunicación, vestido con su mono interior. Se dirigió al armario de los trajes y tomó el suyo. Tad y Bap le ayudaron a ponérselo, y aseguraron en su cinturón las herramientas que iba a utilizar y los cartuchos de película para las cámaras.

—Todo listo —dijo Anoshi por el sistema de comunicación de los cascos, que los otros habían vuelto a ponerse como estipulaba el reglamento para aquellos casos en que hubiera un miembro de la tripulación fuera de la manga de camisa. Alzó una mano en guantada, se puso en pie y volvió al tubo de acceso. Esta vez, en lugar de descender por el tubo se dirigió hacia delante, recorriendo una distancia equivalente a la altura del nivel A, hasta llegar a la escotilla interior de una esclusa de aire.

Detrás de la esclusa se hallaba la sección, iluminada aunque sin aire, que albergaba el módulo de aproximación a Marte y las cápsulas planetarias no tripuladas que debían enviar a la superficie del planeta, excepto una de ellas que sería enviada a Venus durante el viaje de regreso. Siguió avanzando por el tubo de crioflex de dos metros de diámetro, que conducía hacia la zona acondicionada entre ambas naves como laboratorio de gravedad cero. Recorrió el tubo en toda su extensión y salió por una compuerta que había en la pared de su extremo, para encontrarse entre el armazón de metal ligero que se había trabado con el armazón de la Fénix Dos y mantenía ambas naves juntas.

No pudo ver a ninguna figura de la Fénix Dos vestida como él, de modo que Anoshi comenzó a andar desde la escotilla, activando y desactivando las suelas magnéticas de sus botas que le mantenían adherido a la superficie exterior de la pared, hasta llegar al mismo borde del casco de la nave, a unos seis metros de distancia. Allí había una especie de reborde de unos treinta centímetros, que Anoshi superó fácilmente, afirmándose sobre el fuselaje del vehículo. Al pasar de una superficie a otra situada en ángulo recto, todas las estrellas del universo parecieron girar solemnemente sobre su cabeza. Era como pasar sobre la arista de un cubo, de una cara plana a la adyacente.

Avanzó por el casco.

Debía comprobar y poner en funcionamiento una docena de cámaras: cinco fijas, tres con movimientos programados automáticamente y cuatro orientables desde el interior. Debía montar y alinear el espejo del láser, y debía instalar los soportes de las baterías solares. Sin embargo, mientras caminaba lentamente a lo largo de la nave, sus pensamientos corrían en otra dirección.

Su mente estaba embargada, finalmente, con la enorme y pasiva satisfacción que le producía el mero hecho de encontrarse donde se encontraba, a solas con la nave y las estrellas.

No había dicho ni una palabra acerca de sus propios sentimientos a ninguno de los restantes martonautas, como tampoco la había dicho a ningún otro ser humano. Quizá Tad y Bap hubieran podido advertir algún signo emocional, debido a la intimidad que se había desarrollado entre ellos, pero aun así, no sería más que ver la corona de una explosión solar, sin sentir el increíble calor y energía que emanaba. Él era el único de los seis que ahora estaban entre la Tierra y Marte en sentirse avergonzado de no ser más de lo que era. Hubiera querido ser un auténtico astronauta, un martenauta, no un mero científico destinado al espacio.

Sólo había dos verdaderos martonautas a bordo: Tad y Fedya. Anoshi y los otros tres no eran sino científicos con preparación astronáutica. Bap, Bern y Dick no parecían conceder gran importancia a esta distinción. Aparentemente, lo único que contaba para ellos era que estaban allí, en calidad de lo que fuese. Anoshi, sin embargo, quería más que eso, y solamente un problema de tiempo había impedido que lo consiguiera.

A diferencia de los otros tres, había pretendido ser un martenauta, un auténtico martenauta del programa espacial japonés, lamentablemente, este programa todavía no estaba lo suficientemente adelantado para formar astronautas experimentados cuando comenzó a gestarse la expedición a Marte. Si esto hubiera sucedido más tarde, él hubiera podido ser un viajero del espacio por derecho propio, en lugar de una especie de especialista auxiliar como era ahora, a pesar de sus recientes meses de preparación. Tan sólo una cosa podía convertirle en martenauta, y era precisamente lo que estaba haciendo. Abandonaba la Tierra como especialista auxiliar, pero al cabo de tres años regresaría, regresarían todos, como verdaderos martonautas, hombres que habrían viajado a través del espacio interestelar vacío, de uno a otro mundo.

Por eso eran tan importantes para él esos momentos a solas en el exterior. Interrumpiendo el curso de sus pensamientos, se arrodilló para verificar y cargar la primera de las cámaras externas. Sus manos enguantadas trabajaban lentamente, pero con seguridad. La sección para película de la cámara se abrió ante él como una negra sombra. La cargó, volvió a cerrarla y se incorporó de nuevo. Para cuando estuviera de vuelta a la Tierra, no habría nada relacionado con la expedición que no hubiera hecho. Pensaba encontrar la forma de realizar él también cualquier cosa que cualquiera de los otros debiera hacer a bordo, con autorización oficial o sin ella. Éste

era su objetivo, y estaba decidido a que se cumpliera.

Mientras avanzaba hacia la segunda cámara vio una figura vestida con traje espacial que había salido de la Fénix Dos. El traje carecía de identificación exterior, pero a lo largo de los meses se habían acostumbrado a reconocerse entre sí por la forma en que se movían dentro del traje. Anoshi identificó la otra silueta como la de Dirk, y levantó un brazo en señal de saludo. Dirk respondió con el mismo gesto. Estaba trabajando en las cámaras exteriores de la Fénix Dos y resultaba evidente que acabarían encontrándose en el almacén central que mantenía juntas las naves, para cumplir la última tarea de asegurar firmemente la unión.

Anoshi terminó con las cámaras y empezó a montar las células solares sobre sus soportes. Formaban un panel cuadrangular que se elevaba casi hasta su altura sobre el casco de la nave. En cambio, cuando montó en su posición el espejo de cobre para el láser, seis metros detrás de las células, y retiró el revestimiento protector que cubría la superficie cuidadosamente pulimentada, éste apenas le llegó hasta el muslo. El espejo en sí no superaba los treinta centímetros de lado. Un milagro de la ciencia, pensó Anoshi con cariño mientras lo instalaba. A pesar de su reducido tamaño, debería servir de blanco para un haz compacto de luz que cubría toda la distancia entre la Tierra y Marte.

Aunque pequeño, el espejo del láser era bastante grueso y tenía varias aletas de refrigeración en su parte posterior. Anoshi lo bloqueó en posición vertical y conectó su base con el sistema de control que permitirla su alineación direccional desde el interior de la nave. Después, una vez terminado el trabajo, se puso en pie y regresó hacia la estructura de metal ligero y la carcasa.

Avanzó pausadamente a lo largo del fuselaje, pues Dirk aún seguía ocupado con el espejo de la Fénix Dos. Eso quería decir que Anoshi debería esperar a Dirk en el almacén durante varios minutos.

Este almacén consistía en dos gruesas secciones cilíndricas en cada nave, situadas en el reborde de la pared exterior, en posiciones diametralmente opuestas. Mantenían los dos vehículos a una distancia ligeramente inferior a tres metros, y estaban concebidas de tal modo que las barras se adherían magnéticamente a la zona correspondiente de la otra nave. El magnetismo y la inercia bastaban para mantenerlas unidas, pero sólo provisionalmente. Antes de que las dos masas de doscientos setenta y cinco mil kilogramos cada una pudieran comenzar a girar sobre su punto de unión, a fin de obtener gravedad en ambas naves, era necesario afianzar firmemente las barras con abrazaderas.

Estas abrazaderas ya estaban preparadas para su montaje. Trabajando en silencio, Dirk y Anoshi las colocaron en su posición definitiva y las atornillaron a mano. Después, cuando hubieron terminado, pasaron al centro del espacio que quedaba entre las dos naves, ahora sólidamente unidas, y comenzaron a cerrar herméticamente las dos mitades de la carcasa que envolvía la zona de gravedad cero, donde se podía acceder desde cada nave a través del tubo de crioflex.

Este proceso consistía simplemente en superponer varias capas especialmente tratadas de crioflex, un tejido gomoso y de extraordinaria resistencia, sobre todas las juntas. Una vez en su lugar, una corriente eléctrica enviada desde los dos vehículos las soldarla de forma más que eficaz para que pudieran soportar la presión de la atmósfera interna. De esta forma, la mitad de la sección dispondría de aire, quedando conectada a los tubos de ambas naves y abriendo así una manga de camisa entre ellas. La mitad que quedaba detrás de la pared impermeable permanecería sin atmósfera, accesible únicamente a personas con traje espacial.

—Ya está —anunció Anoshi por el circuito telefónico común de ambas naves—. Conectad la corriente, igualad las presiones y ya podréis pasar.

—Es verdad, ya está terminado —corroboró Dirk—. Fénix Dos, no presten atención a ningún informe no oficial emitido por miembros del personal de la Fénix Uno. Su propio compañero les anuncia que ha quedado todo listo.

—Registrado —sonó la voz de Tad.

—Registrado —repitió Fedya—. Vuelve adentro. Dirk.

—Yo sí que vuelvo adentro. Fénix Uno —intervino Anoshi—. Lamento haberme demorado tanto, pero había un mirón en traje de astronauta molestando todo el rato.

—Es espantoso lo lleno que está el espacio, hoy en día —contestó Dirk.

Saludándose con un gesto, ambos martenautas se encaminaron a sus naves respectivas a través de las compuertas de los extremos.

Cuando Anoshi llegó otra vez, a la cubierta A, Tad ya había accionado el dispositivo que hacía girar ambos vehículos sobre su centro común, y había alrededor de media gravedad. «Abajo» no era realmente *abajo*, y Anoshi desconectó aliviado el magnetismo de sus botas. La corriente eléctrica había soldado las juntas, y los tubos de conexión ya estaban en condiciones de mantener una presión atmosférica adecuada. Tad, frente a su cuadro de instrumentos, había terminado su informe al control de expedición y estaba invitando a Fedya a bordo de su nave.

—El programa nos permite un periodo de descanso ahora —decía Tad por el circuito telefónico—. Ven a pasar media hora conmigo y podremos tomar café y repasar el programa juntos.

Fedya asintió con una inclinación de cabeza, desde la pantalla de video.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos —anunció.

Exactamente cinco minutos después, se abrió la compuerta que había en el techo del nivel A. al mismo lado del tubo de acceso. Fedya descendió ágilmente por los asideros de la parte exterior del tubo hasta que alcanzó la cubierta. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Bap? —preguntó—. ¿Y Anoshi?

—Han ido a sus cabinas —explicó Tad, levantándose de su asiento—. Pensaban dormir un rato.

—Dirk y Bern también se han retirado —dijo Fedya. Bajo el brazo llevaba una carpeta con las hojas del programa, que tendió hacia el otro—. ¿Quieres compararlas

con las tuyas?

—No —respondió Tad—. Podemos trabajar sólo con las tuyas. Además, hay un tema que quisiera discutir contigo en privado.

Fedya le siguió hasta el tubo de acceso y descendieron hacia la cubierta inferior, acomodándose en una mesa de la sala común junto a los distribuidores. Tad sirvió dos tazas de café.

—¿Un tema aparte del programa? —interrogó Fedya suave mente, después de tomar asiento.

—No exactamente aparte —explicó Tad, fijando su mirada en Fedya—. Ya sabes que intenté reducir la lista de experimentos.

—Si no surgen problemas puede cumplirse, en teoría —asintió Fedya.

—No podremos —Tad bajó el tono de su voz, desviando su mirada hacia la pared que les separaba del compartimento adyacente, que afortunadamente estaba vacío, pues era el suyo propio—. No puede ir todo bien. Es demasiado esperar que no surja ningún problema. Y si hay alguno, el trabajo acabará con nuestro tiempo libre. Además, se irá acumulando. Control ya sabe que el programa está demasiado ajustado.

—Lo único que nosotros podemos hacer es intentarlo —afirmó Fedya.

—Y provocar un caos cuando todo empieza a ir mal —contestó Tad—. Lo peor va a ser estas cuatro primeras semanas de investigación a toda prisa. Cada punto y coma del programa se ha metido ahí a fuerza de presión política, ya lo sabes.

—Te lo repito —insistió Fedya—. Lo único que podemos hacer es intentarlo.

—No —denegó Tad—. Podemos hacer más que eso, podemos hacer que se cumpla el programa.

—Pero acabas de decir que era imposible.

Fedya le observaba fijamente.

—Y lo es. Pero tengo una pequeña idea —explicó Tad—. Aunque voy a necesitar un hombre de suerte que me ayude. O tal vez fuera mejor decir un hombre de mala suerte.

Bajó la vista hacia los blancos y alargados dedos de Fedya, que se cerraban sobre su taza de café.

—Alguien de la Fénix Dos debe sufrir un accidente sin importancia —prosiguió Tad—, en la mano, por ejemplo. Lo suficiente para que no pueda vestir su traje espacial.

La mirada de Fedya se cruzó con la suya.

—No me redero al tipo de accidente eme podría impedirle cumplir sus funciones a bordo de la nave —aclaró—. Nada más lo justo para que no pueda salir al exterior. Un hombre de nuestra nave puede encargarse del trabajo que deje sin hacer, además del suyo, ahora que estamos acoplados.

—¿Y de donde va a sacar ese hombre el tiempo necesario? —La mirada de Fedya no se apartaba de él—. Ese hombre... ¿piensas ser tú?

Tad asintió silenciosamente.

—No me preguntes cómo —respondió con decisión—. De hecho, vale más que no me preguntes nada. Olvida esta pequeña charla. Pero recuerda lo que te digo: es posible cumplir el programa. Sólo necesito esa pequeña ayuda.

Permanecieron sentados sin hablar, mirándose el uno al otro. Tad no dudaba que Fedya le había comprendido: pero si iba a ayudarlo o no, eso era otra cuestión. Todo dependía de él. Ahora, todo dependía de él.

JENS COMENZÓ A DESPERTAR gradualmente de su sueño. Había estado soñando con el lanzamiento y con el resto de los acontecimientos del día anterior. Ahora, imperceptiblemente, el sueño se confundía con sus recuerdos reales, que aún poseían la vividez de lo soñado, de modo que Jens permanecía tendido en la cama, sin tener apenas conciencia de ello, mientras repasaba los hechos como si estuviera viviéndolos por segunda vez.

Anteriormente, ya había asistido a cierto número de despegues, tanto de la lanzadera como del vehículo que había estado esperando en órbita a los hombres de la expedición a Marte. También recordaba cómo, siendo un muchacho, su padre le había llevado a ver algún lanzamiento de los antiguos Apolo desde el Centro Espacial Kennedy. El espectáculo de aquellas inmensas torres pintadas de blanco que se elevaban hacia el firmamento le había parecido maravilloso, entonces.

Sin embargo, no llegó a vivir realmente un lanzamiento hasta que fue un adulto y tuvo ocasión de asistir a ellos desde la tribuna de prensa.

La tribuna de prensa era algo distinto. En primer lugar, estaba mucho más próxima a la pista de despegue que las tribunas de personalidades o de empleados. Sin embargo, más importante aún que esta proximidad era el hecho de que la tribuna de prensa estaba ocupada exclusivamente por periodistas en pleno cumplimiento de su trabajo. Esto proporcionaba un nuevo enfoque y perspectiva a lo que iba a suceder y que invariablemente, como el día anterior, acababa sucediendo.

Las primeras filas de asientos en la tribuna de prensa estaban siempre llenas de secciones reservadas a las que se había hecho llegar líneas telefónicas y todo tipo de equipos. Bajo la sombra de la marquesina (la tribuna de prensa era la única que estaba cubierta, para proteger los papeles y todo el material de los corresponsales en caso de lluvia), las filas delanteras estaban ocupadas por gente atareada desde varias horas antes del lanzamiento, locutores que se dirigían a lejanos radioescuchas o periodistas que dictaban artículos a la redacción de su periódico.

Ayer, en la parte alta de la tribuna, había habido menos material del acostumbrado, pero más gente. Bajo el implacable sol de Florida, los periodistas habían ido llegando al lugar en antiguos autobuses, desde muy temprano por la mañana. Debían esperar varias horas hasta que se produjera el lanzamiento, por lo que se hallaban en movimiento continuo, yendo y viniendo de los asientos a las furgonetas donde vendían refrescos y bocadillos, paseando, charlando entre sí.

Sin embargo, y conforme el momento del despegue iba aproximándose, el aire festivo de la tribuna se transformaba en un ambiente de trabajo y determinación. Incluso en las últimas filas había gente aporreando sus máquinas de escribir portátiles, tomando notas y diseños o contemplando a través de *Questars* y *Celestrons*, además de otros binoculares más corrientes, la zona de lanzamiento a casi

cinco kilómetros de distancia, donde la lanzadera se erguía como un enorme aeroplano doble. Estaban llenando sus depósitos con hidrógeno y oxígeno líquidos, que al combinarse formarían el combustible para el vuelo, y el exceso de presión se dejaba evaporar, formando dos penachos de sutil humo blanco bajo la luz del sol.

Cuando la cuenta atrás llegó a los últimos minutos comenzó a producirse un éxodo gradual, desde las filas de asientos hacia el pedazo de terreno herboso que limitaba con el canal que conducía al edificio de montaje. Ya hacía algún tiempo que los fotógrafos habían instalado sus trípodes al borde mismo de este canal, tan cerca del vehículo como podían.

A estos fotógrafos se añadía ahora una multitud de personas movida por el impulso común de acercarse a la lanzadera tanto como pudieran en el momento del despegue. Cuando los altavoces fueron contando los últimos segundos, la muchedumbre que bordeaba el canal tenía un espesor de cuatro o cinco personas.

Dejando a Lin tras él, Jens bajó solitario hasta el canal, casi aliviado de estar a solas en ese momento de semicomunión. Era su momento, al fin: el momento que compensaba todo lo demás. Era lo que había estado esperando durante meses y meses, la paga de su empleo como hombre de paja político (a sabiendas de que lo era), su recompensa por todo lo que había llegado a creer respecto al espacio y al esfuerzo humano por conquistarlo. Ahora, el despegue de la lanzadera hacía que todo eso, y mucho más, pareciera valer la pena.

Por un momento le asaltó el recuerdo culpable de su egoísmo por no concertar las citas de Lin, como una sombra vaga, gris e indefinida flotando en un lugar remoto de su mente. Después del lanzamiento, pensó, probablemente tendría tiempo para llegar al control de la expedición antes de que Penny y Wendy marcharan de allí. Entonces podría hablar con ellas y fijar las citas...

La cuenta atrás estaba llegando a su fin. Sus pensamientos dejaron de ocuparse de las tareas incumplidas y se concentraron en el presente, con su momento de justificación personal. Faltaban escasos segundos. Jens se hallaba tan sólo a un metro del canal, rodeado de gente por todas partes. Miró a su alrededor.

La muchedumbre se agolpaba hacia el centro. Se movió hacia un extremo, donde sólo dos personas se interponían entre él y la nave. Se trataba de un hombre de elevada estatura y una joven más baja, de cabello oscuro, que conversaban tranquilamente en español, con acento argentino. Como le ocurría siempre en los lanzamientos, le resultaba casi imposible creer que el enorme vehículo doble que estaba contemplando, enhiesto sobre el suelo de hormigón, fuera realmente capaz de vencer la fuerza de la gravedad cuando llegara el momento. A pesar de las muchas veces que lo había visto, seguía pareciéndole impensable. La construcción era demasiado pesada, tenía demasiada masa. Era imposible.

Intelectualmente, no dudaba que fuera a suceder. Sabía que, dentro de breves instantes, la nave se alzaría de pronto, cumpliendo lo imposible. Y en ese mismo momento, todo sufriría una brusca inversión. Toda la gloria y maravilla del asunto, su

innegable grandeza, le abandonarían también a él. Cualquier cosa sería posible, entonces. Pero ese momento aún no había llegado. Todavía era increíble, y Jens sabía que seguirla siendo así hasta que realmente viera cómo sucedía.

A su alrededor, en el gentío, pudo sentir la presión emocional de muchas otras reacciones semejantes a la suya. Los que estaban a su lado permanecían relativamente calmados, dirigiéndose frases breves en tono comedido, como si la lanzadera fuera un gran pájaro solitario al que no quisieran asustar con sus voces antes de que hubiera hecho lo que habían venido a ver. El aire que envolvía a Jens estaba cargado de tensión: había una sensación general de espera, que iba convirtiéndose en ansiedad.

Jens, que ahora revivía esos instantes, se recordó a sí mismo asombrándose — como le sucedía siempre que asistía a un lanzamiento— de que la repetición no fuera capaz de amortiguar aquella experiencia y convertirla en algo familiar. Por el contrario, más bien parecía que la constante participación en lanzamientos le hubiera sensibilizado especialmente a las emociones involucradas en ellos, del modo en que alguien podría volverse sensible a cierto tipo de alergia. El esfuerzo de la imaginación era mayor que en los primeros despegues, cuando no sabía tan precisamente qué esperar.

Ahora, puesto en pie, podía oír el sonido de los altavoces que complementaban la imagen visual del reloj digital con el anuncio verbal de los segundos que faltaban.

—diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres...

Dos... uno...

Silencio.

Entonces, ante la muchedumbre expectante, surgió una llama anaranjada de la base de la lanzadera, extendiéndose hasta una distancia igual a la mitad de la altura de la nave y rebotando luego hacia arriba. Durante estos primeros segundos, el vehículo permaneció inmóvil, sin otro cambio que el silencioso chorro de fuego.

De repente, sin previo aviso, la nave comenzó a moverse. El primer instante de movimiento había sido indiscernible, pero ahora se podía apreciar su elevación. Comenzó a alzarse lentamente, muy lentamente al principio, pero conforme iba ganando altura, más y más rápido se movía. Las llamas se extendían por debajo de la lanzadera y a su alrededor y, por primera vez, el sonido comenzó a llegar a los espectadores, una especie de tronar como el de una traca lejana.

La nave seguía aumentando su velocidad, mientras las llamas anaranjadas iban palideciendo bajo la luz del sol hasta volverse transparentes. Se sostenía en el aire a una distancia del suelo aún inferior a su propia altura, acelerando hacia el firmamento. El ruido también aumentaba y llegaba a los espectadores no ya como una serie de explosiones, sino como un rugido constante que estremecía el aire y formaba ondas en la superficie del canal.

La tierra y el aire vibraban al unísono con el sonido y el movimiento de la astronave, ya muy alta en el cielo despejado. Había conseguido despegar, después de todo, y estaba ya en camino. La reacción de la muchedumbre fue unánime. Toda la

tensión de la espera, todos los susurros habían terminado. Todos los que rodeaban a Jens estaban gritando a voz en cuello.

—¿Habéis visto? ¿Habéis visto?

—¡Mira, mira cómo sube!

—Se va, se va, se está yendo...

Justo enfrente de Jens, la joven argentina de cabello oscuro señalaba el firmamento con su índice extendido.

—¡Mirá! —gritaba—. ¡Mirá!

También Jens contempló el cielo como los demás hasta que la nave se redujo a un mero punto y fue imposible distinguirla. Durante unos segundos no se vio nada. Luego se produjo un brillo anaranjado muy, muy débil, en dirección a Tierra. Eran los dos grandes cohetes de propelente sólido que acababan de desprenderse, agotado su combustible, para ser posteriormente recuperados del océano. La nave orbital era impulsada ahora por el propelente líquido almacenado en otro depósito aún mayor, unido al casco del vehículo. No había nada que pudiera detenerlo hasta alcanzar la doble astronave de la expedición, que aguardaba en órbita.

Jens se alejó del agua y de la vacía pista de lanzamiento. Comenzó a regresar lentamente a la tribuna, con el resto de la multitud, de vuelta a donde estaba Lin. La excitación provocada por el acontecimiento se desvanecía gradualmente. Se preguntó qué habría sentido Lin. Debería preguntárselo en algún momento. Era una de las cosas que más le interesaba conocer acerca de ella.

El recuerdo de las citas que no había concertado cayó sobre él como un mazazo. Se dirigió a un teléfono en la tribuna y, como había supuesto, consiguió localizar a Wendy Hansard y Penny Welles en el edificio de control. Era obvio que ambas estaban preocupadas, pero se mostraron dispuestas a convenir sus citas con Lin.

Cuando llegó hasta ella, Lin parecía más tranquila, y le miró pensativamente. Jens le habló de las entrevistas.

—Te agradezco que lo hayas hecho, por fin. Debí haber sabido que lo harías, pero... supongo que fue el lanzamiento, ¿no crees?

No dijo nada más sobre el particular y Jens, con las prisas del regreso a la ciudad, tampoco insistió. La tarde —y parte de la noche, como luego se vio— la pasaron celebrando el lanzamiento en casa de un escritor de ciencia-ficción que vivía cerca de Merritt Island. Casi todos los invitados a la fiesta habían sido escritores profesionales que habían asistido al lanzamiento provistos de pases de prensa para escribir sus propios artículos. Fotógrafos y escritores se habían reunido en casa de Mike Spelman, el autor local, viendo por televisión el viaje de la lanzadera hasta la órbita y el paso de los martenautas a las verdaderas naves de expedición, bebiendo, comiendo y hablando hasta que la cabeza de Jens comenzó a girar por efecto del licor y las palabras, y olvidó preguntar a Lin qué había sentido en el momento del despegue...

Jens no pudo seguir negándose a admitir el hecho incontrovertible de que ya estaba despierto. Sus ojos permanecían cerrados, pero el sueño se había convertido en

un recuerdo consciente y sabía perfectamente que se hallaba en su habitación. Abrió los ojos y miró en torno suyo. Al otro lado del lecho, las sábanas estaban abiertas: Lin se había ido ya. La brillante luz exterior se filtraba por las cortinas que habían corrido para mantener el cuarto en la penumbra.

Jens continuó acostado, esperando que su cuerpo decidiera que había llegado la hora de levantarse. No había nada que lo apremiara y, tras el apresuramiento y tensión de la última semana, una deliciosa pereza le mantenía en la cama. Más tarde o más temprano, sentiría ganas de ponerse en movimiento. Entonces se levantaría.

Mientras seguía echado, con estos pensamientos en su mente, ovó el sonido de la puerta de la suite al cerrarse, y unos pasos que se aproximaban al dormitorio. Una vez en la alcoba, disminuyó el ritmo de las pisadas y se hicieron más silenciosas. De pronto. Jens se avergonzó de fingir que seguía dormido y abrió los ojos.

—Estoy despierto —anunció.

Lin estaba en pie junto al espejo colocado en la pared opuesta de la habitación. Se acercó a la cama, sentándose junto a él.

—¿Dónde habías ido?

—Tenía algo que hacer —explicó—. Pensé que te iría bien un poco más de sueño.

Jens miró sus profundos ojos verdes, que a esta escasa distancia parecían enormes y brillantes. Sintió una punzada de deseo hacia ella, pero sabía que era inútil. Para él, el mejor momento y el más tranquilo era siempre la mañana. A esa hora, el mundo parecía retirarse a cierta distancia. Para Lin, sin embargo, era la última hora de la noche, el final del día. Ahora, sin necesidad de preguntárselo, sabía que, tanto si accedía a su deseo como si no lo hacía, en el mejor de los casos solamente podría ser una experiencia dividida, algo que no compartirían plenamente. Ella se había envuelto en su coraza diurna. La ropa funcional que vestía, el débil aroma de colonia, el toque de carmín en sus labios: todo esto la mantenía apartada de él.

—¿Aún quieres ver el dragón? —preguntó Jens.

Ella le sonrió por encima de su cabeza.

—Si no ha de comerme.

—Este dragón no te comerá —aseguró—. Pues bien, todo está arreglado, Steve me prestará su yate. Se lo pedí ayer noche, en la fiesta.

—¿De qué Steve hablas?

—Steve Fourmelle —aclaró Jens—. No es un escritor. Me refiero a que no es un escritor independiente. Trabaja para uno de los periódicos locales. Seguramente, tú estabas pensando en Steve Anjin. Anjin tiene unos sesenta años y se dedicaba a escribir cuentos fantásticos para las revistas *pulp* antes de la segunda guerra mundial. Steve Fourmelle debe tener mi edad. Es pelirrojo, no muy alto.

Ella asintió.

—Ya lo recuerdo —dijo—. ¿A qué clase de embarcación le suelen llamar yate, por aquí?

—Una pequeña motora, creo —respondió Jens—. En realidad, no he visto nunca

el de Steve. Espera que me vista y tome algo para desayunar y podremos ir a verlo.

Bajaron a la cafetería del motel, aún llena de público, pero incomparablemente menos que en los días anteriores al lanzamiento, cuando había uno o dos clientes esperando por cada uno que era servido. En realidad, a pesar de la gente que todavía permanecía allí, daba la sensación de que la ciudad de Merritt Island iba a quedarse desierta. Luego, Jens condujo el automóvil que Lin había alquilado hacia la Eau Gallie Causeway, una larga carretera que discurría sobre un puente cruzando el Indian River, ancho y de aguas mansas, que fluía por la parte oriental de Merritt Island.

El club náutico era mayor de lo que habían supuesto, y debieron buscar al director para que localizara la embarcación que buscaban. Cuando hablaron con él, sin embargo, descubrieron que Steve Fourmelle le había prevenido de su llegada y estaba esperándoles. El yate resultó ser una motora semi-cubierta pintada de verde y blanco, de unos seis metros de eslora, con un motor interior de sesenta caballos y quizá medio metro de calado.

—¿Seguro que sabes manejarlo? —preguntó Lin mientras Jens, por debajo de ella, la ayudaba a pasar del muelle al interior de la cabina. Cruzó con precaución la cubierta de madera y se acomodó en el asiento semicircular acolchado que ocupaba un extremo de la cabina.

—No te preocupes —respondió Jens—. Comencé a navegar en botes de éstos cuando era un niño. Acuérdate que crecí en Minnesota, la región de los lagos.

Se inclinó para comprobar los controles. El director del club seguía en el muelle, observándoles, y se aproximó para hablar a Jens a través de una ventana abierta.

—El canal de salida está marcado —explicó—, ya verá las boyas. No se aleje mucho de ellas. El canal ha sido dragado a una profundidad de unos tres metros pero fuera de las boyas, y casi hasta el extremo de la isla, hay muy poco fondo.

—Gracias —respondió Jens, sobre su hombro.

Puso el motor en marcha, desatracó la embarcación moviéndose hacia atrás, dio media vuelta y enfiló hacia el centro de la amplia extensión de agua azul verdosa, donde las boyas indicaban que había paso franco. Al poco rato estaban ya fuera del club náutico y navegaban suavemente por el Indian River en dirección al sur, a considerable distancia de ambas orillas.

—Bajaremos por la costa este de Merritt Island, rumbo al sur —anunció Jens.

Lin se acercó hasta él, apoyándose en el asiento que había a su derecha, y miró a través del parabrisas mientras Jens permanecía en pie junto al timón.

—¿Está muy lejos? —preguntó.

—Será un recorrido de tan sólo veinte minutos —respondió él—. Y otros veinte minutos de vuelta.

—¿Y huele tan mal todo el camino? —volvió a preguntar, arrugando la nariz.

—No —explicó Jens—. Dejaremos atrás el mal olor. En realidad, este Indian River, y también el Banana River, son más bien una especie de lagunas formadas por la marea que otra cosa. Hay gran cantidad de plantas descomponiéndose en los

remansos junto a las orillas, pero más al sur, hacia el extremo de la isla, el fondo se vuelve más rocoso y profundo.

—Sí, parece que ya va mejorando. ¿Hablas vivido aquí, de pequeño?

—No —Jens negó con la cabeza—. Cuando no estábamos en el extranjero, solíamos vivir en lugares más al norte, especialmente después que papá llegó a senador. Pero vinimos alguna vez al Centro Kennedy, en excursiones de uno o dos días. Me llevó a ver algún lanzamiento de los antiguos Apolo. Pero ya te había contado todo esto, ¿no?

Aunque Jens debía mantener la vista fija en el río, ante la embarcación, se dio cuenta de que ella lo miraba con atención.

—Sí, ya me lo habías contado —asintió—. Entonces fue cuando te enamoraste de todo esto, ¿verdad?

—¿Te refieres al centro espacial y a toda la idea del espacio? —preguntó Jens—. No, ya me atraía desde mucho antes. En realidad, no sé desde cuándo; no puedo recordar una época en que no me atrajera.

—¿Tu padre sentía lo mismo? —interrogó Lin.

Jens sacudió la cabeza. Bajo sus dedos, la rueda del timón vibraba con el impulso del motor que los conducía hacia el sur.

—No —contestó—. Él estaba a favor de competir con Rusia. Esa fue la idea que animó los primeros experimentos, en los años cincuenta, y que terminó poniendo un hombre en la Luna. Pero cualquier otra implicación le parecía un derroche de dinero. Por lo que a él concernía, la Luna era solamente una roca más, y decía que ya teníamos suficientes rocas aquí en la Tierra.

—Tal vez estuviera en lo cierto —indicó Lin.

Jens sacudió de nuevo la cabeza.

—No —respondió—. Él era un político. Hubiera debido darse cuenta que donde hay una competición por algo, hay también una necesidad común. En este caso se trata de una necesidad que existe desde el comienzo mismo de la civilización: la necesidad de encontrar una forma mejor de sobrevivir. Hay fuerzas de todo tipo que tienden a ampliar nuestras fronteras en el espacio, no solamente políticas.

—Sí, ya conozco tu opinión —concedió Lin. Jens podía sentir sus ojos fijos en él, mientras su propia mirada seguía clavada en el agua ante ellos—. De acuerdo, yo también me doy cuenta de que la tecnología y la civilización nos empujan hacia la Luna, incluso hacia Marte. Pero no estoy tan segura de que debemos permitir que la tecnología y la civilización nos obliguen a ello, ni siquiera aunque todo el mundo esté encantado con la idea y no deje de hablar de todas las ventajas que obtendremos saliendo de la atmósfera terrestre, en nuevas técnicas de ingeniería, nuevo conocimiento puro y todo lo demás. Ya veo que podemos aprender más sobre el planeta en que vivimos si nos apartamos un poco de él, y me gusta la idea de mejorar nuestro control de las cosechas, nuestro control del clima, nuestro aprovechamiento del mar y la tierra gracias a lo que hayamos aprendido en el espacio. Tan sólo me

pregunto si el precio que pagamos no será demasiado elevado.

Jens se volvió hacia ella.

—¿Otra vez con eso? —preguntó.

—Sigo sin estar convencida, eso es todo —explicó ella—. Me gustarla estarlo.

—Yo no puedo convencerte —dijo Jens, agitando la cabeza—. Ya lo he probado. Yo estoy convencido porque creo en un número de factores que no pueden ser medidos con exactitud, y todos juntos me convencen. Tú no crees en estos factores, y como ninguno de los dos podemos valorarlos con exactitud, así estamos.

—Me sentiría mejor —replicó Lin— si pudiera creer que no es un recuerdo de las estrellas que tenías en los ojos cuando eras joven lo que le hace estar tan seguro de estos factores indefinidos de que me hablas.

—Tampoco podría demostrarte que no es así —añadió Jens—. ¿Tú no has tenido nunca estrellas en los ojos? ¿Por qué estás tan segura de que ya no te queda ninguna, en ningún aspecto? ¿Cómo puede nadie estar seguro de eso?

—No estoy segura, desde luego que no lo estoy —asintió Lin—. Pero aunque tenga residuos de estrellas en mis ojos, sigo queriendo ser práctica.

Jens volvió a mirar el río frente a la embarcación.

—No sabría cómo convencerte —añadió, como hablando para sí mismo.

—Trata de ver el asunto desde el punto de vista de la oposición, por una vez. ¿Por qué no? Deja tus ideas a un lado y fíjate en la carrera espacial desde una perspectiva diferente.

—¡Eso es lo que hago cada día, maldita sea! —gritó Jens—. ¿Acaso crees que toda la gente con la que trato diariamente tiene verdadera fe en el programa espacial? ¿Crees que los demás de legados piensan del mismo modo que yo? Si creen en el programa, es por motivos muy distintos a los míos. La mayoría de ellos tan solo buscan un provecho inmediato, algún beneficio personal o nacional inmediato, igual que hacia mi padre. Paso el noventa por ciento de mi tiempo intentando comprender sus puntos de vista, para poder hablarles con argumentos que les resulten comprensibles. Todo este problema del programa de experimentos, por ejemplo...

Bruscamente, dejó de hablar. Esperó que Lin hiciera algún comentario, pero no fue así. Apartó la vista del río para fijarla en ella.

—Créeme —añadió, más calmado—. De los que participan en este asunto, hay muchos menos que tengan estrellas en los ojos de lo que la gente piensa: al menos, entre los que tienen alguna autoridad. Y respecto a los que no tienen estrellas, son tan prácticos y tan tozudos como a ti te gusta. Estoy refiriéndome a la gran mayoría de empleados de la NASA, a los ingenieros, a las mismas empresas de ingeniería, a los martenautas y a todos los demás. Quizá tengan uno o dos sueños, pero su actividad cotidiana es tan directa y realista como el cavar una zanja. Y esta actitud les compensa exactamente del mismo modo en que lo hace el cavar una zanja: tienes la zanja hecha y dispones del conocimiento y experiencia necesarios para que la próxima sea mejor, para que todas las que vayas cavando en el futuro sean cada vez

mejores, de forma que al final estemos todos mejor. Creo que tendrías que saber esto.

Tin permaneció sentada en silencio durante unos segundos. No parecía haber quedado impresionada: era más bien como si estuviera ordenando en su mente lo que iba a decir a continuación.

—Tengo una opinión sobre esta expedición, y sobre todo el esfuerzo de la carrera espacial —dijo por fin—. Y tengo otra opinión sobre ti mismo. En estos momentos, es en ti en quien estoy pensando, y en la forma en que todo esto te afecta.

—No me afecta de ninguna forma.

—¡Vamos! ¡Abre los ojos, Jens! —respondió Lin—. Ya te ha afectado mucho, y te afectará más todavía. Tú sabes que es cierto.

Inspiró profundamente, desviando la mirada de nuevo hacia el agua.

—Muy bien. Me afecta mucho. —El resplandor de las aguas se reflejó de pronto en sus ojos, haciendo que parpadeara—. Tiene que haber un punto en que ambos estemos de acuerdo, un punto entre el no ser práctico y el querer ver cumplido un esfuerzo en pos de algo mejor para todos.

Dejó de hablar. Durante un largo intervalo, dirigió el bote en silencio, y Lin tampoco dijo nada. Por fin. Jens abrió la boca de nuevo.

—Ya le hemos dado muchas vueltas a esta cuestión —comenzó—, y nunca llegamos a ninguna parte. Lo cierto es que tú siempre encuentras mejores argumentos, pero eso no quiere decir que tengas la razón y yo esté equivocado.

Lin aspiró una bocanada de aire, produciendo un sonido breve y cortante. Jens esperó, pero no dijo nada. Quería mirar hacia ella pero, sin saber por qué, no consiguió hacerlo.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó finalmente, todavía contemplando el río.

—No —respondió ella pausadamente—. Al menos, no sobre este tema. Cuéntame algo sobre el dragón. ¿Qué es, el fósil de algún dinosaurio que alguien se encontró por ahí?

—No. no es eso. —Jens se dio cuenta, con algo de sorpresa, que se sentía bastante animado y estaba sonriendo.

—No pretenderás hacerme creer que se trata de un dragón auténtico, ¿verdad? —preguntó Lin—. No pensarás que voy a creer eso.

—Bien —contestó—, a mí me gusta considerarlo como un dragón verdadero.

Lin se puso en pie, avanzó hacia él y le rodeó la cintura desde la espalda, apoyando su barbilla en el hombro derecho de Jens.

—¡Lo imaginaba! —murmuró a su oído—. ¡Tú y un dragón de verdad! ¡La combinación perfecta!

Jens sintió la agradable presión de su cuerpo contra el suyo, y la calidez de sus brazos en torno a sí. También se dio cuenta de que la rodilla derecha de Lin presionaba ligeramente la parte posterior de su propia rodilla derecha y que bastaría un simple tirón hacia atrás, utilizando esa rodilla como punto de apoyo, para que él

cayera sobre la cubierta.

—Nada de bromas —advirtió.

Lin rió junto a su oído.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Hay arrecifes en el canal?

—Por supuesto que no hay arrecifes. Pero hay un código de navegación, y no somos los únicos que andamos por aquí. No podemos ir dando bandazos por todo el ancho del canal, sin nadie que se cuide del timón.

—No tienes espíritu aventurero —decidió ella. Su rodilla, sin embargo, disminuyó la presión—. Y dices que me llevas a ver un dragón. Además, no sé de dónde sacas estas sospechas, de todas formas.

—Es la experiencia —explicó—. Acuérdate que te conozco bien. Además, mira allí a tu izquierda. El canal discurre más cerca de la orilla conforme nos vamos acercando al extremo de la isla. Si te fijas bien, verás que hay algunas rocas, aunque tardaríamos varios minutos en llegar hasta ellas.

Lin se dirigió a la ventana medio abierta de la cabina.

—Y no se nota ningún olor. Esto ya me gusta más. ¿Cuándo hemos comenzado a acercarnos tanto a la orilla?

—Nos hemos ido acercando poco a poco, desde que empezamos a bajar por el río.

Jens volvió la cabeza y advirtió que Lin estaba fascinada por la costa. El paisaje era allí totalmente distinto. A su lado, los árboles permitían ver a intervalos un fragmento de la carretera junto a la corriente, pero sólo algún fragmento. La mayor parte de la costa consistía en una pendiente rocosa de escasa altura, que servía de límite a bien cuidados jardines o a zonas cubiertas de matorrales, con algún que otro sendero. En todos los casos, sin embargo, había un camino, una rampa o unos escalones que conducían a algún pequeño embarcadero o caseta para botes.

—Parece el tipo de lugar en que me gustaría vivir algún tiempo —comentó Lin—. ¿Cuánto falta para el dragón?

—Ya casi estamos —respondió él—. Fíjate ahí delante.

Durante un segundo Lin no respondió, escrutando ante sí. Por fin, volvió a preguntar.

—¿Es aquello? ¿Aquello que se ve en la punta donde termina la tierra?

—¿Qué ves? —preguntó él a su vez.

—Parece una especie de bulto, justo donde acaba la isla.

—¿Tiene aspecto de dragón?

—No —contestó Lin.

—Ahora, date la vuelta y no mires hasta que estemos a su altura —le indicó—. Ya te avisaré cuando puedas mirar.

Lin dio media vuelta. El bote siguió avanzando.

—¡Ahora!

Se giró rápidamente y miró por la ventana.

—¡Jens! —gritó, con un tono completamente diferente—. ¡Es un dragón! ¡Es un dragón de verdad!

Jens detuvo el motor, fue hacia popa y dejó caer el ancla de la embarcación. El bote siguió avanzando un poco más, mientras se desenrollaba el cabo de cuerda sobre la cubierta: luego, la cuerda se tensó y el bote dejó de moverse. Regresó junto a Lin, que había salido de la cabina y miraba el dragón por encima de la borda. Estaban a menos de quince metros de distancia, y lo veían lateralmente, recortado sobre el distante firmamento.

Lin estaba inclinada hacia fuera, con los ojos brillantes y los labios abiertos. Él permanecía un poco por detrás de ella, sintiendo un placer que le resultaba casi doloroso. Cuando Lin quedaba totalmente absorta en algo, o cuando era especialmente feliz, parecía irradiar luz. Se encendía como una bombilla de quinientos vatios.

Jens siguió mirándola. Se había dejado llevar por la visión del dragón con una súbita intensidad que era parte integrante de ella misma, como un faro poderoso que se enfocara sobre algo que hubiera estado buscando mucho tiempo, a través de vastas oscuridades. En realidad, el dragón bien merecía este tipo de atención. Alguien lo había construido sobre la misma punta rocosa que formaba el extremo sur de Merritt Island. Agazapado sobre una punta de roca, dos o tres metros por encima del agua, parecía un pétreo bauprés. Media unos ocho metros, y terminaba en una cabeza enorme y amenazante, con dientes poderosos que asomaban por sus mandíbulas abiertas. Era un trabajo extraordinario.

—Es un dragón chino —decidió Lin—. Mira, Jens, mira esta cabeza. ¿No es un dragón chino?

—Tienes razón —confirmó Jens—. Visto desde el frente, tiene aspecto de chino. ¿Me creerías si te dijera que puede arrojar llamas?

—¡Llamas!

Lin no lo dijo en tono interrogativo, sino como una exclamación de alegría. Jens se adelantó, para estar a su lado, aunque sin llegar a tocarla. Le pareció que podía sentir su calor. Lin se movió de pronto, lo estrechó en sus brazos y lo besó.

—¡Esto sí que es un dragón! —afirmó, echando la cabeza hacia atrás para fijar la mirada en sus ojos, pero sin deshacer su abrazo—. ¡No me habías engañado!

—¿No te digo siempre la verdad? —preguntó.

Ella lo dejó ir y se volvió de nuevo hacia el dragón.

—No de esta forma —respondió—. Dime algo más sobre él. ¿Qué más sabes?

—No mucho —admitió—. El primero que me habló de él fue Mike Spelman. Se lo había contado Steve Fourmelle. y cuando lo comenté con él, me dijo que me prestaría su yate, para que pudiera venir a echarle un vistazo. ¿Te apetece una botella de cerveza y un emparedado?

—¿Cerveza y emparedados? —repitió ella—. ¿De dónde has sacado tú cerveza y emparedados?

—Le pedí a Steve que los pusiera a bordo —respondió Jens, disfrutando esta nueva, aunque menor, sorpresa, que se reflejaba en su expresión—. Fue uno de los detalles que tuvimos que solventar para dejar la embarcación en condiciones. ¿Qué te parece? ¿Te apetece?

—De picnic con un dragón, y con su amigo —sonrió Lin—. ¿Por qué no? Quizá sea un poco peligroso, pero correré el riesgo.

Jens se arrodilló para extraer una nevera portátil de bajo el asiento semicircular de la cabina. Mientras extraía los bocadillos envueltos en plásticos y un par de botellas de cerveza, sintió un beso en el cuello y lo próximo que supo fue que Lin se había arrodillado junto a él. Se abrazaron apasionadamente, aunque con cierta dificultad debido a su posición sobre los duros tablones de la cubierta.

—Cuando eres agradable, eres tan agradable —susurró Lin, todavía de rodillas frente a él. Había en ella una especie de temblor, y Jens la sintió muy suave y rendida entre sus brazos.

—Tú también —respondió.

—Me quedaré aquí unos cuantos días —anunció ella—. Voy a tomarme cinco días de mis vacaciones.

Jens se sintió inundado de alegría.

—¿Cuándo lo has sabido? —preguntó.

—Llamé a la oficina esta mañana, cuando aún dormías —contestó—, Ya se lo había preguntado el mes pasado, antes de venir. Les dije que llamaría, y lo he hecho. Ahora está todo arreglado.

—Tendría que llevarte a ver dragones más a menudo —dijo Jens, acariciándola.

Ella se apretó contra él.

—Los dragones y tú sois encantadores —le dijo—. Te quiero a ti y a tus dragones. En serio, amo tus dragones. Lo sabes, ¿verdad que sí?

WALTHER GUENTHER ENTRÓ EN LA SALA de estar de su suite en el motel, caminando a grandes zancadas, y se dejó caer en una butaca junto a las ventanas, pero de espaldas a ellas. El delegado paneuropeo parecía sufrir una hinchazón en la zona alrededor de los ojos y la luz de media mañana que se filtraba por las ventanas detrás suyo le hacía cerrar los párpados.

—¡Berthold! —llamó, con voz tan alta como pudo—. ¿Dónde está ese condenado café y coñac?

Berthold apareció por la puerta del dormitorio, enfrente de la que acababa de atravesar Guenther. Su secretario era un joven alto y de aspecto erudito, de facciones finas y cabello muy rubio. A pesar de su elevada estatura y de la anchura de sus hombros, tenía un aire general sorprendentemente frágil.

—Voy a averiguarlo, señor.

Salió por la puerta que conducía al pasillo. Al cabo de solamente uno o dos minutos, Guenther oyó el girar de una llave en la cerradura. Berthold volvió a entrar, sosteniendo una bandeja diestramente mientras guardaba la llave con la otra mano. Depositó la bandeja, que contenía una taza, una jarra de cristal llena de café y una copa de un coñac ambarino, sobre un velador junto al codo de Guenther. Llenó la taza con café de la jarra.

—Acababan de prepararlo, señor.

—¡Al infierno con sus almas de tortuga!

—Sí, señor.

Guenther vació la taza de café y probó el coñac.

—¿Bien? —preguntó al cabo de unos instantes—. ¿Dónde están los informes?

—Aquí están, señor.

Berthold tomó unas hojas mecanografiadas que había sobre una mesa cercana.

—¿Por qué parece tan satisfecho? —gruñó Guenther.

—Las transcripciones de las conversaciones de Wylie tienen hoy un punto que podría ser interesante —explicó Berthold—. He puesto la sección correspondiente en primer lugar.

—¿Ah, sí? —Guenther se enderezó en el asiento y apartó a un lado del velador la taza de café. Asió los documentos—. ¿Quién se supone que habla, ahora? ¿Wylie y esa chica suya?

—Sí, señor.

Guenther leyó.

—No veo qué... —Se interrumpió y siguió leyendo en silencio hasta el fin de la página. Enseguida volvió la mirada a la parte superior del escrito.

—¿Dragón? —preguntó—. ¿Qué dragón?

—Exactamente, señor.

—¡Sea un poco más explícito! —exclamó Guenther—. ¿En qué está pensando? ¿Cree que se trata de algún tipo de clave, solamente porque no resulta identificable en el contexto?

—No hay nada en esta serie de transcripciones ni en ningún otro lugar que explique la palabra «dragón», por lo que he podido averiguar.

—¿Ah, sí?

—Sí. También he verificado el zoológico local y los museos más próximos, por si había algún animal como ese lagarto que llaman dragón de Komodo, o alguna conocida escultura que representara un dragón.

—Y... ¿nada?

—Nada, señor.

Guenther terminó el coñac y se sirvió otra taza de café, mientras leía el resto de las conversaciones obtenidas mediante el láser que Jim Brille había enfocado a las ventanas de Jens. Finalmente, volvió a la primera página.

—¿Cuándo volverás a llevarme al dragón? —leyó en voz alta—. Y entonces Wylie le contesta: «No es alguien a quien puedas visitar cada día»...

Permaneció en silencio, pensativo.

—Recuerde nuestra sospecha —dijo Berthold suavemente—. Es posible que Alinde West sea una especie de enlace, si su juego no es simplemente el que aparenta ser.

—Sí... —murmuró Guenther. De pronto, alzó la cabeza—. Muy bien. Berthold. Tráigame otro coñac.

—Señor, el almuerzo será...

—¡Otro coñac! ¡Tráigalo usted mismo!

Berthold desapareció. Guenther siguió estudiando las hojas mecanografiadas que tenía en su regazo, hasta que Berthold regresó con el coñac.

—Naturalmente —comenzó, tomando la copa y bebiendo, mientras miraba a su secretario por encima del borde—, tendrá que realizar una investigación mucho más profunda: las películas proyectadas en los cines locales, anuncios en los periódicos, esos restaurantes que tienen aquí, con estatuas de animales y duendes y caricaturas en las puertas...

—Naturalmente, señor. Estaba esperando su permiso.

—Adelante. Berthold, adelante. Si esto nos permite demostrar que Wylie es más que máscara de papel, entonces...

En el interior de la desvencijada furgoneta reinaba un calor sofocante, aunque estaba aparcada a la sombra de algunos árboles y tenía las ventanillas abiertas. El delgado hombre de color que Gervais había puesto de guardia frente a la finca Kelly bebía Coca-Cola de una botella de dos litros, casi vacía ya.

—Siempre, siempre... —mascullaba en voz alta.

En principio, la frase había sido *Siempre, siempre me toca a mí*. Sin embargo, los

años pasados en distintos lugares, entre los que se contaba Willermore, centro de máxima seguridad para la rehabilitación de delincuentes crónicos, le habían enseñado a eliminar (al menos, en voz alta) las últimas palabras. Un coche atravesó los límites de la propiedad y giró para tomar la carretera hacia el centro de la isla. Un segundo después, pasaba junto a la furgoneta estacionada. En su interior había un individuo grueso con escasos mechones de pelo aplastados sobre el cráneo, que iba haciendo anotaciones en una libreta mientras conducía. El hombre delgado de la furgoneta, cuyo nombre era DeMars, accionó el encendido pero esperó que el otro automóvil desapareciera tras una curva de la carretera antes de comenzar a seguirlo.

Al cabo de un kilómetro, más o menos, volvió a ver el coche del individuo grueso, y aminoró su velocidad para mantenerse a una distancia de un par de manzanas. Cuando llegaron a la zona comercial, en una calle con bastante tránsito. DeMars se atrevió a acercarse más y permaneció casi inmediatamente detrás del otro vehículo hasta que éste se detuvo en el aparcamiento de un motel.

DeMars también aparcó allí, aunque algo apartado, y esperó que el otro entrara en el edificio. A través de las cristaleras del vestíbulo pudo ver que pasaba sin detenerse junto al mostrador de recepción y se dirigía directamente al ascensor. Este abrió sus puertas casi en el mismo momento en que llegaba allí y, tras dejar salir a los que bajaban, penetró en su interior y las puertas se cerraron a sus espaldas.

—Siempre, siempre —volvió a murmurar.

Permaneció un momento sentado en la camioneta, mordiéndose el labio superior. Luego, salió del vehículo, entró en el motel y se dirigió inmediatamente a los teléfonos públicos que había junto a la entrada. Marcó el número del Holliday Inn.

—Con el señor Jackson —pidió al telefonista del hotel.

—Un momento, por favor.

Se oyó un zumbido en la línea y, enseguida, la voz de Gervais.

—Habla Jackson.

—Soy yo —dijo DeMars—. Está en el Bell Tower Inn. Parece que vive aquí.

—¿Quién vive ahí?

—El gordo ese.

—Ya le dije los nombres correctos. Utilícelos.

—Willy Fesser —explicó DeMars.

—Averigüe en qué habitación se aloja y con qué nombre está inscrito.

—Siempre, siempre... —rezongó DeMars para sí.

—¿No me oye?

—No puedo hacerlo —se excusó DeMars, agitando un poco mientras hablaba—. Tuve un pequeño problema en este hotel, hace algún tiempo. Me conocen. Ahora mismo, el recepcionista está vigilándome.

—¿Telefona desde el mismo motel?

—El teléfono más próximo está a diez manzanas...

—Salga de ahí inmediatamente. Ya me encargaré yo de averiguarlo. Vuelva a

llamarme mañana.

—Sí —respondió DeMars—, señor.

—¿Cómo dice?

—Sí, señor. Le llamaré mañana por la mañana.

DeMars oyó cómo el otro cortaba la línea, colgó, y quedó mirando fijamente el aparato. Durante un instante, su rostro mostró las señales de una interminable vida indefenso ante el dolor, luego, volvió a su acostumbrado aspecto abotargado. Salió del motel y se encaminó a su camioneta.

Gervais, sentado frente a su mesa, verificó que la oficina de seguridad estuviera vacía antes de marcar un número en su teléfono. La pantalla de Video mostró la imagen de un hombre robusto y de edad madura, vestido con un ajustado uniforme de policía.

—¡Gervais! —exclamó— ¿Qué hay de nuevo?

—Sólo un pequeño detalle que nos gustaría comprobar, sargento —explicó Gervais—. ¿Podría encargarse de averiguar el nombre y número de habitación en que se aloja un huésped del Bell Tower Inn? Su verdadero nombre es Willy Fesser y no creo que tenga antecedentes. Nos gustaría saber el nombre que utiliza y el número de su habitación. Le mandaré una fotografía.

—Sí, imagino que podemos hacerlo. Parece que, después de todo, también los federales necesitan ayuda, ¿eh?

—Naturalmente, sargento —admitió Gervais—. No podríamos hacer nada sin la ayuda de la policía local.

—Claro, claro. Muy bien. Espero esa fotografía y ya le llamaré cuando sepamos algo.

—Gracias, sargento.

El sargento le guiñó un ojo desde la pantalla.

—Hasta la vista.

—Hasta luego.

Gervais colgó el teléfono, meditabundo. Si Fesser estaba registrado en ese motel con un nombre distinto al suyo propio, eso querría decir que estaba planeando algo, y ese algo, con toda seguridad, estaría relacionado con uno o más de los delegados, porque en esos momentos no había otro asunto en Merritt Island que pudiera atraer su atención. Abriendo un cajón de su escritorio, extrajo una lista de nombres y con su pluma plateada añadió las palabras *Bell Tower Inn*, en clara letra de imprenta, tras el nombre mecanografiado de Willy Fesser.

SIR GEOFFREY MAYENCE conducía por una serpenteante carretera hacia el extremo de Merritt Island que se adentraba en el océano. Su estado de ánimo era particularmente bueno. A cada lado del camino había una fila de árboles que ocultaban el sol de la tarde, todavía intenso. Sus ramas se entretejían sobre el asfalto, bañándolo de fresca sombra. Sir Geoffrey había logrado convencer a un coleccionista de automóviles de la ciudad para que le prestara un clásico Cadillac convertible de los años cincuenta. Ahora rodaba con la capota recogida, y la brisa agitaba sus cabellos grises. Cuando llegó al macizo pórtico de piedra que señalaba la entrada de la finca Kelly, estuvo a punto de no advertirlo.

Frenó bruscamente hasta detener el Cadillac, y retrocedió hacia la entrada. Frente a él había un individuo rollizo, con camisa blanca y pantalones oscuros. Sobre una de sus abultadas caderas se apoyaba un revólver dentro de su cartuchera, sostenida por un cinto canana. Avanzando desde los arbustos, agitaba un brazo hacia él, indicándole que se detuviera. Sir Geoffrey frenó de nuevo y el que parecía ser un guardia se acercó hasta el automóvil, junto a la ventanilla del conductor.

—Buenas tardes, señor —saludó—. ¿Desea usted ver a alguien?

—¡Sir Geoffrey Mayence! —bramó éste—. Vengo a visitar a la duquesa Stensla.

—Sí, señor. Un momento.

El guardia desabrochó del cinturón un emisor-receptor de radio, que colgaba sobre su otra cadera, y repitió por él lo que Sir Geoffrey acababa de decirle. Se produjo una ligera pausa hasta que el altavoz emitió una respuesta, con el suficiente volumen para que llegara a oídos de Sir Geoffrey.

—*No está citado.*

—Claro que no estoy citado, maldita sea —estalló Sir Geoffrey—. ¡Quiero darle una sorpresa a Clothilde!

El hombre de la puerta sonrió a Sir Geoffrey de una forma que quizás intentara ser tranquilizadora, pero que a Sir Geoffrey le pareció irritante.

—Lo siento. Será mejor que telefonee para pedir una cita.

—¡Infiernos, voy a hacer! —contestó Sir Geoffrey—. Llame por ese cacharro suyo y dígame al del otro lado que quiero dar una sorpresa a Clothilde.

El guardia no hizo ningún gesto de cumplir su orden.

—Ponga marcha atrás y dé la vuelta ahora mismo.

—¡Oh, no quiera ser más asquerosamente cretino de lo que ya es! —le increpó Sir Geoffrey.

Introdujo la primera velocidad e hizo saltar el Cadillac hacia adelante.

Oyó un grito tras él y, mirando por el retrovisor, vio que el guardia había desenfundado su pistola y la agitaba en el aire. Si me dispara esa maldita cosa, pensó Sir Geoffrey, pondré la marcha atrás y lo aplastaré contra un árbol. Sin embargo, la

estrecha carretera privada describía una curva hacia la derecha, entre un grupo de pinos, y perdió de vista al guardia antes de que éste pudiera usar su arma.

Sir Geoffrey siguió conduciendo, un poco más calmado. Al poco tiempo llegó frente una gran mansión ante la que se extendía un cuidado césped. Sir Geoffrey no prestó atención a la zona de aparcamiento, y detuvo su Cadillac justo enfrente de la puerta principal. Salió del automóvil y ascendió los escalones.

Penetró en el edificio sin llamar, casi tropezando con un hombre vestido con camisa y pantalones blancos.

—¡Eh, usted! —llamó Sir Geoffrey.

El hombre, que estaba alejándose de él hacia el otro extremo del vestíbulo, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos.

—Busque a la duquesa Stensla y dígame que Sir Geoffrey Mayence está aquí —ordenó.

—¿Señor? —preguntó el hombre—. ¿Qué dice usted?

Sir Geoffrey repitió su frase en un español aceptable.

—Sí, señor —respondió el otro, saliendo de nuevo.

A solas en el amplio vestíbulo, Sir Geoffrey comenzó a explorar la casa, probando puertas al azar hasta que dio con una que se abría a una especie de biblioteca. Pasó a su interior, dejando la puerta completamente abierta para que Clothilde supiera dónde encontrarle. La habitación era alargada y muy agradable, con mucha claridad. En una mesa lateral había varias jarras para licor, de cristal tallado. Sin embargo, todas ellas estaban vacías. Al volverse para examinar el resto de la sala, Sir Geoffrey advirtió por primera vez la presencia de un hombre sentado frente a una pantalla de video iluminada que había en una mesa junto al ventanal, con el dispositivo de control en sus manos. El hombre tendría unos cincuenta años y calvicie incipiente. Además, se balanceaba sobre la estrecha línea que separa un mero exceso de peso de la obesidad descarada. Contemplaba a Sir Geoffrey con manifiesta hostilidad, como si éste hubiera interrumpido con su entrada alguna conversación.

—No se preocupe por mí —rogó Sir Geoffrey amistosamente—. Le ruego que continúe.

El otro, sin embargo, cortó la comunicación y dejó el dispositivo de control sobre la mesa, con gesto decidido.

—Sir Geoffrey Mayence —se presentó a sí mismo. Sir Geoffrey estudió las facciones del otro—. Su rostro me parece familiar. Nos hemos conocido antes, ¿no es cierto?

—No —contestó el hombre grueso. Su voz era ligeramente ronca.

—Extraño —dijo Sir Geoffrey—. No suelo olvidar ningún rostro.

Se volvió hacia las jarras de licor con aire esperanzado, como si hubieran podido llenarse solas mientras no las miraba.

—¿Dónde puede haberse metido? —Desde el vestíbulo llegaba la voz de la duquesa—. ¿Seguro que dijo Geoffrey Mayence?

—¡Aquí estoy! —gritó Sir Geoffrey.

Inmediatamente, el hombre de camisa y pantalones blancos entró en la biblioteca, seguido de cerca por la duquesa.

—Aquí está —señaló el hombre, antes de salir otra vez.

—¡Geoffrey, eres tú! —exclamó la duquesa.

—Hola, Clo —saludó Sir Geoffrey.

La duquesa avanzó hacia él, con movimientos lentos y refinados. Vestía un traje con pantalones, de color verde jade, que lanzaba destellos al moverse.

—Willy, querido —comenzó, mirando más allá de Sir Geoffrey—, ¿no tenías una llamada en el otro teléfono?

—Sí —respondió éste. Se puso en pie sin mirar a Sir Geoffrey ni decirle nada y salió de la biblioteca cerrando la puerta detrás de él, sin ruido pero con firmeza.

—Pensé que podía dejarme caer por aquí y darte una pequeña sorpresa —explicó Sir Geoffrey.

—¡Geoff! —exclamó la duquesa, con evidente ternura en su voz—. Hace ya catorce años.

—No, no puede ser.

—Catorce años —insistió.

—¿Tanto? Tal vez tengas razón —suspiró Sir Geoffrey—. Parece como si fueran unos pocos meses.

Extendiendo uno de sus brazos increíblemente largos, propinó una palmada a la duquesa sobre su bien provisto trasero. Ésta aceptó el cumplido con tanta dignidad como si le hubiera besado la mano.

—Siéntate. Geoff, por favor —invitó—. ¿Qué quieres tomar?

Sir Geoffrey lanzó una mirada ausente hacia las jarras vacías y meditó unos instantes.

—¿Qué tal unos daiquiris? —concluyó—. ¿Te apetecerían?

La duquesa se acercó al teléfono que el hombre llamado Willy había estado utilizando antes, alzó el auricular, marcó tres números y habló hacia la pantalla desconectada.

—Una jarra de daiquiri para la Sala Rosa —pidió, y cortó la comunicación. Volvió hacia él y tomó asiento en un sofá que había frente a un gran sillón gris muy acolchado.

—Siéntate. Geoff —repitió—. Cuéntame qué ha sido de tu vida.

—No hay mucho que contar —respondió Sir Geoffrey, acomodándose en el sillón—. Lila murió hace seis años. Desde entonces, no he hecho más que ir a la deriva.

—¡Lila! ¡Santo cielo! ¿Qué le sucedió?

—Oh, el corazón, ya sabes —explicó Sir Geoffrey. Desvió la mirada hacia la brillante claridad que atravesaba las ventanas, con un parpadeo. Se aclaró la garganta—. Fue muy rápido. Acabábamos de volver de una cena y se sintió indisputada. Fui al cuarto de baño a buscar una medicina que solía tomar y cuando regresé...

—Geoff —musitó la duquesa junto a él, posando suavemente su mano sobre una de sus huesudas rodillas.

—Bueno, eso ya pasó —dijo Sir Geoffrey, con el rostro vuelto hacia la luz—. ¿Y qué es de tu vida. Clo?

—He estado aquí y allí, desde luego —explicó la duquesa—. ¡Ah!, y estuve casada una vez, desde nuestro último encuentro. Nadie importante. Un italiano.

—¿Te dejó algo de dinero? —preguntó Sir Geoffrey, volviendo a fijar su mirada en ella.

—Sigue vivo. Se portó como un caballero, eso sí —la duquesa sonrió casi maliciosamente hacia él—. Me he preguntado muchas veces por qué no hemos coincidido nunca, tú y yo, en ningún lugar. Había llegado a pensar que estabas evitándome.

—¿Yo? ¿Evitarte? —se sorprendió Sir Geoffrey—. No. Estos últimos seis años, y bastantes más antes de ellos, he estado ocupándome de misiones en los rincones más extraños del mundo...

Se interrumpió, ante la llegada de un camarero vestido de blanco que traía una bandeja con una jarra llena de un líquido espumoso y ambarino y dos copas de cóctel. El sirviente depositó la bandeja sobre la mesa y, tras la silenciosa aprobación de la duquesa, se retiró sin decir palabra. Cuando la puerta se cerró tras de él. Sir Geoffrey ya estaba llenando las copas con el combinado de la jarra.

—Bien, bien, esto está bien —aprobó, vaciando su copa y volviéndola a llenar—. No sé por qué, en este país tienen la maldita costumbre de preparar los daiquiris con ron blanco. No saben a nada. Este si es como debe ser.

La duquesa bebía a pequeños sorbos.

—¿Has pensado en volver a casarte. Geoff? —preguntó.

—¿A mi edad? —Sir Geoffrey miró hacia ella por encima del borde de su copa—. Es verdad, ahora estás libre, ¿no?

—Ya sabes que no lo he dicho por mí —respondió la duquesa—. Confieso que me gustaría verte a mi lado, pero los dos sabemos que nunca te vería, ¿verdad? Además, ya soy demasiado vieja para el matrimonio, en todos los sentidos.

—No te creo en absoluto.

—Pues deberías creerme. Contigo es diferente: eres un hombre y, además, no vas a crecer nunca. Por mi parte, yo estoy más cómoda siendo independiente. Tengo la intención de retirarme, y eso es lo que tendrías que empezar a pensar tú también, Geoff. Retírate y disfruta de los años venideros.

—¿Retirarme de qué? —preguntó Sir Geoffrey—. El mundo sigue ahí todavía.

—No nuestro mundo, querido. ¿Es que no te das cuenta?

—Vamos. Clo —dijo Sir Geoffrey—. No me vengas con esas. Aquí estás tú, en el centro de la acción, con una mansión enorme, criados españoles y todo lleno de gente como el Willy ese que acaba de salir.

—Es sólo la imagen —contestó la duquesa—. Pero no hay gran cosa bajo ella, en

estos últimos tiempos. Las computadoras me han quitado todo el trabajo, querido: literalmente. Mis invitados nunca participan en nada realmente importante: es sólo papeleo para engrasar la maquinaria y para que cierta gente piense que controla las cosas por debajo de la mesa, además de por encima. Pero las computadoras producen mucho más papel del que puede producir mi gente, y a mucho menor precio. No, ya es hora de que me retire. Estaba pensando instalarme en las Indias Occidentales, quizás en St. Croix.

Sir Geoffrey volvió a llenar su copa por tercera vez.

—¡Por favor, Clo! El mundo no cambia nunca. La gente sigue siendo la gente. Ahora disponen de juguetes nuevos, eso es todo. En realidad, todo este asunto del espacio, de la expedición a Marte, no es más que otro juguete.

—¿Lo dices en serio? —preguntó la duquesa, mirándolo con atención—. Yo pensaba que eras el chiquillo que fabricaba cohetes a los doce años: cohetes que funcionaban, quiero decir.

—Dios mío. Sí, tal vez lo hice. Pero esta es la cuestión: yo estaba simplemente jugando. Ahora los que juegan son unos gobernantes idiotas.

—¿Es que han hecho alguna vez algo distinto?

—Supongo que no —admitió Sir Geoffrey—. De todos modos, aquí estamos todos: tú, yo, gente como Verigin. Ambedkar y todos los demás, intentándolo de nuevo.

—Mis invitados no se dedican a nada que tenga que ver contigo, querido. Te lo hubiera dicho hace mucho tiempo, de ser así.

—Nunca he pensado lo contrario —rió Sir Geoffrey, con cierta sequedad—. Serían unos estúpidos si pensarán encontrar algo que me comprometiera. Pero ese joven Wylie, con él es distinto. Tengo la impresión de que alguien pretenderá utilizarlo para su propio juego.

—Nada importante —respondió la duquesa—. ¿Qué significa Wylie para ti?

—Bueno, es un joven tragafuegos, tal como era yo. Se toma todo este asunto muy en serio, lo de las astronaves y el planeta Marte. No me gustaría verlo servido en forma de pastel, eso es todo.

—Tal vez sea uno de esos que insisten en ser servidos en forma de pastel —aventuró la duquesa.

—Quizá tengas razón —admitió Sir Geoffrey—. Sin embargo, así es como lo veo.

—Naturalmente, si las cosas se ponen desagradables, siempre puedo darte aviso.

—Te lo agradezco —contestó Sir Geoffrey—. Pero, ¿qué hacemos aquí hablando de esta forma? Creo que acabo de proponerme en matrimonio y que he sido rechazado, ¿no?

—Geoff, tú no me quieres —dijo la duquesa—. Y si has de querer a alguien, ha de ser alguien joven, como tú.

—¿Como yo?

—Ya sabes a qué me refiero. En realidad, tú no has crecido nunca. Por mucho que vivas, tu lugar estará siempre entre los jóvenes.

—¡Esto sí que...! —comenzó Sir Geoffrey—. Pues hay un buen número de personas, en varios gobiernos, que me toman muy en serio, aunque tú no lo hagas.

—No te conocen tanto como yo. En serio. Geoff, deberías comenzar a pensar en el retiro. Busca alguna joven cariñosa y dedícate a disfrutar de los próximos doce años.

—Los últimos doce años, ¿eh?

—¿Por qué no? —admitió la duquesa con calma—. O menos, si resultan menos. A nuestra edad, cualquier tiempo de vida que nos quede ya es un regalo, Geoff.

—¡Maldita sea! ¡Yo no necesito una esposa! Lo que yo necesito es alguien como tú, con quien pueda hablar. Además, acabas de recordarme que soy más viejo que Matusalem. ¿Quién va a querer cargar conmigo?

—Yo cargaría contigo si tuviera veinte años menos, Geoff. Ese no es el problema, y tú lo sabes.

Sir Geoffrey sirvió los últimos residuos de daiquiri en su propia copa, con aire pesimista.

—¡Esto sí que es bonito! Vengo a darte una sorpresa, después de catorce años, y sólo se te ocurre echarme un sermón para que me case con otra.

—Tengo que aprovechar la oportunidad. Sólo Dios sabe cuándo te volveré a ver.

—Bien, ¿qué me dices de mañana por la noche, para cenar juntos? No sé qué piensan hacer mis colegas, pero yo pienso quedarme una o dos semanas por aquí, a disfrutar del clima. A no ser que tú también te vayas, ahora que ya ha pasado el lanzamiento.

—No. no tan deprisa —la duquesa lo examinó críticamente—. Pero tengo compromisos para los dos o tres próximos días. ¿Te parece bien el martes que viene por la tarde? Podemos salir a pasear en coche y volver aquí para la cena.

—¡Estupendo! —exclamó animadamente Sir Geoffrey—. No hay ningún buen restaurante por aquí, al menos no lo bastante para compararse con tu personal, si es que aún tienes el tipo de servicio que tenías antes.

—Yo siempre tengo el tipo de servicio que tenía antes —respondió la duquesa, poniéndose en pie. Sir Geoffrey se levantó automáticamente, una fracción de segundo después que ella.

—Así pues, ¿vas a estar ocupada, por ahora?

—Temo que sí, querido. Después de todo, no esperaba que fueras a presentarte de improviso. ¿El martes que viene, entonces?

—Si, a toda costa, el próximo martes. Ya te llamaré por teléfono.

Llegaron a la puerta de la biblioteca y salieron al vestíbulo. La duquesa acompañó a Sir Geoffrey hasta la puerta principal y permaneció en lo alto de la escalinata hasta que él se hubo introducido en el descapotable. Antes de que el Cadillac se perdiera de vista por la estrecha carretera privada. Sir Geoffrey la saludó agitando el brazo.

Al rebasar la curva entre los pinos, volvió a ver a su viejo amigo, el guardia, que ahora le sonreía a unos cuatro metros de distancia. Sir Geoffrey detuvo el automóvil, y el guardia se acercó amistosamente.

Sir Geoffrey abrió la portezuela y salió al exterior, disfrutando al ver una súbita alarma en los ojos del guardia cuando se irguió ante él con toda su estatura.

—Vuelva a amenazarme con esa pistola suya —gritó Sir Geoffrey—, y yo mismo me encargaré de metérsela por su gordo culo.

La expresión del guardia se alteró de modo extraño. Bajo sus pupilas, suspendidas entre los párpados fruncidos y una piel grasienta y arrugada, resplandeció el blanco de sus ojos. Sus hombros parecieron encajarse, adelantándose ligeramente. Su estatura disminuyó y aumentó su corpulencia, como un viejo toro en un rincón de su prado que viera un movimiento en el otro extremo, pero dentro de sus límites. Sir Geoffrey se puso en tensión, preparándose para una pelea.

Sin embargo, el momento de furia pasó. Ni el rostro ni el cuerpo del guardia se movieron, pero la tensión desapareció.

—Sí, señor —respondió el guardia.

Sir Geoffrey regresó al Cadillac, lo puso en marcha y se alejó por la carretera pública. Avanzó tal vez medio kilómetro antes de que su cabeza comenzara a aclararse. Por primera vez se dio cuenta de que había sido algo más que su propia furia y corpulencia lo que había impedido que el guardia reaccionara violentamente a sus palabras.

Este descubrimiento contribuyó a serenarle. Sin duda, el guardia había querido conservar su empleo, aun a costa de soportar las groserías de alguien como Sir Geoffrey. De pronto, se sintió desolado. ¿Quién diablos era él, al fin y al cabo, para amenazar a nadie? Tal vez en otro tiempo hubiera podido hacer algo con un cerdo grasiento como aquel, pero desde entonces habían pasado muchos años. Ya no tenía edad para ir retando físicamente a hombres más jóvenes que él. Ya no tenía edad para muchas otras cosas, como la bebida y las mujeres... De repente, sin saber por qué, se sintió más animado y comenzó a reír a carcajadas.

—¡Esto sí que es bueno! —gritó hacia el paisaje que le rodeaba—. ¡Ha logrado que me sintiera como si ya tuviera un pie en la tumba!

Inexplicablemente, este pequeño fragmento de comprensión le hizo sentir mejor, en lugar de deprimirle. Le hacía ver una nueva faceta de la Duquesa, y de sus sentimientos hacia él. En su interior creció una nueva ternura hacia aquella mujer, la especie de ternura que no recordaba haber sentido desde la muerte de Lila.

Condujo de vuelta al motel sintiéndose bastante humilde, para ser él, y más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo.

EL SEGUNDO DÍA DE LA ASTRONAVE comenzó a las seis de la mañana, según el reloj de a bordo. El primer día había sido el del lanzamiento, que terminó con la conversación entre Tad y Fedya y con el reposo de los seis astronautas. Así pues, Tad despertó a las seis con la sensación de haber tenido una serie de sueños no muy agradables y haber pasado una noche inquieta. Sin embargo, ya había esperado sentirse de esa forma. La primera noche sin gravedad, o con una gravedad normal (y la gravedad de la nave, conseguida mediante la rotación de los vehículos ensamblados sobre su centro común, era sólo la mitad de la normal), era corriente sufrir una alteración en los hábitos del sueño. Esto había quedado demostrado en vuelos espaciales anteriores, así como en los extensos trabajos realizados conjuntamente por rusos y norteamericanos a bordo del Skylab. Si se adaptaba a la respuesta humana media, según los datos tabulados. Tad podía contar con que recuperaría un sueño normal al cabo de una semana, más o menos. Sus pensamientos se dirigieron a la lista de experimentos y a su conversación con Fedya la «noche» anterior.

Fedya permaneció callado durante un largo intervalo.

—Pensaré en lo que me has dicho —indicó por fin—. Dame un día o dos de tiempo.

—De acuerdo —respondió Tad.

—Muy bien. ¿Comprobamos el biograma, entonces?

Extendió sobre la mesa los papeles que había traído, entre las tazas de café. Se trataba de una lista combinada, de la que Tad tenía un duplicado en sus archivos del nivel A, que incluía los experimentos que debían realizarse a bordo de ambas naves, así como su ordenada programación y distintos gráficos sobre las actividades de los martenautas durante los treinta primeros días de crucero a Marte.

—En total hay setenta y dos experimentos —anunció Fedya—, de los cuales nueve tienen particular importancia durante el primer mes. Además, hay ocho experimentos que debemos realizar para completar los informes médicos...

—Más el trabajo meramente doméstico y los ejercicios —interrumpió Tad—. Ya ves cómo están las cosas.

Fedya buscó su mirada.

—Vamos a tener mucho trabajo, desde luego.

—Demasiado trabajo... —Tad cambió de tema—. No te preocupes. Olvídalo, de momento. Vale más que estudiemos las gráficas y nos aseguremos de que ambos sabemos qué está ocurriendo en la otra nave. Luego, será mejor que vayamos a dormir. Nos hará falta a los dos.

Fedya asintió y, juntos, se inclinaron sobre los programas.

Tad se incorporó y miró la gráfica que había sobre la mesa junto a su cama, y que

indicaba los trabajos que debían cumplirse en la Fénix Uno.

Él debía ocuparse del mantenimiento de sistemas inmediatamente después del desayuno. Bap y Anoshi tenían, igualmente, otras tareas que reclamaban toda su atención hasta después del almuerzo. Entonces, podrían comenzar a preparar varios experimentos en los distintos laboratorios de la nave. Tad se puso en pie, con muy poco esfuerzo, y se encaminó al cuarto para eliminación de desperdicios.

Allí se afeitó y se aseó en una ducha con su propio sistema de reciclado. Después, aún no completamente despierto, se dirigió al dispositivo de medición de masas. Sus controles no estaban programados para ignorar la escasa pseudo-gravedad de la nave, por lo que tuvo que ajustarlos antes de acomodarse en la silla horizontal. Luego, su deslizamiento hacia delante en la silla y la sacudida ocasionada por el sistema de frenado que medía la fuerza necesaria para detenerle, le provocaron un débil dolor en las sienes. Se levantó de la silla y leyó el resultado. Traducida en términos de peso corporal, la fuerza necesaria para detenerle equivalía a setenta y seis kilos con seiscientos cincuenta gramos. Eso era casi un kilo y medio menos de lo que había pesado el día anterior por la mañana, antes del lanzamiento. Aunque ridícula, la cifra era indudablemente correcta. Pasó el dato al registro incorporado al aparato y fue hacia la sala de guardia.

Era el primero en llegar. Bap y Anoshi todavía tenían que pesarse al estilo de la nave. Tad infló la pared que rodeaba la zona de comidas y penetró en ella a través de una escotilla, se sentó a la mesa y accionó el sistema de aspiración. Sonó un ligero zumbido cuando los ventiladores comenzaron a aspirar el aire a través de un filtro que servía de recolector de partículas. Aunque toda vía no había ninguna partícula de comida flotando en la atmósfera del recinto, el sistema cumplía su función.

Tad pulsó el botón del café, y una cantidad cuidadosamente medida del líquido llenó el recipiente que se hallaba frente a él. Tomó la taza y lo bebió, agradeciendo la posibilidad que tenían en aquel viaje de prescindir de la bebida en tubos mientras funcionaba la gravedad artificial. Gracias a Dios, se había prestado atención a esos detalles puramente personales y emocionales, como el placer de ducharse o beber una taza de café caliente en lugar de sorberlo por un tubo. No, no sólo gracias a Dios. También había que agradecerse a los hombres que, en anteriores viajes con el Skylab, habían demostrado la necesidad de tales detalles.

El gráfico para el día, que conocía de memoria, no se apartaba de su imaginación mientras repasaba las tareas que debían realizar antes del próximo periodo de sueño. Advirtió que se estaba preparando para enfrentarse al nuevo día de trabajo con creciente entusiasmo.

El sonido de la escotilla al abrirse atrajo su atención. Anoshi acababa de entrar seguido por Bap, que se había detenido a cerrar de nuevo la escotilla. Ambos se sentaron a la mesa y Tad, al verlos, se sintió plenamente despierto.

—¿Cómo habéis dormido? —preguntó.

—No muy mal —dijo Anoshi. Bap, por su parte, se echó a reír. Aquel día le

tocaba a él ir vestido con el mono interior.

—A mí me han perseguido los elefantes —explicó—, Y el elefante jefe iba montado por nuestro noble director de la expedición, el viejo Nick Henning.

—¿Y te alcanzó? —preguntó Anoshi, marcando el botón del té caliente.

—Estoy aquí para contarlo, ¿no? —respondió Bap, agitando su taza en el aire antes de llenarla. Echó una ojeada al recinto, volviéndose luego hacia Tad—. ¡Qué nido más confortable nos han preparado aquí! Me pregunto si tendrán algún motivo oculto para hacernos tomar las comidas aquí apiñados, aparte de recoger las partículas de comida del aire, quiero decir. En los primeros laboratorios espaciales se las arreglaron sin nada de esto.

—Y sus tripulantes aspiraron un montón de porquería, al cabo de los noventa días —explicó Anoshi—. Acuérdate de las preocupaciones que causó la «neumonía del espacio», en hombres...

—Y mujeres —añadió Bap.

—... y en mujeres a los que se suponía libres de infecciones víricas.

—Claro que me acuerdo —admitió Bap—, Pero ahora estaba pensando en el efecto que esta intimidad forzada, tres veces cada veinticuatro horas, puede tener sobre la mente humana.

Mientras hablaba había solicitado, al igual que los otros dos, alimentos preenvasados y calentados, que surgieron por las ranuras de la mesa frente a él. Abrió el paquete de mayor tamaño y extrajo un juego de cuchillo y tenedor de plástico desechable.

—¿Qué sucedería si algún día me pusiera violento a la hora del desayuno y os cortara la garganta? —insistió.

—Entonces tendrías que encargarte tú de todo el trabajo —respondió Tad. En un tono más serio, prosiguió—: ¿Comenzarás las observaciones en busca de manchas solares inmediatamente después del desayuno?

—Inmediatamente —contestó Bap—. Utilizaré las cámaras remotas números uno y dos como si fueran telescopios. Tal vez consiga obtener alguna buena fotografía, si es que hay algo que fotografiar.

—Supongo que nos avisarán desde Kennedy si se produce una gran erupción solar a comienzos del viaje, tal y como habían predicho —prosiguió Tad—. Estaría bien que pudiéramos detectarla tan pronto como ellos... o antes.

—Lo haremos —prometió Bap—. Tienes mi palabra.

Terminaron de desayunar, desmontaron el recinto y Tad llevó los restos de comida, los materiales de embalaje y demás residuos al compartimiento de eliminación de desperdicios, donde fueron cuidadosamente pesados antes de ser desechados. Del mismo modo que los martenautas debían pesar y medir sus residuos orgánicos, también debían medir y registrar la cantidad de líquidos y alimentos que ingerían en cada comida. Se trataba del Experimento Médico 122 del programa. A continuación. Bap se dirigió a sus cámaras telescópicas, Anoshi comenzó a tomar una

muestra del aire de la nave para averiguar qué tipo de partículas contenía, a pesar del sistema colector, y Tad se dedicó al mantenimiento de los sistemas de la nave.

Con sólo un día de viaje, no había mucho que mantener o reparar. Tad cubrió los cuatro niveles vitales de la nave en muy poco tiempo, por lo que pasó directamente al Registro Principal de la Fénix Uno.

El Registro Principal venía a ser lo que su mismo nombre ya indicaba, y cumplía a bordo de la Fénix Uno el mismo papel que un cuaderno de bitácora en un navío marítimo, con la única diferencia que el registro de la Fénix Uno (y el de la Fénix Dos) no sólo incluía los apuntes de navegación del comandante, sino también todos los registros de datos del día correspondiente, que podían revisarse en una pantalla de la computadora y corregirse si hacía falta mediante un teclado y un lápiz luminoso. Las anotaciones del primer día de viaje, el día del lanzamiento, estaban esperando a que Tad las repasara.

Cuando hubo terminado con el registro. Tad fue al encuentro de Anoshi en el laboratorio espacial del nivel C que estaba destinado a sus experimentos astronómicos. Inclinado sobre una placa de visión, colocada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Anoshi estaba estudiando una de las fotos de la corona solar que acababa de tomar él mismo. Al parecer, estaba demasiado absorto en su trabajo para darse cuenta de la entrada de Tad, así que éste continuó hasta la sección de ejercicios, en el mismo nivel, donde Bap, vestido con su traje espacial completo, se afanaba en realizar los ejercicios catalogados como Tipo C en el programa relativo al mantenimiento físico de los martenautas.

El Tipo C consistía en veinte minutos de actividad Física constante, con el traje espacial puesto. El Tipo B era parecido, pero sin el traje, y el Tipo A eran otros veinte minutos de acción en una máquina que llamaban ejercicio, una especie de traqueteante rueda de andar. La experiencia de los anteriores laboratorios espaciales había demostrado hasta qué punto era necesario el ejercicio para la salud de los seres humanos fuera de la gravedad normal. Mientras contemplaba a Bap, que enfrascado en su pesado trabajo y con el engorro del traje espacial no advirtió tampoco la presencia de Tad, éste pensó en el papel que correspondía a Fedya en sus planes, si decidía cooperar, y esperó que el ejercicio físico no resultara absolutamente imprescindible.

Tad se dirigió a la cubierta B, a través del tubo. Faltaba menos de media hora para el almuerzo.

En la pantalla de televisión se veía un portavoz de la NASA dirigiéndose a los periodistas convocados en rueda de prensa.

—*Nuestra primera noticia de hoy es que, debido a la enfermedad de Nick Henning. Bill Ward, aquí presente*— señaló a Bill con un gesto, sentado junto a él frente a la gran mesa cubierta de micrófonos y objetivos de aproximación—, *asumirá las funciones de director de la expedición. Todos ustedes conocen va a Bill Ward...*

—¿Lo conocemos?— preguntó Ahri Ambedkar a los demás, en inglés.

—Sí, desde luego —respondió Jens Wylie—. Bill Ward era el hombre que nos guio a las instalaciones de despegue de la lanzadera, después del almuerzo con los martenautas.

—Ah, sí —contestó Ambedkar.

Ahri Ambedkar. Jens. Sergei Verigin y Walther Guenther estaban sentados en el salón de su piso de Holliday Inn, siguiendo por televisión la conferencia de prensa que la NASA daba diariamente. Todos ellos acababan de almorzar. Más adelante, también ellos debían participar en otra rueda de prensa.

—... *todo según lo previsto* —respondía Bill Ward a la pregunta de un periodista—. *Hasta el momento, todo se ha desarrollado según el programa. Las dos naves se han ensamblado y en estos momentos los martenautas se encuentran en su primer periodo de reposo. ¿Sí?*

Acompañó esta última palabra con un gesto de cabeza en dirección a los asientos de la prensa. Un joven corpulento y de escasa cabellera se puso en pie.

—*¿Puede usted decirnos* —preguntó con acento francés— *si hay algún momento en que no se aplique el programa? Es decir, ¿se han previsto vacaciones o temporadas de descanso para los martenautas? Y, en caso afirmativo, ¿para cuándo están previstas?*

Terminada la pregunta, volvió a sentarse.

—*Por lo que nosotros sabemos, no existen vacaciones en el espacio* —contestó Bill. Se produjo un murmullo de risas contenidas entre los asistentes—. *Contestando a su pregunta, le diré que el programa abarca todo el tiempo de la expedición, desde el momento del lanzamiento hasta su regreso a la Tierra dentro de tres años. El programa, sin embargo, prevé períodos abiertos, tanto para que los martenautas puedan escapar a la rutina como para asegurar la realización de cualquier trabajo que quede atrasado por el motivo que sea. De todas formas, en los primeros treinta días no hay ningún periodo abierto. Como ustedes, saben, en estos días las comunicaciones con las dos naves de la expedición serán más fáciles que nunca, y queremos sacar el máximo provecho de esta circunstancia. ¿Sí? ¡El siguiente!*

La cámara de televisión se movió para enfocar otro periodista.

—Es como escalar una montaña, supongo —comentó Verigin pensativamente—. Una montaña importante, quiero decir, como ese pico del Himalaya que es el más alto del mundo. Hacen falta meses para que una expedición llegue a la cima y, aunque quizás hayan días de reposo ocasional durante el camino, no hay lugar para vacaciones hasta completar el trabajo —se interrumpió. Sir Geoffrey acababa de unirse a ellos, sentándose frente al televisor. Sus ojos se movieron de Verigin a Guenther, a Ambedkar, a Jens, y finalmente se posaron de nuevo en Verigin.

—Espero no haber interrumpido nada, ¿o sí? —preguntó, mirando a Verigin.

—En absoluto —respondió el delegado ruso, disminuyendo el volumen del sonido en el aparato.

—Excelente —aprobó Sir Geoffrey. Se fijó de nuevo en Jens, volviendo

enseguida la vista a Verigin otra vez—. No me gustaría ser el huésped indeseable. No le vemos mucho últimamente, ah. Wylie.

—Lo siento —respondió Jens—. Uno de mis deberes especiales es representar a la administración ante la prensa, y eso me mantiene en constante movimiento.

—Naturalmente. El trabajo siempre lo primero —asintió Sir Geoffrey—. ¿No opinas tú lo mismo, Sergei?

—Desde luego, desde luego.

—Y tú, viejo Ahri —continuó Sir Geoffrey, dirigiéndose a Ambedkar, que no pareció complacido por el tuteo de Sir Geoffrey—. Tú ya sabes lo que es el trabajo, ¿verdad? Estuviste con Sergei y conmigo en la primera Conferencia Paneuropea. Eso debió ser antes de tu época, ¿no, Walther?

—No —respondió Guenther, con un carraspeo—. Yo también estuve allí, aunque era muy joven entonces. No es probable que vosotros os fijarais en un tipo de segunda fila como yo.

—No me dirás que también estuviste allí cuando la comitiva presidencial francesa se fue hacia Lieja por la carretera equivocada y tardó tres horas en presentarse.

—Sí, sí, en efecto —contestó Guenther riendo.

—¿Dónde estabas tú mientras tanto? —preguntó Verigin, mirando a Sir Geoffrey con aspecto interesado.

—Sir Geoffrey estaba en el bar del hotel Number One —contestó Ahri en su lugar.

—¡Vaya que sí! —afirmó Sir Geoffrey, casi triunfalmente—. Estuve allí desde la una hasta casi las cuatro, dando vueltas como una rata enjaulada. Creo que debí tomar unos quince manhattans. Aquel camarero tenía un don especial para los manhattans. Lo que me recuerda... ¿qué opinión tenéis del último conflicto entre el presidente Fanzone y los sindicatos, con relación a ese asunto de la dirección compartida?

—Debo hacer una llamada telefónica —interrumpió Jens apresuradamente—. Lo siento, acabo de recordarlo ahora mismo.

Se puso en pie mientras hablaba.

—Ah, muy bien —aprobó Sir Geoffrey—, Nos veremos más tarde, entonces.

Observó a Jens mientras se alejaba por el corredor y se introducía en su propia suite.

—¿Cuáles son tus últimas noticias? —preguntó Verigin—. Y no me refiero a los sindicatos norteamericanos, por supuesto.

—La duquesa Stensla dice que alguien está siguiendo a sus invitados cuando salen de la finca.

—¿Ha estado hablando con Stensla? —preguntó Guenther.

—¡Hace años que la conozco! —respondió Sir Geoffrey, mirando directamente al delegado paneuropeo—. Soy amigo de su familia, también.

—Debe ser la policía local, imagino —intervino Verigin.

—No. no es eso. Lo ha comprobado.

Durante uno o dos segundos, todos permanecieron en silencio. Finalmente, Ahri Ambedkar hizo una pregunta.

—¿Y qué significa esto? No sé si lo comprendo bien.

—Yo creo que significa que se está cocinando algo —respondió Sir Geoffrey—. Da la impresión de que algo está ocurriendo bajo cuerda. Aficionados al espionaje, desde luego. Y, ¿qué hay aquí que pueda interesar a unos aficionados al espionaje?

—Excepto nosotros mismos, ¿no es eso? —dijo Verigin pensativamente—. Pero, ¿por qué han de ser aficionados? Estamos en territorio de los Estados Unidos. ¿No es lógico suponer que alguna agencia del gobierno...?

—Porque estoy seguro que se trata de aficionados. La duquesa no se equivoca en estas cuestiones.

—Pero eso es absurdo —protestó Ahri—. ¿Qué sentido tiene que nos espiemos nosotros mismos?

—Hay este Wylie... —insinuó Guenther.

—Yo... —respondió Sir Geoffrey, espaciando sus palabras para que sonaran claras y distintas—, no... estoy... de... acuerdo.

—¿No lo estás? —preguntó Verigin—. Entonces, ¿qué?

—Buena pregunta —respondió Sir Geoffrey, poniéndose en pie—. Buena pregunta. Bien, yo debo volver a mis habitaciones.

Salió del salón, dejando un largo silencio a sus espaldas.

EL HECHO DE QUE LA EXPEDICIÓN se rigiera por el horario oficial del este de los Estados Unidos daba lugar a coincidencias. A bordo de la nave, tras el segundo periodo de comida del segundo día de viaje, los martonautas daban fin a su almuerzo a miles de kilómetros de distancia de los delegados que, al mismo tiempo, tomaban su taza de café en Merritt Island. Anoshi tenía el turno de mantenimiento de sistemas. Bap y Tad debían preparar varios experimentos en los distintos laboratorios, incluso en las zonas atmosférica y no atmosférica del recinto sin gravedad entre ambas astronaves.

Durante los días que precedieron a la llegada de los martonautas a bordo de las Fénix Uno y Dos, los sistemas internos de las dos naves habían permanecido preparados, pero sin activar, con una sola excepción: una sección de laboratorio cerrada herméticamente en el nivel C de cada nave. En esta sección se había conservado la presión atmosférica y una temperatura normal, en beneficio de una serie de sujetos experimentales que recibían la consideración de «vivientes» y que incluían desde un ratón de campo hasta gambas en salmuera, desde moscas y lombrices hasta simples mohos y esporas. La estanqueidad de este laboratorio había sido rota durante la primera comprobación visual de la nave, cuando los martonautas llegaron a ella y la pusieron en estado activado. Los sujetos experimentales, sin embargo, habían seguido al cuidado de la maquinaria automática que los había mantenido alimentados y con vida desde que el personal de montaje los dejara allí.

Ahora, la mayoría de estos sujetos debía seguir en el mismo laboratorio. Algunos de ellos, sin embargo, debían ser trasladados inmediatamente, ya fuera al laboratorio de genética vegetal, al laboratorio biomédico o a las dos secciones de la zona sin gravedad. Bap y Tad trabajaron conjuntamente, organizando los laboratorios genético y biomédico. Pero en la zona de gravedad cero, si bien Bap podía llegar a la sección interior a través del tubo de criotex que la conectaba con la Fénix Uno y la Fénix Dos. Tad debía ponerse su traje espacial y salir al exterior de la nave, hacia esa zona fría y sin aire que permanecía sumida en la sombra permanente de ambas astronaves girando al unísono.

Trabajar vestido con un traje espacial era difícil y entorpecedor, pero los cultivos y esporas que Tad llevaba a la sección exterior estaban preparados en bandejas que hasta unas manos cubiertas con gruesos guantes podían manejar con cierta destreza. Tad depositó esas bandejas, una por una, en los estantes y ranuras dispuestos en aquel lugar, aprovechando la iluminación que llegaba desde la sección atmosférica, que atravesaba la elástica y traslúcida pared de criotex entre ambas zonas. La silueta borrosa que se movía constantemente al otro lado de esa pared debía ser Bap, pensó Tad, a menos que se tratara de Dirk o Fedya de la Fénix Dos.

Cada una de ambas astronaves debía suministrar ciertos materiales de experimentación y sujetos vivos para las pruebas a realizar sin gravedad. Las

primeras pruebas del programa correspondían a unos experimentos norteamericanos sobre criogenia, simultáneamente con los ensayos ingleses sobre respuesta vegetal paranormal y los experimentos japoneses sobre biorritmos. Básicamente, estos experimentos ya habían empezado a efectuarse en los Skylab, pero esta vez las condiciones eran distintas. La distancia que los separaba del sol era mucho mayor y, además, se hallaban bajo el efecto de un movimiento lateral constante, debido a la rotación de los dos vehículos alrededor de su centro común.

Tad terminó su trabajo y se marchó sin que hubiera aparecido ningún martenauta de la Fénix Dos con las bandejas de material experimental de esa nave, lo que resultaba un poco extraño. Si Tad recordaba correctamente las gráficas de la Fénix Dos, alguien debería haber salido al exterior al mismo tiempo que él.

Regresó a la Fénix Uno, deteniéndose en la cubierta A, donde comenzó a despojarse del traje espacial. Anoshi estaba allí, esperando su vuelta, y le ayudó a quitárselo.

—Bap está en la Fénix Dos —anunció, tan pronto como Tad se hubo quitado el casco—. Fedya ha tenido un accidente en el laboratorio. Le han caído unos depósitos de oxígeno sobre la mano izquierda.

Lin, mirando desde la ventana de su habitación en el motel Peacock, a casi un kilómetro del Holliday Inn, no había visto llegar el Lancia azul alquilado por Jens para sus desplazamientos. Por eso, cuando sonó el teléfono interior se sorprendió. Respondió, pero sin activar la visión.

—¿Sí?

—¿Lin? —preguntó una voz que le era conocida—. Soy yo. Barney Winstrom. Parece que Jens se ha visto envuelto a última hora en un asunto oficial. Te llamó, pero tu habitación no contestaba, así que he venido yo a hacer de chófer.

—Oh. Sí, estaba abajo en el restaurante, almorzando. Eres muy amable, Barney, bajo enseguida.

Asió su pequeña cartera de trabajo, y se estudió en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación. La ropa que vestía (una discreta falda y una blusa) le parecía muy adecuada para la entrevista con la Hansard: correcta, sin ser demasiado seria. Salió al corredor, dejando la habitación en completo desorden. De hecho, la había alquilado principalmente para disponer de un lugar donde trabajar y almacenar los crecientes montones de material de referencia que necesitaba para sus entrevistas.

Barney conducía la misma furgoneta que llevaba el día del lanzamiento. Se dirigió hacia ella, mientras el periodista le abría la portezuela de par en par como gesto de bienvenida.

—Dios mío —exclamó Lin, al ver el interior del vehículo—. ¿Para qué quieres tantos periódicos?

—Es sólo para estar al corriente de lo que dice la prensa extranjera —respondió, elevando la camioneta sobre su cojín de aire y dirigiéndola hacia la salida—. Aquí no

se distribuyen regularmente diarios de otros países, así que pedí que me los mandaran de Miami.

Lin estaba medio vuelta hacia atrás, examinando los montones de periódicos que cubrían el asiento posterior, de forma semicircular.

—*La Prensa...* el *Times* de Londres... éste es alemán... ¡Barney! ¡Este es japonés! ¿Sabes leer en japonés?

—Lo suficiente para arreglármelas con un periódico. Me gustan los idiomas, y he pasado unos doce años viviendo en distintos países. Casi todos me gustaron mucho, excepto Francia. Mi mujer, en cambio, adoraba Francia.

—¿Y qué dicen todos estos diarios? —preguntó, sentándose hacia el frente—. ¡Ah!, otra cosa: ¿ya sabes adónde voy? Quiero decir, ¿sabes cómo llegar allí?

—Ya he estado alguna vez en casa de los Hansard.

—Y esos periódicos, ¿qué dicen?

—Más o menos lo mismo que los periódicos norteamericanos. Son las mismas noticias.

—¿Por qué los lees, entonces?

—Soy un profesional —explicó Barney—. Me gusta leerlos.

Lin estudió su perfil achaparrado, comenzando a sentir simpatía hacia él.

—¿Qué opinas tú de todo este asunto del espacio y las expediciones a Marte?

Barney se encogió de hombros.

—Supongo que acabaremos llegando.

—¿Pero no esta vez?

Se volvió a encoger de hombros.

—No estás muy convencido, por lo que veo —dijo Lin—. Ojalá Jens tuviera las ideas más claras sobre esta cuestión.

—Yo no he dicho que no me convenciera —respondió, manteniendo la vista fija en la carretera, que parecía una especie de pasillo entre estaciones de servicio y restaurantes rápidos—. Sucede que no soy uno de esos optimistas que se entusiasman por cualquier cosa. Y respecto a Jens, tal vez él tenga razón.

—¿Razón? —replicó Lin—. ¿Te parece razonable creer en la utopía de que seis personas aterrizarán en Marte y, de repente, amanecerá una nueva era donde todos los problemas estarán resueltos?

—¿Estás segura de que es esto lo que él piensa? —dijo Barney, girando hacia una calle lateral que serpenteaba entre árboles—. Yo lo hubiera dicho de otra forma. Jens cree que es nuestro futuro lo que está en juego. Cree que es el único futuro que nos queda, y tal vez en esto coincido con él, tanto si somos una pareja de individuos viajando en una furgoneta como ésta como si fuéramos una pareja de individuos con taparrabos de hierbas, que miran por un momento al cielo, al oír un avión supersónico sobre sus cabezas, y vuelven luego a buscar unos saltamontes para evitar que el estómago se les adhiera a la espina dorsal.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Muy bien, señora. Puedes opinar lo que quieras, pero es la gente como Jens, con todos sus sueños, la que hace progresar el mundo. Lo he visto suceder, y yo lo creo.

—¿Y qué sucede cuando el sueño se desmorona al contacto con la realidad?

—Quizá Jens te sorprenda, cuando llegue ese día.

—No —respondió Lin, con cierta sequedad—. No me sorprenderá.

—Espera y verás.

En ese momento llegaron al final de la calle que iban siguiendo. Barney giró a la izquierda, hacia otra calle aún más estrecha, pero limpia y agradable. Las aceras estaban bordeadas de jacarandas, aunque en esa época no había muchas flores. Lin no dijo nada y siguieron adelante, en silencio, hasta detenerse frente a una gran casa marrón cuyo jardín posterior descendía suavemente hasta un canal artificial.

—Ya hemos llegado.

Lin abrió la portezuela y sacó sus piernas al exterior, manteniéndolas deliberadamente juntas, rodillas y tobillos. Se volvió hacia Barney, hablando por encima del hombro.

—¿No vas a entrar conmigo?

Él sonrió.

—¿Quieres la compañía de un viejo zorro que va a estar todo el tiempo criticando tu trabajo? No me hagas reír. Volveré a buscarte dentro de media hora.

Se inclinó sobre el asiento para cerrar la puerta desde el interior y la saludó con la mano, antes de poner la furgoneta nuevamente en marcha. Lin comenzó a avanzar por el sendero que cruzaba el jardín delantero, describiendo una suave curva hasta llegar al pequeño porche, protegido con mosquiteras. Al acercarse más, vio que la puerta de la casa estaba abierta y que las mosquiteras eran de alambre, al viejo estilo. Eso no quería decir, de ninguna forma, que la casa fuera vieja o barata. El solar donde había sido edificada debía costar, con toda probabilidad, unos sesenta mil dólares, según la guía de terrenos que había estado estudiando. Lin extendió la mano hacia el timbre pero, antes de que pudiera tocarlo, la puerta se abrió del todo y apareció una silueta femenina en la penumbra del porche.

—Lo siento. Hubiera querido salir a recibirla —explicó Wendy Hansard—. Usted debe ser Alinde West, ¿no? Jens Wylie siempre nos habla de usted. Pase adentro, por favor.

Lin sonrió y entró en la casa. Sus ojos se adaptaron rápidamente a la tamizada luz del interior y vio que se encontraba en el extremo de un amplio salón, con el suelo a un nivel inferior a la puerta y más moderno de lo que cabría esperar por el aspecto exterior del edificio. No se oía el sonido de otras voces, por lo que Lin dedujo que los niños debían estar jugando fuera, o en otro lugar, Lin contempló a la otra mujer.

Jens se había equivocado, pensó, al decir que Wendy y ella se parecían físicamente. En realidad, tenían muy poco en común, a excepción de la estatura, aproximadamente igual, y de la complexión atlética de ambas. El cabello de Wendy

era de un tono muy claro, a diferencia del castaño de Lin, y era casi demasiado fino, el tipo de cabello que resulta difícil mantener peinado. Aparte de ello, la mejor descripción de Wendy Hansard sería decir que parecía un poco blanda, ligeramente gastada, como si acusara los años de dedicación a su esposo e hijos. Jamás podría recuperar el atractivo que debía haber tenido a los veinte años. No, no se podía comparar con Lin, al menos en el físico, Jens se había equivocado completamente. Mientras estos pensamientos cruzaban por su mente, oprimió un costado del maletín, poniendo en marcha la grabadora que contenía.

—Le agradezco que me haya recibido tan precipitadamente —comenzó Lin mientras la seguía hacia la sala de estar. Se acomodaron frente a frente en sendas butacas, junto a una gran chimenea, vacía, de piedras sin desbastar. Entre ambas, había una mesita con tazas de porcelana y una cafetera—, Jens me prometió que hablaría con usted el primer día que llegué aquí, pero no pudo hacerlo hasta después del lanzamiento.

Wendy rió, tomando la cafetera.

—Todo el mundo está muy atareado, antes de un lanzamiento. ¿Quiere una taza de café?

—Gracias. —Lin había aprendido que, tanto si prefería beber algo como si no, aquellos a quienes entrevistaba se mostraban más tranquilos si podían adoptar el papel de anfitrión—. Una taza de café me vendrá muy bien.

—Y, respecto a la precipitación de la visita, no se preocupe. Las entrevistas son parte de nuestro trabajo. Todos los que participan en el programa espacial están acostumbrados, hasta los niños.

—Sí, supongo que debe ser así. ¿No están en casa sus niños?

—Volverán dentro de diez minutos. Ya sabía que le gustaría verlos —Wendy tendió a Lin una taza llena de café—. ¿No le acompaña ningún fotógrafo, o ha de venir más adelante?

—Pensé que sería mejor prescindir de fotografías —explicó Lin—. *New World* es el tipo de revista al que le gusta apartarse de las fórmulas clásicas. Mi trabajo consiste en encontrar un enfoque distinto al de las docenas de entrevistas que publicarán sobre usted.

—¿No es un poco difícil?

Lin tomó un sorbo de café. Era bueno. Debía serlo.

—Necesito algo de suerte —respondió Lin, y ambas rieron—. Creo que casi todo lo que se ha escrito sobre usted, y sobre las esposas de los demás martenautas, se ha hecho desde el punto de vista de las tareas domésticas, el pastel de manzana y todo eso, y tenía la esperanza de que pudiéramos tratar otros temas.

Wendy sonrió.

—No me queda mucho tiempo para ocuparme de otros temas.

—Lo imagino —asintió Lin—. Pero sin duda tendrá sus propias opiniones sobre las importantes implicaciones de un viaje espacial como este, con seis naciones

trabajando juntas para conseguir el primer aterrizaje tripulado en otro planeta. Seguramente ha de tener su propia filosofía, y me gustaría saber cómo influye en ella su participación en este esfuerzo.

—Filosofía es una palabra bastante fuerte —contestó Wendy, con una sonrisa.

—Sin embargo, usted tiene una filosofía. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—¡Oh, sí! —Wendy dejó su taza sobre la mesa—. No quiero decir una filosofía como en la universidad, eso es otra cuestión. No. mi filosofía se basa en que se hagan las cosas.

—¿En que se hagan las cosas? —Lin tomó otro sorbo de café. También era conveniente que no la vieran tomar notas o sostener un micrófono durante las entrevistas. Por eso llevaba la grabadora en la cartera.

—Quiero decir —explicó Wendy, colocando una palabra tras de otra como alguien que avanzara cuidadosamente sobre un tronco caído a través de un arroyo—, que hay ciertas cosas que deben ser hechas. Deben ser hechas, porque son necesarias. La mejor dedicación que alguien puede dar a su propia vida es hacer estas cosas. Supongo que usted diría que es una filosofía utilitaria, o una ética utilitaria.

Contempló a Lin por encima del borde de su taza, desde el otro lado de la mesa.

—Tal vez eso suene también a pastel de manzana, ahora que lo pienso —añadió, insegura.

—No, no —denegó Lin—. De ninguna manera.

—Pero yo me refiero a las cuestiones más importantes, igual que a las más pequeñas. Esta filosofía puede aplicarse a la forma en que deberían obrar las naciones, de igual modo que los individuos. Lo que quiero decir es que damos ocupaciones domésticas a los niños para que vayan aprendiendo lo que son las responsabilidades. Así aprenden que un hombre o una mujer adultos no pueden dejar de lado las cosas que deben hacerse. Los adultos deben cuidar de sí mismos hasta que consiguen hacer lo que es necesario. Lo mismo sucede con las comunidades, o las naciones, o la gente en general. Si ha llegado el momento de hacer algo, entonces no les queda sino ponerse a ello y hacerlo.

—Y esta expedición tripulada al planeta Marte es algo que el mundo debe hacer, ahora. ¿Es eso lo que usted piensa? —preguntó Lin. Esta Wendy Hansard estaba resultando ser un sujeto más interesante de lo que había esperado en un principio.

—Sí. Eso es justamente lo que pienso. En cierto sentido, el mundo no puede ir a ninguna parte, excepto a Marte. Quiero decir —explicó—, que no se puede contar con nada más que con un esfuerzo como éste, para demostrar que la gente es capaz de salvar este planeta y hacer que se cumplan los sueños que todos hemos tenido respecto a la vida sobre la Tierra.

—Me parece muy interesante —comentó Lin, inclinándose hacia delante.

Durante un segundo, los ojos de Wendy parecieron nublarse con una sombra.

—No, por favor, continúe —urgió Lin, rápidamente—. Esta es la clase de

información que nuestros lectores rara vez consiguen: una idea de lo que hay detrás de la fachada, la opinión de alguien como usted, que participa tan directamente. Así, pues, usted cree que todo este esfuerzo tecnológico está justificado, ¿no es cierto?

—¡Pues claro que está justificado! Siempre están exigiendo que el programa espacial proporcione resultados inmediatos, pero se trata de algo mucho más profundo. Debemos seguir creciendo, no podemos evitarlo. Todos nosotros sentimos un impulso básico, instintivo, necesario, de conquistar nuevos territorios y nuevos conocimientos. No son los martenautas solamente, sino que está en todos nosotros.

—¿Considera que usted y los niños toman parte en este esfuerzo?

—Necesariamente —contestó Wendy.

—Es un excelente argumento para los lectores del *New World* —indicó Lin—. Excelente. ¿Diría usted, entonces, que, en cierto modo, usted y sus hijos están tan involucrados en esta expedición como su propio marido?

Wendy se cerró sobre sí misma. Lin pudo sentir cómo aumentaba la distancia psíquica entre ambas. Maldita sea, pensó, tan bien como íbamos y he tenido que tocar una cuestión personal.

—Lo que pretendo decir —comenzó apresuradamente, intentando hallar la manera de tranquilizarla de nuevo—, es que en muchas ocasiones me he encontrado con personas que no eran astronautas (y que jamás podrían llegar a serlo), involucradas en el esfuerzo espacial hasta tal punto que éste casi llegaba a convertirse en su propia razón para vivir, Jens es uno de ellos, por ejemplo. Aunque imagino que podrá superarlo, cuando lleve unas cuantas semanas en Washington de nuevo.

—No —respondió Wendy—. No creo que lo supere nunca.

Junto a la seguridad de su tono. Lin pudo detectar como un frío interior, una extraña cólera.

—Bueno, tal vez no —concedió—. Ya lo veremos. Después de todo, ha de seguir viviendo aquí, en la Tierra.

—Eso no significa nada.

A espaldas de Lin sonó un brusco portazo, que provenía del porche, y un rumor de pasos que se detuvo de pronto a la entrada de la sala. Al volverse vio a una chica de unos catorce años y un muchacho alto y delgado que parecía próximo a los veinte.

Nunca había imaginado que se sentiría tan aliviada al verlos llegar.

Sentado en el primer restaurante que encontró, con una taza de café que no quería enfriándose sobre la mesa. Barney hojeaba los periódicos más exóticos apilados frente a él. El único ejemplar en ruso que le habían enviado podría haber sido publicado dos semanas antes, por lo que concernía a la expedición, excepto por un breve resumen de los acontecimientos del primer día. Sin embargo, los periódicos europeos, indios y japoneses se ajustaban a un patrón asombrosamente parecido.

En todos los casos, se incluía un resumen de la información suministrada por el control de expedición sobre la situación de los martenautas. Casi todos los diarios

completaban esta información con descripciones explicativas e imaginativas que pretendían poner al lector en los zapatos de los martenautas, llenando el vacío que dejaban los incoloros informes oficiales. Sin embargo, todos estos artículos reunidos no representaban sino un pequeño porcentaje del espacio dedicado a la expedición.

La mayor parte del material escrito consistía en historias de algún modo relacionadas y artículos de fondo. Se citaban las declaraciones de importantes personalidades mundiales que se habían congregado en Cabo Cañaveral para el despegue. Se daban amplios informes de los discursos y alocuciones sobre el viaje a Marte, y de los comentarios extraídos de estos discursos, pronunciados tanto por científicos como por políticos. Se pronosticaban los problemas que podían surgir en tres años de viaje. Se reproducía material informativo de la NASA, con fotografías de la lanzadera y de las dos naves de la expedición antes del lanzamiento y gráficas que explicaban cómo los propulsores habían llevado estas naves hasta la órbita de intersección con Marte. Finalmente, había gran cantidad de material cuya relación con la expedición era más indirecta, como un artículo en un periódico italiano donde se explicaba que Merritt Island se había convertido en un nuevo centro social para las personalidades con fama y riqueza y podía llegar a ser, con el tiempo, un centro cultural.

Barney no pudo contener una sonrisa, al leer esta última narración. Luego, sin embargo, reflexionó con más calma. No era cierto, desde luego, pero lo que sugería tampoco estaba muy lejos de la verdad. Durante el primer mes después del lanzamiento, por lo menos, el Cabo estaría poblado por una colonia de individuos de categoría, arracimados en torno al pequeño núcleo de políticos y científicos atraídos allí por la expedición.

Lo cual servía únicamente para confirmar que él ya había previsto lo que iba a suceder. La expedición era apenas la excusa necesaria para organizar una fiesta internacional. Se daba por descontado que iban a regresar sanos y salvos, habiendo cumplido todas las previsiones. Igualmente, se daba por descontado el vehículo de la expedición, los martenautas y el elevado nivel de tecnología y trabajo, conocimiento y habilidad de los programas espaciales combinados de las seis naciones distintas que habían contribuido para enviar la Fénix Uno y la Fénix Dos hacia el lejano planeta.

El público lector de periódicos estaba siendo condicionado, por omisión, a la idea de que no podía suceder ningún accidente, ningún fallo imprevisto que hiciera fracasar la expedición. Si después de semejante condicionamiento, ocurría algo desagradable, no sería fácil explicarlo a los ciudadanos del mundo.

Barney dejó de leer y dio un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las tres menos diez y Lin debía estar ya esperándole. Recogió los diarios y se puso en marcha.

Tad y Fedya estaban sentados ante una mesa de la sala de guardia, el uno frente al otro. Esta vez, sin embargo, era la sala del Fénix Dos y era Tad quien había llevado sus gráficas, ahora extendidas sobre la mesa. La mano izquierda de Fedya, envuelta

en un vendaje de gasa, reposaba sobre los papeles. Dirk y Bern habían estado con ellos hasta ese instante y ahora, por primera vez desde que Tad había venido de la Fénix Uno con las gráficas, ambos hombres se encontraban a solas. Tad señaló hacia la mano vendada.

—¿Es muy seria, la herida?

—Ya te lo he contado antes —respondió Fedya, sin emoción—. Magullada, nada más.

Sus miradas se cruzaron. Tad asintió.

—Muy bien —dijo, volviendo a centrar su atención en las gráficas. Tendió un fajo de ellas a Fedya, que las tomó con su mano sana—. Te diré cómo podemos resolver esta situación. Un hombre se encargará de la sección sin gravedad y de todos los trabajos que exijan salir fuera de la nave. He arreglado los otros programas para que los demás trabajos queden bien distribuidos, contando además con las partes de tu programa que no podrás realizar con una sola mano.

Fedya estudió las gráficas durante varios minutos, mientras Tad seguía sentado en silencio. Luego, levantó la vista hacia Tad.

—El programa de trabajo que nos queda aquí está bien —dijo—, pero en la Fénix Uno, tú vas a encargarte de todo el trabajo extraordinario que yo no pueda hacer.

—No directamente.

—No. no directamente. Pero en los programas que has preparado yo quedo libre de dos horas de trabajo, y Dirk y Bern de una hora cada uno. Mientras que tú, en la Fénix Uno, te añades cuatro horas de trabajo, y me refiero a ti personalmente.

Tad lo miró con firmeza.

—Como comandante de la expedición —comenzó—, tengo más tareas independientes y más tiempo libre que todos vosotros. Sacaré esas cuatro horas de mi tiempo libre.

—Sabes que eso no es cierto, ni posible —respondió Fedya.

—Sí, es posible.

—¿Cómo?

Tad se recostó en el asiento.

—Ya me lo has contado antes —respondió fríamente—. Tu mano está magullada, nada más. No te lo volveré a preguntar.

Fedya permaneció un largo instante sin decir nada.

—Muy bien —dijo finalmente—. No preguntaré cómo piensas encargarte de todo el trabajo. Pero, ¿por qué crees que el control de la expedición admitirá tus cambios?

Señaló las gráficas, corregidas a lápiz por Tad, con un gesto de la mano derecha.

—Tendrán que admitirlos —respondió Tad—. No tienen otra elección. Aquí fuera, llegado el caso, nadie puede darnos órdenes excepto nosotros mismos. Sería mala publicidad para la expedición, si se molestaran por eso.

Fedya asintió, con reticencia.

—Pero te hará falta ayuda. No podrás hacerlo tú solo.

—Nada de ayuda —contestó—. Y nada de discusiones.

Formó una pila con todas las hojas que había sobre la mesa.

—¿Tampoco yo tengo elección, entonces? —preguntó Fedya.

—Exactamente —respondió Tad, poniéndose en pie—. No malgastes el tiempo preocupándote por mí. Ya sabes que todos estamos sobrecargados de trabajo. Quizá la primera semana no se note demasiado, ni la segunda. Pero la tercera semana comenzarán a acumularse las reparaciones pendientes y los tiempos muertos. Estaréis los cinco trabajando tres o cuatro horas diarias, además de las programadas. Los dos sabemos esto. Lo único que hago es reducir mi tiempo libre ahora, con la corrección de los programas.

—Y una o dos semanas antes que el resto de nosotros —completó Fedya, suavemente.

—Ya te he dicho que puedo encargarme de la mayor parte del trabajo extraordinario —contestó Tad, manteniendo bajo el tono de su voz—. Dentro de tres semanas estaré en mejor forma que cualquiera de vosotros.

—No lo estarás. Y esto es otra cosa que sabemos los dos.

No obstante, antes de que Fedya pudiera terminar de hablar. Tad ya había dado media vuelta y salido del recinto. Fedya pudo oír cómo entraba al tubo de acceso, de vuelta a la Fénix Uno por el camino de criotex. Serenamente. Fedya se levantó, sujetó las gráficas bajo el brazo y se encaminó a su compartimiento individual.

—NO ME GUSTA —decía Bill Ward. Era el decimosexto día de la expedición.

—¿Qué parte es la que no te gusta? —preguntó Nick Henning. Estaba incorporado en la cama, en su habitación de la clínica. A juzgar por su aspecto, nadie hubiera dicho que había sufrido un importante ataque coronario ocho días antes, y mucho menos que había pasado la mitad de este tiempo sometido a graves intervenciones de cirugía cardíaca. A pesar de la amistad que unía a ambos hombres, en aquellos momentos Nick era muy consciente de que Bill Ward le había sustituido como jefe de control de la expedición. Bill había venido a visitarle. La habitación privada que ocupaba era agradable, orientada hacia el este, y las flores del alféizar tenían aspecto fresco y bien cuidado.

—... ninguna parte —estaba diciendo Bill, sentado rígidamente junto a la cabecera del enfermo. Su rostro, bajo el corto cabello gris, tenía una expresión más irascible de lo normal en él—. Para empezar, yo jamás solicité tu puesto, ¡maldita sea!

—Tampoco fue idea mía —respondió Nick—. Washington decidió que tú serías el más indicado para moderar los impulsos de Tad, eso es todo.

—¡Moderar los impulsos de Tad! —Bill realizó un gesto nervioso, como si quisiera levantarse y pasear por el cuarto pero no estuviera dispuesto a permitirse—. El hecho de que seas amigo de una persona no significa que te haya de ser más fácil obligarle a guardar la disciplina: al contrario. Es más difícil. —Vaciló un instante.— Y tú no sabes lo peor. Jens Wylie, el subsecretario para asuntos del espacio, vino a verme hace más de dos semanas, la mañana del primer día, antes del lanzamiento. Quería que yo personalmente tomara medidas respecto al programa de trabajo de los martenautas.

—¿Y no lo habías dicho nunca a nadie? —Nick frunció el entrecejo.

—¡Por amor de Dios, Nick! ¿Acaso no hay suficientes problemas? Ya sabemos que esos chicos están sobrecargados de trabajo los treinta primeros días. Lo saben en Washington y lo saben todos los gobiernos involucrados, pero aquí estamos todos como los tres monos sabios: sin ver el mal, sin oír el mal, sin hablar con nadie sobre el condenado mal.

—Es algo que escapa a nuestra competencia —alegó Nick.

—Eso dicen todos. Lo que pasa, en realidad, es que nadie se atreve a dar al rey la mala noticia.

—¿Al rey?

—Ya sabes a qué me refiero. Te hablo de los miles de millones de personas que se suele llamar corrientes y que consideran esta expedición como si fuera un gran espectáculo para su placer y una promesa de acabar para siempre con la guerra, el hambre y todos sus problemas —explicó Bill—. ¿Es que no se dan cuenta, los

malditos imbéciles, de que toda la zorrería política sigue funcionando igual, sólo que ahora está centrada en la expedición? Sea como fuere, casi estuve a punto de hacer lo que Wylie me había pedido.

—Pero no lo hiciste, por fortuna.

—¿Por fortuna para quién? ¿Para Tad, para los otros que están con él en el espacio? —preguntó Bill con amargura—. No, ellos no dirían por fortuna.

—Resulta simplemente que este asunto es mucho más complejo que una misión espacial ordinaria —explicó Nick—. Para los que están en primera línea, puede ser duro: pero tendrán que soportarlo. No tenemos ninguna posibilidad de ayudarles.

Bill le dirigió una mirada colérica.

—¡Tú ya me comprendes! —estalló Nick. De repente recordó que era un hombre enfermo y se esforzó en mantenerse calmado—. Todo nuestro programa espacial está en peligro. Lo ha estado desde que todos los gobiernos relacionados con esta expedición comenzaron a cargarla con sus experimentos favoritos. Desde el primer momento, hemos tenido la posibilidad de elegir entre dar a los martenautas más de lo que pueden manejar o afrontar la acusación de que la NASA está tratando de arruinar el espectáculo. La situación seguirá siendo la misma hasta que los martenautas, o quien sea, hable en primer lugar.

Se interrumpió. Bill Ward permaneció en su silla, silencioso.

—No estarás pensando en comprometer a los Estados Unidos en un asunto así, ¿verdad? —preguntó Nick, lentamente.

—Aún no —contestó Bill—, Pero hubo ese accidente del segundo día, la mano de Fedya... De acuerdo, ya sé que no fue nada serio, pero están en el espacio. Cuando los hombres que están allí fuera se cansan demasiado o se agotan psíquicamente puede ocurrir cualquier cosa. Recuerda a los dos cosmonautas rusos de la Soyuz, que aterrizaron muertos debido a un error mecánico que probablemente no se hubiera producido de no hallarse bajo los efectos de una prolongada falta de gravedad sin las drogas y ejercicios que utilizamos actualmente.

—Pero tú no tienes intención de cambiar la situación por propia iniciativa, ¿o sí? —insistió Nick.

—No —contestó Bill—, aún no.

Vigésimo segundo día / Fénix Dos: Dirk Welles estaba sentado en la penumbra de su cabina, con las piernas cruzadas sobre la cama y la espalda apoyada en el mamparo. Estaba demasiado fatigado para dormir, pero era consciente de que se debía meramente a la tensión. Si permanecía quieto, dejando fluir sus pensamientos, terminaría por ceder, aun a pesar suyo, y vendría por fin el sueño. Entre tanto, el estar allí sentado a solas era casi tan bueno como dormir.

La intimidad, un mínimo de intimidad, era una de sus necesidades más arraigadas y secretas. Desde luego, podía sobrevivir sin ella mientras las cosas marcharan. Probablemente, sería capaz de soportar toda la expedición sin disponer de intimidad

pero, de todas formas, la necesidad se hubiera dejado sentir constantemente, y se sentía mejor cuando podía estar a solas, como ahora. Era extraño comprobar cómo diferían las tripulaciones de ambas naves en este tipo de cuestiones. En la Fénix Dos, tanto Bern y Fedya como él necesitaban cierto aislamiento. En la Fénix Uno eran todos aventureros, personas abiertas.

Desde su niñez, la gente jamás había sospechado que sintiera esa necesidad de aislamiento. El destino había sido amable con él, en este sentido, pues le concedió una mandíbula prominente, grandes huesos y una barba que le obligaba a afeitarse desde los doce años. Estas características físicas solían responder las preguntas inmediatas de otras personas sobre qué clase de individuo era él: una vez satisfecha esta primera curiosidad, no investigaban más a fondo, ni llegaban a sospechar la existencia de su yo interior. El núcleo de este yo interior era algo personal y silencioso, un lugar que había permanecido abierto exclusivamente para él hasta que Penny entró en su vida. Desde entonces, ocupaban ese lugar conjuntamente, si bien se concedían mutuamente el derecho de avanzar un paso más, para estar a solas, durante breves y ocasionales períodos. Se entendía con Penny, porque ella también pertenecía al mismo tipo de personas.

¡Qué extraño milagro había sido su encuentro! Nunca había supuesto que pudiera haber otra persona como él en todo el mundo, y mucho menos que esta persona fuera una mujer, alguien de quien pudiera enamorarse, como Penny. Tampoco ella había pensado que existía alguien como él. Nunca habían conversado sobre esta cuestión, pero ahora eran conscientes de ella y se lo decían el uno al otro de esa forma especial, sin palabras, en que habían sabido comunicarse desde el primer día. Desde el comienzo, no habían tenido jamás necesidad de pronunciar las palabras que otra gente se decía en voz alta.

Tal vez, era posible que sucediera algo parecido entre Bern y su Joanna. No lo mismo, desde luego, pero algo parecido. Dirk y Penny encontraban muy difícil de comprender que una esposa no quisiera estar presente en el lanzamiento de una expedición como aquella para acompañar a su esposo hasta el último momento posible. Naturalmente, la esposa de Anoshi tampoco había venido, pero la diferencia de culturas, oriental y occidental, hacía que esta incomparecencia pareciera más comprensible en los casos de Anoshi y Reiko. Pero Bern y Joanna llevaban más tiempo casados, y tenían varios hijos.

No obstante, era evidente que Bern pensaba mucho en Joanna, y ella en él, como demostraban las cartas que se escribían diariamente y las conferencias telefónicas que mantenían también casi cada día. Así, pues, era razonable colegir que también ellos disfrutaban de su propia compenetración, íntima y privada, diferente a la que existía entre Penny y él pero en cierto modo semejante.

Fedya... Fedya ya no tenía familia, y jamás hablaba sobre su esposa o sus hijos muertos. Eso pertenecía a su propia intimidad y ninguno de los otros se atrevería nunca a inmiscuirse en ella, naturalmente. Ello significaba que todos los que estaban

a bordo de ésa nave se parecían en este aspecto particular, en que eran más reservados, más aislados entre sí que los hombres de la Fénix Lino.

La tensión que agarrotaba la espalda y hombros de Dirk comenzó a desvanecerse. Podía sentir cómo iba disminuyendo. Sus pensamientos se centraron otra vez en Penny, y una deliciosa calidez comenzó a difundirse por todo su organismo. Era tan adorable. Era maravillosa la manera que tenían de mantener una conversación secreta, incluso a través del lasercom y el enorme espacio que les separaba. Los dos podían leer más allá de las palabras del otro, manteniendo una conversación todo lo personal que quisieran aunque el sistema de comunicación fuera tan abierto e impersonal como entre dos emisoras de radio. Podían tranquilizarse el uno al otro y hablar secretamente de su amor sin que nadie más lo supiera. No es que sus compañeros de la nave, ni el personal del control de expedición, quisieran escuchar deliberadamente (en realidad, se realizaba un esfuerzo especial para ignorar las conversaciones entre marido y mujer), pero aunque lo hubiesen intentado, no hubiera servido de nada con Dirk y Penny. Porque Dirk y Penny podían mantener dos conversaciones simultáneamente, una en voz alta y otra por el silencioso canal que se ocultaba tras las palabras que pronunciaban.

—Ya ha venido a entrevistarme esa periodista amiga de Jens Wylie —le había dicho Penny la última vez que hablaron.

—¿Ah, sí? —contestó él, preguntando silenciosamente—: *¿Fue una molestia?*

—Si —respondió Penny—. *No, no fue una molestia. Me gustó. Es simpática. Me gusta. Podríamos ser amigas.*

—Eso está bien. *Me alegro que hayas encontrado alguien con quien trabajar amistad. ¿Qué clase de persona es? ¿Por qué te gusta?*

—Bueno, es muy fuerte e independiente. *Es una solitaria como nosotros. Es buena compañera, nos entendemos. También necesita una amiga.*

—Siempre he pensado que Jens era un tipo agradable. *¿Es como él?*

—Hace algún tiempo que se conocen. *Sí, pero hay un problema.*

—¿Ah, sí? *¿Qué clase de problema?*

—Tiene mucho interés por saber lo que piensa la gente que está muy relacionada con el programa espacial. *Está tratando de entender el espacio, y su relación con Jens. Todavía no le comprende.*

—Pensaba que Jens podría explicarle estas cosas. *¿Qué sucede con Jens, que no se lo explica él mismo?*

—Ha estado muy atareado últimamente... *No se da cuenta de cómo intenta comprender. Y ella también, por supuesto. Y ella no puede o no quiere decírselo.*

—Creo que con algo de investigación por su parte podrá averiguar las respuestas. *No tienes por qué preocuparte con los problemas de los demás.*

—Yo misma estoy dispuesta a dárselas. *No es que cargue con sus problemas. Quiero hacerlo, por los dos, porque me es simpática.*

—Claro que puedes hacerlo. *Como tú quieras, amor.*

—Y no me representa ningún esfuerzo. *Sé que puedo ayudarla, igual que a Jens.* Además, me hace sentir útil. *Hemos sido tan felices, tú y yo, hemos tenido tanta suerte, que me gustaría ayudar a que otras personas alcanzaran la misma felicidad.*

—Adelante, pues. *Supongo que yo haría lo mismo.* Muchos recuerdos. *Te quiero, te quiero mucho.*

—Recuerdos recibidos. *Y yo también te quiero, más que a nada en el mundo.* Me encargaré de eso...

Su memoria comenzó a detenerse. En la oscuridad del compartimento, los ojos de Dirk parpadearon y, finalmente, quedaron cerrados. El sueño le acarició con sus manos suaves e invisibles, obligándole a tenderse sobre el colchón. Su mente soñolienta cruzó el inmenso vacío hasta llegar a otra mente, en algún lugar cada vez más lejano.

—*Buenas noches, mi amor...*

—*Buenas noches* —pareció que le llegaba una distante respuesta—. *Buenas noches, querido mío...*

Vigésimo segundo día / Fénix Uno: Tad despertó con un movimiento convulsivo y permaneció echado en las tinieblas, incapaz de recordar dónde se hallaba y la hora que era. Su cuerpo dolorido le estaba pidiendo más sueño, con la misma ansia que una planta reseca del desierto podría pedir la lluvia. En ese momento, sólo estaba seguro de dos cosas: de su profunda y desesperada necesidad de dormir y de la desorientación que sentía, perdido en la oscuridad sin nada a qué aferrarse excepto la seca urgencia que le había hecho volver a la conciencia.

Entonces, lo recordó todo.

Miró hacia el reloj iluminado que había en la mesa junto al lecho. Las manecillas señalaban la hora 23. Las once de la noche. A estas horas, Bap y Anoshi debían estar durmiendo, con el pesado sueño de las drogas que su agotamiento les reclamaba. Él, después de un reposo de dos horas, debía realizar sus pruebas médicas personales y trabajar en el registro de a bordo.

Permaneció en la cama unos segundos más, intentando reunir la suficiente voluntad para levantarse. En principio, el esfuerzo que eso representaba le pareció sobrehumano. Estaba encadenado a la cama por la fatiga, de pies y manos, mientras ante él se erguía la creciente montaña de trabajo por hacer, invisible pero no menos real. Cada día atacaba esa montaña con brío renovado, pero cada día, al llegar la noche, la montaña era más alta. Se había perdido un poco más de tiempo del programa general. Una nueva imposibilidad venía a sumarse a las que ya se le exigían. Y, al día siguiente, se añadiría otra más.

Apartó de su mente la sensación de derrota. *Sigue tu nariz, se dijo.* Aplícate al trabajo más inmediato. Si miras las cosas en su conjunto, no lo conseguirás nunca. Además, su jornada laboral aún no había terminado. Tan sólo se había concedido una siesta de dos horas, mientras Bap y Anoshi se entregaban al descanso nocturno. Él

todavía tenía dos horas de trabajo por delante, antes de poder regresar a la cama donde se hallaba entonces. Arriba. Se obligó a apartar el único cobertor y se incorporó, balanceando las piernas sobre el borde de la cama. Durante un segundo permaneció así hasta que, con un nuevo movimiento convulsivo, logró ponerse en pie y se dirigió hacia la ducha en el compartimiento de eliminación de desperdicios.

La ducha fue maravillosa. Se recostó contra la pared metálica de la estrecha cabina vertical, permitiendo que sus veinte litros de agua, constantemente filtrada y reciclada, golpearan sin cesar su cuerpo desnudo, infundiendo algo de calor y vida en sus huesos. Bendita fuera el agua que nunca traicionaba. Para calentarla, estaba consumiendo energía de la nave durante un periodo superior a lo normal, pero no le importaba en absoluto. Además, tenían energía de sobra, y él era como una máquina estropeada que necesitara una inyección de energía para ponerse en marcha. Cuando su temperatura interior ascendió hasta el punto en que fue capaz de comenzar a pensar en su trabajo, salió vacilante de la ducha y regresó a su compartimiento, a fin de vestirse.

Una vez vestido, se dirigió a la sala de guardia y se sentó junto a la mesa de las comidas, solicitando una taza de café. Mientras la bebía, fijó sus ojos desenfocados en la pared de enfrente, donde colgaba una diana con dardos emplumados, en la misma posición que habían quedado tras el último juego. Ahora que había logrado despertarse hasta cierto punto, no era capaz de asegurar lo despejado que estaba. Sin lugar a dudas, estaba cansado, pero lo único que sentía, sentado a la mesa, era una especie de brillante, plomiza. Las categorías de despierto y dormido ya no podían aplicársele. Estaba en condiciones de funcionar, o no lo estaba, nada más.

Mientras sorbía su café, agradable por su calor, aunque ya no sirviera de gran cosa como estimulante. Tad se preguntó cuánto habrían descendido Bap y Anoshi por ese camino al agotamiento en que él mismo se hallaba muy avanzado. Si ya no podía valorar su propio estado, tampoco podía confiar en su juicio sobre el estado de los demás. Por supuesto, él había comenzado el trabajo intensivo una buena semana y media antes de que la acumulación gradual de tiempo perdido en un programa excesivamente apretado les obligara a aumentar sus horas de esfuerzo, a costa del tiempo libre. Esto le permitía deducir que ellos contaban aún con reservas de energía que él ya había utilizado. Por supuesto, comenzaría a repasar el registro inmediatamente y quizás los resultados de sus exámenes físicos diarios le dieran alguna pista.

Comenzaría a trabajar inmediatamente. Pero antes, tomaría otra taza de café...

Conque esas tenemos, pensó Tad, mirando fijamente su recipiente de café. Su mano se acababa de extender automáticamente, volviendo a llenar la taza en el surtidor marcado con su nombre que había en la pared junto a la mesa. Creías que ibas a convencerme para que me tomara una tercera taza, ¿verdad?, preguntó a la mano. Pues no te servirá de nada.

Cuidadosamente, sin derramar una gota, vertió el contenido de la taza por la rejilla del sumidero que había bajo el surtidor, para que fuera medido y descontado del total que el surtidor contabilizaba en el registro cada vez que era accionado. Se levantó y salió de la sala de guardia.

Se dirigió a la cubierta A. por el tubo de acceso, y se dejó caer pesadamente frente a la consola del registro. Solicitó los datos del vigésimo segundo día y se dispuso a estudiarlos.

El programa de trabajo registrado tenía escasos puntos de coincidencia con las gráficas de los programas de trabajo proyectados en la Fénix Uno y, sin lugar a dudas, en la Fénix Dos ocurría lo mismo. Las horas de comida habían sido reducidas a tan sólo quince minutos, en algunos casos, y no quedaban espacios abiertos entre una tarea y la siguiente que permitieran unos pocos minutos de descanso esporádicamente. Los periodos para mantenimiento de sistemas no se prolongaban más de cinco minutos. Además, para acabar de colmar la medida, los registros indicaban que el conjunto del día arrojaba un retraso de media hora para el comienzo del periodo normal de sueño, entre las veintiuna y las veintidós horas.

Este obvio incremento de la carga de trabajos y el empleo adicional del tiempo en el registro oficial todavía resultaban plausibles. Sobre el papel, o mejor dicho, sobre las pantallas de registro de la nave y de Cabo Kennedy, no era una situación desesperada. No obstante, tampoco reflejaba totalmente la realidad de a bordo.

El verdadero problema era lo que no aparecía en los registros. Por ejemplo, los tres martenautas de la Fénix Uno habían adquirido una costumbre que ellos llamaban «hacer las faenas» y que consistía en levantarse entre una y media y dos horas antes para hacer todos aquellos trabajos que no exigían la utilización del equipo registrador y, por lo tanto, no se reflejaban en la pantalla.

Tad pidió al banco de datos que presentara las últimas constantes fisiológicas de los tres tripulantes. El experimento de masas M 149 indicaba que tanto Bap como Anoshi estaban perdiendo peso, sin duda por la sobrecarga de trabajo. Bap había adelgazado cuatro kilos, y Anoshi dos y medio, según las pesadas del día veintidós. Ambas cifras parecían razonables. Tad decidió mantenerlas en el registro tal como estaban. El experimento M 119 indicaba pérdida de calcio y nitrógeno en ambos, pero no llegaba a niveles excesivos. El M 107, un experimento de presión negativa que consistía en sentar al astronauta en una máquina que le envolvía hasta la cintura, donde se ajustaba herméticamente, y en cuyo interior se hacía el vacío, mostró alteraciones cardiovasculares que no presagiaban nada bueno.

Tad tamborileó con los dedos sobre el borde del panel, intentando llegar a una resolución. Una cosa era que él arriesgara su propio cuello, pero poner a los otros dos en serio peligro físico era algo muy distinto. ¿Cuántos días quedaban? Ocho, para acabar el primer periodo de treinta días. Después, el programa quedaba reducido a la mitad. Decidió arriesgarse unos días más, con Bap y Anoshi. Dejó las cifras del M 107 tal y como habían sido registradas.

Continuó repasando las restantes estadísticas de los dos hombres: ritmo cardiaco, presión arterial y venosa, vectocardiogramas: todas estas pruebas arrojaban resultados aceptables. Los ensayos de tiempo y movimiento, en cambio, indicaban nuevas pérdidas para Bap y Anoshi. Su rendimiento había descendido visiblemente en los tres últimos días. En este caso. Tad introdujo ligeras correcciones en el registro: tan ligeras, en realidad, que no implicaban el menor riesgo. Eran suficientes, sin embargo, para que si Tad decidía mejorar, por la causa que fuera, los datos de su rendimiento al día siguiente, pudiera hacerlo sin que se notara un cambio brusco.

Dio por terminado el repaso de los registros de Bap y Anoshi y comenzó a estudiar el suyo propio.

Por un instante quedó inmóvil, mirando fijamente las cifras. Ya hacía varios días que había comenzado a creer en la evidencia de su propio deterioro físico, reflejado en las estadísticas. Cada día las corregía, para que no se apartaran mucho de las de sus compañeros, y cada día la corrección parecía más increíble. Ciertamente que no dormía más de cuatro o seis horas cada veinticuatro, y que trabajaba al menos dos horas más que cualquier otro, pero era difícil pensar que estas diferencias ejercieran sobre él un efecto tan fulminante como las cifras demostraban.

Naturalmente, él conocía la auténtica razón. La había conocido y tenido en consideración mucho antes de sugerir a Fedya lo del accidente. El plan de Tad había sido utilizar la invalidez parcial de Fedya como excusa para reorganizar los programas de trabajo de los seis hombres, de modo que él pudiera contar con cuatro horas potenciales para trabajos extraordinarios mientras aligeraba la carga de los demás en cuarenta y ocho minutos potenciales cada uno. Una de las cuatro horas adicionales que Tad pensaba trabajar tendría que ser después de que Bap y Anoshi se hubiesen retirado a dormir, por lo que había desfasado deliberadamente su programa para justificar sus actividades cuando todos los demás dormían.

Las otras tres horas, sin embargo, había pensado ganarlas trampeando, dejando sin cumplir ciertas ocupaciones del programa que solamente le concernían a él y falseando los registros para que constaran como hechas. Había sido un problema difícil, encontrar tres horas de actividad personal que pudiera eliminar sin poner en peligro, a su juicio, la expedición ni las vidas de sus compañeros. Pero las había encontrado, gracias sobre todo a los ochenta minutos que ganaba al eliminar completamente su periodo diario de ejercicio.

Este plan no hubiera podido realizarse en el Skylab. Allí, todos los ejercicios exigían la presencia de dos personas: el participante y el observador. Pero uno de los puntos en que la NASA había tenido que ceder, conforme se acumulaban los experimentos de la expedición, había sido la necesidad de que todo ejercicio fuera observado. Tad sólo había tenido que colocar su periodo de ejercicio al final del programa diario, cuando Bap y Anoshi estuvieran durmiendo, y olvidarse completamente de él, excepto para falsear las indicaciones del registro.

Esta decisión implicaba un riesgo calculado. Desde los primeros vuelos espaciales

tripulados se sabía que los organismos concebidos para la gravedad tendían a degradarse rápidamente en ausencia de ella. Bastaban unos pocos días sin gravedad para que aparecieran trastornos comprobables. Los Skylab, con falta total de gravedad y largos períodos de trabajo para las tripulaciones, habían descubierto la solución al problema: ejercicio diario.

Las dos naves de la expedición a Marte, al estar ensambladas y en rotación, no carecían por completo de gravedad, aunque fuera menos de la mitad de la normal. Ciertas pruebas tendían a sugerir que tal vez no hiciera falta una fuerza gravitacional normal para mantener el cuerpo humano en buenas condiciones. Quizás una ligera gravedad fuera suficiente. Tad había apostado por esta posibilidad... pero le era imposible negar la evidencia que había tenido que corregir diariamente durante las dos últimas semanas. Incluso con cierta gravedad, probablemente el ejercicio seguía siendo necesario. Tad había prescindido deliberadamente de él, y los efectos se dejaban sentir en su organismo.

No obstante, era imposible volverse atrás o cambiar de planes, aunque hubiera querido. Con aliento fatigado, tomó un lápiz y comenzó a sustituir los resultados de sus pruebas por otros más saludables.

—Si —sonó la voz de Bap a sus espaldas—. Ya ves que estaba en lo cierto.

Tad dejó caer el lápiz luminoso y se volvió de espaldas a la consola. Esperaba encontrarse con Bap y Anoshi, pero lo que vio era mucho peor.

El hombre que iba con Bap era Fedya.

AMORY HAMMOND, EL INDIVIDUO ALTO, delgado y medio calvo que dirigía desde Washington la sección de Gervais, y en quien Albert Gervais no confiaba, era un derramador de café. Además, era también un absorbedor de café. Ambos hombres estaban sentados frente a frente en una mesa de la cafetería del motel, después del almuerzo, y Hammond consumía innumerables tazas de café, derramaba grandes cantidades del líquido en su platillo y lo llenaba de servilletas de papel para absorberlo.

Gervais lo contemplaba fríamente, sin moverse, tras la máscara de su propio rostro. Hasta que pudiera librarse de Hammond, estaba obligado a cargar con aquel hombre. Las Fuerzas Aéreas se responsabilizaban de la seguridad general en todo relacionado con los delegados para el espacio, debido a razones que Gervais no podía aceptar. La operación hubiera debido llevarse completamente desde la parte civil. Tal como estaban las cosas, con su equipo en un extremo y los personajes de galones dorados en el otro, ambas partes se veían impedidas ya que Gervais no podía confiar en que las Fuerzas Aéreas hicieran la vista gorda cuando él tuviera que hacer algo un poco fuera de lo corriente y, naturalmente, ellos tampoco podían esperar que él mirase hacia otra parte si habían de esconder algo de mugre bajo la alfombra. Dado que Hammond no pertenecía, estrictamente hablando, a las Fuerzas Aéreas y su superior inmediato sí pertenecía a ellas, la colaboración se ponía difícil precisamente en ese punto. Hammond (y Gervais lo sabía ahora con certeza) carecía del carácter necesario para manejar la situación, y comenzaba a dar señales de desmoronarse bajo la tensión. Además, hacía ya tanto que trabajaba para las Fuerzas Aéreas que nadie le conocía ya en la oficina central. Por otra parte, Gervais no sólo había dejado de confiar en él, sino que siempre había sospechado que le faltaba coraje para encargarse de cualquier misión hasta el final, a pesar de los buenos informes que las Fuerzas Aéreas no dejaban de enviar. Hammond y Gervais se habían tratado a fondo durante un período de casi diez años, y tenían exactamente la misma edad.

—¿Ningún problema, entonces? —preguntaba Hammond, sorbiendo su café.

—Por el momento, no —respondió Gervais tranquilamente. Su corrección era absoluta—. Sólo la rutina.

—¿Trabajan bien, tus hombres? ¿Estás satisfecho de todos?

—No tengo quejas —dijo Gervais.

Hammond apuró el contenido de la taza, llamó a la camarera con un gesto de la mano y esperó hasta que le trajo la cafetera de cristal y retiró las servilletas sucias de su plato.

—La policía local me dijo que le dieron una paliza de consideración a un chico de la ciudad, hace unas cuantas noches —explicó Hammond, sirviéndose grandes cantidades de azúcar en la taza y añadiendo luego crema de leche—. En todas las

ocasiones en que se reúne mucha gente, como en estos lanzamientos, siempre parece haber unos cuantos que salen de lo corriente.

Mientras alzaba su taza, miró fijamente a Gervais sobre el borde de la misma. Gervais le devolvió la mirada tranquilamente.

—Supongo que es así —respondió.

—La policía local dice que no se sorprenden demasiado por nada que suceda justo antes de un lanzamiento —continuó Hammond, desviando la vista de nuevo, elevando la taza llena hasta el borde, derramando parte de su contenido sobre el plato y bebiendo a grandes sorbos antes de devolverla a su lugar—, pero después vuelve a ser la misma ciudad provinciana y dormida donde nunca ocurre nada, según me han dicho.

—No —dijo Gervais—, yo no espero que suceda nada extraño, ahora que la multitud ha comenzado a dispersarse. Por supuesto, siempre hay un determinado número de delitos en el curso normal de las cosas.

—Esperemos que tan pocos como sea posible —murmuró Hammond hacia su taza.

Tomó una de las servilletas de papel, la dobló y la puso en el platillo. El papel absorbió el café derramado, que formó una mancha oscura en su centro. Por unos instantes estudió la mancha. Luego levantó la vista y se dirigió a Gervais de nuevo.

—¿Has oído lo que se dice? —preguntó—. Dicen que hay problemas por culpa de algún equipo que ha vuelto a utilizar exconvictos para el trabajo sucio.

—¿De veras? No lo sabía. ¿A qué equipos se refieren?

Hammond miró fijamente el café, mientras disolvía más azúcar.

—Nadie parece estar seguro. Pero creen que es alguno de los equipos no militares.

Esperó algún comentario, pero Gervais no dijo nada.

—Bueno —prosiguió—, probablemente no será nadie que nosotros conozcamos, especialmente nadie de nuestra sección. Todos sabemos el peligro que representa una cosa así si los periódicos se enteran.

—Sí, creo que tienes razón.

Por un cierto tiempo, ambos permanecieron en silencio, mientras Hammond bebía café. Gervais apoyó ambas manos sobre la mesa y entrecruzó los dedos.

—¿Sabes que la duquesa está en la vieja mansión? —preguntó Hammond—. Si ella anda por medio, debe haber algún plan en marcha.

—Esa vieja perra comenzó a decaer hace diez años. No es que antes fuera gran cosa, tampoco, y la gente que se ha movido por aquí no son sino espantapájaros.

—Dime algo que no sepa —contestó Hammond—. Seguimos mezclados en un asunto internacional. Todos los delegados extranjeros se quedarán aquí hasta que transcurra el primer mes de la expedición, y nos preocupan los periodistas.

—¿Cuándo no ha habido periodistas de quien preocuparse? —preguntó Gervais—. Sólo hay que mantener la cabeza baja y seguir adelante de la forma habitual.

—Muy bien. Sabes que confío en ti. Albert. Siempre he pensado que no había nadie como tú para manejar una situación como ésta. Muy bien, pues. Te veré en un par de días, cuando vuelva de la oficina central.

Su rostro se alteró ligeramente. Se levantó, tomó la cuenta de ambos almuerzos y se dirigió hacia la caja. Gervais permaneció sentado, mirándole, con la expresión perfectamente impasible. Cuando Hammond hubo pagado las consumiciones y salido al vestíbulo del hotel. Gervais se levantó también y salió, aunque no por la misma puerta, sino por las puertas de vaivén que conducían a la cocina. Atravesó la puerta de la derecha, rodeó las mesas donde trabajaba el personal de cocina, con sus uniformes blancos, y llegó a un tramo de escaleras. Bajando cuatro peldaños llegó a una salida de incendio que conducía a un pasillo. Hacia la mitad del pasillo atravesó una puerta que había a mano izquierda, saliendo a la oficina junto al vestíbulo donde estaba instalado su cuartel general. En esos momentos, la única persona de servicio allí era Joe Kolin, un hombre de unos cuarenta años, de aspecto agradable y calvicie incipiente, que vestía un traje barato de verano que le quedaba algo estrecho en los hombros.

—¿Dónde está Brawley? —preguntó Gervais.

—En su habitación, durmiendo, creo yo. ¿Quieres que llame?

Hizo ademán de tomar el auricular del videófono que había sobre la mesa.

—No, tengo que subir arriba de todas formas. Lo veré en su cuarto.

—¿Va a quedarse Hammond por aquí?

—No. Se marcha —contestó Gervais.

—Hay rumores de que si ha venido aquí es por algún asunto desagradable —comentó el agente.

—Siempre hay rumores. Siempre hay algún asunto u otro.

—¿Nada que tenga que ver con Kil, verdad?

—El responsable de Kilmartin Brawley soy yo —respondió Gervais—, pero solamente para evitar rumores te diré que la respuesta es no.

El otro asintió pausadamente y se recostó en su silla, abriendo de nuevo la novela que leía antes. Gervais salió al vestíbulo y subió en ascensor hasta el séptimo piso, donde estaban alojados todos los miembros de su equipo de seguridad. Recorrió el pasillo, enmoquetado y silencioso, hasta la habitación 743 y golpeó ligeramente la puerta con los nudillos.

—¿Sí? —respondió la voz de Kilmartin Brawley desde el interior, muy cerca de la puerta.

—Soy yo —anunció Gervais.

Sonó la cerradura y se abrió la puerta. Gervais penetró en el cuarto, mirando a su alrededor mientras Brawley cerraba la puerta con llave otra vez. La cama estaba deshecha, y el cabello de Brawley despeinado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No te comportas con inteligencia. Kil. No es nada ingenioso preparar una

defensa contra cualquier acción que yo pueda tomar respecto a tus aventurillas. En concreto, no es nada ingenioso preparar una defensa diciéndole a Hammond que aquí estamos escondiendo la suciedad bajo la alfombra. ¿Por qué lo has hecho?

El rostro de Brawley se contrajo.

—¡Albert! ¡Tienes que creerme! Yo no... yo nunca haría eso.

—¿De verdad? —Gervais lo estudió minuciosamente.

—Ya sabes que sí. Te juro que no miento.

—Si pretendes engañarme, me encargaré personalmente de que pases tus próximos sesenta años en una camisa de fuerza. Te hundiré, Kil.

—No estoy mintiendo.

—Hmm. —Gervais permaneció silencioso unos instantes, meditando—. ¿Conoces a otra persona del equipo capaz de ir con cuentos a los de arriba?

—Nadie —respondió Brawley—. Ninguno sería capaz, Albert, ni yo tampoco.

Gervais siguió pensando.

—Quizás haya alguien trabajando en la sombra —admitió finalmente—. Vale más que tengas los ojos bien abiertos, y díselo también a los demás, por si acaso.

Dio media vuelta, abrió la puerta y salió al pasillo, cerrando la puerta a sus espaldas. Kil estaba diciendo la verdad, era evidente. Le fallaba valor para desarrollar su propio juego, y por eso nunca llegaría a ser nada más que un simple agente. Desde luego, no podía estar sucediendo nada importante, aparte del asunto que estaba comenzando a investigar y que implicaba a Willy Fesser y a quienquiera que fuese su patrón. De no ser por la necesidad de hacer algo respecto a Hammond, hubiera permitido a Fesser seguir su juego sin molestias. Pero en esos momentos, era demasiado útil para no aprovecharlo. De todas formas, fuese lo que fuese, tampoco podría seguir mucho tiempo en secreto. Las operaciones de este tipo se desarrollaban siempre en una pecera. Más tarde o más temprano, acabaría saliendo todo a la luz. a menos que lo dirigiese un veterano como él mismo, o alguien como Mayence o Verigin.

Siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, atravesó el corredor hasta llegar a su propia habitación. Tras cerrar la puerta con llave, tomó asiento en la cama, junto al teléfono, pulsó el botón de *memoria* y luego marcó el número de tres dígitos que había introducido la noche de su conversación con Arthur DeMars, el delegado ex-convicto de raza negra a quien había enviado a vigilar los movimientos de gente en la mansión Kelly. El teléfono comenzó a dar la señal de llamada, pero la pantalla no se iluminó ni hubo voz que respondiera.

Oprimió otro botón que registraba automáticamente el mensaje que deseaba enviar al número marcado anteriormente y habló por su propio micrófono.

—Soy Jackson. Póngase en contacto conmigo en cuanto pueda.

Dejando el micrófono, se puso en pie y caminó hasta una butaca próxima a la ventana. La brillante y calurosa luz solar, moderada por los cristales filtrantes, le iluminó suavemente. Desde luego, había alguien trabajando en la sombra. Resultaba

evidente.

En su interior comenzó a nacer una fría cólera hacia la débil y vacilante tribu de las personas corrientes, cólera que ascendía hacia su garganta como un acceso de náuseas. Con la práctica que le daba una larga experiencia, se obligó a reprimirse. El espejo que había en la otra pared del cuarto le devolvía su propia imagen, sin mostrar el menor cambio de expresión: sin embargo, cuando logró suprimir totalmente su ira, habían gotas de sudor en su frente.

El factor más positivo era que ahora contaba con un buen equipo, con la excepción de Kilmartin Brawley, por supuesto. Kil era una manzana podrida, y debía librarse de él, igual que debía librarse de Amory Hammond. No obstante, si dejaba de lado esos dos, los hombres a su cargo componían un equipo bueno y efectivo. Incluso Kil podía ser efectivo, mientras siguiera con ellos... y siempre que estuviera bajo control.

Antes de que Gervais pudiera comenzar cualquier acción, sin embargo, necesitaba saber quién estaba haciendo qué. El único objetivo de la ciudad eran los delegados, en la planta superior, pero nada de lo que hacían podía valer dos céntimos para nadie, literalmente. ¿Qué motivos podía tener nadie para contratar a alguien como Willy Fesser para que se tomara la molestia de espíarlos a pesar de todas las barreras de seguridad? Si hubiera algo a ganar, sería mucho más fácil averiguar quién andaba tras ello. Sin embargo, tal y como estaban las cosas, lo más probable es que todo se basara en razones personales o privadas. Eso quería decir que el responsable podía ser cualquiera de los delegados, o cualquiera de los restantes equipos del gobierno, aparte del suyo propio, o incluso alguna importante empresa comercial, como alguna de las sociedades de ingeniería que habían participado en la expedición. Lo que Gervais necesitaba era algo, cualquier cosa, que le permitiera seguir adelante: una pista cualquiera. Una vez la hubiera conseguido, sólo tendría que seguir investigando hasta que pudiera pasar a la acción, y entonces, tendría sumo placer en encargarse de quienquiera que fuese el causante del problema... involucrando además a Hammond y a Kil.

Gervais comenzó a revisar en su memoria, lenta y minuciosamente, todo lo que había visto, sentido o descubierto desde su llegada al lugar con todo el equipo, poco más de dos semanas antes. Mientras pensaba, abrió el cajón de la mesa y extrajo un bulto envuelto en una toalla. Lo deshizo y colocó su contenido sobre la mesa: una pesada lima, un torno de banco y el otro abrecartas de recuerdo que había adquirido en el edificio de información del centro espacial. Sin dejar de pensar, montó el torno en posición en el borde de la mesa y lo cerró sobre el mango del abrecartas, con la hoja al aire.

Tomó la lima y, bruscamente, se detuvo a contemplar sus manos. Sostenía la lima delicadamente, pero con firmeza. Sus dedos asían, como un experto, ambos extremos de la herramienta.

Hizo una pausa, para respirar profundamente. Luego cambió la posición de sus

dedos en la lima, sosteniéndola de forma torpe y poco adecuada, como podría hacer una persona que jamás hubiera utilizado ese instrumento seriamente. Enseguida, comenzó a limar la punta del abrecartas, suavemente redondeada, hasta obtener una hoja cortante y puntiaguda.

—¿CUÁNTO TIEMPO HACE que dura esta situación? —preguntó Fedya. El ruso, Bap y Anoshi, estaban en pie frente a Tad, aún sentado ante la pantalla del registro.

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó Tad a su vez.

Fedya ignoró su pregunta. Dio una zancada hacia delante, para situarse a la altura de Tad, y estudió la hoja del registro que aparecía en la pantalla.

—Un momento... —Tad intentó volverse, para quedar frente a la consola, pero Fedya le rechazó de un empujón y Bap le asió delos hombros, manteniéndolo en su lugar—. Pero, ¿qué diablos...?

Su voz era ronca, y, cuando intentó ponerse en pie pese a la sujeción de Bap, las piernas no le respondieron. Fedya siguió estudiando las cifras de la pantalla, sin mirarle, durante un largo rato. Por fin, retrocedió y Bap dejó ir a Tad.

—Soy el comandante... —comentó Tad, pero Fedya le interrumpió.

—Eres un enfermo —dijo—, un hombre seriamente agotado y enfermo. Bap, fíjate en los resultados de sus pruebas.

Bap se adelantó hacia la pantalla. Esta vez, sin embargo, Tad no hizo ningún esfuerzo para impedirselo. Permaneció sentado en su silla, mirando airado a Fedya.

Bap dijo algo, suave pero enfáticamente, en una lengua que Tad no reconoció. Luego, se apartó de la consola y se volvió hacia Tad, cerrando los dedos de su mano izquierda sobre la muñeca izquierda del comandante para comprobar sus pulsaciones. Delicadamente, alzó un párpado de Tad con su mano derecha y lo dejó ir de nuevo. Un momento después, soltaba la mano del pulso.

—Tad —murmuró, mirando hacia él y sacudiendo la cabeza—, ¡Tad!

Tad los miraba como un perro salvaje acorralado.

—¡Basta ya! —exclamó secamente—. No conseguiréis nada. Si se lo decís al control de expedición, lo pondréis todo al descubierto.

—El control de la expedición ya está preocupado por los datos de tus constantes vitales durante el período diario de observación —respondió Fedya.

—Pero no saben lo que está pasando aquí, y no lo sabrán si nosotros no se lo decimos.

—Es cierto —dijo Bap a los dos que le acompañaban—. Pero no podemos dejar que esto siga así.

—No —asintió Fedya. Sus ojos taladraban los de Tad—. Así que éste era tu plan para solucionar la sobrecarga de trabajo, ¿eh? ¿Cómo has podido intentar algo tan descabellado?

—¡Marchaos al infierno! —rugió Tad, excitado—. Si hubiera habido bastante gravedad, todo hubiera salido bien. Lo único que tengo es falta de ejercicio.

Fedya lanzó una mirada interrogativa en dirección a Bap, quien se encogió de hombros.

—Es probable —admitió Bap. Desvió la vista hacia Tad—. De todas formas, soy lo más parecido a un médico que hay a bordo, y te ordeno personalmente que te metas en la cama hasta nueva orden.

—Hay trabajos pendientes que sólo yo puedo hacer.

—Pueden esperar diez horas —contestó Bap—. Hasta la falsificación de los datos puede esperar diez horas.

—¿Qué vais a decir a control, cuando os los pidan mañana por la mañana?

—Les diremos que esperen —dijo Fedya—. Mientras tanto, les informaremos que es necesario suspender el programa de trabajo, inmediatamente.

Mientras hablaba, tomó asiento frente a la consola de mando, accionó el interruptor de comunicaciones y oprimió los botones que controlaban el contacto láser.

—Aquí Fénix Uno —dijo por el micrófono incorporado en la consola ante él—. Fénix Uno. Soy Fedya, de la expedición a Marte, llamando a control de expedición desde la Fénix Uno. Adelante, Kennedy.

Se produjo una demora perceptible. Ya estaban lo suficientemente lejos de la Tierra para que las comunicaciones no fueran inmediatas. La pantalla se llenó de colores vacilantes hasta concentrarse en los finos rasgos de un ingeniero de comunicaciones. A sus espaldas, se veían las hileras de consolas electrónicas del control de expedición, en el Cabo.

—Aquí control de expedición —respondió—. Aquí control de expedición. Le oigo fuerte y bien. Fénix Uno. ¿Qué ocurre, Fedya?

—Quiero hablar con el director de la expedición —informó Fedya—. He de hablar urgentemente con Bill Ward.

—... así que lo dejé allí, encerrado en el armario.

Sir Geoffrey terminó su historia y el grupo que le rodeaba comenzó a reír. Una risa en especial, la de la duquesa, se alzaba sobre el rumor de conversaciones de las mesas vecinas. Sir Geoffrey le guiñó un ojo, en señal de compañerismo, dándose cuenta al mismo tiempo de que se estaba acercando peligrosamente, una vez más, a su límite de bebidas. Era un pensamiento bastante molesto para una persona acostumbrada a beber toda una noche y el día siguiente sin que nada en su conducta lo demostrara. Sería mejor que no tomara nada más esa noche, aunque todavía faltaban unas dos horas para marchar. ¡Condenación!

—Pero, ¿qué pasó con el hombre? —preguntaba Jenna, la esposa de Bill Ward.

—¿Qué le pasó? Pues no tengo la menor idea —respondió Sir Geoffrey—. Por lo que yo sé, quizás esté aún en el armario.

Nuevas carcajadas. Bill sintió que alguien le asía por el codo. Giró la cabeza y vio que era Al Murgatroyd.

—Fedya quiere hablar contigo por el lasercom, ahora mismo.

—¿De qué se trata?

—No lo sé —contestó Al.

Bill vaciló un instante, mirando a su alrededor. Sir Geoffrey acababa de comenzar otra historieta. Bill pidió a Jenna que lo acompañara y se apartaron del grupo.

Una vez se aseguró de que nadie podía oírles. Bill se dirigió a Jenna.

—No es nada vital —explicó—, pero los martonautas quieren hablar conmigo sobre algo. Debo volver inmediatamente al control de la expedición. ¿Podrás conseguir un taxi para que te lleve a casa?

—Oh, ya me acompañará alguien —respondió—. No te preocupes por mí. —Miró comprensivamente la figura alta y robusta de su marido.— No olvides que necesitas dormir.

—Naturalmente, naturalmente. De todas formas, será mejor que no me esperes despierta.

Comenzó a andar velozmente hacia la puerta del hotel que conducía al aparcamiento adyacente antes de que Jenna pudiera darle más consejos. Se preocupaba mucho por él, desde que supo que Nick Henning había sufrido un ataque al corazón. Encontró su coche en el aparcamiento y se puso en marcha hacia el Cabo.

A pesar de que las carreteras, después de medianoche, estaban casi vacías, le costó cuarenta minutos llegar hasta allí. Otros diez minutos y estaba hablando con Fedya.

—¿Dónde está Tad? —preguntó Bill.

Se produjo una demora, aunque el rayo láser viajaba a la velocidad de la luz, hasta que los labios de Fedya comenzaron a moverse en la pantalla y se oyó su voz.

—Está durmiendo, con tranquilizantes. No puede hablar contigo ahora.

—Estás ocultándome algo —dijo Bill.

—No —respondió Fedya—. ¿Qué más quieres saber? El programa de trabajo es demasiado exigente. Estamos todos agotados. Tad ha estado a punto de sufrir un colapso debido al agotamiento.

Bill levantó un fajo de hojas con los datos del registro, que alguien había puesto junto a él mientras estaba hablando.

—De acuerdo con estas estadísticas, Tad... —De repente, surgió un pensamiento al fondo de su mente y, silenciosamente, dejó las estadísticas a un lado. —Lo que pretendes es que control de expedición reduzca la lista de experimentos, ¿no es así?

—Sí. Pueden reducirla —respondió Fedya. Tras una leve pausa, prosiguió—, o bien, pueden enfrentarse al hecho de que ciertos trabajos quedarán sin hacer debido a la falta material de tiempo para realizarlos.

—¿Para cuándo...? —Bill se sorprendió por la ronquera de su propia voz. Se aclaró la garganta y comenzó de nuevo—: ¿Para cuándo queréis una respuesta?

—Dentro de veinticuatro horas —respondió Fedya.

—¡Por favor, Fedya! Para reducir la lista hace falta la aprobación de varios gobiernos. El tuyo, entre otros. No puedes decirlo en serio.

—Pueden tardar tanto como quieran —respondió Fedya—. Pero, a partir de ahora

mismo, en ambas naves sólo haremos el trabajo que podamos buenamente hacer en una jornada normal.

—Esto no es... —comenzó Bill, interrumpiéndose para leer una nota que alguien le había tendido. La leyó para sí y rió. Volvió a mirar a Fedya, en la pantalla.

—¡Salvados por la campana! —exclamó—. ¿Sabes que ocurre? Acaban de informarnos que una erupción solar os alcanzará dentro de cinco horas, treinta y ocho minutos. ¿Has oído?

—Sí, he oído —contestó Fedya—. Registro: una erupción solar nos alcanzará en cinco horas, treinta y ocho minutos. Supongo que te refieres a una erupción lo suficientemente grande para que hagamos las pruebas del lasercom.

—Desde luego —dijo Bill—, Para hacer estas pruebas vais a tener que dejar todo lo demás. Vale más que comencéis ahora mismo y pongáis entre las dos naves toda la distancia que os sea posible. Entre tanto, daré curso a vuestra solicitud de una reducción en el programa.

—Muy bien —aprobó Fedya—. La Fénix Dos te llamará otra vez justo antes de romper el contacto para establecerlo con la Fénix Lino durante las pruebas del LCO. Cambio y corto.

—Cambio y corto —respondió Bill. La pantalla quedó inerte. Bill se recostó en la silla, sin apartar la mirada de la superficie apagada, durante varios segundos. Por fin, se sobrepuso y miró a su alrededor, buscando a la persona que le había entregado la nota relativa a la explosión solar.

—¿Quién me ha dado esto? —preguntó—. ¿Será muy fuerte?

—He sido yo —contestó el ingeniero de comunicaciones que estaba de guardia. Mick Howard, inclinándose hacia él—. Va a ser bastante fuerte.

Tad pasó bruscamente a un estado de vigilia total, como si hubieran disparado un cañonazo junto a su cama. Permaneció tendido, escuchando, pero no se oía ningún sonido. Se encontraba algo mareado, pero alerta. Su cuerpo, sin embargo, seguía entumecido por la fatiga. Se esforzó a incorporarse sobre el borde de la cama... y se encontró flotando por el aire, encima del colchón.

No había gravitación.

La Fénix Uno y la Fénix Dos ya no estaban unidas y girando sobre su centro.

En ese momento, oyó de nuevo el ruido que le había hecho despertar. Era el sonido de metal contra metal y procedía de la sección delantera de la nave, tal vez de la cubierta A, directamente sobre su cabeza.

Tad saltó bruscamente de la cama y tiró de sí mismo, en el ambiente sin gravedad, hasta la escotilla del tubo de acceso y, luego, por el tubo de acceso hasta la cubierta A. Una vez allí, vio a Bap y Anoshi montando espesos paneles, formados por varias capas de metal, junto a las consolas de control. Cuando emergió del tubo de acceso estaban terminando de instalar uno, junto a la línea de paneles ya instalados verticalmente a la izquierda de los mandos, y Bap advirtió su llegada.

—¿Ya despierto, Tad? Pensaba ir a buscarte ahora mismo. Tenemos una tormenta solar en perspectiva. En realidad, ya ha comenzado.

—¿Una tormenta? —Esta información hizo desaparecer toda la irritación que Tad había ido acumulando desde su despertar. Durante un segundo, sólo pudo pensar en lo que una intensa erupción solar significaba para las Fénix Uno y Dos. Luego, reapareció la irritación—. ¿Por qué me habéis dejado dormir tanto?

—Nos las hemos arreglado bien sin ti —explicó Anoshi—. El índice de radiación está empezando a subir y ya estamos bien cubiertos, excepto el lasercom, que ahora está orientado con el espejo de la Fénix Dos.

—¿Dónde está la Fénix Dos? —quiso saber Tad.

—Fedya se ha apartado sus buenos ciento cuarenta kilómetros. Los dos hemos enviado nuestros últimos mensajes, por el momento, a control de expedición. Tan pronto como hayamos acabado de montar el refugio para tormentas aquí arriba, estaremos listos para lo que venga. Será mejor que te vistas deprisa.

—¿Qué me vista? —Tad observó de repente que no llevaba nada más que el uniforme de trabajo normal de la nave. Anoshi y Bap vestían el mono interior del traje espacial, con los sensores biomédicos y el voluminoso sistema colector de orina rodeando sus ingles y cintura. Miró el nuevo panel que ambos estaban transportando, el último que quedaba por montar para rodear totalmente los sistemas de control. Los paneles delimitaban una zona especialmente protegida, que los martenautas llamaban «refugio para tormentas».

—¿Cuándo hemos de estar en el refugio? —preguntó Tad.

—Dentro de los próximos quince minutos, para estar totalmente seguros —informó Bap. Al no existir gravedad, los paneles carecían de peso: su masa y su inercia, sin embargo, hacían difícil su transporte.

—Volveré dentro de diez —prometió Tad.

Volvió rápidamente a la cubierta B por donde había venido. Se enfundó la prenda interior, engulló una taza de café caliente en la sala de guardia, pasó brevemente por el compartimiento de eliminación de desperdicios y regresó por el tubo de acceso hasta el refugio para tormentas antes de que se cumpliera el plazo que había dado. Penetró por la abertura que dejaba el último panel y, una vez dentro, tiró de él hasta dejarlo unido al panel contiguo, cerrando el refugio.

Bap y Anoshi ya estaban en sus literas de aceleración. Tad se tendió con rapidez en la suya y aseguró el cinturón. Estaba ya completamente despejado, pero el descanso le había hecho cobrar conciencia de lo que significaba el agotamiento físico. Era como un cerebro vivo dentro de un armazón casi inconsciente.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi seis horas —contestó Anoshi—. Nos enteramos de la tormenta cuando Fedya llamó a control para decirles que redujeran el programa de trabajo. Eso debió ser una hora después que Bap te metiera en la cama.

—¿Y Fedya ha separado la Fénix Dos? ¿Conservamos el rumbo?

—Exacto. Ambas suposiciones son exactas.

—¿Será una erupción muy intensa?

—Las previsiones que nos han dado superan los doce mil BeV en el punto más próximo a la Tierra —informó Anoshi—, Eso quiere decir que llegará casi al tope de nuestra escala.

Mientras hablaba, señaló el contador exterior de la Fénix Uno. Doce billones de electronvoltios representaban más de tres cuartas partes de la escala de medición. En esos momentos, la aguja permanecía justo encima de la línea inferior.

—¿Estamos bien cubiertos? ¿Habéis puesto en seguridad los sujetos vivos?

—Todos, hasta las plantas de la sección atmosférica y la película de las cámaras exteriores. Todo. Tranquilízate. Tad —dijo Bap animosamente—, todo está hecho. No hemos notado tu ausencia en absoluto.

—¡Eso quisieras! —replicó Tad. Seguía luchando con su organismo abotargado por el cansancio, y el humorismo habitual de Bap le enfurecía, en lugar de divertirle. Se volvió hacia la sección de comunicaciones de su consola y marcó los botones necesarios para hablar con la Fénix Dos por el LCO.

Se produjo el acostumbrado remolino de colores y apareció el rostro de Fedya. La imagen era clara y nítida, como era de esperar. Para el rayo láser que la transmitía entre el espejo exterior de cobre de la Fénix Dos y el espejo gemelo de la Fénix Uno, la distancia de ciento cuarenta kilómetros era casi una broma, en comparación con la que debería cubrir para mantener las comunicaciones entre Cabo Cañaveral y la expedición, una vez hubiera llegado a Marte. En teoría, una comunicación a tan poca distancia no debería verse alterada ni siquiera por los billones de electronvoltios de la tormenta de protones y electrones arrojados por la erupción solar tras su primer estallido de radiación electromagnética. Sin embargo, esa era una de las cosas que la expedición debía comprobar. Ambas naves habían alineado sus espejos láser exteriores, rompiendo así el contacto con la Tierra, excepto mediante comunicación por radio. La comunicación por radio, empero, era mucho más limitada, aun con el potente equipo instalado en la Fénix Uno para pruebas de largo alcance una vez se encontraran en órbita de Marte.

—¿Fedya? —comenzó Tad, tan pronto como la cara resultó identificable—. ¿Has hablado con Kennedy sobre la anulación del programa?

—Hablé con Bill Ward. Le dije que, en cualquier caso, ninguno de nosotros podía hacer más de lo realizable en un horario normal de trabajo, de ahora en adelante.

—Muy bien —aprobó Tad. Su mente pasó a otra cuestión—. Y, respecto al registro...

—No he dicho nada.

—Muy bien. ¿Tuviste un último contacto con el control antes de realinear el espejo LCO?

—Sí —confirmó Fedya—. Les llamé para decir que estábamos a ciento cuarenta clics de vosotros y que reanudaríamos la comunicación tan pronto como la tormenta

descendiera lo suficiente por debajo del punto máximo. Calculo que eso sucederá al menos quince horas después de mi última transmisión a la Tierra.

—Correcto. ¿Cómo os encontráis todos los de ahí?

—Estupendamente —la voz de Dirk sonó antes de que Fedya pudiera decir nada—. Tan cómodos como pollitos en nuestro refugio para tormentas.

Fedya sonrió ligeramente.

—¿Y tú? —preguntó a Tad.

—Afirmativo —contestó éste—. Dejaremos el canal de comunicaciones abierto para las mediciones. No tengas reparo en llamarnos en cualquier momento.

—Así lo haremos —asintió Fedya—. Cambio, pero no corto.

—Cambio, pero no corto para vosotros —añadió Tad.

El rostro de Fedya se apartó de la pantalla, que ahora mostraba una sección del refugio solar de ¡a Fénix Dos y los paneles elevados de la cubierta A. Tad se recostó en la colchoneta, sujeto por el correaje.

—Creo que voy a echar un sueñecito —dijo en voz alta—. De todas formas, ahora no podemos hacer nada. Sí, creo que voy... a...

Casi inmediatamente, comenzó a soñar que la Fénix Uno había llegado a Marte. Estaba enterrada a gran profundidad bajo la arena y ésta, a pesar de todos sus esfuerzos, no dejaba de filtrarse a través de pequeñas fisuras y grietas del casco, acumulándose inexorablemente...

La tormenta solar desatada a través del vacío que rodeaba la nave, y a través de la misma nave, no causaba ningún sonido. Tampoco causaba vibraciones, colores ni movimiento perceptible. Sólo podía verse la aguja del indicador subiendo. Ascendió lentamente hasta los doce billones de electronvoltios... y siguió ascendiendo mientras los tres martenautas de la Fénix Uno la contemplaban desde su refugio, y esperaban, intercambiando algún comentario ocasional con la Fénix Dos.

—Mirad —dijo por fin Anoshi.

Señalaba hacia el contador de BeV. Los otros dos siguieron su mirada. Les llevó más de un segundo asegurarse de que estaban viendo simplemente lo que deseaban ver.

—Ha descendido, es cierto —afirmó Tad—. Muy poco, pero —ha descendido. Fénix Dos...

Se volvió hacia el micrófono de comunicación y la pantalla del contacto láser. Ésta, sin embargo, ya no mostraba los paneles y el techo que rodeaban la zona de control de la otra nave. En su lugar aparecía una imagen confusa, que variaba lentamente, de colores mezclados al azar.

—¿Y ahora, qué? —masculló Tad. Sus dedos se dirigieron a los controles del LCO, mientras seguía repitiendo por el micrófono—: Fénix Dos. Fénix Dos. Adelante, por favor. Fénix Uno llamando a Fénix Dos. ¿Me oyes. Fénix Dos? Fénix Dos, aquí Fénix Uno. Adelante. Fénix Dos...

Los colores siguieron cambiando, sin adoptar una forma concreta. Tad extendió la mano para aumentar la ganancia del altavoz de la consola, pero lo único que consiguió fue que la estática del fondo sonara con más fuerza.

—O su LCO se ha estropeado, o lo ha hecho el nuestro —dijo Anoshi.

—No tiene ningún sentido —murmuró Tad.

—¿Cómo? —preguntó Anoshi.

—He dicho —repitió Tad, secamente—, que esto no tiene sentido. Ha funcionado perfectamente hasta hace un minuto y, de repente, se ha cortado.

Se volvió y apartó la cubierta de la cinta registradora del lasercom, extrayendo una larga tira de papel con cinco rayas paralelas que avanzaban con regularidad hasta un punto, a unos veinte centímetros de los dedos de Tad, donde las líneas rectas se convertían en trazos quebrados y oscilantes que continuaban hasta la salida de la grabadora.

—Sucedió de repente, hace poco más de tres minutos —anunció Tad—. ¿Alguno de vosotros estaba en ese momento mirando la pantalla?

Bap y Anoshi negaron con la cabeza, la vista fija en Tad.

—Bueno, supongo que debe ser nuestra unidad —decidió Tad—. Si no es eso, es que la Fénix Dos está emitiendo este caos deliberadamente. Ahora bien, ¿cómo es que nuestro LCO ha aguantado magníficamente el peso de la tormenta y se estropea en el momento justo que comienza a calmarse?

Volvió a mirar el contador. La aguja estaba ahora claramente por debajo de la marca superior que señalaba momentos antes. Bap consultó el cronómetro de la nave, situado en posición visible sobre la consola.

—La tormenta ha sido más intensa de lo previsto —dijo Bap—, pero también termina antes. Según las previsiones, el bombardeo de partículas pesadas tendría que durar una hora más, como mínimo.

—Mientras termine la tormenta, no me importa saber los motivos —respondió Tad, sobresaltándose por la furia que reflejaba su voz. Contrólate, dijo para sí. Te estás volviendo tan difícil de tratar como la nitroglicerina. ¿Volviendo? ¿O acaso te has estado portando así las dos últimas semanas, demasiado cansado para darte cuenta de tus reacciones hacia Bap y Anoshi?

Sin embargo, no era ese el momento para un examen de conciencia. Su atención debía concentrarse en la avería del LCO. Miró de nuevo hacia el contador de BeV. En la parte inferior de la escala se veía una línea roja y, todavía más abajo, una línea azul. Cuando la aguja señalase por debajo de la línea azul, sería posible enviar un hombre en traje espacial al exterior de la nave.

—Enseguida que bajemos de la línea roja —explicó a los otros dos—, podremos verificar todo el sistema hasta el punto en que atraviesa el casco de la nave para llegar a los controles de posición del espejo. Mientras tanto, podemos ir comprobando el funcionamiento de la consola. También podemos probar con la radio, supongo, a ver si hay suerte.

Nada más terminar de hablar, accionó el conmutador del sistema de radio. Sin embargo, al primer toque del mando de volumen surgió un torrente de estática que desvaneció sus esperanzas de establecer contacto con la Fénix Dos.

—Era de esperar —admitió, intentando mostrar una sonrisa a Bap y Anoshi—. Muy bien, ayudadme a retirar el panel delantero de esta consola y comenzaremos a verificar el LCO.

Se pusieron manos a la obra, pero la parte del sistema que podían repasar sin salir del refugio era bastante limitada y pronto descubrieron que la avería no se hallaba dentro de la zona de seguridad. Volvieron a montar el panel ante la consola y Tad comprobó otra vez el medidor de radiación. La aguja había descendido por debajo de la línea roja.

—Está bajando maravillosamente —anunció Tad, incorporándose—. Podemos salir del refugio y comprobar el sistema hasta el punto en que sale al exterior.

Bap y Anoshi se pusieron asimismo en pie. No obstante, Anoshi contemplaba el contador con expresión preocupada.

—Pienso lo mismo —asintió Bap, aunque Anoshi no había dicho nada—. A juzgar por lo que nos explicaron, no es normal que la tormenta se desvanezca tan pronto y con tanta rapidez.

Tad sintió que toda la irritación y furia de antes hervía en su interior, como un agrio sabor de vómito en su garganta.

—¿Tienes alguna sugerencia mejor, en estas condiciones?—preguntó a Bap—. No podemos entrar en comunicación con la Fénix Dos, y mucho menos con el control de expedición.

Bap se limitó a fruncir ligeramente las cejas, que se unieron formando una sola línea negra sobre sus ojos oscurecidos por la fatiga. Parecía más sorprendido que molesto por las palabras de Tad, y el tono en que las había pronunciado.

—Podríamos esperar unas cuantas horas más —propuso—. Después de todo, ha sido la Fénix Dos la que se ha separado de nosotros. Todo lo que hemos de hacer es esperar que vuelva a unirse a nosotros, si la tormenta ha pasado realmente y las comunicaciones están interrumpidas.

—¿Y si ellos también están en apuros? —replicó Tad—. ¿Y si tienen problemas más graves que los nuestros y nos necesitan para establecer contacto con el control?

No se detuvo a esperar la respuesta de Bap, sino que se encaminó resueltamente hacia el último panel que habían instalado para completar el refugio. Lo liberó de sus soportes y lo empujó hacia afuera, saliendo a la parte no protegida de la cubierta A.

—Muy bien —exclamó, dirigiéndose al panel de acceso que les permitiría seguir el sistema de contacto láser más allá de la zona limitada por el refugio para tormentas—. En algún punto a partir de aquí acabaremos dando con la avería.

A PESAR DE TODO, cuando retiraron la última placa de acceso, descubrieron que todas las conexiones del LCO funcionaban perfectamente hasta el punto en que atravesaban el casco del vehículo.

—Eso es —dedujo Tad, desconectando las terminales del aparato verificador y colocando la placa de acceso nuevamente en su lugar con un golpe de puño—. Tiene que estar en la unidad de orientación del espejo, fuera de la nave, como pensé en un principio. La erupción ha sido lo bastante fuerte como para que alguno de los componentes electrónicos extremos haya resultado afectado.

—El motor de orientación está protegido —objetó Bap—. Toda la carcasa debajo del espejo está protegida.

—No lo suficiente —respondió Tad—. No lo suficiente, maldita sea. ¿O acaso piensas que hemos pasado algo por alto y la avería está en el interior, después de todo?

Su mirada estaba fija en Bap, cuyo rostro oscuro había deformado el cansancio hasta el punto de parecer la hoja de un hacha tallada en piedra gris. Su habitual sentido del humor le había abandonado. Anoshi, igualmente deprimido, los contemplaba a ambos.

—Me he limitado a mencionar la protección. Desde luego que ha de estar fuera.

—Muy bien, entonces —dijo Tad, con voz nuevamente impersonal.

Dando media vuelta, abrió el camino hacia el tubo central, ascendiendo por sus peldaños metálicos hasta la cubierta de mando otra vez. Tad comprobó la aguja del contador. Ahora estaba aún más abajo: la gráfica mostraba una curva descendente de más de treinta grados de inclinación y, aunque la aguja todavía quedaba un par de centímetros sobre la línea azul, su movimiento hacia abajo era constante.

—Muy bien —repitió Tad. Comprobó otra vez la radio, pero el altavoz sólo emitía el caótico rugido de la estática—. Voy a salir al exterior. Averiguaré dónde está el problema.

—Todavía no ha llegado al azul —se opuso Bap—. Y antes de salir de la nave debemos informar al control de expedición.

Tad le miró de nuevo con fijeza.

—No —intervino Anoshi—, hasta que la tormenta no haya cesado completamente no será posible conectar con el control por radio. Y ya recuerdas lo que dijimos antes: quizás en la Dos tengan el mismo problema. Sin radio, no pueden comunicarse con nosotros ni con Kennedy. Al menos, nosotros tenemos la posibilidad de hablar por radio con la base dentro de uno o dos días, aunque se hayan estropeado los LCO de ambas naves. Pero, entre tanto, podemos perder la Fénix Dos.

—Está bien —concedió Bap, devolviendo la mirada a Tad—. Pero tú eres el comandante. Tad. Iré yo, o Anoshi.

—Yo soy el comandante. Iré yo.

Se dirigió hacia el tubo.

—Todavía no ha llegado a la línea azul —advirtió Bap.

—Ya lo has dicho antes —contestó Tad sin detenerse, sin mirar hacia él, pero cuando haya terminado de vestirme y esté listo para salir, ya habrá llegado. La curva de la gráfica es la típica de una erupción solar. Hay algo que podéis hacer —dijo volviendo la cabeza hacia ellos, mientras la mitad inferior de su cuerpo desaparecía hacia el interior del tubo—. Los monitores siguen funcionando perfectamente. Mantened la imagen de la compuerta tres. Yo esperaré allí y no saldré hasta que me aviséis que estamos bajo la línea azul. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Muy bien. Mantendré la compuerta tres en pantalla y le avisaré cuando la aguja llegue a la línea azul.

—Correcto. Y no dejéis de comprobar la radio y el LCO, por si acaso nos llega algo de la Dos o del control.

—Yo me encargo de eso —informó Anoshi.

Tad, después de la breve conversación, reanudó su descenso, desapareciendo de la vista de los dos que quedaban en la cubierta de mando.

Al mismo tiempo, en la Fénix Dos estaban procediendo también a una verificación del sistema de comunicaciones por láser, pero con resultados diferentes.

—Quizá tengamos algún desperfecto en el exterior —sugirió Bern.

Fedya se limitó a sacudir la cabeza. Se encontraban en la zona de mando de la Fénix Dos y, mientras los otros dos permanecían en pie a sus espaldas, Fedya estaba sentado ante el tablero de pruebas del LCO.

—No es probable —respondió Dirk—. Se hubiera encendido una luz roja en alguna parte. Tiene que ser en la Fénix Uno.

Los dedos largos y delgados de Fedya tamborileaban nerviosamente sobre el borde del tablero. De los tres hombres que tripulaban la Fénix Dos, él era quien menos acusaba la fatiga. Su rostro, grave y bien proporcionado, parecía más remoto que cansado, como si estuviera calculando mentalmente la solución de un problema teórico de ajedrez.

—No tenemos radio —dijo en voz alta, accionando momentáneamente el volumen del altavoz, con su chorro de estática—. No tenemos contacto láser con la Uno —quitó el sonido de nuevo—. Muy bien. Veamos si podemos conectar con el control de expedición. Si hay comunicación, sabremos que nuestro LCO sigue operativo. Además, podremos informar a control lo de la Fénix Uno.

Alzó la vista hacia Dirk.

—Dirk, tú pégate a la radio, a ver si puedes establecer contacto con la Uno de esta manera. Mientras tanto, yo prepararé el láser para comunicar con Kennedy.

En Merritt Island, la temperatura superaba los treinta grados. Tom y Cassy habían decidido ir a nadar a la piscina del club de tenis. Wendy, pensando que Tad se lo

hubiera permitido, había preparado dos bolsas con sus almuerzos y los había visto partir en sus bicicletas. La casa vacía, con el incesante murmullo del acondicionador de aire, la desplazó insensiblemente hacia el garaje, y terminó conduciendo hacia el control de la expedición. La tormenta solar que debían soportar las naves no le preocupaba excesivamente, pues sabía que los martenautas estaban tan seguros en su refugio como si se hubieran hallado en la Tierra. Sin embargo, su última comunicación con Tad a través del láser le había causado inquietud. Su imagen en la pantalla indicaba bien a las claras su cansancio. Cuando Tad estaba cansado, las cosas no solían ir muy bien para él. Las pequeñas desgracias de la vida, como romperse un dedo del pie, abollar el parachoques del automóvil o enterarse de que acababan de aumentar los impuestos de la casa, siempre le ocurrían cuando estaba cansado.

En cambio, cuando estaba en forma, sucedía lo contrario. El curso de la suerte parecía invertirse y todo marchaba maravillosamente. Wendy había aprendido a engatusarle para que se echara un momento, en ocasiones, dejando luego que durmiera más tiempo del previsto. Si él sospechaba sus intenciones antes de caer dormido, se mostraba furioso con ella y consigo mismo. Pero si no se daba cuenta hasta que despertaba, nunca se enfadaba por lo que había hecho, fueran cuales fuesen las consecuencias de su sueño prolongado.

—No importa, ya me las arreglaré —solía decir. y, de una u otra forma, siempre se las arreglaba.

Ahora no tenía ninguna posibilidad de engatusarle para que durmiera, a través de un haz de láser que cruzaba siete millones de kilómetros de espacio vacío. Sin embargo, quería sentirse en contacto con él, compartiendo lo que hubiera que compartir, al igual que una persona sostiene la mano de un ser querido inconsciente entre las suyas propias, mientras le acompaña en la ambulancia que lo conduce al hospital.

Cuando llegó al edificio de control, la acristalada cabina de observación estaba vacía, aunque pudo ver la mata de pelo gris que pertenecía a Bill Ward entre un grupo de personas, junto a la primera línea de consolas. Al poco rato. Bill se percató de su presencia. Un momento después, el ingeniero ayudante de comunicaciones, un hombre delgado y de tez morena llamado Ed Ciro, se dirigía a ella en la cabina.

—Estamos fuera de contacto con las dos naves, en estos momentos —explicó—. La causa puede ser la erupción solar, o las pruebas del LCO, pero ambas cosas deberían haber terminado ya. Contamos con establecer comunicación de nuevo dentro de la próxima media hora. ¿Quiere tomar una taza de café?

Wendy negó con un gesto de cabeza, con la mirada fija en Bill Ward y los que le rodeaban junto a los aparatos de control, del otro lado de la pared de cristal.

Cuando Tad terminó de enfundarse el traje espacial junto a la compuerta tres del nivel inferior, transpiraba profusamente. Los controles de temperatura del traje comenzaron automáticamente a secarle, de modo que Tad se sentía sofocado y frío al mismo

tiempo. Una sensación desconcertante.

De pronto, recordó que hubiera debido pedir a Anoshi que le acompañara para verificar el traje antes de salir al exterior. No había pensado en ello, y era evidente que Anoshi tampoco. En realidad, no era imprescindible, pero el hecho de que ambos lo hubieran olvidado era otro síntoma del agotamiento que sentían todos. Los sudores que le había costado vestirse el traje eran también una señal de aviso que le mandaba su organismo. Uno de los peores efectos de la fatiga era que no sólo afectaba la capacidad de razonar y volvía a uno irritable, sino que, además se convertía en una muralla que le separaba de los otros. No se podía desperdiciar la energía necesaria en recordar que ellos también estaban exhaustos y propensos a los errores, y todo lo que hacían resultaba irritante...

En ese momento advirtió que llevaba ya cierto tiempo junto a la compuerta tres, sosteniendo el dispositivo de prueba que necesitaba para verificar el LCO. Habló por el micrófono del traje.

—¿Bap? Me tienes en pantalla, ¿verdad?

—En pantalla, exactamente.

—¿Qué pasa? ¿Sigue la aguja sobre la línea azul?

Se produjo un breve silencio antes de que Bap respondiera.

—No. Acaba de atravesarla. Pero el descenso es ahora más lento. Quería darte un poco de margen por debajo del azul.

—No te preocupes de márgenes. ¿La aguja está debajo del azul?

—Debajo del azul, sí.

—Pues voy a salir. Enciende el monitor exterior de la compuerta tres, si puedes, y no me pierdas de vista. Mantendré el cordón de seguridad todo el tiempo.

—Lo siento. Tad. El monitor de la compuerta tres no responde. Será mejor que sigas hablando y lo grabaremos.

—Entendido. Ya he abierto la escotilla interior de la compuerta tres... ahora estoy en la esclusa de aire, la puerta interior está cerrándose. Evacuación de la esclusa... ¿Me oyes?

—Te oigo perfectamente —sonó la voz de Bap—. Queda todo grabado.

—Muy bien. Se está abriendo la escotilla exterior y comienzo a salir, arrastrando el cable... Ya estoy del todo fuera. Estoy sacando una buena longitud de cable que me permita de sobras llegar al espejo.

—Correcto.

—Voy a dejar de hacer de cicerone uno o dos minutos —anunció Tad, jadeando—. Me estoy quedando sin aliento. Volveré a charlar con vosotros dentro de unos minutos, cuando empiece a caminar por el casco hacia el espejo.

Dejó de hablar, mientras tiraba hacia sí de los últimos metros de cable que no sólo servía para mantenerlo firmemente asegurado a la nave, sino que también contenía sus principales líneas de comunicación y de suministro de aire. Maldito trabajo, pensó, transpirando bajo el casco. Las suelas magnéticas le tenían prácticamente

soldado a la superficie de la astronave. Las probabilidades de perder contacto con el vehículo eran de una entre un millón. Hubiera sido mucho más fácil salir sin el cable, con una simple bombona de oxígeno, pues el trabajo de reparación no podía durar más de veinte o treinta minutos...

—Di algo. Tad. Solamente para que sepamos que sigues con nosotros.

—Estoy aquí. Esperad un poco. Enseguida informaré...

Sacó al exterior la última porción de cable y comenzó a caminar torpemente sobre el fuselaje de la nave hacia la silueta cuadrada y erguida del espejo, que se recortaba sobre un fondo de estrellas. Se encontraba en la oscuridad. Bap había maniobrado la nave de forma que interpusiera toda su masa entre el sol y él, proporcionándole esta seguridad adicional contra las radiaciones.

Muy bien, pensó Tad, como quieras. Jugaremos seguros si así lo deseas. Bap. El único problema sería retirar la cubierta del soporte del espejo y comprobar en la oscuridad los componentes del motor de orientación. Pero llevaba la linterna de trabajo a la cintura, así que podía intentarlo.

—Muy bien —dijo en voz alta a los dos que esperaban en la nave—. Ya he llegado al espejo. Voy a ver si puedo retirar la cubierta del motor.

—Te oigo perfectamente. Vas a retirar la cubierta del motor.

—O, al menos, intentarlo —murmuró Tad. Tensando los músculos de sus piernas, logró arrodillarse, con el traje que le envolvía, frente a la estructura que alojaba el motor. Conectó la linterna de su cinturón. La cubierta del motor, con sus cuatro tornillos en posición saliente, apareció justo ante sus ojos.

Tomó la llave inglesa que llevaba al cinto y comenzó a aflojar las tuercas.

—Habla. Tad —dijo Bap por los auriculares—. Dinos algo.

—Lo siento... —explicó Tad, sin aliento—. Hay mucho que hacer. Tan pronto como termine con algo, os lo diré.

Siguió trabajando. Finalmente, consiguió aflojar las cuatro tuercas y retirar la cubierta. En el interior había un ordenado laberinto de componentes y conexiones. Abrió el dispositivo de pruebas que había llevado con él y, con sus dedos enguantados, tomó los dos terminales, primero uno, luego el otro, conectándolos a los componentes del motor.

—Ya he abierto el motor —dijo en voz alta, recordando de repente a Bap—. Estoy comenzando a probar.

—Registrado.

Transcurrió el tiempo.

—Tenemos noticias para ti —anunció Bap, inesperadamente—. Recibimos débilmente la radio de la Fénix Dos. Hay torrentes de estática, pero de vez en cuando los captamos claramente. Hemos estado llamándoles con nuestra radio, para contarles la avería del LCO, pero parece que no nos reciben muy bien.

—¿Cómo están sus comunicaciones? —preguntó Tad, sin dejar de trabajar.

—¿Cómo dices?

—¿Cómo funciona el LCO de la Fénix Dos? ¿Se estropeó como el nuestro?

—Negativo. Ellos están perfectamente. Ahora intentan conectar con la base por LCO. Yo he tratado de explicarles lo que le ha sucedido al nuestro, pero no me reciben muy bien. No creo que hayan llegado a enterarse.

—Sigue probando —ordenó Tad.

—Entendido.

Tad siguió con las pruebas.

—Aquí hay un AJK4191 fundido —anunció—, y los dos AJK601, parecían estropeados, primero, pero ahora responden los dos. Lo que ha fallado es la amplificación de señal. El motor recibía los mensajes, pero no podía hacer nada con ellos. Además, hay un conector M84B y un AJK4123 estropeados. Comprobad la lista de suministros y aseguraos que tenemos los recambios.

—Entendido. Así lo haremos —respondió Bap—. Registro: buscar un AJK4191, un conector M84B y un AJK4123. Anoshi irá a ver. Yo sigo intentando establecer contacto por radio con la Fénix Dos.

—Correcto —Tad enderezó sus rodillas entumecidas, adherido al casco de la nave por las suelas magnéticas de sus botas—. Esperaré aquí mientras Anoshi busca estos componentes. Tenme al corriente de lo que encuentre.

—Entendido. ¿Cómo te encuentras?

—Como si necesitara veinticuatro horas más de sueño —respondió Tad—. Si no te importa, me quedaré por aquí y procuraré descansar un poco hasta que Anoshi tenga algo que decirnos.

—Muy bien —dijo Bap—. La próxima voz que oigas será la de Anoshi.

El sistema de comunicación quedó en silencio. Tad permaneció sobre el casco, sin peso, dejándose flotar en el interior del traje, anclado a la nave gracias a las suelas magnéticas. Estaba tan exhausto que se sentía vacío interiormente. Sin embargo, el no tener nada que hacer por el momento le proporcionaba una sensación de infinito placer. A remolque de ese placer, le llegó algo parecido a un momento de cordura.

Se sintió avergonzado de la forma en que se había comportado con Bap y Anoshi. Quizás hubiera sido una reacción inconsciente a la fatiga pero, no obstante, debía haber sido duro para los otros dos. En realidad, ahora se daba cuenta, había sido excesivamente tolerante consigo mismo. Había sido como el cabeza de familia egoísta que se repite: «Yo soy importante. Puedo desahogar mi malhumor contigo porque soy importante, pero tú no puedes desahogarte conmigo.»

Tengo que actuar de otra manera, se dijo, o nunca acabaremos este viaje.

Y vale más que control reduzca la lista de experimentos, pensó, o lo haré yo por ellos. No podemos soportarlo. Ninguno de nosotros puede.

Además, tampoco pueden exigirnoslo. De hecho, ya hace demasiado tiempo que nos dejamos llevar por el reglamento. Esa es la diferencia entre nosotros y el resto de la Humanidad. Nuestro instinto nos lleva a intentar resolver las cosas, aun cuando parece imposible. El instinto de la mayoría de los otros es buscar un camino de

escape tan pronto como se enteran de qué debe hacerse. Pero ahora estamos en el espacio y, si bien se considera, somos nosotros quienes debemos encargarnos del trabajo. Cuando estamos en tierra, les escuchamos. Hacemos todo lo que dicen. Pero ahora, somos como peces en el agua, mientras ellos permanecen en tierra firme. A la larga, somos nosotros quienes hemos de decidir lo que debe hacerse.

Se dio cuenta de que, en cierto modo, todos ellos eran iguales, los seis martenautas. No importaba el hecho de que todos procedieran de distintas culturas con distintos lenguajes. Esa diferencia era ridícula, ahí en el espacio. Eran como una partida de caza en territorio extraño, en un territorio verdaderamente extraño. Y todos ellos estaban allí porque así lo habían querido. Lo habían querido desesperadamente, no como alguien que piensa que sería interesante viajar al espacio.

Eso es lo que nos hace semejantes, pensó Tad, y tan distintos al mismo tiempo de los que quedan en la Tierra. Si hemos de sobrevivir, debemos ser distintos. Y ellos han de ser diferentes por fuerza, porque nunca han venido hasta aquí a ver cómo es en realidad.

Ted flotaba dentro del traje, con la placa de visión enfocada a las estrellas.

—Muy bien —sonó la voz de Anoshi en el interior de su casco—: Tad, tenemos las piezas que hacen falta. Las he llevado a la compuerta tres. ¿Quieres venir a recogerlas? ¿O prefieres que salga yo y las instale?

Tad le oyó, pero dejó que sus palabras vagaran unos instantes en su mente antes de considerar su significado. Responderla dentro de un segundo pero, ahora, quería terminar su contemplación y sus pensamientos.

—Oh, bello —murmuró hacia las luces que le rodeaban—; oh, condenadamente bello universo...

Ed Ciro, que había estado hablando con Wendy en la cabina, se interrumpió de pronto.

—Me llaman de abajo —explicó—. A lo mejor se ha vuelto a establecer contacto LCO. Espere un momento, vendré enseguida.

Salió de la cabina y descendió a trancos los escalones que conducían a la primera línea de consolas. En la primera pantalla distinguió la imagen de Fedya, un poco vacilante pero identificable. La voz que acompañaba la imagen sonaba ligeramente confusa, por deficiencias en la localización del haz.

—... al final me lo explicó Bap, por radio —estaba diciendo Fedya.

—¿Quieres decir ahora mismo? —preguntó Bill Ward, apoyado sobre el ingeniero de comunicaciones de la expedición—. ¿Quieres decir que salió tan pronto como su contador llegó a la línea azul? —Bill desvió bruscamente la mirada, dirigiéndose a uno de los ingenieros que formaba grupo a su alrededor—: Haz un cálculo aproximado. —Volviéndose hacia Fedya, preguntó—: ¿Cuándo os habéis enterado de eso en la Fénix Dos?

Mientras las palabras de Bill recorrían su camino hasta la nave, aún a la velocidad

de la luz, se produjo una breve pausa.

—El contacto por radio ha sido muy malo hasta hace un momento. Está claro que Bap intentaba explicarme que el motor de su LCO se había averiado con la tormenta, pero no lo hemos comprendido hasta ahora. Por lo visto. Tad salió tan pronto como su contador BeV le indicó que podía hacerlo.

—¿Y ha estado fuera desde entonces? ¡Ponte a la radio! Llama a la Uno y diles que hagan volver a Tad. Aproximadamente veinte minutos después del primer pico de radiación, se produjo un recrudescimiento de la actividad eruptiva. ¡Date prisa!

Bill dejó de hablar. Antes que Fedya pudiera responderle, regresó el ingeniero a quien poco antes había pedido un cálculo aproximado, llevando una hoja de papel. Bill se la arrancó de las manos y la estudió, apartándose de la pantalla y del grupo.

Miró hacia la cabina acristalada, intentando localizar a Ed Ciro. Finalmente, lo vio, y lo atrajo hacia su lado.

—¿Está Wendy ahí arriba, no? —preguntó en un murmullo—. ¿Qué le estabas diciendo?

—¿Yo? Nada —respondió Ed—. Que iba a ver qué ocurría y volvería a decírselo —miró hacia Bill Ward—. ¿Qué ha pasado?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bill—, ¡Dios mío!

Con una mueca, volvió a mirar el papel que sostenía en una mano, mientras se rascaba furiosamente la barbilla con la otra.

—¡Y que ella esté aquí! ¡Precisamente en este momento! —miró hacia Ed—. Tad salió de la nave para arreglar los controles del motor direccional del LCO de la Fénix Uno. La tormenta los había averiado. A menos que Fedya esté en un error. Tad ha estado fuera casi una hora. No teníamos contacto con la Uno ni la Dos y no pudimos prevenirles del brusco aumento del índice de radiación después del primer descenso. Fedya se lo está diciendo ahora, para que hagan pasar a Tad al interior pero, ¿de qué servirá esto?

Ed permaneció inmóvil.

—¿Quieres decir que Tad ha estado expuesto a la radiación? —preguntó—. ¿Está grave?

—Está grave —respondió Bill. Miró a Ed por un segundo—. Muy grave. Ha recibido demasiada. Si ha estado fuera tanto tiempo como dicen...

Su voz quedó flotando ominosamente en el aire. Volvió a mirar hacia la cabina.

—¡Y Wendy está aquí! —añadió—. Dios mío. Dios mío, tendré que decirle algo; decirle que, mientras ella esperaba aquí por si había alguna noticia sobre él...

Interrumpió la frase. Sus grandes manos pendían inertes, y una de ellas todavía aferraba la hoja de papel.

TAD SE INTRODUJO POR LA COMPUERTA TRES hasta la esclusa de aire que había en el extremo del tubo de acceso, ascendiendo luego por el tubo hasta la cubierta A. Con el traje espacial puesto, era preciso volver al nivel A por la compuerta. Cuando dio media vuelta vio a Bap, a escasa distancia de él, sosteniendo un contador de radiaciones.

—Sal de ese traje lo más deprisa que puedas. Tad —explicó Bap a través de los auriculares—. Nos acaba de llegar un informe de Kennedy por la radio de la Fénix Dos. Algo ha ido mal. Seguía caliente fuera, cuando saliste. Quítate ese traje y comenzaremos a trabajar en ti inmediatamente.

—¿Caliente? —preguntó Tad. Sintió un pequeño vacío detrás mismo del esternón, dándose cuenta de que ninguno de los otros se acercaba para ayudarlo con el traje—. ¿Muy caliente? ¿Estoy muy caliente, ahora?

Comenzó a luchar con el traje espacial.

—No sabemos cómo habrá sido ahí fuera —respondió Bap. Miró el contador que sostenía en la mano y vaciló—. Respecto a ti, es difícil decirlo. La aguja se mueve todo el tiempo. Digamos... ciento ochenta rem; la mayoría en el traje, probablemente.

Tad se quitó el casco y percibió el sordo zumbido del contador. Se despojó del traje, dejándolo caer al suelo. Luego terminó de desnudarse completamente.

—Muy bien —aprobó Bap—. Ahora, a la ducha.

Tad marchó ante él por el tubo de acceso hasta el nivel B. hacia la cabina de eliminación de desperdicios.

—Si contamina esto —comenzó, bromeando sólo a medias—, vais a tener que ir sucios hasta que acabe la expedición.

—Podemos cambiar el agua —contestó Bap—. De todas formas, ya veremos. Restriégate con fuerza.

Tad cerró la puerta de la ducha y abrió el grifo. Permaneció bajo el chorro hasta que oyó la voz de Bap llamándole. Salió y se vistió con la ropa nueva que Bap había preparado.

—Ahora viene la parte desagradable —previno Bap.

Su voz era tranquila, pero los sentidos de Tad, plenamente alerta, captaron cierta diferencia en su modo de hablar, una cuasi ternura que contribuyó a aumentar su alarma. No hacía falta que preguntara cuál era la parte desagradable. Todos ellos habían sido bien aleccionados respecto a la forma de tratar los casos de envenenamiento por radiación, tanto si la radiactividad procedía del espacio como de los grandes motores nucleares de la lanzadera que serían su principal fuente de energía una vez llegaran a Marte.

Tad se encaminó a la enfermería de la nave, seguido por Bap, y se tendió sobre una mesa de operaciones. Junto a ella, en una mesita, se veía una gran cantidad de

tubos de cristal llenos de un líquido rojo. Era sangre fresca, como acabada de extraer, gracias a los recientes adelantos en las técnicas de congelación instantánea y almacenamiento criogénico que les permitían transportar su propia provisión de sangre congelada. Seguramente Bap había comenzado a deshelarla en los calentadores de alta temperatura antes de que Tad hubiera salido del tubo de acceso a la cubierta A.

Bap se inclinaba ahora sobre él, protegido tras una máscara, bata y guantes especiales, pues había llegado el momento en que debía tocar el cuerpo de Tad, que indudablemente emitía una radiactividad peligrosa. El reglamento exigía el uso de estas prendas protectoras pero, aun así, daban a Bap un aspecto extraño que le resultaba muy incómodo. Tad sintió el pinchazo de varias agujas, cuando Bap conectó su organismo a la máquina que extraería toda su sangre contaminada, sustituyéndola por la sangre fresca de los tubos. Hubo nuevos pinchazos y Tad sintió que su ansiedad iba apaciguándose. Bap debía haberle dado algún sedante. Cada vez sentía mayor somnolencia. Cerró los ojos. La superficie de la mesa en que estaba acostado casi parecía mullida...

—¿Quieres un cigarrillo? —Los gruesos dedos de Bill Ward temblaban ligeramente cuando ofreció el paquete a Wendy.

—No, gracias. No fumo —respondió Wendy. Tras un segundo, añadió—: Ya lo sabes.

—Sí, claro —contestó Bill. Devolvió el paquete de cigarrillos a su bolsillo—. Por supuesto.

La mujer contempló la gran habitación vacía desde la mesa de conferencias a la que se habían sentado. Era la sala de lanzamiento que no habían llegado a utilizar nunca.

—Supongo que esperabas encontrarme histérica o algo así —comenzó Wendy, sin la menor emoción en su voz—. Por eso me has traído aquí.

—Yo... —Bill se encogió de hombros, con aire de indefensión—. No estaba seguro.

—Pues no es así. Ya hace mucho tiempo que espero una situación como ésta.

—Bueno —dijo Bill, y se aclaró la garganta. Sin embargo, no continuó hablando. Ella le miró, de pronto, con expresión preocupada.

—Es muy grave, ¿verdad?

—No, no... —comenzó Bill.

—¡No me mientas! Sólo sirve para empeorar las cosas.

—¡No estoy mintiendo! —estalló Bill—. No te digo lo grave que es porque yo mismo no lo sé. No sabemos cuánta radiación ha recibido. No lo sabemos. Nadie lo sabe. Es probable que no sea nada grave y, además, todos los de la nave saben exactamente qué hacer en un caso como éste. Seguramente, dentro de uno o dos días nos enteraremos de que ya se ha recuperado.

Ella siguió sentada en la silla del extremo de la mesa, llamándole de nuevo

mentiroso sin necesidad de pronunciar una palabra.

—Mira —explicó Bill—, No es probable que sepamos nada seguro hasta dentro de algún tiempo, pero si prefieres quedarte aquí podemos arreglar uno de los despachos. Puedo llamar y enviar a alguien para que se encargue de la casa y los niños, mientras tanto.

Ella asintió, pausadamente.

—Sí, me gustaría quedarme por aquí cerca —respondió, poniéndose en pie—. Pero primero quiero ir a casa. Quiero explicar la situación a los niños antes de que se enteren por otra persona. Volveré después.

Bill también se había puesto en pie.

—Te llevaré yo mismo —ofreció.

Wendy casi le sonrió.

—No. Tienes otras cosas más importantes que hacer. Quédate aquí. Yo tengo el coche abajo: puedo ir a casa y volver sin ayuda.

Bill vaciló.

—Mandaré a alguien que te acompañe, en todo caso. Y no lo discutas. Hay mucha gente de la que podemos prescindir, por ahora. Se lo diré a Ed Ciro.

—De acuerdo —aceptó.

—Muy bien. Y recuerda esto: nadie sabe con certeza la gravedad del accidente. Pueden pasar varios días antes de que lo sepamos.

Regresaron a la sala de control del vuelo y Bill cambió unas palabras con Ed Ciro. Ed llamó por teléfono a su familia, para avisar que tal vez acabarla tarde su jornada, y salió con Wendy hacia el aparcamiento.

—¿Quieres que conduzca? —preguntó Ed.

—No. Prefiero estar haciendo algo.

De vuelta a casa, detuvo el coche en el jardín, en el breve camino que llegaba a la puerta del garaje doble. Ed siguió a Wendy por una puerta lateral, hasta el silencioso interior de la vivienda.

—¡Tom! ¡Cassy! —llamó Wendy, al pasar junto a la puerta principal. Pero la casa acogió sus palabras sin que nadie respondiera.

—Siéntate, Ed. Te traeré una cerveza.

Ed negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Claro que tomarás una cerveza —insistió.

—No, en serio. A menos que tú también quieras una...

Ahora fue ella quien sacudió la cabeza.

—Yo tomaré algo caliente. Café. Pero tú puedes tomarte una cerveza. No tienes nada que hacer hasta que volvamos al control.

—En serio...

—No discutas, por favor. Tengo que preparar algo de ropa, y llamar por teléfono para que vuelvan los niños a casa y pueda hablar con ellos. Quiero verte sentado en

un rincón, con una botella de cerveza y fuera de mi camino. Siéntate.

Se sentó. Wendy le trajo una botella abierta de cerveza. Permaneció en uno de los grandes sillones de la sala, bebiéndola lentamente, mientras ella penetró en un dormitorio. Podía oírla hablar tras la puerta cerrada.

Al cabo de unos diez minutos, volvió a aparecer con un pequeño maletín negro, que dejó junto a la puerta lateral.

—Estarán aquí enseguida —anunció a Ed.

El primero en llegar fue el hijo menor, seguido por la chica y el mayor, que apenas tenía un año menos que el hijo de Ed.

—Hola, señor Ciro —saludó Tom, con el acento arrastrado que usaban todos los jóvenes, por aquel entonces—. ¿Qué hay?

—Tu madre está en el dormitorio, con tus hermanos. Creo que quiere decirnos algo.

Había intentado hablar con tono neutro, pero el rostro de Tom cambió instantáneamente de expresión y se dirigió rápidamente a la alcoba, con tanta rapidez, de hecho, que no llegó a cerrar del todo la puerta a sus espaldas. En su sillón de la sala, sin otro sitio donde ir, Ed no pudo evitar oír la voz de Wendy, que le llegaba débil pero inteligible.

—Pasa Tom, y siéntate aquí con los otros.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

—Se lo estaba contando a Cassy y Jimmy. Papá ha sufrido un accidente en la expedición. Por ahora se encuentra bien, dice Bill Ward, pero quería contároslo a los tres antes de que saliera en las noticias u os lo dijera otra persona.

Se produjo una ligera pausa, como si estuviera esperando algún comentario de los niños, pero todos permanecieron en silencio.

—Papá ha recibido la radiactividad de una tormenta solar —explicó Wendy—. Sucedió en un momento en que las naves estaban fuera de contacto con el control de la expedición, y el control no pudo avisarles que sería peligroso para papá salir de la nave. Bap ayudó a cuidarlo desde el mismo momento que volvió dentro y ahora papá está descansando mientras los demás esperan a ver cómo se encuentra. Ahora mismo, no hay nadie que sepa cómo está. Quiero que os acordéis bien de esto. No hagáis caso de nada que podáis oír, porque nadie lo sabe. Tan pronto como alguien sepa algo, me lo dirán antes que a nadie, y yo os lo diré a vosotros. Ahora volveré al control, a pasar la noche allí, por si hay alguna noticia. Ya vendrá alguien a preparar la cena y a quedarse con vosotros esta noche. O, a lo mejor, a los Swann no les importaría teneros uno o dos días, como cuando el lanzamiento, si vosotros lo preferís. ¿Os gustaría ir con los Swann?

—No —respondió Tom, sin dudar—. Nos quedaremos aquí.

—Muy bien —aprobó Wendy, volviéndose más seca—. Ya está decidido. Yo ahora me voy con el señor Ciro.

—Mamá —dijo Tom.

—¿Sí?

—Depende de la radiación que haya habido, ¿verdad? Podría ser grave, ¿no es verdad?

—Si —contestó Wendy—. Siempre hay peligro. De momento, nadie parece creer que sea muy grave, y todos rezamos para que no lo sea, pero siempre hay peligro.

—¿Nos llamarás cuando sepas... cualquier cosa? Como cuánta radiación había, o cualquier cosa.

—Os llamaré tan pronto como sepa algo —asintió Wendy—. Ahora, dadme un beso: tengo que irme.

Un momento después. Wendy salía del dormitorio seguida por los tres niños. El más pequeño. Jimmy, tenía unos ojos grandes y asombrados que no se apartaban de su madre, y su hermana tuvo que retenerle de la mano, pues comenzaba a seguir a Wendy y Ed por la puerta lateral.

—Estaremos bien —se despidió Tom—. Llámanos.

Los tres pequeños permanecieron junto a la puerta. Cassy todavía con el menor cogido de la mano, mientras Wendy sacaba el coche a la calle en marcha atrás y enfilaba hacia la calzada.

Tad recobró gradualmente la conciencia, encontrándose en la cama de su propio compartimiento: Bap, a su lado, estaba dejando una jeringuilla hipodérmica sobre la mesita. Tad recordó vagamente haber sido trasladado allí desde la enfermería. Se sentía lleno de lasitud, pero, aparte de eso, en muy buen estado. Tal vez la jeringuilla que acababa de ver tuviera algo que ver con eso.

—¿Cómo estoy? —preguntó a Bap.

—Ahora es posible tocarte sin peligro —sonrió.

Conforme iba despertando. Tad comenzó a sentirse preocupado.

—¿Cómo está la nave? ¿Cómo va todo? ¿Qué ha sucedido?

—Nuestro LCO sigue estropeado —informó Bap—. Hemos estado hablando por radio con la Fénix Dos, y ellos con la base. La tormenta nos ha afectado a los dos más de lo que esperábamos. Hay toda clase de sistemas averiados en ambas naves. Estamos reparando lo que podemos.

Tad se incorporó sobre un codo.

—Tengo que levantarme.

Bap lo mantuvo sujeto a la cama.

—No. Tienes que descansar.

—Al menos, acércame un teléfono hasta la cama —pidió—. Conéctame al sistema de comunicaciones, para que pueda hablar con Fedya. Quiero saber cómo va todo.

—De acuerdo. Supongo que eso no te hará daño.

Salió de la cabina. Al cabo de unos diez minutos, la unidad de comunicación interna que había junto a la cama emitió un zumbido. Tad apoyó su almohada sobre la

pared que formaba la cabecera de su cama y se recostó sobre ella. Inclinandose hacia delante, accionó el interruptor y el rostro de Anoshi apareció en la pantalla.

—Tenemos a Fedya en la radio —anunció Anoshi—. Espera un instante.

El sonido crepitante de la estática sustituyó la voz de Anoshi y, aunque su cara permanecía en pantalla, las siguientes palabras que se oyeron procedían de Fedya.

—¿Tad?

—Soy yo. ¿Puedes oírme?

—Te oigo muy bien. ¿Me entiendes?

—Un poco distorsionado por la estática, pero te oigo. ¿Por qué no has vuelto a ensamblar la Fénix Dos, todavía?

—La tormenta... —Un súbito incremento de la estática apagó la voz de Fedya— ... sistemas de control averiados en toda la nave. Los cohetes de maniobra no responden correctamente. No estoy seguro de poder controlar la maniobra de acoplamiento. Ya están bastante mal las cosas sin necesidad de una colisión que acabe de deshacer las dos naves. Ni siquiera nos atrevemos a acercarnos demasiado a vosotros.

—Quizá podamos hacer la maniobra nosotros, mientras vosotros permanecéis quietos —propuso Tad.

—Imposible. Anoshi me dice que vuestros sistemas de control tampoco ofrecen confianza.

Los labios de Anoshi se movieron en la pantalla junto a la cama.

—Es cierto, Tad —confirmó Anoshi.

—¿Por qué no se han podido reparar, aquí y en la Fénix Dos?

—La importancia de los daños —intervino Fedya, interrumpiendo a Anoshi, que iba a comenzar a hablar—. Y la falta de piezas de repuesto.

Tad miró fijamente la pantalla.

—Repíte eso.

—He dicho la falta de piezas de repuesto —respondió Fedya—. Tanto nosotros como la Fénix Uno. Los dos tenemos componentes en buen estado, y piezas de recambio, pero no tantos como necesitamos. Recuerda, ciertas secciones de ambas naves que originalmente estaban previstas como compartimientos de carga para equipo de reserva y piezas de repuesto, terminaron alojando material para los experimentos del programa.

Tad pasó sus piernas sobre el borde de la cama y quedó sentado directamente frente a la pantalla, sin apoyarse en la almohada.

—Y ahora pagamos las consecuencias. Nos han enviado sin suficiente material y equipo para reparar las naves.

—No necesariamente —opuso Fedya—. Probablemente enviaron lo que consideraron adecuado. Pero no pudieron prever daños de tanta importancia en ambas naves a la vez.

—¡La cuestión no es ésta! La cuestión es que nos dejaron un margen para

reparaciones demasiado estrecho porque necesitaban sitio para instalar los experimentos. ¿Es ésta la situación o no lo es?

—Podrías decirlo así, es verdad —admitió Fedya.

—¿Has hablado con control al respecto?

—Les he mandado un breve informe. Estaba esperando tener información concreta sobre lo que nos hace falta antes de discutir el tema a fondo.

—¿Vuestro LCO sigue funcionando?

—La voz solamente. La imagen no funciona. Pero he estado en contacto con la base desde que realineamos el espejo de la Dos con ellos, tras perder el contacto con la Uno.

—Comunicante con Bill Ward, pues —pidió Tad.

Tad y Anoshi hablaron a la vez, de modo que ninguno de los dos pudo hacerse comprender. Anoshi desapareció de la pantalla, surgiendo el rostro de Bap en su lugar.

—Tad —comenzó Bap—, no estás en condiciones de hablar con nadie.

—Sí lo estoy. Me encuentro muy bien. Fedya, dame contacto con el control de expedición.

La imagen de la pantalla se desvaneció. Se oyó el sonido de varias voces hablando a la vez, pero también se desvanecieron. Tad pensó levantarse de la cama y subir al nivel A personalmente, para decidir la cuestión. Sin embargo, volvió a recostarse. No iban a impedir deliberadamente que hablara con el control de la expedición.

Tal como pensaba, al cabo de varios minutos se iluminó nuevamente la pantalla con el rostro de Anoshi, y el altavoz del comunicador crepitó con la estática.

—Muy bien, Tad —explicó Anoshi—. Te hemos puesto en comunicación con control.

Dejó de hablar, y entre la estática sonó una voz que Tad reconoció enseguida.

—¿Tad? Tad, Wendy está aquí. Ha estado aquí con nosotros desde que supimos lo tuyo.

—¿Wendy? —preguntó Tad. Se inclinó convulsivamente hacia el aparato—. ¿Bill? Eres tú, Bill Ward, ¿no es cierto?

—Soy yo. Espera un momento, Wendy...

—¡Tad! —Era la voz de Wendy.

—¡Wendy! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Dónde están los niños?

—En casa. Están bien. Tad, ¿cómo estás tú?

—Estoy bien —respondió—. Muy bien. No me siento en absoluto distinto a lo normal. Mira, vale más que no pierdas el tiempo por la base. No hace falta.

—Muy bien. Tad, cariño, aquí hay un médico que quiere hablar contigo.

—Wendy... —comenzó Tad, pero ya había otra voz interpeleándole.

—¿Tad? Soy Kim, Kim Sung. ¿Me oye bien?

—Perfectamente, doctor —contestó Tad con impaciencia. El Dr. Kim Sung era

uno de los médicos de la NASA—. ¿Qué quiere?

—Me gustaría hacerle unas preguntas. Tad. ¿Cómo se siente?

—Muy bien, doctor.

—¿Siente náuseas, vómitos, diarreas?

—No, ya se lo he dicho.

—¿Y antes? ¿Sintió alguna molestia, antes?

—Después de entrar a la nave y que Bap me sacara toda la sangre y me llenara con la de otra persona y me atiborrara de productos químicos, sí. Tuve algunas náuseas, y me encontraba mal. Pero ya pasó. Mire doctor, no deje que Wendy se vaya, ni Bill Ward. Tengo cosas de que hablar con ambos, y cosas que hacer.

—Creo que será mejor que se lo tome con calma, de momento —contestó Kim Sung—. ¿Cómo va su apetito?

—No tengo mucha hambre, pero acabo de despertarme. En serio, doctor, me encuentro bien. No se me cae el pelo de la cabeza ni nada.

—Dígame, después de entrar en la nave, ¿sintió fiebre o calores en algún momento?

El interrogatorio prosiguió. Gradualmente. Tad fue comprendiendo que no tendría oportunidad de hablar con Bill Ward sobre los repuestos, al fin y al cabo. No sólo eso: conforme la voz del médico le obligaba a concentrarse en las respuestas, su preocupación por la expedición comenzó a desaparecer de su mente, siendo sustituida por una atención más personal. La chispa de emoción inmediata que había sentido como un dedo helado tras su esternón cuando Bap le informó por primera vez de que había estado expuesto a la erupción solar volvió a aparecer, y esta vez parecía dispuesta a prender.

ESTABAN LOS TRES SENTADOS en una de las habitaciones del hotel ocupadas por el equipo de televisión por cable de Barney Winstrom. Material, papeles, anteojos, envases de cartón ya vacíos de comida instantánea, todo contribuía a que el cuarto pareciera una pequeña selva. Barney estaba en una butaca, y Jens y Lin ocupaban un sofá frente a él. Lin estaba muy próxima a Jens, con un brazo entrelazado con los suyos y las manos unidas de modo que lo mantenía abrazado, aunque no estrechamente.

—¿Y no sabes nada más? —preguntaba Jens.

—No más de lo que sabes tú, Jens —respondió Barney—. No creo que haya nada más que saber, tampoco. Hansard recibió una dosis, eso está claro. La importancia de la dosis no la conoce nadie.

—¿Cómo está Wendy? —preguntó Lin.

Barney se encogió de hombros.

—La tienen bajo protección, con los niños, para mantenerla lejos de la prensa. No hay forma de saber cómo está, pero es una mujer equilibrada. Apuesto a que no está abrumada por la situación.

—Y respecto a la radiación, ¿no tienen la menor idea?

—Dicen que no —respondió Barney.

—Así que quizás esté bien.

—Es posible.

—Pero tú no... —Jens miró hacia él—. No pareces muy tranquilizador.

—¿Quién soy yo para decir nada?

—Si tienes alguna razón para pensar que las cosas van mal y no hay esperanza, dímelo.

—Ninguna razón... concluyente —contestó Barney.

—Di lo que sea, hombre.

—De acuerdo. Es sólo la intuición, y la experiencia. Creo que si hubiera esperanzas se mostrarían todos más seguros. Pero no es así. Están actuando como un puñado de médicos que sólo dicen que no sabrán nada hasta que reciban los análisis del laboratorio, y tú te hueles todo el tiempo que ya saben el resultado sin necesidad de análisis.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lin, tan quedamente que apenas si se oyeron las palabras. Sus manos se cerraron sobre el brazo de Jens.

—Sí —asintió Jens. En su interior, se sentía yerto y frío. Ni la calidez viva de Lin a su lado lograba evitarlo—. Tenía que suceder por fuerza.

—¡No digas eso! —replicó Barney—. Nada debe suceder forzosamente, nunca.

—Esto sí —insistió Jens. Oyó su propia voz como si le llegara desde cierta distancia—. Los enviaron con demasiado trabajo que hacer, así que se agotaron y

sufrieron un accidente. Tenía que ser así.

—Esto precisamente —comenzó Barney, lentamente, mirándole a los ojos—, es lo que no me gusta de vosotros los que vivís en las estrellas. En el mismo instante en que algo comienza a ir mal, ya veis la mano de la fatalidad.

—Yo soy algo más que uno que vive en las estrellas. Barney —sus palabras surgieron con mayor frialdad de la que pretendía.

—¡Jens! —intervino Lin, rápidamente—. Está procurando ayudar.

—No importa, Lin —indicó Barney.

Jens realizó un par de inspiraciones profundas.

—No, Barney. Sí que importa. Lo siento mucho, es la maldita frustración de todo este asunto, que comienza a atacarme los nervios.

—Es cierto. Pero fíjate, Jens, no puedes hacer nada. En estos momentos, nadie puede hacer nada excepto sentarse y ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Imagino que tienes razón —concedió Jens—. Muy bien. Me quedaré sentado, pues... por el momento.

Wendy Hansard estaba sentada en un sillón, dentro del cubículo de cristal que había al fondo de la sala de control de la expedición, en el edificio de montaje de vehículos. Al menos, se sentía aliviada de no estar en Houston. Hasta un par de años antes, el control de la expedición hubiera estado en Houston y ella habría debido estar allí, separada de sus amigos y de su entorno familiar, incluyendo su hogar y posiblemente sus hijos. No, ahora que pensaba en ello, los niños hubieran querido ir y ella hubiera accedido. Estarían en Houston todos juntos, pero eso solamente habría querido decir que todos estarían lejos de casa.

Era mucho mejor enfrentarse con el problema desde casa, donde las cosas eran familiares y estaba acostumbrada a manejarlas. Nada podía ir mal, se dijo a sí misma, cerrando la mano sobre el borde del asiento. Nada podía ir mal en aquel lugar donde todo había ido bien siempre.

Miró hacia el exterior de la cabina, más allá del suelo inclinado de la sala, más allá de las consolas y pantallas, hacia el reducido grupo de personas que rodeaba a alguien sentado frente a una pantalla vacía de la que surgía un murmullo de voces. Estaban en comunicación, sí, pero en esa comunicación no había nada que pudiera serle de ayuda. Estaban comprobando el estado de la Fénix Dos con Feodor. Si captaban alguna transmisión que se refiriera a Tad, la llamarían por el videófono que tenía ante ella y le pasarían la línea.

Suspiró profundamente, viendo la sala de control de la expedición como una sola unidad, sin enfocar la vista en ninguna parte de ella. En aquellos momentos se encontraba a solas en la cabina acristalada. Anteriormente, un puñado de personas había estado allí con ella, hasta que les dijo que en realidad no necesitaba ni quería compañía. Prefería estar a solas con sus pensamientos, viendo la habitación en su conjunto.

Ahora sus pensamientos comenzaban a ordenarse. Recordó que, cuando era una

niña, nunca podía comprender cómo los adultos eran capaces de permanecer tanto tiempo sentados sin tener, aparentemente, nada para distraerse, como la lectura o la oración. Había probado a rezar en silencio, en la cabina de cristal, o antes, cuando venía hacia aquí con Ed Ciro, y en voz alta en otras ocasiones en que había estado a solas. Pero la oración, si bien resultaba reconfortante, no era lo que su mente buscaba en esos momentos. Lo que ahora quería tenía alguna relación con su idea de verlo todo de una vez, como un conjunto. Tenía la sensación de que si lograba dejar vagar su pensamiento, éste se encargaría de recoger todos los cabos sueltos y anudarlos.

Siguió pensando en los días pasados de su juventud, cuando se había extrañado por la inmovilidad de los adultos. Recordó la ocasión en que su hermano mayor enfermó de fiebre escarlatina y su madre permaneció sentada a su lado más de una semana, día y noche sin descanso. La mayor parte de ese tiempo, su madre no hacía nada. Simplemente, permanecía sentada, como Wendy ahora, con las manos en el regazo o en los brazos de la butaca. También Wendy se había sentado, mirando a su madre, hasta que una duda comenzó a germinar en su mente. Si su hermano moría, tal vez su madre moriría también. Hasta era posible que muriese mientras ella estaba sentada allí, mirándola.

Por fin, sin poder soportarlo más. Wendy se había levantado y tomado a su madre por el brazo. Su madre la miró entonces.

—¿Qué quieres. Wendy? —le había preguntado.

Aliviada de que su madre no hubiera experimentado ningún cambio, y con el temor supersticioso de que si mencionaba la posibilidad de su muerte quizás ésta aconteciera. Wendy había contestado con otra pregunta.

—¿Qué estabas pensando?

—Nada... —respondió su madre—. Nada.

Ahora, años más tarde. Wendy comprendía. Lo comprendía porque ahora tampoco ella pensaba en nada. En realidad, no era «nada», exactamente, sino pensamientos que bien podían llamarse así, pues no eran nada que pudiera comunicar a nadie. Eran pensamientos sin forma ni valor real. De hecho, ni siquiera los pensaba. Estaba sentada, simplemente, dejando que flotaran en su cerebro.

Se deslizaban por su mente como los vagones de un tren infinito, en marcha hacia algún lugar sobre unas vías sin fin. La imagen le resultaba familiar. Su padre trabajaba de arquitecto para una empresa de construcciones, y su familia había estado desplazándose continuamente de una parte del país a otra. Cuando era más joven, había tenido que luchar a cada despedida con la tristeza de abandonar unos amigos y un lugar que había llegado a considerar familiar. Más adelante, aprendió a sentarse en el tren que la llevaba lejos y a dejar que las cosas sucedieran por sí solas, olvidando lo pasado, como si el comenzar una y otra vez de nuevo fuera una forma natural de vida.

Finalmente, se había acostumbrado a dejar que el tren la llevara donde quisiera. Le producía cierto alivio saber que carecía de control sobre su propio destino, el

alivio de dejar que las cosas sucedieran por sí mismas. Aunque, a pesar de todo, siempre había sentido la necesidad interior de encontrar un lugar donde pudiera echar raíces, un lugar donde asentarse definitivamente.

Esta necesidad la había satisfecho Tad, que representaba el hogar donde establecerse para siempre, marcando como un ancla su puesto definitivo. Tad, por otra parte, había pasado la mayor parte de sus años juveniles en una sola casa. Echó sus raíces inconscientemente, por instinto, como un roble. Y como un roble, cuya corteza rugosa y cálida era agradable acariciar cuando no había nadie cerca que pudiera creer que estaba loca. Tad era un buen arrimadero para ella. Durante los primeros años tras su matrimonio, sus amigos le habían preguntado a veces cómo podía soportar estar casada con un piloto de pruebas. No comprendían que pudiera vivir con la constante preocupación e incertidumbre del accidente siempre posible.

Lo que no llegaban a entender era que, desde el punto de vista de Wendy, si bien un accidente podía robarle a Tad, lo que jamás podría robarle era lo que él ya le había dado, ese precioso territorio que ahora contenía su hogar, sus hijos y su vida en común hasta el momento presente. Pensar que esta vida en común le había proporcionado mucho más de lo que podía perder con la muerte de Tad no era pequeño cumplido.

No obstante, sus pensamientos nunca se habían aventurado más allá del momento de la muerte de Tad. Había pensado muchas veces en la posible fatalidad, pero nunca en lo que sucedería después de ella. Tampoco ahora le importaba eso. Prefería dejar correr sus pensamientos, como el tren de las vías infinitas, hasta que desaparecieran en la distancia. Ni siquiera en esos momentos llegaba a sentirse alejada de él. En parte, ello se debía al propio Tad. Durante muchos años, le había hablado acerca de una época en que el viajar a los planetas cercanos, incluso a las estrellas cercanas, no sería más romántico o peligroso que desplazarse en aeroplano de una a otra ciudad. De hecho, cuando hablaba sobre viajes espaciales acostumbraba utilizar esa metáfora.

—Hace un par de siglos —le había dicho en una ocasión—, si hubiera querido ir a Washington habría tardado semanas o meses, entre la ida y la vuelta, y entre tanto, podría haberme sucedido todo tipo de accidentes por el camino, o a ti, o a los niños. Quizá no llegara nunca a regresar. Ahora, se puede ir en el avión de la mañana y estar aquí de nuevo por la noche. Hace mil años, o quinientos años tan sólo, viajar cincuenta kilómetros hasta la ciudad próxima era toda una expedición. A veces, la gente no regresaba con vida, y no sólo debido a ataques enemigos. Había que contar también con los accidentes naturales, las enfermedades y todo lo demás. Ahora, sin embargo, no nos parece que atravesar el océano de uno a otro lado sea una gran hazaña. Lo mismo sucederá con los viajes espaciales para nuestros tataranietos. Quizá para ellos Marte sea sólo una excursión dominguera. Así que, probablemente, no llegaré a ir a ningún lugar que sea más que una excursión dominguera, si tomas un punto de vista algo más futurista.

Wendy le había creído. Al comienzo de su matrimonio, antes de que llegaran los

niños, había reaccionado a su propio modo, frente a los peligros de la vida de Tad, intentando acompañarle en mente y espíritu aunque el espacio y las ocupaciones los mantuvieran separados físicamente. Sólo había deseado una cosa, entonces: saber inmediatamente si Tad sufría algún accidente durante sus vuelos de pruebas. Había intentado unirse a él con un lazo psíquico, de modo que no tuviera que permanecer preocupándose por posibilidades. Si algo sucedía, lo sabría de inmediato. Lo sabría antes de que nadie fuera a llevarle la noticia. Así, sabiendo que lo sabría, podía seguir serenamente en tierra mientras él volaba por el aire arriesgando su vida. Con esfuerzo y práctica, pensó ella, había llegado a conseguirlo. Le parecía que podía sentir muy claramente el hilo invisible que los mantenía juntos mientras ella permanecía en tierra y él se hallaba en algún lugar del firmamento, en un aparato nuevo y jamás probado que volaba a varias veces la velocidad del sonido.

Después, llegaron los niños. Su presencia no había roto ni hecho olvidar esta conexión, pero la había relegado a un segundo plano. Sin embargo, por lo que Wendy sabía, no la había perdido. Sencillamente, no la evocaba tan a menudo. Por una parte, su mente estaba concentrada en los pequeños, con todas las preocupaciones que le causaba su crecimiento, su educación, sus enfermedades; por otra parte. Tad había abandonado los vuelos de pruebas para convertirse en astronauta con lo que el peligro dejó de parecer tan frecuente, tan inmediato y evidente.

Ahora, sentada en la cabina acristalada al fondo de la sala de control de la expedición. Wendy no recordaba haber sentido nada en el momento en que Tad debió haber estado expuesto a la radiación solar. Esto podía deberse, pensaba, a que tampoco Tad había podido sentir nada, ni tan sólo preocupación, hasta que regresó a la nave y los demás le explicaron que estaba contaminado. Naturalmente, desde ese mismo momento en adelante, había vuelto a sentirse en estrecho contacto con él. En todo lo que contaba, ella estaba en la Fénix Uno con él. Tan sólo su cuerpo y su mente habían quedado atrás, en la sala de control, esperando mientras hilaba su corriente incesante de pensamientos no pensados, como una araña tejiendo una red vacía.

Sin embargo, no era exactamente igual que antes de tener los niños, cuando todavía era piloto de pruebas, porque si Tad y ella habían ido aproximándose cada vez más, con el paso de los años, también habían evolucionado en direcciones distintas. En cierta forma, se habían convertido en dos seres completos, pero separados, cada uno de los cuales incorporaba parte del otro. Wendy no sabía con certeza qué había de ella en Tad, pero se daba cuenta de que había algo. Lo que ella poseía de él era parte de su fuerza, de su serenidad, parte de esa capacidad de echar raíces que ella no había tenido antes de conocerle.

Quizá no fuera todo lo que debiera ser, pero era más de lo que podía haber sido, mucho más. Así que tan sólo le quedaba la espera y, finalmente, había aprendido a esperar.

—Es lamentable que haya sucedido una cosa así tan al comienzo de la expedición —dijo Ahri Ambedkar.

Estaba tomando unas copas con Walther Guenther y Sergei Verigin, en la propia suite de hotel de Verigin. Dentro de media hora debían asistir a una cena semi-oficial con hombres de negocios y representantes de la Disney Corporation, del grupo de empresas Disney World. Por el momento, sin embargo, disponían de un tiempo libre y lo aprovechaban para comentar el accidente radiactivo de Tad Hansard.

—La exploración del espacio no deja de tener sus riesgos —respondió Guenther.

Al igual que en ocasiones anteriores, la conversación se desarrollaba en francés. Había llegado a convertirse en una tradición que sus charlas de tres participantes, más frecuentes cada vez, tuvieran lugar en ese idioma. Los diplomáticos estaban cómodamente instalados en sendos sillones, ante la chimenea de ladrillos blancos que había en el salón de Verigin. No había fuego en el hogar, pero se oía el zumbido de los acondicionadores que ventilaban la habitación.

—Naturalmente, la esencia de un accidente es que puede suceder en cualquier momento —añadió Guenther.

—Aun así, es lamentable —insistió Ambedkar, bebiendo unos sorbos de zumo de pomelo—. Un accidente nada más comenzar el viaje le da a toda la expedición un aspecto... ¿cómo se dice? Un aspecto precario.

—Oh, yo no creo que resulte tan perjudicial —intervino Verigin—. Y, en compensación, introduce una nota trágica que probablemente incrementará la simpatía del público hacia esos muchachos del espacio.

—Cierto —asintió Guenther. Estaba bebiendo un martini preparado con una ginebra que hasta Sir Geoffrey hubiera aprobado—. A pesar de todo, este accidente sirve para llamar la atención hacia los peligros existentes. Y las naciones de mi zona, particularmente, deben estar pensando en la considerable inversión financiera...

—Yo pensaba que ya habíamos superado la etapa de las inversiones —opuso Ambedkar—, Lo que ahora llena los periódicos de todo el mundo son artículos sobre el elemento humano. Enviar hombres jóvenes para que mueran en el espacio no es buena publicidad.

—No estoy de acuerdo —respondió Guenther—. En primer lugar, ese es problema suyo.

—De acuerdo —asintió Ambedkar—, pero aun así...

—Como bien sabéis todos —interrumpió Verigin—, cualquier proyecto de importancia lleva implícito cierto número de bajas. Consideremos, por ejemplo, la construcción de un gran puente. Las estadísticas nos aseguran que cuando el puente esté acabado, determinado porcentaje de obreros habrá sufrido un accidente. Algunos de estos accidentes, dicen también las estadísticas, resultarán fatales. Resulta obvio. Lo principal es que no debemos permitir que estas estadísticas interfieran en la ventajosa atención que el aspecto internacional de la expedición ha despertado y,

posiblemente, seguirá despertando durante algún tiempo.

—Eso mismo creo yo —respondió Ambedkar—. Este intervalo de aliento, durante el cual toda la atención del público está concentrada fuera de la Tierra, resulta beneficioso para todas las naciones. Por eso temo que la posible muerte de este Hansard nos cause problemas a todos.

—La muerte por envenenamiento radiactivo suele ser lenta —intervino Guenther—, a no ser que se trate de un envenenamiento masivo, y por lo que he podido averiguar, no parece probable que sea este el caso.

—Ésa es también mi impresión —confirmó Verigin—. No creo que debamos preocuparnos por la posibilidad de que el coronel Hansard muera súbitamente, diría yo.

—Incluso es posible que se recupere —indicó Ambedkar.

—Mis informes médicos tienden a descartar esta alternativa —contestó Guenther.

—No creo que haya forma de saberlo con seguridad —dijo Verigin—. La información que nos llega de la Fénix Dos es demasiado limitada.

—Resulta molesto encontrarse tan a oscuras —se lamentó Ambedkar.

—Sin hablar del hecho —añadió Guenther—, que cualquier información que se reciba será para Wylie en primer lugar.

¡Ajá, Walther, te he cogido!, pensó Verigin. Wylie no será el primero de nosotros en enterarse, sino el último, naturalmente, ya que no es más que un hombre de paja del presidente de los Estados Unidos. Lo único que pretendes con esta observación es proporcionarnos una pista falsa, por si acaso sospechamos algo. Y la única razón para que lo hagas es que tú estabas detrás de todo ese espionaje aficionado de que nos habló Sir Geoffrey. ¿A quién espías? ¿A Wylie? Ahora que has comenzado a sospechar que tenemos sospechas, has intentado darnos una explicación para cualquier juegucito que podamos descubrir. Verigin miró de soslayo hacia Ambedkar. ¿Habría reparado el viejo zorro en la involuntaria confesión de Guenther? Sí, había reparado. Se veía por su forma rotundamente diplomática en que sostenía su vaso de zumo de pomelo.

—Sea como fuere —intervino Verigin, en voz alta—, por lamentable que sea el que uno de nuestros martenautas deba pagar con su vida, ése suele ser el precio de las grandes empresas y, de hecho, del progreso en cualquier terreno. Mi opinión es que debemos conservar el ánimo en cualquier situación, incluyendo la de su posible fallecimiento. Nuestra atención y esperanza debe concentrarse ahora en los otros valerosos astronautas que siguen con buena salud y moviéndose hacia un aterrizaje tripulado verdaderamente internacional en nuestro planeta vecino.

—¿Existe alguna posibilidad de que manden de vuelta una de las naves? —quiso saber Ambedkar—. De este modo, Hansard podría recibir un tratamiento médico más adecuado.

—¿Mandar una nave de vuelta? —preguntó Guenther.

—Si pueden regresar desde Marte, seguramente podrán también regresar desde

cualquier punto del camino.

—Sí, ya sé que es físicamente posible —asintió Guenther, con alguna irritación—. Lo que yo me preguntaba es si resultaría práctico hacerlo.

—Tanto si es físicamente posible como si no lo es —comenzó Verigin, con suavidad—, considero altamente impracticable la idea de poner en peligro la expedición reduciéndola de dos navíos a uno solo. La nave que siguiera la expedición en solitario no tendría la menor esperanza de recibir ayuda en caso de problemas. Creo que la preocupación por los tres hombres, vivos y sanos, de la Fénix Dos debe superar la natural inquietud que inspira la vida de un hombre, ya enfermo, en la Fénix Uno.

—¡Absolutamente! —aprobó Guenther—. Además, las esperanzas de todo un mundo están fundadas en el viaje de estas dos naves. Deben seguir adelante, cueste lo que cueste. Si vienen a consultar mi opinión, les diré del modo más decidido que no debe hacerse regresar una nave a causa de una errónea preocupación por el coronel Hansard. ¿No creéis lo mismo?

—Ciertamente —asintió Ambedkar—, tres vidas deben preocuparnos siempre más que una. Estoy de acuerdo contigo, Walther. Considero que deben seguir las dos adelante, y es lo que diré si alguien me lo pregunta. ¿Qué dices tú, Sergei? Estás de acuerdo, ¿no?

—Oh, naturalmente —murmuró Verigin—. Cada vez da más la impresión de que esta expedición no estaba tan bien preparada como habíamos creído. Pero, por supuesto, ninguno de nosotros puede hacer ya nada. Sólo podemos confiar en que los hombres de las naves realizarán el esfuerzo necesario para llegar a buen fin. Personalmente, creo que ambos navíos deben continuar, prescindiendo de lo que suceda con Hansard. Es lo más razonable que se puede esperar.

CON UN PAR DE BEBIDAS EN SU INTERIOR. Del Terrence se sentía colmado de un perfecto bienestar, en paz con el mundo. Estaba recostado contra la suave tapicería de la cabina del restaurante, y su mano derecha sostenía un vaso mientras su mano izquierda rodeaba la derecha de Jonie Wextrum por debajo de la mesa. Experimentaba la curiosa sensación, casi delirante, de desear que todo permaneciera indefinidamente como en aquellos momentos, sin que el restaurante cerrara nunca, sin que el tiempo avanzara nunca hacia el siguiente día: deseaba que todo, excepto el salón donde se hallaba, dejara de existir hasta nuevo aviso. Jonie habla querido sorprenderle con aquella cena, el día de su cumpleaños, y Del se había llegado a sorprender de la emoción que la invitación había suscitado en él.

—Tienes un aspecto tan cansado —decía Jonie—. No deberías trabajar tanto.

—Al contrario, sí que debo —respondió Del, casi ausente.

—No, no es verdad. ¿Quieres que pidamos ya la cena?

—Yo diría que sí —asintió, tomando dos grandes cartas de cartón azul doblado.

Ofreció una a Jonie y desplegó la otra.

—Podrías pedir... podríamos pedir churrasco de cordero para dos. Te gustará.

—¿Me gustará? —dejó la carta a un lado y miró hacia ella—. ¿No habrás elegido el menú anticipadamente?

—Te gustará. Espera y verás.

Del rió.

—Muy bien —asintió—. Así que ya habías preparado toda la cena, ¿eh?

—Bueno, quería estar segura de que todo se hiciese correctamente.

El camarero, a una señal de Jonie, se dirigió hacia su mesa.

—Ya puede empezar, ahora —le dijo Jonie.

—Sí, señora.

Lo primero que les sirvió fueron dos abundantes cócteles de mariscos. Al probar el suyo. Del descubrió de repente que estaba hambriento y recordó que no había tomado ningún alimento excepto un emparedado a eso de las once, a menos que contara como alimento las diez o doce tazas de café. Durante cierto tiempo, se olvidó de todo menos de comer. El churrasco de cordero resultó tan encomiable como Jonie había prometido y el champagne era excelente. Finalmente. Del se recostó en su asiento, ahíto, confortado y soñoliento.

—¿Tomarás postre? —preguntó Jonie.

—Tomemos antes una taza de café —sugirió.

Con las tazas frente a ellos. Jonie volvió a recriminarle su exceso de trabajo.

—Tengo que hacerlo —respondió él—. Yo fui el que dijo a Al, justo antes del lanzamiento, que la desviación del sistema no tenía importancia. Ahora el de la Fénix Uno se ha estropeado. Tal vez no sea culpa nuestra, pero...

—Una persona como Al ha de comprender que todo el mundo puede cometer un error de buena fe.

—Oh, por supuesto, lo comprende —admitió Del—. Sin embargo, queda el hecho de que si se trata de una zona de responsabilidad que te corresponde a ti, has de estar a la altura. Esto se refiere a mí, como se refiere a él y a todos los demás hasta llegar a los mismos martenautas de la Fénix Uno y la Dos. Además, no es solamente lo que piense él: es lo que piensan todos.

—Bien, pero tú solamente eres responsable ante él, ¿no es cierto?

—No —respondió Del, lentamente—, no es totalmente cierto. En realidad, soy responsable ante todo el programa espacial.

—Eso es una exageración y tú lo sabes —replicó Jonie—. Naturalmente, todo el mundo es responsable ante el programa espacial, pero tú estás hablando como si hubiera algún tipo de responsabilidad personal especial entre el programa y tú. Matándote a trabajar no conseguirás probar nada.

Del no quería discutir con ella, especialmente en esos momentos, pero quería que comprendiera su situación. Se embarcó en una larga descripción de cómo se relacionaban las múltiples facetas de la estructura que posibilitaba el despegue de las naves, y de cómo el trabajo de los que participaban en esa estructura debía estar también relacionado. Ella permanecía sentada en silencio, acumulando argumentos que oponer a los de él. Del se encontró finalmente rehuyendo su mirando fija, desviando incómodamente la vista hacia la zona de bar y hacia la pantalla del televisor. De repente, interrumpió su monólogo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonie.

—¡Jack! —explicó él—. Jack Sharney, mi patrón. ¿Qué significa esto?

Se puso en pie rápidamente y se encaminó hacia el bar. El aparato de televisión estaba en un estante, demasiado alto para que pudiera alcanzar los mandos, y el sonido estaba desconectado. Se dirigió al camarero que secaba vasos tras la barra.

—Suba el volumen, por favor —pidió.

—Como quiera —accedió el camarero.

Dejó el vaso y la toalla, se alejó unos cuantos pasos y metió la mano por debajo de la barra. Al momento se oyó el sonido del aparato, no a todo volumen pero sí al suficiente para que Del pudiera oír desde donde se encontraba.

La cara de la pantalla, no obstante, ya no era la misma. No era Jack Sharney, sino el rostro relajado y profesional de un locutor.

—... después de la declaración del señor John Sharney, vicepresidente de Laserkind, se le preguntó si esa declaración significaba que el sistema de comunicación láser de la Fénix Uno seguía en buenas condiciones, pero no podía funcionar debido a la avería de otros sistemas...

De repente, apareció Jack de nuevo en pantalla. Su voz llegó claramente a oídos de Del.

—Naturalmente —comenzó—, no hay forma de saber dónde está exactamente el

problema. Sin embargo, pruebas de nuestro sistema realizadas en tierra y en órbita, poco antes de que las naves partieran hacia Marte, demostraron que el sistema funcionaba satisfactoriamente. Mantuvimos un representante en la zona durante el lanzamiento para asegurar que nuestro equipo respondiera bien y el informe que nos mandó indicaba que el sistema funcionaba exactamente como debía.

—Díganos, señor Sharney —preguntó una voz en off—, ¿cabe la posibilidad de que la radiación de la tormenta solar haya provocado una avería en el lasercom?

—En ausencia de datos definitivos, debe admitirse cualquier posibilidad. Sin embargo, nuestro representante nos ha confirmado que el lasercom funcionó perfectamente hasta el momento de la erupción solar, y no conocemos ninguna forma en que la radiación pueda afectar directamente nuestros controles, aun en cantidades elevadas. Como ya explicaba en la declaración anterior, la suposición más lógica es que la Fénix Uno no puede orientar la antena del sistema, y la orientación puede ser crítica, en las comunicaciones por láser. Esta orientación se realiza mediante un proceso mecánico que no puede ser afectado por la radiación. Por otra parte, si el sistema no recibe energía debido a la erupción solar, si algunos de los componentes electrónicos que suministran energía al sistema han fallado, entonces el sistema no puede funcionar. Pero los componentes que llevan la energía al dispositivo de orientación no son de nuestra fabricación.

—¿Qué diablos me estáis haciendo —estalló Del—. Jack ¿qué diablos me estás haciendo?

Sintió un brazo que rodeaba el suyo. Desviando la vista a su derecha, vio que Jonie estaba de pie a su lado.

—¿Sucede algo malo, Del?

—¡Son unos bastardos! —masculló entre los dientes, apretados hasta el punto de dolerle—. ¡Son unos bastardos! Escucha lo que está diciendo.

Sin embargo, cuando terminó estas palabras. Jack Sharney ya no estaba en pantalla. El locutor estaba comentando unas imágenes de un gatito encaramado en lo alto de un poste de teléfonos, con los bomberos intentando rescatarlo. Del dio media vuelta y comenzó a regresar a su cabina.

—¿Qué pasa? ¿Qué han hecho? —preguntó Jonie, una vez se hubieron sentado de nuevo.

—Ya lo has oído —contestó Del.

—Sí, pero no lo he comprendido.

—¿Qué diablos había que comprender? Ya has visto a Jack dando una rueda de prensa, respondiendo preguntas y diciendo a todo el mundo que no hay ningún problema con nuestro material en la Fénix Uno. —Del engulló la media copa de champagne que todavía quedaba frente a él—. ¡Ningún problema! Mientras yo estoy aquí rompiéndome la cabeza para encontrar lo que va mal, con la mitad del personal del control de la expedición haciendo lo mismo.

—¿Por qué ha dicho eso, entonces?

—Lo ha dicho porque alguien se lo ha mandado —respondió Del—. Y yo ya sé quién ha sido ese alguien: nuestro querido presidente Walter Kind en persona. El viejo Walter, atacando a la NASA antes de que se les ocurra venir a preguntar por qué va mal nuestro sistema.

Se dio cuenta de que Jonie le miraba fijamente.

—Pero... —Jonie luchaba por encontrar palabras—, ¿es que Jack y Walter Kind no saben que es falso lo que están diciendo?

—Naturalmente, claro que saben que no es verdad. Pero eso es lo de menos, ¿no comprendes? Has de ser el primero en gritar, tan fuerte como puedas, que no ha sido culpa tuya. Parte del público te creerá, sin duda, e incluso los que no lo crean no estarán seguros hasta que se haya verificado todo, lo que puede suceder dentro de un par de años, cuando toda la historia se haya olvidado por completo.

—Pero, ¿por qué hacen una cosa así sin consultarte primero?

—Para que no les haga quedar mal, por supuesto. De esta forma pueden quedarse allí en la costa oeste, soltando tranquilamente sus mentiras, sabiendo que soy yo quien va a tener que dar la cara ante la gente como Al, que saben la verdad y pensarán que yo estoy detrás de... ¡de esta farsa!

—¿Quieres decir que te están echando deliberadamente la culpa a ti? —El rostro de Jonie estaba pálido.

—Exactamente —afirmó Del—. Su intención es limpiar el nombre de Laserkind, caiga quien caiga. ¡Oh!, a Al y a los muchachos del centro espacial les va a encantar...

—Bien, ¿por qué no se lo explicas a Al, entonces? Dile que no sabías nada del asunto. En realidad, puedes decirle lo que han querido hacerte. Diles a todos que no ha sido idea tuya y que no sabías nada. Puedes dar tú también una rueda de prensa.

El ardor de la ira en el interior de Del se enfrió bruscamente. Vaciló unos momentos.

—No soy capaz de cortarles el cuello de esta forma.

—Pero ellos te lo están cortando a ti, ¿no? —insistió Jonie. Del la miró y vio que su expresión era absolutamente implacable.

—No —decidió—, no sería capaz de hacer una cosa así a nadie.

Comenzó a salir de la cabina.

—Te diré lo que voy a hacer —explicó—. Voy a llamar a Walter Kind ahora mismo.

Ya había cubierto la mitad de la distancia hasta la puerta del restaurante cuando descubrió que Jonie no le seguía. Dio la vuelta y regresó hacia la cabina, donde todavía se encontraba.

—Estoy esperando la cuenta. Un momento, enseguida vendré contigo.

—Lo siento, lo había olvidado completamente.

—No te preocupes.

Por fin apareció el camarero con la nota. Jonie pagó y salieron hacia la habitación

de Del. Jonie se acomodó en la butaca junto a la ventana mientras Del tomaba asiento en el borde de la cama, junto al teléfono de la mesita de noche. Marcó la clave de larga distancia y, a continuación, el número de Walter Kind en Downey, California. Tras una breve pausa, respondió una voz femenina desde la pantalla aún vacía.

—¿Diga?

—¿Señora Kind? Soy Del Terrence, el representante de la empresa en el centro espacial Kennedy. ¿Podría hablar con Walt?

La pantalla se iluminó, mostrando las facciones agradables y suaves de una mujer ya mayor de cincuenta años.

—Hola, Del —saludó—. Un momento, por favor. Voy a ver si Walt está por aquí.

El rostro de la señora Kind desapareció por la izquierda de la pantalla, que permaneció activada. Del esperó.

—Vamos, vamos —masculló entre dientes, tras unos minutos—. No me digas que no está en casa. Laretta, o perderé mis modales. Sé que está en casa. En estos instantes estará sentado, tomando su primera copa antes de cenar.

Transcurrieron unos minutos más. En la pantalla apareció el rostro de un hombre entrado en años, con grandes gafas de montura negra.

—Hola, Del —saludó—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—No muy bien, Walt —explicó Del—. Todavía no hemos podido localizar la avería del sistema. Te he llamado porque acabo de ver por televisión la conferencia de prensa de Jack.

—¿Ah, sí?

—Sí, exactamente. Ha venido en muy mala hora. Walt. He pensado que sería mejor decírtelo personalmente.

—¿En muy mala hora? —Las cejas de Walt se fruncieron—. No comprendo por qué, Del. Si existe algún peligro de que el público se forme una idea equivocada de nuestros productos, cuanto antes proporcionemos las respuestas correctas, mejor.

—Esto es verdad —admitió Del—, siempre que las respuestas sean correctas. El problema es que algunas de las respuestas de Jack tal vez hayan sido falsas.

—¿Falsas?

—Sí. Falsas. Desgraciadamente falsas. Totalmente falsas, para ser exactos.

—Del... —interrumpió Walt, contemplándole desde la pantalla—. Has estado trabajando mucho para descubrir dónde está el fallo que impide las comunicaciones normales de la expedición, ¿verdad? Quizá te has excedido un poco. No puedes encargarte tú de todo, compréndelo. Hay muchas otras personas ahí, en Kennedy, que tienen tanta responsabilidad como tú por lo que está pasando, sino más.

—No creo, Walt —respondió Del—. Y tampoco creo que sea otro sistema el que ha hecho fallar el nuestro. Hubiera tenido que escuchar a Al Murgatroyd cuando me dijo que tenía más desviación en órbita que en las pruebas de tierra. Estoy seguro de que la avería está en nuestro propio sistema, y nuestro trabajo es arreglarlo, no lanzar cortinas de humo echándole la culpa a otros.

—Bien, tú eres quien está sobre el terreno —contestó Walt—, y siempre nos ha interesado conocer tu opinión. Del. Pero sabes que, desde la retaguardia, hemos de considerar la situación en general. Es más fácil juzgar el asunto, visto desde la costa occidental. Además, nuestro deber es protegernos por si resulta, finalmente, que son los componentes de otra marca los que han hecho fallar nuestro sistema. Estoy absolutamente seguro de que Jack no tenía otra intención.

Del miraba la pantalla incrédulamente.

—¿Walt? ¿Es que no me he expresado con suficiente claridad? Esa declaración de Jack va a levantar ampollas, aquí. Hasta ahora, los de la NASA estaban de nuestra parte. Sí, quizá nuestro sistema ha fallado, pero eso puede sucederle a cualquiera y nosotros hemos estado intentando encontrar el problema y resolverlo con todas nuestras fuerzas. Y ahora, de repente, hacemos pública una declaración diciendo que el problema de comunicaciones no es culpa nuestra, ¡cuando aquí en Kennedy saben muy bien que sí lo es! —Espera un poco. Del. No podemos estar seguros de ello. Y tampoco ellos pueden saberlo.

—¡Por Dios, Walt! ¡Están convencidos! —estalló Del, con furia—. Walt, esa emisión nos ha cortado el cuello. Me ha cortado el cuello a mí. Ninguna persona como Al Murgatroyd querrá darme ni los buenos días, cuando oigan lo que ha dicho Jack. ¡Y yo he de trabajar con ellos!

Durante unos segundos. Walt permaneció sin responder. Sus facciones parecieron ajustarse de un modo distinto, en la pantalla, y cuando habló de nuevo su voz sonaba un poco lejana.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos, Del? —preguntó.

—Sólo puede hacerse una cosa —respondió Del, inclinándose hacia la pantalla, con las manos asidas al borde de la mesa donde se hallaba el aparato—. Deja que llame a Al, y tal vez a algún otro, y les diga que esa declaración no estaba autorizada y fue un error. Deja que les diga que lo aclararás luego por escrito, pero que de momento querías que yo se lo dijera personalmente.

—No creo que podamos hacer tal cosa. Del —dictaminó Walt.

Su voz era todavía más remota.

—Es necesario. Walt —insistió Del.

—No —continuó, como si Del no hubiera dicho nada—, no creo que podamos hacer nada por el estilo. ¿Por qué no te tomas una buena noche de sueño y sigues normalmente con tu trabajo? Deja que nos preocupemos nosotros de las consecuencias.

—¡Walt! ¿Cómo puedo seguir trabajando normalmente, ahora?

—Si he de ser sincero, no veo que eso deba representar ningún problema o dificultad real. Ahora bien, si a ti te parece que sí hay problemas, quizá sea mejor que lo pienses detenidamente y me lo expongas por teléfono con todo detalle, más adelante. No queremos que estés trabajando de mala gana, con motivo de preocupación o sin él.

Se produjo una nueva pausa, que se prolongó uno o dos segundos. Del se encontró esperando que Walt dijera algo más, pero este permanecía en silencio.

—Muy bien, Walt —asintió por fin, roncamente—. Creo que voy a irme a la cama.

—Será lo mejor, Del. El sueño es una gran cosa, ya sabes. Mu chas veces las cosas parecen totalmente distintas, por la mañana. Pero llámame en cualquier momento. Del. Hasta luego.

La pantalla quedó inerte. Del miró hacia el otro extremo de la habitación, buscando la mirada decidida de Jonie.

—Dios mío —exclamó—, me siento como si estuviera trabajando para un puñado de cucarachas. Se las arreglan muy bien para sobrevivir, las cucarachas, pero su compañía es...

No pudo continuar. Ella se acercó y lo estrechó entre sus brazos.

LA RUEDA DE PRENSA iba a celebrarse en el mismo hotel en que seguían alojados los representantes de los países que participaban en la expedición, incluyendo a Jens. No había otro lugar con la suficiente capacidad, a excepción de las tribunas de prensa ampliadas, en el Cabo, pero era muy difícil organizar el transporte de todos los periodistas hasta allí.

La realidad, como Jens ya había advertido, era que el número de periodistas presentes en el Cabo tras el lanzamiento había aumentado, en lugar de disminuir, con la llegada de nuevos corresponsales. Ahora, tras conocerse las noticias de la tormenta solar, los daños en las naves y el accidente de Tad, se notaba un movimiento renovado de hombres y mujeres con distintivos de color naranja.

El gran salón de baile estaba dotado de palcos elevados en la parte posterior, por encima de la pista cubierta de sillas plegables. Estos palcos ofrecían la posibilidad de alojar unos pocos grupos de personas no vinculadas con la información pero, al mismo tiempo, interesadas o relacionadas con la rueda de prensa. Uno de estos grupos estaba formado por todos los delegados nacionales para el desarrollo internacional del espacio, incluyendo a Jens.

—Una vergüenza lo de ese joven suyo —dijo Sir Geoffrey, roncamente, tomando asiento al lado de Jens.

Jens asintió.

—Sí —respondió. Por un momento, pensó que debería añadir algo más, pero no se le ocurrió nada. Finalmente, abandonó la idea y se inclinó hacia delante para ver a los representantes del control de la expedición, que estaban subiendo uno tras otro a la tarima instalada en el otro extremo de la sala, sentándose tras la larga mesa de conferencias. Había cinco personas, una de ellas morena y con aspecto oriental, pero la única que Jens reconoció fue Bill Ward, que ocupaba el asiento central.

Tras unos instantes para probar los micrófonos que tenían sobre la mesa, junto a sendos vasos de agua, Bill Ward se aclaró la garganta.

—Muy bien —comenzó. Su voz amplificadas resonó por todo el salón—. Creo que ya podemos empezar. Primero leeré un breve comunicado; luego, podrán hacer las preguntas que quieran.

Se aclaró la garganta de nuevo y bajó la vista hacia unos papeles que había extendido sobre la mesa.

—A las veintitrés horas, veintiséis minutos del vigésimo segundo día de la expedición a Marte —leyó—, el control de expedición recibió del laboratorio espacial 2 la predicción de una importante erupción solar, predicción que fue transmitida a la nave de la expedición con la información de que disponían de unas cinco horas para desacoplar las naves y separarlas, a fin de realizar el experimento SO82 consistente en una prueba de las comunicaciones por láser entre las naves

durante una tormenta solar...

Tosió, interrumpiéndose un segundo, y luego prosiguió:

—Ambas naves, por lo tanto, se separaron hasta una distancia de ciento cuarenta kilómetros, mientras sus tripulaciones instalaban paneles protectores para formar lo que llamamos un refugio para tormentas, como describe el experimento ML 99. La duración de su permanencia en el interior del refugio fue calculada por el control de la expedición, previendo unas quince horas durante las cuales las naves no estarían en comunicación con la Tierra, al haber orientado sus espejos láser el uno hacia el otro.

Se detuvo otra vez para tomar un sorbo de agua del vaso que tenía ante sí.

—Aproximadamente a las diecisiete horas, cuarenta y un minutos del vigésimo tercer día, la tripulación de la Fénix Uno descubrió que su LCO había perdido el contacto con la Fénix Dos. Buscaron la avería dentro de la zona protegida, sin encontrarla. Por entonces, el contador que indicaba la radiación exterior debida a la tormenta solar comenzaba a dar señales de que esta radiación estaba disminuyendo. El contador siguió descendiendo y, cuando llegó al punto en que los martenautas podían moverse sin peligro por el interior de la nave, los tripulantes de la Fénix Uno abandonaron el refugio y siguieron el sistema LCO averiado hasta el punto en que atraviesa el casco de la nave para conectar con la unidad motriz que regula la orientación del espejo.

»Resultaba evidente que la avería estaba en el exterior del vehículo y no en su interior. Dado que las comunicaciones por radio seguían impedidas por la tormenta solar, el comandante en jefe de la expedición, Tadell Hansard, temiendo que el espejo LCO de la Fénix Dos estuviera también averiado, decidió salir al exterior para comprobar la unidad motriz y el espejo.

»Así, el coronel Hansard vistió su traje espacial y salió fuera de la nave sin tener conocimiento de que la radiación en el espacio todavía se hallaba en niveles peligrosamente altos. La intensidad de la tormenta solar había sido mayor de lo previsto y, de hecho, resultó lo bastante intensa para sobrecargar el contador de la Fénix Uno, con el resultado de que éste comenzó a indicar un prematuro descenso de la radiactividad.

»A consecuencia de ello, el coronel Hansard sufrió un envenenamiento por radiaciones grado actualmente desconocido. Por fortuna, el LCO de la Fénix Dos no quedó afectado por la tormenta solar y, al hallarse fuera de contacto con la Fénix Uno por ese medio, se comunicó con el control de expedición por el LCO y con la Fénix Uno por radio, pues la tormenta había descendido a niveles que permitían su empleo. De esta manera, pudo transmitir un aviso sobre la peligrosidad de las condiciones en que el coronel Hansard había abandonado la nave y, tan pronto como regresó al interior, sus compañeros tomaron las medidas necesarias para descontaminarle y contrarrestar los efectos de la radiación.

»En estos momentos, según nuestros últimos informes de la Fénix Uno, se encuentra descansando tranquilamente. Sin embargo, las dos naves han sufrido

importantes daños en sus sistemas de control electrónico, debido a la inesperada magnitud de la erupción, y las tripulaciones están muy atareadas comprobando y reparando sistemas.

Bill dejó de hablar, recogió las hojas y levantó la mirada hacia la multitud allí congregada.

—En las mesas del fondo hay copias de este comunicado —explicó—. Ahora, pasemos al apartado de preguntas.

Casi antes de que hubiera terminado de hablar, se había puesto en pie una mujer de la primera fila. A sus espaldas, varios periodistas que habían sido una fracción de segundo demasiado lentos volvieron a sentarse.

—Corre el rumor... —Su voz era tan débil que apenas se oía desde el palco en que estaba Jens. Enseguida, alguien acercó un micrófono y el resto de sus palabras se oyó por los altavoces— ... de que el martenauta estadounidense. Tadell Hansard: recibió en realidad una dosis fatal de radiación. ¿Podría decirnos qué hay de cierto en ello?

La periodista tomó asiento de nuevo. Bill inclinó su cabeza hacia el individuo de facciones orientales que estaba a su derecha.

—¿Quieres responder tú. Kim? —preguntó. La memoria de Jens completó el nombre del individuo. Doctor Kim Sung, uno de los médicos de la NASA. Kim Sung se adelantó hacia su micrófono.

—Siento responder que no tenemos idea de la radiación que recibió Tad. No hay forma de saber el grado de radiación en el exterior de la Fénix Uno cuando él sufrió la exposición y tampoco hay forma de determinar la importancia del daño causado, físicamente o en cualquier otro sentido, al menos por el momento. No obstante, yo diría que dar por sentado que cualquier grado de envenenamiento radiactivo ha de ser necesariamente fatal es cometer un grave error.

Varios periodistas se habían puesto ya en pie, pero la mujer de la primera fila insistió.

—Sin embargo, usted no descarta completamente la posibilidad de que haya recibido una dosis fatal de radiación, ¿no es así, doctor?

—En ausencia de datos suficientes, debemos considerar todas las posibilidades, es cierto —respondió Kim—. Sin embargo, nosotros no concedemos gran importancia a ésta en concreto.

—El siguiente —anunció Bill Ward, inexorable, mientras la mujer comenzaba a abrir la boca otra vez. Su dedo señaló hacia un individuo varias filas más atrás, con un acento europeo que Jens no logró identificar.

—¿Tienen alguna información sobre la importancia de los daños sufridos por las dos naves, señor? —preguntó—. Y, en caso afirmativo...

—No, no tenemos ninguna información todavía —contestó Bill Su dedo se movió—. Lamento tener que cortarles, pero somos muchos aquí y vale más que nos limitemos a una pregunta por persona. ¡El siguiente!

—¿Podría decirnos si bastaría el daño causado por la radiación a los sistemas electrónicos para incapacitar permanentemente por sí solo una nave como la Fénix Uno o la Fénix Dos? —La pregunta la hizo otra mujer.

—¿Jim? —Bill giró la cabeza, pasando la pregunta a un hombre calvo y de facciones redondeadas, sentado a la derecha de la mesa. Era James Howell, ingeniero de sistemas de la expedición.

—Teóricamente, si se estropearan simultáneamente los suficientes sistemas, uno de los vehículos Fénix podría quedar totalmente paralizado. Sin embargo, esto duraría sólo el tiempo necesario para que la tripulación pudiera reparar las averías y sustituir las piezas que haga falta para poner la nave otra vez en funcionamiento, que es precisamente lo que están haciendo ahora en la Fénix Uno y Dos, según nos informan.

—¡El siguiente! —intervino Bill.

—Suponiendo que Tad enferme gravemente por la radiación, o algo peor —preguntó un hombre de raza negra, con turbante, que se había puesto en pie entre las filas de asientos que ocupaban la parte derecha del salón—, ¿cómo afectará esto al desarrollo de la expedición?

—La expedición —respondió Bill Ward—, ya es redundante, por el mismo hecho de que consiste en dos naves idénticas, cada una de las cuales es capaz de realizar el viaje a Marte por sí sola. Desde luego, si Tad necesita reposar durante cierto tiempo, habrá que hacer algún arreglo en el programa de trabajo de las Fénix Uno y, probablemente, también en el de la Fénix Dos.

—¿Puede decirnos —gritó otra mujer, en la parte trasera de la sala—, si es cierto que las tripulaciones de la Fénix Uno y Dos habían solicitado una reestructuración de los experimentos prioritarios antes de que se diera la presente emergencia?

—Se había hablado del asunto, sí —respondió Bill con aspereza—. Los martenautas y el control de la expedición estamos evaluando y reevaluando constantemente todos los elementos de la expedición, para conseguir el máximo rendimiento en todo momento. Naturalmente, cualquier cuestión como ésta debe posponerse al problema fundamental que es poner ambas naves de nuevo en condiciones. ¡El siguiente!

—Suponiendo que el coronel Hansard muera a consecuencia de la radiación recibida... —comenzó un hombre entre las primeras filas.

Jens sintió un brusco espasmo en el estómago. Le llegó tan inesperadamente que lo sintió como un dolor inesperado. Apoyándose en el brazo de la butaca que ocupaba, logró ponerse en pie y se dirigió, tambaleándose, hacia el ancho y silencioso corredor alfombrado que había tras los palcos.

De repente, se dio cuenta de que alguien le había seguido. Se trataba de Sir Geoffrey, y el viejo le sostenía por el codo, tranquilizándolo.

—Se está incómodo ahí dentro, ¿verdad? —murmuró Sir Geoffrey junto a su oído—. Le hace falta una copa. Venga conmigo.

Condujo a Jens por el corredor sosteniéndole con una firmeza sorprendente para alguien de la edad que aparentaba. Se introdujeron en un ascensor, descendieron al vestíbulo del segundo piso y en un bar amplio y oscuro, con muebles excesivamente acolchados, que atendía una camarera. Sir Geoffrey llevó a Jens hasta un compartimiento en la pared junto a la barra y le hizo sentar allí, sentándose él mismo frente a Jens. La camarera se aproximó.

—¿Qué desean tomar? —inquirió.

—¿Cuál es la especialidad de la casa? —preguntó Sir Geoffrey a su vez.

—¿El combinado especial? El Shamrock. Es el nombre del local, Shamrock Lounge.

—¿Shamrock? Whisky irlandés, ¿verdad? Muy bien, traiga uno para él.

—¿Nada para usted?

—No. Yo... bien, maldita sea, tráigame uno también.

—Dos shamrocks —repitió la camarera, retirándose.

—Yo siempre pido el especial —explicó Sir Geoffrey, mirando hacia Jens—. Te dan más por tu dinero, y hay más de un cincuenta por ciento de probabilidades de que la bebida esté bien preparada, además.

Jens pensó que debería decir algo, pero el esfuerzo era excesivo para él.

—Está bien —dijo Sir Geoffrey, intentando darle ánimo—, no se preocupe. Tan pronto como haya tomado uno o dos tragos se sentirá mejor. El alcohol, el café y el yodo, eso lo cura todo. Por separado, naturalmente. Alguien que haya tenido malaria podría querer añadir la atabrina, quizá. Pero no estamos en zona de malaria, ¿verdad?

Se produjo un breve silencio hasta que regresó la camarera con dos grandes vasos de cóctel, llenos hasta el borde de un líquido verdoso, y los dejó cuidadosamente frente a Jens y su compañero.

—Bébalo ahora —urgió Sir Geoffrey, cuando la camarera se hubo retirado—. Tómelo de golpe, si le place. Lo más irritante del mundo es invitar a alguien a beber para que se tranquilice y que se quede sentado ahí, jugando con el vaso. Muchas mujeres lo hacen. Mire, fíjese cómo lo hago yo.

Tomó su propio vaso. Jens extendió la mano y levantó el que había ante sí hasta sus labios. En el instante antes de tocar el líquido pensó que no sería capaz de beber nada pero, enseguida, lo sintió en su boca. Tenía un sabor mentolado nada desagradable.

—Así está mejor —aprobó Sir Geoffrey—. Déjelo llegar al fondo y ya estará medio recuperado. Está preocupado por Hansard, ¿verdad?. No debería dedicarse a este oficio. Un aficionado como usted... ¡Oh, sí! Ya sé que es lo que quería su gobierno, pero resulta igualmente descorazonador. Camarera, otros dos.

—No, con uno ya basta... —protestó Jens, pero la camarera ya estaba pasando el pedido a la barra.

—Lo que tiene que admitir —prosiguió Sir Geoffrey—, es que en este tipo de asuntos siempre hay alguien que resulta herido. Así es la política internacional. Por

eso el mundo necesita profesionales que saben que la maquinaria siempre acaba atrapando a alguien. Pero necesitamos la maquinaria. Si no, estaríamos golpeándonos en la cabeza el uno al otro con hachas de piedra. Así que, ¿dónde está usted? Tome ahora el segundo. Wylie. Igual que con el primero.

De hecho, Jens comenzaba a sentirse, si no mejor, al menos anestesiado hasta cierto punto. Alzó el segundo vaso.

—Sucede siempre lo mismo —explicó Sir Geoffrey, con firmeza—. Siempre. Debe aprender a darlo por supuesto y dejar que suceda...

—Y al infierno con todos, ¿no? —Jens quedó un poco sorprendido de sus propias palabras. El primer combinado estaba comenzando a ejercer sus efectos.

—No, nada de al infierno con todos —respondió Sir Geoffrey, irritado—. Al infierno con la situación y con aquellos que estén tan involucrados en la misma que no puedan librarse. Usted mismo es una pieza de la máquina, si realiza bien su trabajo. No se quema en el primer problema que se presenta: se mantiene en buen estado de funcionamiento para poder ser utilizado otra vez, y otra.

—¿Por qué no destruir la máquina, para variar?

Sir Geoffrey le miró con fijeza.

—Vamos Wylie. Usted no va a romper ninguna máquina, aunque pudiera.

—Esta expedición —comenzó Jens, algo espesamente. Se interrumpió, sorprendido, al ver que su segundo vaso estaba vacío. Sir Geoffrey hizo una señal con la mano al encargado de la barra—. Esta expedición fue sabotada antes de que los martenautas entraran en la lanzadera y despegaran de tierra.

—Sin duda —replicó Sir Geoffrey—. Y usted lo sabía y no hizo nada; nada que valiera de algo, quiero decir.

—Sí —afirmó Jens, volviendo a sentirse enfermo al pensar en Tad Hansard.

—Tampoco hará nada más adelante, téngalo por seguro. Ahora beba, enfréntese a los hechos de la vida y volvamos a ese palco antes de que acabe la rueda de prensa y alguien se dé cuenta de que nos hemos ido. Alguien importante, quiero decir. Nuestros compañeros no cuentan.

Fedya, vestido con su traje espacial, estaba sobre el casco de la Fénix Dos. A medio kilómetro de distancia, la parte iluminada de la Fénix Uno parecía un rectángulo convexo bajo la cruda luz solar. A sus espaldas, Fedya llevaba una unidad propulsora individual y de su cinturón pendía un cable procedente de una bobina alimentadora fija en el casco de la Fénix Dos, junto a su compuerta tres.

Con la mirada puesta todavía en el reflejo del distante vehículo espacial, se elevó sobre la punta de sus pies, desactivó el magnetismo que mantenía las suelas de sus botas unidas a la superficie metálica, y tomó impulso para alejarse de la nave. No tuvo ninguna sensación de movimiento, pero al extender las piernas no halló ninguna superficie sólida y, al volverse, vio que estaba separado de la Fénix Dos por una distancia igual a su propia altura.

Miró hacia la Fénix Uno de nuevo y, alzando su mano enguantada hacia el pecho del traje, activó la unidad propulsora.

De los dos brazos gemelos que sobresalían del aparato, surgieron chorros de gas frío. Tampoco ahora sintió ningún movimiento, pero al volverse otra vez vio la Fénix Dos alejándose sensiblemente de él. La línea brillante y fina del alambre que la bobina soltaba lentamente formaba una curva catenaria entre él mismo y la nave que acababa de abandonar. Otra vez volvió a concentrarse en la sección de fuselaje iluminada de la Fénix Uno, hacia donde pretendía dirigirse.

Durante cierto tiempo, resultó difícil percibir cambio alguno en ella. Gradualmente, sin embargo, advirtió que el rectángulo parecía crecer hacia su derecha y encogerse hacia su izquierda. Se movía en una dirección que le haría dejar la nave atrás por su derecha, si no la corregía.

La corrigió, aumentando paulatinamente la presión del propulsor derecho hasta que el rectángulo dejó de crecer como antes.

Siguió moviéndose por el espacio. El cable unido a su pesado cinturón no ejercía la menor tensión que pudiera sentir. De pronto, observó que el rectángulo volvía a cambiar de forma. Ahora estaba estrechándose con bastante rapidez, de modo que debía estar aproximándose a la Fénix Uno. Aproximándose en un ángulo excesivamente elevado. Volvió a corregir.

El rectángulo se ensanchó de nuevo. Había llegado lo bastante cerca para ver, dentro de la zona iluminada, la silueta erguida del espejo LCO de cobre y una esquina de la compuerta tres de la Fénix Uno.

Fedya corregía constantemente, mientras descendía sobre la otra astronave. Jugando con los controles de sus propulsores, derivó hacia ella. De pronto, se dio cuenta de que debía comenzar a decelerar. El fuselaje y la compuerta aumentaban velozmente de tamaño. Accionó el mando que invertía las toberas de los propulsores y abrió sus válvulas al máximo.

Al igual que antes, en los primeros instantes su acción no pareció causar ningún efecto. El casco siguió creciendo amenazadoramente, e instintivamente, encogió los pies preparándose para una caída. Pero, entonces, el crecimiento disminuyó, disminuyó... y despertó a la realidad, a pocos metros de su destino, para descubrir que había invertido su movimiento y estaba alejándose de la Fénix Uno.

Cerró las válvulas, invirtió otra vez los propulsores y comenzó a cubrir el camino hasta el casco con débiles chorros de gas. A pesar de todo, pasaron más de cinco minutos antes de que sus pies tocaran la nave y sus suelas magnéticas se adhirieran al vehículo ajeno.

Se acercó a la compuerta tres y aseguró el extremo del cable que había traído de la Fénix Dos en una abrazadera, soldada junto a la compuerta precisamente con este propósito. Mientras lo soltaba de su cinturón y lo fijaba al casco, se abrió la compuerta y, con movimientos tan solemnes como los de un antiguo caballero con armadura, otra figura con traje espacial surgió para ayudarle a anudar el cable a la

abrazadera y empalmarlo al extremo de otro cable que esperaba allí, antes de pasar ambos al interior de la Fénix Uno.

Los movimientos de la otra figura revelaban la identidad del ocupante del traje. Se trataba de Anoshi. En otras circunstancias, hubieran acompañado su encuentro con alguna chanza a través de los auriculares pero ahora, sin embargo, regresaron en silencio al interior de la nave, atravesando la última escotilla del tubo de acceso y ascendiendo hasta el nivel A, donde pudieron salir de los trajes.

Ya más cómodo, Fedya se enfrentó no sólo a Anoshi, sino también a Bap y Tad. Tad ni siquiera estaba sentado. Se hallaba en pie, junto a su consola de mando. Fedya se acercó a él y estrechó su mano.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Muy bien. Me siento dispuesto a todo, sencillamente muy bien.

Fedya le sonrió. No obstante, era evidente que Tad no tenía aspecto de encontrarse muy bien. Parecía... distinto. No había ningún cambio notable, pero su rostro parecía más pálido y afilado de lo que Fedya había visto nunca. Durante un segundo Fedya quedó atónito, intentando descubrir qué causaba esta impresión. Por fin, se dio cuenta de que Tad ya había perdido parte de su cabello. Siempre lo había llevado muy corto, de forma que la diferencia no era muy visible, pero ahora tenía las entradas más pronunciadas y allí donde quedaba cabello se veía la piel a su través. Además, toda su figura tenía un aire tenso, un poco forzado, como si estuviera intentando mostrarse cortés durante un compromiso social mientras la gripe, o un resfriado, le hacían desear ardientemente volver a casa, a la cama.

EL SOL DE LA TARDE quedaba reducido a un reflejo gracias a las ventanas policromas adaptables, que llegaban del suelo al techo. En el salón comedor, decorado con redes que sostenían tridentes, conchas, y otros objetos marinos, la pequeña mesa cuadrada de color castaño parecía brillar entre ambas sillas con un resplandor dorado.

—Es muy agradable poder hacer una pequeña escapada —comentó Ahri Ambedkar, mirando a su alrededor. Sergei Verigin y él se encontraban casi a solas en un extremo del salón—. He oído decir que las gambas, sobre todo, son muy buenas aquí.

—Eso he oído yo también —convino Verigin.

El restaurante que habían elegido para un almuerzo a solas estaba instalado en el piso superior de una estructura de madera que daba la impresión de proyectarse sobre las mansas aguas del lento río Florida. Al pie del edificio había lo que parecía ser un pequeño club náutico, rebosante de embarcaciones de placer de todos los tamaños, desde lanchas con motor fuera borda hasta enormes y costosos yates ChrisCraft. Daba la impresión de que la mayor parte de los comensales habían llegado por vía acuática. Verigin y Ambedkar, en cambio, habían sido transportados en un automóvil y el chófer debía regresar a buscarlos al cabo de dos horas.

—¿Tienen té? —preguntaba Ambedkar a la camarera que acababa de presentarse.

—No sé, he de preguntarlo —respondió. Les sonrió a ambos. Era una mujer de unos cuarenta años, de aspecto agradable aunque sus facciones fueran un tanto rudas—. ¿Y usted, señor?

—Creo que tomaré un coñac —dijo Verigin—. ¿Tienen Cordon Bleu?

—Sí, estoy segura. ¿Lo quiere con hielo?

Verigin se estremeció.

—No, nada de hielo. En una copa de vino, por favor.

—¿Has tenido suerte, en el asunto de tu perro? —preguntó Ambedkar, una vez la camarera marchó a cumplir el pedido.

Verigin se animó visiblemente.

—El director de la expedición. Bill Ward, tuvo la amabilidad de hablar con un hermano suyo que está en la escuela de Veterinaria de la Universidad de Minnesota. Parece que su hermano conoce a otro miembro de la escuela que tiene mucha experiencia en este tipo de parálisis que sufre Chupchik. Parece que este otro miembro está ahora de vacaciones, pero lo esperan dentro de una semana o así. El hermano de Ward dijo que me pondría en contacto con él tan pronto como llegara. Después de todo, parece que acabaré consiguiendo la respuesta que necesito para el pobre Chupchik. Ya le he comunicado la buena noticia a mi esposa.

—Es bueno saberlo —contestó Ambedkar.

Se entretuvieron charlando de temas triviales y personales hasta el fin del

almuerzo. Entonces, pasaron a discutir cuestiones más importantes.

—Imagino que has oído esos rumores —comenzó Verigin—, de que el programa experimental era ciertamente excesivo y que ello ha ocasionado cierta ineficacia por parte de los martenautas, ineficacia que a su vez pudo acabar provocando el accidente de Tadell Hansard.

—Sí —respondió Ambedkar, tomando un sorbo de la taza de té que acababan de servirle. Verigin bebía coñac en una copa muy pequeña.

—Naturalmente, tú y yo sabemos que los norteamericanos consideraron esta expedición como una oportunidad de conseguir lo que ellos llaman buena imagen, una buena voluntad internacional que contrarreste los efectos de su sistema de dirección compartida, que ha cuadruplicado recientemente su producto nacional bruto, dándoles una nueva ventaja sobre el resto de naciones. Los que estamos trabajando para el futuro, con nuestra diversificación industrial, sabemos que esta propaganda es poco importante, por no decir efímera. Por otra parte, la reputación nacional no deja de tener su importancia, sobre todo desde el punto de vista del momento inmediato.

—Ah, sí —asintió Ambedkar—. Supongo que te refieres a nuestra anterior insistencia en mantener al máximo el programa experimental de la expedición. ¿Acaso piensas que eso puede ocasionarnos ahora algún problema?

Verigin hizo un gesto con la mano que sostenía la copa.

—Problemas, exactamente, no. Pero podría convertirse en noticia, eso es todo.

—En realidad, no veo qué podríamos hacer a estas alturas. Queda constancia de nuestra actitud anterior y, además, seguimos estrictamente las instrucciones de nuestros gobiernos.

—Naturalmente —respondió Verigin—. Pero esto sólo no creo que nos dé muchos problemas. Después de todo, los norteamericanos insistieron como los demás para incluir su parte de experimentos. De todas formas, podríamos mantenemos alerta por si surge algo que pudiera conectarse, y complicar nuestra posición anterior. Quiero decir, por supuesto, que sería bueno no hacer nada que pueda contribuir a irritar una situación ya potencialmente irritable.

—Tienes razón —asintió Ambedkar—. Es de sentido común, ambos lo sabemos.

—Sin duda —suspiró Verigin—. La experiencia nos enseña que tal vez el mayor arte sea el de no hacer nada. Sobre todo, en política internacional.

—Sí. —Ambedkar tomó otro sorbo de té y depositó la taza sobre su platillo.— Lástima que los jóvenes tarden tanto en aprenderlo.

—Algunos, como Wylie, probablemente no aprenderán nunca. Aunque me parece que Wylie no tiene el menor interés por la política a este nivel, a diferencia de nosotros. Otros, tal vez, llegarán a aprender, pero todavía no han aprendido.

—Te refieres a Guenther —afirmó Ambedkar, dándolo por cierto.

—No puedo negarlo.

—Es lamentable —murmuró Ambedkar hacia su taza de té—. No creo que

Guenther se dé cuenta de los riesgos que corre a veces.

—Pienso lo mismo. Supongo, entonces, que ya debes tener una idea definida de lo que parece estar sucediendo, ¿o no?

—Bien, uno no puede dejar de advertir ciertas cosas —respondió Ambedkar cuidadosamente—. Naturalmente, en una situación como ésta, lo ideal es que no ocurra nada fuera de lo corriente. Sin embargo, un joven como Guenther puede tal vez sentir tendencia o preocuparse indebidamente si no sucede nada. Necesita probarse a sí mismo ante los dos viejos zorros. A veces, un gran derroche de energía sirve sólo para intentar justificar inactividad.

—Es verdad. Se trata de una reacción perfectamente inocua, en circunstancias normales —contestó Verigin—. Siempre y cuando, por supuesto, no haya motivo para sospechar que esta actividad ha llegado a despertar la atención de quienes se ven sometidos a ella, hasta el punto en que puede convertirse en una cuestión de interés oficial.

—Oh —intervino Ambedkar—. No me había dado cuenta de que hubiera llegado tan lejos.

—No estoy seguro de que sea así —matizó Verigin—. Es tan sólo una conjetura, basada en mi experiencia en estos asuntos.

—Por supuesto. Pero una conjetura basada en la experiencia no debe tomarse a la ligera.

—Gracias. Pero aún así, el asunto no deja de ser relativamente inofensivo. Sin embargo, cuando interviene un accidente como esta tormenta solar que puede costar la vida a uno de los martenautas, cualquier actividad como la que discutimos, ejercida por alguien en posición acreditada, corre el peligro de convertirse en motivo de atención periodística. Sobre todo, en unas circunstancias como las presentes.

—¿Te refieres a la exagerada reacción popular frente a la posible muerte de Hansard? He estado estudiando los informes de prensa de todo el mundo. Me parece muy curioso que una persona que por su propia inadvertencia se ha puesto en situación de sufrir un daño, tal vez mortal, suscite tanta preocupación entre individuos de todas las culturas.

—Exactamente. El público siempre es sentimental.

—Cuando ellos mismos no pueden permitirse tener sentimientos —concluyó Ambedkar—. Temo que esta simpatía mundial hacia el coronel Hansard dificulte cualquier intento de mostrarse realista sobre la conveniencia de una nueva tentativa de expedición.

—Claro que será difícil —asintió Verigin—. Por lo tanto, nuestro propio interés nos exige que comprendamos las causas exactas de esta reacción popular. Considerémoslo desde el punto de vista del hombre de la calle. No le cuesta nada preocuparse y temer por el apuesto astronauta golpeado por una fuerza extraterrena mientras cumplía una elevada misión en beneficio de la raza humana. La cuestión, sin embargo, es que puede salir a la luz que nosotros nos negamos a disminuir la lista de

experimentos... y que esto puede haber sido un factor más que contribuyera a fatigar a los tripulantes hasta el punto de perturbar el acostumbrado buen juicio de Hansard y hacerle salir al exterior cuando la radiación seguía siendo elevada. Además, también puede salir a la luz que cuando llegaron las primeras noticias sobre su accidente, nosotros nos pronunciamos (aunque no en público, por supuesto) a favor de proseguir la expedición a Marte pese a su estado de salud.

—Sí, ya veo —respondió Ambedkar, pensativo—. Son cosas que suelen olvidarse fácilmente. Sin embargo, con toda esta reacción emocional, por fuerza surgirá la pregunta «¿Qué iba mal?» Naturalmente, la siguiente pregunta debe ser «¿Quién tuvo la culpa?». No es que piense que estas preguntas no puedan contestarse apropiadamente, desde luego. Sencillamente, temo que en el proceso de buscar las respuestas, el control sobre una nueva tentativa de expedición pueda pasar de manos del gobierno a la prensa popular. Sobre todo, mientras persista el deseo del público por ver completada esta expedición.

—Deseo que ahora está equilibrado —intervino Verigin— por una percepción más razonable de la situación por parte de los que participamos en el asunto. Mi gobierno ha llegado a la conclusión, por razones humanitarias y porque quizá las naves de la expedición hayan sufrido más daños de lo que sabemos, de que es mejor dar por terminada la expedición e investigar cuidadosamente antes de proceder a una nueva tentativa. Como tú mismo has dicho, esta resolución atraerá toda la atención del público, y eso obligará a buscar respuestas a las preguntas de antes, sobre todo respecto a la atribución de responsabilidades.

Dejó de hablar y miró a Ambedkar interrogativamente. Ambedkar hizo un breve gesto de afirmación.

—Si esto puede hacerse con presteza —continuó Verigin—. es muy posible que mucho de lo que se pretendió originalmente en el sentido de llevar la atención del público y los periódicos fuera de la Tierra aún pueda conseguirse de la actual reacción pública durante los meses que sigan al regreso de los martenautas, especialmente de los sanos. Por supuesto, esta interrupción de la expedición será únicamente hasta que pueda emprenderse otra.

Ambedkar frunció las cejas desde el otro lado de la mesa.

—No pensarás en serio...

—¡Oh, claro que no! —Verigin tomó un sorbo de su copa—. Una concentración tal de atención pública y política como la que hizo falta para comenzar el esfuerzo actual no volverá a darse, al menos hasta dentro de bastantes años. Ya fue una gran suerte que surgiese el proyecto, en primer lugar. Pero si utilizamos juiciosamente la cancelación de esta expedición, quizá salgamos ganando a la larga. Después de todo, las zonas del espacio más importantes son las que rodean nuestra atmósfera. Mientras tengamos sitio para nuestros satélites industriales —y de otros tipos—, ¿para qué queremos los planetas? Sabemos más de esto que las generaciones anteriores. Ahri. Ellos no se dieron cuenta de que el vacío del exterior de la atmósfera podía

aprovecharse para todo tipo de actividades irrealizables en la superficie del planeta. Pero, de igual manera, sabemos lo bastante, y me refiero a ti, a mí y a otra gente responsable, para decidir cuándo hemos de detenernos. Los otros mundos de este sistema solar no son más que pedazos de roca. Es inconcebible que puedan llegar a tener nunca un valor real.

—Me tranquilizas —respondió Ambedkar—. Si mi gobierno hubiera pensado que el vuestro pensaba seriamente en otra expedición...

—Por favor.

—Claro, claro. Pero volvamos a este pequeño asunto *sub rosa* de que hablabas antes. Estoy seguro de que yo, y mi gobierno, estaremos mucho mejor si permanecemos absolutamente al margen de esta cadena de acontecimientos.

—Naturalmente —admitió Verigin—. Por otra parte, podría decirse que quizá este caso tenga una especie de responsabilidad común. Después de todo, a veces nuestra mejor defensa es trabajar dentro del terreno de nuestra propia experiencia pero evitando en lo posible la maquinaria oficial. Quizá una palabra de advertencia fuera conveniente.

—¿Advertencia? ¿Acaso sugieres que yo...? —Ambedkar dejó la frase sin terminar.

—Desgraciadamente —explicó Verigin—, nuestro joven amigo puede sentirse tentado a desconfiar de mis consejos, debido a la presente situación internacional. Sería más efectivo que el consejo proviniera de alguien distinto, de alguien sin una frontera geográfica común, por decirlo así.

—Hmmm —murmuró Ambedkar.

—La alternativa sería no hacer nada. En cuyo caso, las cosas pueden seguir cualquiera de los cursos posibles.

—Sí —asintió Ambedkar—. Volvemos de nuevo a la regla dorada de que la mejor situación es aquella en que no sucede nada.

—Exactamente.

—Sí. Bien, pensaré en el asunto.

Finalmente llegó su chófer, que los condujo de vuelta al hotel, donde se separaron, dirigiéndose cada uno a su propia suite. Una vez en su salita privada. Verigin se sintió súbitamente cansado. Las cosas no le resultaban tan fáciles como antes. Se dejó caer sobre un mullido sillón y permaneció sentado en silencio, contemplando las paredes que le rodeaban.

En seguida, se dijo, iba a levantarse y pasar a la alcoba para disfrutar de una siestecita antes de cenar. Pero, por el momento, no tenía fuerzas ni siquiera para eso. Sentado, comenzó a pensar, como una batería eléctrica esperando ser recargada, y su mente divagó al azar en buen número de direcciones.

Al poco tiempo, se dio cuenta de que estaba otra vez pensando en perros, en todos los perros que había tenido a lo largo de su vida. Tras la muerte de cada uno de ellos, se producía un período de duelo interior, y resolvía no tener jamás otro perro. Luego,

un día, volvía a encontrarse deambulando por el Mercado de Pájaros, en Moscú, buscando una vez más. Ese mercado de animales al aire libre estaba siempre lleno de perros. Perros de todos los tamaños, todas las formas, todas las variedades. Normalmente, un cachorro u otro terminaba por atraer su atención y se detenía a mirar, contemplando el cuerpecillo inquieto, escuchando sus débiles ladridos, sintiendo sus dedos lamidos por una lengua pequeña y rosada. Naturalmente, todo volvía a comenzar.

Sus pensamientos se centraron en Chupchik, y en su esposa. Había intentado no parecer triunfante en la carta que había escrito a Elena Markovna. Si se mostraba demasiado satisfecho por que Chupchik pudiera recobrar la salud, quizá ella comenzase a tener ideas extrañas. Ya hacía algún tiempo que insistía en que lo único que podía hacerse con Chupchik era poner fin a su vida.

Chupchik...

Verigin advirtió que su brazo izquierdo colgaba fuera del sillón, en el aire. Pero casi podía sentir que sus dedos acariciaban el pelo crespo de la cabeza de un fantasma, el fantasma de un perrito blanco.

—Chupchik —murmuró, sin dejar de acariciar la cabeza inexistente.

Sus pensamientos volvieron a flotar. Era un mal lugar y un mal momento. Nunca se podía confiar en los más jóvenes. Si Elena Markovna hubiera sido una verdadera esposa para él, durante todos esos años, las cosas hubieran podido ser distintas. En realidad, él nunca había querido dedicarse íntegramente a su trabajo. Había querido ser un marido normal, un padre normal, además de ser un buen trabajador y un triunfador. Un hombre necesita tres cosas para estar completo: trabajo, una esposa e hijos. De estas tres cosas, él tenía sólo una: el trabajo. Su mujer le había mantenido alejado de los niños casi desde su nacimiento, y ella misma siempre había conservado las distancias. Por lo tanto, donde otros hombres tenían tres, él tenía sólo uno... y Chupchik. Chupchik y los perros que le habían precedido.

Naturalmente, esta situación había hecho que fuera excelente en su trabajo. No había nadie allí que pudiera compararse con él, excepto, quizá, Sir Geoffrey. Pero los ingleses tenían limitaciones, impuestas por su naturaleza y su preparación. No era una comparación verdadera. Eso no quería decir que fuera prudente ignorar a Sir Geoffrey. A estas alturas resultaba evidente que su vaga indicación al idiota de Guenther, hacía ya tres semanas, demostraba que había advertido que Guenther estaba jugando con espías privados y personales desde mucho antes de que Verigin se hubiera podido dar cuenta. ¡Qué increíble imbecilidad, la de Guenther jugando al espionaje aficionado en una situación en que no había nada que ganar con esas tonterías!

Pero Ahri era de confianza. No había peligro de que dejara de hablar con Guenther. Todo tenía que ir bien...

Medio pensando, medio soñando. Verigin terminó por dormirse en el mismo sillón.

Ambedkar, mientras tanto, se había dirigido a sus aposentos, donde permaneció cierto tiempo meditando sobre la situación. Luego, tomó el teléfono de la mesa próxima y marcó una llamada a la suite de Guenther.

—¿Puedo hacerle una pequeña visita? —preguntó en inglés cuando se estableció la comunicación con el delegado paneuropeo.

—Será un placer. Le espero. —El rostro de Guenther parecía enérgico y animado en la pantalla.

Ambedkar abandonó su propia suite y anduvo por el pasillo hasta llegar a la puerta de Guenther. Tras llamar, Berthold abrió y le hizo pasar. Guenther estaba sentado en su despacho, donde se acumulaban varios documentos, pero se puso en pie nada más ver a Ambedkar.

—Informes, informes... —dijo en francés, señalando la mesa, y se adelantó para saludar a Ambedkar—, ¿Quiere tomar algo?

—Nada, gracias —respondió Ambedkar, insistiendo en el inglés.

—Bien, yo tomaré una cerveza —decidió Guenther, pasando él también al inglés para no desairar a su invitado. Hizo una señal a Berthold, que salió de la habitación—. Ahora, dígame: ¿qué noticia interesante tiene?

La cerveza fue servida en una jarra de buen tamaño, y Guenther bebió con avidez.

—Sergei y yo hemos estado almorzando en el *Three Anchors Inn* —comenzó Ambedkar—. ¿Conoce el sitio?

—Me parece que no. Deje que piense... no, no he estado nunca, pero creo que lo he oído mencionar.

—Está a unos treinta kilómetros de aquí. sobre el río. Los mariscos son excelentes.

—Imagino que disfrutaron un buen almuerzo, entonces.

—Un almuerzo excelente. Por supuesto. Sergei es un magnifico compañero de mesa.

—Muy cierto, muy cierto —asintió Guenther.

—En nuestro trabajo, es difícil conservar las relaciones personales, ya lo sabe. Estamos todos siempre a disposición de nuestros gobiernos. Sin embargo, he de admitir que, a lo largo de los años, he llegado a formarme una elevada opinión de Sergei.

—Sí, yo también. Sabe muy bien lo que hace. No es extraño que se haya mantenido tantos años.

—La experiencia, por supuesto —explicó Ambedkar con su inglés preciso, casi rítmico—, es la clave de todo. Naturalmente, todos debemos pensar en nuestro trabajo y en nuestro gobierno. Sin embargo, he aprendido que a veces vale la pena prestar atención a las opiniones de gente como Sergei, que quizá tengan una visión general de la situación ligeramente distinta a la mía.

—Sí —aprobó Guenther. Estaba recostado en el sillón, con la jarra medio llena de cerveza en las manos, pero sus ojos estaban clavados en el rostro de Ambedkar—.

Siempre resulta condenadamente valioso conocer una opinión exterior, para poder comparar.

—Lo mismo pienso yo. Por eso decidí venir a charlar un rato con usted. Sergei parecía preocupado por algo, una cosa sin importancia, pero tal vez usted, desde su punto de vista, pueda arrojar más luz sobre el asunto.

—¡Por descontado! Hemos de ayudarnos mutuamente. Si puedo serle útil de alguna forma...

—Se trata de esos molestos rumores: parece que pueden haber llegado a oídos de la prensa.

—¿Rumores?

—Creí que estaría al corriente. Me refería a esos comentarios que se oyen sobre que hemos estado sometidos a una especie de espionaje aficionado durante nuestra estancia aquí.

—¡Ah, eso! Sí, ahora que lo menciona, recuerdo haber oído algo yo también.

—Siempre circulan rumores de este tipo —informó Ambedkar, tranquilamente—, cuando los representantes de más de un gobierno se reúnen con algún motivo especialmente importante. O incluso sin esa excusa siquiera. En este caso, por supuesto, tenemos a la duquesa. Doy por supuesto que usted conoce sus actividades, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Guenther—. He oído hablar de ella.

—Sea como fuere —prosiguió Ambedkar, entrelazando sus dedos—, es el tipo de asunto al que no solemos prestar mucha atención, pero Sergei me explicó durante el almuerzo que comienza a tener la impresión de que la prensa ha oído el asunto y quiere averiguar qué pasa realmente.

—¿Ah, sí? ¿Qué dijo Sergei, exactamente?

—Temo que no recuerdo sus palabras textuales. —Ahri separó las manos y agitó una de ellas suavemente en el aire—. De hecho, mi memoria ya no es lo que era. Tal vez no le transmita fielmente lo que se dijo del asunto, pero estoy seguro de recordar que Sergei comentó cómo una situación de este tipo podría involucrarnos a todos. Recordará que todos nosotros, siguiendo instrucciones de nuestros respectivos gobiernos, presionamos para que se aumentara el programa experimental de la expedición. Ahora, parece que la prensa tiene la impresión de que el programa de trabajo fue un factor que provocó el agotamiento de Tad Hansard durante la tormenta solar, de modo que, en cierta forma, nuestra postura puede ser parcialmente responsable de su accidente.

—Lo ignoraba por completo —reconoció Guenther.

—Bien, como le decía, probablemente no es nada que deba preocuparnos. La opinión de Sergei, sin embargo, es que todos deberíamos mantenernos muy atentos al desarrollo de esta situación. Una vez la prensa se apodera de algo, nunca se sabe hasta dónde son capaces de llegar. Por supuesto, el hecho de que Hansard haya recibido una dosis de radiación posiblemente fatal hace que el tema resulte altamente

emotivo y, por tanto, atractivo para los periódicos durante bastante tiempo más.

—Sin duda —replicó Guenther, lentamente—. Lo que me gustaría saber, sin embargo, es por qué Sergei piensa que la prensa puede haber llegado a la conclusión de que se está practicando algún tipo de espionaje. ¿Está seguro de que no dio más detalles?

—Oh, no creo que pudiera darlos. Estoy seguro de que se basaba en algún comentario oído casualmente. Pero un viejo profesional como Sergei sabe valorar lo que oye y, como decía antes, creo que vale la pena escuchar sus opiniones. Después de todo, si se unen esos rumores de espionaje extranjero con el hecho de que fue un norteamericano el que sufrió el accidente, y el artículo se publica en un periódico norteamericano...

—Estoy convencido de que están ustedes en lo cierto —admitió Guenther—. Temo, sin embargo, no poder serles de mucha utilidad. La verdad es que no había oído nada de lo que usted me cuenta.

—Bien, bien —respondió Ambedkar, poniéndose en pie—. Tal vez esté preocupándome sin motivo. De hecho, mi memoria me juega malas pasadas. No es muy de fiar, últimamente, pero creo que recuerdo a Sergei diciendo algo a propósito de cómo todos nosotros, exceptuando al joven Wylie, por supuesto, estábamos plenamente preparados para tomar las medidas correctas al tratar con esta situación, si alguna vez llega el caso.

—Estoy seguro de ello —Guenther estaba también en pie. Dejó la jarra de cerveza medio vacía, de la que no había bebido durante los últimos minutos de la conversación, sobre la mesa de café—. Yo en su lugar no me preocuparía. Quizá incluso podría indicar a Sergei que yo no creo que haya motivo de preocupación. En realidad, ahora recuerdo haber oído decir que esa misteriosa actividad se interrumpió hace algún tiempo dejando todo bien cubierto.

—Esto sería un gran alivio, de ser cierto. Sobre todo, si no quedase ningún cabo suelto. Esos periodistas son implacables cuando se trata de sacar algún trapo sucio al sol. Por ejemplo, hoy en día es prácticamente imposible esconderles una persona.

—¿Una persona? —preguntó Guenther.

—Sí, claro —Ambedkar se movió hacia la puerta de salida y Guenther fue tras él—. La gente es propensa a hablar, una vez la han encontrado. Una propensión lamentable, y, como Sergei y yo estábamos comentando, la prensa es experta en encontrarlos.

—Por supuesto. Sin embargo, no llego a imaginar que pueda ocurrir nada por el estilo.

—Parece inconcebible, ¿verdad? Pero nos gustaría estar seguros, nada más.

—Por supuesto —repitió Guenther, abriendo la puerta—. Pero ya le digo que yo, personalmente, no estoy en absoluto preocupado.

—Excelente. —Ambedkar le sonrió—. Buenas tardes. ¿Nos veremos esta noche en lo de Cocoa Beach?

—Estoy esperando que llegue el momento —respondió Guenther—. Aparte de los informes, no he tenido otra cosa en la cabeza durante todo el día.

—Bien, hasta luego entonces —saludó Ambedkar, retirándose.

Guenther cerró la puerta tras él y regresó al interior de la suite. Anduvo lentamente hasta el centro de la habitación, se detuvo y permaneció unos segundos pensativo. Después, alzó la mirada y gritó, esta vez en alemán.

—¡Dragones! —rugió—. ¡Malditos dragones! ¡Berthold, ven aquí!

WILLY FESSER OCUPABA UNA BUTACA en su propia habitación del Bell Tower Hotel, donde se había inscrito con el nombre de Robert K. Larsen. Estaba pensando. Sobre sus rodillas había un sobre blanco sin membrete que contenía un fajo de billetes de diez dólares. Era la paga semanal de Jim Brille, que Willy debía llevar a la consigna de la terminal de autobuses dentro de poco.

En aquel momento. Willy dejaba que la situación actual fuera desfilando por su mente. Últimamente, había varios detalles sin importancia que comenzaban a preocuparle: la atmósfera general. después de los problemas de la expedición a Marte, el hecho de que Walther Guenther y ese Berthold asistente suyo habían resultado más aficionados de lo que él sospechaba en un principio y, lo más reciente de todo, la información de que una furgoneta se dedicaba a seguir a todos aquellos que visitaban la finca de la duquesa.

Willy no podía recordar que lo hubieran seguido, pero en realidad no había prestado la atención necesaria, cosa de la que se arrepentía. Sin embargo, ¿quién se hubiera atrevido a esperar una estupidez tan supina como alguien siguiendo a un invitado de la Duquesa? Para empezar, no había por qué seguir a nadie como él, ya que, después de todo, no se dedicaba a nada de importancia. Además, ¿quién podía tener el suficiente interés para hacerlo?

A no ser, pensó, que hubiera otro juego en marcha sin él saberlo, de modo que su encargo respecto a Wylie se mezclara con algo mayor, algo decididamente profesional.

Esta idea hizo que Willy se estremeciera un instante. No quería ninguna relación con profesionales ni con las agencias oficiales. Podían llegar a ser muy reales y muy brutales, con sus acciones ejecutivas y su trabajo frío. Si había algo en marcha que implicara ese aspecto del asunto, ya comenzaba a ser hora de cortar sus conexiones y poner tierra de por medio.

Por otra parte, el paneuropeo le pagaba mil ochocientos a la semana, y sus únicos gastos eran los personales, la pequeña cuota de la Duquesa y lo que pagaba a Jim. La discreción siempre resultaba la mejor parte del valor, pero matar la gallina de los huevos de oro al primer signo equivoco de peligro no era la forma de ganarse uno la vida en ese tipo de trabajo...

El teléfono sonó.

Sin mover ningún otro músculo de su cuerpo, extendió la mano y oprimió el botón del sonido. La pantalla no se iluminó, indicando que quienquiera que estuviese al otro extremo de la línea tampoco tenía interés en una conversación cara a cara. La voz que surgió del aparato, no obstante, le resultó conocida. La llamada era de Berthold.

—¿Agencia de Colocaciones Overseer? —preguntó. La voz de Berthold sonaba

ligeramente más fina por teléfono, de forma que su acento parecía más inglés que alemán.

—Si —respondió Willy.

—Le llamo de Arquitectos Ace. Hemos cesado en el negocio, así que no necesitaremos más sus servicios. El jardinero que nos enviaron queda libre desde este momento. Aunque ya no es asunto nuestro, le recomendamos que le conceda unas largas vacaciones, por su estado de salud. También esperamos que pase sin tardanza a recoger su material, o usted mismo. Seguramente, también usted se tomará unas vacaciones, así que...

Willy recogió el sobre y extrajo los billetes de diez dólares, que guardó en la gruesa cartera que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego, mientras el teléfono seguía hablando detrás suyo, se puso en pie y abandonó la habitación, saliendo al pasillo del hotel.

Tomó el ascensor hasta el vestíbulo, saludó con un gesto al recepcionista, que le sonrió, y atravesó la puerta principal. En la calle había un par de taxis esperando cliente, y se dirigió al primero de ellos.

—Al aeropuerto de Orlando —dijo al conductor.

Se acomodó en el asiento mientras el taxi se alejaba del hotel, pensando en la chaqueta deportiva de tweed gris que abandonaba en el armario de su habitación. La experiencia, sin embargo, le había enseñado a marchar de esa forma, sin dejar ningún rastro de su partida. Después de todo, el mejor equipaje del mundo era una cartera bien provista, y el mejor uso del tiempo era poner distancia entre uno mismo y el ex patrón antes de que el ex patrón se diera cuenta de que ya no estaba allí.

O los ex empleados.

Berthold penetró en la suite de Guenther, abriendo con su propia llave, y cerró la puerta a sus espaldas. Encontró a Guenther sentado en una silla, mirándole fijamente.

—¿Y bien? —preguntó éste.

—Conseguí que el encargado de seguridad de Bell Tower Inn me dejara entrar. No le dije quién era: tan sólo le di algo de dinero y le dije que estaba preocupado por mi amigo. Fesser no estaba en la habitación cuando entramos, pero tiene allí sus ropas.

—¿Sus ropas? —Guenther se puso en pie y comenzó a recorrer la habitación de extremo a extremo, furioso—. Así, pues, ¿es posible que todavía esté por aquí?

—Es posible, señor —contestó Berthold, contemplándole.

—No. No es tan estúpido. Sencillamente, se ha ido sin llevarse nada. ¿Había alguna otra señal?

—Su teléfono seguía conectado. El canal estaba abierto. Le ofrecí excusas al agente de seguridad y volví aquí directamente.

—Se ha ido, no hay duda —exclamó Guenther encolerizado—. ¿Dónde quedamos nosotros, ahora? ¿Cómo se llamaba el hombre que trabajaba para él?

—Puedo averiguarlo, si lo desea —respondió Berthold—, pero probablemente no será su verdadero nombre.

—No —Guenther se detuvo—. Pero si Fesser se ha ido sin avisarnos, es seguro que no se habrá molestado en retirar a su agente ni el material, que debe seguir en aquella habitación de hotel, esperando que alguien lo encuentre.

—Señor —intervino Berthold—, podría ir yo mismo, forzar la cerradura y dejar limpio el cuarto.

—¡No sea un maldito idiota! Si lo encuentran merodeando junto a esa habitación, con lo que hay en ella, y con su cargo entre mi personal, ¿cómo cree que quedaría yo? Además, la habitación es sólo parte del problema. Si ese espía suyo no recibe contraorden de Willy, es posible que siga adelante: y le prometí a Ambedkar que terminaría con él asunto.

—El espía no sabe nada de usted, señor.

—Algo es algo —contestó Guenther, volviendo a comenzar sus paseos por la sala—. Pero si no se detiene, alguien habrá de hacer que pare. ¡Maldita sea! Hubiera debido darme cuenta desde un principio que era demasiado arriesgado contratar a ese Willy Fesser para que valiera la pena! ¿Qué podemos hacer ahora?

—Bueno, señor —sugirió Berthold—, siempre nos queda el recurso de ser nosotros quienes demos la alarma a Seguridad.

El teléfono que había sobre la mesa de Albert Gervais comenzó a sonar. Este levantó la vista del informe que estaba cumplimentando y se quitó las gafas que usaba para leer, dejándolas ante sí. Acercó el aparato y abrió la comunicación. En la pantalla no apareció ningún rostro, pero se oyó una voz.

—¿La oficina de seguridad?

—Aquí es. ¿Quién llama?

—Quizá les interese echar una ojeada a la habitación catorce veintidós —informó la voz, inmediatamente sustituida por el zumbido de la línea desconectada.

Gervais desconectó también su teléfono, meditabundo. La voz tenía cierto acento inglés, además de otro país europeo que no distinguía con certeza pero que podía ser Austria. Hubiera apostado a que había oído esa voz antes. Permaneció sentado varios segundos, pensando: luego, tomó sus gafas, extrajo el estuche del bolsillo interior de su chaqueta, las guardó meticulosamente en él y lo devolvió al bolsillo. Hecho esto, se puso en pie.

—Volveré enseguida —explicó a Kilmartin Brawley, que estaba trabajando en una mesa contigua.

Salió al vestíbulo y tomó el ascensor hasta la habitación 1422. Golpeó con los nudillos en la puerta y esperó, pero no se produjo ninguna respuesta. Buscó una llave maestra en el bolsillo, abrió la puerta y pasó al interior del cuarto.

Era una habitación corriente, con algo de ropa en el armario, una maleta en un rincón y un montón de material electrónico sobre la mesa próxima a la ventana.

Gervais cerró la puerta desde dentro, atravesó silenciosamente la habitación y estudió con cuidado el equipo sin tocarlo para nada. En su interior comenzó a brotar, lentamente, un poderoso sentimiento mezcla de triunfo y satisfacción. Al poco tiempo asintió para sí mismo, dio media vuelta y salió al pasillo, cerrando con cuidado la puerta.

Subió por las escaleras hasta su propia habitación y, una vez allí, abrió el cajón de la mesa. El abrecartas de recuerdo que había dejado unos días antes seguía estando allí. Lo asió y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, junto al estuche de las gafas. Después, regresó a la planta baja, al mostrador de recepción.

—¿Quién ocupa la habitación 1422? —preguntó al empleado de turno, un joven moreno de baja estatura, que se volvió para consultar la lista de huéspedes que colgaba tras una columna, oculta a la vista del público.

—Wilson Stang.

—¿Sabes que aspecto tiene? —insistió.

El empleado frunció el ceño.

—Creo que sí —respondió cautamente—, parece una especie de vendedor, de unos treinta y tantos o cuarenta años, bastante robusto y más o menos de su misma estatura.

—¿Color del cabello?

—Castaño... creo.

—¿Bigote? ¿Barba? ¿Lleva gafas?

—No, no tiene bigote ni barba, y creo que no lleva gafas.

—¿Hasta qué hora estás de turno? —quiso saber Gervais.

—Hasta las siete.

—Avísame inmediatamente si lo ves aparecer por aquí. Trata de entretenerlo, si puedes, hasta que llegue yo. Estaré en la oficina, al otro lado del vestíbulo, y si no estoy allí, habrá alguien que sepa dónde estoy.

—Muy bien —accedió el recepcionista.

Gervais se quedó mirándolo fijamente.

—Lo que he querido decir —explicó suavemente— es esto: en el mismo segundo que entre, quiero estar enterado.

—Sí, señor —respondió—. Sí, señor.

Las gambas fritas eran de gran tamaño, y estaban crujientes. Parecía que bastaba tocarlas con el tenedor para que se partieran.

—¡Oye, está bueno esto! —exclamó Jim Brille.

—Las pesca el hermano de Billy —explicó Aletha—. Es el proveedor de varios restaurantes: del *Three Anchors*, sobre todo. Es un restaurante al lado del río, ¿lo conoces?

—Sí.

—Bueno, pues tiene fama de servir las mejores gambas, pero el primo de Billy escoge las que quiere antes de entregarles su carga, así que las mejores de las mejores

vienen a parar aquí.

Jim emitió una breve risa. Aletha y él estaban sentados en sendas sillas de madera con asiento de paja, en un restaurante junto a la carretera, tan pequeño que probablemente no hubiera podido albergar más de treinta personas a la vez, como mucho. Una barra pequeña, pintada de blanco, ocupaba toda su esquina.

—Siempre vale la pena saber dónde se mueve uno —dijo Jim.

—Es verdad —asintió Aletha—. He vivido aquí toda la vida, de forma que tengo que saberlo. ¿Qué te ha parecido Jake's Place?

Aletha había cambiado recientemente algunas piezas del motor de su coche, entre ellas el condensador, y se habían detenido a que las comprobasen mientras ellos tomaban una cena temprana, antes de que Aletha debiera volver al bar a cumplir el servicio de noche. El coche había quedado en Jake's Place, una estación de servicio con tres surtidores a la que se adosaba una pequeña tienda de comestibles, entre la autopista y una carretera local. Jake era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, que a pesar de sus movimientos lentos dio a Jim la impresión de que conocía bien los automóviles. El garaje parecía desordenado, a primera vista, pero todo se hallaba donde podía esperarse encontrarlo. En cambio, la tienda adyacente estaba llena de moscas, toda mohosa y como abandonada. Al parecer, Jake había alquilado el local a una pareja joven que no sabía dirigir el negocio.

—Me gusta Jake —contestó Jim—, pero los chicos que llevan la tienda parece que tengan las manos atadas a la espalda.

—Eso dice él también. Ya ha tenido distintos inquilinos y está empezando a cansarse. En realidad, también está empezando a cansarse de los automóviles. Acaba de heredar algún dinero de su hermano y sólo piensa en comprarse un terreno junto al río, en el campo, y dejar que vayan pasando los días.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió Aletha—. Así que todo el lugar está en venta, ahora.

Jim escuchó estas palabras con una especie de retorcimiento interior, alegre y triste a la vez. Había estado esperando algo por el estilo. Nunca le habían gustado esos momentos, pero éste en especial lo había temido y anhelado con una intensidad muy superior a cualquier cosa que hubiera sentido en ocasiones anteriores.

—Interesante.

—No, lo digo en serio. —Aletha le miró con fijeza—. Se trata de un buen solar. Contando el terreno, la estación de servicio y todo lo demás, Jake ha pensado pedir treinta y dos mil, más o menos. Esto quiere decir unos diez mil dólares de entrada y el resto una hipoteca.

—Las hipotecas las conceden los bancos —dijo Jim Brille.

—Ya lo sé. Y puedo conseguir una. Además, mi casa es suficiente garantía para conseguir un crédito para la entrada.

—¿Piensas contratarme de mecánico? —preguntó Jim, sonriente.

—Sabes perfectamente bien lo que estoy diciendo. Quiero que te quedes aquí para

siempre.

Jim extendió la mano sobre la mesa y acarició la muñeca de Aletha con la punta de sus dedos.

—No seas tonta.

—No soy tonta —contestó Aletha—. Soy inteligente. Reconozco una cosa buena cuando la veo.

—Mírame —pidió, Jim—. ¿Tengo aspecto de ir jugando a las tiendecitas?

—No se trataría de una tiendecita —protestó Aletha—. Tú mismo me dijiste que podrías ganarte la vida reparando televisores, si querías. Siempre hay televisores que arreglar. Ya vi lo que hiciste con mi aparato. Si tú llevaras un taller de reparación de televisores, la gasolinera sola ya pagaría la hipoteca. Yo podría conservar mi empleo y ayudar un poco en el negocio.

Jim sacudió la cabeza.

—Si yo fuera hombre de instalarme en un lugar, ya me habría instalado antes.

—No, no es verdad. No es verdad porque no estabas preparado. Has sido un niño mucho tiempo, disfrutando por ahí, buscando una fiesta cada noche. Ahora estás listo para instalarte en alguna parte, y yo quiero verte instalado. Además, no sé qué has venido a hacer aquí, pero sea lo que sea no es nada bueno para ti. En realidad, estás deseando salirte, y ésta es la forma de conseguirlo.

Jim siguió sacudiendo la cabeza.

—No funcionaría.

—Piénsalo bien —pidió Aletha.

—No funcionaría —repitió Jim.

—Comete las gambas antes de que se enfríen —dijo Aletha, desviando la conversación. Durante el resto de la comida hablaron de otros temas. Después, Jim la llevó en coche hasta el Holliday Inn.

—Piensa en lo que te he dicho —recordó Aletha, mientras salía del vehículo.

—Ya veremos.

Ella cerró la puerta y se marchó. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta que conducía al bar directamente desde la calle, ésta fue abierta por un hombre alto y de cabello oscuro, de unos treinta años, que la sostuvo para que pasara Aletha. Jim estudio al individuo por el rabillo del ojo. Parecía ese tal Malcolm de quien ella le había hablado, el que se había dedicado a molestarla, mosconeando a su alrededor desde antes del lanzamiento. Recordó que estaba buscando una casa por los alrededores pues le habían trasladado a esa zona.

Mientras Aletha desaparecía en el rectángulo de oscuridad, el supuesto Malcolm dio media vuelta, miró hacia el coche de Jim y vaciló, mientras seguía sosteniendo abierta la puerta del bar.

Bien, pensó Jim, si tienes algo que decirme, ven aquí y dímelo.

El otro hombre, sin embargo, permaneció simplemente donde estaba, mirando.

Quizá sea mejor que salga yo, se dijo Jim. Abrió la portezuela y salió al exterior,

parándose junto al automóvil y devolviendo la mirada al hombre de la puerta por encima del techo del vehículo. El otro se volvió de espaldas y pasó apresuradamente al interior del salón bar, cerrando la puerta detrás suyo, Jim se encogió de hombros y volvió a su lugar frente al volante. Aletha era suficientemente capaz de manejar a los individuos como aquél. Ya que estaba en el hotel, podía aprovechar para revisar el material que tenía en la habitación y poner alguna cinta nueva.

Puso el automóvil en marcha, con la intención de dar la vuelta para aparcar en la parte trasera del hotel, pero cambió de idea. Su dinero debía estar esperándole en la consigna de la terminal. Su mente no podía dejar de pensar en el solar de Jake. La posibilidad de afincarse en aquel lugar le resultaba tentadora y agobiante al mismo tiempo. Para él, mantenerse en movimiento era casi una superstición, pero no era fácil encontrar una persona como Aletha, y estaba dispuesto a dejar de viajar.

Con estos pensamientos, emprendió el camino hacia la terminal de autobuses.

Malcolm siguió al director por uno de los pasillos de la planta baja del hotel. La decisión que había tomado le llenaba de un sentimiento cálido y agradable. Él no era de los que se quejaban sin razón, pensó. Después de todo, ya hacía demasiado tiempo que soportaba a aquel vagabundo alrededor de Aletha. Dejando aparte otro tipo de consideraciones, la sociedad se basaba en que aquellos que eran importantes merecían más que los parásitos ociosos. Al fin y al cabo, él era un profesional digno y un padre de familia responsable, ciertamente merecedor de un pequeño descanso, mientras que el otro no era más que un moscón nocturno que podía quitar de en medio con una o dos palabras dichas tranquilamente...

Una vez el vagabundo hubiera dejado de interponerse en sus planes, no dudaba que Aletha se volvería hacia él sin mucho esfuerzo. Si de algo estaba seguro, se dijo, mientras caminaba detrás del director, era de conocer el valor de la persistencia con mujeres como Aletha. Con el tiempo, se desgastaba su resistencia. Se rendían. Básicamente, se daban cuenta de que no estaban en condiciones de controlar su vida: y cuando aparecía alguien seguro de sí mismo y se encargaba de la situación, terminaban por entregarse.

El director se detuvo ante la puerta de una habitación, la abrió y cedió el paso a Malcolm. Éste entró, advirtiéndole que la habitación estaba habilitada como oficina, con varias mesas y distintos enseres de despacho.

La única persona que había cuando llegaron era un negro de edad madura, esbelto y con una mirada aristocrática y autoritaria que el hecho de llevar gafas de lectura no ocultaba en absoluto. Mientras el director de día y Malcolm se dirigían hacia él, levantó la mirada de la mesa.

—Éste es el caballero de quien le he hablado por teléfono —explicó el director—. Les dejaré a solas.

Volvió a salir por donde había entrado. Malcolm se acercó a la mesa y miró hacia el hombre sentado tras ella.

—¿Es usted el detective del hotel? —preguntó.

—Mi trabajo es la seguridad —respondió Gervais—. ¿Tenía usted alguna queja respecto al señor Stang?

—¿Se llama así? Pensé que tal vez estaría alojado aquí, pero no sé su nombre. ¿Se llama Stang?

—¿De qué naturaleza era su queja?

—Bueno, no me quejo yo personalmente —explicó Malcolm, mirando en torno—. Yo también estoy en el negocio de la hostelería, pero nunca había visto un despliegue de seguridad como éste. Supongo que será algo especial, por los personajes de la expedición a Marte instalados aquí, ¿verdad?

—Si prefiere no darme su queja en persona —insistió Gervais—, puede escribir una carta a la dirección del hotel.

—No... no, no es tan importante. Quiero decir, únicamente creo que se debería hacer algo al respecto. Como yo también estoy en el negocio de la hostelería, a veces me fijo más en los problemas de los empleados que la mayoría de la gente, y creo que se debería hacer algo respecto a ese Stang, nada más.

Gervais esperó en silencio.

—Bueno, es sólo que quizá le interese saber que siempre está importunando a las empleadas del bar, es decir, a las de la barra, sobre todo las de la barra, y las camareras y demás. Por supuesto, esas cosas pasan siempre, pero a veces atraviesan los límites del buen gusto. A la mayoría de directores de hotel que conozco les interesa enterarse de estas cosas antes de que lleguen demasiado lejos, así que pensé que sería mejor avisarles discretamente. No quiero verme envuelto en el asunto, naturalmente, pero ahora que se lo he dicho ustedes mismos pueden decidir si toman alguna medida o...

Dejó que la frase flotara en el aire.

—¿Se trataba de eso? ¿Era lo que quería decirnos?

—Bueno, sí. Básicamente es eso.

—Comprendo. —Gervais tomó un lápiz corriente de madera e hizo una breve anotación en una libreta. Malcolm, que la veía al revés, no pudo descifrar la escritura—. Gracias.

—No hay por qué darlas —contestó Malcolm, sin intención de irse—. ¿Va a hacer algo de lo que le he dicho? Doy por supuesto...

—¿Conoce usted algún detalle personal respecto a ese hombre? —interrumpió Gervais, todavía con el lápiz en la mano—. ¿Sabe dónde trabaja? ¿Tiene familia cerca?

—Oh, no creo que tenga familia. Quiero decir... hablando con una de las camareras de la barra me dio la impresión de que es uno de esos vendedores que nunca paran en ninguna parte. Creo que dijo que no tenía trabajo y estaba buscando un empleo... Creo que otra de las chicas del bar dijo algo por el estilo. Y él está allí a todas horas. Si tuviera un empleo estable no podría hacer eso, digo yo.

Gervais tomó otra brevísima nota.

—Sí —asintió—. Muy bien. Su colaboración ha sido muy útil.

Alzó la vista hacia Malcolm.

—Gracias —repitió.

—Ya se lo he dicho, no tiene por qué darlas —respondió Malcolm, sintiéndose algo molesto—. ¿Dijo que iban a hacer algo al respecto?

Gervais sonrió brevemente y, como le pareció a Malcolm, tal vez algo fríamente.

—Lo tomaremos en consideración.

—Sí. Bueno, yo... —Malcolm hizo que su peso cambiara de un pie a otro. Comenzaba a sentirse algo violento, como un escolar, ahí de pie frente al otro hombre sentado en su despacho—. Muy bien, pues. Adiós.

—Buenos días.

Malcolm dio la vuelta y salió, comenzando a sentir un extraño resentimiento que ardía en su interior. Al menos hubiera podido levantarse para darle las gracias, se dijo Malcolm mientras la puerta de la habitación se cerraba tras él. Se encaminó hacia el bar del hotel.

Mientras conducía hacia la terminal de autobuses, Jim dejó que su mente sopesara las posibilidades. Si ese estúpido trabajo que le había encargado Fesser duraba una o dos semanas más, también él tendría algo de efectivo. Ya tenía mil ochocientos de las semanas anteriores pues, al vivir en casa de Aletha, apenas gastaba nada. Dos mil quinientos o tres mil no le harían entrar en el asunto que Aletha le había propuesto de la forma que él hubiera preferido, como un socio igual: pero, al menos, aportaría una cantidad útil. Eso le permitiría conservar su propio respeto.

Siguió conduciendo, pensando, imaginando lo que haría con Jake's Place si finalmente se decidía a instalarse allí. Aletha no había hecho mal sus cálculos. La estación de servicio se mantenía y aún daba algún beneficio. Jim no era el mejor mecánico del mundo, pero le gustaban los trabajos que podía realizar con las manos y sabía lo suficiente de motores para encargarse de ese trabajo. Siempre que entrara dentro de las posibilidades de las instalaciones, naturalmente. Si llegaba algo demasiado grande, siempre podía decir que no tenía el material necesario para encargarse del asunto. Y lo de las reparaciones de televisores, eso estaba bien. Con seis o setecientos dólares podía comprar todas las herramientas que necesitaba para lo que pensaba hacer. Ya había trabajado antes en una cosa así. Sabía que era capaz de conservar la mayoría de los clientes que recurrían una vez a él, y también era capaz de captar clientes nuevos con tanta rapidez como pudieran ir entrando por la puerta del establecimiento. Aletha tenía razón: la cosa podía funcionar, financieramente al menos. Al llegar a la terminal aparcó el automóvil y se dirigió a la consigna automática. Hizo girar la cerradura de un armario con la llave que extrajo del bolsillo y abrió la puerta.

El armario estaba vacío.

Jim frunció el entrecejo. El armario era uno de la fila superior y quedaba ligeramente por encima del nivel de sus ojos. Extendió el brazo y palpó su interior, pero sus dedos no hallaron nada. Hubiera debido haber un sobre blanco sin membrete lleno de billetes de a diez... Era la primera vez que Willy le escamoteaba una paga.

Pensativamente, Jim cerró de nuevo el armario y se encaminó hacia la línea de teléfonos que cubría una pared de la terminal. Marcó el número de la Duquesa y esperó. El teléfono emitió la señal de llamada hasta que un rostro masculino, joven y de piel oscura, apareció en la pantalla.

—Residencia de la duquesa Stensla —informó el joven.

—¿Puedo hablar con Willy Fesser?

—Un momento, señor —respondió, desapareciendo de la pantalla. Su ausencia duró más de un minuto, Jim silbaba suavemente entre dientes, esperando, hasta que por fin regresó el sirviente.

—Él no está aquí —explicó.

—¿Puedo dejar un mensaje para que me llame él?

—Desde luego.

Jim dejó el número de teléfono público que estaba utilizando, cortó la comunicación, tomó asiento junto al aparato y esperó.

Durante diez minutos no sucedió nada. Al cabo de este tiempo. Jim se levantó y fue a buscar una taza de café de una máquina expendedora. Volvió con el vaso de plástico lleno de líquido caliente y se sentó otra vez. De vez en cuando, alguno de los que pasaban miraba con curiosidad al hombre sentado junto al teléfono colgado, pero nadie se detuvo ni hizo el menor comentario.

HABÍAN TRANSCURRIDO CUARENTA MINUTOS cuando Jim dio su espera por terminada. Entre las escasas virtudes de Willy se encontraba la de responder este tipo de llamadas tan pronto como recibía el mensaje. Sin duda, debía haber surgido algo inesperado, en cuyo caso Willy se encargaría de comunicarse con él en el motel tarde o temprano.

Entre tanto, pensó Jim, sería mejor que volviera a la habitación a cambiar las cintas. Regresó al automóvil y se dirigió de nuevo al Holliday Inn, a velocidad moderada. Una vez allí, aparcó en la parte posterior del edificio, tendió la mano hacia el tirador para abrir la portezuela y, de pronto, se detuvo sin terminar el gesto.

En su interior anidaba un sentimiento de inquietud. No estaba seguro de qué se trataba, pero había algo que no terminaba de gustarle. No era propio de Willy olvidar su paga. No era propio de Willy hallarse tan fuera de contacto que no pudiera contestar una llamada al cabo de media hora, como máximo.

Y, sin embargo, no parecía haber señal de ningún problema.

Jim permaneció unos instantes reflexionando, hasta que por fin tomó una decisión. Salió del coche, se dirigió al compartimento trasero de equipaje y lo abrió. En su interior había un objeto alargado, como de un metro de largo, envuelto en papel de periódico. Jim tomó el paquete y deshizo el envoltorio. Se trataba de un pie de cabra completamente nuevo, todavía envuelto en el papel marrón de la ferretería donde lo había comprado y con el recibo de la tienda unido al metal negro de la herramienta con un trozo de cinta adhesiva.

Cerró el portaequipajes y, con el pie de cabra todavía envuelto, como si acabara de comprarlo, entró en el Holliday Inn por una puerta lateral y recorrió un largo pasillo del piso bajo que desembocaba en el vestíbulo. Se detuvo frente a los ascensores y pulsó el botón de llamada.

—¿Señor Stang? —preguntó una voz a sus espaldas, desde cierta distancia. Jim siguió mirando el botón—. ¡Señor Stang!

Dio media vuelta y vio al encargado de la recepción que se dirigía hacia él, con un pedazo de papel en la mano.

—Usted es el señor Stang, ¿verdad? —El empleado se acercó, sonriendo, y le tendió una hoja pequeña de papel—. Recibimos esta llamada para usted. Dijeron que era importante.

—Muchas gracias —contestó Jim. Después, como si se le hubiera ocurrido de pronto, metió la mano en su bolsillo y tomó un billete de un dólar de la cartera, sin sacar ésta, y lo tendió al recepcionista.

—No es necesario, señor.

—Tómelo, por favor —insistió Jim.

—Muchas gracias, señor Stang —respondió el empleado—. ¿Quiere hacer la

llamada desde aquí mismo? Desde la centralita, puedo darle línea en cualquier teléfono del hotel.

—No. Ya imagino de qué se trata, y no es tan importante. Llamaré más tarde.

—Sí, señor.

El recepcionista dio media vuelta y volvió hacia su lugar. Las puertas del ascensor acababan de abrirse. Jim entró y pulsó el botón del piso 14. Tras un largo instante, las puertas volvieron a cerrarse y el ascensor se puso en movimiento. A solas en su interior, Jim leyó el papel. Había un nombre y un número de teléfono, pero los dos le resultaban desconocidos. Fuera del hotel, la única persona que conocía el nombre de Stang era Willy: y Willy jamás le telefonaría allí, bajo ningún nombre. Jim arrugó el pedazo de papel y lo dejó caer, mientras el ascensor se detenía en el piso 14.

Se encaminó al cuarto 1422, abrió la cerradura y entró en él. Dentro, el aire estaba quieto y silencioso: nada había cambiado. Se acercó al equipo electrónico y echó un vistazo. Sí, había que cambiar las cintas. Sin embargo, por alguna razón, sus dedos se negaban a actuar. Miró por la ventana, sin saber exactamente por qué. Cuando se despidió de Aletha, la tarde ya estaba avanzada. Mientras regresaba de la terminal, el sol comenzaba a ponerse. Ahora, con esa rapidez para pasar del día a la noche que caracteriza las regiones próximas al ecuador, empezaban a aparecer las primeras estrellas como pequeños puntos de luz increíblemente distantes sobre un firmamento aún no completamente oscurecido. El escaso terreno abierto que separaba su habitación y la sección del motel en forma de torre estaba sumido en densas sombras.

Se dirigió otra vez hacia el material, con ánimo de cambiar las cintas, pero su inquietud le hizo detenerse de nuevo. Ese aviso de llamada, precisamente en esos momentos...

Se apartó un paso de la mesa donde se acumulaba el material, dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta. Antes de irse, extrajo un pañuelo del bolsillo y limpió cuidadosamente la manija interior de la puerta. Abrió y echó una ojeada. Fuera, el pasillo estaba desierto y el ambiente parecía tan dormido como dentro de la habitación. Salió, limpió el tirador por fuera y, utilizando el pañuelo, volvió a cerrar la puerta con llave. Un sentido de urgencia comenzó a impregnar todas sus acciones. Ni siquiera pensó en volver al ascensor, sino que se dirigió hacia las escaleras que había utilizado una vez antes, descendiendo silenciosamente hacia la plata baja.

Dos pisos más abajo le pareció percibir un eco a sus pisadas sobre los peldaños de hormigón. Se detuvo, pero no pudo oír nada. Reanudó el descenso y, de nuevo, le pareció distinguir el eco.

Esta vez, no le quedaba la menor duda. Comenzó a descender más deprisa y menos silenciosamente, aunque sin llegar a hacer verdaderamente ruido. El eco, que ahora distinguía con claridad a sus espaldas, aumentó su velocidad en la misma medida. A cada piso, la vista de Jim se dirigía a las cifras negras pintadas en la puerta que daba a las escaleras. Pasaba por su lado, dejándolas atrás en orden lentamente descendente: 11... 10... 9...

Cuando llegó al número 2, se apoyó pesadamente en la puerta que lo ostentaba y avanzó con rapidez sobre la suave moqueta del corredor del segundo piso, donde no había nadie a la vista. Corrió hacia la parte frontal del edificio, donde las amplias escaleras principales bajaban formando una curva hacia el vestíbulo. Una vez en la parte alta de la escalera disminuyó su velocidad, bajando a un paso más normal. El recepcionista que le había entregado la nota al llegar estaba ocupado atendiendo a una pareja de clientes y no le vio pasar. Atravesando el vestíbulo, Jim salió por la puerta principal, giró hacia la derecha y rodeó el edificio, encaminándose al aparcamiento. El pie de cabra envuelto en papel marrón seguía en sus manos. Se dio cuenta de que lo había conservado todo el tiempo, por instinto, y ahora le proporcionaba cierto sentimiento de seguridad, como si se tratara de un viejo amigo, a pesar de que era una herramienta que jamás había utilizado.

Por el momento, todavía no pensaba conscientemente. Más adelante podría detenerse a averiguar qué había salido mal, pero, de momento, lo único que necesitaba saber era que su automóvil estaba en la parte trasera del edificio y que debía irse de allí inmediatamente.

La pared exterior de esa sala del hotel parecía inacabable, pero finalmente llegó al extremo y estaba ya a punto de irrumpir en la zona de aparcamiento cuando su instinto le hizo detenerse para examinar el terreno. El joven de robustos hombros que había encontrado una vez cuando se aventuró un piso por encima del 14, el primer día de su estancia en el hotel, y que le había hecho volver abajo en el ascensor, estaba de pie en medio del aparcamiento, con los pies un poco separados y las manos unidas en la espalda, en actitud de esperar a alguien.

Jim miró en torno. Mientras ese hombre permaneciera allí, el coche estaría fuera de su alcance. Volver hacia la puerta principal del hotel no serviría para nada. Con toda seguridad, allí ya habría alguien esperándole. Eso sólo le dejaba un camino para retirarse: a su izquierda, atravesando una estrecha franja de aparcamiento y luego a pie hasta que llegara a un lugar donde pudiera conseguir un taxi. Se movió, metiéndose entre dos de los automóviles aparcados frente a la acera que circundaba el motel. Mientras lo hacía, vio una figura surgiendo de una esquina del motel, la misma esquina que él había doblado poco antes, pero no esperó a ver quién era. Siguió moviéndose a través del espacio abierto entre las dos hileras de coches, rebasó la segunda fila y saltó por encima de un muro de hormigón de poco más de un metro de altura.

Al otro lado había un solar sin edificar, cubierto de matorrales. A su izquierda quedaba la parte trasera de una línea de pequeños comercios, que le impedían llegar a la calle principal como era su deseo. Enfrente había un pasaje que conducía hasta la zona de aparcamiento tras los comercios.

Abriéndose camino entre los arbustos llegó a la zona de aparcamiento y enfiló por el pasaje. Procurando caminar más silenciosamente, ahora que se hallaba al descubierto, oyó un golpe sordo y rumor de hojas detrás suyo. Mirando sobre el

hombro vio una figura oscura recortada contra las luces del Holliday Inn. Acababa de rebasar el muro de hormigón y estaba corriendo hacia él.

Volvió de nuevo la cabeza y comenzó a correr también él.

El pasaje estaba a oscuras y no era muy largo. Cuando llegó al otro extremo, vio una calle iluminada con farolas que, por la izquierda, iba a dar a la calle importante que Jim deseaba ganar. Se detuvo. Podía percibir claramente las pisadas de su perseguidor, que sonaban más fuerte cada vez mientras él permanecía quieto. Delante se extendía lo que parecía un pequeño parque, quizá del mismo tamaño que un bloque de edificios, lleno de arriates con flores, arbustos y árboles de poco tamaño. Se dirigió hacia allí, atravesando la calle. En un momento, sintió que sus pies pisaban hierba y tierra blanda. Cabía la posibilidad de que lograra ocultarse a sus perseguidores entre la maleza y las sombras. Una vez libre de ellos, podría llegar a las brillantes luces de la calle principal y le sería fácil encontrar una cabina desde donde llamar a un taxi.

Después de la última carrera, le faltaba el aliento. Atravesó la calle y entró en el parque, ocultándose tras el primer arbusto que encontró. Sintióse algo más seguro, se volvió y atisbo entre sus ramas. La entrada al pasaje por donde había venido parecía desierta y silenciosa. Por un momento sintió la esperanza de que el otro hubiera abandonado la persecución. Luego, una silueta brotó de la oscuridad que intentaba escrutar. Era el mismo individuo negro del día en que Jim siguió a una joven hasta el restaurante solamente para hacer ver que su interés se centraba exclusivamente en ella. Ahora, tras sus visitas al motel, Jim ya sabía quién era ese hombre: Albert Gervais, el agente de seguridad contra quien Willy le había prevenido.

Gervais se detuvo al final del pasaje, igual que había hecho antes Jim. Permaneció unos instantes sin moverse, mirando hacia el parque. Jim pensó que tal vez estuviera recobrando el aliento, tal como él había debido hacer, pero algo en su interior le decía que no era así. Era evidente que Gervais se hallaba en mucho mejor estado físico que Jim, y parecía ser de cinco a diez años más joven que él. Jim se internó más en el parque.

Conforme iba adentrándose la luz disminuía, pero sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. La luz de la farola más próxima, casi a media manzana de distancia, se filtraba entre el follaje, sumándose al brillo más distante de otras dos farolas en el extremo opuesto del parque. Se le ocurrió que podía comenzar a dirigirse hacia el frente del parque, además de poner distancia entre Gervais y él.

Empezó a moverse cuidadosamente en esa dirección, escurriéndose de matorral en matorral, cuando algo que había visto vino a aliviar su tensión. De pronto, recordó que cuando Albert Gervais había surgido del callejón, no parecía llevar ninguna clase de armamento. Desde luego, podía tener una pistola oculta y, además, siendo quien era, probablemente sabría luchar muy bien con las manos. Pero si sólo contaba con sus manos no sería rival para un pie de cabra, especialmente si lo manejaba alguien

con la corpulencia y los músculos de Jim. Sin embargo, pensó éste mientras se desplazaba en silencio entre las sombras, era más probable que si Gervais iba desarmado fuera porque, en realidad, no esperaba detenerle. Quizá los agentes de seguridad no pretendían más que echar una buena mirada a ese señor Stang de la 1422.

A menos de treinta metros del extremo del parque que daba a la calle principal. Jim se detuvo tras un pino australiano para mirar a sus espaldas. Sin embargo, mirando a través de las agujas que orlaban las ramas inferiores del árbol, no logró ver ni oír nada. Estaba a punto de reanudar su marcha hacia las luces de la calle mayor cuando percibió el sonido de una rama al partirse... directamente ante él, entre él y su objetivo.

Jim se inmovilizó. Lo único que quería se dijo, era escapar, y ese Gervais sin duda lo sabía. Sin embargo, por una extraña razón, no dejaba de seguirle. Ahora el agente de seguridad se interponía en su único camino de escape, la calle iluminada.

La cólera se desvaneció pronto. Probablemente, el otro andaba detrás de un ascenso. Muy típico de su suerte, pensó Jim, con cierto humor ácido. Éste había sido siempre su mayor problema: ni siquiera en casos de emergencia era capaz de acumular una buena furia y mantenerla más de unos pocos segundos. Nació despreocupado y por eso su vida era como era. Ahora, ni siquiera podía exaltarse contra el hombre que le estaba persiguiendo. Gervais simplemente se interponía entre él y la calle, eso era todo. Evidentemente, no tenía sentido avanzar hacia él, de modo que tendría que moverse en cualquier otra dirección.

Giró otra vez hacia su derecha, en la misma dirección que llevaba desde que salió del hotel. Frente a él, más allá de la pequeña zona de parque que le quedaba por atravesar, había una calle residencial, estrecha, con otra hilera de casas.

Si abandonaba el parque y cruzaba esa calle, se exponía a ser descubierto por Gervais. Tal vez podría perderse y escapar entre las casas más lejanas, pero igualmente era posible terminar acorralado entre las verjas de los patios. Deseó que el otro se cansara y se diera por vencido.

Buscando un poco de tiempo para pensar. Jim se retiró hacia el fondo del parque, lejos de la zona iluminada. No podía oír ningún sonido ante sí, pero un sentido interior primitivo le aseguraba que Gervais seguía aproximándose.

¿Por qué me retiro de esa manera?, se preguntó Jim. ¿Por qué no dejo que se acerque y le doy un buen susto? Tengo el pie de cabra y él va desarmado. ¿Por qué no dejo que se acerque? La respuesta le llegó al instante, desde el fondo de su mente: Porque tal vez tuvieras que hacerle daño, grandísimo idiota, y eso es lo último que quieres: tú lo sabes.

Siguió retrocediendo, hasta llegar al amparo de un arbusto de buen tamaño cuyas flores, invisibles en la oscuridad, llenaban el aire con un denso perfume. La noche, suave, cálida, húmeda, parecía arroparlo y decirle que lo que estaba sucediendo no era real, no podía ser real. Atisbo rápidamente hacia esa misma oscuridad.

Simplemente, no podía seguir retrocediendo de esa manera. Treinta o cuarenta pasos más y habría llegado al otro extremo del parque.

Dirigió de nuevo la vista hacia las casas de enfrente. Por primera vez, advirtió un hueco entre dos de ellas, la entrada de otro callejón. No esperaba encontrar nada semejante, tan al extremo del bloque. Miró hacia la otra línea de casas, al fondo del parque. También allí había una calle desierta y, al otro lado, más patios donde se arriesgaba a quedar atrapado. Si permanecía donde estaba mucho más tiempo, tendría que seguir retrocediendo hasta que no le quedara ninguna posibilidad de escoger su camino. Valía más que intentara dirigirse hacia ese callejón, ahora que todavía estaba a tiempo.

Encorvado, aprovechando todo lo que podía servirle de refugio, Jim corrió tan suavemente como pudo a través del parque, la superficie asfaltada de la calle y la acera opuesta, hasta llegar a la entrada del oscuro callejón. Una vez se sintió seguro en las tinieblas, se detuvo y dio media vuelta para observar el parque. Esperó. Los segundos iban transcurriendo sin que pudiera percibir ningún sonido o movimiento en el parque, ninguna señal de que Gervais estuviera todavía allí.

Brevemente, en la mente de Jim surgió el pensamiento de que podía esperar donde estaba un tiempo prudencial: cuatro, cinco minutos, tal vez diez minutos, y cuando no hubiera señal de movimiento en el parque sería hora de salir tranquilamente y caminar la distancia que le separaba de la luz y la seguridad. De esa forma, no habría ningún problema. El sentido común, sin embargo, le hizo volver a la realidad. Nada más fácil para el hombre del parque que esperar a que saliera. ¿Sabría Gervais adonde conducía ese callejón? Imposible responder. Además, aunque no supiera adonde conducía, si estaba decidido a atrapar a Jim, tarde o temprano acabaría siguiéndole hacia allí.

Por otra parte, tal vez Gervais supiera que ese callejón no tenía salida. En ese caso, la razón de que no hubiera entrado todavía era que esperaba que Jim se adentrara más al fondo, para atraparlo con certeza. Sin embargo, si no se trataba de un callejón sin salida...

Demasiados interrogantes. Jim se sintió harto de todo el asunto. Estaba exhausto de tanto correr, pero no tan exhausto como para salir afuera, retar a Gervais y acabar usando el pie de cabra. Sin embargo, si estaba lo suficientemente cansado para seguir dándole vueltas a la cuestión. Si el callejón era una trampa, era una trampa. Entraría y, si Gervais le seguía, lo que le sucediese sería por su culpa.

Jim se volvió de espaldas al parque y siguió avanzando.

En el interior, la oscuridad era prácticamente total. Tan sólo las estrellas del cielo y alguna que otra ventana iluminada le permitían moverse sin tropezar. Sus ojos, no obstante, llegaron a adaptarse una vez más, discerniendo aquí una zona donde la oscuridad no era tan densa, allí una forma gris que, al acercarse, resultó ser un cubo de basura, o bien una pared de madera pintada de blanco. Prosiguió, sin oír nada ni nadie detrás suyo. Al poco tiempo, llegó a un patio de aparcamiento al aire libre,

como el que había atravesado antes, detrás de los comercios próximos al Holliday Inn.

Aquí, las ventanas iluminadas de lo que parecía ser un edificio de apartamentos llenaban el solar de un resplandor como el de la luna llena. Se podía ver perfectamente de un lado a otro del aparcamiento, y Jim vio que sus temores de antes estaban bien fundados. El callejón carecía de salida. Estaba completamente rodeado de edificios.

Se detuvo, volviéndose hacia la entrada, y prestó atención.

Siguió sin oír nada ni ver a nadie que avanzara tras él. Pero, por otra parte, desde donde se encontraba, en lugar iluminado, lo único que veía del callejón era una apertura en las sombras. A pesar de todo, empezaba a sentir una especie de alivio. Al menos, ahora se resolvería todo, de una forma o de otra. Lo único que podía hacer era volver sobre sus pasos. Comenzaba a regresar por donde había venido, con intención de alcanzar la calle, cuando pronto vio, o sintió, un movimiento en las tinieblas.

En el primer instante fue más un sentimiento que una visión. En seguida, sus sentidos indicaron que algo se movía en el callejón, fuera de la plazoleta de aparcamiento. Finalmente, salió a la luz y Jim pudo verle, ver a su perseguidor. Era Albert Gervais. Gervais, tras salir al descubierto, dejó de avanzar. Seguía vistiendo su traje de ejecutivo y su aspecto era calmado, casi indiferente.

Jim continuaba sintiéndose aliviado. Por fin, las cosas se habían resuelto en una simple cuestión de actuar o no actuar.

Sus manos asieron el pie de cabra todavía envuelto en papel, sosteniéndolo horizontalmente y apuntando hacia adelante a la altura del cinturón, con el extremo curvo al frente. La mano derecha estaba casi en el mismo extremo posterior, mientras la izquierda quedaba a unas tres cuartas partes de la distancia hasta el extremo delantero. Comenzó a caminar decididamente hacia Gervais.

El brazo derecho de Gervais se apartó del cuerpo. Sin embargo, la mano no sacó ninguna pistola del bolsillo, que era lo único que Jim temía realmente, sino que se detuvo a la altura de la cadera, mostrando algo brillante y no muy largo. El objeto brillante sobresalía del puño y apuntaba directamente a Jim.

Jim se detuvo. Aún sentía alivio, pero ahora acompañado de un vago disgusto. Nunca le habían gustado las peleas a cuchillo, aunque tampoco le asustaban verdaderamente. Un cuchillo tenía que llegar al cuerpo, para hacer daño. El pie de cabra le daba distancia de ventaja. Además, también tenía ventaja de peso, y sabía utilizar su arma. No se usaba como un garrote, se golpeaba hacia delante, en línea recta. Ningún cuchillo podía competir con eso.

—No quiero romperle el brazo —advirtió a Gervais—. Deje que me vaya.

Gervais permaneció en su lugar. La luz que bañaba su rostro, desde las ventanas del edificio, permitía que Jim leyera claramente su expresión, pero no había expresión que leer. Gervais estaba meramente esperando.

De nuevo le asaltó la repentina sensación de que todo aquello era ridículo. Estuvo

a punto de emitir una carcajada ligeramente nerviosa. Era absurdo que ese agente de seguridad le hubiera perseguido tanto tiempo y ahora se propusiera seriamente enfrentarse a él con una hoja de diez centímetros. Carecía en absoluto de sentido. La única explicación razonable que se le ocurría era que Gervais no se había dado cuenta de que iba desarmado hasta ahora y hallándose frente a frente, intentaba convencerle para que se entregara amenazándole con una especie de cortaplumas. En ese caso, lo único que Jim debía hacer para escapar era mostrarse firme y seguir adelante, utilizando el pie de cabra si hacía falta.

No obstante, había algo en el estático rostro de Gervais que le impedía aceptar plenamente su razonable teoría. Seguía sin captar ninguna expresión pero, mirando al otro hombre fijamente, Jim recibió la impresión de que estaba ejerciendo un poderoso esfuerzo de concentración. Al mismo tiempo, la posibilidad de que un agente del gobierno pudiera realmente atacar con una navaja a un fugitivo le resultaba tan increíble que contrarrestaba la impresión creada por el rostro y la actitud de Gervais.

Jim se adelantó hacia él.

—Ahora, déjeme paso libre —pidió casi tranquilizadamente, como si estuviera hablando a un niño pequeño.

Cuando llegó a un par de pasos de distancia de Gervais, sin embargo, todo su ser se puso en tensión. El otro hombre estaba demasiado quieto, sostenía el cuchillo con demasiada firmeza. No se trataba de ningún detalle: era todo su cuerpo, que irradiaba peligro.

Deliberadamente. Jim embistió con el pie de cabra. Había estado haciendo presión hacia delante con la mano derecha, mientras retenía la barra con la izquierda, de forma que al retirar ésta el pie de cabra se proyectó bruscamente y con fuerza. El extremo curvo se movió siguiendo una trayectoria que debía terminar bajo la barbilla de Gervais, pero éste se desplazó un paso atrás y a un lado, y el peso de la herramienta hizo que ésta siguiera su curso original, lejos de su blanco.

De pronto, Jim sintió un hedor frío que reconoció, sino como miedo, si como algo muy parecido. En su interior había llegado a la comprensión absoluta de que aquel hombre estaba allí para matarle. Pero al mismo tiempo, otra parte de sí mismo, la parte que nunca sabía hacer bien las cosas, la que nunca se tomaba la vida en serio, tampoco podía tomarse en serio esta situación. La parte alerta de su mente estaba furiosa contra ese otro aspecto de su personalidad y le pedía que por una vez se diera cuenta de que debía luchar por su vida, que debía poner toda su voluntad en vencer a su adversario. Su parte poco seria, sin embargo, no podía cambiar ahora en un instante, después de toda una vida de ser como era.

Extendiendo el brazo tanto como pudo, sacudió el extremo doblado, intentando enganchar el brazo de Gervais para rompérselo, pero Gervais ya se había movido hacia él, dejando atrás la barra. Ésta le siguió, pero sin conseguir tocarle. Era como si Gervais estuviera hecho de humo y fuera imposible alcanzarlo. Jim vio cómo el otro se aproximaba, casi cuerpo a cuerpo, sintió un golpe ligero en el esternón y, de

pronto, el mundo cambio. Sin llegar a darse plena cuenta de lo sucedido, en lugar de ver el rostro de Gervais estaba viendo el cielo y las estrellas. Estaba mirando hacia arriba, no hacia delante. Yacía de espaldas en el callejón y la silueta de Gervais parecía elevarse kilómetros por encima suyo.

—¿Por qué? —pudo articular—. ¿Por... qué?

—Porque me hace falta un muerto —fue la salvaje respuesta que susurró la figura a su lado.

Era una respuesta sin sentido. Durante un breve instante. Jim quedó inundado por una profunda incredulidad: y luego, el cielo y las estrellas desaparecieron y todo quedó a oscuras.

TAD NO SE ENCONTRABA BIEN. Ya era el segundo día que sentía náuseas y malestar generalizado desde que Bap le cambiara la sangre, nada más regresar a la nave tras haber estado expuesto a la radiación. Además, las drogas ingeridas le hacían sentirse confuso y poco normal. A pesar de todo, estaba decidido a ocultar su estado, aunque resultaba difícil saber hasta qué punto lo conseguía. Los martenautas habían vivido juntos demasiado tiempo para que les resultara fácil engañarse.

Tad se daba cuenta de que Fedya lo sospechaba. Y Fedya era un problema, porque representaba lo que Tad más temía: que el control de la expedición le retirara el mando de la misma. Desde el momento en que había regresado a la nave, no había intentado ejercer su autoridad sobre los otros tripulantes y ni Bap ni Anoshi, por lo menos, habían discutido que la siguiera teniendo.

Fedya, en cambio, siendo el comandante adjunto de la expedición, tal vez sí pusiera en tela de juicio su autoridad, con el resultado de que Tad podía acabar perdiéndola. Y eso no podía permitirselo. No confiaba en que ninguno de los otros fuera capaz de tomar las medidas adecuadas respecto a él mismo cuando llegara el momento, para lo que no podía faltar mucho. Se volvió de Fedya a Anoshi.

—¿Conectado? —preguntó.

Anoshi asintió.

—Estamos en línea directa con el LCO de la Fénix Dos —explicó. Miró hacia Fedya—. Doy por supuesto que en la Fénix Dos ya tienen el otro extremo del cable empalmado en su LCO, ¿no?

—Ya está empalmado —respondió Fedya—. ¿Por qué no llamáis a control de expedición e informáis que aquí estamos listos cuando Bill Ward quiera?

—Yo me encargaré de eso —indicó Tad.

Tomó asiento frente a su consola de mando. Tras todos esos días de comunicarse por radio, parecía un poco extraño estar de nuevo marcando los pulsadores del LCO como si el espejo de cobre sobre el fuselaje de la Fénix Uno todavía fuera capaz de alinearse correctamente. Casi parecía que la imagen y el sonido transmitidos por el cable desde la Fénix Dos debieran ser de una calidad sensiblemente distinta. Sin embargo, el rostro de Ed Ciro en la pantalla y el sonido de su voz en los altavoces era exactamente igual que en los días anteriores a la tormenta solar.

—Fénix Uno y Dos llamando a control de expedición —dijo Tad hacia el micrófono—. ¿Me reciben?

Los labios de Ed se movieron en la pantalla, al cabo de unos segundos, y se oyó su respuesta.

—Te recibimos perfectamente. ¿Habéis conectado las naves con un cable, pues?

—Fedya acaba de hacerlo. Ahora podemos intercambiar suministros entre las naves sin necesidad de ensamblarlas. —Iba a seguir hablando, pero las náuseas se lo

impidieron—. Yo... te pondré con Fedya.

Se puso en pie, apartándose de la consola y colocándose de forma que los demás no vieran su rostro. Dentro de un instante pasaría el malestar.

—Hola. Ed —oyó que Fedya saludaba detrás suyo—. Estoy en la Fénix Uno. En cuanto Bill quiera hablar con nosotros, estamos preparados.

—Estará con vosotros dentro de un momento. Está hablando por teléfono... no, ahí viene ya.

Bill se fijó en Ed Ciro, que esperaba de pie junto a la consola de comunicaciones de la base. Se acercó a él, sintiendo sobre sí el peso de los años. Había permanecido despierto la mayor parte de la noche, ensayando las palabras que diría a los martenautas, hasta caer dormido a las cinco de la madrugada, con el cerebro lleno de discursos ninguno de los cuales servía para nada. Ahora se sentía torpe y pesado, como un hombre que cargara su propia masa en peso muerto, y todavía no sabía cómo les diría lo que debía decirles. Llegó a la consola y tomó asiento frente a ella.

—Hola, Fénix Uno y Dos —saludó. Observó el rostro de Fedya y los de Tad. Bap y Anoshi detrás de él, en la sala de comunicaciones de la Fénix Uno—. Bueno, hemos estado estudiando los informes de ambas naves que nos habéis mandado en los últimos días y, esencialmente, se reduce a los siguientes...

Bajó la vista hacia unos papeles que tenía en la mano, pero se trataba de un acto puramente reflejo. No tenía necesidad de mirarlos para recordar lo que decían.

—Las dos naves —comenzó a explicar de cara a la pantalla—, son operativas dentro de ciertos límites. Las dos han sufrido daños en sus sistemas electrónicos, especialmente en los componentes de control de los sistemas de comunicaciones, debido a la radiactividad de la erupción solar. Parte de los daños puede repararse si se reúnen las piezas de repuesto de ambas naves. Sin embargo, entre los sistemas importantes que no pueden ser reparados hay que contar el LCO de la Fénix Uno, lo que significa que la Fénix Uno debe mantenerse en contacto por cable o por radio con la Fénix Dos, que es la única que puede comunicarse con nosotros por su LCO. Además, también se han averiado los motores principales del módulo propulsor de la Fénix Dos. De los cinco solamente hay dos que funcionan, y, por otra parte, no hay posibilidad de arreglar vuestros controles de actitud con la suficiente precisión para que volváis a acoplar las dos naves. ¿Correcto?

Esperó un breve intervalo antes de recibir la respuesta.

—Correcto —contestó Fedya.

Tad se adelantó un poco en la pantalla, casi como si Fedya, al hablar, le hubiera recordado que él era el comandante de la expedición. Bajo la iluminación de la pantalla, su rostro parecía escuálido y envejecido. Bill apartó la mirada, volviendo a estudiar los papeles cuyo contenido conocía de memoria.

—Muy bien —prosiguió Bill pausadamente—. Aquí nos parece que las posibilidades se resumen de la siguiente forma: Tenemos dos alternativas prácticas.

La primera es que ambas naves continúen la expedición juntas, aunque no acopladas, hasta llegar a una órbita alrededor de Marte. Sin embargo, con sólo dos motores en el propulsor, la Fénix Dos no podrá salir de la órbita de Marte y en el momento del regreso todos los tripulantes y material imprescindible deberá ser trasladado a la Fénix Uno, volviendo todos en la misma nave.

Se detuvo, a fin de que tuvieran tiempo de asimilar lo que terminaba de decirles.

—Continúa —pidió Tad, secamente.

—Segunda —añadió Bill—: Calculamos ahora las cifras de retropropulsión y ambas naves pasan a una órbita de regreso a la Tierra, dando este intento de expedición por terminado. Se podría reparar las naves, manteniéndolas en una órbita estable. y buscar la fecha para un nuevo lanzamiento dentro de las posibilidades.

Volvió a detenerse. Se produjo una pausa momentánea entre la transmisión y la respuesta y, luego, todas las figuras de la pantalla parecieron moverse ligeramente.

—No —contestó Fedya.

—Espera un momento. Fedya —aconsejó Tad. Miró hacia la pantalla, por encima de su cabeza, directamente a los ojos de Bill—. ¿Quieres decir que no hay ninguna duda de que se volverá a intentar la expedición cuando las naves estén reparadas y listas para un segundo viaje?

—Claro que no hay ninguna duda —respondió Bill.

—No —intervino Bap—. Fedya tiene razón.

—Temo que no podamos creer eso. Bill —añadió Tad hoscamente—. Todo el montaje internacional que hizo posible este viaje no puede volver a organizarse con sólo decir «adelante». No, creo que votamos a favor de continuar la expedición.

Bill se apoyó fuertemente contra el respaldo de su asiento.

—Lo suponía —respondió, intentando hacer que su voz sonara áspera y seca—. Muy bien, entonces, así estamos. Aquí en la Tierra existe gran interés por parte del público en ver terminado el viaje, y estaba seguro de que vosotros también lo preferiríais. Sin embargo, tenéis dos vehículos parcialmente averiados y un tripulante enfermo. Debemos pensar en términos de toda la expedición, del programa espacial completo, no solamente de este intento. Francamente, estaríamos dispuestos a correr el riesgo de proseguir el viaje de no ser por dos cosas. En primer lugar. Tad necesita cuidados médicos que no puede recibir a bordo de la nave. En segundo lugar, no es posible acoplar otra vez los vehículos, y no podéis pasar todo el tiempo que os falta sin gravedad de ningún tipo, por mínima que sea. Os quedan tres años por delante. De modo que, sintiéndolo mucho, la decisión que hemos tomado aquí en control es dar por terminada ahora mismo la expedición en vista de las circunstancias presentes. Podéis ir comenzando los preparativos mientras calculamos vuestro paso a una órbita de intersección que os devuelva a la Tierra dentro de unos trece días.

—No —comenzó Bap de nuevo. Tad se inclinó sobre el hombro de Fedya, interrumpiéndole.

—Un momento, por favor.

La imagen desapareció de la pantalla. En la consola de Bill se iluminó una luz roja que señalaba una interrupción de las comunicaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill, mirando hacia la consola.

—Han cortado ellos —explicó Ed Ciro.

—¡Ya lo sé, maldita sea! ¿Por qué lo han hecho? ¿Qué pasa allí en la nave?

—¿Les informo por radio que estamos fuera de contacto? —preguntó Ed.

—Por supuesto, inmediatamente —replicó Bill. Ed tomó asiento frente a la consola contigua y comenzó a manipular los mandos. Bill permaneció donde estaba, con la mente llena de ideas contradictorias, mirando hacia la pantalla inerte. Los martenautas eran oficiales de las fuerzas armadas, acostumbrados a cumplir las órdenes tanto si les gustaban como si no. Además, todo lo que pasaba por el equipo de comunicaciones, cada gesto o palabra, quedaba registrado...

La pantalla volvió a cobrar vida.

—Perdona la interrupción. Bill —se excusó Tad—. Supongo que debí apoyarme accidentalmente en el interruptor. ¿Por dónde íbamos?

—¿Cuánto tardaréis en estar preparados para activar los propulsores? —preguntó Bill, con disgusto.

—Buena pregunta —respondió Tad, pensativo. Bill se dio cuenta de que ninguno de ellos había cambiado de postura. Tad seguía de pie a espaldas de Fedya, y éste aún estaba sentado ante la consola, pero ahora todos parecían estar de acuerdo en que fuera Tad quien hablase—. Tenemos otro problema del que aún no habíamos informado. La Fénix Uno tendrá que hacer el cambio en pequeños saltos. Después de todo lo que ha ocurrido últimamente olvidé registrarlo pero, cuando salí al exterior de la nave hace una semana y media, estuve repasando las conexiones de control desde el módulo de la expedición al módulo propulsor. Había salido por la compuerta cuatro, y retiré la protección de las conexiones para verificarlas. Sin darme cuenta, el panel protector comenzó a separarse de la nave y yo estaba tan espeso por la falta de sueño que no recordaba la posibilidad de una tormenta solar, así que no me preocupé demasiado por recuperarlo. Esto quiere decir que las conexiones pasaron toda la tormenta sin ninguna protección. Ayer fui a revisarlas, antes de la hora de levantarme, y si bien los cinco motores del propulsor responden aún a los controles, el dispositivo de orientación no se mantiene fijo durante los saltos. Si accionamos los motores, el chorro direccional perderá la alineación correcta y saldremos de la trayectoria prevista. La única manera segura de que la Fénix Uno pueda volver a la Tierra no es con un salto largo, sino con una serie de impulsos pequeños, corrigiendo cada vez la desviación del salto anterior hasta alcanzar la velocidad y dirección correctas.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Ya conocéis la situación —continuó—. Tal vez nos harán falta cinco o seis saltos. Tendréis que calcular la nueva posición de la Fénix Uno después de cada impulso y las cifras corregidas para el siguiente salto. Y la única forma en que podemos recibir esta información en la Fénix Uno antes de cada salto es por LCO

hasta la Fénix Dos y de la Fénix Dos aquí por radio.

Bill siguió inmóvil en la pantalla durante mucho más tiempo del debido al retraso en las comunicaciones. Cuando por fin habló de nuevo, su voz llegó claramente a sus oídos, diciendo lo que estaba en la mente de todos.

—La Fénix Dos no puede saltar a una órbita de intersección con la Tierra. Su propulsor sólo tiene dos motores.

—Exactamente. Pero alguien tendrá que quedarse a bordo para transmitir los cálculos de control a la Fénix Uno durante los impulsos. Seré yo.

Bill le miró fijamente desde la pantalla. A espaldas de Tad, los otros martenautas seguían sin decir nada, pero de ellos emanaba un sentimiento de negación que éste podía notar como si fuera una descarga de estática sobre los escasos cabellos que cubrían su nuca.

—Tú estás enfermo —replicó Bill, finalmente—. No estás en condiciones, aunque estuviéramos dispuestos a admitir algo semejante.

—Estoy en perfectas condiciones de hacerlo. Además, soy el mejor candidato. Recibí una buena dosis, durante esa tormenta. Y aún hay más: queda una posibilidad. Yo soy un verdadero piloto espacial, el único a bordo aparte de Fedya. Puedo utilizar los dos motores para aproximarme hacia una órbita de intersección con la Tierra. Quizá llegue lo suficientemente cerca para que venga alguna lanzadera a buscarme, con un poco de tiempo. Solamente Fedya podría hacer algo parecido, y Fedya hará falta en la Fénix Uno para estar seguros de que la mayoría de los tripulantes vuelven a la Tierra sanos y salvos... sobre todo, con ese dispositivo orientador estropeado.

Bill quedó silencioso, mirándoles desde la pantalla. Por fin, se inclinó hacia delante en su asiento.

—No puedo aceptar semejante cosa —respondió.

—Claro que no puedes —admitió Tad—, pero discutidlo ahí en el control. Luego, nos dices lo que habéis decidido. No estoy preocupado en absoluto. Sólo podéis decidir en un sentido, porque estáis obligados a salvar tantos tripulantes como podáis. Así que, lo discutís y decidís algo: pero no tardéis mucho. Ahora estoy en muy buen estado, ya os lo he dicho, pero no sé cuánto voy a durar.

Dejó de hablar. Bill, no obstante, siguió en la misma posición.

—Cambio y corto —advirtió Tad.

Bill se agitó en su asiento.

—Cambio y corto —repitió, con voz lúgubre.

La pantalla de la Fénix Uno quedó desactivada. Tad se apoyó en el respaldo del asiento de la consola, exhausto.

—Eres un embustero —dijo Bap, a su lado—. Te encuentras mucho peor de lo que pretendes hacernos creer. Tad.

—Vete al infierno —respondió sin enfado, volviendo la vista hacia él. Por un momento, dejándose arrastrar por su conversación con Bill, había olvidado lo mal

que se sentía su cuerpo. Ahora, el sentimiento de malestar había vuelto a él. Cerró los ojos, dejando que su enfermedad corriera por todo el organismo—. Podéis ir todos al infierno. La decisión se toma en control, y no tienen alternativa.

—De todas formas —intervino Anoshi—, comprobaré el motor de orientación, a ver si es cierto que está averiado como dices.

—Adelante, lo encontrarás como he dicho. Pero mira si quieres, da lo mismo.

El teléfono comenzó a sonar en la oscuridad. Durante un segundo, Jens permaneció acostado, meramente escuchándolo. Había estado soñando, aunque no recordaba qué. Era una especie de semipesadilla en que se enfrentaba a cierta tarea en que otra gente se negaba a colaborar y, por un momento, todavía envuelto en los ropajes del sueño, asimiló el sonido del teléfono con la situación imaginaria que acababa de dejar.

Luego, despertó completamente y tendió la mano hacia el aparato, sin encender la luz. Tanteó hasta dar con el mando de encendido y lo pulsó.

La pantalla se llenó de colorido, terminando por formar imagen la de Bill Ward.

—¿Señor Wylie? —preguntó Bill—. ¿Hablo con el señor Wylie? No veo nada.

—Sí, habla conmigo —respondió Jens, con voz espesa. Haciendo un gran esfuerzo logró incorporarse sobre un codo y dio la luz de la mesita de noche.

—Ahora lo veo. Siento tener que llamarle a las cuatro de la madrugada, pero ha sucedido algo importante respecto a la expedición y necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Todavía medio inconsciente por el sopor. Jens repitió las dos palabras, intentando hallarles algún sentido, pero no lo consiguió—. ¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Estoy en el vestíbulo de su hotel —explicó Bill—, ¿Puedo subir a su habitación? El agente de seguridad que hay aquí dice que necesita su permiso.

—Póngame con él. —Jim bostezó. Un rostro que no conocía apareció en la pantalla.— Está bien. Conozco personalmente al señor Ward. Puede creer en cualquier credencial que le haya enseñado. Déjele subir, por favor.

—De acuerdo, señor Wylie.

El rostro del guardia se desvaneció. La pantalla quedó apagada. Jens desconectó el teléfono y se levantó pesadamente de la cama, enfundándose un batín. A los pocos minutos, sonó el timbre de la suite.

Abrió la puerta y dejó pasar a Bill Ward, dando las gracias al agente de seguridad que lo había acompañado hasta allí.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Jens, cerrando la puerta—. Puedo pedir café, si quiere. O tal vez prefiera un trago.

—No, gracias —contestó Bill, acomodándose en una butaca mientras Jens tomaba asiento frente a él—. O si... un trago.

—Yo tomaré café —añadió Jens.

Se volvió hacia el aparato telefónico que había sobre la mesa próxima a su asiento y marcó el número correspondiente al servicio de habitaciones. Contestó una voz

pausada, sin duda de algún agente de seguridad, pues el servicio de hotel normal debía estar durmiendo desde varias horas antes.

—Soy Jens Wylie. Lamento pedirle esto, pero he tenido un visitante inesperado debido a una emergencia. ¿Hay algo de café disponible por ahí abajo?

—Sí, señor —respondió la voz—. Le subiré café inmediatamente. ¿Cuántos son?

—Con un café bastará.

—Subiré una taza y una cafetera. ¿No quiere nada más? Seguramente podría encontrar algún emparedado...

—No, gracias. Solamente café. Buenas noches, y gracias otra vez.

—Buenas noches, señor.

Jens cortó la comunicación y se volvió hacia Bill.

—Creo que no le comprendo. Dijo que necesitaba mi ayuda para algo relacionado con la expedición...

En su interior nació un temor súbito. Lo apartó de sí, obligándose a levantarse del asiento. Se acercó al pequeño bar que había en un rincón de la sala.

—¿Bourbon? —preguntó—. ¿Soda?

—Con agua, por favor —oyó que decía Bill, desde sus espaldas—. No sabía a quién dirigirme, aparte de usted. Acabo de hablar con los martonautas por LCO. Me vi obligado a informarles de que es necesario interrumpir la expedición.

—¿Interrumpirla? —Las manos de Jens se inmovilizaron sobre el vaso con bourbon y hielo donde estaba a punto de verter agua.

—Dar por terminado este intento —contestó Bill, rígidamente—. Debemos recuperar las naves, mandar a Tad a un hospital y reparar los daños. Luego, cuando podamos disponer de otra fecha adecuada, volveremos a comenzar, naturalmente.

Jens consiguió mover las manos de nuevo. Echó algo de agua en el vaso y lo acercó a Bill Ward, volviendo a su asiento frente a él. Mirando los ojos del otro, Jens pudo leer en ellos un ruego silencioso, casi abyecto, de que comprendiera.

—Quizá no sea tan fácil poner la expedición en marcha por segunda vez —contestó Jens, lentamente—. Desde el punto de vista político, claro.

—Eso es... una tontería —negó Bill. Su voz se hizo más firme—. Es una tontería. Tenemos toda la estructura dispuesta, y las condiciones astronómicas seguirán siendo adecuadas durante los dos próximos años. El público recibirá una desilusión, eso es inevitable. También la han recibido los martonautas. En realidad, he venido aquí por eso...

Su voz vaciló y perdió la firmeza otra vez. Engulló parte de la bebida.

—No debería estar haciendo esto —prosiguió, sintiéndose miserable—. Hubiera debido recurrir a los canales oficiales. Pero Tad y los demás están muy disgustados con la idea de interrumpir la expedición...

—Bien por ellos —interrumpió Jens.

—No, no tan bien —contestó Bill, irritado—. El programa espacial es más importante que esta expedición concreta. No sé... tengo la impresión de que...

bueno, será mejor que le cuente mi conversación con ellos.

—Ahora ya lo sabe —añadió, una vez hubo terminado—, es la cosa más extraordinaria del mundo. Quizá se trate de mi imaginación, nada más, pero no puedo dejar de preocuparme. Temo que hagan algo, que intenten hacer algo que comprometa seriamente el futuro del programa espacial, por sus ansias de proseguir el viaje. Pensé que debería dar aviso a... a quienquiera que pueda querer estar enterado...

—¿Se refiere al Presidente?

—Sí. —Bill asintió también con la cabeza. Los cubitos de hielo de su vaso tintinearón.

—¿Y qué puede hacer él? —quiso saber Jens.

—No lo sé, no logro imaginarlo. Pero aunque sea la oportunidad más remota del mundo... Hemos estado luchando muchos años para que el programa sea una realidad y, de todos modos, pensé que quizá usted pudiera dar aviso discretamente, sólo por si acaso...

Jens afirmó con un gesto.

—Sí, puedo hacerlo —admitió.

—Tiene que ser ahora —indicó Bill, mirándole fijamente—. Quiero decir, ahora mismo.

—Bueno, es un poco tarde para llamar a Washington, ¿no le parece?

—Ya lo sé. Pero creo, mejor dicho, estoy seguro de que debemos hacerlo.

Jens asintió de nuevo, contrastando la urgencia que Bill había intentado comunicarle con los resultados que podría acarrearle su llamada. Por fin llegó a una decisión.

—De acuerdo —accedió.

Le costó varios minutos lograr comunicación con Selden Rethel en su propio domicilio.

—Siento mucho llamarte a estas horas. Sel, pero ha ocurrido algo.

Cuando terminó su explicación, se produjo una breve pausa en el otro extremo de la línea. Finalmente, Selden comenzó a hablar.

—No os mováis de ahí, ni Ward ni tú. Quedaos donde estáis. Es tu suite, ¿no, Jens? Volveré a llamar yo. No vayáis a ningún sitio hasta que yo llame. Puedo tardar dos minutos o diez horas, pero no os mováis de ahí.

Selden interrumpió la comunicación.

—No puedo quedarme aquí diez horas —exclamó Bill horrorizado.

—No tardará diez horas —le tranquilizó Jens—. Fanzone está en Washington y Sel puede localizarlo por teléfono en tres minutos, si quiere. Siéntese y tome otro bourbon.

—No; bueno, si —aceptó Bill.

Jens se levantó, tomó el vaso del otro y se dirigió otra vez al bar. Ya había preparado la bebida y estaba a punto de servirla cuando sonó el teléfono.

Volvió rápidamente al bar, dejó la bebida ante Bill y conectó el aparato. El rostro de Selden Rethe ocupaba toda la pantalla.

—Quiere hablar con los dos, cara a cara e inmediatamente —anunció Selden—. Yo me encargaré de arreglar el transporte. Podéis ir bajando a la entrada del hotel. Cuando lleguéis abajo ya tendréis un coche esperando para conducirlos al aeropuerto.

CUANDO EL APARATO DE DESPEGUE y aterrizaje vertical comenzó a descender en línea recta, como un ascensor, desde la altura de crucero de unos seiscientos metros hasta la pista preparada tras la Casa Blanca, sus motores emitieron un zumbido grave que Jens creyó que le iba a perforar los tímpanos. Estaba sentado junto a una ventanilla, donde rebotaban gotas de lluvia. Hacia el este, el firmamento comenzaba a llenarse con la luz del alba.

Al fin tocaron tierra y se abrió la portezuela. Saliendo uno tras otro al exterior. Jens y Bill fueron recibidos por Selden Rethe, medio empapado bajo un paraguas sostenido por quien era, sin duda alguna, un agente de seguridad de la Casa Blanca.

—¡Por aquí! —indicó Selden.

Abrió el camino, a buen paso, hacia la puerta lateral de un edificio que podía formar parte de la estructura de la Casa Blanca, o no. En la oscuridad resultaba imposible decirlo, y menos con el destello de las luces que rodeaban la pista de aterrizaje. Enseguida se hallaron a cubierto, caminando por un pasillo estrecho pero cubierto con una gruesa alfombra, y pronto llegaron frente a un par de puertas que, al abrirse, dejaron ver un ascensor.

—Por favor, Jens, espéranos aquí —pidió Selden.

Entró con Bill Ward en el ascensor y las puertas se cerraron tras ellos. Jens comenzó a pasear nerviosamente por el pasillo. Al cabo de unos pocos minutos, el ascensor se abrió y reapareció Selden, solo, que apoyó amistosamente una mano sobre el hombro de Jens.

—Ven conmigo —dijo.

Se internaron un poco más por el corredor y luego, giraron en ángulo recto por un pasillo bastante más amplio, hasta detenerse ante una puerta que conducía a una especie de biblioteca u oficina, espaciosa y confortable.

—Siéntate —invitó, señalando uno de los mullidos sillones—. ¿Qué te apetece? ¿Algo de comer?

—Café —pidió Jens, sonriendo con esfuerzo—. Me alimento de café.

—Yo también —contestó Selden. Dio las órdenes pertinentes utilizando el teléfono que había sobre una mesa y, luego, se dejó caer sobre un sillón vecino al de Jens—. Ahora, cuéntame algo más de este asunto.

—No sé nada más —advirtió Jens—. Bill Ward me contó lo mismo que a ti por teléfono. No creo que él sepa más, tampoco. Tan sólo lo que le dijeron los martenautas por el LCO.

—¿Qué significa LCO, exactamente?

—Sistema de comunicaciones por láser —explicó—, Kennedy se mantiene en contacto con los vehículos de la expedición gracias a un haz coherente de luz. Transmite incluso imágenes.

—Ya veo. De todas formas, no creo que ninguno de vosotros dos sepa lo que es despertar a un Presidente. Y despertarle con malas noticias... —se interrumpió, mordiéndose el labio inferior—. Lo más duro es tener que creer todo lo que nos dicen los técnicos en base sólo a su palabra. Yo, personalmente, no lo comprendo. Si llevan más de cuatro semanas de viaje, ¿cómo es que pueden volver aquí en trece días, como dicen?

Jens parpadeó.

—¿No lo comprendes? —preguntó.

Selden le devolvió la mirada, con las cejas fruncidas.

—Eso he dicho. ¿Por qué te extraña tanto? La mayoría de la gente comenzará a preguntarse lo mismo, una vez se hagan públicas las noticias. Querrán saber esto y otras cosas todavía menos razonables.

—Pero... —comenzó Jens y se detuvo inmediatamente. Por un instante había creído que Selden no le hacía esa pregunta en serio. Ahora se daba cuenta de que era así, y lo que ello implicaba le produjo un sobresalto. Era como abrir una puerta creyendo que daba a un armario pequeño y encontrarse con una vasta extensión oscura de inconcebibles dimensiones. Que una persona actual, con inteligencia y cultura, pudiera demostrar tal ignorancia era bastante malo. Pero que fuera el secretario privado del Presidente de los Estados Unidos, el mismo hombre que le había ayudado a conseguir su nombramiento como subsecretario, eso era increíble.

—Hace seis meses que todos los periódicos están publicando las gráficas. Tienes que haberlas visto.

—¿Gráficas? Ah, te refieres a las órbitas de las naves, y los planetas y todo eso. Claro que las he visto, Jens, pero no he tenido tiempo de estudiarlas. Ya sabes cómo es Washington. Mientras tenga este cargo, no me quedará mucho tiempo para estudiar diagramas de vuelo espacial.

—Pero ahora quieres saberlo.

—¡Ahora tengo que saberlo! —Selden se levantó bruscamente de su asiento al oír un golpe en la puerta. Se aproximó, abrió, dijo unas pocas palabras y volvió a cerrar. Regresó portando una bandeja con una cafetera, tazas, cucharillas, crema de leche y azúcar. Depositándola sobre la mesa, llenó dos tazas con el líquido oscuro y humeante.

—¿Azúcar? ¿Crema? —preguntó a Jens.

—Solo —respondió éste. Selden le acercó una de las tazas.

—Ahora tengo que saberlo —repitió Selden, más tranquilo, mientras volvía a ocupar su sillón frente a Jens—, porque tendré que explicárselo a muchas otras personas: al hombre de arriba, para empezar. Así, pues, te lo pregunto. Si han tardado todo este tiempo en llegar a donde están, ¿cómo pueden volver en trece días?

Jens tomó un sorbo de café, estudiando al otro por encima del borde de la taza. En su interior se estaba desarrollando una especie de curiosa reacción química que nunca hubiera creído posible en alguien como él. De pronto, con un súbito relámpago de

claridad, comprendió que los expertos siempre le habían tratado con superioridad, comenzando por su padre senador. Después de eso, se había cruzado con una buena cantidad de expertos que tras husmearle superficialmente, le trataban como a un completo ignorante: los periodistas profesionales en el diario de su padre, los administradores de la propiedad y los ejecutivos de la oficina de prensa de Washington, cuando estuvo destinado allí. Luego habían sido los políticos de Capítol Hill y de la Casa Blanca y más adelante los delegados internacionales como Sir Geoffrey y Verigin. Incluso Lin le trató una vez como si necesitara la mano benevolente de una persona más experta y mejor informada. Ahora, se dio cuenta de pronto, con absoluta certeza, de que más de la mitad de la culpa había sido suya. Ante toda esa gente había adoptado siempre una postura inferior, sin proponérselo siquiera, invitándoles así a que ejercieran en él su autoridad.

Del mismo modo, automáticamente, había admitido el papel de subordinado de Selden Rethe. Ahora, no sin cierto asombro, se daba cuenta de que Selden recurría a él como a una persona de autoridad, en busca de información y ayuda. En realidad, durante todo el tiempo. Selden había sabido que él era más fuerte, el auténtico experto.

Sobresaltado. Jens recordó que el otro seguía esperando una respuesta. Hurgando en los bolsillos de la chaqueta, extrajo un tarjetero y un bolígrafo. Tomó una tarjeta en blanco y dibujó tres puntos, uniendo con círculos los dos de los extremos.

—¡Nada de gráficos! —protestó Selden—. ¿Es que no puedes explicármelo en lenguaje corriente?

—Como quieras. —Jens dejó a un lado la tarjeta—. No se trata de una comparación exacta, pero imagina que tú y yo salimos de Nueva York en sendos coches a cien por hora. Yo me dirijo a Los Angeles y tú vas a Seattle. Digamos que yo, en mi automóvil, soy la Tierra: tú y tu coche sois las dos naves de expedición, y nuestra velocidad es constante. Tras varios días de viaje, seguimos al mismo nivel, pero separados. Tú estarías al oeste de Chicago cuando yo estuviera en Des Moines, Iowa.

Se detuvo y miró al otro hombre para ver si le seguía. Selden asintió.

—En este punto —prosiguió Jens—, sucede algo imprevisto y quieres volver a reunirte conmigo en la carretera de Los Angeles. No puedes limitarte a girar hacia el sur y conducir hasta Des Moines, porque yo sigo moviéndome hacia L.A. a cien kilómetros por hora. Cuando llegaras allí, yo ya no estaría. Igualmente, la Fénix Uno y la Dos no pueden dar la vuelta y disparar sus motores hacia donde está la Tierra ahora, porque ya no estaría cuando llegasen. Siguiendo con el ejemplo, tú dirigirías el coche hacia el suroeste, calculando la velocidad y la distancia de modo que nos cruzásemos en un punto como Rapid City, en South Dakota, por delante de mi posición actual. Así, los dos llegaríamos a ese punto más o menos al mismo tiempo.

Se detuvo otra vez.

—Muy bien. Hasta ahora, te sigo perfectamente. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Quiero ir a parar al hecho de que la distancia entre el oeste de Chicago y Rapid City. South Dakota, no es tan grande como la distancia de Nueva York al oeste de Chicago. En otras palabras, nuestros automóviles llevan quizá dos días separados, pero basta con poco más de medio día para que estén juntos de nuevo.

Selden asintió otra vez, y mientras aún estaba moviendo la cabeza sonó el teléfono de la mesa. Se puso en pie y conectó el aparato. Jens oyó una voz, pero sin llegar a distinguir lo que decía.

—Sí, señor —respondió Selden. Desconectó y regresó hacia Jens.

—Nos llaman de arriba —explicó.

Jens se levantó y le siguió fuera de la habitación. Mientras avanzaba, pensó que era posible que hasta Paul Fanzone, el Presidente de los Estados Unidos de América, se encontrara como Selden Rethel, más dispuesto a hacer preguntas que a ofrecer respuestas.

La habitación donde llegaron Jens y Selden estaba dos pisos más arriba y se trataba de otro despacho, pero mucho mayor y amueblado con más lujo. Bill Ward estaba rígidamente sentado en un sillón negro y Fanzone recorría una y otra vez la alfombra.

—Adelante. Tomen asiento. —Fanzone, cuando estuvieron dentro, les señaló sendas butacas. Jens y Selden se acomodaron junto a Bill Ward.

—Atiendan un instante —comenzó Fanzone, volviéndose hacia Bill Ward—. Han hecho lo correcto. Cuando digo «han», me refiero a todo el personal del Cabo. Han hecho lo correcto al venir discretamente a mí, de esta manera, aunque será mejor que no se sepa públicamente que han venido a hablar conmigo. Si alguien quiere sospechar, que sospeche, pero que nadie lo sepa con certeza. Quiero que vuelva con Jens a Florida, inmediatamente. ¿Sel?

—¿Señor?

—¿Hay algún aparato listo para llevarlos de vuelta?

—Está esperando —respondió Selden.

—Muy bien. Ahora. Bill, quiero que hable otra vez con los martonautas, tan privadamente como pueda. Puede hacer eso, ¿no es cierto?

—No hay manera de que nadie pueda interceptar la comunicación por láser. No es como la radio.

—Pues hable con ellos. No les diga que me ha visto ni que ha hablado conmigo. Dígalos simplemente que comunicó el asunto a sus superiores inmediatos en la Agencia del Espacio que han decidido aplazar la interrupción del viaje a Marte hasta que hayan sido informados, al menos, todos los gobiernos que participan en la expedición, lo que puede dar lugar a cierto retraso. No más de veinticuatro horas, probablemente. ¿Puede hacerlo?

—Sí, señor —respondió Bill—, pero...

—No se preocupe de nada más —pidió Fanzone—. Simplemente, haga lo que le he dicho. ¡Usted. Jens!

—¿Sí, señor?

—Vamos a tener que darle más autoridad que hasta el momento —comenzó Fanzone—, Tan pronto como regrese, quiero que haga dos cosas. En primer lugar, reúname con los delegados de los distintos países y dígales que yo le he pedido personalmente que usted les informase, en privado, sobre la decisión de interrumpir el viaje. Luego, explíqueselo. Deles toda la información sobre las averías de las naves, pero no sugiera que hay nada más en el asunto, ni que ha habido ningún contacto especial entre usted y yo. Dígales que le llamé por la mañana temprano para pedirle que hablara con ellos. ¿Puede hacerlo?

—Sí.

—Lo segundo que tendrá que hacer, después, recuérdelo bien, después de pasar toda la información a los delegados internacionales y darles una o dos horas de tiempo para que se pongan en contacto con sus gobiernos, es convocar una rueda de prensa. Usted es capaz de llevar una conferencia de prensa por sí solo, ¿verdad? ¿Es capaz. Sel?

—Sí, señor. Puede hacerlo.

—Tampoco debe decir nada a los periodistas que involucre a la Casa Blanca, excepto que se decidió que fuera usted quien diera la noticia al público por ser el representante formal de nuestro gobierno en el lugar de los hechos. Diga todo lo que sabe respecto a los martenautas y su situación, excepto lo que se le ha dicho que no mencione. Dígales que la decisión de interrumpir la expedición aún no se ha tomado, pero que es lo más probable. Eso es todo. Bueno, además, cuando haya terminado, póngase en contacto con Selden por un circuito codificado y dele un informe de las reacciones obtenidas. ¿Lo ha comprendido todo?

—Sí, señor Presidente —contestó Jens—. No hay que mencionar lo que el señor Ward...

—No, Sel, ¿quieres acompañarlos a su avión? —Los tres hombres se pusieron en pie—, y, Sel...

—¿Sí, señor? —Selden se detuvo y dio media vuelta.

—Tan pronto como despegue el avión, regrese aquí —solicitó Fanzone—. Tendremos que echar el programa de hoy a la papelera y preparar otro completamente distinto.

Bill Ward estaba sentado ante la pantalla de LCO, encorvado hacia delante, hablando con Tad.

—Jens Wylie ha convocado esta mañana a los representantes de todos los países y les ha explicado la situación —decía Bill—. Además, también dio una rueda de prensa después del almuerzo y comunicó la noticia a los periodistas. Las cosas se van moviendo.

—Pues que sigan moviéndose —contestó Tad—. ¿Dijiste veinticuatro horas?

—Sí, pero podría ser antes.

—Tendrá que ser antes —advirtió Tad. Tal como aparecía en la pantalla, no se le veía un solo cabello en la cabeza y sus facciones estaban tan hundidas que parecía casi una calavera, impresión que la calvicie tendía a confirmar.

—Hablando de todo —preguntó Bill—, ¿cómo te encuentras?

—Bien —respondió Tad—. Estoy muy bien.

Jens Wylie estaba sentado en la sala de su propia suite, con la alfombra ante su butaca cubierta con casi una docena de ejemplares de periódicos en distintos idiomas. Lo había hecho lo mejor que había podido: pero los titulares, como siempre, habían cargado las tintas.

CATASTROPHE FRAPPE LE VOL MARTIEN decía el periódico junto su pie derecho. SPACECRAFT BOTH FAIL anunciaba el siguiente, y así todos los demás, hasta dar la vuelta al mundo.

Quizá fuera preferible que se precipitaran al anunciar la tragedia, pensó, al menos en cierta forma. Luego, si se salvan cinco de los seis martenautas...

Deseó que Lin hubiera vuelto. Sentía necesidad de hablar con ella.

Sin embargo, fuese cual fuese el curso de los acontecimientos, tarde o temprano llegarían los cazadores de brujas, buscando alguien a quien culpar por el fracaso de unas esperanzas artificialmente construidas.

Masaharu Tatsukichi, el delegado japonés para el espacio, estaba sentado, hablando con Anoshi. Cada uno de los delegados había solicitado hablar con el martenauta de su propio país, y aunque las Fénix Uno y Dos seguían atareadas en los trabajos de reparación, era posible disponer breves entrevistas de vez en cuando. Guenther ya había hablado con Bern y Ambedkar con Bap.

—Lamentable —decía Masaharu a Anoshi—, que tan altas esperanzas deban terminar trágicamente.

—Lamentablemente para todos —respondió Anoshi.

—Naturalmente —asintió Masaharu—, pero he podido advertir su intenso deseo de haber visto completa la expedición, por lo que le ofrezco mi simpatía a nivel personal.

—Agradezco profundamente su gesto. Las pérdidas personales, sin embargo, no son nada si se consideran junto a las mayores pérdidas en otros órdenes...

Verigin habló con Fedya.

—Entonces, a bordo de ambas naves se está haciendo todo lo que se puede, ¿no es así?

—Sí.

Verigin se adelantó hacia la pantalla para examinar más de cerca el rostro de Fedya, y su voz se suavizó.

—Muchacho —exclamó—, estás muy delgado. Muy delgado y muy pálido. ¿No habrás estado expuesto a la radiación tú también, verdad?

—No —contestó Fedya—. Sólo estoy cansado. Todos lo estamos.

Tad flotaba medio dormido en una nube de incomodidad. Estaba demasiado cansado para permanecer despierto, pero demasiado agotado físicamente para entregarse tranquilamente en brazos del sueño. En su mente se agitaban vagos pensamientos junto a fragmentos de sueños. La mayor parte de las reparaciones que podían hacer a bordo de ambas naves ya estaban hechas. Era el cuarto día desde que Bill les anunciara la decisión de interrumpir la expedición, y aún no se había recibido confirmación definitiva desde el control de la expedición. Jens, con quien había hablado por última vez cuando se permitió a los martenautas entrevistarse con los delegados de sus naciones, no había logrado explicarle satisfactoriamente por qué era necesario tanto retraso.

—Todos los gobiernos quieren estudiar bien su decisión. Todos temen estar firmando algo que puede comprometerles más adelante.

—¡Lo que nos pasó a nosotros no tiene nada que ver con los gobiernos! —exclamó Tad, con sarcasmo—. Fue un programa sobrecargado y una erupción solar.

—Ya lo sé —respondió Jens, que en esos momentos se sentía muy desdichado—. Y también sé cuánto cuesta esperar, pero...

Pero, pensó Tad, en su niebla de incomodidad, la Fénix Uno y la Fénix Dos no podían esperar para siempre. Él, al menos, no podía esperar. La importancia de tomar medidas rápidamente no parecía imponerse a Jens ni a ninguno de los de la Tierra...

Se incorporó al ver la figura de Bap, que se había acercado a su cama en la oscuridad. Bap sonreía y llevaba una jeringa hipodérmica en las manos.

—Algo nuevo que se les ha ocurrido a los doctores de la base para tenerte en forma —explicó.

—¿Qué cosa nueva...? —comenzó a preguntar Tad, pero Bap ya estaba aplicándole la inyección. En realidad, no le importaba, pero fuera lo que fuera, ejercía de prisa su efecto. Apenas había terminado Bap de retirar la aguja del brazo cuando la enfermedad que hacía temblar todo su cuerpo comenzó a apaciguarse. La sensación de malestar desapareció, y su profundo agotamiento le hizo caer dormido.

—Funciona —murmuró a Bap, que seguía junto a la cama—, funciona correctamente. Eso está bien. Voy a necesitar un buen sueño.

—Sí, vas a necesitarlo —asintió Bap.

Bap continuó junto a la cama de Tad hasta que su respiración comenzó a ser más sosegada. Luego, salió de la cabina y regresó al nivel A por el tubo de acceso. Allí le esperaba Anoshi, con Fedya, Dirk y Bern.

—Está durmiendo —anunció Bap, nada más aparecer por la escotilla—, pero los efectos no durarán mucho tiempo. Debería despertar dentro de tres o cuatro horas, como mucho.

—Bueno —contestó Fedya—, entonces será mejor que me ponga en marcha.

Dirk y Bern le ayudaron a vestirse el traje espacial.

—¿Qué pasará si el control se retrasa en darnos los datos del primer salto? —

especuló Bap.

—En ese caso, tendrás que hacer el primer salto basándote en nuestros propios datos —respondió Fedya—. Te lo digo como una orden, ya que ahora soy yo el comandante.

—Sí, señor —asintió Bap. Sin embargo, la sonrisa que acompañaba sus palabras se desvaneció enseguida. Bern y Dirk estaban ajustando el casco de Fedya. Tan pronto como terminaron con él, se apartaron unos pasos mientras Bap le tendía su mano.

Fedya la estrechó. No se dijeron nada. Moviéndose con torpeza y lentitud, Fedya recorrió el círculo casi perfecto que formaban Anoshi, Bern y Dirk, estrechando igualmente sus manos. Luego, les dio la espalda y comenzó a andar hacia el tubo de acceso, para llegar a la compuerta tres.

Por fin, emergió de la compuerta tres encontrando la inmutable claridad y oscuridad del espacio. La unidad propulsora ya estaba instalada sobre sus hombros, pero esta vez no era lo único con que contaba para cruzar el vacío que le separaba de la Fénix Dos. Tomando un cordón de un metro, aproximadamente, con un extremo fijo en el cinto de herramientas de su traje espacial, cerró el mosquetón del extremo opuesto alrededor del cable que unía ambas naves. Se separó del casco de la Fénix Uno y activó los propulsores, deslizándose a lo largo del cable hacia el otro vehículo.

Una vez allí, soltó la cuerda del cinturón. Se dirigió hacia el cable, con intención de desatarlo, pero cambió de idea. Con la inercia de la Fénix Dos, el cable saltarla como un hilo al primer empuje de los motores de la Fénix Uno. Se abrió camino hacia la cubierta A y, a solas, se despojó del traje espacial.

Acomodándose frente a la consola de control, envió una llamada de LCO a la Tierra.

—Ha habido un ligero cambio de planes, aquí —explicó Fedya al ingeniero de comunicaciones que estaba de servicio—. No podemos esperar más. Si no recibimos sus datos antes de cuatro horas, procederemos al primer impulso con nuestras propias cifras.

—¡Un momento! Yo no tengo nada que ver con esto, Bill Ward está en su casa: deje que lo traiga aquí y hable con él.

Fedya sacudió la cabeza.

—No hay nada de qué hablar —respondió—. No estamos pidiendo a control de expedición que nos autorice a actuar: estamos informando a control de expedición de que vamos a actuar, ahora mismo. Seguiremos el plan de Tad. Un hombre permanecerá en la Fénix Dos para transmitir los datos a la Fénix Uno, donde volverán los otros cinco. La única alteración es que Tad pilotará la Fénix Uno y yo me quedaré a bordo de la Fénix Dos.

—Espere un poco. Fénix Dos —suplicó el ingeniero—. Déjeme hablar con Tad.

—No se puede hablar con Tad. Está descansando antes de emprender el regreso con la Fénix Uno. Además, ya no es el comandante de la expedición. Ha sido

relevado del mando debido a su enfermedad, yo, como segundo oficial, le he sustituido. El ingeniero no supo qué decir y permaneció varios segundos mirando a Fedya con aspecto confundido.

—Llamaré a Bill Ward —decidió, finalmente.

—Muy bien —asintió Fedya—. Llame a quien quiera. Pero consíganos las cifras del primer salto en cuatro horas o actuaremos según nuestro criterio.

TAD DESPERTÓ DEL SUEÑO más profundo que había tenido en varios días y descubrió que Bap estaba zarandeándole.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz espesa.

—Lo siento Tad —explicó Bap—, pero tendrás que levantarte. Fedya ha tomado el mando de la expedición y ahora está en la Fénix Dos, solo. Aquí en la Fénix Uno estamos tú y yo, con Anoshi, Dirk y Bern.

Tad le miró con ojos legañosos.

—Que ha tomado... —murmuró—. No, no es posible.

—Temo que sí, Tad. Mira, dejó esta grabación para ti.

Bap se acercó al teléfono que había junto a la cama de Tad y pulsó el botón para reproducir mensajes grabados. Tras un segundo de silencio, la voz de Fedya llenó el compartimento.

—Perdóname. Tad —comenzaba—. Has conseguido disimular muy bien tu verdadero estado, pero todos nos conocemos demasiado. Resulta evidente que estás más enfermo y menos fuerte de lo que quieres aparentar. Sin embargo, va pasando el tiempo sin recibir órdenes del control de expedición y nosotros, tú y yo, debemos pensar en la expedición ante todo, y en salvar la mayor parte de la tripulación. Es verdad que hace falta un hombre con tu experiencia para dirigir la Fénix Uno durante una serie de impulsos, pero en caso de apuro podría intentarlo Anoshi, o uno de los otros, con bastantes probabilidades de llegar lo suficientemente cerca de la órbita terrestre para ser rescatados mediante naves lanzaderas. En cambio, piensa lo que sucedería si quedaras solo en la Fénix Dos y tu enfermedad se agravara hasta el punto de incapacitarte para transmitir las informaciones necesarias a la Fénix Uno.

Aquí se produjo una pausa en la grabación. Enseguida, la voz de Fedya prosiguió su monólogo.

—Ya lo ves. Tad. La expedición no puede permitirse que el LCO de la Fénix Dos lo maneje una persona enferma. Perdona, pues, que haga esto: pero tú sabes que la única razón que me impulsa es el bien de la mayoría. No lo haría por nada más.

—¡Maldito entrometido! —refunfuñó Tad. Luego, lentamente, negó con la cabeza—. No. es cierto. Tampoco lo haría.

—Tampoco... ¿qué? —preguntó Bap, mirándole con extraña curiosidad.

—Llévame arriba. Llévame a la cubierta A —pidió Tad, intentando ponerse en pie, mientras Bap lo sostenía por el brazo—. Ya sospechaba que podía ocurrir esto. ¿Hemos recibido los datos de vuelo y el visto bueno de Kennedy?

—Sí —respondió Bap, ayudándole a pasar por la compuerta del tubo de acceso—. Fedya les dijo que si no recibíamos sus cálculos en cuatro horas comenzaríamos la maniobra con los nuestros. Nos enviaron los datos inmediatamente. Hay una conexión permanente entre el LCO de la Fénix Dos y su radio, de modo que

recibimos todo lo que dice control de expedición, sin imagen, claro, además de la voz de Fedya...

Mientras hablaba. Bap iba guiando a Tad por el tubo hasta que llegaron a la cubierta A, Tad, por fin, se dejó caer cansadamente sobre su lugar habitual, la litera de aceleración colocada en posición de asiento frente a la consola de control.

Se inclinó sobre los mandos, tendiendo las manos hacia ellos, pero pareció cambiar de idea y volvió a recostarse en el asiento.

—Bap, necesito algo. Seguro que entre esas medicinas tuyas debes tener alguna clase de estimulante.

—No necesitas nada de eso —explicó Bap—. Te haría sentir mejor durante un rato, pero luego estarías mucho peor.

—Búscame algo —insistió Tad.

—Tad, escúchame...

—Búscame algo. Tal como estoy no sirvo para nada. Dame algo que arranque el motor, a ver si puedo luego mantenerlo en marcha.

Bap no dijo nada y salió. Al poco tiempo, volvió con un comprimido amarillo y un vaso de agua. Tad lo engulló y se recostó otra vez, jadeando.

Tras unos pocos minutos, sus jadeos fueron disminuyendo y, no sin cierto esfuerzo, volvió a ponerse frente a los controles. Pulsó el interruptor de comunicaciones.

—Fedya —comenzó—. Fénix Uno a Fénix Dos.

—Aquí estoy, Tad —respondió Fedya inmediatamente—. Como decía la cinta, perdóname.

—No te preocupes —dijo Tad, pasando el dorso de la mano sobre sus labios secos—. Has hecho lo indicado, Bap me ha dicho que ya hemos recibido los datos de navegación del control de expedición.

—Los tienes en la consola —le informó Fedya.

Tad bajó la vista y marcó los botones apropiados. Una tira de papel cubierta de cifras comenzó a surgir lentamente por la ranura. Cuando se detuvo, Tad arrancó el papel y empezó a estudiarlo. Tras unos pocos minutos, alzó la cabeza. Los efectos del estimulante comenzaban a dejarse sentir, y su postura era algo más erguida, sus ojos un poco más brillantes.

—Fedya —pidió—. Déjame hablar con control.

—Estamos aquí mismo. Fénix Uno —respondió la voz de Bill Ward tras una pequeña pausa—. Fénix Dos nos ha conectado a su radio.

—¿Esto es todo lo concerniente al primer impulso? —quiso saber—. ¿Estas cifras?

—Exacto. Fedya tiene las suyas, naturalmente, para conseguir la máxima velocidad y variación de rumbo que pueda obtener de sus dos motores antes de que se quemem. Pero para la Fénix Uno creímos que sería mejor calcular primero una serie de saltos pequeños, por si podemos descubrir alguna tendencia definida en las

desviaciones de vuestro dispositivo de orientación. Si encontramos una tendencia, podemos buscar la forma de contrarrestarla, además de intentar enderezar vuestro curso.

—Muy bien —admitió Tad.

—Explícanos lo que se siente durante el impulso.

—De acuerdo.

—Muy bien, entonces, avísanos cuando estéis listos. Os fijaremos el comienzo de la maniobra y os daremos datos actualizados para ese momento.

—Antes que nada, organicémonos aquí —dijo Tad. Se volvió hacia los cuatro hombres—. Bap y Anoshi, será mejor que coloquéis vuestros asientos en posición de litera. Dirk y Bern, vosotros podéis bajar al nivel B y os echáis en una cama. No es que vaya a ser un impulso muy potente, pero sería estúpido arriesgarse.

Bern y Dirk desaparecieron por el tubo de acceso mientras Bap y Anoshi manipulaban en sus asientos, transformándolos en literas.

—¡Fuego! —gritó Tad, oprimiendo el botón de ignición. Bruscamente, y por primera vez desde que salieron de la órbita terrestre, los tripulantes de la Fénix Uno sintieron una vibración y la sensación de peso.

Esta vez, sin embargo, era una versión menos intensa y menos prolongada que el impulso de tres gravedades que había experimentado la nave en esa ocasión. El salto terminó casi antes de haber empezado o, al menos, así le pareció a Tad. Pero había sentido, estaba seguro de haber sentido la dirección del cambio de ángulo del impulso cuando el motor de dirección salió del rumbo, aún en ese lapso tan corto. Comenzó a comprobar los instrumentos afanosamente, para ver qué podían indicarle respecto al error que debía haber causado el movimiento del chorro de orientación.

—¡Fénix Dos! Fénix Dos, aquí control de expedición —tronó el altavoz de la radio—. Fedya, hemos seguido en contacto durante todo el período de salto y, por lo que sabemos, seguimos en contacto. ¡Responde Fedya!

—Fénix Dos —respondió éste—. Estamos en contacto.

—¿Qué ha sucedido, Fénix Dos? ¿No ha habido ignición? Si te hubieras movido ahora estaríamos fuera de contacto, hasta que alineáramos de nuevo el LCO entre los dos.

—No —explicó Fedya, y Tad se detuvo para escuchar, oh dando momentáneamente sus instrumentos—. No he dado el salto. Parece como si hubiera una avería en los controles. No parece nada importante. Bajaré a comprobarlo. Desde luego puedo dar la ignición en cualquier momento.

—Te suministraremos datos actualizados para que puedas saltar al mismo tiempo que la Fénix Uno por segunda vez —anunció el control—. Infórmanos del problema tan pronto como lo hayas localizado.

—De acuerdo.

—Muy bien. Fénix Uno. Fénix Uno, aquí control de expedición. ¿Cómo os ha ido el salto?

—Muy bien. Hubo una desviación, tal como pensábamos. Tan pronto como disponga de alguna información os la mandaré. ¿Para cuándo es el próximo impulso?

—Tan pronto como establezcamos vuestra posición actual. También habremos de decidir algún otro detalle. Aproximada mente, será dentro de doce a dieciséis horas. Sin el LCO de la Fénix Dos a vuestro lado, tendremos que buscaros un rato.

—Buena caza —respondió Tad.

Se dejó caer sobre la litera de aceleración. Hubiera querido responder de forma más animada, añadir quizá alguna broma sobre la ovejita negra perdida: pero no tenía la energía necesaria.

Asegurado sobre su litera. Bern contempló la cabina donde se hallaba, suavemente iluminada, y dejó correr sus pensamientos. Casi le parecía estar traicionando a los demás, pero ahora que debían volver irrevocablemente a la Tierra, no podía reprimir una chispa de alegría en su interior.

Había deseado más que nada en el mundo participar en la expedición y llegar junto al planeta Marte, aun si cualquier razón le impedía posar su pie sobre él. Sin embargo, también sentía al mismo tiempo una intensa nostalgia por su hogar, la llamada del *foyer* que le hacía pensar en Joanna y los niños. Ninguno de los demás martenautas sería capaz de comprender este sentimiento.

El delegado paneuropeo. Walther Guenther había demostrado ser incapaz de entenderlo durante su breve conversación con Bern por el LCO, cuando todos los delegados hablaron con el martenauta de su país.

—Me encargaré de arreglar el transporte de su mujer e hijos, para que estén aquí cuando aterrice —le había dicho entonces.

—No se moleste, por favor —había respondido Bern—. Joanna y yo nos hemos formado una imagen de mi regreso a casa. Quiero abrir la puerta y encontrarlos a todos allí, esperándome.

Guenther no lo había comprendido. Incluso había llegado a sentirse ofendido de que rechazara por un motivo tan absurdo lo que él proponía como una gentileza. Los dos somos europeos, pensó Bern en la cabina, pero él no es un auténtico europeo. Yo sí lo soy.

Lo importante es la familia. La familia, principalmente los niños. Siempre los niños. La próxima generación es siempre la que cuenta, en todo lugar y momento. Los adultos hemos dejado de ser una esperanza para convertirnos en una realidad y, aunque eso no nos hace menos importantes, sí nos hace menos valiosos.

Aunque él había deseado mucho llegar a la superficie de Marte, la razón principal de su deseo era por Joanna y los niños. Ahora ya no viajaría nunca a Marte. Otros lo harían, sin duda: y eso era lo que la gente como Guenther y toda la inmensa multitud de individuos de la Tierra no hablan comprendido, provocando ese accidente por su negligencia. La expedición no quedaba interrumpida, aunque ellos lo creyeran. La raza humana terminaría por llegar a Marte, y a Venus y a todos los restantes planetas

del sistema solar, e incluso a mundos que giraban alrededor de muchos otros soles. No se podía evitar. Los hombres habían salido del mar, se habían arrastrado como anfibios, habían conquistado el planeta y construido sus hogares de polo a polo; ahora debían continuar, construyendo hogares y formando familias por todo el universo, hasta donde alcanzara la imaginación de la especie.

Desde su punto de vista particular, lo que se había perdido con aquel intento no era nada en comparación con el futuro que intuía. Era triste pensar que no sería él uno de los que llegarían, pero incluso esto tenía un lado brillante: se encontraba de vuelta a su hogar, su propia promesa de ese futuro que resplandece en las caras de sus hijos. Ahora, a solas y en privado, se hallaba decepcionado, pero contento.

—Comprenderá —estaba diciendo Vassily Zacharin—, que debemos solicitar una investigación a fondo y una buena explicación de lo ocurrido.

Vassily Zacharin era el embajador soviético en los Estados Unidos de América. En esos momentos, se encontraba con Verigin en el despacho de Paul Fanzone quien, sentado tras la mesa, asentía afablemente, mientras Selden Rethe permanecía en pie detrás suyo.

—Lo comprendo perfectamente —contestó Fanzone suavemente—. Varios representantes de los restantes poderes que participan con nosotros en este esfuerzo espacial me han llamado hoy. Naturalmente, es un gran sobresalto para todos nosotros que una expedición en la que el mundo había cifrado tantas esperanzas se vea frustrada de esta forma.

—Ciertamente, señor Presidente, estamos preocupados por el fracaso de la expedición a Marte. Sin embargo, el pueblo soviético está más interesado en saber por qué Feodor Aleksandrovitch Asturnov, de los seis martenautas, debe ser el que dé su vida para que los otros vivan.

—Todavía no la ha dado —contestó Fanzone secamente.

—Tenemos entendido —explicó Zacharin—, que las probabilidades de que la Fénix Dos llegue a acercarse a la Tierra lo suficiente para ser localizada y rescatada son tan escasas que apenas merece la pena tenerlas en consideración. Le ruego que me comprenda, señor Presidente, Feodor Aleksandrovitch es un hombre valeroso y estamos seguros que no habrá dudado en ofrecer ayuda a sus camaradas aun a costa de su muerte casi cierta. Sin embargo, se nos dijo que su martenauta Tadell Hansard había informado antes al control de la expedición que iba a ser él quien se quedara en la Fénix Dos, pues ya estaba agonizando debido a su fatal exposición a la radiactividad...

—Tadell Hansard tampoco ha muerto, todavía —intervino Fanzone—. Y nuestros médicos dicen que nadie sabrá si la dosis fue fatal o no hasta que llegue a la Tierra y puedan examinarlo.

—Por descontado —admitió Zacharin—, los médicos desean estar absolutamente seguros antes de emitir ningún juicio. Pero sus médicos, al igual que los nuestros y

que los del resto del mundo, no pueden dejar de ver que el progresivo deterioro del coronel Hansard apunta hacia una probabilidad casi cierta, con exclusión de las demás. En pocas palabras, pocas personas cualificadas para interpretar los síntomas dudan de que sea un moribundo. La cuestión, pues, que se plantea en las mentes de los ciudadanos del mundo, no sólo a los de la Unión Soviética, es por qué se devuelve un moribundo a la Tierra mientras un hombre totalmente sano da su vida en lugar de él.

—No estoy en condiciones de responder a este interrogante mejor que pueda hacerlo otra persona, incluso ustedes mismos. Su martenauta nos ha dicho que asumió el mando de la expedición y decidió el cambio de naves en razón de su autoridad. Tenemos la grabación de este comunicado suyo al control de la expedición, y creo que usted también lo habrá oído. Imagino que ustedes comprenderán a uno de sus compatriotas mejor que yo. Quizás ustedes puedan decirme a mí por qué lo hizo.

—No tenemos la menor idea, señor Presidente, por supuesto —respondió Zacharin, sin variar el monótono sonido de su voz de tenor—. Tan solo estaba haciendo constar el hecho de que esta pregunta existe y, dado que fue el martenauta de su país el que resultó favorecido a expensas del nuestro, nos satisfaría comprobar que su pueblo siente tan intensamente como el nuestro la necesidad de encontrar una explicación, una explicación profundamente imparcial, que no tienda a favorecer a ningún miembro de la expedición.

—Puede estar seguro de ello. Nos gustaría mucho saber por qué el coronel Asturnov destituyó al comandante de la expedición por iniciativa propia. También quisiera saber por qué tomó los asuntos a su cargo, hasta el punto de amenazar con poner en peligro las vidas de los otros hombres realizando un salto con datos incompletos a menos que el control de la expedición le transmitiera los datos necesarios.

—Doy por supuesto, señor Presidente —dijo Zacharin tras una pausa—, que no pretende insinuar ningún tipo de acusación contra el coronel Asturnov.

—Por supuesto que no —contestó Fanzone—. Simplemente, al igual que su propio gobierno, estamos deseando averiguar por qué los acontecimientos han sucedido de esta forma. Creo que todos los pueblos del mundo que han contribuido con sus martenautas a esta expedición tienen este mismo interés común.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió Zacharin.

—Quizás, entonces, será mejor que esperemos el regreso de las Fénix lino y Dos para satisfacer nuestro interés —añadió Fanzone enérgicamente.

—Ciertamente, señor Presidente. Ha sido usted muy amable. Así, pues, si nos excusa...

—El delegado Verigin y usted han sido muy amables en venir a exponerme sus preocupaciones —respondió Fanzone, poniéndose en pie tras la mesa, Zacharin y Verigin lo habían hecho un instante antes.

—Informaré a mi gobierno de su interés por esta cuestión.

—Muchas gracias. Buenas tardes —se despidió Fanzone.

—Buenas tardes, señor Presidente.

Los dos hombres se retiraron. Fanzone, todavía de pie, se volvió y miró a Selden Rethel.

—Ahora comenzarán a llover piedras. El público está hambriento, Sel. No solamente nuestro público, sino el de todo el mundo. Las esperanzas que depositaron en la expedición a Marte como símbolo de la cooperación mundial eran demasiado altas. Alguien debe pagar por esto con su cabeza, o todos los gobiernos involucrados comenzarán a tambalearse. ¿Tienes alguna idea sobre quién podría ser el chivo expiatorio, Del?

—No, señor —respondió Selden. Fijó su mirada en Fanzone, con curiosidad—. ¿Y usted?

—Sí —anunció Fanzone, crudamente—. Los mismos martonautas, por supuesto. Todas esas decisiones que han tomado sin estar autorizados nos servirán perfectamente, pero hubieran tenido que ser ellos de todas formas. Nada ni nadie más es lo suficientemente grande para alimentar los lobos.

—Fénix Uno, ¿listos para el cuarto impulso?

—Estamos dispuestos —respondió Tad, despertando bruscamente en su asiento de control. Ahora, después de tres saltos y más de seis días, había quedado condicionado por la voz del control que le llegaba por radio. Desde el primer salto no había vuelto a necesitar el estimulante que había pedido a Bap. Cuando recibía el aviso de que era inminente el salto, las reacciones de su organismo se disparaban, eliminando no sólo los vómitos y diarrea, sino también las náuseas y espasmos que sentía anteriormente, así como la medio irreal sensación de soñar despierto que a veces le hacía dudar que realmente estuviera sentado frente a la consola de control de la Fénix Uno. Recientemente, había habido instantes en los que hubiera jurado que se encontraba de nuevo en casa, pintando alguna puerta, o en la playa con Wendy y los niños. Había hablado con Bap de estas ensoñaciones, y Bap le daba la culpa a los medicamentos: sin embargo. Tad no podía dejar de preguntarse si no eran producto de algo más profundo y más verdadero que comenzaba a actuar en su interior conforme se acercaba la hora final.

—Fénix Dos, ¿cómo estás? —preguntaba el control—. ¿Podrás saltar esta vez?

—Temo que no —respondió Fedya. Durante los seis días sus naves se habían separado lo suficiente para que las comunicaciones fueran entorpecidas esporádicamente por descargas de estática—. Todavía no he podido localizar el problema, pero ya no puedo tardar mucho. No pienso escaparme de aquí, ya tendré tiempo de moverme más adelante.

—Cuanto antes mejor. Fénix Dos —respondió control—. Mira a ver si puedes arreglarlo antes del próximo salto. Fénix Uno, ¿tenéis las cifras?

—Voy a leerlas —anunció Tad. A partir del primer salto, cuando las dos naves

aún estaban unidas por el cable, era imposible recibir los datos del salto impresos en una tira de papel. La única forma de transmitirlos hasta la Fénix Uno era por radio desde la Dos, leyéndolos en voz alta. Asimismo, la única forma de verificar la exactitud de esta transmisión era que Tad los leyera a su vez en voz alta.

Comenzó a leer.

LIN SE HABÍA MARCHADO A NUEVA YORK y aún no había regresado. Jens decidió olvidar temporalmente la situación de las Fénix Uno y Dos para reunirse con Barney, hacia las tres de la tarde. En esos momentos se encontraban sentados ante una mesa del extremo del bar, casi vacío. Aparte de ellos solamente había otro bebedor, además de la camarera y de un individuo alto, de unos treinta años, con cabello negro y ropas gruesas y oscuras, como si hubiera llegado recientemente del norte. Este hombre ocupaba un taburete en el mismo extremo de la barra que la mesa de Jens y Barney. La camarera se acercó a ellos y les sirvió sus bebidas.

—Ah, gracias, enfermera —exclamó Barney cuando llegó la mujer—. Es precisamente lo que necesitamos.

Ella respondió con una breve sonrisa, tomó los dos vasos de la bandeja y los posó sobre la mesa. Luego, dio media vuelta y regresó hacia la barra.

—Espera un momento —pidió Jens, de pronto, mirando en su dirección—, ha habido un error...

El contacto de la mano de Barney sobre su brazo le hizo detenerse. Desvió la vista hacia él y vio que estaba agitando la cabeza.

—Déjalo estar. Si no quieres tomarlo, espera unos momentos y ya iré yo luego a la barra a buscar lo que prefieras.

—Pero si ella...

—No se encuentra demasiado bien —explicó Barney—. Ese tipo que apuñalaron la semana pasada era amigo suyo.

—Oh.

Jens volvió a contemplarla. Acababa de entrar detrás de la barra. Cuando pasó junto al hombre del taburete, éste le dijo algo, pero en voz demasiado baja para ser oído desde la mesa. La mujer sacudió la cabeza sin mirarle siquiera y siguió caminando hasta el otro extremo de la barra, donde comenzó a trabajar. El individuo no dejaba de mirarla.

—¡Estúpido! —murmuró Barney—. Perdóname un momento. Jens.

Se puso en pie y recorrió los cuatro metros que separaban la mesa del hombre del taburete. Barney apoyó una cadera en el taburete contiguo y clavó sus ojos en el otro, que giró el rostro hacia él.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Barney animadamente—. Le he visto muchas veces por aquí.

—¿Ah, sí? También yo le he visto a usted. —Los ojos del hombre, durante un segundo, mostraron una desacostumbrada cantidad de blanco, casi destellando en la penumbra del local.

—Claro —asintió Barney—. ¿No cree que ya es hora de llamar por teléfono a la mujer y los niños?

El blanco de los ojos del otro volvió a aparecer.

—¿Qué?

—He dicho —repitió Barney, hablando con suavidad pero aumentando ligeramente el volumen de su voz, que llegó al extremo de la barra donde estaba la camarera—, que ya empieza a ser hora de que llame a su mujer y los niños.

Sonrió ampliamente frente al rostro del otro.

—No tengo niños.

—Pues es hora de que llame a su mujer, ¿no cree? Allí sentada, sin niños, debe sentirse muy sola. Estará preocupándose por usted. ¿No empieza a ser hora de llamarla?

El individuo miró fijamente a Barney durante un largo instante.

—¿Qué es usted? —preguntó finalmente, casi susurrando, de forma que Jens apenas comprendió sus palabras—. ¿Una especie de detective privado?

—Los teléfonos están en el vestíbulo.

El hombre se levantó del taburete, dejando su bebida donde estaba, y salió apresuradamente por la puerta de cristal que conducía al vestíbulo. Barney volvió a la mesa y se sentó de nuevo frente a Jens. Las líneas de su cara parecían más profundas y su rostro más cuadrado.

—Ese desgraciado lleva más de dos semanas molestándola, desde antes del lanzamiento. Suponía que tendría el suficiente sentido común para dejarla en paz.

—¿Cómo sabías que está casado? —preguntó Jens.

—Reconozco a esos bastardos a más de un kilómetro.

Jens tomó el martini que le habían servido en lugar del escocés con soda que había pedido. Probó un sorbo, para dar tiempo a que Barney se calmara, y encontró que sabía mejor de lo que esperaba. Normalmente, no tenía afición a los martinis, pero había descubierto que una bebida poco atractiva puede dejar de serlo si se toma en compañía de alguien a quien le gusta.

—¿No estaría mejor en casa? —preguntó, refiriéndose a la camarera.

—Prefiere tener algo que hacer. Ya sabes como son estas cosas —contestó Barney.

—Así que alguien apuñaló a un conocido suyo, ¿no?

—Es verdad. ¿No te habías enterado? Hace unos diez días.

—Con todo este problema de Tad, no he tenido tiempo de leer los periódicos.

—Era una especie de vendedor, actualmente sin empleo. Lo encontraron en una especie de callejón detrás de un edificio de apartamentos. Imposible adivinar por qué acudió allí. Y Aletha, la camarera, no tiene muchas ganas de hablar del asunto. Es mejor así, supongo. De todas formas, lo mataron de una puñalada. Algún chiquillo, probablemente. El arma era un abrecartas de recuerdo del Centro Espacial. Todavía lo tenía clavado cuando encontraron el cuerpo. Alguien le afiló un poco la punta con una lima: por eso piensan que fue un chiquillo. Es muy difícil matar a una persona con una hoja de diez centímetros, por afilada que esté, con un solo golpe.

Seguramente el que lo hizo aún estará corriendo.

La mirada de Barney pasó de Jens al extremo de la barra donde Aletha seguía trabajando, con la cabeza inclinada.

—Olvídalo —aconsejó suavemente—. Sólo es un fragmento más del infierno de la vida. Creo que salían juntos, pero no sé qué significaba para ella. No te preocupes. —Miró nuevamente hacia Jens—. Me alegro de que podamos tomar unas copas juntos otra vez, viejo compañero.

—Si —asintió Jens, tomando otro sorbo de martini—. Yo también me alegro. Ya hace días que intentaba escaparme y hablar contigo un rato, pero con ese accidente de la Fénix Uno, me ha sido totalmente imposible.

—Venga, venga —respondió Barney—, lo que pasa es que tenías mejor compañía que la mía. Admítelo.

Jens rió.

—Te refieres a Lin, ¿verdad?

—¿A quién si no? Es una gran chica.

—Tienes razón. Barney. Mucha razón. Lo admito. Es mejor compañía que tú... y que nadie.

Barney le miró, frunciendo las cejas.

—Algún día tenías que acabar sentando cabeza.

Jens bajó la vista hacia su copa.

—Supongo que sí. Es lo más extraño que me ha sucedido nunca, Barney —explicó Jens, lentamente—. La conocí hace cuatro años, más o menos, cuando fui a Washington por primera vez para trabajar en la agencia de prensa. La encontré en una de esas fiestas que daban en la embajada de Suecia, y me gustó desde el primer momento. Sin embargo, no supuse que entre nosotros dos pudiera haber nunca nada permanente. Ella tiene un motor muy potente y tú ya me conoces. Todos dicen que nací con estrellas en los ojos y las seguiré teniendo siempre. Es cierto. Si no fuera el programa del espacio, sería cualquier otra cosa.

—Sería mejor que dimitieras y te dedicaras a escribir por tu cuenta —dijo Barney—. Ya te lo he dicho otras veces. Y más ahora, cuando salgas de este trabajo político que tienes. Tendrías que escribir buenos libros documentales. Se escriben montones, hoy en día, pero la mayor parte es basura.

—Es curioso. Lin dice lo mismo.

—Naturalmente. Porque es lo que más te conviene. Tienes olfato de periodista y sabes ir más allá de la anécdota inmediata —Barney le miró por encima de su martini—. Cásate con Lin e instálate en alguna parte. ¡Qué caramba! Al principio puede conservar su empleo y mantenerte mientras tú comienzas. Luego podrá retirarse y la mantienes tú entre lujos todo el resto de su vida.

Jens se rió.

—No sería capaz.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has probado alguna vez?

—Quiero decir que no podría pedir a Lin que me mantuviera. Además, ella no querría.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Barney—. ¿Se lo has preguntado alguna vez?

Jens rió de nuevo, pero esta vez con menos seguridad. Levantó la copa hasta sus labios y, para su sorpresa, la encontró vacía.

—Deja, ya me encargo yo —dijo Barney, poniéndose en pie—. Iré a buscar las bebidas a la barra. ¿Qué habías pedido antes? ¿Escocés con soda?

—Sí, por favor. No es que el martini estuviera tan mal, pero si sigo bebiéndolos toda la tarde, a la hora de la cena no me tendré en pie. No soy como tú.

—Muy pocos lo son —Barney llevó las copas vacías hacia la barra.

Al poco tiempo regresó con un nuevo martini y un whisky escocés que dejó frente a Jens.

—Este tipo de la barra parece que no piensa volver —comentó Jens señalando con la cabeza hacia el taburete vacío y la bebida a medio consumir.

—Puedes apostar a que no lo hace. Creyó que yo era una especie de detective privado. Seguro que a estas horas ya ha llamado a su mujer, que no debe estar acostumbrada a que lo haga. Ella se preguntará por qué ha telefoneado y eso le hará sentirse nervioso y culpable. No, no volverá... al menos por hoy. Pero, volviendo a lo de antes: ¿Vas a dejar que Lin te mantenga, asegurando así vuestra felicidad futura?

—Sabes que no puedo hacer eso. Barney —Jens sonrió—. Pero me gustaría llegar a un arreglo. Ya te he dicho que, la primera vez que nos vimos, no creí que ninguno de los dos fuera capaz de aguantar una dieta prolongada del otro. Pero, sabes, las cosas han cambiado desde el lanzamiento. No sé cómo ha sucedido, pero ahora parece que nuestros pensamientos sigan el mismo curso casi todo el tiempo. Es extraño.

—No tiene nada de extraño. Cuando la gente se roza durante el tiempo suficiente, se van acercando o se van separando. Tal vez fuera mejor decir que la gente se adapta mutuamente o, al contrario, descubre cuáles son sus diferencias. Eso me sucedió a mí cuando estuve casado. Wilma y yo descubrimos lo distintos que éramos uno de otro. No obstante, también he visto otras personas que descubrían hasta dónde llegaba su identificación. Parece que a Lin y a ti os sucede esto.

—Me gustaría creerlo —contestó Jens, despacio—. Supongo... en realidad, creo que es así. Hace cuatro días que marchó a Nueva York y tiene que volver de un momento a otro. De hecho, pensaba que volvería esta mañana temprano, porque ha vuelto a tomar una habitación aquí. Ya me comprendes. Barney, no me resulta fácil juzgar. Últimamente, parece que todo ocurre al mismo tiempo. Si las Fénix Uno y Dos consiguen regresar alguna vez, si las arreglan y vuelven a partir hacia Marte como debe ser, tal vez entonces pueda tomarme un descanso y reflexionar sobre nuestras relaciones.

—No esperes que esto suceda —advirtió Barney—. No lo verás nunca.

—No vayas tan deprisa —replicó Jens—. Lo único que se ha interrumpido ha

sido este intento, no la expedición. Volverán a partir dentro de seis meses, tan pronto como decidan una nueva fecha de lanzamiento.

—Por favor. Jens. Tú no puedes creer eso. ¿Qué me dices de la investigación? Ya sabes que fue anunciada ayer, en el boletín de noticias del mediodía.

Jens arrugó las cejas.

—No, no lo sabía, ¿Qué investigación? ¿Qué tiene que ver con el nuevo intento de expedición dentro de seis meses?

—Abre los ojos, hombre. Siempre ocurre lo mismo. Toma al mejor periodista del mundo, ponlo ante los focos y, de pronto, ya no es capaz de oír ni de pensar. ¿Cuál imaginas que puede ser el propósito de esta investigación? Se trata de una investigación para descubrir lo que sucedió a las naves espaciales a consecuencia de la tormenta solar.

—Ah, una investigación de ese tipo.

—No es una investigación *de ese tipo*, en absoluto. No les interesan las respuestas técnicas sobre tuercas y tornillos. Su propósito es enfriar la opinión pública de cara a un nuevo intento de expedición.

—¿Por qué piensas esto?

—Abre tus ojos y tus oídos, Jens. Es lógico, y, aunque no lo fuera, seis gobiernos juntos son incapaces de guardar un secreto. Es algo sabido en todo el mundo. Esta investigación echará la culpa del fracaso a los propios martenautas. Eso les quitará buena parte del brillo que ahora tienen, quitando brillo también a la posibilidad de un nuevo intento.

Los labios de Jens estaban rígidos y fríos.

—¡Barney! —exclamó—. ¡Estás loco!

—¡Un cuerno, loco! Si no estuvieras tan envuelto en tu diplomacia, te hubieras dado cuenta tú mismo. Fue un bonito juego, pero los políticos internacionales ya han perdido el interés. Ahora sólo quieren cobrar sus beneficios y dedicarse a otro asunto.

—Barney, Barney, te digo que estás loco. Estoy en el centro de la acción, con los demás delegados nacionales. Desde el momento en que recibieron la noticia del accidente de Tad, su reacción fue que la expedición debía proseguir costara lo que costara. Ni siquiera quisieron pensar en devolverle a la Tierra en una de las naves.

—Tal vez pensaban así entonces —admitió Barney—. Yo sólo te digo lo que sucede ahora. Desde donde yo lo veo, un cambio en la actitud de los delegados, de la postura que tú me cuentas ahora a la que dice el rumor actual, no es nada sorprendente. Esta expedición no es el tipo de juego que le gusta a un político, Jens. Tú deberías saberlo.

—Me parece que no te sigo.

—Quiero decir que una cosa como esta expedición a Marte pertenece a las personas como tú. Jens —explicó Barney—, los chalados con estrellas en los ojos, los condenados idealistas, la gente que aún cree en un futuro maravilloso. No tiene gran cosa que ver con personas como Verigin y Guenther y el resto de ellos, sin hablar de

los que quedan detrás de ellos, en sus gobiernos respectivos. Este tipo de gente puede sentirse atraído por una expedición a Marte durante un cierto tiempo, porque es algo de aspecto apetitoso y piensan que les va a gustar. Una vez lo han probado, sin embargo, se dan cuenta de que no es su alimento en absoluto. Su dieta favorita es la que puede volverse en beneficio propio en cualquier momento, lo que significa apuntar hoy hacia un lado y mañana hacia el otro. Ser idealista durante meses interminables representa demasiada tensión para un político.

—No puedo creerlo. Barney. Te digo que no lo creo.

Barney se encogió de hombros.

—Ve a hacer una llamada. Compruébalo tú mismo.

—Claro que lo haré, inmediatamente —respondió Jens. Apartó la bebida lejos de él—. Espérame aquí. Llamaré a Sir Geoffrey. Si hay algo de verdad en lo que acabas de decirme, él lo sabrá.

—Buena suerte.

En el vestíbulo, Jens encontró una cabina libre y marcó el número de la suite de Sir Geoffrey. Tras un segundo de retraso, la pantalla se iluminó con un rostro, pero no era el de Sir Geoffrey. Se trataba del oficial de día encargado de la seguridad.

—¿Sí? —comenzó el oficial de día—. Oh, señor Wylie. ¿En qué puedo serle útil, señor?

—Estaba llamando a Sir Geoffrey Mayence —explicó Jens—, pero no contesta nadie. ¿Tiene algún otro número donde pueda localizarle?

—Un momento, señor Wylie.

El oficial desapareció momentáneamente de la pantalla y regresó en seguida.

—Puede localizar a Sir Geoffrey en el 41-832-5909.

—Gracias —contestó Jens, extrayendo su lápiz eléctrico del bolsillo y anotando el número en una pantalla especial bajo el teléfono.

—Puedo conectarle a una línea exterior, señor —informó el oficial—. ¿Quiere que llame a Sir Geoffrey por usted, señor Wylie?

—Oh, sí. Muchas gracias.

La pantalla frente a Jens quedó en blanco. Esperó. Al cabo de medio minuto volvió a iluminarse de repente, mostrando el rostro de un joven sonriente, con una camisa blanca de cuello abierto.

—¿Señor? —preguntó el joven, con marcado acento español—. Sir Geoffrey estará en la línea para usted dentro de un momento.

—Gracias —contestó Jens.

Se produjo una nueva pausa hasta que las conocidas facciones de Sir Geoffrey llenaron la pantalla.

—¿Es usted, Wylie? ¿Qué sucede?

—Hola —saludó Jens. De pronto, se sintió un poco fuera de lugar—. Quería hacerle una pregunta, pero tal vez sea mejor que no lo diga por teléfono. ¿Cuándo podría hablar con usted?

—Yo estaré aquí todo el día —Sir Geoffrey se interrumpió y desvió la mirada hacia un lado de la pantalla—. ¿Qué dices, Clo ?

Volvió a mirar a Jens.

—¿Por qué no viene usted aquí? Estoy de visita en casa de la duquesa Stensla. Acaba de invitarle. Venga usted y hablaremos tan en privado como quiera.

—Bueno, gracias. Es muy amable de su parte. ¿Cuándo le parece bien que vaya?

—Ahora mismo, ¿por qué no? Es sólo un paseo de veinte minutos, hacia el extremo de la isla. Cuando salga del Holliday Inn gire a la izquierda y... ¡Oh, diablos! Dígale al oficial de día que le explique cómo se llega, o que le busque un conductor. Dígale que es la vieja mansión Kelly.

—Muy bien, así lo haré. Iré en seguida.

—Hasta pronto, entonces —se despidió Sir Geoffrey—. Adiós.

El oficial de día se encargó de conseguir un coche con chófer para Jens. Tal y como Sir Geoffrey había predicho, se trataba de un paseo de veinte minutos por una sinuosa carretera asfaltada que terminaba atravesando un macizo portal de piedra y un bosquecillo de naranjos. Un criado vestido de blanco, distinto del que le había hablado por teléfono, recibió a Jens a la puerta y le condujo a una sala, pequeña pero confortable, donde encontró a la duquesa con Sir Geoffrey.

—Oh, ya está usted aquí —exclamó Sir Geoffrey, poniéndose en pie cuando Jens entró en el cuarto—. Clothilde, el señor Jens Wylie es el subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio. Wylie, la duquesa Stensla.

—Geoffrey me llama siempre Clothilde: hágalo usted también. ¿Podemos ofrecerle alguna bebida, señor Wylie?

—Oh, me parece que no —contestó Jens.

—Vamos, hombre —intervino Sir Geoffrey—, Necesita tomar algo. Clo , oblígale a tomar algo.

—Bueno —accedió Jens—, quizás un escocés con soda.

—Yo también tomaré uno —anunció Sir Geoffrey—. ¿Podrían subirnos una botella, un sifón y algo de hielo, Clo ?

—Me encargaré de que lo hagan ahora mismo —respondió la duquesa, moviéndose hacia la puerta—, y os dejaré para que podáis hablar a solas.

—Por favor —rogó Jens—, no permita que interrumpa...

—Oh, tengo cosas que hacer —contestó la duquesa—. Usted y yo podemos hablar más tarde. Jens.

Salió de la habitación.

—Bueno —empezó Sir Geoffrey—. Tome asiento, tome asiento. ¿Qué asunto es ese de que quería usted hablarme?

—Un periodista de televisión, antiguo amigo mío, acaba de decirme que habrá una investigación para averiguar por qué se ha tenido que interrumpir la expedición.

—Sí. Lo anunciaron ayer, me parece.

—No lo sabía —prosiguió Jens, lentamente—. De todas formas, lo que ese periodista me dijo es que corría el rumor de que el propósito de la investigación era culpar a los martenautas de los accidentes y del fracaso de la expedición.

Las cejas grises y pobladas de Sir Geoffrey se frunció, formando una línea sobre sus ojos.

—Tan sólo me preguntaba si usted sabía algo al respecto.

—¿Saber? —ladró Sir Geoffrey—, ¿Saber? ¿Acaso piensa que esto es algo que se pone por escrito, como el Boletín Oficial, y se envía a todos los interesados?

—Quiero decir —explicó Jens—, ¿es cierto? ¿Es ese el verdadero objetivo de la investigación?

—Mire, Wylie. ¡Maldita sea! Un acontecimiento como la expedición no se desarrolla en el vacío, ya lo sabe. Hay muchas otras cosas, aquí en la Tierra, profundamente relacionadas con ella, en todos los países involucrados. Durante cierto tiempo, el viento sopló en una dirección. Ahora sopla en la otra, eso es todo.

—Entonces, es cierto.

—¿Cierto? ¿Quién puede decir qué es lo cierto? Ni su trabajo ni el mío tienen nada que ver con la verdad. Con lo único que tienen que ver es con lo que parece estar sucediendo en cada momento. Ayer era una cosa; hoy es otra totalmente distinta.

—¿Cuáles son sus sentimientos al respecto, entonces? —insistió Jens.

—¿Yo? No soy quien para tener opiniones propias —responde Sir Geoffrey—. Ninguno de nosotros lo es. Ni siquiera usted.

—No estoy de acuerdo —negó Jens. En su interior, se sentía extrañamente frío—. Tengo derecho a mi propia opinión.

Sir Geoffrey emitió un gruñido. En ese mismo instante, abrió la puerta y penetró uno de los criados con una bandeja que contenía una botella de White Horse, dos botellas grandes de soda y un par de vasos altos.

—¿Aquí, señor? —preguntó el sirviente, aproximándose a una mesita de café cercana a ellos.

—Sí, sí. Gracias —contestó Sir Geoffrey.

El criado dejó la bandeja, tomó la botella y comenzó a destaparla.

—No se preocupe —indicó Sir Geoffrey—. Nos serviremos nosotros mismos.

—Sí, señor.

El criado desapareció.

Mientras el hombre se retiraba. Sir Geoffrey se puso en pie, abrió la botella y llenó los dos vasos hasta un tercio de su capacidad. Luego vaciló un instante.

—¡Maldita sea! Como yo no pongo hielo en el whisky, he olvidado pedir para usted.

—No importa —respondió Jens, mirando con preocupación el nivel del licor en los vasos—, me gusta con mucha soda, de todas formas.

—Ah, muy bien —dijo Sir Geoffrey, vertiendo una pequeña cantidad de soda en su vaso—. Quizá prefiera preparárselo usted, en ese caso.

Jens terminó de llenar el vaso con soda.

—Esos hombres —prosiguió—, intentaron hacer lo imposible, bajo condiciones deliberadamente imposibles. Ahora, crucificar los después de su fracaso...

Le dolía la garganta.

—No puedo creerlo —terminó—. Por lo demás, tampoco puedo creer que los gobiernos participantes cambien tan radicalmente de actitud.

—Eso se debe a que usted es tan sólo un maldito aficionado —murmuró Sir Geoffrey, extendiendo sus largas piernas—. Creo que ya le había dicho algo de esto en otra ocasión. Maldita sea... Usted, yo, todos los que son como nosotros, pendemos al extremo de una cuerda. Bailamos al son que nos tocan, y si eso significa cambiar totalmente de opinión dos veces al día, pues cambiamos totalmente de opinión dos veces al día.

—No me refiero a nosotros —explicó Jens—. Lo que me afecta es que puedan cambiar totalmente de opinión respecto a algo que el mundo necesita desesperadamente. ¿Qué anda mal en Rusia, en Paneuropa y en el resto de países que no ven lo que están arrojando por la ventana si acaban con las posibilidades de que esta expedición llegue a realizarse algún día?

—¿Y qué me dice de su propio gobierno? —ladró Sir Geoffrey sobre el borde de su vaso—. No es que estén tan dispuestos a dar el asunto por terminado como cualquier otro: en realidad, fueron ellos los que insistieron en comenzar esta investigación.

Jens se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho —repitió Sir Geoffrey—, que fue su gobierno el primer interesado en proceder a esta investigación. Si estaba buscando al que arrojó la primera piedra sobre los martenautas, ya lo ha encontrado.

—No serían capaces de hacer una cosa así.

—¡Por supuesto que lo han hecho! Es decir —matizó Sir Geoffrey—, no lo han hecho todavía. Es lo que van a hacer. Tiene que haber una explicación: cuando un gran espectáculo como éste se viene abajo, tiene que haber alguien que dé la cara. ¡Oh!, no me refiero a consejos de guerra ni a ninguna otra estupidez por el estilo. Simplemente, la investigación demostrará que los martenautas fueron la causa inmediata de que la expedición fuera mal. Nadie piensa hacerles nada, por supuesto. Quedará bien claro que se hallaban bajo una gran tensión, agotados y todo eso. Pero el resultado final será que quedarán como simples seres humanos, después de todo. Ya no serán los superhéroes que el público ha visto hasta ahora, y, al mismo tiempo, también se hablará de lo que ha costado todo el asunto, de las pérdidas, los gastos y todo lo demás.

—¡Pero una cosa de este tipo puede retrasar todo el esfuerzo espacial en más de cincuenta años!

—Bueno, así son las cosas —contemporizó Sir Geoffrey—. Creo que hay un

refrán que dice que no puede hacerse una tortilla sin romper los huevos.

—No pueden hacer algo así impunemente —persistió Jens. Sin pensarlo, tomó un gran sorbo de su vaso y se atragantó con el líquido, aunque logró engullirlo sin toser—. Los registros demostrarán que todo lo ocurrido se debió a que los martenautes estaban totalmente exhaustos, intentando cumplir un programa de trabajo exagerado. Y el hecho de que el programa fuera excesivo es responsabilidad directa de los gobiernos que los enviaron allí fuera.

—Ah, sí —concedió Sir Geoffrey—. Pero, ¿quién se encargará de destacar ese aspecto concreto de los registros? Oh, si alguien apareciera públicamente y acusara a los martenautes de no realizar correctamente su tarea, quizá la gente se detuviera a estudiar las pruebas: pero no será nada por el estilo. Además...

Sir Geoffrey se detuvo y echó una mirada a Jens.

—Además —prosiguió—, el proceso no será tan cruel como usted se figura. Apenas una sugerencia aquí y otra allí, de modo que el público, decepcionado por el fracaso de la expedición, crea que los motivos del mismo son imputables a los martenautes, aunque sigan lamentándolo por ellos a nivel personal.

—Entonces, es necesario que alguien les explique la verdad —decidió Jens, salvajemente—. Tienen que saberlo, aunque deba contárselo yo mismo.

—¿Usted? No diga tonterías. Le meterían en la cárcel en menos de dos segundos. Jens se sumió en un silencio amargo.

—Tome su bebida —aconsejó Sir Geoffrey—. Ya le dije que era un aficionado. Esto lo demuestra. No es culpa suya, por supuesto, pero no debería estar permitido que la gente como usted se acercara a menos de cinco kilómetros de cualquier cosa en que interviniera el gobierno. Los gobiernos son parte de una maquinaria. Wylie. No sirve de nada esperar que sean amables, o considerados, ni siquiera que demuestren mucho sentido común en las cuestiones ordinarias. Pero son necesarios. Si no existieran, todo el mundo podría decidir lo que es mejor para él y, entonces, ¿dónde iríamos a parar? Y puesto que son necesarios, hemos de aprender a soportarlos. Eso es lo que debe hacer usted.

—Tal vez —respondió Jens.

—Ya empieza otra vez —refunfuñó Sir Geoffrey—. Lo próximo que me dirá es que piensa organizar la revolución social. Hágalo, a ver si lo arregla todo. Porque no sería así, aunque lo hiciera. Y no lo hará porque tiene demasiado sentido común.

—Es necesario hacer algo —insistió Jens, inexorablemente— para salvar la carrera espacial. Ha estado casi olvidada durante veinte años. Luego, los gobiernos descubrieron la evidencia de que la exploración del espacio podría proporcionar energía, poder y riqueza, y entonces todo cambió de repente. Por primera vez en mucho tiempo, tuvimos una oportunidad, y de ella surgió esta expedición a Marte, que es necesariamente el próximo paso, aunque no prometa energía, poder ni riqueza a corto plazo. Y, ahora, debe irse todo por el sumidero simplemente porque algunos gobiernos no quieren ser molestados, y para evitarlo son capaces de convertir en

chivos expiatorios a los mejores hombres de que disponían para mandar al espacio.

Jens clavó su mirada en la de Sir Geoffrey. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Bajo las pobladas y revueltas cejas grises de Sir Geoffrey. Jens creyó sorprender algo en su mirada que casi le sobresaltó: un destello fugitivo, una especie de excitación ávida que hubiera podido detectarse en los ojos de Don Quijote de la Mancha a la vista de un molino de viento, o en los de Alejandro de Macedonia cuando volvía la mirada al oriente, hacia Persia. En seguida, sin embargo, se desvaneció el brillo. El viejo político seguía tan helado como siempre.

—Por fin lo ha comprendido —contestó secamente—. ¡Ya era hora!

MIENTRAS JENS CONDUCCIÓN de regreso de la antigua finca Kelly. Lin acababa de ser recibida por Penny Welles en el aeropuerto de Orlando.

—Te agradezco mucho que hayas venido a buscarme —explicó Lin—. Hubiera tenido que tomar un taxi, o...

—Al contrario, me agrada hacerlo —contestó Penny—. Al menos, me da algo que hacer. La espera es bastante tensa.

Penny se sumó hábilmente al tránsito de la autopista, escogió su carril y conectó el piloto automático del vehículo. Luego, se volvió hacia Lin.

—¿Algún problema, en Nueva York? —preguntó Penny.

—No —respondió Lin—. No.

Dirigió la vista hacia adelante, más allá del parabrisas, y sacudió la cabeza.

—En realidad, no tenía por qué ir. Pero quería estar a solas un día o dos.

Penny no dijo nada más, y Lin le agradeció mentalmente su silencio. Dos de las mejores cosas de Penny eran su paciencia y su rechazo a inmiscuirse en los asuntos de los demás. Se deslizaron por la autopista durante varios minutos sin romper el silencio, que contribuyó a que Lin se tranquilizara. El torbellino que anidaba en su interior comenzó a apaciguarse.

—Ya sabes —comenzó Lin, por fin, sin dejar de contemplar la carretera—, siempre me ha costado ganar amigos. Nunca sentí que me había enamorado de nadie hasta que conocí a Jens.

—Igual que yo —asintió Penny—, Bueno, quiero decir que tampoco tenía muchos amigos en el colegio, y nunca creí que tendría relaciones con un hombre hasta que apareció Dirk. Me parecía imposible.

—¿Es distinto, ahora?

Penny rió.

—Ahora es absolutamente al contrario con respecto a todo. Pero cuando iba al colegio no te hubiera caído bien. Era una de esas que se quedan sentadas en un rincón y todo el mundo piensa que son demasiado orgullosas para hacer amigos, cuando en realidad es que no sabía cómo relacionarme.

—Tampoco yo te hubiera caído bien a ti. No tenía ninguna amiga, porque estaba demasiado atareada empujándolas a todas.

—Entonces —prosiguió Penny—, las dos hemos cambiado mucho.

—Sí —admitió Lin, sin añadir nada más.

Continuaron un rato más sin decir nada.

—¿Te molesta que te haga preguntas? —dijo Penny, finalmente.

—Oh, ahora las cosas son muy distintas —estalló Lin. Seguía mirando hacia delante, y la fuerza de su propia voz al resonar en el limitado interior del coche la sorprendió a ella misma—. Resulta que todo es al revés de como yo pensaba. Creía

que comprendía perfectamente a Jens. No era práctico en absoluto. Las cosas que le interesaban no eran reales, carecían de importancia. Yo era la que estaba en contacto con la realidad. Yo tenía los pies bien anclados a tierra y sabía distinguir lo que tenía importancia y lo que no.

Se detuvo.

—¿Y ahora? —interrogó Penny, al cabo de un segundo.

—Ahora resulta que todo es al revés —añadió Lin. De pronto se dio cuenta de que tenía ambas manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo, y se propuso relajarse—. De pronto, todo es distinto. Las cosas que yo pensaba que eran importantes, no lo son en absoluto. Las tonterías que llenaban la cabeza de Jens, en cambio, ahora son lo más importante del mundo, lo único verdadero.

Se volvió para mirar hacia Penny.

—Por eso tuve que irme unos días. Me he quedado sin terreno bajo los pies. El blanco es negro. El negro es blanco. ¿Es posible que estuviera tan equivocada? ¿He pasado toda mi vida en el error?

—No lo sé —contestó Penny, pensativa. Ahora era ella quién miraba a través del parabrisas—. No, no creo que estuviera.—equivocada. Yo sé que no lo estaba. Simplemente, después de conocer a Dirk el mundo me pareció como si se ensanchara, al ensancharse, el valor de todas las cosas sufrió un reajuste. Así, algo que antes era, por decirlo así, caro, dejó de serlo en lo sucesivo, y algo que jamás había pensado que tuviera ningún valor resultó precioso, y... bueno, ya comprendes.

—Pero ahora pienso que tiene razón Jens. Sé que tiene razón Todas esas estrellas, todos esos dragones en los que él cree... son las cosas más reales que existen. Y el empleo, el sueldo, el éxito, la seguridad, el dejar tu impronta en el mundo, todo eso aún continúa... pero no es tan importante como los ideales y los sueños. ¿Cómo se puede vivir de esta forma. Penny? Si esto es lo que importa, y se basa en rayos de luna y aire fino, ¿dónde puedes aferrarte? ¿Cómo puedes echar unos cimientos y levantar cuatro paredes y un techo sobre ellas para protegerte del mal tiempo, cuando estás flotando entre nubes. Penny?

—No lo sé. De la manera en que lo expresas, no sé qué contestarte. Pero tú sí, tú lo sabes, y, además, estas preocupaciones son totalmente gratuitas, porque si no estuvieras ya enganchada no estarías aquí ahora. Hubieras cortado las amarras hace mucho tiempo. Las amarras con Jens, quiero decir.

—Sí —admitió Lin en voz baja. Ante ellas, el doble carril de la autopista proseguía perfectamente recto y horizontal, sin la menor alteración, hasta perderse de vista.

—Entonces —prosiguió Penny—, lo que en realidad me estás diciendo es que ya has tomado una decisión.

Lentamente, todavía mirando la carretera eterna. Lin se dio cuenta de que estaba asintiendo.

De vuelta en el hotel. Jens se apartó de su camino a través del vestíbulo para echar una ojeada al salón bar. Estaba casi completamente vacío. Jens había esperado encontrar a Barney todavía allí, pues quería hablar con él. Necesitaba hablar con alguien. Pero Barney se había ido. Había cuatro o cinco personas, nada más, ninguna de las cuales le resultaba conocida. Además, la camarera estaba muy atareada. Cerró la puerta de cristal. Había dejado la llave de su suite en recepción, de modo que se acercó al empleado y la pidió.

—Aquí está, señor —dijo el recepcionista. Se volvió para tomar una hoja de papel del casillero que había a sus espaldas y se volvió de nuevo para entregársela a Jens—. Acaban de dejar este mensaje para usted.

Jens tomó el papel. Era una hoja corriente para mensajes, con el membrete del hotel, y tenía escritas las palabras: *Acabo de llegar. Estoy en la 219. Lin.*

Jens guardó su propia llave en el bolsillo y, con el papel aún en la mano, se dirigió a los ascensores. Subió al segundo piso, encontró un letrero que indicaba que la habitación 219 quedaba hacia la derecha y recorrió el pasillo en esa dirección.

Llamó con los nudillos y Lin abrió la puerta casi inmediatamente. Jens tendió sus brazos hacia ella.

—¿Qué sucede? —preguntó, después del primer beso, separándose ligeramente de él—. Parece como si te hubiera pisado un elefante.

—Van a abrir una investigación —explicó Jens—. Quieren echar toda la culpa del fracaso a los martenautas.

Ella le miraba fijamente.

—Vamos, Jens —dijo, tirando de él hacia el interior del cuarto y cerrando luego la puerta—. Siéntate y cuéntamelo todo.

Le condujo hacia una de las dos butacas que había en la habitación, le hizo sentar allí y se sentó luego ella en la otra.

—¿Cuándo te has enterado? ¿Qué sucede, exactamente?

Jens le explicó lo que sabía, comenzando por su conversación con Barney y terminando con la advertencia de Sir Geoffrey de que no comenzara ninguna revolución.

—No lo harás, ¿verdad? —quiso saber Lin, cuando hubo terminado.

—No lo sé —contestó, cansadamente—. He de hacer algo.

—¿Hablar con el Presidente, por ejemplo?

Jens rió, agitando la cabeza.

—Mis opiniones no les interesan para nada. Me lo han hecho saber claramente, no sólo cuando empecé, sino media docena de veces desde entonces.

—Bueno, entonces Sir Geoffrey tiene razón —decidió—. Será mejor que te lo tomes con calma y admitas el hecho de que tú...

—¡Te digo que he de hacer algo!

La cólera contenida en su propia voz le sorprendió desagradablemente.

—Si no puedes, no puedes. Jens.

Apenas oyó este comentario. Su mente se ocupaba del problema tan concienzudamente como una rata que roe su camino de escape de una jaula.

—He de decir a todos que se fijen en los registros. Si se dan cuenta del programa que tenían, nadie podrá echar la culpa de nada a los martenautas.

Rió entre dientes, con algo de ironía.

—Quizá debería pagar un anuncio de una página en el diario.

—Jens —intervino Lin, sin que su voz se alterase—, exactamente, ¿qué represalias pueden tomar contra ti si haces una declaración pública sobre este asunto?

—Ese era el principal argumento de Sir Geoffrey —respondió él con un tono burlón—. Únicamente que él se preguntaba lo que no me harían.

—Estoy hablando en serio.

—Bueno, cuando obtuve este cargo tuve que firmar un juramento de lealtad que me ata de pies y manos. Si no lo cumplo, pueden multarme y encarcelarme. Bastante tiempo, además, si hago algo que pueda considerarse traición, o si actúo contra las órdenes de mi superior, que en este caso resulta ser el Presidente de los Estados Unidos.

—¿Te han ordenado que no hagas ninguna declaración pública?

—No me han autorizado a que haga ninguna. Todo lo que no está autorizado está prohibido. Lin, ¿qué importa eso? No me preocupa lo que puedan hacerme, lo que me preocupa es lo que debo hacer yo.

—Lo primero que debes hacer es ver si servirá de algo. Si no ha de servir para nada, entonces no tiene sentido pasarse años y años en la cárcel.

—Oh, claro que servirá de algo. El mismo hecho de que tal vez pueda resultar útil ya hace que valga la pena.

Jens dejó de hablar y permaneció unos segundos sentado sin añadir nada. Luego, volvió a mirar hacia Lin.

—No sé por qué estoy divagando de esta manera. Sé muy bien lo que debo hacer. Lo supe desde el mismo instante en que dije a Sir Geoffrey que debía hacer algo. Convocaré una rueda de prensa y les contaré la verdad a los periodistas, sencillamente. Después de esto, no podrán mantener oculta la información.

De repente, mirando verdaderamente a Lin por primera vez desde que había entrado en su habitación. Jens se dio cuenta de lo pálida que estaba.

—Muy bien, Fénix Uno —informó el control de la expedición—. Creo que tenemos buenas noticias para vosotros.

Tad despertó sobresaltado, regresando de un sueño extraño y delirante cuyos detalles se desvanecieron cuando intentó recordarlos.

—Que... —comenzó a decir, pero la palabra apenas le salió como un gruñido. Intentó aclararse la garganta, pero no pudo lograrlo. Una mano le ofreció un vaso de agua, y lo tomó agradecido. Vio que había sido Anoshi, de pie junto a él. Siempre

había uno de los demás junto a él, cuando se hallaba ante la consola.

El agua suavizó su garganta, permitiéndole hablar en voz alta.

—¿Qué día es hoy? ¿Cuántos saltos llevamos?

—Es el décimo día. Vamos a realizar el séptimo salto.

—¿Habéis oído, Fénix Uno? —insistió el control. La voz les llegaba por radio desde la Fénix Dos, ahora lejana, y la estática crepitaba constantemente—. Tenemos buenas noticias para vosotros, después de todo.

—Os recibo muy bien —informó Tad, de cara al micrófono—. ¿De qué se trata?

—Bueno, en primer lugar, ya debéis estar bastante cerca. Estamos empezando a captar vuestra señal de radio. Todavía no se entiende nada, pero recibimos la señal. Pronto podremos hablar directamente: sólo nos falta determinar con exactitud vuestra orientación. —Tras una pausa, el control prosiguió—: Eso en primer lugar. En segundo lugar, creemos haber calculado la desviación de vuestro motor direccional, y la corregiremos en el próximo salto. Si hemos calculado bien, bastará con uno, tal vez dos más, y estaréis de nuevo en casa.

Tad asintió. No se le ocurrió ninguna contestación hasta que Anoshi se acercó al micrófono.

—Eso es magnífico, control de expedición. Sois maravillosos.

—Gracias Fénix Uno. Aplicaos vosotros el cumplido. ¿Quién está al habla?

—Soy Anoshi. Tad tenía un nudo en la garganta y no podía contestar.

—Ya estoy bien, ahora —anunció Tad—. Entonces, ¿tenéis los datos para el nuevo impulso?

—Así es. Tenemos también los de la Fénix Dos. Esta vez vas a conseguirlo, Fénix Dos, ¿no es cierto?

Se produjo una pausa perceptible antes de que las ondas de la radio llevaran la respuesta de Fedya al altavoz de la Fénix Uno. La voz de Fedya, al igual que la del control, quedaba oscurecida por la distancia y la estática.

—¿Es mi última oportunidad?

—La última o, en todo caso, la penúltima, Fénix Dos.

—Entonces no os preocupéis. Esta vez daré el salto.

—De acuerdo, entonces. Fénix Uno y Fénix Dos. Aquí están vuestros datos.

Jens, Lin. Barney y Sir Geoffrey estaban reunidos en la habitación de Lin en el Holliday Inn.

—Estás loco, Jens —decía Barney—. Ya es una locura que se te haya podido ocurrir algo así. Dígaselo usted. Sir Geoffrey.

—Completamente loco —asintió Sir Geoffrey—. Demente.

—No hace falta que insistáis. No lograréis convencerme. Además, tampoco os he llamado para eso. Te pedí. Barney que corriera la voz de que daré una rueda de prensa en la Sala Tudor, en la planta baja, a las tres de la tarde...

—Eso he hecho. Excepto anunciarlo en el aire, y tú me dijiste que no lo hiciera.

—... pero también quería que hubiera, al menos, un representante de la prensa con quien pudiera contar para que transmita lo que voy a decir en la forma que quiero decirlo. Igual que contaba con usted —Jens se volvió hacia Sir Geoffrey—, para que lo hiciera llegar a los medios diplomáticos.

—No veo ningún mal en hacerlo —accedió Sir Geoffrey. Sin embargo, en su voz había una nota casi melancólica. Por un segundo, Jens creyó que sus ojos brillaban de nuevo con la misma excitación que habían mostrado brevemente durante su entrevista en la mansión Kelly—. Si yo fuera más joven... pero, naturalmente, no lo soy. No lo soy.

—Entonces, todo está claro. Quiero ver tantos periodistas como sea posible. Pero no puedo arriesgarme a ser detenido, y bastaría con una llamada oficial a Gervais, del destacamento de las Fuerzas Aéreas, para hacerme callar antes de abrir la boca.

—No te preocupes —le tranquilizó Barney—. Las ruedas oficiales giran despacio, aunque sepan lo que está sucediendo, y apuesto lo que quieras a que ninguna persona realmente de temer ha oído nada todavía. Sabes tan bien como yo lo que hace un periodista cuando se entera de alguna noticia. Tal vez avise a uno o dos amigos del oficio, pero no empieza a gritar hasta que no tiene la historia.

—Esperémoslo —murmuró Lin.

—Sea como fuere —intervino Jens, mirándola un instante y volviendo luego la vista a Barney—, ahora voy a necesitar un abogado.

—Paula Anisha es el abogado que te hace falta —indicó Barney—. ¿Estás al corriente de las cuotas de la Asociación?

—Naturalmente.

—Entonces, aplázalo todo hasta que llegue Paula Anisha o alguien de su equipo. Apuesto que podemos tener uno de ellos aquí antes de cuatro horas. Vas a necesitar todo el respaldo que puedas conseguir, y la Asociación de Trabajadores de la Prensa...

—... tiene fuerza, pero no tanta como el gobierno de los Estados Unidos —terminó Jens la frase—. No, gracias, Barney. No me atrevo a esperar. Seguramente conoces a algún abogado local.

—Como quieras.

Barney se acercó al teléfono y comenzó a marcar un número.

—Soy Barney Winstrom —informó a la sonriente mujer que atendió la llamada—. ¿Está Tom por ahí?

Poco antes de las tres de la tarde, hora señalada para la conferencia de prensa, Jens, Lin, Sir Geoffrey y Tom Haley, el abogado con quien Barney había hablado, un joven alto, musculoso, animado, con el pelo cortado a cepillo, llegaron a la Sala Tudor, uno de los salones de actos del Holliday Inn. Barney ya se encontraba allí, sentado hacia el centro de la primera fila de sillas. Los otros cuatro bordearon la habitación hasta llegar a la plataforma del extremo, con una gran mesa cubierta de micrófonos. Las

filas de sillas plegables que llenaban el resto de la sala estaban ocupadas por escasas personas dispersas, pero iban llegando más cada vez.

—Bueno, bueno —exclamó Tom Haley, contemplando a los periodistas—. No hay mucho público para ver cómo un hombre solo acusa a los principales gobiernos del mundo. ¿Estás seguro de que me necesitas, Jens? Hubiera podido quedarme en mi oficina, donde me espera un montón de trabajo atrasado.

—Tal vez no vengan muchos, pero los que hay aquí tienen el oído muy fino, y sus periódicos, o emisoras, o cadenas de televisión, tienen la boca muy grande. Puedes estar seguro de que te necesitaré.

Se aproximó al centro de la mesa.

—¿No quieres esperar? Ahora está entrando mucha gente.

—Sí, puede que tengas razón. —Apenas terminar estas palabras, Jens comenzó bruscamente a caminar hacia la silla del centro de la mesa—. No. Fíjate en esa mujer de pelo gris que se acerca al estrado. Es la directora de día del Holliday Inn, Tom, procura entretenerla todo el tiempo que puedas.

—No, no. Quédese con él, Haley, y también usted, señorita West —intervino Sir Geoffrey. Esta vez, el tono excitado de su voz resultaba inconfundible—. Usted puede ser necesario aquí. Yo me encargaré de la directora. No se preocupen, que no llegará hasta aquí.

Sin esperar el asentimiento de los demás, dio media vuelta y se dirigió al extremo de la plataforma por donde se acercaba la mujer. Jens tomó asiento a la mesa, golpeó ligeramente el micrófono que había ante él para asegurarse de que estaba conectado y comenzó a hablar.

—Lamento empezar cuando todavía no ha llegado todo el mundo, pero el tiempo de que dispongo puede ser limitado. Como la mayoría de ustedes sabe, soy Jens Wylie, subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio y antiguo periodista.

Por el rabillo del ojo vio que la directora del hotel había llegado al borde del estrado, donde la imponente mole de Sir Geoffrey le negaba rotundamente el paso.

—De todos modos, lo que voy a decir ahora no tomará mucho tiempo —prosiguió—, porque no voy a suministrarles información, sino a ponerles en la pista para que la encuentren ustedes mismos. Como saben, las dos naves de la expedición a Marte han resultado dañadas por una erupción solar. En estos momentos, el control de la expedición está intentando lograr que ambas naves regresen a la órbita de la Tierra. Por otra parte. Tad Hansard, uno de los martonautas, sufrió contaminación radiactiva en el curso de la erupción. Seguramente, tampoco ignoran que muy pronto se abrirá una investigación destinada a esclarecer los factores que ocasionaron el fracaso de este intento de expedición.

La directora seguía en el mismo lugar de antes, contenida por Sir Geoffrey, pero ahora había a su lado un hombre robusto, de edad madura, que vestía el uniforme de guardia de seguridad del hotel.

—Puede que se alce alguna voz para sugerir que la culpa del fracaso es imputable a los martenautas —comentó Jens, rápidamente—. En este sentido, quiero sugerirles que investiguen la siguiente cadena de acontecimientos: el público de las distintas naciones y grupos de naciones compitió para lograr que se dedicara la mayor parte posible del tiempo y esfuerzos de los martenautas a sus propios experimentos y pruebas científicas. Como resultado de esta presión, el programa experimental que se adjudicó a los astronautas estaba excesivamente cargado para ser realizado en el tiempo disponible. Los martenautas intentaron enfrentarse con una cantidad imposible de trabajo, lo que les provocó fatigas y tensiones que ocasionaron errores de juicio, culminando con el accidente de Tad Hansard y el mal funcionamiento de los dos vehículos.

El guardia uniformado trató de rodear a Sir Geoffrey.

—¡Deténgase! —rugió Sir Geoffrey, en voz suficientemente alta para ser captada por los micrófonos y oída en toda la sala. Algunas cabezas se volvieron a mirar.

—La información necesaria para comprobar esto se encuentra ya en su poder, y en poder del público al que informan. Les invito a que repasen los programas individuales de los martenautas y decidan si el trabajo que se esperaba de ellos podía ser cumplido razonablemente dentro del tiempo disponible, a menos que todas las actividades estuvieran milagrosamente libres del menor retraso o pérdida de tiempo. Les pido que examinen los informes emitidos hasta el momento sobre la situación a bordo de las Fénix Uno y Dos y decidan ustedes mismos, y sus lectores, si hay que atribuir el fracaso a los martenautas o a las deficiencias del programa. Y ahora... —dijo Jens apresuradamente, echando la silla hacia atrás mientras se ponía en pie— ... debo irme.

—¡Un instante, por favor! ¡Sólo una pregunta! —pidió una voz.

Se sumaron otras voces, todas solicitando una respuesta, Jens las ignoró, abandonando rápidamente el estrado por una breve escalera en un extremo, en el mismo momento en que la directora lograba escabullirse de Sir Geoffrey y subía por el lado opuesto. Jens atravesó la sala corriendo y escapó por la puerta de entrada.

Para su sorpresa, no lo habían detenido. Deteniéndose a mirar desde la puerta, vio que Sir Geoffrey había seguido a la directora y ambos estaban en la plataforma, rodeados por una multitud de periodistas aparentemente ávidos de conocer sus opiniones. Lin y Tom, a quienes nadie prestaba atención, se acercaban a la salida por el pasillo central.

Jens volvió a cerrar la puerta y esperó. Tras uno o dos segundos, aparecieron Lin y Tom.

—Vale más que se mueva mientras puede —advirtió Tom.

Salieron en busca del automóvil de Tom, aparcado frente al hotel.

—¿Adónde vamos? —preguntó el abogado, una vez sumados al tránsito de la calle.

—Volvamos a mi habitación a pensar qué hacemos —propuso Lin. Se volvió

hacia Jens—. Hubiéramos debido pensar en el siguiente movimiento antes de que salieras a hablar.

Jens, sin embargo, se sentía extremadamente feliz.

—No importa —respondió—. Tarde o temprano darán conmigo. Pero, de momento, puedo disfrutar la vida.

—Será mejor que salgas de la circulación —aconsejó Lin.

—No es mal consejo —admitió Tom. Su coche era el mayor modelo de automóvil a cojín de aire que se fabricaba para uso particular, y lo conducía por entre el tráfico con destreza automática—. Hasta ahora, no se te ha acercado nadie con autoridad para detenerte, pero cuando finalmente llegue, todo lo que Lin y yo podremos hacer será aconsejarte que lo sigas sin oponer resistencia.

Finalmente, llegaron al Holliday Inn. Cuando llegaron frente a la puerta de la habitación de Lin, el teléfono estaba sonando en el interior. Lin abrió y corrió hacia el aparato.

Jens y el abogado la siguieron, oyendo cómo hablaba con alguien.

—Sí, inmediatamente —decía Lin. Cortó la comunicación y se volvió hacia ellos—. Era Penny Welles. Está en el control de la expedición y dice que por fin han calculado la desviación de la Fénix Uno. El último impulso mandó la nave justo donde estaba previsto. Un impulso más y estarán aquí. Además, ahora ya pueden hablar por radio directamente, sin pasar por el LCO de la Fénix Dos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Jens.

—Dice que si queremos ir allí puede conseguir que entremos a la sala de observación. Allí estarás más seguro, al menos de momento, que en mi habitación. La llamé cuando estabas en el baño, justo antes de bajar a la conferencia de prensa.

—De acuerdo —Jens se interrumpió, mirando hacia Tom Haley—. Tú no podrás entrar con nosotros. Espera, si quieres te dejaré mi pase de prensa, por si sirve de algo.

—No hará falta —explicó Lin—. Tengo un pase de prensa para nuestro coche y sus ocupantes. A no ser que le detengan en el interior del edificio de control de vuelo, no habrá problema.

—¿Quieres venir? —preguntó Jens al abogado.

—Me gusta estar donde suceden las cosas —dijo Tom—. Además, tan pronto se sepa que estás allí, vendrá alguien a buscarte en seguida. Me quedaré contigo mientras sea posible.

—Excelente —aprobó Jens.

Tomaron el automóvil que Lin había alquilado. Las carreteras que llevaban al Cabo estaban casi desiertas, bajo la brillante luz de media tarde. Como Lin había supuesto, el guardia de la entrada no puso reparos a la presencia de Tom, y aparcaron en la zona adyacente al edificio de control de vuelo. En el interior, en la planta principal, pasaron apresuradamente junto a otro guardia que estaba ocupado hablando por teléfono y no advirtió su presencia.

El ascensor les llevó hasta el piso donde estaba instalada la sala de control de la expedición. Sin embargo, había un tercer guardia frente a la puerta, y éste si detuvo a Tom, —intentaré que alguien llame a seguridad para responder por usted —prometió Jens. Lin y él penetraron en la acristalada sala de observación, al extremo del suelo inclinado cubierto de hileras de consolas. La sala estaba casi atestada con miembros de las familias de los martenautas y otros observadores. Penny estaba en la parte delantera, y no intentaron llegar a ella. Wendy Hansard estaba sentada frente a una de las consolas, como si acabara de hablar con Tad. Un altavoz instalado en la sala de observación resonaba con la voz de Tad, sobre un ligero fondo de estática.

—... dadme un control de tiempo.

Su voz era lenta, espesa y ronca, como la de un hombre drogado o que acababa de despertar.

—Ahora faltan cuatro minutos, treinta y siete segundos para el salto —respondió una voz del control—. Cuatro treinta y seis, cuatro treinta y cinco, cuatro treinta y cuatro...

—Registrado —informó Tad—. Muy bien, de acuerdo. Nuestros tiempos coinciden. Desde aquí os veo claramente como un disco.

—Nos alegra oírlo. ¿Todo ajustado según los datos del salto final?

—Todo ajustado. Aquí está todo listo. No hacemos más que esperar —explicó Tad, lentamente.

—Fénix Dos, ¿qué hay contigo? —preguntó el control de expedición. El ligero sonido de la estática desapareció, pero no se produjo ninguna respuesta—. Fénix Dos. Adelante. Fénix Dos. No te recibimos.

Se produjo un débil murmullo que fue ganando intensidad hasta sonar claro y fuerte, sin ninguna estática que desfigurará la voz.

—... que el LCO de a bordo está funcionando erráticamente. A veces funciona y a veces desaparece la emisión —decía Fedya—. ¿Podéis recibirme ahora? ¿Me estáis recibiendo?

—Correcto. Ahora te estamos recibiendo. Fénix Dos. Recepción clara y fuerte. Te oímos durante unos minutos y, de repente, desapareciste. ¿Te sucede a ti lo mismo con nuestros mensajes o con los de la Fénix Uno?

—No. Os recibo muy bien. También recibo a la Fénix Uno a través vuestro: ahora hay demasiada estática para oír a Tad directamente por radio. Si vuelvo a perder contacto, decídmelo en seguida.

—¿Listo para el impulso, Fénix Dos? ¿Tienes todas las cifras?

—Tengo las cifras. Gracias, control.

—¿Crees que podrás saltar esta vez?

Se produjo un movimiento junto a Jens. Éste miró brevemente a un lado y vio que Tom, que ahora lucía un distintivo, acababa de entrar en la sala y estaba a su lado, escuchando.

—Si perdemos contacto contigo por el LCO no podemos seguir calculando tus

datos. Esta vez, has de moverte.

—Ya lo intento —respondió la voz de Fedya—. No os preocupéis por mí; concentraos en rescatar la Fénix Uno.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom a Jens. Innecesariamente, habló en un susurro—. ¿De qué están hablando?

—Parece que Fedya ha tenido problemas con los dos motores que le quedan —explicó Jens—. No ha podido saltar al mismo tiempo que la Fénix Uno en ninguna ocasión, desde que ambas naves estaban juntas.

Se interrumpió. El control de la expedición se dirigía nuevamente a Tad.

—... dos lanzaderas —decían—, una de las cuales permanecerá a la espera cuando llegue a vuestra altura. La otra se acercará lo suficiente para mandar un cable hasta vuestra compuerta número tres. Enviaremos un piloto para que acabe de poner la Fénix Uno en la órbita correcta y todos vosotros pasaréis a la lanzadera. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Para cuándo está previsto el encuentro?

—La lanzadera debe llegar hasta vosotros cuatro horas diez minutos después del final del salto, suponiendo que vayáis a parar donde está previsto. Las lanzaderas ya están dirigiéndose a ese punto, como te dijimos antes.

—Registrado. Cuatro horas y diez minutos tras acabar el salto —confirmó Tad.

Su voz se iba haciendo cada vez más lenta, como el sonido de un gramófono antiguo que no tuviera suficiente cuerda.

—Tad —sugirió el control de la expedición—. Tad, ¿por qué no dejas que Anoshi o uno de los otros se encargue de este último impulso? Ya no hay ninguna dificultad, ahora.

—De ninguna manera... —La voz de Tad sonaba indistinta y confusa, como la de un alcohólico—. Yo la saqué fuera, yo la devuelvo. ¡Fedya!

—Te escucho, Tad. —A través del LCO, la voz de Fedya llegaba tan clara, alerta y libre de ruidos de fondo, en comparación con la de Tad, que Jens casi se sobresaltó. Parecía como si Fedya hubiera hablado a sus espaldas en la sala de observación.

—Buena caza, compañero.

—Gracias... compañero —contestó Fedya—. Y ojalá...

Su voz se desvaneció de nuevo, bruscamente.

—¿Fedya? —llamó Tad, al cabo de un instante.

Nadie respondió.

—El LCO de la Fénix Dos no funciona bien —le explicó control—. Nosotros tampoco recibimos a Fedya, Tad.

Tad murmuró algo ininteligible.

—Un minuto y contando. Fénix Uno. Fénix Dos, listos para la cuenta abajo. Cincuenta y seis segundos... cincuenta y cinco... cincuenta y cuatro...

—¿Quieres decir —preguntó Tom—, que la otra nave ni siquiera ha empezado el regreso a la Tierra?

—Si —contestó Jens. Apenas prestaba atención a lo que se decía. Estaba concentrado en Wendy, de pie junto a la consola y con la espalda vuelta hacia el extremo de la sala. Excepto por sus puños apretados, no mostraba ningún signo de tensión. Alguien entró en la sala de observación, quedando tras Jens y Tom, pero ninguno de los dos se volvió a mirar.

—Veinte segundos...

—Buena suerte. *Fénix Uno* —resonó la voz de Fedya en la sala de observación, apagando por unos instantes el conteo.

—Seis segundos... cinco segundos... —continuaba el control de la expedición—, cuatro... tres... dos... uno... ¡fuego!

El altavoz comenzó a emitir un potente rugido de estática y alguien disminuyó el volumen apresuradamente. La sala de observación se hallaba en un silencio total. En la sala de control propiamente dicha tampoco se movía nadie. Jens y Tom esperaron, conteniendo casi la respiración.

Por fin, tras un lapso de tiempo que les pareció muy largo, el altavoz cobró vida de nuevo, con el débil fondo de estática que Jens ya había oído antes.

—Fénix Uno. Adelante. Fénix Uno.

—Aquí estoy, control —respondió Tad, de repente—. Ya está todo. El salto ha sido estupendo. Todo marcha a la perfección.

—Comprendido, Fénix Uno. Estáis en el punto previsto. Repito, estáis en el punto previsto. Acabamos de recibir la confirmación de vuestra posición desde el ATM del Skylab Dos. Felicidades. Los cohetes llegarán ahí en seguida.

—Gracias a vosotros, control. En nombre de todos, gracias...

—¿Fénix Dos? Fénix Dos, responde. Aquí control de expedición llamando a Fénix Dos. ¿Me recibes?

—Os recibo bien, control de expedición. Estupendo, Tad, buen trabajo. Mis felicitaciones para todos vosotros.

—Y mis saludos para ti. Fedya —añadió Tad.

—Fénix Dos, aquí control de expedición. ¿Has efectuado el salto? Repito, ¿has efectuado el salto, esta vez?

—Lo siento, control. Lo siento mucho. No, no he saltado, pero tampoco he probado a hacerlo. Perdonadme que no os dijera nada hasta ahora, pero quería que pudierais concentraros exclusivamente en la Fénix Uno. Nunca tuve la intención de utilizar los datos que me mandabais.

—¿Fénix Dos? Hola. Fénix Dos. Te estamos recibiendo pero no comprendemos. ¿Has dicho que no pensabas saltar en ningún momento? ¿Qué hay con ese problema en tus motores?

—No hay tal problema —contestó Fedya—. Os pido perdón de nuevo, control de expedición. Si os hubiera dicho la verdad, hubierais querido discutir conmigo, y no estaba dispuesto a tener una discusión. Además, sería inútil, porque estoy completamente decidido.

—No entiendo. Fénix Dos —la voz del control se interrumpió de pronto, siendo sustituida por otra que Jens conocía bien—. Fénix Dos. Bill Ward al habla. ¿De qué estás hablando, Fedya? ¿Has decidido deliberadamente dejar la Fénix Dos como está? ¿Por qué, en el nombre de Dios?

—Déjalo estar —intervino Tad—. Salimos para ir a Marte, Bill. Si un hombre quiere terminar la expedición, tiene derecho a hacerlo. Además, ¿qué puedes hacer tú al respecto?

—Pero... —comenzó Bill, deteniéndose otra vez.

—Por favor, Bill —rogó Fedya—. Nada de discusiones. Todos sabemos que hay que completar la expedición, si queremos que haya más misiones después de ésta. Esta nave es una pequeña cápsula que encierra todo nuestro esfuerzo desde que empezó el mundo; alguien debe encargarse de que llegue con seguridad a su destino. Lo decidimos cuando nos anunciaste la interrupción. Si no me hubiera quedado yo en la Fénix Dos, ahora estaría aquí Anoshi, o Dirk, o Bern, o Bap. Uno de nosotros tenía que quedarse en la Fénix Dos.

—Oye, tú —intervino Tad, con voz espesa—, no te olvides de mí, maldito amotinado. Después de todo, fue idea mía.

—No te olvido. Tad, pero tenía que ser un hombre sano. Alguien que pudiera llegar con vida a Marte, e incluso sobrevivir más tiempo. Alguien capaz de seguir manteniendo los registros y hasta de proseguir el máximo de experimentos, para que los datos estén dispuestos cuando lleguen nuevas naves. Ya sé... ya sé lo que hice al robarte esta misión. Tad. Pero decidimos entre todos que debía ser así.

—Claro —admitió Tad—. Claro. Si hubiera estado en condiciones de pensar con claridad me hubiera dado cuenta yo mismo.

Se detuvo. No podía oírse ningún sonido.

—¿Fedya? ¿Estás ahí, Fedya? ¿Fedya?

—Adelante, Fénix Dos —intervino Bill Ward—. Fénix Dos, aquí control de expedición. No te recibimos. Fénix Dos, hemos perdido la comunicación. Adelante. Fénix Dos, adelante...

Continuó hablando, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Alguien había entrado en la sala de observación, apenas unos instantes antes, deteniéndose a pocos pasos de Jens. En ese momento se aproximó más y Jens se volvió a mirarle. Era un joven robusto, de pelo rubio, que hubiera podido pasar por primo hermano de Kilmartin Brawley.

—¿Subsecretario Wylie? —Su acento era arrastrado, del sur. Extrajo una cartera y la abrió para mostrar una tarjeta con su fotografía y varias líneas de información—, FBI, señor Wylie. Está usted arrestado, señor, bajo cargos aún no especificados. Le ruego que me acompañe.

TODO RESULTÓ MUY CORRECTO casi agradable. El agente que detuvo a Jens insistió en que éste leyera detenidamente las credenciales que le presentó, que le identificaban como Morris J. Wello. y después lo condujo en un automóvil sin distintivos oficiales hasta una oficina, en el centro de Cocoa Beach, donde se rellenaban múltiples impresos y se remitía la información obtenida al banco de datos de la oficina central de Washington, mediante una terminal de computadora. Jens debió cumplimentar unas hojas por quintuplicado.

—Así que ya soy un delincuente —comentó, tras estampar su firma en la última hoja.

Wello pareció sorprenderse.

—De ninguna manera —contestó—. Esto sólo sirve para confirmar el arresto de emergencia, y su validez no supera las veinticuatro horas siguientes al momento de la detención. No podremos conseguir una orden efectiva de arresto hasta que se le acuse formalmente ante un tribunal y su defensa esté plenamente informada. Entonces debe celebrarse una audiencia pública, y todo lo demás. En los últimos diez años se han producido muchos cambios, y estoy seguro de que descubrirá que han sido para mejor.

Abrió un cajón y extrajo lo que parecía un reloj de pulsera.

—Por ejemplo —continuó, mostrándole el objeto—, ¿lo conocía?

—Es una de esas esposas electrónicas, ¿no?

—Bueno, no sé si son electrónicas, en realidad, aunque supongo que deben serlo en parte —explicó Wello mientras ajustaba el dispositivo alrededor de la muñeca izquierda de Jens—. Temo no estar tan informado como debiera.

Eso le hizo reír alegremente:

—No le aprieta demasiado, ¿verdad? Ahora, fíjese en este indicador...

Jens miró lo que le enseñaba. Era una esfera cubierta de cristal y graduada del cero al cien. Tenía una sola aguja, que entonces señalaba el cero.

—Vea el que llevo yo —prosiguió Wello, apoyando su brazo izquierdo sobre la mesa para que Jens pudiera ver que llevaba una pulsera similar, aunque con la parte de la esfera en la parte interna de la muñeca, al contrario que Jens.

—Fíjese, ahora gradúo el mío —sus dedos hicieron girar el botón que había a un lado de la esfera y la aguja comenzó a moverse hasta llegar al número cinco. La aguja del aparato que llevaba Jens hizo el mismo movimiento.

—Esto quiere decir que podemos separarnos hasta una distancia de cinco metros sin que se active su dispositivo. Es lo que nosotros llamamos «distancia de paseo». Los policías locales suelen graduarlo a dos metros y hacen que el sujeto camine por delante de ellos, para que se dé cuenta de lo que ocurre cuando se supera la distancia límite. Nada más activarse la unidad, empiezan a sentirse dificultades respiratorias.

Nosotros no acostumbramos a hacerlo, sin embargo, debido a la categoría de las personas que solemos acompañar. Estoy seguro de que ha comprendido que, aunque se pase de la raya, los problemas respiratorios que se experimentan no llegan a ser verdaderamente peligrosos. Es sólo lo suficiente para que no sea posible escapar.

—Había oído algo de eso, sí —contestó Jens.

—Si —prosiguió Wello—, verdaderamente, es un progreso de lo más civilizado respecto a las antiguas esposas. Por ejemplo, me permite autorizarle que vaya al lavabo a solas. Además, es mucho mejor para los dos, si hemos de viajar juntos, tener las dos manos libres para comer, rascarnos la nariz o lo que sea. Por otra parte, siempre puede darse esa circunstancia excepcional en que ir encadenado a otra persona puede resultar peligroso. Esta nueva versión de las esposas evita todos estos inconvenientes.

—¿Qué ocurriría si quedo encerrado en un vagón de metro y usted no puede subir? se interesó Jens—. Podría pasarlo bastante mal antes de que alguien me desconectara.

—Hemos sido entrenados para no dejar que esto suceda —respondió Wello, sonriendo otra vez.

Se acercó a otro cajón y extrajo lo que parecían unas pinzas, pero muy gruesas y bastante abiertas. Las cerró sobre la especie de hebilla que abrochaba la pulsera sobre la muñeca de Jens e, instantáneamente, se produjo una débil crepitación. Cuando retiró las pinzas, la hebilla se había fundido en una masa amorfa de metal.

Jens procuró evitar por instinto el contacto del metal fundido, que suponía caliente, contra su piel. Sin embargo, le sorprendió descubrir que la hebilla, aun fundida, seguía tan fría como antes.

—Otra maravilla de la ciencia —comentó Wello con animación—. ¿Querrá acompañarme, señor Wylie?

Se dirigieron directamente de la oficina al aeropuerto de Orlando, donde recogieron los billetes que les habían sido reservados para un vuelo comercial con destino a Washington. El aparato se componía exclusivamente de primera clase y fueron acomodados en los dos asientos delanteros de la parte derecha del avión. Wello no paró de charlar durante todo el viaje, resultando ser un decidido partidario del esfuerzo hacia el espacio.

—Cuando me enteré de lo que les conté a esos periodistas, me llevé un buen chasco, en serio. ¿Es verdad que les dieron más trabajo del que podían encargarse?

—Más del que podían encargarse sin agotarse peligrosamente —afirmó Jens.

Wello continuó haciéndole preguntas. Estaba muy interesado en todos los detalles que Jens pudiera contarle sobre la expedición a Marte y todo lo que se relacionaba con ella. Escuchaba con la atención y entusiasmo de un verdadero fiel.

—Si piensa de esta manera —preguntó Jens, finalmente—, ¿por qué no lo dice en voz alta? Lo único que puede salvar la expedición, y no me refiero a esta expedición, sino a cualquier futura expedición a Marte, es que una gran parte de la población

exija que no se abandone: ahora, en estos momentos.

—Oh, bueno. Los del programa espacial y los de Washington deben saber mejor que yo qué debe hacerse, después de todo. Han de saber qué están haciendo. Pero es una lástima que acabe todo de esta forma. Resultaba fascinante pensar en la nueva frontera del espacio.

—Bien, pero siempre puede escribir una carta a su representante y a su senador —insistió Jens.

Wello sonrió.

—Mi trabajo es un poco especial para estas cuestiones —contestó.

Dejaron de hablar. El aparato aterrizó, finalmente, y pasaron a un automóvil verde, sin identificaciones, que les estaba esperando. Este automóvil les llevó a lo que parecía un agradable hotel para turistas, que contaba incluso con una pequeña pista de golf, hacia la zona de Arlington. En realidad, aquel lugar tenía muchas semejanzas con un hotel: Jens tuvo que firmar la hoja de inscripción y a continuación un hombre uniformado como un mozo de hotel recogió su equipaje, que alguien se había encargado de recoger y enviar desde el Holliday Inn.

—Por aquí, señor Wylie, por favor —indicó Wello.

Condujo a Jens por la planta baja, a través de una puerta sin ninguna inscripción, hasta otra espaciosa oficina. También aquí había impresos que rellenar, después de los cuales Jens fue conducido por Wello a una habitación en un piso superior, igual en todo a una habitación de hotel.

Durante los siguientes cinco días no sucedió nada en absoluto. Era como si se hubiera quedado encerrado en su habitación, en un hotel cualquiera de una gran ciudad desconocida. Las comidas eran servidas a sus horas y podía llamar al servicio de habitaciones para que le suministraran material de lectura, comidas ligeras e incluso, como descubrió, bebidas alcohólicas en cantidad moderada. La imagen holográfica de la televisión era de la mejor calidad que jamás había visto en un aparato semejante. Pero estaba encerrado, y en el fondo de todo, sus días eran tan vacíos como los de cualquier prisionero.

Durante la mañana del sexto día se produjo una interrupción que casi acogió con bendiciones, poco después del programa informativo de las diez. Wello se presentó inesperadamente, penetrando en la habitación no sin antes llamar con los nudillos en la puerta, como una camarera discreta.

—Hay un par de visitas para usted —anunció—. Su abogado y un representante de la Asociación de Trabajadores de la Prensa.

—Todavía quiero hablar con la señorita Alinde West.

—Estoy intentando arreglar eso, señor Wylie, ya se lo he dicho. Ahora, si hace el favor de seguirme, su abogado y el representante de la Asociación le esperan abajo.

Descendieron a la planta baja y Jens volvió a atravesar la misma puerta sin indicaciones, aunque ahora no se detuvieron en la oficina sino que siguieron hasta un cuarto arreglado como sala de estar. Allí, para su sorpresa, se encontraban Barney y

una pulcra mujer de unos cincuenta años, con un cabello asombrosamente negro y ojos oscuros, casi tan alta como el propio Jens.

—Jens —comenzó Barney—, te presento a Paula Anisha, abogado principal de la Asociación.

—Oh, si —respondió Jens, estrechando la mano de la mujer—. He oído hablar mucho de usted, por supuesto, desde que empecé a trabajar en el periódico.

—Bueno, también yo he oído hablar de usted, aunque no hace tanto tiempo.

Jens sintió una ligera sensación de incongruencia. Esta señora, que pasaba por ser el terror de todos los que habían intentado poner pleitos a la Asociación durante los últimos veinte años, tenía una voz cálida y ligeramente ronca que hubiera sido muy adecuada para la heroína de una opereta televisiva.

—¿Sigue siendo miembro de la Asociación? —preguntó.

—Pues sí. Nunca pude tomarme muy en serio mi cargo político. Siempre pensé que debería volver al trabajo honrado un día u otro.

—Tampoco es muy importante —intervino Barney.

—No —asintió Paula—. No importa. En un caso como el suyo, que afecta la libertad de expresión, la Asociación se sentirla interesada de todas formas. Podríamos sentarnos y me explica toda la situación desde el momento en que comenzó a celebrar la rueda de prensa. ¿Por qué decidió celebrarla, exactamente?

Reunieron tres de las cómodas butacas de la sala y tomaron asiento. Jens retrocedió hasta el momento en que Tad Hansard le advirtió, durante un almuerzo, que el programa experimental de ambas naves era excesivo. Siguió relatando los acontecimientos sucesivos hasta llegar al momento de su detención. De pronto, advirtió que llevaba casi una hora y media hablando sin interrupción.

—Lo siento. No me he dado cuenta de que estaba hablando tanto —se excusó.

—Al contrario —respondió Paula—. Es precisamente lo que yo quería, Jens.

Paula se puso en pie.

—Lo tengo todo aquí grabado —explicó, mostrando el pequeño bolso que llevaba unido a su muñeca izquierda—. De ahora en adelante, tratará principalmente con otros miembros de mi equipo, porque yo estoy demasiado ocupada el noventa por ciento de las veces. Pero, Jens, creo que tenemos un caso fuerte. Un caso muy fuerte.

Jens y Barney se habían levantado también, al mismo tiempo. Ambos estrecharon la mano de la mujer.

—De momento, lo único que puede hacer es esperar. Nos mantendremos en contacto con usted. Y si usted quiere ponerse en contacto con la Asociación, sólo tiene que pedirlo. No pueden oponerse a que nos llame por teléfono, a ninguna hora del día o de la noche. ¿Lo recordará?

—Perfectamente —asintió Jens.

Paula se marchó.

—Sentémonos otra vez —pidió Barney—. Me gustaría hablar contigo de otros asuntos.

—Yo también tengo preguntas que hacerte —contestó Jens—. ¿Cómo está Lin? ¿Por qué no ha podido venir a verme?

—El gobierno está haciendo todo lo posible para mantenerte incomunicado con el mundo —explicó Barney—, pero no pueden evitar que hables con tu abogado, como no pueden evitar que hables conmigo mientras sea el representante oficial de la Asociación. Intentamos conseguir autorización para Lin, pero no fue posible. Pero, siéntate, hombre.

Jens lo hizo así, y Barney tomó asiento también.

—Para empezar, ¿qué tal te tratan?

—Muy bien. Pero estoy a punto de volverme loco de aburrimiento; no tengo costumbre de estar encerrado.

—No hay mucha gente que la tenga —comentó Barney.

—A la que llevas algún tiempo viviendo así, puedes empezar a creer que eres invisible, que nadie sabe que estás ahí ni le importa.

—Eso pretenden, naturalmente —asintió Barney—. Cuidan todos los detalles. Pero podría ser peor, Jens, créeme. Podría ser peor. Tal como están las cosas, es lo máximo que pueden hacerte porque la prensa no les quita la vista de encima.

—Estos días he estado leyendo los periódicos y mirando los informativos de televisión —explicó Jens—. Parece que armé un buen alboroto, ¿verdad?

—Vaya si lo hiciste.

—No me he atrevido a preguntárselo a Paula —prosiguió Jens—, pero, ¿qué crees que pueden hacer conmigo?

—Pueden encerrarte, no lo dudes. Es mejor que me lo hayas preguntado a mí. Paula, a estas alturas del juego, aún no tiene todas las respuestas y sólo hubiera podido especular sobre el tema. Pero yo puedo decírtelo: si, pueden encerrarte.

—¿Y qué más?

—Bueno —contestó Barney—, si estás pensando en un tratamiento a base de electroshocks o algo por el estilo, olvídale. En tu caso, no podrían hacer algo así impunemente. Sí, te mandarán a un centro de terapia, igual que si hubieras atracado un banco, pero no podrán dedicarse a manipular tu personalidad, ni con drogas, ni con terapias especiales ni con ninguna otra cosa. Todo lo que podrán hacer será exhortarte con la mayor seriedad para que enmiendes tu conducta. En realidad, incluso esto tendrán que hacerlo con la mayor precaución.

—Me siento un poco culpable de recibir este trato especial tan sólo porque conozco a ciertas personas.

—No digas tonterías. Si no hubieras conocido a ciertas personas, nunca hubieras sido el delegado de este país para la expedición. Si nunca hubieras tenido este cargo, no te habrías entrometido de la manera que lo has hecho y no estarías en este problema. Todo está relacionado. Ahora no eres más que una pequeña hormiga a punto de ser pisada por un gobierno poderoso: pero hay una gran organización de periodistas, en contacto con otras asociaciones de todo el mundo, que no dejará que el

gobierno no atravesase los límites de la legalidad. Eso es todo.

Jens se estremeció.

—Si he de ser sincero —respondió, mirando hacia la pared de enfrente—, me alegra que digas eso. Durante estos últimos años, he oído más de una historia de horror respecto a este proceso de descriminalización.

—No todo son historias de horror —explicó Barney, sin bajar el tono de su voz. En realidad, a Jens le pareció que incluso hablaba más fuerte que antes—. La cuestión es que a ti no va a pasarte nada de eso.

—Cuidado, Barney —le previno Jens, con media sonrisa—, puede haber micrófonos en la habitación.

—Sé condenadamente bien que los hay, por eso quiero estar bien seguro de que me oyen. Fue una gran jugada, cuando cerraron las cárceles y mandaron a todos los presos a centros de terapia, pero todo sistema puede tener un lado malo. Este tiene un lado malo, con gente que acaba en celdas acolchadas o en camisas de fuerza para el resto de su vida. A otros les han quemado el cerebro con medicamentos y tratamientos electrónicos, o les han lavado el cerebro sin que nadie moviera un dedo para oponerse. Sin embargo, la cuestión es que a ti no va a pasarte nada de esto, porque la Asociación de Trabajadores de la Prensa lo tomaría mal, muy mal.

Jens llevó la vista al rostro de Barney y observó que habla estado hablando muy en serio. El estremecimiento que había sentido antes volvió a recorrer su cuerpo, seguido por un cálido impulso de gratitud hacia Barney y las personas como él.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Oh, te las arreglarías bien. —La cólera había desaparecido de su expresión—. También está el sistema político. Siendo subsecretario para el Desarrollo del Espacio, aunque no sea por mucho tiempo, tienes demasiado valor periodístico para ser simplemente archivado y olvidado. Aunque nosotros no estuviéramos de tu parte, les resultaría embarazoso ir más allá de los límites aceptables con alguien como tú. Por supuesto, nuestra presencia tampoco viene mal.

—Puedes estar seguro de eso —respondió Jens.

Durante su regreso de Washington después de ver a Jens, desde el taxi que le llevó al aeropuerto, el avión que le condujo a Orlando y el automóvil de alquiler que utilizó para volver a Merritt Island, Barney se encontró sumido en un estado emocional extraño, aunque no verdaderamente desagradable. Al principio, no fue capaz de reconocer su naturaleza exacta. Era como si en algún punto de su interior hubiera cedido una pared, exponiendo una horda de demonios insospechados a la luz del sol, donde habían perecido. Se sentía un poco desmembrado interiormente, debido al derrumbe de aquella parte de su arquitectura mental, pero al mismo tiempo estaba muy aliviado de que los demonios, cuya existencia apenas había sentido, se hubieran desvanecido.

Llevaba más de tres cuartas partes del viaje cuando empezó a ser capaz de dar un

nombre a los demonios y a la pared. La pared había sido el cinismo tras el que intentó esconderse tras el fracaso de su matrimonio y los demonios, sencillamente, eran las dudas y temores respecto a su propia condición de ser humano que hablan seguido a la experiencia de la separación.

Se dio cuenta de que hablan sido las acciones de Jens, su cruzada casi romántica en favor de los astronautas, lo que había producido ese efecto benéfico en él. Había acabado deseando parte de esa acción.

De pronto, supo que quería ver de nuevo a Aletha. Por primera vez reconoció que le atraía hacia ella algo más que esa especie de interés casual que había dedicado a las mujeres desde que tuvo que enfrentarse al hecho de que Wilma se había ido de su vida para bien. Ahora se daba cuenta de que se había apartado deliberadamente de Aletha porque era una persona con quien podía llegar a comprometerse. Y otro compromiso, que podía ser el preludio de un nuevo fracaso humano, era —que le horrorizaba.

Sin embargo, ahora que su mente se había despejado, se daba cuenta de muchas más cosas que antes. Por ejemplo, ahora vea que Aletha vivía bajo el peso de un temor secreto, con el resultado, en su caso, de que se dejaba llevar por la vida. Se preguntó si esta rendición se debía a su divorcio o si era algo que la había atrapado anteriormente. De todos modos, en su personalidad había una parte que temía enfrentarse a cualquier situación: intentar dominarla, como una especie de derrotismo. Considerando su reciente liberación del cinismo que le había poseído durante tanto tiempo. Barney sintió que ella no tenía por qué temer la vida de esta forma, y se encontró buscando la manera de transmitirle el efecto de su reciente experiencia con Jens para que también ella pudiera romper los lazos que la inmovilizaban.

Lo que ahora sentía por Aletha no lo había sentido antes jamás. Tenía incluso un matiz de culpabilidad. ¿Y si hubiera descubierto sus sentimientos cuando Jim Brille, ese amigo suyo, aún vivía? Su nueva forma de ver las cosas, ¿le hubiera permitido competir por ella con Jim? ¿O, acaso, el mismo hecho de que ya hubiera alguien delante suyo le hubiera hecho refugiarse tras su pared de nuevo, reconstruyéndola para almacenar nuevos demonios de desconfianza hacia sí mismo?

No había forma de saberlo.

Finalmente, llegó al Holliday Inn y comenzó a recorrer la zona de aparcamiento con su coche, en busca de un espacio libre. Faltaba poco para la hora de cenar y el aparcamiento estaba lleno, pero logró encontrar un sitio hacia la parte del hotel más lejana del bar. Dejó el automóvil y entró en el edificio por una puerta lateral, atravesando el vestíbulo hasta alcanzar la puerta del salón bar.

Nada más entrar, se detuvo unos instantes para que su visión se adaptara a la penumbra del local. Conforme la oscuridad fue dejando paso a las formas de los objetos, vio que Aletha parecía estar sola en la barra y estaba a punto de dirigirse hacia ella cuando se abrió la puerta que daba a la calle y entró Malcolm Schroeder. Su

cara reflejaba claramente cierta satisfacción curiosa. Se aproximó a la barra como lo haría un gato a un plato de nata. Aletha trabajaba detrás, con la vista dirigida hacia abajo. No se movió para mirar a Malcolm. Sus movimientos eran secos y rápidos, y contrastaban con la reptante suavidad del individuo. Inopinadamente, Barney sintió que la esperanza anidaba en su interior.

En lugar de dirigirse él también hacia la barra, se apartó a un lado y se acomodó en silencio junto a una de las mesas en la zona menos iluminada. Malcolm se instaló en un taburete de la barra. Estaba claro que ni Aletha ni él habían visto a Barney.

Malcolm Schroeder entró en el bar del Holliday Inn y quedó sumamente complacido por lo que vio. Aletha volvía a ocupar su acostumbrado turno de tarde, que empezaba a las cuatro y media y terminaba a la una de la madrugada, cuando cerraba el bar. Ahora eran las cinco menos cuarto, acababa de entrar en servicio y estaba trabajando tras la barra vacía, preparándose para la jornada. Aparte de ella, en la sala no había más que dos personas cerca de la puerta de cristal, es decir, lo más lejos de ella que podían estar sin salir de la habitación, o casi. Malcolm avanzó por el bar y tomó asiento en un taburete frente a la mujer.

—Una Pabst —pidió.

—Bien.

Aletha terminó de lavar los vasos que quedaban en la pila, los puso boca abajo, se enjugó las manos y, por fin, se dirigió al frigorífico para cervezas. Extrajo una botella de vidrio marrón, la destapó, la trajo de vuelta y la puso ante él con un vaso. Después, volvió donde estaba y reanudó la tarea de fregar los vasos. Mientras hacía todo esto, no miró hacia él ni una sola vez.

Malcolm llenó el vaso con cerveza de la botella. En un principio, Aletha lo hacía por él. En realidad, si no recordaba mal, lo había hecho hasta un par de semanas antes, cuando asesinaron a aquel amigo suyo. También había observado que a otras personas, cuando pedían cerveza, se la servía en el vaso.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—Bien —contestó ella.

Puso el último vaso boca abajo junto al fregadero, para que se secase, y se fue al otro extremo de la barra. Malcolm siguió sentado un rato, mirándola, hasta que al fin tomó su vaso y su botella de cerveza y comenzó a caminar en su dirección.

Mientras lo hacía, ella regresó al extremo que había dejado poco antes.

Malcolm dio también la vuelta y se instaló en el mismo taburete de antes.

—Mira —empezó—, a las seis y media quedas libre para cenar, ¿no? Conozco un sitio pequeño, a un par de manzanas por esta calle, a la izquierda.

—El Harmon House, ya lo conozco —respondió Aletha sin mirarle—. No, gracias. Tengo trabajo aquí.

—No seas así —insistió Malcolm—. Cada noche cenas aquí, un bocadillo y una taza de café. Debes estar cansada.

—No lo estoy en absoluto.

—Vamos, vamos. A todo el mundo le gusta cenar fuera, para variar. Y te iría bien esta pequeña variación. No me fijé en que aquel amigo tuyo te invitara a cenar en tu hora libre muy a menudo.

Aletha había comenzado a retirarse otra vez, pero ahora volvió, buscó algunos limones y comenzó a mondarlos.

—No creo que conozca a ningún amigo mío —dijo a los limones.

Malcolm se sintió complacido. Por fin había logrado atraer su atención. A veces, un toque de humorismo o una pequeña broma daban buen resultado.

—A este sí que lo conozco. O, mejor dicho, lo conocía, porque acabó en el depósito de cadáveres. Deberías tener más cuidado con la gente que habla contigo, aquí en el bar. Nunca se sabe a qué clase de asuntos se dedican algunos.

—Sí —contestó Aletha. El cuchillo que utilizaba se clavó tan profundamente en el limón que tenía en las manos como permitía su corta hoja de cuatro centímetros.

—Sí —prosiguió Malcolm, moralizando—, nunca se sabe qué clase de individuos puedes encontrar en un bar como éste. Has tenido mucha suerte de que ese no te acarrearara ningún problema.

Se detuvo y la contempló para ver cómo encajaba su discursito. Seguía trabajando, simplemente, con la cabeza gacha.

—De hecho —advirtió—, lo que tú necesitas es una persona que se preocupe de ti. Ya sabes que pienso trasladarme aquí tan pronto haya comprado una casa. Por supuesto, estoy casado y tendré que pasar buena parte del tiempo con mi mujer, pero no hay ninguna razón para que tú y yo no...

Se interrumpió de repente. Aletha estaba agitando su cuchillo de cuatro centímetros delante mismo de su cara.

—¡Váyase al infierno! —gritó Aletha—. ¡Salga inmediatamente de aquí, desaparezca de mi vista! Ni siquiera es digno de estar en la misma habitación en que él estuvo. Váyase de aquí ahora mismo y no se me acerque nunca más, o le cortaré los huevos. Y si cree que no puedo hacerlo, pediré ayuda.

Malcolm se quedó mirándola, estupefacto. Aletha había gritado y, sin necesidad de volverse, supo que las otras dos personas debían tener la vista clavada en él. El cuchillito casi le tocaba el rostro. De pronto, se sintió frío de miedo.

Descendió del taburete apresuradamente, casi cayendo al suelo. Una vez de pie, dio media vuelta y se dirigió ciegamente, aunque deprisa, hacia su izquierda, por la puerta que conducía al aire libre de la calle. Había recorrido ya la mitad del camino hasta su automóvil cuando se dio cuenta de que estaba corriendo. Aminoró su paso y comenzó a caminar normalmente, mirando en torno para ver si alguien había advertido su precipitada salida del bar, pero no había nadie a la vista. Conforme caminaba fue recobrando el aliento y el dominio de sí mismo, pero aún temblaba interiormente.

Llegó al coche, entró en él y cerró todas las puertas desde dentro. Permaneció

unos minutos quieto, para tranquilizarse, y por fin introdujo la llave de contacto, dio marcha atrás y se alejó. Hasta que no estuvo en la calle, circulando hacia Melbourne, no se normalizó su respiración ni sus pulsaciones. Sin embargo, comenzó a sentir gradualmente un profundo alivio.

Gracias a Dios, había descubierto a tiempo con quién estaba hablando. Le temblaban las rodillas con sólo pensar que hubiera podido llegar a un arreglo con ella para que explotara luego esa forma, cuando ya hubiera comprado la casa y Myrt estuviera con él. Gracias a su buena suerte, lo había descubierto a tiempo. Siguió conduciendo, de mejor ánimo. Sí, en cierto modo, era afortunado. Probablemente, la razón de que no hubiera conseguido nada de ella en las semanas anteriores era que en su interior había descubierto instintivamente cómo era la mujer. Ella y el amigo que habían apuñalado eran del mismo tipo, eso estaba claro. Por supuesto, había sabido ocultar bien esa faceta de su personalidad. Durante un instante sintió una especie de pesar, al recordar los movimientos de su cuerpo detrás de la barra. Hubiera sido agradable... pero no, era mucho mejor de esta forma. Si lo pensaba bien, todo había ido del mejor modo posible. ¿Y por qué no?, pensó. Eran los hombres como él, hombres responsables, los que hacían girar el mundo, no esas camareras zafias, ni los periodistas engreídos o los astronautas estúpidos que no tenían bastante sentido común para protegerse del sol. El chiste le hizo gracia y se propuso recordarlo para contárselo a Myrt, explicándoselo primero. Siguió conduciendo bajo la claridad vespertina, pensando que merecía ser tan afortunado, ya que era realista y trabajador. Pero aún se estremecía al pensar en el aspecto de Aletha cuando agitaba su cuchillo ante él. ¡Y las expresiones que había utilizado! Dios, qué salvajes podían ser ciertas mujeres.

Aletha había seguido atacando los limones con tanta furia que no advirtió cómo Barney se acercaba a la barra desde el lugar donde estaba antes. El periodista se sentó frente a ella, en el taburete que había ocupado Malcolm. Aletha se sobresaltó y levantó la mirada.

—¡Oh. Barney! Eres tú.

—Oye —dijo Barney cálidamente—, has estado muy bien.

Ella le miró.

—¿Estabas aquí? ¿Has oído?

—Entré en el momento justo —explicó Barney—. Ha sido magnífico. ¿Ves lo que ocurre cuando tomas la vida por las orejas y la sacudes un poco?

—No estaba sacudiendo la vida —respondió, con voz no completamente firme—. Le sacudía a él.

—Estabas sacudiendo algo que no te gustaba. Eso es sacudirle a él y a todo lo demás. Te has hecho cargo de tu propia vida, señora. Has estado magnífica.

Ella volvió a mirarle y sonrió, algo incierta todavía. Él le devolvió la sonrisa. Sus miradas se cruzaron y, gradualmente, sus sonrisas se hicieron más cálidas y más

firmes. Con su mano libre. Aletha alisó brevemente su cabello sobre su oreja izquierda, bajándola otra vez enseguida.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó: luego rió—: ¿Pero qué digo? Ya lo sé.

Dio la vuelta para ir a buscar una bebida.

—No —exclamó Barney, rápidamente—, dame otra cosa. Tráeme... una gaseosa.

Aletha se detuvo y le miró incrédula.

—¡No lo dices en serio!

—Completamente en serio —contestó Barney—. Quiero una gaseosa más que nada en el mundo. Bueno, o casi.

Verigin estaba echado sobre la cama de su suite, sin dormir pero descansando, cuando oyó una llamada a la puerta de la habitación contigua. Esperaba oír el sonido de la puerta al abrirse, pero no lo oyó y, al cabo de un rato, se repitió el golpe.

Estaba claro que su asistente había salido. Molesto porque vinieran a despertarle en ese momento de paz interior que había alcanzado tras pasar media hora mirando al cielorraso. Verigin se levantó sin mucha energía y se encaminó hacia la puerta, en la otra habitación. Por fortuna, se había acostado totalmente vestido. Incluso llevaba los zapatos puestos.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—Ahri Ambedkar. Sergei, ¿eres tú?

—Un momento.

Manipuló la cerradura hasta que consiguió abrirla. Ambedkar entró a la suite.

—Acabo de llegar al motel —explicó, mostrando un sobre—. Cuando pedí la llave en recepción me dijeron que tenían esta carta para ti. Sabía que estabas esperando noticias de tu esposa, así que se me ocurrió subirla yo mismo.

—Gracias. Gracias, querido Ahri. Pero entra, por favor. Siéntate.

—No te preocupes por mí —pidió Ambedkar—. Ábrela enseguida, no me hagas caso.

—No, no. —Verigin depositó la carta sobre un mueble próximo—. Ya imagino lo que dirá mi esposa.

El hecho de que Elena Markovna hubiera tardado casi tres semanas en contestar sólo podía significar una cosa: que estaba adaptándose a esta nueva derrota, al hecho de que hubiera encontrado una forma de ayudar a Chupchik, después de todo. Era una victoria para él y, aunque apreciaba mucho a Ambedkar, prefería saborearla a solas. Leería la carta cuando Ahri se hubiese marchado.

—En cualquier caso, un retraso de dos minutos no tiene gran importancia —prosiguió Verigin—. Te agradezco que me la hayas traído. Creo haber oído que ibas a dejarnos. ¿Significa eso que te vas inmediatamente?

—Temo que sí —Ahri cruzó sus manos ante sí—. Mi gobierno desea reflexionar sobre su postura respecto a la expedición, ahora que vuestro coronel Asturnov ha decidido continuar solo hacia Marte en una de las naves. Me han llamado para

cambiar impresiones sobre esta cuestión.

—Lamento verte partir, desde luego, pero imagino que volveremos a encontrarnos muy pronto. Hablando por mi gobierno, estamos, naturalmente, muy orgullosos de Feodor Aleksandrovich Asturnov por responder con tanta firmeza ante una emergencia. De haber estado plenamente informados de la situación, le habríamos instado a hacer precisamente lo que hizo.

—No estoy muy seguro de que mi gobierno comparta este punto de vista —respondió Ambedkar—, pero hasta que no llegue allí y hable con ellos no podré estar seguro. A un nivel más personal, Sergei, ha sido muy agradable poder hablar contigo estas últimas semanas.

—Debo decirte lo mismo, querido amigo.

—Bien, bien, ahora debo irme —prosiguió Ambedkar, poniéndose en pie—. Tengo entendido que ya han fijado fecha para el juicio de Jens Wylie y se celebrará dentro de poco. Deliberaciones *in camera*, todo muy limpio y muy discreto.

—Sí —asintió Verigin, incorporándose a su vez y siguiendo a Ambedkar hacia la puerta—. Incluso en los Estados Unidos tenían que hacerle algo, después de su rueda de prensa. No, no creo que volvamos a ver o a oír hablar más del señor Wylie.

—No —suspiró Ambedkar, deteniéndose en el umbral—. Sergei, ¿qué le sucederá al mundo cuando nos hayamos retirado tú y yo, y los que son como nosotros? No quedarán más que aficionados; será terrible.

Verigin mostró su asentimiento.

—Completamente de acuerdo —respondió, apartándose a un lado para que pasara Ambedkar—. Adiós.

—Adiós.

Cerrando la puerta tras Ambedkar. Verigin regresó a la silla donde estaba sentado antes. Se acomodó de nuevo y, tomando la carta de Elena Markovna, se dispuso a saborear su victoria.

Pensándolo bien, las cosas habían ido de una forma bastante satisfactoria. Ciertamente, era muy positivo que la expedición a Marte consistiera ahora en un ruso yendo a Marte en una nave. Que el joven Asturnov pudiera llegar allí o no, carecía de importancia. La cuestión era que durante los cinco meses siguientes, la atención mundial estaría pendiente de él. Las posibilidades prácticas que ofrecía su aventura en solitario eran ilimitadas, y, para colmar la medida de sus aspiraciones, ahora recibía una carta que le transmitía el fracaso de Elena Markovna en el asunto de Chupchik.

Desgarró un extremo del sobre y extrajo la carta. Se componía de tres hojas pequeñas, cubiertas con la estrecha caligrafía de su esposa. Era una escritura imposible de leer sin gafas, y difícil aun llevándolas. Dejó los papeles a un lado, fue a buscar sus gafas y regresó, ajustándolas sobre su nariz. Volvió a sentarse, tomó la carta y comenzó a leer.

Cariño:

Imagino lo feliz que te habrás sentido al encontrar a alguien capaz de ayudar a tu pobre Chupchik. También yo, si pudiera, me sentiría feliz por ti. Por desgracia, tu carta llegó demasiado tarde por escasos momentos, literalmente. Ese mismo día había estado en la consulta de nuestro veterinario. El pobre Chupchik había sufrido una especie de espasmo en las patas traseras y, tras discutirlo con el veterinario, no me sentí capaz de prolongar la dolorosa vida de la desdichada criatura por más tiempo. De modo que, cuando recibí tu escrito, ya había llevado a Chupchik al veterinario...

Las hojas de la carta temblaron de pronto en manos de Verigin. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su garganta se congestionó.

—¡Embustera! —gritó con voz estrangulada—, ¡Embustera! ¡Bruja!

Las líneas manuscritas oscilaron ante su vista. Parpadeó repetidamente e intentó mantener la vista enfocada.

El veterinario fue sumamente comprensivo, y tu pequeño Chupchik abandonó esta vida durmiendo tranquilamente bajo aquellas manos compasivas. He hecho que lo entierren con tus otras mascotas, en el jardín de atrás...

La humedad que se acumulaba en sus ojos le impedía leer. Verigin estrujó las hojas dentro del puño y siguió sentado en la silla, rígido, con lágrimas fluyendo a raudales por su rostro y murmurando entre los dientes apretados:

—¡Bruja! ¡Bruja!...

WENDY HANSARD ENTRÓ POR UNA PUERTA lateral en la cafetería de empleados, un local amplio y resonante en la planta baja del centro de control de vuelo, donde esperaba encontrar a Bill Ward.

Le costó un poco localizarlo, pero finalmente lo vio en una de las mesas apartadas, hacia el extremo de la derecha. Wendy se dirigió hacia él, que se puso en pie al verla llegar. La bandeja que tenía sobre la mesa contenía goulash, ensalada, tarta de manzana, leche y café.

—¿Quieres que vaya a buscar algo para ti? —preguntó.

—No, gracias, ya he comido —respondió ella—. Sigue con tu almuerzo; yo me sentaré y hablaré, si no te importa.

—Desde luego. Me alegro mucho de verte —explicó Bill, mientras ambos tomaban asiento—. Quería llamarte por teléfono, ya sabes, pero tal y como han ido las cosas...

—Ya lo sé. No te preocupes. Bill, ya sé que has estado muy ocupado. Todos estamos muy ocupados ahora, hasta los niños.

—De todas formas —insistió Bill—, hubiera debido llamarte hace días, por si podía ayudarte en algo. No habrías tenido que andarme a la caza.

—En realidad, el motivo de que haya querido hablar contigo en mitad de tu almuerzo, de esta manera, no tiene nada que ver con la familia. Se trata de algo que quisiera hacer, pero no sé cómo. Quizá tú puedas decírmelo, incluso ayudarme a hacerlo.

—¿Qué es ello? —quiso saber Bill.

—Jens Wylie y su rueda de prensa. Sabía de antemano que le arrestarían si la daba —dijo Wendy—. Fue muy valeroso por su parte. Quería ponerme en contacto con él, para darle las gracias, pero no consigo localizarle de ninguna forma. ¿Sabes cómo podría encontrarle para hablar con él, o escribirle una carta, al menos?

Bill apartó el plato vacío y acercó la tarta de manzana. Tomó un tenedor.

—No lo sé —contestó pensativamente—. Por lo que se ve, el gobierno quiere mantenerlo incomunicado, al menos temporalmente.

—Pero no pueden encerrarlo en cualquier parte y tirar la llave protestó Wendy—. Legalmente, no pueden hacerlo.

—Cierto —asintió Bill, engullendo un pedazo de tarta—. Tienes toda la razón, naturalmente. No pueden hacerlo. Preguntaré por ahí a ver si me entero de algo. De todas formas, estoy seguro de que comprende tu agradecimiento por lo que dijo sobre Tad y los demás.

—Hay algo más que eso. Por eso quiero hablar con él personalmente. No sólo por lo que hizo por Tad, sino por lo que su acto significó para mí, para todos nosotros.

Bill dejó el tenedor en el plato y la miró.

—No te comprendo.

—Ese gesto suyo tenía un sentido —explicó Wendy—, como el de Tad al desear buena suerte a Fedya cuando supo que Fedya se las había arreglado para hacerle volver a la Tierra mientras él proseguía a solas la expedición a Marte. ¿No te das cuenta? Jens Wylie hizo lo correcto, igual que Tad y Fedya hicieron lo correcto. Por eso quería hablar con él, para decírselo.

—Haré todo lo que pueda para averiguar dónde está —prometió Bill. Suspiró, tomó la taza de café, bebió un sorbo y la dejó de nuevo—. Lo más probable, sin embargo, es que no sirva de nada; igual que su rueda de prensa, que quizá no servirá para nada. Así es la historia de nuestra vida. Nos matamos a trabajar y, de una manera u otra, el resto del mundo tiende a desperdiciar nuestro esfuerzo. ¿Te había dicho que Del Terrence se despidió de Laserkind por la avería del lasercom de la Fénix Uno?

—¿Del Terrence? —intentó recordar Wendy—. Creo que no le conozco.

—Seguramente no. ahora que lo pienso —admitió Bill—. Suelo olvidar que tú, y las demás esposas, no conocéis a todos los de por aquí igual que nosotros. De todas formas, era un buen elemento, y no pudo soportar las maquinaciones de su propia empresa. ¿Recuerdas que hicieron una declaración por televisión diciendo que no había sido culpa suya, a las pocas horas de saber que el lasercom estaba averiado?

—Y ahora este Del Terrence está sin trabajo porque él también habló claro, ¿no es así?

—No, en realidad, no —Bill soltó una risita sofocada—. Ha conseguido un nuevo empleo en Disney World. Ingeniero de control de calidad para el sistema de la cúpula meteorológica que están instalando para la EPCOT-Dos.

—¿La EPCOT-Dos?

—Sí —explicó Bill—. El prototipo experimental de la ciudad futura, número dos. Es una versión actualizada de la EPCOT que construyeron en los años sesenta, pero incluyendo todo el nuevo material sobre industrias y tecnologías espaciales. Igual que la primera EPCOT, es una ciudad real y verdadera, con gente que trabaja y vive en ella.

—Conocía la EPCOT —aclaró Wendy—, pero no sabía que hubieran construido otra.

—Ah, sí. Ya llevan tres o cuatro años diseñándola. Sea como fuere. Del consiguió allí un empleo que le debe ir bastante bien, porque creo que va a casarse con la chica que le acompañaba. Bueno, pero estoy saliéndome del tema.

—En absoluto. Esto es exactamente de lo que yo hablaba antes: de la gente que sigue adelante y hace lo que sabe que es correcto, a pesar de que los demás hagan cosas equivocadas por sus propios motivos, sean egoístas o no. Para mí, significa mucho saber que existe esta gente. Te dije que no quería darle las gracias a Jens solamente por Tad, sino también por mí. Gracias a lo que ha hecho, creo que volveré a trabajar.

Bill se la quedó mirando.

—¿A trabajar?

—No quiero decir inmediatamente, tal vez, pero si dentro de algún tiempo. El futuro próximo depende de lo que le pase a Tad, naturalmente.

Su mirada se oscureció. Bajó la vista hacia la mesa y luego volvió a levantarla hacia Bill.

—Supongo que sabes que no hay muchas esperanzas.

—Tenía entendido —contestó Bill, rígidamente—, que nadie podía estar seguro de la importancia de sus lesiones.

—Es cierto —asintió Wendy—. Nadie puede estar seguro, lo que nos da derecho a seguir abrigando esperanzas. Pero yo he de mirar hacia delante y pensar en lo que tal vez tenga que hacer que tengamos que hacer toda la familia.

—Pero, ¿tanta falta te hace un empleo? Quiero decir, con la pensión del gobierno y todo...

—Claro que no lo necesito —interrumpió Wendy—. Nuestra situación me permitiría vivir tranquilamente sin hacer nada más que ser la viuda de Tad durante el resto de mi vida. Pero la vida nos exige más que ser un mero símbolo. En realidad, nunca me había dado cuenta de esto hasta que Jens Wylie subió al estrado aquel y dijo lo que dijo. Entonces me di cuenta de que estaba dispuesta a tomármelo por el lado fácil, si sucedía lo peor. Estaba dispuesta a convertirme en una de esas viudas del siglo diecinueve que vestían de negro durante toda su vida. Eso es lo que Tad no podría querer nunca, pero era más fácil basar mis planes en eso que enfrentarme a la idea de que debía seguir viviendo: no sólo sobrevivir, sino vivir en un sentido activo, aunque no pudiera estar con él.

—¿Y qué clase de trabajo te interesa?

Wendy sonrió tímidamente.

—Ya me han ofrecido uno —respondió.

Bill la miró.

—Un viejo amigo pensó que me convendría tener una excusa para salir de la casa, donde tendría que pasarme horas sola, ahora que los niños están estudiando. No sé si conocerás a Mike Blaine. Está en el negocio de inmobiliarias, en Cocoa. Dijo que podía contratarme como directora de oficina, con horario reducido, de momento, o con horario completo si más adelante me convenía y disponía del tiempo.

—¿Directora de oficina? —preguntó Bill—. ¿Pero ya tienes idea...?

—¡Oh, claro que tengo idea! Es lo que hacía cuando Tad todavía estudiaba, antes de graduarse e incorporarse a las Fuerzas Aéreas. Por supuesto, una vez en el servicio teníamos que desplazarnos constantemente y tuve que dejarlo, pero sigo siendo una buena directora.

—Bill la miró con admiración. Estoy seguro de que lo eres.

Acabó el café que le quedaba en la taza, casi como si estuviera brindando.

—Sí —aprobó—, está muy bien. Eres admirable. Wendy. De verdad. Pero no lo harás todavía, ¿o sí?

—Por lo menos hasta dentro de un año —respondió—. Tendremos que ver con qué rapidez se recupera Tad, o... Pero, en cualquier caso, esto era algo que ni siquiera me atrevía a plantearme hasta que Jens Wylie dio su rueda de prensa. Así que, debo darle las gracias. ¿Intentarás localizarlo, por favor?

—Te aseguro que lo haré —prometió Bill—. De hecho, ahora que lo pienso, a mí también me gustaría decirle unas palabras.

Amory Hammond tomó su taza, bebió y la devolvió a su lugar, derramando parte del café. Volvió a levantar la taza y colocó otra servilleta de papel sobre el montón que ya había en el platillo, para que absorbiera el café vertido.

—Podría ser algo embarazoso —explicó, prudentemente.

Albert Gervais, que estaba sentado frente a él en la cafetería del Holliday Inn, no contestó nada. Hammond no se refería a sus modales en la mesa. Las palabras cayeron invisibles sobre la mesa, separándoles. Tras unos segundos. Hammond habló de nuevo, mirando a Gervais.

—¿No sabes a qué me refiero?

—No.

—Bueno, aquí estamos, listos para limpiarlo todo y marchar nos. cuando nos enteramos por otras agencias y por el chismorreo internacional que el embajador paneuropeo se ha estado dedicando a un pequeño espionaje privado.

—¿Se conocen los detalles? —preguntó Gervais.

—Por supuesto que no —contestó Hammond—. Los que nos transmitieron el rumor sólo pretendían que nos preocupáramos. Hasta podría ser falso.

—Probablemente no.

—Debió usar algún independiente, claro, y es evidente que no se ha producido ningún daño, pero estábamos listos para limpiar y marchar cuando surge este rumor.

—Ignóralo —aconsejó Gervais, estudiándole.

—Sabes que no puedo hacerlo —Hammond volvió a beber de su taza—. Y sabes por qué.

—¿Lo sé?

—Claro que lo sabes —respondió Hammond, mirándole de nuevo—. Hay ese ridículo asunto del ex vendedor apuñalado en un callejón. Debía ser un homosexual, seguramente, pero no podía sucedernos nada peor. Además, todos los diarios han tenido que comentar lo difícil que resulta matar a un hombre con un cuchillo de juguete como ése, lanzando todo tipo de especulaciones. Ahora tenemos este asunto del delegado paneuropeo. El resultado es que no pasa mucho antes de que las demás agencias comiencen a insinuar que podría haber sido un aficionado con mucha suerte o un profesional con mucha experiencia. Ahora bien, dime, ¿qué profesionales había aquí cuando sucedió?

—Nosotros —contestó Gervais fríamente.

—Justamente —Hammond bebió algo más de café y vertió otro tanto, pero ahora

estaba demasiado preocupado para acordarse de poner otra servilleta—. Aún no me han ordenado que investigue el asunto, pero es lo próximo que harán si no logro aclararlo de alguna forma.

—Tal vez sería mejor que lo ordenaras tú.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué significaría eso en mi hoja de servicios, aunque luego no detuviéramos a nadie? No volverían a encargarme nada más importante que ir a buscar la cesta de la compra.

Gervais no contestó, y Hammond lo miró con enojo.

—Parece como si no te importara en absoluto —se quejó.

—¿Por qué debería importarme? Tú eres el responsable, y me parece muy bien.

—También se trata de tu equipo —insistió Hammond—. Tú eres quien está en el lugar de la acción.

Gervais sonrió fríamente, sintiendo desprecio por él.

—Si —respondió—. Yo soy quien está en el lugar de la acción, y eso es lo que a mí me preocupa. Desde mi punto de vista, no existe nada más. Todas mis responsabilidades me las llevo a casa y las resuelvo mucho antes de que comiencen las charlas y los papeleos en las alturas. Llevo más de veinte años resolviendo problemas antes de que los de arriba se enteren de que existen.

—Pues podrías pensar un poco en resolver éste. Si al menos la policía local pudiera arrestar al que clavó ese cuchillo al ex vendedor...

—¿Por qué?

—Porque entonces quedarla claro que no fue uno de los nuestros, naturalmente.

—¿Estás seguro?

Hammond, que iba a tomar su taza, se detuvo. Lanzó a Gervais una mirada penetrante.

—¿Qué pretendes decirme? —preguntó, por fin, con voz contenida.

—No pretendo decirte nada.

—¡Oh, Cristo! —suspiró Hammond casi suavemente, contemplando su café—. ¿Quién ha sido?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió Gervais—. Tú eres el responsable. No he dicho que fuera ninguno de los nuestros. Solamente te he preguntado si estabas seguro. Por lo que sabemos, tanto podría ser uno de nuestro equipo como otro cualquiera.

—Dios mío. Esto puede arruinarme.

Tomó la taza automáticamente, y luego la apartó lejos de sí.

—¿Piensas decirme quién ha sido?

—Te lo repito —dijo Gervais claramente, mirándole a los ojos—. No he dicho que haya sido ninguno de los nuestros.

—Ni maldita la falta que te hacía. ¡Pero dime quién es!

—No —respondió Gervais tranquilamente. El desprecio que sentía por él crecía en su interior—. No tengo por qué limpiarte el culo. Si piensas que fue alguien del

equipo, descúbrelo tú mismo.

—¿Cómo quieres que lo haga? Encuentran un cadáver en un callejón. ¡En un callejón, nada menos! ¿Cuál de nuestros hombres puede dedicarse a ir recorriendo callejones... —Hammond se interrumpió de pronto y su cara se iluminó.

Su mirada se cruzó con la de Gervais. Casi sonreía.

—Si... —murmuró suavemente—. Siempre que tu equipo ha estado destinado en alguna parte, alguien le daba una paliza a algún bobo en un callejón, ¿no es cierto?

Gervais siguió en silencio, viendo cómo cambiaba la expresión del otro.

—Tú sabes quién lo hacía. ¿Por qué no me dices su nombre? ¿Es el mismo que pienso yo?

—No tengo ninguna prueba —contestó Gervais llanamente.

—Brawley. Kilmartin Brawley —Hammond volvió a tomar la taza de café y bebió sin derramar una gota. La dejó otra vez sobre el plato lleno de servilletas de papel—. Su hoja está limpia, sin embargo.

—Cierto.

Los ojos de Hammond destellaron un instante.

—¿Me apoyarás en este asunto? —preguntó. En su voz podía detectarse la súplica.

—No.

Se contemplaron mutuamente durante unos pocos segundos. El desprecio que sentía por él había crecido tanto que casi podía notar su sabor.

—Si fue él —comenzó Hammond, como si estuviera hablando a solas—, si fue él, naturalmente, no debe ser culpa suya. Debe tratarse de un estado psicológico que no puede controlar.

Gervais no respondió.

—Y sus antecedentes están limpios...

Gervais continuó en silencio, esperando.

—Tendremos que hacerlo —masculló Hammond—. Tendremos que enviarlo a que le hagan un examen psiquiátrico. Podría ser pura rutina, por supuesto. Sí.

—¿Sin hablar del apuñalamiento? —preguntó Gervais.

El alivio que comenzaba a iluminar el rostro de Hammond desapareció de pronto, como cuando se apaga una bombilla.

—¡Dios mío! ¡No!

—Quizá puedas resolverlo así —admitió Gervais.

—Sí, claro. No hay necesidad de dar demasiados detalles ni adoptar una postura muy oficial, al menos por escrito. En los archivos puede constar que se le envió a un examen psiquiátrico de rutina. Lo demás ya lo explicaré yo en privado... y si entonces encuentran algo, algún motivo para retenerlo algún tiempo...

—¿Algún tiempo? —preguntó Gervais. Sus miradas se cruzaron.

—Todo el que sea necesario, naturalmente —contestó Hammond secamente. Sosteniendo la mirada de Gervais. repitió—: Todo... el... que... sea... necesario.

De repente, se puso en pie.

—Quédate aquí. Será mejor que haga esa llamada inmediatamente.

Salió de la cafetería en busca de un teléfono. Gervais esperó hasta que se hubo perdido de vista. Entonces, se levantó y se marchó, deteniéndose a pagar su cuenta. Atravesó el vestíbulo sin ser visto por Hammond, que estaba muy concentrado hablando por un teléfono público. Gervais subió a su habitación y se instaló junto al teléfono, marcando el número de su oficina en la planta baja.

—Si viene Hammond —dijo al rostro que respondió la llamada—, decídele que puede llamarme a mi habitación si me necesita para algo.

Interrumpió la comunicación y, abriendo el cajón que había bajo el aparato, extrajo papel de escribir y un sobre. Dejó papel, sobre y un sello sobre la mesa y tomó su estilizada pluma de plata del bolsillo interior. Anotó la fecha en la esquina superior derecha del papel y comenzó a escribir una carta.

Querido hijo:

La semana que viene volveré a estar en Washington. Cuando lleve una semana allí, más o menos, es posible que me concedan algunos días de permiso. Entonces podré venir a veros a ti y a tu abuela, y podremos ir al Museo Marítimo.

Me alegra saber por tu abuela que tu nota de historia vuelve a ser una «A», como las demás asignaturas. Nada puede equipararse a la excelencia, como nada puede excusar jamás el fracaso...

Sonó el teléfono, interrumpiéndole. Dejó la pluma a un lado y atendió la llamada. En la pantalla se formó la cara de Hammond.

—Gervais, ¿dónde diablos te habías metido? Quería seguir hablando contigo de este asunto.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde un teléfono público del vestíbulo, por supuesto. ¿Desde dónde, si no? —contestó Hammond—. Mira, hazme caso y ven aquí. Todavía tenemos mucho de qué hablar.

—No se me ocurre ningún tema.

—¡No se te ocurre el tema! —susurró Hammond, exasperado—. Atiende, con esta llamada toda la porquería ha quedado bajo la alfombra, al menos por lo que concierne a los archivos. Pero todavía seguirán molestos porque hubiera alguien como Brawley en el equipo sin que yo lo supiera. Basta con eso para que pierdan la confianza en mí y me dejen arrinconado. Ven aquí y ayúdame a encontrar una forma de arreglarlo.

—¿Qué forma? No se puede arreglar.

Hammond se quedó petrificado en la pantalla, mirándole, durante un larguísimo instante.

—¿Que no se puede arreglar? ¿Qué quieres decir? —su voz se quebró—. ¿No se puede arreglar?

Por fin, el desprecio que había estado acumulando pasó a la voz de Gervais.

—Pero, ¿qué te crees? Lo envías a un examen psiquiátrico de rutina a los pocos días de comenzar a recibir presiones por lo de ese asesinato. ¿Piensas que no leen los periódicos y no saben sumar dos y dos? Da lo mismo que confiese el apuñalamiento o no; yo en tu lugar, dimitiría.

Cortó la comunicación, volvió a tomar la pluma de plata y prosiguió la carta.

Cuando crezcas, verás que la gente se divide en dos clases tan sólo: los ineptos, que dejan que las cosas les sucedan, y los capaces, los que actúan y hacen que a los demás les sucedan cosas. Si no te esfuerzas en pertenecer a una de estas clases, caerás en la otra. Los que son ineptos y dejan que las cosas les sucedan estarían mejor muertos, y terminar con sus miserias es un acto de caridad. Jamás permitiría que un hijo mío perteneciera a otra categoría que a la de los que se hacen cargo de la vida y de los demás hombres.

Tu padre que te quiere.

FEDYA OBSERVÓ CÓMO SUS MANOS introducían los datos de observación en la computadora. Hacía tiempo que había dejado de dirigir conscientemente el movimiento de sus dedos. Durante los seis meses y medio precedentes, su organismo había llegado al punto en que realizaba todas sus acciones casi automáticamente. Preparaba los experimentos, mantenía al día los registros, se cuidaba de la limpieza, en conjunto hacia tanto como era físicamente capaz de hacer.

Hacía mucho que sabía que un solo individuo no podía encargarse de todo el trabajo, ni siquiera del trabajo limitado que se había impuesto en la Fénix Dos. Al cabo de algún tiempo, determinadas tareas desaparecieron. No es que las eliminara conscientemente, sino que, de alguna forma, habían quedado al margen de la rutina diaria. No había informado de ello al control de expedición, porque había ocurrido después de que el lasercom y la radio de la Fénix Dos dejaran de funcionar a su vez. Al menos, él creía que habían dejado de funcionar. O eso, o había dejado deliberadamente de comunicarse.

—Fuiste tú, que dejaste de llamar —le informó, colérica. Mariya, su esposa muerta—. ¿O es que no te acuerdas?

Naturalmente. Mariya no estaba realmente allí. Ella, los cuatro niños que habían muerto con ella en la catástrofe ferroviaria y los demás martenautas que se hallaban con él en el momento del despegue existían sólo en su mente. No creía que estuvieran realmente con él, pues se mantenía bastante cuerdo, aunque sorprendentemente débil. No. meramente les hablaba en voz alta e imaginaba que le respondían, al igual que cualquier otro hombre solitario podría hablar con un gato o con una imagen, sólo para romper el silencio de su exilio.

Ahora lo recordaba bien. Cuando comenzó a sentirse físicamente derrotado, se dijo que las comunicaciones con el control de la expedición ya no funcionarían más. Naturalmente, en Kennedy seguían recibiendo algunos informes sobre su estado físico que se transmitían automáticamente de la nave a la Tierra. No había forma de evitarlo, pero podía fingir que era imposible sostener una conversación con lo que evitaba tener que informar o discutir sobre mil pequeños detalles.

Ni siquiera estaba seguro de qué funcionaba mal en él. Existía la posibilidad de que también él hubiera recibido cierta dosis de radiación. Sin embargo, la debilidad de su cuerpo parecía deberse, más que nada, a la degeneración de los huesos y otros problemas que podían afectar a los viajeros espaciales confinados en límites reducidos si no efectuaban suficiente ejercicio.

Había intentado hacer ejercicios, por supuesto, pero con toda la nave a su cargo, no le quedaba ni tiempo ni energía. A esto había que añadir, además, la soledad y una extraña infección de poca importancia.

—Tienes razón. Mariya. Es verdad —respondió. Tomó una carpeta próxima,

donde había ido anotando todos sus síntomas cuidadosamente, e introdujo los datos en la computadora. Fiebre, tos, una sensación general de debilidad. La computadora le informó una vez más de que estaba sufriendo un envenenamiento lento por exceso de zinc en su organismo, aunque las cantidades fueran microscópicas. Había investigado en toda la nave, a fin de averiguar de dónde procedía ese envenenamiento por zinc, pero no había logrado encontrar nada.

De todos modos, la extrapolación de la computadora indicaba que la intoxicación no llegaría a incapacitarle hasta mucho después de aterrizar en Marte, por lo que podía dejarla de lado, mientras pudiera soportar los ligeros vértigos y el cansancio que sentía constantemente.

Se levantó para comenzar su recorrido habitual de limpieza. Mientras caminaba, vio que no sólo le acompañaban Mariya y los niños, sino también los demás martenautas. Cuando llegó a la sala de guardia, tomó asiento junto a una mesa. Pensó vagamente que le agradaría alguna bebida caliente, pero le costaba demasiado levantarse a buscarla. Además, su mente estaba ocupada en cuestiones más importantes. Estudió las figuras imaginarias de Mariya, Iliusha, Kostya, Pavlushka, Vanya, Tad, Bap, Anoshi, Dirk y Bern. Todos escuchaban atentamente, esperando que les hablara.

—Apenas faltan cuarenta y dos días para que alcancemos la órbita de Marte —les anunció—. Casi hemos llegado.

Podía advertir que estaban complacidos, tan complacidos como él. Para los habitantes de la Tierra, ese viaje podía representar una ocasión histórica: en realidad, se trataba simplemente de acabar una cosa que se había comenzado. Su grandeza no radicaba en el viaje en sí, sino en lo que significaba.

—Imaginad la raza humana como si fuera un gran animal —pidió a los espíritus reunidos en torno suyo—. Imaginadla como si fuera una montaña de hormigas, donde cada una de ellas forma parte de un mismo organismo viviente: o como un gran molusco donde las células del organismo fueran lo que consideramos individuos. Esta enorme criatura, que llamamos Hombre, evolucionó desde un antepasado primitivo, digamos, sobre la orilla de un océano universal. Al comienzo, quizá no tuviera conciencia de lo que quería, o de adonde quería ir: pero eso se fue desarrollando. Poco a poco, fue descubriendo que tenía el don de soñar, el don de la conciencia.

»Con esta conciencia, empieza a darse cuenta de que hay una parte más áspera donde crecen cosas. Empieza a descubrir que puede crecer y multiplicarse y cambiar la naturaleza de la playa en que se encuentra. Gradualmente, va creciendo hasta que llega a dominar la charca causada por las mareas a orillas del océano donde alcanzó por primera vez la conciencia.

»En este punto debe enfrentarse con una crisis. Ha llenado todo el espacio disponible en la vecindad inmediata. Mirando más allá de la charca, con sus aguas calientes, mansas, seguramente protegidas, ve el resto de la playa que se extiende hasta el infinito en ambas direcciones, sin vida, árida, terrorífica. Hasta ese momento,

el Hombre no ha prestado gran atención al resto de la playa interminable que incluye su charca. En efecto, ha ignorado el resto del universo. Pero ahora, tras mirar alrededor, le resulta imposible volver al feliz estado de ignorancia anterior, cuando no conocía sino su terreno limitado.

«Entonces nace un conflicto interior. Parte del Hombre desea salir; explorar y conquistar las vastas playas que rodean su territorio. Pero otra parte está asustada y desea quedarse donde está. *Esta pequeña charca siempre ha sido segura y cálida, arguye esta segunda parte. Aquí conocemos las reglas, sabemos cómo funciona todo. Tal vez en el exterior imperen otras reglas. Tal vez haya peligros desconocidos. Ciertamente, no vemos más seres vivos que nosotros mismos.*

»Ahí precisamente está la gloria, responde la primera parte. *Toda esa playa infinita, esperando solamente que la tomemos. ¿Acaso no es una noble empresa que salgamos y nos difundamos hasta la eternidad en todas direcciones?*

»Pero puede ser muy doloroso, replica la segunda parte, temerosa. *La aventura puede costar cara. El precio de las ventajas que obtengamos puede ser demasiado alto.*

»Sin embargo, insiste la primera parte, *estamos obligados por lo que somos a explorar lo que sabemos que existe.*

»Así debate la criatura en su interior, ansiosa por partir, y llena de temor al mismo tiempo, hasta que finalmente la parte que desea experimentar y arriesgarse prevalece hasta el punto de que la criatura manda un pseudópodo hacia la charca próxima. Es sólo un delgado tentáculo que avanza sobre la tierra áspera y muerta donde jamás ha habido vida. De esta forma, sólo se arriesga una parte limitada del ser, pues el tentáculo no es imprescindible.

»Y, naturalmente, aquí está su genio. La gran virtud de la criatura es precisamente ésta. A diferencia de cualquier otra especie que haya intentado sobrevivir en la playa universal, fracasando, el Hombre ha sobrevivido porque está dispuesto a sacrificar una parte de sí mismo en beneficio del resto. Así, pues, vacilando, extiende el pseudópodo. Al principio, no va muy lejos; solamente cruza una pequeña duna que separa la charca de otra más pequeña que hay al lado mismo. Incluso esto, sin embargo, es ya una gran aventura y se realiza con gran esfuerzo. Pero, al fin, el extremo del pseudópodo llega al suelo extraño de la charca satélite y lo encuentra frío, duro, ajeno, pero alcanzable.

«Entonces vuelve a comenzar la eterna lucha, porque el siguiente paso debe ser muchas veces mayor al viaje realizado. Debe dirigirse a una zona distinta de la playa, a gran distancia. Se recrudece el conflicto sobre si este viaje debe o no emprenderse y la criatura se encuentra dividida internamente. Incluso cuando se llega a la decisión, después de todo, de enviar un tentáculo a tan considerable distancia, a ese lugar tan extraño y distinto, incluso cuando ya se ha mandado el tentáculo, prosigue la lucha. Sin embargo, éste continúa su curso hacia delante, a pesar de que la división que hay tras él le obligue a avanzar lentamente, y, al fin, toca lo que ninguna parte de la

criatura había tocado nunca: un charco diferente, una parte distinta del inacabable universo de la playa. Ahora ya hay un precedente. Incluso mientras la criatura se deleita con el triunfo obtenido, se da cuenta de que ya jamás podrá contentarse con vivir en su propia y limitada zona. Ha estado *fuera* y ya no soportará seguir *dentro* por más tiempo.

»Y así —concluyó Fedya, mirando todos los espectros que le rodeaban—, podéis ver que ya está todo cumplido. Pues si es posible vencer la extensión misteriosa de la playa universal, entonces no hay nada que no sea alcanzable por la criatura llamada Hombre. Todo lo que imagine terminará por realizarlo: ya sabe eso, ahora. Todas las cosas pueden conquistarse, hasta la misma muerte.

Miró hacia Mariya y los niños.

—Así, pues, queridos míos —dijo hacia su familia. Miró en dirección a Tad—. Así, pues, camaradas, cuando el módulo de la Fénix Dos se pose por fin en Marte, vuestras muertes dejarán de existir, porque habréis viajado conmigo, en esta astronave, hasta otro punto de la playa, entrando en un universo mayor donde todas las cosas existen para siempre y la vida y el trabajo son eternos.

Fedya se levantó de su asiento y prosiguió el recorrido diario de la nave.

SOBRE LA MESA ante la cual Jens había sido invitado a tomar asiento, en la oficina número ocho del centro de terapia de Arlington, Virginia, no había nada que se pareciera a un montón de hojas mecanografiadas. Jens se preparó para un enfrentamiento, pues no pensaba marcharse sin su libro.

—Como verá —decía el alguacil sentado al otro lado de la mesa—, todo lo que llevaba en los bolsillos cuando fue legalmente confiado a nuestra custodia se encuentra en este sobre. Ahora, si quiere leer y firmar este último impreso...

El alguacil era un hombre dé poca estatura, con aspecto de oficinista, y llevaba lentes de contacto teñidos de color dorado. Jens abrió el sobre rosa y esparció su contenido sobre la mesa. Había algunas monedas, un reloj de pulsera, una grabadora en miniatura y una cartera. Distribuyó estos artículos por los bolsillos del traje nuevo que vestía y tomó el impreso en sus manos.

—¿De qué se trata?

—Es solamente una declaración de que no tiene ninguna queja inmediata sobre el tratamiento recibido mientras cumplía la sentencia. Por supuesto, no es ninguna carta de absolución para el gobierno; tiene hasta seis meses para presentar denuncia contra cualquier funcionario que le haya tratado, en su opinión, de forma ilegal, inhumana o indecente mientras se hallaba bajo nuestra responsabilidad.

—Todos se han portado correctamente conmigo —reconoció Jens, estampando su firma.

—Es usted muy amable, señor Wylie. —El guardia recogió el impreso.

Jens le sonrió.

—Así que me han devuelto el «señor», ¿verdad? Pierde uno la costumbre, después de nueve meses de tuteo.

—Sí, señor —respondió el alguacil—. Ya lo creo. Me parece que ahora se está empezando a hacer hincapié en que el personal de los centros de terapia trate a los internos de una forma más correcta y educada.

—Muy bien —aprobó Jens—, pero las cárceles son siempre cárceles, por más medidas que se tomen. —Abrió la cartera y vio que estaba vacía—. ¿Y mi tarjeta de la seguridad social?

El alguacil le tendió una, deslizándola sobre la mesa. Era la misma tarjeta de plástico que había llevado durante muchos años, pero ahora era de un suave color paloma, en lugar del blanco original.

—Gris —comentó Jens al tomarla.

—Lo siento, señor Wylie. Tengo entendido que se está tramitando un indulto presidencial para usted, pero mientras no esté firmado...

—No se preocupe. Por lo que a mí respecta, este gris es una condecoración de guerra.

—Sí, señor.

—Dígame una cosa, por favor. ¿Tratan siempre con tanta cortesía a los prisioneros federales que son liberados o mi caso es excepcional?

—Es así con todos, por supuesto, señor Wylie. —El alguacil se puso en pie y extendió la mano.

Jens la miró durante un instante.

—¿Dónde está mi manuscrito? —preguntó.

—Oh, perdone, lo había olvidado —contestó el alguacil, sentándose de nuevo. Se agachó tras la mesa y extrajo dos cajas de cartón que originalmente habían contenido papel en blanco y ahora estaban unidas con un cordel, formando un solo paquete.

Jens sintió un estremecimiento de alivio, pero todavía quedaba un punto por confirmar.

—Si no le importa... —dijo, comenzando a desatar el cordel.

—Claro que no. ¿Quiere un cortaplumas?

—No, gracias.

—La mayoría del personal de este centro está esperando que lo publiquen para leerlo —explicó el alguacil, observando benignamente cómo Jens deshacía los nudos, separaba la tapadera de cartón y comenzaba a repasar el contenido—. Mi esposa leyó los artículos que extrajo del libro y dice que son fascinantes. Siempre se ha interesado mucho por el programa espacial. Yo creo que esperaré a que hagan la película: nunca me han gustado demasiado los libros, ya me comprende. Pero mi esposa me pidió que le preguntara cuándo lo publicarán.

—Todavía no tengo editor —contestó Jens—. Primero he de acabar de escribirlo.

Todas las hojas mecanografiadas estaban allí. Paula Anisha le había explicado que el gobierno no podía en absoluto confiscar sus escritos permanentemente, pero que podía intentar retrasar la entrega (y, por consiguiente, la publicación) de varias maneras.

Jens advirtió que el alguacil le ofrecía de nuevo su mano, por encima de la mesa.

—¡Qué caramba! —exclamó Jens, estrechando la mano—. Adiós.

—Adiós, señor Wylie.

Jens permaneció de pie, sosteniendo las cajas.

—¿Dónde está la salida?

—Permita que le acompañe —ofreció el alguacil.

Se levantó y rodeó la mesa, revelando ser aún más bajo de lo que parecía cuando estaba sentado.

—Por aquí, por favor.

Acompañó a Jens fuera de la oficina, por un pasillo que conducía, tras cruzar puertas y girar en varios sentidos, a otro despacho. Allí había un hombre de aspecto gris, que se levantó al verles llegar.

—¡Sel! —exclamó Jens. Se detuvo en seco.

—Bueno, caballeros, yo les dejo.

El alguacil se retiró.

—Hola, Jens —saludó Selden Rethel. Nueve meses no parecían haber cambiado ni el nudo de su corbata—. Supongo que estarás impaciente por salir en busca de tus dos amigos, pero te ruego que me acompañes un momento a cambiar unas palabras con cierta persona.

—En otro momento, quizá —se excusó Jens—. Lin y Barney están esperándome.

—Ya he hablado con ellos. No te demoraré más de veinte minutos, y te acompañaré aquí de vuelta.

—¿Oh? ¿Con quién quieres que hable, entonces?

Selden carraspeó.

—Prefiero no hablar de esto mientras estemos aquí —respondió—. Se trata de un viejo amigo, relacionado desde un principio con el asunto que te condujo aquí. Tiene un gran interés en verte de nuevo, y hablar contigo.

—Estás diciéndome...

—Nada de nombres, por favor —le interrumpió Selden—. Al menos, no en voz alta —sacudió la cabeza—. Me sorprendes. Jens. Después de todo, llevas casi un año en esta institución. Deberías saber que la intimidad de las conversaciones no es una de sus características.

—No, tienes razón —Jens vaciló—. ¿Has dicho que Lin y Barney lo saben y no les molesta esperar?

—La señorita West dijo textualmente que le agradaba saber que ibas a ver de nuevo a nuestro amigo.

—¿Eso dijo? —Jens meditó unos instantes—. Muy bien, de acuerdo entonces.

Salieron de la oficina. Selden le dirigió por el mismo pasillo que había utilizado para llegar allí, pero en la otra dirección. Llegaron a una pesada puerta que se deslizó a un lado cuando estuvieron frente a ella, revelando una especie de sala de espera para visitantes con una pared de vidrio que daba, a través de una puerta giratoria, a un aparcamiento al aire libre. Una vez allí, entraron en un automóvil a cojín de aire de color azul y aspecto anónimo, que se elevó suavemente por encima del pavimento y los condujo fuera de los terrenos del Centro de Terapia Federal de Arlington, hacia la autopista de Washington.

—Creo que ya sé de qué se trata —anunció Jens, después que hubieron alcanzado la velocidad de crucero, tras viajar cierto tiempo en silencio—. El gobierno quiere que aplase la publicación de mi libro. Bien, pues mi respuesta es no.

—Te estás precipitando a sacar conclusiones. Jens.

—¿Ah, sí? Yo más bien creo lo contrario. Sel. Deja que te diga una cosa. Pensaba escribir la historia del programa espacial, tal como debía ser escrita, hace ocho años. Tenía que haberlo escrito hace dos años, en mi tiempo libre. Me han hecho falta nueve meses de prisión para comprender que no se puede esperar que llegue el momento oportuno de pasar las palabras al papel: te sientas en cualquier lado y escribes, sin esperar nada. Así es como se hace. Ahora, por fin, he conseguido

acabarlo —bueno, casi—, y hay partes que ya han sido publicadas. Ocurre que parte del libro trata de temas que pueden resultar comprometedores para el gobierno, pero yo no puedo evitarlo. Me he propuesto contar una historia como es en realidad. Y la única forma de retrasar su publicación una hora tan sólo a partir de que el manuscrito llegue a la imprenta, consiste en matarme. Lo digo en serio...

Jens se interrumpió. Había ido excitándose conforme hablaba, y ahora comenzaba a oír resonar su voz dentro de la burbuja cerrada del coche. Ese sonido le hizo sentir vergüenza. No había querido gritar, sino exponer clara y firmemente sus creencias e intenciones.

—¿Has terminado, Jens? —preguntó Selden, tras varios segundos de silencio.

—Por el momento.

—Entonces déjame repetirte que estás sacando conclusiones precipitadas. Lo único que el gobierno quiere es que publiques tu libro, de la forma que tú creas más conveniente. Por eso el presidente quiere hablar contigo. Lejos de ponerte obstáculos para su publicación, creo que piensa ofrecerte la ayuda del gobierno. Desea que el libro se convierta en un éxito.

Jens se volvió y contempló el impasible perfil del otro.

—Si me estás mintiendo. Sel —advirtió tras una pausa—, no ocurrirá nada bueno.

—Tus palabras no me ofenden. Sé que has estado pensando que encontrarías oposición a la publicación de tu libro, y los últimos nueve meses de tu vida excusan cualquier reacción por tu parte. Sin embargo, lo que te digo es la pura verdad.

—No puede ser. No, después de lo que he pasado.

—Lo que has pasado es lamentable, naturalmente, pero no modifica la situación actual, que es distinta de la que prevalecía cuando fuiste sometido a custodia por violar las responsabilidades de tu cargo oficial. Ya te dije una vez, y creo que te lo han dicho otras personas, que tú nunca llegarías a comprender la política. La política trata con los seres humanos en masa, que son cantidades impredecibles. De ahí se desprende que los únicos planes de acción que un gobierno encuentra aplicables son los basados en el pragmatismo. Si cambia el viento y parece que hay mejores oportunidades en otra dirección, el gobierno también cambia y se adapta a la nueva tendencia. Esta es una de las leyes de la misma historia a que tú te referías antes.

—¿Qué es lo que ha cambiado tanto para que ahora todos quieran mi libro?

—En esta sociedad tenemos un sistema responsable —explicó Selden—. Admito que se comete todo tipo de errores sobre la marcha, pero en términos generales está obligado a moverse de acuerdo a sus principios básicos. De no ser así, se habría venido abajo hace mucho tiempo.

Jens se dio cuenta, de pronto, que le dolían los músculos de las mandíbulas. Su airada sospecha le había hecho apretar tanto los dientes que comenzaba a acalabrarse.

—¿Insinúas acaso que la gente ha empezado a comprender lo que les hicieron a los martenautas?

—No. Con nuestro sistema, hubieran terminado sabiéndolo, a largo plazo. No eres el único fanático de la verdad que hay en el mundo, Jens. Lo que he querido decir es que ahora la situación es distinta debido a cierto número de acontecimientos, como la muerte de Tad Hansard: la continuación del viaje a Marte en solitario por Feodor Asturnov: determinada indiscreción por parte de uno de los delegados nacionales para el lanzamiento y una desagradable campaña publicitaria ocasionada por los actos de un, mmm, infortunado psicópata a sueldo del gobierno.

—¿Qué psicópata? ¿De qué me hablas?

—Bueno, no hace falta que hablemos de eso ahora, Jens. Además, ese joven se encuentra sometido a terapia y hay grandes posibilidades de reconstruir su personalidad, aunque pueden hacer falta años.

—Ah, ya veo. Otro como yo, ¿verdad?

—¡De ninguna manera! —contestó Selden—. Este individuo es realmente un psicópata criminal. El incidente que ocasionó su internamiento no fue el primero, aunque sí el primero mortal.

—Bueno —admitió Jens—, aunque sea verdad, sigue pareciéndome una película de terror. Si se sabía todo esto, ¿por qué he pasado nueve meses en la cárcel?

—Fuimos obteniendo la información poco a poco —explicó Selden—, no toda a la vez. En política no hay secretos, pero a la larga. Y me refiero también a la política internacional, por supuesto.

—¿Y esta nueva situación hace que mi libro sea aceptable para el gobierno?

—Exactamente —respondió Selden—, El resultado general de todo lo sucedido fue que la atención mundial se concentró muy favorablemente en la continuación del esfuerzo espacial, particularmente con respecto a Marte. Es altamente probable que se organice una nueva expedición dentro de los ocho próximos años; es un punto permanente en todas nuestras conversaciones y negociaciones con los países ricos en población. Así, pues, en estos momentos, la credibilidad nacional es un asunto de la máxima importancia. La honestidad de tu trabajo hace que sea muy valioso en este sentido.

—Ya veo —asintió Jens.

Se sentía interiormente vacío. Se volvió para mirar a través de la ventanilla del vehículo, que circulaba silenciosamente a gran velocidad. Estaba intentando recordar un cuento que había leído, o que le habían contado, mucho tiempo antes. El cuento se refería a un hombre en cuyo país todo el mundo llevaba hierros en la pierna izquierda. El hombre quiso rebelarse contra este hecho, pues los hierros llagaban y mutilaban las extremidades de sus compatriotas, y tomó una espada dispuesto a buscar y matar al responsable de la situación.

Por fin, tras una larga búsqueda, llegó a la morada de un diablo causante del hecho. La única forma de vencerle era apuñalarlo por tres veces. Eso liberaría a su pueblo. Sin embargo, el hombre había sido advertido de que el diablo podía tomar la forma que quisiera, por lo que debía ignorarla y golpearlo sin más consideración. El

hombre lo hizo así, viéndose obligado a matar por turno a su hermana, padre y madre, que le suplicaban que no lo hiciera.

Después, abandonó el hogar del diablo y regresó al suyo propio, donde encontró hermana, padre y madre muertos de la misma forma en que él había atacado al diablo. Pero, mientras iba de camino a su casa, toda la gente con la que se cruzó llevaba hierros en la pierna derecha pues, según le dijeron, la antigua costumbre se debía a una superstición.

Jens no estaba completamente seguro de por qué esta narración le hizo sentirse mejor, pero cuando al final logró recordarla de principio a fin se sintió extrañamente satisfecho, casi animado. Se recostó en su asiento.

Tras cierto tiempo, el automóvil abandonó la carretera principal y se internó en una zona residencial suburbana, hasta detenerse ante un club de golf. Cambiaron el automóvil por un carrito de golf que Selden condujo hasta el onceavo hoyo, donde encontraron a Fanzone con un compañero de juego a quien Jens no reconoció.

A diferencia de Selden. Fanzone si parecía cambiado, más viejo y más cansado que cuando le vio en la cena de Merritt Island, antes del lanzamiento. Se apartó unos pasos, en compañía de Jens, dejando a Selden y su compañero esperando pacientemente. Jens no pudo ver que hubiera otros golfistas esperando que pudieran sentirse molestos por la interrupción. Al parecer, estas cosas no sucedían cuando el que jugaba era un presidente.

—¿Cómo estás, Jens? —preguntó el presidente, tras recorrer la suficiente distancia para estar seguros de no ser oídos.

—Estoy muy bien.

—¿Te trataron bien? Quiero decir, no te dieron...

—Nada de drogas, camisas de fuerza ni celdas acolchadas, no —contestó Jens—. Exactamente igual que un club de campo.

Fanzone suspiró.

—Excelente. Quiero que sepas que di alguna orden al respecto, discretamente, por supuesto. Pero mis órdenes no siempre se cumplen en el espíritu igual que en la letra. No sé qué decirte. Jens. Debo excusarme, naturalmente. Estaba equivocado.

—¿Equivocado? —repitió Jens, sorprendido. Lo último que esperaba era que Fanzone le pidiera perdón. Cualquier excusa era gratuita, además de innecesaria. Además. Jens nunca había pensado que los presidentes podían pedir excusas, al menos a personas ordinarias como él y respecto a cuestiones de poca importancia.

Se fijó de nuevo en lo viejo y cansado que parecía Fanzone. En su interior brotó parte de su antigua admiración y afecto hacia ese hombre.

—Sí, claro —respondió Fanzone—. No tuve tiempo de comprobar lo que me dijiste respecto al programa experimental, así que me fie de la palabra de otras personas. Este fue mi error.

—No tiene importancia.

—Recibirás un indulto, naturalmente. Pero, ¿cómo puedo reparar esos nueve

meses? Una vez detenido, me fue políticamente imposible variar la situación. Ésta es la primera oportunidad que tengo de hablar contigo.

—Realmente, no tiene importancia. Hasta ha sido positivo para mí. Si no hubiera estado encerrado, con seguridad no habría podido escribir mi libro tan deprisa.

—Sí, el libro.

—Selden me ha dicho que el gobierno lo aprueba, actualmente.

—Sí, sí —confirmó Fanzone—. De hecho, si podemos ayudarte en algo... He leído algunos de los extractos publicados en revistas. Eres un buen escritor. Claro que eso ya lo sabíamos todos.

—Gracias —contestó Jens—, pero sólo se trata de un vulgar estilo profesional.

Esperó en silencio. Fanzone, sin embargo, no añadió nada durante varios segundos. Parecía estar batallando consigo mismo. Su mirada se dirigió hacia las copas de los árboles que ocultaban el catorceavo hoyo.

—Jens —comenzó, de pronto, volviéndose para mirarle de frente—, molemos lento, eso es todo. Pero me gustarla convencerte de que, al final, molemos fino. La mayoría de la gente, incluidos muchos con poder y autoridad, cree en la civilización y depende de ella. A largo plazo, trabajan por ella. De otro modo, no habría civilización en absoluto.

—Supongo que sí —admitió Jens—, pero, sea como fuere, todos los progresos que hacemos dan la impresión de tropiezos y caídas hacia adelante, más que nada.

—Sí... también es verdad. —Fanzone alzó su mano bruscamente—. ¿Te mantendrás en contacto conmigo, de vez en cuando? Me gustaría saber cómo te van las cosas.

—Como gustes.

—Muy bien. Dentro de un año y medio, más o menos, acabará mi mandato. Todavía no he pensado qué haré entonces. Cuando empiezas te avisan que se trata de un trabajo muy considerable, pero no puedes creer cuán considerable es hasta que no entras de lleno en él. Tal vez, dentro de unos cuantos años, tú y yo podamos vernos de vez en cuando.

—Muy bien —respondió Jens.

Se estrecharon las manos.

—Bueno —dijo Fanzone, volviéndose de pronto y comenzando a caminar de regreso al *tee*—. Tengo que seguir el juego. No es que me guste mucho el golf, pero los médicos me lo recomiendan.

Lin y Barney llevaban poco más de una hora esperando en la zona de aparcamiento para visitantes de la institución donde Jens había estado internado los últimos nueve meses. Estaban los dos en el vehículo a cojín de aire de Barney, quien ocupaba el asiento izquierdo de los dos delanteros mientras Lin permanecía a solas en el largo banco curvado que llenaba la parte posterior.

—¡Aquí está! —exclamó Lin, de pronto—. Barney, haz salir el coche para que

nos vea.

Barney puso el motor en marcha. Retrocedió, dando la vuelta a la vez, de forma que el automóvil quedó en el centro del carril que separaba las dos hileras de vehículos aparcados y de cara a la salida del aparcamiento. Un automóvil azul que acababa de entrar giró en su dirección, por el mismo carril en que estaban ellos, y se detuvo al lado de su coche.

—Son ellos —dijo Barney.

Jens abrió la portezuela del vehículo azul, volvió la cabeza para decir unas palabras de despedida a Selden Rethe y salió, cerrando la puerta desde fuera. Selden arrancó y se fue. Jens abrió la puerta del lado opuesto a Barney y subió, estrechando la mano de Barney. Sin embargo, no se detuvo allí sino que continuó hasta la parte posterior, donde esperaba Lin.

—Allá vamos —anunció Barney, poniendo el automóvil en marcha hacia la salida y la carretera que había más adelante. Lin abrazó a Jens, que se había sentado a su lado, y le estrechó con fuerza, besándole apasionadamente.

—Hola, cariño —murmuró Jens suavemente junto a su oído.

Lin comenzó a temblar. Barney estaba atravesando la salida para entrar en la carretera, y ella no quería soltar a Jens. No quería apartarse de él nunca. Para su gran sorpresa, estalló en lágrimas.

—Nena —dijo Jens, acariciándole el cabello.

—No te apartes de mí —sollozó—. ¡Abrazame!

Los brazos de Jens la rodearon con fuerza. Ella se aferró a él.

Ya había dejado de sollozar en silencio: ahora lloraba abiertamente y Jens la consolaba, mientras Barney seguía allí sentado, enterándose de todo, y a Lin no le importaba.

Ocultó su rostro en la cálida hendidura que había entre el hombro y el cuello de Jens y dio rienda suelta a sus sollozos.

TUVIERON QUE ATRAVESAR todo el centro de Washington para llegar a su cita con Sir Geoffrey. Éste les esperaba en la licorería que había indicado y cuando vio que aparecían salió a la calle, sosteniendo cuidadosamente un paquete, y subió al automóvil acomodándose junto al asiento de Barney.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Lin, después que Sir Geoffrey diera a Jens la bienvenida a la libertad y Barney hubiera introducido nuevamente el coche al tránsito de la calle.

—¿Esto? Es vino —contestó Sir Geoffrey, reclinando su asiento tanto como pudo—. Un champagne muy bueno que puede gustarle a Clo. En este país no lo venden más que aquí.

—¿Nada más que una botella? —insistió Lin, sonriendo.

—Bueno, es sólo para nosotros dos —respondió Sir Geoffrey, gravemente—, y Clo apenas bebe, a estas alturas. En otra época... pero eso fue en otra época.

—¿Adónde vamos ahora? —quiso saber Jens.

—Al aeropuerto, para regresar a Merritt Island —explicó Lin—. Han organizado una pequeña recepción, para celebrar tu salida. No —añadió rápidamente, al ver que Jens cambiaba de expresión—, no es nada multitudinario. Apenas unos cuantos amigos como Bill Ward, por ejemplo. Poca gente, de verdad.

—Menos mal —suspiró Jens, volviendo a recostarse en el asiento—. Después de nueve meses allí dentro sales muy tranquilo. No creo que pudiera soportar bandas de cometas, al menos de momento. Además, lo que hay que celebrar no es mi salida, sino que Fedya haya conseguido llevar la Fénix Dos hasta Marte, tal como ha hecho. Esto, junto con la muerte de Tad, ha decantado nuestro futuro hacia el espacio.

—¿Recibía los periódicos? —se interesó Sir Geoffrey desde el asiento delantero.

—Oh, sí. He podido enterarme de todo: las señales de radio que indicaban que Fedya seguía con vida, la reacción popular en todo el mundo, todo. Por fin se dio la culpa a quien le correspondía, a la política de siempre.

Dirigió la mirada hacia Sir Geoffrey.

—Sin ánimo de ofenderle.

—¿Por qué no? —contestó Sir Geoffrey animadamente—. El sistema era bueno. La política de siempre ayudó a construir la Tierra. Hubo un tiempo en que no podía ver nada malo en ella, y no me avergüenza decirlo. Ahora bien, es evidente que fuera de la Tierra no sirve de nada. De acuerdo: en ese caso, se elimina. Yo ya lo he hecho. Y tampoco me avergüenzo de ello.

—Geoff —explicó Lin—, ha sido nuestro brazo derecho todo este tiempo. Sin él, no hubieras salido tan pronto. Jens. Él era el que sabía de qué cuerdas había que tirar y qué botones se debía oprimir... y cómo.

—¿Es cierto? —preguntó Jens a Sir Geoffrey—. ¿Qué opinión se formó el

gobierno británico sobre estas actividades tuyas?

—¡Oh, Señor! Estoy retirado. No hubiera podido hacerlo, de no ser así. Dimítí inmediatamente después de su rueda de prensa. Ahora que estoy retirado, me arrepiento de no haberlo hecho antes. Puedo beber todo lo que quiera, cuando me apetece. Es raro. Había temido convertirme en uno de esos vejetes borrachos que todo el mundo evita en las fiestas, pero no ha sido así. Al cabo de un rato, me entra sueño y me duermo tranquilamente. Y, según me dicen, ni siquiera ronco.

Miró hacia Jens por encima del hombro, con aire de triunfo.

—¿Qué le parece?

—Notable.

—Ah, sí —admitió Sir Geoffrey—. Se debe a un talento natural, supongo, pero yo jamás he sido lo que podría llamarse un hombre corriente, como los demás.

—La celebración de Merritt Island será por Fedya, también —prosiguió Lin. Jens se volvió hacia ella. Por detrás de su cara se veía la elevada pared acústica que protegía la autopista de hormigón, una forma momentánea de color negro que indicaba que estaba atravesando una zona urbana donde se exigía silencio.

—¡No pensarán ponerme en el mismo cesto que Fedya! —se escandalizó Jens.

No. no. No es eso. Es sólo que las dos cosas han sucedido a; mismo tiempo. Tú acabas de ser liberado y Fedya llegó a Marte hace diez días. Si sigue el programa que le calculan, aterrizará hoy en la superficie.

—Tanta distancia... —murmuró Jens, para sí, con los ojos dirigidos a la negrura movediza de la pared que tendía, semejante a la oscuridad que separa las estrellas en el espacio, un puente entre esta autopista de la Tierra y los polvorientos cráteres de color óxido en el suelo de Marte—. Tanta distancia...

Como Jens había dicho, los nueve meses de vida en reclusión habían ejercido cierto efecto sobre él. Después de la primera hora, la gente y los sonidos de la fiesta comenzaron a abrumarle. Empezó a buscar a Lin, con quien quería hablar a solas. Todavía no le había contado el sorprendente cambio de actitud del gobierno respecto a su libro. Algo en su interior le había hecho reservar esa información para poder sorprenderla en una conversación privada entre ellos dos.

En esos momentos transcurría la mitad de la tarde. La fiesta se celebraba en la mansión de la duquesa, que parecía haberse convertido, además, en la residencia no oficial de Sir Geoffrey. No era la misma casa que había ocupado anteriormente, sino un hogar increíblemente modesto (para ella), a unas dos millas de distancia, que adquirió cuando decidió en forma inesperada, como Lin había contado a Jens, instalarse definitivamente en ese lugar, y no en las Indias Occidentales.

La casa, por consiguiente, no era más que una construcción amplia y moderna con cuatro dormitorios, un estudio, una biblioteca, piscina, un espacioso jardín con un canal privado que daba al Banana River, y un cobertizo para botes y un muelle de madera donde estaba atracado un yate de diez metros con un puente movable. Ella y

Sir Geoffrey utilizaban a menudo el yate para salir navegando a cenar. Lo más sorprendente era la escasez de criados. El pelotón de jóvenes con acento castellano había regresado a España, siendo sustituidos por una mujer que acudía dos veces por semana y un equipo de mantenimiento que venía una vez a la semana.

De todas formas, la casa y el terreno seguían siendo lo bastante grandes para que Jens tuviera dificultades para encontrar a Lin. Ahora, la mayor parte de los invitados estaban congregados al aire libre, en torno a la piscina. Buscando por la casa, terminó encontrándola en la cocina, amplia y aireada. Estaba con la duquesa, limpiando la vajilla en un fregadero situado bajo un amplio ventanal desde el que podía verse la piscina y un grupo de hamacas que acogían a Sir Geoffrey y algunos otros invitados.

—Hola —saludó Jens, entrando en la cocina—. ¿Se ha estropeado el lavavajillas?

—Está lleno —explicó Lin—. ¿Qué haces aquí?

—La vida social todavía no me atrae tanto como pensaba. ¿Puedo ayudar en algo?

—Puedes relevar a Clo —contestó Lin. Dejó el plato que acababa de secar y comenzó a desabrochar los lazos del delantal que llevaba la duquesa—. Anda Clo, ve a hacer de anfitriona. Ya nos encargaremos nosotros de esto.

—Primero guardaré esta cristalería que ya está limpia —respondió la duquesa. Incluso arreglando la cocina seguía teniendo aspecto de tener en sus manos el destino de varios gobiernos. Pasó junto a Lin, que comenzaba a anudar el delantal en torno a Jens, y empezó a guardar ordenadamente los vasos de vino limpios en uno de los muchos armarios de que estaba provista la cocina.

Jens, con el uniforme de trabajo, introdujo las manos en el fregadero, lleno de agua tibia y jabonosa, y le pareció agradable. Desde la ventana le llegó claramente la voz de Sir Geoffrey.

—¿La sensibilidad? Excelente para la mayoría, sin duda.

Jens miró al exterior y vio que Sir Geoffrey estaba hablando con un joven alto, de cabello negro, que no llegaba a los treinta años, y una chica más baja, muy bonita, aproximadamente de la misma edad. Su memoria, tras cierta búsqueda, le proporcionó la información de que se trataba de Del Terrence y su esposa Jonie. Del era el representante de la firma Laserkind que había dejado la empresa tras la avería del lasercom, y que ahora trabajaba para Disney World.

—Yo nunca tuve mucha sensibilidad —decía Sir Geoffrey, con la vista fija en sus dos oyentes—. No nací con ella, eso es todo. Para llamar mi atención hacia falta que me dieran primero con un azadón en la cabeza. Sin embargo, después de eso casi siempre procuraba hacer lo debido. Es como cuando perdí el juicio y me pasé al bando del joven Wylie, después de esa rueda de prensa que dio...

La duquesa rió entre dientes.

—Al bueno de Geoff le encanta hablar de eso. ¿Ha observado que cada vez que lo cuenta se pone un poco más en el papel del héroe, y usted va quedando poco a poco en la sombra?

—Si —contestó Jens—, pero no me importa. Me gusta Sir Geoffrey y, verdaderamente, se jugó el cuello por ayudarme.

—Es verdad. Pero, aun así. Geoff vio su oportunidad de retirarse con un gesto glorioso, honorable o no. pues eso le tenía sin cuidado, y la aprovechó. ¡Escúchele ahora!

—Así que, ¿qué podía hacer yo? Después de haber estado obstruyendo a la policía y mintiendo a los del FBI, y todo lo demás, no me quedaba sino dimitir. Pero todo ha sido para bien. Ahora soy libre de venir a sitios como éste, y puedo beber cuanto quiera sin dejar en mal lugar a mi gobierno. Siempre deseé que llegara este día, aunque también lo temía un poco. Se lo estaba contando a Wylie y Lin cuando veníamos, era una de mis preocupaciones.

Tenía miedo de acabar como un viejo tambaleante que no puede decir dos palabras comprensibles. Pero, al fin y al cabo, no ha sido así. Cuando tomo una copa de más, o un par de ellas, sencillamente me entran ganas de echar una siestecita —se acomodó más profundamente en su hamaca—. Como ahora —explicó, cerrando los ojos. Del y Jonie se levantaron de sus asientos y se marcharon hacia un extremo de la piscina.

—Bueno —dijo la duquesa, con tono satisfecho—. No hay que preocuparse por ellos, pero quizá sea mejor que vaya y compruebe si hay alguien que quiera algo.

Salió de la cocina. Jens miró en su dirección.

—Nunca me la había imaginado de esta forma. Parece feliz, ¿verdad?

—Lo es —respondió Lin.

—Pero es un bajón, ¿no?, después de la mansión, los sirvientes y la intriga internacional... si es que verdaderamente se dedicaba a eso.

—Creo que prefiere a Geoff por encima de todo eso. No dejes que te engañe su forma de hablar de él.

—Supongo que es cierto —contestó Jens, fregando los platos—. Al menos, él parece tener bastante felicidad como para diez personas. También me gusta mucho la nueva esposa de Barney. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Aletha.

Jens se detuvo, sosteniendo un plato en el aire.

—Entonces ya sé quién es. Era camarera en el Holliday Inn.

Lin miró hacia él con curiosidad.

—¿La conocías de antes?

—Bueno, no es que la conociera, exactamente. Estaba un día en el bar, con Barney...

La voz de Jens permaneció flotando en el aire. Miró hacia Lin con un gran deleite, que no se refería tanto a ella misma (aunque si fuera parte de él) como a los hilos que veía de nuevo: hilos escarlatas, dorados y negros, de ningún color y de todos los colores, que formaban el tapiz que había imaginado meses antes, soñando despierto junto a Lin poco antes del lanzamiento. El magnífico diseño no era otra

cosa que esta empresa humana, egoísta y noble, falible y gloriosa, siempre llena de defectos.

¡Naturalmente! Ésta era la visión que su libro necesitaba, la imagen que lo uniría todo. Aletha sería uno de los hilos de fondo, un hilo que ahora se unía en el tapiz al hilo de Barney, cambiando los destinos de ambos y afectando de alguna manera a lo que ocurriría en los decenios y siglos siguientes, en los oscuros límites del sistema solar y aún más allá. Igualmente, estaba ese Del Terrence, cuya honestidad le había llevado de Laserkind a Disney World, dedicando así sus conocimientos a la construcción de modelos para un nuevo ambiente humano, aunque el dinero de su paga procediera del mundo del espectáculo. También él era otro hilo, con su propio y sinuoso recorrido, ocultándose y apareciendo entre la trama y la urdimbre del fondo.

Todos los elementos del diseño estaban ahora a su alrededor, hasta los que habían quedado ocultos para él, como Albert Gervais, el agente de seguridad. También Gervais debía haber tenido su parte en el tapiz, aunque Jens probablemente nunca llegaría a conocerla completamente. Él mismo, Lin, Geoffrey, la duquesa, los martenautas. Fedya que estaba en Marte, todos tenían su lugar en el tapiz, todos eran parte de él. La ausencia de cualquiera de ellos hubiera hecho que el resultado final fuera necesariamente distinto. Y sin él, el hijo del senador Wylie, el diplomático de pacotilla, el antiguo periodista, la historia hubiera cambiado mucho. Y por Dios, por las estrellas, por cualquier cosa que la raza humana encontrara apta para jurar en su nombre en el curso de su avance incesante por la ilimitada extensión que abarcaba el tapiz, lo que él había hecho con todo ello permanecería, sería la primera y la mejor explicación a toda la raza sobre la naturaleza de lo ocurrido. Este súbito destello de comprensión fue tan intenso que Jens debió reunir todas sus fuerzas mentales para regresar al presente, a la cocina, donde Lin le miraba con curiosidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lin.

Jens descubrió que todavía no estaba en condiciones de explicarle sus pensamientos. Primero tenía que estructurarlo en su propia mente. Por la noche...

—Acabo de recordar algo —explicó—. He estado esperando el momento oportuno para contártelo. Quería que estuviéramos solas. ¿Sabes que Selden Rethe me llevó a ver a Paul Fanzone antes de encontrarme con vosotros?

—Sí, claro.

—Bueno, pues Sel me dijo que el gobierno no piensa poner obstáculos a la publicación de mi libro, después de todo. Más bien al contrario. Les interesa. Paul llegó a ofrecerme toda la ayuda que necesite en cuestión de datos e informaciones.

—¡Oye! —exclamó Lin alegremente—. ¡Eso es maravilloso!

Jens empezaba a rodearla con sus brazos cuando se dio cuenta de que sus manos estaban chorreantes de agua jabonosa, y las enjuagó apresuradamente en su delantal antes de abrazarla.

—En realidad, aunque sólo cumplan la mitad de su promesa —prosiguió, separándose otra vez de Lin—, hay gran cantidad de material que no me atrevería a

utilizar si no dispongo antes de los datos exactos, y el resto del libro está lleno de argumentos cuya precisión debo comprobar primero. Datos y cifras, ya sabes. Las conclusiones no sirven de nada si el autor, por lo menos, no tiene datos y cifras para respaldarlas.

—Mira —interrumpió Lin, empujándole hacia el estante lleno de platos puestos a secar—, si piensas quedarte aquí hablando, déjame a mí el fregadero. Así se hará la mitad del trabajo, al menos.

—Bueno... —Jens dejó que lo apartara. Tomó un plato y un paño de cocina y empezó a secarlo—. Pero ya ves lo que eso significa. Tal como están ahora las cosas, sólo es cuestión de elegir entre dos editores. Si el gobierno me concede acceso a la información que me hace falta, dentro de tres meses puedo tener un manuscrito acabado, listo para imprimir, y, elija el editor que elija, ambos me han hablado ya de mi próximo libro. Ya comprendes lo que esto quiere decir. Barney siempre me decía que me casara contigo y que tú me mantendrías hasta que mis escritos funcionaran. Ahora se ha invertido la situación. Puedo casarme contigo y mantenerte, hasta que funcionen tus escritos.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

—¿Cómo? Oh, perdón. Te lo pregunto, claro. Te casarás conmigo, ¿verdad?

—Pues claro, tonto.

—¿No te parece algo sorprendente? —preguntó Jens, tras otra pequeña pausa dedicada a lavar y secar más platos—. ¿No es extraño el modo en que va sucediendo todo? Le dije a Fanzone que, en mi opinión, la historia era una especie de caída hacia delante, como en el rugby. Y es así, realmente. Fíjate cómo en este caso todo el mundo cometió errores y, sin embargo, se hizo lo que debía hacerse. ¿Sabías que yo hubiera querido ser un astronauta?

—Lo imaginaba —contestó Lin.

—Lo digo en serio. ¡Oh!, ya sabía que era una esperanza completamente ilusoria. Sabía mejor que casi nadie cuántos cientos de miles de personas más aptas que yo existirán siempre. Pero no podía dejar de soñar con aquella idea, como el espectador de un partido de fútbol puede soñar tontamente que el defensa famoso queda imposibilitado, de alguna forma, para seguir el partido y, por alguna extraña razón, van a pedirle a él precisamente, de todos los miles de personas que llenan el estadio, que lo sustituya. Y ese espectador lo haría. Y le saldría bien. Mi sueño era algo por el estilo, y por supuesto no se cumplió jamás. Sin embargo, va a suceder algo igualmente ilusorio e imposible: voy a acabar mi libro y lo publicarán. Y será un buen libro, Lin.

—Será uno de los grandes libros.

Jens la contempló en silencio. Poco a poco, se dio cuenta de que seguía sosteniendo un plato en la mano, sin hacer nada con él. Lo dejó sobre el mármol de la cocina y se aproximó a Lin. Ella seguía inclinada sobre el fregadero, con las manos en el agua, pero Jens la abrazó por detrás y la estrechó contra sí, sintiendo lo

increíblemente cálida y viva que era.

Lin empezó a sacar sus manos del agua, pero cambió de idea y las dejó donde estaban, aunque echó su cabeza hacia atrás para que sus mejillas se rozaran.

—Tú y tus dragones —murmuró Lin. Tras ella. Jens creyó ver la sombra del senador, su padre, que le miraba con ojos especulativos y cansados, pero impresionado a su pesar. En ese momento se dio cuenta de que Lin y el senador tenían mucho en común.

—Tal vez... —parecía estar diciendo el senador—. Bueno, tal vez...

ENVUELTO EN SU TRAJE ESPACIAL Fedya se movía lentamente y con gran esfuerzo. Había dirigido el módulo de aterrizaje del mismo modo, lentamente y con gran esfuerzo, aunque también con precisión, hasta posarlo en la superficie marciana. Durante los tres últimos meses había incrementado el tiempo dedicado a ejercicios e incluso había llegado a instalar en la sala de guardia del nivel B la «jaula de ardilla», como llamaban a la rueda centrifuga de emergencia, y pasaba dos horas diarias en su interior, bajo su débil gravedad simulada. Sin embargo, la falta de gravedad había ejercido su efecto debilitador durante muchos meses, y su extraña enfermedad seguía desarrollándose.

Desde el momento en que alcanzó la órbita de Marte, su cabeza comenzó a despejarse de todos los sueños y fantasías a que se había entregado durante la segunda mitad del trayecto. Las figuras imaginarias de sus compañeros, de Mariya y de los niños se habían desvanecido ya, aunque quizá siempre existirían en el fondo de su mente. Tenía fiebre y se encontraba muy débil. La gravedad de Marte, equivalente a tres quintas partes de la terrestre, tiraba inexorablemente de él hacia el suelo. Sus brazos y piernas se movían como si llevaran colgando grandes pesas de plomo. Sin embargo, descubrió que con un mínimo de energía era posible realizar trabajos considerables. Con la Fénix Dos en órbita alrededor de Marte, extrajo el módulo de aterrizaje del compartimiento donde estaba almacenado, en la sección delantera y no atmosférica de la nave, y logró ponerlo en condiciones de viajar hasta el mundo extraño que tenía bajo él. Entró en el módulo y, con unos pocos impulsos de los chorros de posición, lo separó de la Fénix Dos.

La computadora de a bordo le suministró los datos que necesitaba. Accionó el motor del retrocohetes de descenso del MAM y cayó hacia la superficie. Mientras bajaba, se desprendió automáticamente el velo protector y parte del escudo térmico, para permitir el empleo del MAM como vehículo de ascenso. Esto resultaba innecesario, pues Fedya no pensaba regresar a la Fénix Dos.

Próximo ya a la superficie de Marte, que se agrandaba en todas direcciones como la superficie llena de cráteres de una luna enorme. Fedya volvió a emplear el retrocohetes para frenar su caída. Su descenso se hizo cada vez más lento, más lento, hasta quedar flotando a poca distancia del suelo. Luego terminó de bajar.

El impacto del aterrizaje no fue muy grande. Fedya permaneció donde se encontraba, ante los controles, envuelto en un profundo silencio. El cansancio que le empujaba a la apatía le pedía que siguiera como estaba, cómodamente sentado, en espera de su entrega final a la muerte, que ahora ya no estaba lejana. Pero no había recorrido tanta distancia para que luego lo encontraran dentro del vehículo. a pocos metros del suelo marciano.

Durante un par de horas intentó descansar. Luego, con gran esfuerzo, se puso en

movimiento. En la superficie del planeta le resultaba aún más difícil, pero se esforzó, y descansó, y se esforzó de nuevo.

Finalmente, logró salir del MAM, bajando por la escalerilla metálica hasta el suelo de Marte. También bajó, uno a uno, los escasos aparatos que había decidido instalar. Uno de ellos era el reflector de láser. Otro, la bandera de las Naciones Unidas, que aseguró sobre la superficie llena de piedras sueltas, junto con las banderas de menor tamaño de los seis países que se habían unido para la expedición. Mientras las banderas, artificialmente desplegadas, reflejaban el brillo del sol empequeñecido por la distancia, Fedya comenzó a montar un radiofaro que debía ser activado por los que vinieran tras él, cuando empezaran a buscar su localización desde su propio lugar de aterrizaje.

Una vez hecho esto, sus deberes habían terminado. Comenzó a montar la estructura que había diseñado y construido a bordo de la Fénix Dos durante los dos últimos meses. Cuando terminó, parecía una especie de soporte, una mezcla de silla y muletas. Lo colocó orientado hacia el sol de forma que, cuando se acomodó en la estructura y se relajó, la luz le daba en los ojos.

Se dejó sostener por el soporte que había creado. Con la escasa gravedad de Marte no resultaba muy incómodo, y ahora que había dejado de esforzarse en vivir y trabajar, sentía que su fin no estaba ya lejano.

Emitió un suspiro, dentro del traje espacial. El sueño tiraba de él hacia el silencio y la muerte. A través de la placa de visión contempló con ojos cansados el pedregoso desierto marciano, que se extendía hasta el horizonte. Por todas partes abundaba un fino polvillo de color anaranjado rojizo, entre piedras y peñascos. Recordó algo que Tad había mencionado una vez, una cita sobre «las rojas arenas de Marte», extraída de un antiguo libro sobre el planeta. ¿Era tal vez de una de las novelas de Edgar Rice Burroughs, donde el planeta se llamaba Barsoom y feroces hordas de guerreros verdes con cuatro brazos cabalgaban sobre monturas imponentes? Fedya nunca había leído ninguno de aquellos libros, así que no podía estar seguro si la cita procedía de ellos o de algún otro escrito.

Pero este Marte era auténtico, y él estaba allí. El Hombre estaba allí. Más allá del horizonte, por todas partes, la atmósfera estaba llena de polvo en suspensión, que creaba un efecto nebuloso y difundía la luz del sol, más lejano, hasta dar un color rosa anaranjado brillante a todo el firmamento, más brillante de lo que sería si no existiera el polvo y sólo pudiera verse un sol diminuto en un cielo fino y azulado. En esos momentos, la temperatura ambiental fuera del traje era de cincuenta grados centígrados bajo cero. El aire de Marte era venenoso, pues contenía demasiado dióxido de carbono. Los sistemas vitales le protegían de todas estas cosas, pero pronto dejaría de hacerle falta cualquier protección.

Sin embargo, y a pesar de todo, ahí estaba él. Ahí seguiría estando cuando le encontraran los que vinieran tras él. Le encontrarían de pie, esperando.

Muy por encima de su cabeza, girando alrededor del planeta, la Fénix Dos seguía

transmitiendo fielmente a la Tierra sus señales biológicas, que los sensores de su traje interior enviaban al módulo y éste a la nave en órbita. Estas señales biológicas eran más débiles cada vez: en el centro Kennedy, en la Tierra, podrían registrar con seguridad el momento en que dejaran por fin de recibirse.

Antes y después de ese momento, la Fénix Dos seguiría cayendo eternamente en su órbita alrededor del planeta, surcando velozmente el cielo del mundo rojo, destellando a la luz del sol extrañamente lejano y esperando.

Esperando a los demás hombres y mujeres que, sin duda, vendrían muy pronto. Que debían llegar, pues ya no había otra elección. Porque siempre había sido así para los seres humanos. La carretera llevaba hacia adelante siempre: no era posible volver atrás.

FIN



GORDON RUPERT DICKSON (Edmonton, Alberta (Canadá), 1 de noviembre de 1923 - Richfield, Minnesota, 31 de enero de 2001). Escritor de ciencia ficción y fantasía.

Nació en Canadá en 1923. A la edad de 13 años, después de morir su padre, se muda con su madre a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir.

Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971.

Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.